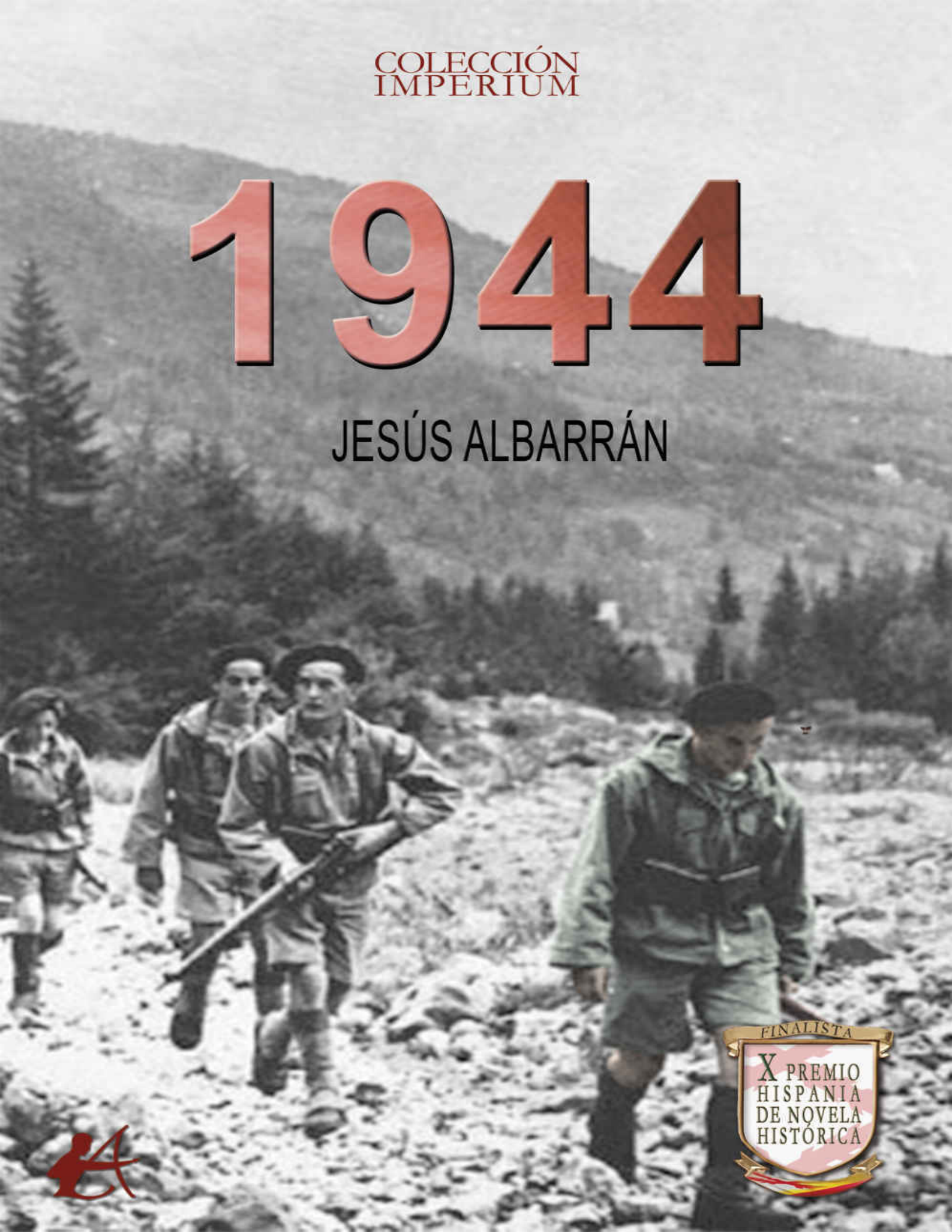
COLECCIÓN
IMPERIUM

1944

JESÚS ALBARRÁN



FINALISTA
X PREMIO
HISPANIA
DE NOVELA
HISTÓRICA

Jesús Albarrán

1944



Primera edición: septiembre de 2026

© Comunicación y Publicaciones Caudal, S.L.
© Jesús Albarrán

ISBN: 979-13-88411-22-9
ISBN digital: 979-13-88411-23-6
Depósito legal: M-21593-2026

Editorial Adarve
C/ Luis Vives, 9
28002 Madrid
editorial@editorial-adarve.com
www.editorial-adarve.com

Impreso en España

Dedico este relato a quienes reconocen que la vida real no es un cúmulo de perfecciones.
Saben que solo con arrojo y valentía se superan los fracasos
y que rendirse no es una opción.

TRASFONDO:
lo que está o parece estar más allá del fondo visible de una cosa, o detrás de la apariencia o de la intención de una acción humana.

1

3 de octubre de 1944
Pirineos navarros. Cerca de la frontera franco-española

—¡Bang…! ¡Bang!

Los dos amigos bajaban despreocupados admirando el montañoso paisaje pirenaico que los rodeaba. Al oír los tiros se sobresaltaron.

—¡Gabino, al suelo…! ¡Al suelo…! ¡Agáchate, coño…! ¿Qué haces de pie…? ¿Es que no los oyes…? ¡Tírate al suelo, joder, que te van a volar la cabeza! —le gritó Ramón alarmado, al mismo tiempo que lo empujaba hacia un lugar menos expuesto.

Al oír los disparos, por instinto, Ramón se había echado al suelo; Gabino se quedó de pie, paralizado, mirando a todas partes y sin saber reaccionar. Ramón, agarrándolo de la manga de su guerrera, de un tirón le hizo perder el equilibrio y caer.

—¡Túmbate detrás de ese talud y no asomes la cabeza!

Gabino, asustado al oír a su compañero, reptó por el suelo y se protegió tras una piedra que sobresalía del talud que, a su derecha, los ocultaba del valle. Era de allí de donde podían suponer que provenían los disparos. Ramón lo hizo a su lado. Ya no solo para ocultarse también, sino, además, para evitar que su novato compañero, movido por la curiosidad y la inexperiencia, delatase su posición.

—¡Estate quieto ahí...!, ¡túmbate bocabajo...! ¡Y no te muevas! —le gritó al tiempo que le ponía la mano sobre su espalda y lo presionaba hacia el suelo para impedir que se levantase.

Había que esperar. Era lo que su veteranía le aconsejaba. Si se producían más disparos, tendían que averiguar desde dónde y comprobar si habían sido descubiertos.

Tumbados sobre el talud, se situaban fuera de la vista de los posibles tiradores, si es que, como suponían, disparaban desde abajo; desde el valle.

Desde donde estaban, un verde prado descendía en suave pendiente hasta el río; era el que tendrían que atravesar para continuar el camino por la cañada que los conduciría hasta Vidángoz: un pequeño pueblo ubicado al sur de los Pirineos. Ese era su destino.

Atravesar desprotegidos ese prado con escasa vegetación, mientras no averiguasen lo que estaba pasando y tomasen las precauciones necesarias, era un suicidio.

Por mayor seguridad, habían decidido apartarse del camino principal, que era una cañada de ganado, para bajar por una inclinada y pedregosa trocha más oculta por la vegetación y las rocas. La marcha sería más difícil y lenta, pero con menor riesgo de ser vistos. Ahora estaban seguros de haber tomado la buena decisión. Si hubiesen seguido por el camino que traían se habrían encontrado de frente con quienes, ocultos, disparaban.

Desde donde estaban tumbados, Ramón inspeccionó el lugar donde se encontraban. A su izquierda, en el sentido de la marcha que traían, se elevaba una casi inaccesible pendiente boscosa que no ofrecía protección; y a su derecha, el despejado valle que tendrían que atravesar para retomar el camino y estarían a tiro de quien fuese. Era una situación complicada. No había más remedio que esperar y observar.

Gabino miraba nervioso a un lado y otro, tratando también de evaluar la situación.

—¡Joder, Ramón…, si salimos de aquí nos fríen! —comentó preocupado.

—Tranquilo, Gabino, serénate —le aconsejó Ramón al escuchar su respiración agitada—. Ahora averiguaremos qué es lo que está pasando.

Pertenecían a la recién estructurada 45.ª Brigada Guerrillera. Eran de los republicanos españoles que habían escapado a Francia después de ser derrotados en la cruenta Guerra Civil que asoló España entre 1936 y 1939.

En el país vecino ocupado por los alemanes, unidos a la resistencia francesa, habían participado en la lucha contra los nazis y ahora, siguiendo un plan del Partido Comunista Español en el exilio, habían entrado en España con la intención de derrocar al Gobierno del general Franco y establecer la Tercera República española…; o eso creían que iban a hacer.

Gabino y Ramón acababan de conocerse, pero ya había nacido entre ellos un clima de confianza.

Todavía llevaban pocas horas en España. Habían cruzado de madrugada la frontera franco-española y, después de una larga y difícil caminata por las sinuosas sendas del Pirineo navarro, tenían que llegar a la zona del valle del Roncal. Era allí donde se concentrarían los diseminados grupos de guerrilleros españoles, que habrían entrado en territorio español por diferentes pasos de los Pirineos.

Parecía que ahora habían sido sorprendidos. Un contratiempo, no esperado, que no sabían cómo solventar.

El silencio en aquellas montañas impresionaba, pero el sonido inesperado de nuevas detonaciones volvió a romper el sosiego del paraje.

—¡Bang…! ¡Bang!

Oyeron otra vez y volvieron a aplastarse sobre el terreno.

—Pero… ¿quién nos dispara? —preguntó Gabino, aún más asustado, que, pegado al suelo y sin saber qué hacer, empuñaba con rabia su subfusil francés MAS-38 dispuesto a defenderse.

—No lo sé, Gabino..., no lo sé. De todas formas, agáchate y no hagas ruido. Pronto lo averiguaremos —Ramón, más sereno, le contestó en voz baja a la vez que, levantando la cabeza sobre el talud, escudriñaba el paisaje con unos pequeños prismáticos que sacó de su mochila.

Intentaba localizar quién y desde dónde podían estar disparando. Oteó despacio el valle que se abría por delante de donde estaban tumbados, pero no vio nada. Para proseguir su camino, necesitaban saber si, más abajo, había algún movimiento de soldados; o localizar a quien les estuviese disparando. Gabino lo miraba inquieto esperando su respuesta. Ramón, después de un rato inspeccionando, le dijo:

—Yo no veo nada por ahí abajo… Ni soldados ni guerrilleros de los nuestros ni a nadie. Hemos oído tiros, eso sí, pero no sabemos a quién disparan. Me parece que no ha sido a nosotros, porque no nos han podido ver bajando como veníamos por la vaguada y ocultos por la vegetación. Tampoco he oído ningún impacto cerca de nosotros.

—Pero…, si no lo han hecho contra nosotros, ¿a quién coño están disparando? —preguntó Gabino, inquieto.

—Pues no lo sé…

—¿Y quién dispara? —volvió a preguntar Gabino.

—¡Pues quién va a ser! ¡*Cagüenlá*! —Lo miró Ramón sorprendido por su pregunta—. ¡Pues la Guardia Civil…, o el Ejército…, o los que sean de ese maldito Franco! —respondió Ramón—. ¡Esos hijos de puta seguro que ya nos estaban esperando por aquí! Alguien les habrá ido con el cuento de que hemos *entrao* esta mañana desde Francia y ya saben que andamos por estas montañas. Nos buscan.

—Están al tanto de todo —afirmó Gabino—. ¿Qué nos creíamos, que no se iban a enterar? Disparan, aunque no nos vean. Para que sepamos que están ahí y ver cómo reaccionamos…, o para que nos acojonemos y nos larguemos otra vez a Francia.

—No creo —afirmó Ramón—. Son muchos más que nosotros y lo que pretenden es darnos caza a todos. Así evitan que se nos vuelva a ocurrir.

—¡Joder, pues menudo plan tenemos! —dijo Gabino con preocupación—. ¡Yo creía que los republicanos de aquí nos estarían esperando! ¡Ellos son de los nuestros...! ¿No fue eso lo que nos dijeron?

—¿De los nuestros? —dijo Ramón

—Sí… Esos republicanos que, cuando se acabó la guerra, no escaparon a Francia con el rabo entre las patas, como hicimos nosotros, y se quedaron escondidos por estas montañas… esperando precisamente esta oportunidad de cambiar las cosas.

—¿Te estás refiriendo a los maquis? —preguntó Ramón.

—Sí, esos…, los maquis. Ellos son los que deberían tener controlados los movimientos del Ejército o de los guardias para que, cuando entrásemos nosotros, supiésemos dónde están y pudiésemos evitar sustos como este. Yo creía que se unirían a nosotros para guiarnos por estos parajes. Ellos los conocen bien y nosotros no. Pero ya lo estás viendo; de esos maquis, ni uno y, sin embargo, los otros, los de Franco, alertados y a la espera para cazarnos como alimañas.

Las cosas no estaban saliendo como esperaban. Habían entrado en España hacía pocas horas y ya habían sido sorprendidos en un par de ocasiones.

Gabino, nervioso, tumbado sobre el talud desde el que se divisaba el valle hasta el río, se movía inquieto e inseguro y asomaba la cabeza intentando ver algo que le pudiese aclarar la situación en la que ahora se encontraban. Pero nada divisaba. Se puso a escuchar con atención y solamente oía el murmullo

del viento en las copas de los pinos y el piar de los pájaros .Nada que indicase alguna actividad sospechosa por delante de ellos.

—Bueno, Gabino, tú tranquilo —dijo Ramón, tratando de calmar a su compañero al verlo inquieto—. Ya te he dicho que he mirado bien con los prismáticos y no he visto nada… Solamente hemos oído unos tiros, eso sí, pero nada más… ¿Tú has sentido las balas...?, ¡no...! ¿Algún impacto cerca de nosotros...?, tampoco, ¿verdad...? Pues eso, que no es a nosotros a quien disparan. Está claro.

Gabino lo observaba insistente esperando una explicación que lo convenciese.

—No sé qué estará pasando —dijo al tiempo que volvía a mirar con sus binoculares elevando ligeramente la cabeza sobre su parapeto—. ¡Vaya usted a saber quién tira y a quién...! Pero a nosotros, no.

Ramón miraba a Gabino analizando su reacción. No le interesaba tener un compañero miedoso. Eso limitaría la acción en caso necesario y eso lo preocupaba.

—¿Nada más puedes decirme? —protestó Gabino, puesto de lado y mirando a Ramón fijamente, esperando más de la experiencia que atribuía a su compañero de expedición—. ¿O es que solo te vas a preocupar cuando alguno de los dos reciba un balazo?

—No dramatices, hombre. Hay que tener cuidado, eso sí, pero, por ahora, no me parece a mí que corramos peligro —intentó tranquilizarlo Ramón—. Cuando averigüemos lo que pasa, ya veremos qué es lo que podemos hacer.

—¿Y cómo lo vamos a averiguar? ¿Saliendo de aquí y bajando al descubierto para que nos peguen un tiro los de ahí abajo? —dijo Gabino ofuscado.

—Mira, Gabino, no tengo ni puta idea —Ramón se quedó en silencio. Parecía que pensando en cómo salir de esa situación—. ¿Sabes lo que pasa? Gabino, que las noticias corren muy deprisa y los de la Guardia Civil, que están al tanto de todo, ya saben que estamos aquí y nos deben de andar buscando. Pueden estar esperándonos por cualquier sitio de estas montañas, que ellos conocen muy bien. Nosotros acabamos de entrar y no sabemos nada de nada, pero seguro que los compañeros de aquí, los maquis, tendrán controlados los movimientos de las tropas del Gobierno. No te preocupes, verás como vienen y nos echan una mano.

Gabino se quedó un buen rato en silencio meditando la situación.

—¿Y si fueran los maquis los que están disparando por ahí abajo? —preguntó Gabino creyendo haber dado con la razón de los disparos—. A lo mejor es que nos están despejando el camino enfrentándose a quien sea que haya enviado el general Franco para detenernos.

—Sí, sí…, claro… Podría ser —respondió Ramón—. Es lo que yo te estoy diciendo; seguro que nuestros compañeros de aquí dentro, los maquis, tendrán controlados los movimientos enemigos. Esa es su función y lo harán; ya lo verás.

—Pero nosotros no tenemos ni idea de por dónde andan. Ni los unos ni los otros. Estamos solos por estos montes y en cualquier momento nos pueden sorprender. ¿Cómo nos van a informar de por dónde andan los que nos buscan si no se ponen en contacto con nosotros?

—Lo harán, no te preocupes… Ya lo verás —dijo Ramón—. Si no lo han hecho aún, será porque no habrán visto un movimiento importante del enemigo que pueda poner en peligro la operación. Ellos saben bien lo que hacen.

—¿A qué llamas tú »un movimiento importante«? —preguntó Gabino—. ¿Al avance de un ejército completo con todo tipo de armamento? Para hacer las cosas bien, antes de que entrásemos nosotros, los maquis, que ya estaban dentro, deberían haber limpiado estas montañas.

—¿Haberlas *limpiao* dices...? ¡Tú estás loco...! Los maquis no son un ejército. Solamente son unos cuantos hombres *desesperaos* y *asustaos* que huyen cada día de los guardias civiles —aclaró Ramón—. Están *escondíos* por los montes *pa* que no los maten. Y, de vez en cuando, salen de sus madrigueras y les dan algún susto, como hacíamos nosotros con los nazis, pero *na* más .Así actuamos los guerrilleros. Para una acción como la que vamos a emprender, no se puede contar con ellos como una fuerza decisiva. Sería una insensatez.

A Gabino eso de »una acción como la que vamos a emprender« lo empezó a preocupar. No sabía muy bien cómo era esa acción con la que pretendían »derrocar al régimen de Franco«, ni qué era lo que quería decir Ramón con esa frase. Al contrario que para Ramón, para él, era la primera vez que lo calificaban de »guerrillero«. Comenzaba a darse cuenta de lo imprudente de la aventura en la que se había metido. Estaba confundido; él pensaba que habían entrado a España para reforzar a los auténticos guerrilleros republicanos que, no conformes con el resultado de la Guerra Civil, aún luchaban contra el ejército que se consideraba vencedor y que su apoyo, junto al de las fuerzas

aliadas que combatían contra los nazis en Europa, sería crucial para derrocar al Gobierno dictatorial que Franco había impuesto en 1939. Pero no. No era eso lo que parecía que estaba sucediendo.

—Para estos de aquí dentro las cosas no están fáciles —continuó diciendo Ramón después de un corto y reflexivo silencio—. Cuando terminó la guerra, nosotros salimos corriendo a Francia, como pudimos, para que no nos jodieran, pero hubo muchos que no lograron salir y no tuvieron más remedio que echarse al monte y esconderse para que no los encontrasen. Esos son los maquis, que ahora sobreviven ocultos por estas montañas. Aunque, la verdad, no sé cómo lo hacen: sin medios para desplazarse ni infraestructura de ningún tipo. Son pocos hombres, con pocas armas, sin dinero y escasa organización. Lo tienen muy difícil… ¡Si muchos días no tienen ni para comer! Dependen de lo que cazan por el monte y de lo que les den algunos locales que aún los ayudan…; que son pocos, porque tienen miedo a las represalias. Muchos de esos maquis son de por aquí, de los pueblos de la zona, pero incluso sus familiares, que permanecen en los pueblos, tienen miedo de echarles una mano. A veces, para subsistir, tienen que robar como si fuesen bandoleros. Por eso la gente los teme. Son hombres que actúan a la desesperada y, ya sabes, a veces tienen que hacer cosas que no quisieran.

—Lo comprendo —afirmó Gabino.

—Están permanentemente *buscaos* por la Guardia Civil o por la Policía Armada, y donde los cogen, pues allí mismo los *afusilan*. Sin juicio ni *na* —siguió explicando Ramón—. La »ley de fugas« les aplican. Lo llaman así para justificar el asesinato. Los sueltan y les dicen que se larguen, que son libres, pero cuando han *andao* dos o tres pasos, ¡pam, pam...!, les pegan un tiro por la espalda y listo…, se acabó el problema. No se pueden mover con libertad, porque por aquí no todo el mundo está de su lado ni los protege. Hay mucho chivato que va con el soplo a los guardias civiles, aunque solo sea para hacerles la pelota… o porque son de los de Franco y quieren acabar con ellos. Con todos los »rojos«, digo. En cuanto se enteran de algo, van y les cuentan a la Guardia Civil por dónde andan. Se organizan redadas y se los cargan. —Gabino se quedó pensando. Ramón le estaba abriendo los ojos a la realidad—. Supongo que ellos también tienen sus mandos y su organización —volvió a comentar Ramón—. Seguro que están al tanto de todo lo que está pasando y actuarán como puedan…, o cuando lo consideren necesario.

—Sí…, claro —contestó Gabino sin convicción.

Gabino se sentía indefenso y con miedo. ¡Qué imprudente había sido!, pensó. ¿Cómo se había dejado convencer y se había metido en ese lío sin analizar bien la situación y sin conocer mejor lo que ahora le parecía una locura?

—¿Tú crees que nos habrán visto? —volvió a preguntar asustado.

—¿Quiénes ,los maquis? —dijo Ramón.

—¡No, coño…, joder! ¡Los maquis no!, los de ahí abajo…, los que disparan.

—¡Ah, pues no sé…! Pero tú, por si acaso, quédate ahí quieto sin moverte y sin hacer ruido —respondió Ramón imponiéndose y asumiendo de nuevo el mando—. ¡Tú haz lo que yo te diga! ¿Has entendido...? Tenemos que aguardar un poco más para ver qué pasa y… ¡ojo a todo lo que se menee...! ¡Pero tiros ni uno si no es para defenderte! ¿Está claro...? Si no nos localizan, saldremos de esta… ¡Ya lo verás!

Atentos a cualquier ruido, permanecían en silencio, ocultos tras el talud sin moverse y con el miedo aferrado al estómago.

Su indecisión les estaba haciendo perder mucho tiempo. Estaban preocupados. No podían quedarse ahí tumbados sin saber qué hacer.

Gabino confiaba en Ramón. Sin mediar palabra, aceptó someterse y seguir sus órdenes. La veteranía le daba un grado. Aunque aún no lo conocía bien, pensaba que era ducho en acciones guerrilleras. Suponía que, como era un hombre de campo, se orientaría mejor que él por esos lugares. Además, lo que le había contado sobre su experiencia con la Resistencia francesa en la lucha contra los nazis lo tranquilizaba. Seguro que sabría desenvolverse bien en una emboscada o en una imprevista situación de peligro. El hecho de que fuera mayor que él también le daba confianza. Seguramente le doblaba la edad.

Pasado un rato, Gabino, intranquilo e impaciente, viendo que Ramón no ordenaba continuar, preguntó:

—Pero tú, Ramón, ¿sabes dónde estamos? ¿Qué vamos a hacer ahora?

El silencio siguió a su pregunta. Gabino esperaba que su compañero le diese la solución que él no encontraba, pero Ramón, sin moverse, tumbado boca abajo, mantenía su mirada observadora perdida en la lejanía. Solo sus ojos escudriñadores se movían de un lado a otro. Tardaba en contestar y la falta de respuesta a sus preguntas lo enervaba.

—Parece que ya no disparan —dijo Gabino, al cabo de un rato, rompiendo el silencio y apremiándolo, al mismo tiempo que intentaba ponerse en pie.

—¡Quieto ahí, Gabino…! ¡Túmbate, joder! —se impuso Ramón sujetándolo con fuerza—. ¡Y no te muevas!

Gabino, sorprendido por el violento tirón, volvió a tumbarse.

—Perdona, Gabino… Es que, mientras no estemos seguros de lo que pasa por ahí abajo, hay que tener cuidado…, y por ahora no sé muy bien qué es lo que debemos hacer…, amigo —afirmó Ramón, más calmado, al tiempo que sacaba de su mochila el doblado mapa que les habían dado antes de partir y lo desplegaba sobre el guijarroso suelo donde permanecían tumbados—. Tampoco sé con exactitud dónde estamos ni qué es lo que estará pasando con el resto de los compañeros.

Gabino lo miró desconcertado y preocupado mientras Ramón consultaba el mapa.

—Me parece que debemos esperar un poco más y estar atentos a todo lo que suceda por ahí abajo antes de decidir nada —sugirió Ramón, que se puso a seguir con el dedo sobre el mapa el recorrido que pensaba que habían hecho —. Vamos a ver —dijo intentando aclarar su situación—. Hemos *entrao* desde Francia por aquí, por la muga de Larrau, y hemos *bajao* hasta el puerto de Laza…, que es este. Después nos hemos *desviao* por este camino, que no es una carretera, sino una cañada de *ganao*. Hemos *tirao* hacia el sur por entre estas montañas, pegados a este río, ¿ves? Es este camino que está aquí indicado en el mapa, el que llaman Cañada de los Roncaleses. Aquí lo pone.

Gabino, para hacer ver a Ramón que la explicación que le daba era de su interés, echó un vistazo de soslayo al mapa que, desplegado en el suelo, Ramón le mostraba.


FRANCIA
Paso de Larrau
ESPAÑA
Camino escogido por Gabino y Ramón
Cañada de los Roncaleses
Portillo de Lazar
IZALZU
OCHAGAVIA
UZTARROZ
EZCÁROZ
ISABA
Torrentera y prado
¡Disparos!
ESPARZA DE SALAZAR
URZAINQUI
Rio Binies
Ermita de San Sebastian
RONCAL
VIDÁNGOZ
GULLES
Rio Binies
BURGUI
NAVASCUÉS

—Es ese camino que se ve por allí lejos —dijo de nuevo Ramón señalando primero el mapa y después el paisaje que divisaban—. Esa es la cañada: la que va *to pa bajo* pegada al río. Nosotros, *pa* que no nos vieran, nos hemos *apartao* un poco por esta torrentera. Me pareció que era más seguro. Si hubiésemos seguido por la cañada, nos habrían *enganchao* los de ahí abajo si, como suponemos, están *escondíos* los muy hijos de puta, seguramente por entre esos pinos —dijo volviendo a señalar un pequeño pero tupido bosque de pinos, que se alzaba cercano al río y la cañada a unos trescientos o cuatrocientos metros.

Gabino, oculto tras los pequeños matorrales que emergían de entre las piedras, no se centraba en lo que Ramón le explicaba. Su inquietud y nerviosismo no lo dejaban prestar demasiada atención. Le pidió a Ramón los pequeños prismáticos que llevaba en la mochila. Trataba de descubrir lo que su compañero no había logrado y se puso a escudriñar despacio el paisaje que se abría frente a ellos. Permanecía más atento a lo que suponía que podría estar pasando allí abajo que a lo que Ramón le explicaba.

—Nuestro objetivo es ir hasta este pueblo de aquí —retomó Ramón el monólogo, volviendo a señalar en el mapa con el dedo índice, aunque su compañero no le prestaba la atención que requería—. Se llama Vidángoz… Y ese es el problema, porque para llegar a él tendríamos que bajar *desprotegíos* y expuestos por ese prado limpio que tenemos ahí enfrente… Sin un puñetero árbol…, ni una piedra ni *na* de *na*… Llegar hasta los pinos que hay cerca del río y, después, tendremos que seguir otra vez por la cañada que traíamos antes…, hasta llegar al pueblo.

—Ahora, no me parece a mí que podamos llegar ahí sin meternos en ese follón que parece que tienen armado. Nos acribillarían —observó Gabino interrumpiendo la explicación de Ramón—. Porque si hay tiros, y no han sido a nosotros, entonces, ¿a quién han disparado...? A alguien habrá sido, ¿no? Una cosa es segura: tiros sí que los ha habido, porque los hemos oído.

—Sí, creo que tienes razón, compañero —confirmó Ramón—. Habrá que esperar un poco y averiguar algo más antes de decidir qué hacemos.

De nuevo Ramón se concentró en estudiar el mapa extendido en el suelo. Dedujo dónde podían encontrarse ellos en ese momento y se esforzó en buscar una alternativa al camino que deberían seguir.

—Nada, no veo ni un movimiento —dijo Gabino, que, mientras Ramón estudiaba la situación en el mapa, se encaraba los pequeños prismáticos y volvía a escudriñar el horizonte—. Seguramente estaremos muy distantes y será por eso por lo que no vemos nada…, o puede ser que no se encuentren en nuestro ángulo de visión…, o entre los pinos… Pero lo que es seguro es que algo está pasando. Eso está claro. Desde aquí es muy difícil que localicemos a los que disparan. Puede que sean enemigos o puede que no… Ahí delante tenemos un claro, pero el bosque que hay después es muy espeso y, si están por dentro, desde aquí no podemos ver nada.

Gabino alternaba entre mirar hacia el valle con los prismáticos y atender las explicaciones que Ramón le daba. De vez en cuando, para contentarlo y sin prestar demasiada atención, echaba un vistazo de soslayo al mapa que su amigo mantenía abierto a su lado.

—Nosotros andamos por los Pirineos navarros —volvió a explicar Ramón intentando otra vez llamar la atención de Gabino para que se fijase—, en medio de estas montañas que separan el valle de Salazar y este otro, el de Roncal.

—Sí, sí, Ramón, eso ya lo sé, ¡joder...! Ya sé que estamos por ahí, por donde tú dices…, pero perdidos —insistió Gabino sin dejar de mirar con los prismáticos el limpio y desprotegido paraje que tenían enfrente—. Lo del mapa está muy bien, pero lo que tenemos que saber ahora no es qué camino hemos traído, sino por cuál tenemos que seguir, a partir de aquí, para no meternos en la boca del lobo.

—Pues no lo sé, amigo Gabino —dijo Ramón suspirando—. Yo creo que por donde vamos, vamos bien… Pero ya te digo: tenemos que estar atentos a lo que veamos y actuar en consecuencia. Estoy seguro de que por aquí deben de estar *esparramaos* muchos de los nuestros. Nosotros no hemos sido los únicos que hemos *entrao* esta mañana. Los que lo han hecho por Roncesvalles o por otros lugares también tienen que llegar a ese mismo sitio: un valle que hay entre Vidángoz y el Roncal. Ahí será donde nos juntemos todos. Así que por eso me imagino que por aquí cerca estarán muchos de los nuestros. No deben de andar muy lejos. Nos encontraremos con ellos, ya lo verás.

—¿Tú crees— ?dijo Gabino—. Separarnos creo que ha sido un error. A mí me parece que, siendo más, estaríamos más seguros de por dónde vamos. Alguno habría que supiese orientarse bien por estos parajes tan complicados. Nosotros no tenemos ni puta idea.

—Sí, puede… Pero siendo más también seríamos más fáciles de localizar. Por eso nos han *separao* hasta que lleguemos a donde tenemos que llegar; para que no sepan de nosotros: ni cuántos somos, ni dónde estamos —aclaró Ramón.

Gabino no dejaba de pensar.

—Entonces —dedujo Gabino—, si otros están por aquí, y tú dices que podrían ser muchos, es posible que los tiros que hemos oído sean contra ellos y no a nosotros, ¿no?

—Sí, es posible —confirmó Ramón.

—Entonces…, vamos a ver —dijo Gabino meditando la afirmación de su compañero—. Podría ser que los que han entrado por Roncesvalles y los que lo han hecho por otros sitios se hayan juntado y se estén enfrentando a quien sea. Por eso los tiros de ahí abajo, ¿no crees? —dijo Gabino.

—Sí, podría ser —afirmó de nuevo Ramón después de pensarlo un momento—. Pero si fuese como tú dices, serían muchos los que estarían *enredaos*, ¿verdad? Entre unos y otros, por lo menos habría cien o doscientos…, y yo no creo que sean tantos. Hemos oído algunos tiros, eso sí, pero no muchos. No más de seis u ocho. Si se hubiesen juntado tantos como tú dices, no habrían sido unos cuantos tiros como hemos oído, sino una batalla… y gorda. Nuestro grupo, que éramos como unos cien, se disgregó y nos separamos por parejas como nos ordenaron. Seguro que los otros, los que han *entrao* por otros sitios, han hecho lo mismo. Por eso, si es que se han *liao* a tiros, no pueden ser muchos. Será un grupo pequeño.

Gabino lo comprendió.

—Sí, claro… Todo eso está bien, Ramón —concluyó Gabino convencido —, pero lo importante para nosotros ahora es decidir qué vamos a hacer. No tengo ganas de terminar aquí mi aventura. —Gabino, recostado de lado, miró a su compañero un momento y se dispuso a prestar más atención al mapa que mantenía abierto entre los dos—. O sea —dijo Gabino señalándolo—, que tanto unos como otros, para llegar a la zona de encuentro que tú dices en los alrededores de Vidángoz, tendríamos que ir: o por la carretera que pasa por Uztárroz, Isaba, Urzainqui y Roncal, que es esta que se ve en el mapa a la

izquierda, o por el otro camino que va por el oeste: por Ochagavia, Ezcároz y Esparza de Salazar, para que, después, desviándonos hacia el este, lleguemos a Vidángoz y Roncal.

—Eso es —afirmó Ramón—. Uno de esos dos caminos principales habrá sido el que hayan elegido la mayoría de los nuestros cuando nos hemos *separao*. Unos habrán *tirao* para el oeste, en dirección a Salazar pasando por Ochagavia, y otros para el otro *lao*, para el este, hacia Roncal.

—Pero nosotros no hemos bajado por ninguna de esas dos carreteras que dices —observó Gabino—. Este que hemos tomado es un camino malo y estrecho, que muchas veces se pierde entre barrancos y riscos y no se sabe bien si más abajo continúa o se acaba… ¿No nos habremos perdido?

—Coño, Gabino… Ya te lo he *explicao:* nosotros nos hemos *metío* por una senda que es muy mala, pero que va más derecha. Es una cañada de las que se utilizan para trashumar al ganado, que en el verano llevan a los prados de arriba de la montaña, porque tienen más verde, y en invierno los bajan al valle cuando por arriba hay mucha nieve. Este que nosotros hemos elegido es menos *transitao* y yo pensé que sería más seguro. Va derecho hasta Vidángoz sin pasar por *tos* esos pueblos —dijo Ramón volviendo a señalar de nuevo el mapa—. Es más difícil de andar, pero también es un camino más corto. Va casi *pegao* a un río… Solo hay que seguirlo *to pa bajo* y ya está. Llegamos donde tenemos que llegar. El río pasa por Vidángoz… No hay pérdida.

—Sí, Ramón, sí…, todo está muy bien explicado. Pero me importa una mierda lo del ganado, la trashumancia y todo eso que me cuentas. Lo importante ahora es saber cómo carajo vamos a salir de aquí. Si el camino este, que según tú tendríamos que seguir, lo tiene cortando la Guardia Civil…, ¿qué es lo que tenemos que hacer— ?preguntó otra vez Gabino .—Eso es lo que tenemos que pensar y decidir ahora…, ¡y no podemos tardar mucho!

Gabino se sentía defraudado. Basándose en la experiencia que le atribuía a Ramón, pensó que sabría salir bien de cualquier situación, pero ahora le parecía que no era así. Al verlo tan decidido en un primer momento, supuso que conocería bien el camino y lo que tenía que hacer para orientarse bien. Había depositado su confianza en el compañero que le habían asignado y ahora no estaba tan seguro. Sin esperar más, ante las dudas de Ramón, tomó la iniciativa; le arrebató el mapa de las manos, que estaba a punto de guardar en la mochila, y volvió a extenderlo en el suelo.

—Vamos a ver, Ramón —dijo ahora Gabino golpeando insistentemente el mapa con el índice—. Todo este paraje, de aquí hacia abajo, está muy pelado y sin posible protección. Será difícil llegar otra vez a la cañada y al río sin ser vistos. Está claro que no podemos intentarlo atravesando el prado, porque es posible que los enemigos, los que han disparado antes, estén escondidos por esos pinos de ahí abajo…, ¿no...? Tendremos que encontrar otro camino… o dar la vuelta. —Ramón escuchaba a Gabino asintiendo con la cabeza mientras hablaba—. ¿Y cuánto llevaremos andado hasta aquí— ?preguntó Gabino estudiando de nuevo el mapa—. Nos debe de faltar, por lo menos, la mitad del camino para llegar.

—Yo creo que algo menos —respondió Ramón—. No conozco este monte y no sé si, por otro lado, habrá otro sendero que nos pueda llevar hacia el mismo sitio. Aquí, en el mapa que nos han *dao,* no veo ninguno, pero seguro que no están todos los caminos.

Gabino, en silencio, pensaba sin encontrar solución.

—¡*Cagüen* la leche! —despotricó ofuscado Gabino—. ¡Si es que no sé qué hacemos nosotros aquí! Tenía que habernos acompañado algún lugareño o alguien que conozca bien la zona… Nosotros podemos perdernos por estas montañas. —Ramón no contestó—. Bueno, Ramón, no podemos quedarnos aquí parados por más tiempo —volvió a decir Gabino al tiempo que se ponía de pie—. Hay que buscar otra forma de continuar.

—Pues ya te digo: no sé si habrá otro camino —afirmó Ramón—. Seguro que encontraremos a alguien que sea de por esta zona y nos pueda orientar… Ya veremos. Los disparos indican que ahí abajo se puede estar produciendo un enfrentamiento, así que… no sé qué podemos hacer.

Gabino se lo quedó mirando. Parecía molesto por su imprecisa contestación.

—Ramón, ¡joder...! Lo que te estoy diciendo es que tenemos que encontrar otra forma de llegar al valle del Roncal. ¡Eso es lo que tenemos que averiguar!

—Mira, mira… —dijo ahora Ramón señalándolo en el mapa—. Aquí hay otro camino marcado, pero este va para el otro lado; hacia el oeste… Va a parar a Oronz y Ezcároz.

—Pero coño, Ramón —protestó Gabino—, ¡que no es para ese lado hacia donde nosotros queremos ir...! ¿No ves que se aparta mucho de nuestra ruta? Tendremos que buscar algún otro que vaya en la otra dirección, hacia el este o el sureste.

Volvió Ramón a concentrarse.

—Pues yo no he visto ninguno más en el mapa —afirmó Ramón—; pero seguro que, aunque no esté, habrá alguno en dirección a este otro pueblo… A Isaba, que está al este y parece que no muy lejos. Siempre hay senderos por los que se llega a las poblaciones desde cualquier sitio, aunque no estén marcados en los mapas.

—¡Bah…! ¡Vaya mierda de organización que tenemos! —afirmó Gabino desanimado—. Así, no tenemos nada que hacer… Nos han soltado por unas montañas y unos parajes que no conocemos y solo nos dan un mapita, que vaya usted a saber si es correcto… Y encima nos dicen que ¡a callar!, para que no se enteren de que estamos aquí… Pero ¿seremos gilipollas? ¿A quién se le ha ocurrido pensar que no se iban a enterar los de aquí dentro?

Ramón no supo responder al comentario de Gabino. A él todo le parecía bien. Su fidelidad al partido no le permitía dudar de que las cosas no se estuviesen haciendo correcta y perfectamente meditadas.

—Pero bueno, Gabino, no te preocupes —Ramón quiso infundirle confianza a Gabino y levantarle el ánimo—. Los de arriba lo tienen todo muy bien *estudiao.* Estos pequeños incidentes ya se sabían qué podrían suceder, pero se supone que nosotros sabríamos resolverlos. Ni tú ni yo somos imprescindibles y la Operación Reconquista seguirá adelante; con nosotros o sin nosotros… Todo se solucionará. Lo importante es llegar al lugar de concentración como sea, unos, por un lado, y otros por otro. Allí nos juntaremos muchos y será entonces cuando iniciaremos la operación.

—Muchos… muchos… —dijo Gabino burlándose de Ramón—. ¿Tú qué sabes los que seremos?

—¡Pues claro que lo sé! —contestó—. ¡Se lo oí comentar al sargento y decía que nos vamos a juntar por lo menos mil, o a lo mejor dos mil…, o más!

—No te creo… Entonces, ¿por cuántos sitios hemos entrado? —preguntó Gabino—. ¿Y cuántos hombres?

—¡Uf…, pues por muchas mugas! —volvió a confirmar Ramón—. Y claro que nos juntaremos también muchos; ya lo verás. No sé exactamente cuántos, pero hemos *entrao*, por todos los pasos de la frontera, a lo largo de todo el Pirineo navarro y aragonés… ¡Imagínate...! Luego, cuando todos estemos *agrupaos* y bien *organizaos,* ya verás…: les daremos lo suyo a estos fascistas.

—¡Pero mira que eres simple, Ramón! Ni aunque seamos mil, o cinco mil, o diez mil, no podremos hacer nada. Estaremos solos contra el ejército de

Franco. ¿Pero es que no te das cuenta?

—El que no te das cuenta eres tú, Gabino. Ya veo que de estrategia militar no tienes ni puta idea.

Gabino se lo quedó mirando sorprendido, esperando que continuase con la explicación.

—¿No ves? —siguió Ramón explicando la supuesta estrategia—. Nosotros no hemos *entrao* ahora por esta zona de los Pirineos para derrotar al ejército de Franco, no. Ese no es nuestro objetivo. Lo hemos hecho para que crean que la invasión, que ellos ya suponían que se podía producir, está siendo por aquí; por esta zona… Y entonces mandarán a todo el Ejército para contenernos y, de esa forma, dejarán *desprotegío* el valle de Arán, que es por donde realmente se producirá la invasión. Nosotros ahora solamente tenemos que incordiarlos con pequeñas escaramuzas y tenerlos *entretenío*s.

—Vamos, que tenemos que jugar al ratón y el gato, ¿no? —expresó de forma jocosa Gabino.

—Podría decirse que sí —aceptó Ramón—. Después, cuando sea el momento, nos llevarán *ande* sea, para juntarnos con los nuestros.

La explicación no tranquilizó a Gabino, pero le aclaró la razón por la que estaban ahí. Ahora, después de comprenderlo, se sentía aún más indefenso: nadie vendría en su ayuda. Estaba seguro de ello.

Se habían relajado. Parecía que todo había acabado. No veían ni oían nada, pero, pasados unos minutos, nuevos disparos de fusil volvieron a romper el silencio. Los tiros esta vez eran más frecuentes. Incluso escucharon una ráfaga de ametralladora. Se asustaron de nuevo. Por instinto volvieron a pegarse al suelo. Una vez más, el miedo no los dejaba moverse. Se quedaros tumbados en silencio y, de nuevo, asomando la cabeza, volvieron a otear el paisaje que se abría hacia el valle y el río.

La situación era preocupante. Tenían que encontrar una solución, y rápido. No podían permanecer allí parados por mucho tiempo. Era previsible que, si sus enemigos sospechaban de su presencia, salieran en su busca y, si lo hacían, tendrían mala escapatoria.

—¿Tú crees que nos habrán visto? —preguntó de nuevo Gabino inseguro y preocupado.

—Que no, hombre, que no. No te preocupes… Estate tranquilo. Si, como tú supones, están en ese bosque de pinos de ahí abajo, no nos han podido ver.

Ten en cuenta que nosotros hemos *bajao* por el barranco de una torrentera, que va hacia al este, y el talud donde estamos nos oculta de ellos, que están al sur… A mí me parece que no es a nosotros a quien disparan.

—Pero coño, Ramón…, ¿cómo qué no...? Nos están silbando las balas por encima de nuestras cabezas. Si, como tú dices, no nos han podido ver, ¿a quién están disparando?

—¡Y yo qué sé…, pues a nadie! Ellos tal vez suponen que hay guerrilleros por aquí y por eso disparan. Al *tuntún*…, para asustarnos y que nos larguemos. O puede que sean tiros *escapaos* de los que tiran a otros, no a nosotros. Aunque sospechen que por aquí arriba puede haber alguno de los que han *entrao* esta mañana, no saben si somos muchos o pocos… Por eso no suben a buscarnos. Están esperando que salgamos de la madriguera para saber qué hacer…, y entonces, cuando nos localicen, nos freirán.

El tiempo transcurría lentamente. Solamente el sonido de sus palpitaciones irrumpía sus pensamientos. No sabían qué hacer. Gabino seguía mostrando su disconformidad. Despotricaba, blasfemaba y se quejaba por la falta de ayuda y por la improvisación.

—Que los de Franco nos atacarían podían haberlo previsto, ¿no? —expresaba Gabino—. Pero qué pensaban estos idiotas, ¿que no se iban a enterar de que estábamos dentro e iban a dejarnos pasar tranquilamente...? ¡Nos dejan solos y ahí os las apañáis! ¡Hijos de puta, les da igual que nos maten a todos! ¡Hay que joderse! ¡Y nadie de los de aquí nos ayuda!

—¡Basta ya, Gabino, joder…! ¿Otra vez con las mismas? ¡Pues ya lo estás viendo! —respondió Ramón cansado de oír las protestas de Gabino—. Los de aquí, como tú los llamas, estarán *encerraos* en sus casas y *acojonaos*. Temen el follón que se puede armar y las represalias que continuarían. Está claro que, después de la que les han *dao*, tienen miedo. ¿No te das cuenta de que los que se han quedado en España lo están pasando peor que los que nos fuimos? Lo único que quieren ahora es sobrevivir y que los dejen en paz… Yo lo comprendo.

—¡Sí, pero los que huimos a Francia también hemos sido puteados! ¡Lo hemos pasado muy mal! ¡Y ahora, para colmo, los que nos convencieron para volver también nos están engañando! Nos decían que nos iban a ayudar los franceses, los americanos y todos los antifascistas y antinazis que luchan en Europa… ¡Pues yo no he visto a ninguno desde que hemos entrado por la

frontera! ¿Dónde están? De todo eso que nos contaban por la radio en Francia…, ¡*na* de *na*!

Gabino, sin darse cuenta, elevaba la voz cada vez más.

—¡Chsss…! ¡Calla, joder, Gabino— !le ordenó Ramón llevándose el dedo índice a la boca en un inequívoco signo de silencio—. ¡Habla más bajo, que nos van a oír! ¡Aquí ,en las montañas, se oye todo! ¡Agáchate y no hagas ruido!

La reprimenda de Ramón hizo que Gabino se callase, pero, a pesar de bajar el tono de voz, siguió quejándose.

—¡Claro…! Decían que esto sería un éxito rotundo, rápido y controlado… Vamos, un paseo militar. ¡Ya, ya! ¿Todo controlado? ¡Sí ,por los cojones controlado! ¡Pues lo tenemos claro!

—¡Ya estoy harto de oírte! —dijo Ramón—. ¡Cállate ya, joder!

—¡Si es que no sé quién me manda a mí meterme en este lío! ¡Mira que soy gilipollas! —se lamentaba Gabino.

Ramón ya estaba cansado de aguantar las continuas protestas de Gabino. Ya dudaba de él, de su integridad… Lo miraba y pensaba: ¿quién es este hombre? ¿Qué hace aquí? ¿Cuál es su interés en esto? ¿Qué puedo esperar de él? Se dio la vuelta y, situándose bocarriba, se dispuso a aclararle la razón de la acción que habían emprendido.

—Pero bueno, Gabino… ¿Por qué dices que eres gilipollas? ¿Es que no sabes a qué hemos *venío*? Si en el 39 perdimos la guerra, fue por el puto Pacto de No Intervención. Ese que firmaron los franceses y los ingleses para no involucrarse en nuestro asunto. Y nos dejaron ahí, *abandonaos* ante el ejército rebelde que dio el golpe militar a nuestra República. Sin embargo, los italianos y los alemanes sí ayudaron a los golpistas. Por eso ganaron. Ahora es otra cosa: a los nazis los están zurrando en Europa… Y todo esto no se acabará hasta que limpien también España de fascistas, que son los mismos que hay por ahí fuera. Ya verás como todo se soluciona y volvemos a tener una República democrática en nuestro país. ¡La Tercera República sería ahora! Estoy convencido de que lo conseguiremos.

—Sí, claro, eso sería lo que tendría que pasar… Pero coño, Ramón, ¿es que no te das cuenta? Los aliados, por ahora, con lo suyo, ya tienen bastante. Primero tienen que derrotar a Hitler y todavía eso no está claro. —Un corto silencio siguió a la reflexión de Gabino—. Sí…, ¡aquí van a venir! —siguió exponiendo Gabino—. Todo lo nuestro les importa dos cojones. ¿Pero tú

crees que van a ser tan tontos de establecer otro frente de guerra al sur de Europa? ¡Ni que estuvieran locos!

—Puede que ahora no —dijo Ramón—, pero cuando tomemos el valle de Arán, que es para lo que hemos venido, y establezcamos allí el gobierno de la Tercera República española, ya verás como nos ayudan y acabamos con el régimen de Franco. Europa entera tiene que quedar liberada. No pueden dejar un nido de fascistas a su espalda.

—Ya…, ¿y nosotros qué? —continuó Gabino—. ¿Dices que estamos aquí para confundirlos? O sea, que somos el sacrificado gusanito que ponen de cebo en el anzuelo para pescar… Pues te advierto que de esos gusanitos no se salva ni uno.

Ramón se quedó en silencio meditando sin atreverse a decir nada.

Había que decidir. Una opción era quedarse en el sitio sin moverse hasta que se hiciese de noche y aprovechar la oscuridad para, sin ser vistos, atravesar las posiciones enemigas. Y otra, que parecía más razonable, era dar la vuelta y buscar otra alternativa.

Estaban perdiendo mucho tiempo. Si los alcanzaba la noche en ese frío lugar, lo iban a pasar mal. La ligera manta que portaban era lo único que tenían para abrigarse. Sin cobijo, a la intemperie y sin poder descansar, se les presentaba una mala noche y, de todas formas, al amanecer se encontrarían en la misma situación. ¿Qué podían hacer?

—Bueno, Ramón, ¡ya está bien de charla! —dijo Gabino tomando la iniciativa—. No podemos quedarnos aquí tan tranquilos. El tiempo pasa y tenemos que salir de este lugar como sea. ¡Hay que volver por donde hemos venido!

Después de pensarlo un momento, Ramón estuvo de acuerdo.

—¡Sí, tienes razón...! Pues ala, vamos…, ¡tira *pa* arriba! —dijo Ramón reptando hacia detrás para poder ponerse en pie sin ser visto—. Hay que marcharse de aquí antes de que a los de ahí abajo les dé por salir de su escondite para buscarnos.

Gabino, decidido, hizo lo mismo y, en silencio, iniciaron el ascenso de la torrentera por la que habían bajado.

Atentos a los ruidos que pudiesen indicarles alguna actividad de sus enemigos y temerosos de que hubiesen decidido ir a buscarlos, subían

despacio, vigilantes. Hacían pequeños tramos y se paraban a observar de vez en cuando, ocultándose en las piedras o entre los tupidos árboles. Miraban, escuchaban y después proseguían cuando comprobaban que nadie los acechaba.

Las impresionantes y verdes montañas los abrazaban con sus abruptas pendientes, obligándolos a seguir el encajonado sendero de la vaguada. Ya era media tarde y empezaba a hacer frío en esa época del año.

Llevaban la marcha en silencio. Solamente escuchaban su agitada respiración provocada por el esfuerzo al subir la empinada cuesta.

—¿No dices nada? —dijo Ramón extrañado por el silencio de Gabino cuando ya llevaban un buen rato subiendo.

—¿Yo...? ¿Qué quieres que diga? ¡Pues que me parece a mí que esto es una mierda de plan !—contestó Gabino jadeando—. ¡Pero quién nos manda a nosotros meternos en este *fregao*...! Un peligroso fracaso me parece a mí que va a ser esto de la Operación Reconquista.

—¿Fracaso? Pero coño, Gabino, ¿por qué fracaso? —saltó Ramón ya cansado de tanta contradicción.

—¡Claro que sí! —afirmó Gabino—. ¡Un fracaso de cojones…, ya te lo digo yo!

—Bueno, eso ya lo veremos —comentó Ramón sin querer discutir y convencido de que la operación podría tener éxito—. Ya te he dicho que nosotros no somos más que una avanzadilla.

—¿Una avanzadilla? ¡Nosotros lo que somos es unos imbéciles que vamos a recibir las »leches« por la incompetencia de los »listos«, que juegan con nosotros desde sus casas calentitas en Toulouse…! Eso es lo que somos: ¡unos gilipollas!

El inseguro firme de la inclinada vaguada dificultaba el camino. Debían tener cuidado porque el rodar de los guijarros movidos por sus pisadas podía producir ruidosos desprendimientos que alertarían a los que los acosaban desde abajo. Allí se oía todo. El silencio era absoluto y cualquier ruido se hacía eco y se magnificaba en la inmensidad de esas montañas.

Ramón ascendía abriendo la marcha.

—¡Espera, Ramón! —gritó Gabino parando un momento el ascenso—. Ve más despacio, que yo no estoy hecho para andar por entre estos peñascos…

¿Me puedes decir hacia dónde vamos?

—¡No lo sé exactamente...! —contestó Ramón después de hacer también una corta parada para tomar aire—. Seguiremos un poco más para arriba para ver si encontramos algún camino que tire hacia el este. Buscaremos alguna borda, de esas que hay por aquí, antes de que se nos haga de noche y nos quedemos helados.

—¿Una borda? ¿Y qué es una borda? —preguntó Gabino en su ignorancia del léxico rural.

—Una borda es, como llaman por aquí en los Pirineos, a las cabañas que sirven para guardar los animales y dar refugio también a los que los conducen.

—¡Ah…! —comprendió Gabino—. Por mi tierra no se llaman así.

—Yo creo que, si subimos a esa loma y después bajamos el barranco que habrá detrás, llegaremos a un río que pasa por un pueblo que se llama Isaba. Lo vi antes en el mapa —volvió a decir Ramón señalando la elevación que se recortaba a su derecha—. Luego, allí, seguro que encontraremos a alguno de los nuestros y nos enteraremos de lo que está pasando.

Subieron a la loma desde donde, como suponía Ramón, se divisaba un pequeño pueblo por el que discurría un riachuelo. Agazapados, por si acaso, se pararon a descansar del esfuerzo de la subida e inspeccionaron la zona.

—Parece que no hay un alma por ahí abajo. Todo está despejado —dijo Ramón tras observar despacio el paisaje que se abría ante ellos—. Por aquí no creo que haya ni amigos ni enemigos. Además, la neblina se está levantando y nos favorece. Vamos a bajar hacia el pueblo antes de que oscurezca…, y ya veremos después.

—Tendremos que encontrar un lugar donde pasar la noche —dijo Gabino poniéndose en pie e iniciando de inmediato el descenso.

—¡Coño, Gabino! ¡Espera un momento, no corras! ¡Que eres un *corricagas*! ¡Todavía es temprano! Tú eres más joven, pero a mí me falta el resuello.

—Bueno, vale…, ahora es de bajada y no nos costará tanto trabajo —le contestó Gabino deteniendo su premura—. ¡Vamos para allá!

2

Operación Reconquista

Hacía ocho años que se había desatado una espantosa guerra civil en España, que acabó con la incipiente democracia.

La violencia política en España había marcado el primer tercio del siglo xx y, el 19 de noviembre de 1933, en las segundas elecciones generales de la Segunda República española, ganó la coalición de partidos de derechas. El partido socialista y el resto de los partidos de izquierdas, no conformes con los resultados, respondieron con una ola de atentados. Intentaban impedir, de cualquier forma, que la derecha vencedora accediese al poder.

El 5 de octubre de 1934, el ascenso al Gobierno de miembros de la derecha más radical llevó a provocar un movimiento revolucionario con especial virulencia en Asturias. El Partido Socialista Obrero Español (PSOE), el Partido Comunista y los anarquistas de la CNT encabezaron una huelga general revolucionaria que llevó a una rebelión armada entre los días 5 y 19 de octubre. Este estallido de violencia política se saldó con más de 1500 muertos.

Aunque este golpe fue rápidamente reprimido, el descontento social imperaba y la inacción del Gobierno condujo a un descontrol social sin precedentes.

En las terceras elecciones generales, que se celebraron el 16 de febrero y 1 de marzo de 1936, ganó, por escaso margen, una coalición de izquierdas denominada Frente Popular.

Las derechas, no conformes con la marcha política de España, empujaron a Francisco Franco Bahamonde y otros jefes militares de orientación fascista a protagonizar un alzamiento militar contra el Gobierno de la República legalmente constituida. Querían dar una solución por la fuerza al descontrol que imperaba en España, que era mucho. El Ejército, o una buena parte de él, se levantó en armas contra el Gobierno de la República y, desde el sur de la península ibérica, los

sublevados fueron avanzando e imponiendo una brutal represión a medida que iban derrotando al ejército republicano y ocupando poblaciones y territorio español. Asesinatos indiscriminados, masacres sin sentido, odios ahora destapados entre los civiles, descontrol absoluto de la moral y las pasiones… Y así se inició una guerra civil en la que, simplemente por una diferencia de opinión, podía convertir en enemigos y enfrentar a un hijo con su padre, a un hermano contra otro, o a amigos cuya amistad había sido, hasta entonces, incuestionable. En muchos casos, simplemente se vieron enfrentados porque, al inicio de la inesperada contienda, geográficamente se encontraban en un lado o en otro y se los obligaba a luchar al lado de unos o de otros, sin tener otro motivo más que el de su circunstancial ubicación: si era en la zona que llamaban «nacional», a favor de los sublevados; y si era en la llamada «roja», a favor de la República.

Desde que terminó la guerra civil española, en abril de 1939, e incluso antes, el sur de Francia era un hervidero de españoles que habían encaminado sus pasos hacia el país vecino en busca de refugio. En los pasos fronterizos franceses, se apiñaban familias completas que trataban de escapar acarreando sus exiguas pertenencias, soldados derrotados, desertores huidos y políticos renegados miedosos de ser represaliados. Todos con la esperanza de que Francia les abriese sus puertas y los acogiese. Fueron cerca de medio millón los españoles que iniciaron el camino del exilio en aquellos primeros meses de 1939. Muchos murieron en el intento. Mujeres, niños, ancianos, familias enteras… Eran gente que, con todo perdido, trataban de salvar la vida.

Muchos de los españoles que habían logrado entrar en Francia, pasando un sinfín de penurias y calamidades, fueron apresados, encerrados y aislados en campos de concentración situados principalmente a los pies de los Pirineos. Así fue como, al dolor de la derrota, se sumó la humillación de verse tratados por los franceses, no ya como perdedores de la guerra civil española, sino como culpables del desastre.

En septiembre de 1939, estalló la Segunda Guerra Mundial y, tiempo después, la Francia ocupada se sometió a las exigencias de Hitler.

En Francia, estos españoles —hombres y mujeres experimentados en la guerra de España— no dudaron en unirse a la resistencia francesa para luchar contra las fuerzas nazis de ocupación.

Muchos de aquellos desesperanzados españoles, aún no convencidos ni conformes con el resultado de la cruel contienda que habían vivido en España, ansiaban regresar nuevamente a su tierra e implantar la democrática República defenestrada. La Tercera República española tendría que ser ahora.

Esperaban que el transcurso de los acontecimientos bélicos en Europa los favoreciese y así, cuando quedase el régimen de Franco aislado, con la ayuda de los países aliados, lograrían terminar con la cruel dictadura fascista antidemocrática que se había establecido en España. Ellos estaban dispuestos a la lucha y deseosos de retomar el destino de su país.

Con esa intención y dispuestos a todo, más de 8000 exiliados republicanos, que habían conseguido ser acogidos en Francia, se mostraban dispuestos y esperanzados a «reconquistar España». Estaban seguros de que ahora, que serían ayudados por las naciones que terminarían ganando la contienda bélica europea, lograrían liberar a su patria de las garras del dictador.

En septiembre y octubre de 1944, la AGE, Agrupación de Guerrilleros Españoles, que participó en Francia como fuerza voluntaria integrada en la resistencia contra la ocupación nazi, y la UNE, Unión Nacional Española, organización antifranquista promovida por el Partido Comunista de España en el exilio, estructuraron un plan para entrar en España por la frontera pirenaica y recuperar territorio español primeramente por esa zona. En principio se marcó como objetivo la toma del valle de Arán y de Viella, que era su capital, donde se pretendía crear un gobierno provisional, declarar la Tercera República española y fomentar, apoyados por el pueblo, una insurrección nacional que lograría acabar con los fascistas. Ese era el plan.

En los primeros días de octubre de 1944, concretamente entre los días 3 y el 4, unos 250 hombres armados, que pertenecían a la UNE, entraron al territorio español por Roncesvalles y otros lugares próximos de los Pirineos navarros.

El objetivo de estos contingentes era llegar al valle del Roncal en Navarra, para preparar desde allí, unos días más tarde, una entrada masiva e invadir el valle de Arán antes de que el invierno arreciase. Otros, que también entraron en España por otros pasos fronterizos a lo largo de los Pirineos, debían tomar el puerto de La Bonaigua, en los pirineos de Lérida, y el túnel de Viella, para asegurarse una mejor comunicación con el país vecino.

A ese conato de invasión de los republicanos españoles desde Francia lo llamaron Operación Reconquista.

Con este primer grupo entraron en territorio español los protagonistas de esta historia: Gabino y Ramón, que hasta ese momento no se conocían.

3

3 de octubre de 1944
En la frontera franco-española

Era temprano, aún de noche. Poco más de las cinco de la madrugada. Una muga de piedra clavada en aquel llano despejado de árboles señalaba el límite fronterizo entre España y Francia.

Clareaba. Desde esa altura, impresionaba ver las enormes montañas que ahora, próximo el amanecer, se recortaban por el este sobre un cielo púrpura.

Algo más de cien hombres habían ido llegando durante la noche a la explanada que había previa al paso fronterizo. Transportados por unos destartalados camiones, habían subido hasta allí en tres o cuatro tandas. Descargaban, e inmediatamente regresaban para recoger al siguiente grupo.

La estrecha carretera que subía desde Larrau, el bonito pueblo de la Aquitania francesa, parecía que terminaba allí: en aquella loma pelada desde donde se iniciaba el abrupto descenso de los Pirineos españoles. Desde allí, un tortuoso camino que, hacia el sur, se internaba en territorio español a través de un frondoso bosque de pinos.

Aunque, por las fechas, el momento climatológico aún no era duro, la altura a la que se encontraban hacía bajar mucho la temperatura. La noche había sido fría. Arrebujados en escuetas mantas, que no todos tenían, y protegiéndose como podían en algunas cabañas de ganado que había por la zona, durmieron mal. Estaban convencidos de que algo importante en sus vidas iba a suceder y eso los mantenía activos e ilusionados.

Aún estaban en territorio francés. Una rústica barrera marcaba la frontera. Los hombres se apelotonaban en pequeños grupos. Algunos puntos luminosos denotaban los cigarrillos encendidos que, nerviosos, consumían en su impaciencia. Charlaban entre ellos, comentaban planes.

Esperaban que algún oficial tomase el mando, los organizase y les ordenase cruzar la frontera, pero, hasta ese momento, ninguno se había presentado. Seguramente alguno llegaría de un momento a otro.

—¡Vamos, a formar de a tres! —se oyó de pronto la orden de un hombre que, aparentando más edad que la mayoría, voceaba mientras transitaba entre ellos—. ¡A formar, a formar! ¡Arriba, arriba¡ !En formación de a tres! —la repetía para que todos la oyesen.

Ese hombre desconocido, que hasta ahora había pasado desapercibido, les daba las primeras órdenes. Para que lo distinguiesen, se había puesto un gorro de dos puntas con los galones de sargento y eso le infería la autoridad. Seguramente esperaban a alguien de mayor rango, pero, hasta ahora, ningún mando superior se había presentado. Se desperezaron con parsimonia. Todos se limitaron a obedecer y fueron situándose en una destartalada formación.

—Soy el sargento Dionisio —se presentó cuando todos estuvieron dispuestos en una irregular formación—. Ya me iréis conociendo. Me han ordenado que organice la entrada y os trasmita las órdenes que deberéis seguir en este primer momento. Más tarde conoceréis a los oficiales y a los jefes que se incorporarán. Nos estarán esperando más adelante.

Por su edad y porte, parecía un soldado experimentado que, en ese momento, hacía las veces de comandante del grupo que se proponía cruzar a territorio español.

—¡Hoy comienza un día histórico! —dijo situándose ante ellos sobre una piedra algo más elevada, para llamar su atención—. ¡Ahora despertemos a los españoles de verdad de su letargo! ¡A los patriotas! ¡Se unirán a nosotros!, ¡vamos a reconquistar nuestro país y recuperar nuestra democracia!, ¡la que nos arrebataron los fascistas con su golpe militar! ¡Viva España! ¡Viva la República española!

—¡Viva! —contestaron algunos.

—¡Atención...!, ¡prestadme atención! —gritó.

El murmullo de los hombres cesó de golpe. Todos lo miraban.

Inmediatamente, descendiendo de su somera atalaya, sin seguir ningún criterio aparente y de forma aleatoria, paseando entre las filas, empezó a

unirlos en parejas.

—¡Tú con este...! ¡Y tú con este— !ordenaba el sargento señalándolos y haciéndolos salir de la formación—. No os separéis. Iréis siempre juntos y os protegeréis mutuamente. A partir de ahora, seréis uno hasta nueva orden, ¿entendido?

Los hombres no comprendían el motivo de esta acción, pero en espera de una explicación, se limitaron a obedecer.

—¡Sí, mi sargento! ¡A sus órdenes, mi sargento! —se oyeron anónimas afirmaciones ante la incomprendida estrategia.

—Ahora, del camión de armería —dijo señalando unos camiones que acababan de llegar—, podéis elegir arma: entre el subfusil Sten de Gran Bretaña, el MAS-38 francés o el »naranjero«, el nuestro, el que fabricamos en Valencia y que ya todos conocéis. Después, en el otro camión, el de intendencia, os darán un macuto con todo lo que os hace falta y con las municiones.

Después de que les diesen el arma que habían elegido, les fueron entregando una pequeña mochila a cada uno, que otro soldado iba arrojando desde un camión detenido allí cerca. Contenía media hogaza de pan, tres latas de sardinas en aceite y una de carne en conserva. Un mapa de la zona para que pudieran orientarse, una cantimplora, una marmita y un cubierto, todo de aluminio. Otro soldado les proporcionaba, a quien aún no la tenía, una rústica y áspera manta, que seguidamente enrollaban en un rulo para poderla transportar en bandolera. También entregaron a cada uno, a medida que la iban pidiendo, munición para sus respectivas armas y a algunos, no a todos, unos pequeños prismáticos.

—¡Vamos, vamos…, moveos y preparaos! ¡No os apelotonéis! —los apremiaba el sargento—. Estamos a punto de iniciar algo que la historia siempre recordará: ¡la segunda reconquista de España...! Y ahora no contra los musulmanes de la Edad Media, sino contra los fascistas, que también quieren dominar el mundo y privarnos de nuestra libertad.

Del camión de intendencia se apeó el único oficial que hasta ese momento había llegado hasta allí. Había permanecido dentro del vehículo consultando un mapa y ahora, ya en tierra, se dirigía a los guerrilleros, que esperaban.

—A sus órdenes, mi teniente —saludó el sargento cuadrándose y llevando su mano derecha abierta a la sien.

—Forme a la tropa —ordenó el teniente— y repase la lista o rehágala con los presentes. Algunos de los que voluntariamente se apuntaron no se han presentado. Deles a cada uno un número y que lo memoricen. Deberán decirlo, junto a su nombre, cuando les sea requerido.

—¡A la orden— !contestó el sargento Dionisio, y continuó dirigiéndose a la tropa—: ¡A formar…! ¡Sin que os separéis de la pareja que os he asignado, uno delante del otro!

Así lo hicieron. Gabino formó detrás de Ramón.

—¿Es que no tenían ya una relación de los que vamos a ser? —preguntó Gabino sorprendido por lo que le pareció una falta de organización.

—Puede que sí —contestó Ramón en voz baja—, pero alguno se ha podido rajar a última hora y… ya sabes; después de ese primer impulso de valentía, llega el miedo.

—¡Silencio! —impuso el sargento interrumpiendo murmullos y conversaciones—. Os presento al teniente Bonilla, de la 45.ª Brigada. Él será, por el momento, nuestro oficial al mando, hasta que nos reagrupemos con las demás secciones que habrán entrado por otros lugares.

—Seguid las indicaciones que os haga el sargento —intervino ahora, por primera vez, el teniente Bonilla, mientras pasaba revista dirigiéndose con la mirada a la tropa de guerrilleros formada—. Él sabe más de guerrilla que todos nosotros juntos… Su experiencia avala su conocimiento… Intuye perfectamente cómo va a reaccionar el enemigo…, porque los conoce. Hacedle caso y salvaréis la vida… Él sabe.

El teniente causó buena impresión. Era un hombre relativamente joven, apuesto. Vestía un pantalón bombacho caqui embutido en unas altas botas de cordones, camisa y jersey del mismo color y una cazadora de cuero. En ella, una galleta de fondo rojo con dos estrellas plateadas de seis puntas era la única identificación visible de su grado. Se tocaba la cabeza con una popular boina civil característica de la zona donde se encontraban. Por debajo de la cazadora abierta, se apreciaba el correaje cruzado del que colgaba una faltriquera de lona y una pistola en su funda; seguramente una Astra 400 de 9 milímetros. Bajo el brazo, una pequeña cartera portadocumentos de cuero completaba su atuendo.

—Sargento, ordene romper filas.

—¡Rompan filas!

Se miraban unos a otros, buscando reconocerse. Encontrar un rostro amigo entre aquellos desconocidos producía cierta seguridad. No sabían bien qué se

estaba preparando. Tampoco cómo se pretendía llevar a cabo con éxito esa cacareada Operación Reconquista. Solamente tenían conciencia de que regresaban a su país para salvar a su gente de la opresión fascista. Tenían ilusión y convencimiento de que sería un éxito.

Su información era escasa. No sabían más que la obtenida a través de la campaña que, por las emisoras radiofónicas francesas, se había lanzado para promover el alistamiento. Algunas noticias sueltas y comentarios de aquí y de allá. No conocían nada del plan previsto por los mandos superiores de la UNE para llevar a cabo la operación militar que se proponían. Confiados, se habían lanzado a la acción, que les auguraban exitosa. Estaban convencidos de que las potencias que luchaban ahora contra los alemanes en Europa también participarían junto a ellos para derrocar el régimen fascista que se había instaurado en España con la dictadura de Franco.

A todos los abrigaba el deseo de regresar a su patria, a su lugar…, pero la motivación que cada uno tenía era diferente. No les faltaba entusiasmo. Se lo habían puesto fácil cuando estaban en Francia. Los españoles se les sumarían en una insurrección, les dijeron, y que acabarían con Franco y sus secuaces. Además, teniendo en cuenta la marcha positiva que parecía que estaba tomando la guerra contra los alemanes, consideraron que era el momento de aprovechar la oportunidad para regresar a su tierra e intentar cambiar la situación política. Había que volver a casa y retomar las riendas de España.

Gabino y Ramón, como los demás, fueron emparejados por el sargento. No se conocían con anterioridad. Se habían saludado con un simple »hola« y un apretón de manos y, sin más, se aceptaron. Salieron de la formación y se dispusieron a iniciar la marcha.

Apenas habían cruzado unas palabras, pero rápidamente percibieron una conexión que a ambos les proporcionó confianza. Ramón era mayor; debía de tener, por lo menos, quince o veinte años más que Gabino. Su aspecto rudo y curtido dificultaba poder hacerse una idea de su edad. Tendría como mínimo 50 años, incluso podría ser que tuviese 60. Su forma de hablar y sus maneras hacían pensar que era un hombre rudo que seguramente procedía de un entorno rural. De escasa formación, tal vez, pero su aparente conocimiento de la naturaleza y la supuesta experiencia que como guerrillero decía que tenía proporcionaban a Gabino confianza y seguridad. Alardeaba de que la había

obtenido en Francia, actuando junto a la resistencia contra los alemanes invasores. A Gabino le cayó bien.

Ramón también se sentía bien junto a su recién conocido compañero de aventura. Su diferencia de edad y su veteranía hizo que se atribuyese, desde el primer momento, una posición dominante, y se sintió en la obligación de ser el protector de su joven compañero. Le bastó cruzar pocas palabras con él para darse cuenta de que era un hombre instruido, con un nivel cultural superior al suyo. Le pareció uno de esos intelectuales con los que habitualmente no trataba. »Sabe de *to*, es *mu* listo«, pensó. Y eso le gustó.

—¿Y tú qué haces aquí? Eres muy joven —le preguntó Ramón a Gabino, en cuanto se quedaron solos, intentando hacer ver su supremacía.

—No creas; la maldita guerra me ha hecho crecer deprisa —contestó Gabino—. Ya te contaré más despacio cuando salgamos de esta y estemos tranquilos.

Los hombres, ya dispuestos y equipados, se apiñaban en la pequeña explanada previa a la muga que marcaba la línea de separación entre el territorio francés y el español. Intentaban confraternizar entre ellos. Parecía que algunos ya se conocían. En voz baja, charlaban.

Había una barrera. Un simple tronco soportado por dos rústicos caballetes y, desde ella, ya en España, se iniciaba una mala y empinada carretera de tierra mal compactada que serpenteaba y se perdía valle abajo hacia el sur.

Todos, expectantes, con sus armas y sus equipos dispuestos, esperaban la orden para entrar en territorio español. Estaban ilusionados. Iban a protagonizar un episodio glorioso, nada más y nada menos que expulsar de su país a los fascistas amigos de Hitler y retomar el bienestar social que habían estado a punto de conseguir con la República.

Gabino y Ramón, sin dirigirse palabra, sumidos cada uno en sus pensamientos, se fueron acercando despacio al grupo. Pensaban, seguramente, en lo incierto de la desconocida aventura que estaba a punto de comenzar. Con esperanza, eso sí, pero también con inseguridad y temor a ser apresados o a morir.

—¿Cómo te llamas? —le preguntó Ramón.

—¿Yo? Gabino, ¿y tú? —le dijo mirándolo a la cara.

—Yo me llamo Ramón —contestó mientras escudriñaba al joven compañero que le habían asignado, tratando de adivinar algo de él. Ya le sonsacaría después. Ahora, adoptando la posición de jefe, que pensó que le

correspondía, ordenó—: ¡Ale, vamos! —Dio unos pasos hacia la barrera—. En cuanto nos abran el paso, *tiramos pa abajo* rápido…, ¿me oyes? Es para ir por delante, porque los que vengan después puede que tengan más lío. Mejor será ser de los primeros, antes de que los del otro lado se den cuenta de que ya estamos aquí.

Fue su primera orden, haciéndole ver a Gabino su veteranía y su mayor experiencia.

Esa fue la presentación.

Al contrario de lo que cabría pensar, el paso fronterizo no estaba vigilado. Supusieron que eso ya habría sido previsto y que lo habrían resuelto los compañeros locales. Esperaban haber encontrado allí a la Policía francesa o, incluso, a algún grupo de partisanos franceses, o tal vez internacionales, con intención de apoyarlos y unirse a ellos en su misión, pero no. Allí solo estaban ellos: los españoles. Tampoco había ni rastro de la Policía española. Muy raro les pareció, pero pensaron que sería debido a una buena actuación de sus dirigentes. No preguntaron.

El resultado del conteo era de 112 guerrilleros, más el teniente Bonilla y el sargento Dionisio. En total 114 entrarían por ese paso a territorio español. Ramón respondería por el número 47 de la sección 1 de la 45, y Gabino por el 52 de la misma sección y unidad.

El grupo se disponía a cruzar el elevado paso e iniciar el descenso por el tortuoso camino cuando el sargento, situándose frente a la barrera, los detuvo.

—¡Eh, muchachos! ¡Alto ahí, parad un momento! —intervino levantando el brazo—. ¡Escuchadme! Frenad ese ímpetu de revancha que parece que tenéis. Las cosas, despacio y bien meditadas.

Pararon sorprendidos. El sargento tomó posición sobre unas piedras para obtener una situación elevada y que todos pudiesen oírlo.

—¡Escuchadme !Nosotros ahora entraremos por aquí. Otros lo harán por diferentes pasos a lo largo de esta zona de los Pirineos —dijo elevando la voz para ser oído—. Todos nos reagruparemos de nuevo más al sur. El lugar de concentración, en un par de días, será por los alrededores de Vidángoz y Roncal. Tenemos que llegar a esa zona intentando no alertar a las fuerzas gubernamentales que puede haber por aquí desplegadas y no sabemos bien por dónde.

«Para evitar que nos localicen, nos dividiremos en parejas, en las que he formado, y entraremos de forma escalonada. Si fuésemos en grupos grandes, nos localizarían enseguida. Así, podréis ocultaros mejor y pasar desapercibidos si fuese necesario. Primero entráis dos, esperáis un poco, y luego otros dos. Conviene que no perdáis del todo el contacto con la pareja que os precede o la que os sigue, por si necesitasen ayuda, poder acudir rápido en su defensa.

«Tengo que deciros que esta carretera, un poco más abajo, como a unos ocho o diez kilómetros, se bifurca. Por las dos se puede llegar al lugar de reencuentro que nos han marcado. La que sale hacia la derecha va por el valle de Salazar, y la otra, la de la izquierda, va por el de Roncal. Ahí, en esa bifurcación, nosotros también nos dividiremos para bajar repartidos por todo el territorio para que no nos localicen. Seréis vosotros mismos los que decidiréis qué camino queréis tomar para llegar. Si elegís el de la derecha, siguiendo el valle de Salazar, antes de entrar en un pueblo que se llama Güesa, tenéis que desviaros por otro camino que sale a la izquierda hacia Vidángoz.

«Estudiad los mapas que os hemos entregado en la mochila antes de echar a andar para que decidáis qué camino queréis seguir y toméis conocimiento del terreno.

—¿Y cómo localizaremos a los demás camaradas? —preguntó uno de los guerrilleros.

—Los que vayáis por la carretera del valle de Salazar, cuando lleguéis a Vidangoz, siguiendo la senda que sale de ese mismo pueblo hacia el este, a poco más de cinco kilómetros, encontraréis el río Esca, que es el que baja por todo el valle del Roncal. Los que hayáis bajado por la otra carretera hasta Roncal directo, no tendréis problema, allí mismo está el río. Seguramente por allí ya encontraréis a algunos de los nuestros. Os saldrán al paso. Estarán repartidos y refugiados por las bordas de animales. Hay muchas. Uníos a ellos. Todos nos reagruparemos en esa zona. Es importante llegar a nuestro lugar de reencuentro sin llamar la atención, para que nuestro enemigo esté desorientado y no sepan por dónde pueden esperarnos. Allí recibiremos nuevas órdenes. Seguramente también encontrareis patriotas del lugar que se esconden por estas montañas. Ellos estarán vigilantes y os ayudarán.

—¿Usted estará con nosotros, mi sargento? —preguntó otro.

—Sí, claro; ya os buscaré yo y os presentaré a los oficiales que se incorporen. Andaos con ojo. Puede que os encontréis con algún imprevisto por el camino. No sabemos bien cómo van a reaccionar las fuerzas fascistas

que el general Franco pueda desplegar para detener nuestra acción…, que, sin duda, lo hará.

«No saben cuántos somos, y es precisamente eso lo que tenemos que conseguir: que no lo sepan, pero que se asusten. Nosotros tampoco sabemos cuántos serán ellos ni cuándo intervendrán.

«Tenemos información de que Franco ha hecho construir fortificaciones: nidos de ametralladoras y búnkeres por muchos lugares de los Pirineos, la línea P la han llamado, aunque aún no todas están operativas y con efectivos armados. Eso es lo que nos han informado nuestros compañeros de dentro. Seguro que los dispondrán cuando se enteren de que estamos por aquí y teman que podamos venir más. Para eso los han construido: para evitar la invasión desde Francia…; la nuestra o la de quien sea. Por aquí cerca puede que haya alguno, en algún alto desde donde se pueda dominar la carretera o vigilar algún paso. Andaos con ojo por si estuviesen esperándonos. Cualquier casa, ruina, borda o establo puede ser una trampa.

«Ahora, hasta que lleguemos al cruce que os he comentado, donde os dividiréis, intentad que no os vean. Sabemos que algunas de estas pequeñas villas, por las que tendréis que pasar, pueden tener cuartelillo de la Guardia Civil. Es posible que, si los hay, ya hayan sido neutralizados por los compañeros locales. Si no lo han sido, no creo que os hagan frente. Suelen ser siempre pocos y, en cuanto os barrunten, se van a acojonar y saldrán con las manos en alto. Eso si es que no se han marchado ya porque alguien los haya avisado de que andamos cerca… Es muy probable… Y eso sería peor, porque podrían alertar a los guardias de otros pueblos que hay por la comarca. Podrían reagruparse y hacernos frente. Así que, si veis que hay lo que pudiera ser un cuartelillo o un lugar donde puedan estar recluidos, lo mejor es llegar en silencio, acercarse con precaución y cogerlos por sorpresa. A los guardias de los cuartelillos, si los apresáis, no les hagáis nada: solo les quitáis las armas, desenchufáis el teléfono si lo tienen y los encerráis en el calabozo o en alguna habitación para que no vayan con el cuento a otros. No le hagáis nada a nadie si no es para defenderos, ¿entendido? Nuestra incursión es pacífica.

«Ya sabéis… Siempre hacia abajo. Por un lado o por otro llegaréis a Roncal o a Vidángoz, que están a unos 20 o 25 kilómetros.

«Hoy mismo, por Roncesvalles, también habrá entrado un grupo más numeroso que el nuestro, que se reunirá con nosotros más tarde en el punto de

encuentro. Después, una vez allí, ya veremos lo que nos ordenan.

«Tened cuidado. Mejor si no marcháis a la vista por la carretera, porque si hay vigilancia por algún sitio, os pueden ver. Estas son montañas muy grandes, pero tienen muchos caminos. Vosotros tiráis siempre para el sur y ya está; llegaréis. Todos los ríos y arroyos de estas montañas, que casi siempre pasan por los pueblos, también van hacia el sur. No hay pérdida, no hay más que seguirlos.

Habían escuchado en silencio y la explicación del sargento hizo elevar el murmullo. Hablaban entre ellos. Comentando y consultando los mapas, tomaban decisiones sobre el camino que les parecía mejor seguir.

—¡Mucho cuidado! ¡Y que no os vean! —volvió a advertirles el sargento—. Si os pillan, mejor pegaros un tiro. Nosotros no podremos hacer nada si os cogen, y a vosotros, para que cantéis lo que no sabéis, os van a cortar los huevos.

Recogieron sus equipos y las armas, que muchos habían dejado en el suelo, y se dispusieron a entrar en territorio español. Ahora el silencio que reinaba denotaba preocupación por lo aparentemente improvisado de la acción. Se dejaba en sus manos la capacidad de reacción y el éxito o no de esa primera fase, desconocida para ellos, de la Operación Reconquista.

Alguien al fondo gritó: ¡»Viva la República .«!Nadie respondió.

Había amanecido. No parecía que fuese a hacer mal día. Un poco fresco, pero el sol empezaba a templar la mañana.

—¡Hala, marchando! ¡Venga, venga, adelante! —apremió el sargento indicándoles la estrecha carretera que traspasaba la frontera y que se dirigía hacia el sur—. Ya sabéis las órdenes. Nos veremos en un par de días. ¡Andaos con mucho cuidado! Os lo repito: mejor si no vais todos juntos para que no os vean. Así que distanciaos entre vosotros. Salid de forma escalonada; primero dos, esperáis un rato y otros dos. ¡Siempre de dos en dos¿ !Lo habéis entendido? Evitad los caseríos y las poblaciones para no alertar. ¡Ah, y disparos ni uno! Hay que intentar que no se enteren de que ya hemos entrado… o que tarden en enterarse.

—¡Sí, mi sargento! —contestaron al unísono.

—Se me olvidaba: por si nos encontramos en algún momento y tenemos que identificarnos, hemos puesto un santo y seña; decís »lobo« y os tienen que contestar »rata ,«y así sabréis que son de los nuestros.

4

Gabino y Ramón entraron en territorio español de los primeros. Quisieron tomar ventaja. Ramón pensaba que era más seguro adelantarse antes de que la Policía o la Guardia Civil fuesen alertadas, y así se lo expuso a su joven compañero.

Iniciaron el descenso por el puerto de Lazar y, unos pocos kilómetros más abajo, llegaron a unas rudimentarias casas aisladas. Había que tomar precauciones. No les convenía ser descubiertos. No parecía un pueblo, al menos, en los mapas que tenían no estaba marcado. Seguramente se trataba de alguna masía abandonada. Para observar, decidieron detenerse en unas formaciones rocosas que había a poca distancia de las edificaciones. Cuando llegaron a ellas Gabino y Ramón, ya había algunos hombres ocultos que habían iniciado el camino antes que ellos y tomado la misma decisión. Fueron reuniéndose con ellos otras parejas que, junto con el sargento Dionisio, habían partido después. El sargento, al llegar al pequeño grupo que se había formado, se hizo cargo de la situación y tomó el mando.

—Es posible que esté despoblado —dijo el sargento—, pero hay que andarse con cuidado y comprobarlo antes de atravesarlo. A ver, dos de vosotros haced una avanzada de observación.

Dos voluntarios se ofrecieron y al poco regresaron.

—No hemos visto a nadie, mi sargento. Son solo un par de casas que se mantienen en pie y otras tantas ruinas, pero parece que no hay nadie.

El sargento ordenó avanzar prestando atención a lo que pudiese surgir de improviso.

Se respiraba sosiego y tranquilidad por la zona. La mañana era limpia y no se apreciaba actividad, como podría esperarse. No había ruidos ni cantos de gallos ni ladridos. No se oía nada. Parecía ser un lugar sin habitantes. Se acercaron en silencio, atentos a todo. Alguien comentó haber creído escuchar el cierre de una puerta o los pestillos de alguna ventana. Ninguno lo

corroboró. No había nadie, o al menos a nadie se veía. Seguramente habrá sido el viento, pensaron.

De pronto, por delante de ellos, un chiquillo de pocos años salió corriendo de lo que parecía un corral, cruzó la desolada calle y entró en la única edificación de dos plantas que parecía más integra. La presencia del chaval alertó a los hombres. A una indicación del sargento, tomaron posiciones frente a la casa, en unas ruinas que había al otro lado de la carretera. Sobre el dintel de la puerta vieron un pequeño cartel que rezaba: TODO POR LA PATRIA. Efectivamente, se trataba de un acuartelamiento de la Guardia Civil de montaña. No sabían si estaría ocupado o no; había que averiguarlo.

Por indicación del sargento, aguardaron escondidos y en silencio. Sabían que el chico también los había visto a ellos y, por lo tanto, si entró para informar, era de esperar que algo sucediese. El chaval debió de advertir a quien estuviese en la casa y, al poco tiempo, un hombre vestido con camisa y pantalón verde se asomó a controlar la situación mirando a un lado y a otro de la vacía calle. Rápidamente volvió a entrar y cerró la avejentada puerta de madera. Los guerrilleros comprendieron que había guardias civiles armados dentro. El factor sorpresa todavía los favorecía y eso les permitió creer que la situación estaba controlada y que no habría peligro. Habían cogido desprevenidos a los soldados dentro de esa pequeña casa cuartel en la que, seguramente, vivarían junto con sus familias, y eso los favorecía. Por el tiempo que transcurría sin apreciarse movimiento, les pareció que no ofrecerían ninguna resistencia y la situación se podría solventar sin violencia.

La rústica casa tenía la fachada orientada al sur. En la planta baja había una sólida puerta de madera de doble hoja y dos ventanas con rejas, una a cada lado; y en la primera planta, en una ventana, ondeaba una pequeña bandera española franquista.

Ramón y Gabino iban algo rezagados, y cuando vieron que un poco más delante algunos compañeros se lanzaron a ocultarse en las ruinas, de forma instintiva, Ramón, llevado por su experiencia, tiró de la manga de Gabino y lo arrastró bruscamente desoyendo sus protestas hasta situarse tras un sólido muro medio derruido que podía ofrecerles mejor protección en caso de enfrentamiento.

—¡Abajo! ¡Échate abajo y no te asomes hasta que yo te lo diga! No sabemos qué hay ahí dentro ni si la van a liar.

Gabino, en silencio, se agachó a su lado. Sorprendido, pero sin sentirse temeroso. Parecía que estaba más dispuesto a presenciar un espectáculo que a luchar. »A ver qué pasa ahora«, pensó.

—¡Venimos en son de paz! —gritó el sargento Dionisio, elevando la voz desde donde se apostaban—. ¡No queremos hacer ningún daño, ni a vosotros ni a nadie! Soltad las armas fuera de la puerta y salid con las manos en alto. No os pasará nada. ¿Cuántos sois?

Nadie contestó.

Los guerrilleros, situados en los huecos vacíos de las ventanas de las ruinas, esperaban la reacción de los supuestos guardias y las órdenes del sargento.

Después de un corto tiempo, los guardias civiles tomaron conciencia de que estaban rodeados por un grupo de hombres armados. Dos de ellos, sin atreverse a salir del todo, con la puerta semiabierta, fueron sacando y depositando sus armas en el suelo. Ante esa actitud, el grupo de guerrilleros se relajó y algunos de ellos se dispusieron a cruzar la carretera para recoger las armas que les entregaban los guardias. Gabino también se puso en pie, como si no pasara nada.

—¡Quieto ahí…! ¡Inconsciente! —le gritó Ramón mientras tiraba de él de nuevo hacia abajo—. ¡Tú el primero nunca¿ !Me oyes...? ¡Nunca!

Del tirón que le dio Ramón, Gabino perdió el equilibrio y se cayó al suelo de culo.

En ese momento, desde una de las ventanas de la casa, abrieron fuego con un fusil ametrallador. Dos de los hombres que habían intentado cruzar los escasos metros que los separaban de la casa cayeron heridos por los disparos. Inmediatamente, los guerrilleros apostados dispararon en fuego cerrado contra el lugar de donde procedían los tiros y el agresor fue abatido. Después se produjo un denso silencio. Nadie se atrevía a salir. Pasados unos minutos, la puerta de la casa cuartel se volvió a abrir y por su ranura agitaron un palo con un trapo blanco anudado. Ninguno daba crédito a ese acto de rendición y nadie se atrevía a moverse. Algunos ya estaban dispuestos a asaltar la casa y acabar con la situación sin dar cuartel a los que se encontrasen dentro.

—¡Hijos de puta! ¡Vamos a por ellos¡ !No pueden ser muchos! ¡No dejéis a nadie vivo!

—¡Alto! —ordenó enérgico el sargento levantando el brazo para detener la reacción de sus hombres—. ¡Que no se mueva nadie!

—¡Nos rendimos! ¡No disparéis! —gritaron desde dentro de la casa—. ¡Tenemos aquí mujeres y niños pequeños¡ !…Nosotros queríamos rendirnos...! Ha sido el cabo, que, sin decirnos nada, se ha puesto a disparar por su cuenta desde la ventana de la otra habitación. Nosotros no tenemos la culpa. No hemos sido nosotros los que hemos disparado. ¡Nos rendimos! ¡Nuestras familias están dentro…! ¡Por favor, no disparéis! ¡Solo queremos vivir tranquilos! ¡Haremos lo que digáis!

El sargento tomó la iniciativa de la situación y, después de un corto silencio, ordenó:

—¡Vosotros quietos! ¡Que nadie dispare! ¡Que nadie salga! —ordenó otra vez volviendo a levantar la mano para detener a sus soldados—. ¿Cuántos sois— ?preguntó el sargento elevando la voz—. ¡Deponed las armas inmediatamente!

—Somos tres y el cabo, pero el cabo está muerto —contestó uno de los guardias desde dentro de la casa cuartel—. Ha sido él el que ha disparado y vosotros os lo habéis cargado. Nosotros no hemos sido y no tenemos la culpa —repitió—. ¡Ha sido él! ¡Nos rendimos! ¡No disparéis!

Acto seguido, volvieron a ondear el palo con el trapo blanco y depositaron en el suelo, por fuera de la puerta, tres fusiles Mauser, la metralleta del cabo y cuatro pistolas.

—¡No nos matéis, por favor! ¡Nos rendimos! —volvieron a vocear.

—¡No disparéis! —les ordenó el sargento a los suyos—. ¡Auxiliad a los heridos! Y vosotros, los de ahí dentro, ¡salid con las manos en alto!

Pasados pocos minutos, abrieron la puerta y despacio salió uno de los guardias en camisa, desarmado y con los brazos levantados. Al ver que no le disparaban, salieron de igual forma los otros dos; uno de ellos con un niño de corta edad en brazos, suponiendo que de esa forma provocaría piedad y no le dispararían.

—¡Avanzad hacia el centro de la carretera! —ordenó el sargento—. ¡Todos! ¡Que salgan todos! ¡También vuestras mujeres y niños!

Poco después, los que habitaban la casa salieron a la arenosa calle. Además de los guardias, tres mujeres, una de ellas de avanzada edad, y tres niños, ninguno mayor de ocho o diez años. La mujer más joven, que salió la última, lloraba y abrazaba a un bebé de pocos meses que también lloraba. Seguramente sería la desconsolada mujer del cabo abatido.

Poco después, el teniente Bonilla llegó al lugar con otros hombres y se hizo cargo de la situación. Mal había empezado la jornada, pensó. Acababan de entrar y ya tenían dos heridos.

—¡Que os sirva de escarmiento! —les dijo el teniente—. Cuando encontréis una población o un caserío, es preferible que deis un rodeo y que no os dejéis ver. Ahora, seguramente, habrán oído los tiros y correrá la voz. Deberemos tener más cuidado en lo sucesivo.

Después del incidente, siguieron el camino en parejas, según les habían ordenado. El teniente Bonilla organizó la salida escalonada de sus soldados y todos partieron llevándose aprendida le lección.

Como les había anticipado el sargento, Gabino y Ramón llegaron a la bifurcación de la carretera. No sabían bien qué camino tomar y subieron a una loma desde donde podían hacerse una mejor idea. Desde allí se divisaba un buen tramo de las carreteras, una hacia el sur y otra hacia el este, aunque poco después se perdían entre los árboles del espeso bosque pirenaico. Su observación no les aportó conocimiento suficiente para poder elegir. Después, consultando el mapa que les habían dado, decidirían.

En un prado cercano divisaron a un anciano pastor con su rebaño. Se acercaron y le preguntaron:

—Amigo, ¿es usted de por aquí?

El pastor, al verlos armados, desconfió. Quiso alejarse apresuradamente, pero no podía abandonar a su rebaño y eso lo detuvo. Gabino se percató y le gritó:

—¡No tema, amigo! No le haremos nada, solo necesitamos que nos indique el camino, porque no conocemos la zona. Suponemos que usted sí la conoce.

—Sí, soy de Izalzu…, un pueblo de aquí al lado —contestó con miedo.

—Bueno, amigo. Nosotros queremos ir a Roncal y a Vidángoz y no sabemos qué carretera tomar de estas dos. ¿Usted nos podría indicar cuál es el mejor camino que debemos seguir?

—Por cualquiera de las dos podrán llegar. Por esta que sigue de frente —dijo señalando con la garrota—, se llega por el valle de Salazar. Luego hay un desvío a la izquierda que los lleva a Vidángoz. Esta otra, la que sale a la izquierda, es más directa para ir a Roncal… Pero, andando, el camino más corto para llegar a Vidángoz no es ninguna de estas dos carreteras. Es uno que nosotros utilizamos para llevar el *ganao*. Si quieren tomar ese, se coge donde

empieza el puerto que baja hacia el barranco. —Volvió a señalar con la garrota —. Un poco más abajo verán que la carretera hace una curva grande. Justo en ella, a la derecha, por detrás de un corral, sale un camino estrecho que llega a Vidángoz. No hay más que seguir el río. Si bajan ustedes por esa cañada, aunque el camino es malo, puede que lleguen antes.

—Gracias, abuelo —dijo Ramón—. ¿Ha visto usted por aquí a los guardias civiles?

El pastor no contestó y se alejó bajando de forma apresurada con su rebaño por un inclinado prado que se extendía hacia poniente.

—¡No le diga a nadie que nos ha visto! —le gritaron cuando ya se alejaba.

El pastor no respondió. Continuó monte abajo hasta que se perdió con sus ovejas.

Allí se iniciaba un empinado puerto que descendía: el portillo de Lazar, indicaba el mapa.

Gabino y Ramón, orientados por la indicación del anciano pastor, llegaron a la pronunciada curva. Bordearon el corral y encontraron el estrecho y escondido camino que se apartaba de la carretera.

Gabino, plantado de pie al inicio del camino y viendo las malas condiciones que tenía, le preguntó a Ramón:

—¿Tú qué opinas? Por aquí la marcha será más dura. Fíjate en el firme que tiene. Parece muy malo y hay muchas piedras.

—Sí, puede —contestó Ramón—. Pero, como nos dijo el viejo, por esta cañada llegaremos más rápido y, sobre todo, no estará tan vigilada. Por aquí no pueden transitar vehículos. Seguro que, después de lo que ha pasado, ya estarán sobre aviso y nos buscarán, pero irán en algún camión y lo harán por la carretera. Mejor si vamos por la cañada, ¿no te parece?

Decidieron apartarse del grupo que seguía por la carretera y seguir el consejo del viejo pastor. Gabino sacó de la mochila el mapa y lo consultó.

—Este camino ni siquiera viene en el mapa… Bueno, sí…, mira…, aquí hay una línea de puntos con una indicación que dice: CAÑADA DE LOS RONCALESES. Debe de ser esta.

—Ten en cuenta que esto es una cañada para el *ganao*; ya nos lo dijo el viejo —contestó Ramón—. Tirando *to pa bajo* y siguiendo el río llegaremos hasta Vidángoz. Como nos ha dicho, no tiene pérdida… ¡Hala, vamos!

Iniciaron la bajada por la pedregosa cañada.

5

Gabino no parecía estar muy convencido de si la aventura que habían emprendido era buena. Además, tenía dudas sobre Ramón. No conocía bien su postura política ni cuál había sido su actividad antes de encontrarse. Necesitaba saber más de su compañero para prever sus reacciones. En los tiempos que corrían, no sabía uno con quién se la estaba jugando y había que tener cuidado. Se habían caído bien, sí; charlaban de forma desinhibida, pero debía ser cauto, no solamente con los comentarios y las respuestas, sino también en la forma de preguntar. No convenía verter opiniones que pudiesen inducir a que su compañero se formara de él una idea errónea o no conveniente.

—Y tú, Ramón, ¿qué opinas de todo esto? —preguntó Gabino sin más preámbulos mientras caminaban.

—Pues opino que nos las vamos que tener que apañar nosotros solos —contestó Ramón—. Nos decían que los aliados iban a marcarse como objetivo liberar a España de los fascistas y acabar con el gobierno de Franco, que es amigo de los alemanes, y por eso ahora nos iban a ayudar a nosotros, pero ¡de eso *na*! Nuestra República y lo que nosotros queremos arreglar en nuestro país les importa un *güevo*. Además, todo esto tiene una lógica: ya solo les faltaba a los gabachos y a los que luchan contra los alemanes en Francia que se estableciese otro frente al sur, en la frontera con España. Somos tontos si pensamos que nos va a ayudar. No es el momento para ellos. Si los aliados consiguen vencer a los alemanes, cuando hayan *limpiao* Europa, puede que se planteen limpiar también España… No sé…, ya se verá. Pero, por ahora, no creo que la España de Franco, sin apoyos de los alemanes y sin *na* de *na*, les preocupe. Lo tienen todo *controlao*.

—Y ese tal Jesús Monzón del Partido Comunista. Ese que en Francia no hacía más que vociferar por la radio y empujarnos, a toda costa, a esta locura, ¿dónde está ahora— ?preguntó Gabino—. ¿No se postulaba como líder de este follón que quiere armar?

—Sí, Operación Reconquista la llama.

—¡Reconquista, reconquista…! ¡Pero si somos cuatro pringaos! Ni que fuéramos Don Pelayo, el que inició la reconquista de la península ibérica para arrebatársela a los musulmanes allá por el siglo VIII —volvió a comentar Gabino—. Y también decía que nos auguraba un éxito rotundo e inmediato, ¿no...? ¡Ya veremos! ¡Yo no las tengo todas conmigo!

—¡Joder, Gabino! Parece que te arrepientas de haber *venío*. Nosotros hemos *perdío* la guerra porque a todos los de *afuera* les ha *importao* dos cojones lo que pasaba en España —intervino Ramón algo ofuscado—. Firmaron ese maldito Pacto de No Intervención para no ayudarnos y dejaron que nos las apañásemos solos. Pero nosotros no estábamos *preparaos*. A los golpistas los han *ayudao* los nazis y los fascistas de Mussolini…, y claro, la República tuvo que rendirse. Pero ahora no va a ser así, ya lo verás.

—¿Que no va a ser así? —replicó Gabino—. Los de Franco, ya lo sabes, tienen aviones, cañones y todo tipo de armas, y además es un ejército entero y bien organizado. Ahora, aunque no los ayuden los alemanes, porque están en otra cosa y parece que llevan las de perder, tienen mucho más que nosotros… Y nosotros, pues ya ves, por mucho que nos han dicho, seguimos sin la ayuda internacional que necesitamos. Sin armamento ni efectivos suficientes… ¡Bah! No tenemos nada que hacer…, me parece a mí. —Ramón callaba. Miraba de vez en cuando a Gabino cuando hablaba y seguía caminando sin comentar—. También nos decían que aquí nos estarían esperando los nuestros con los brazos abiertos y dispuestos a todo para derrocar el fascismo y volver a echar a Franco con sus jodidos moros a Marruecos —siguió hablando Gabino mientras caminaban—. ¡Bah! Aunque nos hiciésemos con todos los Pirineos y anunciásemos a los cuatro vientos que somos la legalidad en España, esa renacida Tercera República española, ¿qué adelantamos con esa proclama? ¡Nada! Y después qué…, ¿cómo continuaríamos la cacareada reconquista...? ¡Una ratonera me parece a mí que es donde nos estamos metiendo!

—¡Mira que eres pesimista, Gabino! ¡Ya verás que no va a ser así! —protestó Ramón—. Nosotros solo somos una avanzadilla, no tenemos un objetivo militar concreto. El nuestro es un movimiento de distracción para que se crean que todos vamos a entrar por aquí y así dejen desprotegida la zona por donde entraremos de verdad. Lo tienen todo bien *pensao*.

—Sí, sí, claro…, ¡una avanzadilla! —replicó de nuevo Gabino—. ¿Una avanzadilla para qué? O sea, que somos el »gusanito« que colocan en el

anzuelo para ver si pican. ¿Pues sabes una cosa, Ramón...? Que de esos gusanitos que clavan en el anzuelo no se salva ni uno. Eso es lo que nos va a pasar a nosotros… ¡Ni uno!

Ramón se quedó pensando en silencio un buen rato. Caminaba mirando al suelo. Él había vivido con la esperanza de que todo volvería a ser como antes, que la desastrosa Guerra Civil que había sufrido había sido un mal sueño y que lo justo y lo lógico, tarde o temprano, tendría que imponerse. Su razonamiento natural se lo exigía y no podía aceptar algo como lo que había pasado y estaba pasando en España. No era normal. No sabía nada de política y hasta la palabra lo asustaba. Solamente un pensamiento lógico surgía en su cabeza: hasta los animales aceptan una convivencia tranquila.

Gabino seguía erre que erre con su forma pesimista de ver las cosas.

—¡Pues no sé qué objetivo estratégico tenemos nosotros aquí! Estamos muy lejos de Viella, que es a donde dicen que quieren llegar para instaurar el gobierno provisional de la Tercera República —dijo Gabino mientras caminaba sin apartar la vista de la profundidad del valle, pero a sabiendas de que Ramón lo escuchaba—. Viella es la capital de toda esta región montañosa. Allí será donde tengamos que entrar antes de que empiece a nevar para dominar el valle de Arán y el túnel que hay allí. Seguramente será por ese túnel por el único sitio que puedan entrar las fuerzas de los aliados. Por eso es importante que lo tomemos y rápido, antes de que Franco reaccione y mande a todo su ejército… Entonces…, ¿qué coño hacemos nosotros aquí, perdidos por estas montañas?

—Pues no lo sé, Gabino… —intervino Ramón—. Los jefes lo tendrán todo *estudiao* y previsto.

—Esa ciudad, Viella, que es la capital del valle de Arán, está por lo menos a 250 kilómetros de aquí por carretera —precisó Gabino—. ¡Y menudas carreteras! ¡Caminos de cabras diría yo que son! ¡Fíjate qué montañas! ¡Tan altas que se pierden entre las nubes...! ¡Son enormes! Desde aquí, si tenemos que ir andando y acosados, tardaremos por lo menos dos o tres semanas… Eso sin parar…. Y yo por aquí no he visto ningún vehículo ni nada que se le parezca para transportar tropas. Nos han llevado hasta la frontera en camión, pero luego se han largado y hemos entrado andando. Ya veremos cómo salimos…, ¡si es que salimos!

—Bueno…, a lo mejor, ahora cuando nos juntemos todos, tendrán dispuesto algún transporte que nos lleve adonde sea…, ya lo verás —opinó

Ramón.

—¡Sí…, al paredón de fusilamiento nos van a llevar...!, o a la cárcel, en el mejor de los casos —respondió Gabino—, si es que no nos han matado antes por estos perdidos montes que no conocemos. Estamos en las montañas de los Pirineos navarros; muy lejos de los Pirineos de Lérida, que es donde está el valle de Arán… Y es en Viella donde dicen que quieren establecer ese puto gobierno de España… ¡Menudo plan!

—¿Pero es que tú sabes bien dónde estamos? —pregunto Ramón desconcertado.

—Hombre, algo de geografía sí que sé —contestó Gabino—. Soy maestro de escuela.

—¡Anda, qué sorpresa...! ¿Maestro de escuela...? ¡Pues me tienes que enseñar muchas cosas que yo no sé!

—Sí, claro… De la ignorancia, que todavía tienen muchos de los españoles, es de lo que se aprovechan. Cuando la guerra, pertenecí a unas Brigadas de la Enseñanza para alfabetizar a la tropa, y me mandaban por las trincheras. Cuando teníamos algún momento tranquilo, enseñaba a los analfabetos, que eran muchos, a leer, escribir y las cuatro cuentas.

Mientras andaban, ahora sin muchas dificultades, por ser un camino de bajada, seguían charlando.

En el momento de la salida, por consejo de Ramón, habían querido ir de los primeros y se habían anticipado a otros compañeros. No sabían si alguno más habría decidido tomar esa ruta que ellos habían elegido, pero desde que emprendieron la marcha por la cañada del ganado que el pastor les habían indicado, no habían visto ni un alma.

—El sargento comentó que otros hombres también han entrado por Roncesvalles y por otros sitios de estas montañas. Nosotros lo hemos hecho por aquí, desde este pueblo francés: Larrau… Por este paso —dijo Gabino desdoblando su mapa y señalando con el dedo—. ¿Ves...? Y es aquí, en el alto de Lasa, donde, después de la trifulca con los guardias, nos hemos apartado del grupo por el camino que llevamos. Se llama Cañada de los Roncaleses, que es este que va hacia abajo, casi pegado a este río de montaña…, hasta Vidángoz.

—Entonces, vamos bien, ¿no, Gabino?

—Sí, pero no lo entiendo —expuso Gabino—. Viella está mucho más al este, por el Pirineo de Lérida —observó Gabino—. No creo que cuenten con

nosotros para ocupar esa zona. Está muy lejos.

Pareció que la revelación de la profesión del joven Gabino le quitó protagonismo a Ramón, que, seguramente por el respeto que siempre había tenido por »el maestro,« se sintió en un nivel inferior. Su condición de experimentado veterano no le pareció suficiente. Él se consideraba casi analfabeto.

Caminaron un buen rato en silencio mientras iban reflexionando. Por un lado, Ramón con la esperanza del éxito. Gabino, sin embargo, masticaba la inseguridad. Se mostraba pesimista.

—¡No sé a qué coño nos mandan a nosotros aquí, tan lejos del objetivo! Además, muy pocos hombres me parece a mí que somos para asegurar el éxito de esta acción… ¡Menudo ejército! —reflexionó de nuevo Gabino—. ¿Y total, para qué? ¿Para que nos cacen como a conejos cuando Franco mande a sus buitres armados hasta los dientes? ¡Además vendrán con ínfulas de victoria! ¡Como héroes vencedores!

—Pues es lo que te digo, Gabino —contestó Ramón—. Seguramente estemos aquí para distraer a esas fuerzas fascistas que Franco pueda enviar a esta zona. Para dividirlas y así poder dejar más desprotegida la zona del valle de Arán, que es el auténtico objetivo.

—Pues ya lo estás viendo —dijo Gabino—. Por aquí parece que hay escasa presencia militar y los pocos guardias civiles que puede haber en los cuartelillos locales, si no los instigamos y los obligamos a hacerlo, no creo que nos planten cara. Por aquí solo hay silencio y frío. Ya lo has visto, parece que no nos esperaban y que ni se lo imaginaban. Ya veremos qué es lo que nos ordenan hacer cuando lleguemos al lugar donde quieren reagruparnos. Igual nos hacen regresar a Francia de nuevo. Aún estamos cerca, y puede que hasta nos vuelvan a meter después en España por otro sitio donde seamos más útiles… ¡Vaya usted a saber!

—¡Ya verás! En cuanto tomemos Viella, los americanos y los franceses entrarán con sus tanques y en pocos días acabaremos con la resistencia que quieran poner esos que se llaman ahora »nacionales,« y *¡sacabó!* —expresó ahora Ramón con entusiasmo—. Ya estaremos en casa y todo funcionando como antes.

—¡No seas iluso, Ramón! Hasta que no acabe la guerra contra los nazis, si es que la ganan los aliados, ningún gobierno hará nada para ayudarnos. Ahora, España es un quiste en Europa y nosotros no les preocupamos… ¡Ya

reconocieron como legal el gobierno de Franco y todos tan amigos...! Nos aíslan y ya está, ¡se acabó el problema!

—¿De verdad? —preguntó Ramón.

—¡Claro que sí, hombre! ¿Es que no lo sabías? Los franceses, que son muy listos, ya en el 39, antes de que terminase la guerra en España, reconocieron a Franco como vencedor y legitimaron su gobierno, para quitarse de líos —continuó exponiendo Gabino—. Por esa razón lo tuvimos tan difícil cuando los supervivientes de nuestra Guerra Civil quisimos refugiarnos en Francia. Nos cerraron las fronteras para que no entrásemos, y a los que logramos entrar nos encerraron en campos de concentración para que no nos moviésemos y nos muriésemos de frío y de hambre.

—¡Mira que sabes, Gabino! —cortó Ramón pensando en lo lógico de su planteamiento y más preocupado ahora por la insegura situación que se les podía venir encima que por las explicaciones que su amigo le estaba dando—. Eso me lo tienes que contar luego despacio, pero ahora no es el momento. Ahora lo que tenemos que hacer es tener *cuidao* para que no nos descubran, juntarnos con los nuestros allí abajo y ver qué es lo que ordenan hacer para recuperar nuestra España democrática.

—Pues sí, Ramón, sí… Somos como un grano en el culo del Charles de Gaulle francés o de ese tal Roosevelt americano. Pero un grano que no les duele —continuó Gabino—. España ahora, para los aliados, se ha convertido en una franja de tierra de nadie que simplemente los separa de África. En España no están los alemanes, que, por cierto, no entiendo por qué no entraron en la península ibérica como han hecho en toda Europa. Creo que llegaron a un acuerdo con Franco y lo dejaron tranquilo… Ya veremos después qué pasa…

—¡Joder con el Franquito; mira que es listo el cabrón! —dijo Ramón comprendiendo el razonamiento que le hacía Gabino—. Le hace carantoñas a uno y promesas al otro, y él se queda ahí, encerrado en su castillo, haciendo ver a todo el mundo que él nada tiene que ver con lo que está pasando en Europa. En cambio, nosotros sí. Los que nos fuimos a Francia para escapar de la que se nos venía encima enseguida nos unimos a los partisanos de la resistencia y los ayudamos a darles a los alemanes que ocupaban su país. Pero a los franceses nuestro asunto les importa un pito.

—Sí, claro… Y caímos como chinches, con los franceses o con los alemanes, que para todos hemos sido carne de cañón —contestó Gabino—.

Bueno, eso es otra historia… Y encima, cuatro *piraos* de ahí fuera, como ese tal Jesús Monzón, Santiago Carrillo… y los comunistas españoles exiliados, empujándonos para que vengamos a prepararles los sillones de la nueva Tercera República española que ahora quieren constituir… ¡Manda cojones!

—Sí, bueno… Vamos a callarnos ahora —contestó Ramón un poco nervioso—. Ya tendremos tiempo de explicaciones si salimos de esta.

Las impresionantes montañas sobrecogían. Después de transitar con dificultad por la inclinada ladera de una de ellas, coronaron una loma desde la que pudieron avistar un largo valle al que suponían que deberían bajar para llegar a su destino. Decididos, por seguridad, dejaron a un lado el camino e iniciaron el descenso por una torrentera encajonada, que les pareció que los ocultaría mejor.

Fue entonces cuando les sorprendieron los disparos.

6

Después del incidente, viendo que no podían continuar por donde querían, volvieron sus pasos de nuevo hacia el norte. Salieron de la cañada y tomaron un sendero hacia el este, que se perdía entre la espesa foresta y con frecuencia se interrumpía entre las formaciones rocosas. Ni siquiera estaba indicado en el mapa. Subieron a una loma que se alzaba a su derecha para poder divisar un espacio mayor y decidir el camino que les convenía seguir. Desde lo alto del cerro, apoyados sobre una piedra que los ocultaba, otearon con sus prismáticos por si divisaban alguna actividad enemiga o por si localizaban a alguno de sus compañeros. La niebla que había surgido a última hora estaba aclarando y, aunque eso los perjudicaba porque era más fácil ser descubiertos, era más fácil orientarse. Desde donde estaban se divisaba una buena parte de un valle que se abría hacia levante, y a lo lejos, una población.

—¿Qué pueblo es ese? —preguntó Gabino.

—No lo sé… Espera que mire el mapa —respondió Ramón después de desplegarle sobre la redonda piedra—. Según el mapa, la cañada por la que andábamos no atraviesa ninguno. Nos hemos *apartao* hacia el este y como no conocemos la zona, pues…, no sé…, seguramente…

—Bueno, bueno…, da igual —cortó Gabino, poniéndose de pie de inmediato, decidido a continuar—. Estamos perdiendo mucho tiempo, Ramón. Vamos para allá y ya está. Allí, ya veremos. Nos enteraremos de qué pueblo es y cómo están las cosas. Es posible que nos encontremos con algunos de los nuestros que hayan llegado hasta él por otro camino. Por allí encontraremos a alguien que nos informe.

Ramón también se levantó, guardó el mapa en su mochila y se dispuso a seguir a su amigo Gabino, que ya había iniciado el descenso.

—Lo que tenemos que hacer ahora es salvar el culo y encontrar algún refugio —dijo Ramón cuando estuvo a su altura—. Eso es prioritario. Se hará de noche en un par de horas y ya empieza a hacer frío.

—Vamos a bajar a ese pueblo… ¿Estás de acuerdo? —preguntó Gabino sin detenerse.

—Sí, sí, vamos… Lo que tú digas — respondió Ramón cediendo su liderazgo.

La disposición descendente de la ladera los obligaba a marchar en cortos trotes. Cada pocos metros se detenían y, ocultos tras los árboles, las rocas o los matorrales, tomaban aliento y atisbaban el escenario que tenían por delante en busca de alguna actividad que los orientase o los alertase.

Entre las piedras de un cercado, ya próximos al pueblo, volvieron a consultar el mapa. Primero pensaron que tal vez fuese Roncal, que sabían que se encontraba hacia el este, pero analizando la trayectoria que habían traído, dedujeron que se encontraban algo más al norte y, por lo tanto, no podía ser. La verdad es que no sabían bien dónde estaban. Algo más lejos divisaban un pequeño arroyo de aguas vivas que saltaba entre las rocas. Un estrecho camino atravesaba el arroyo por un puente de piedra con pretil y llegaba hasta el pueblo que se encontraba, más al este, al otro lado del río. Estudiaron su entorno. Había que evitar sorpresas.

—Mira, Ramón, ahí a la izquierda parece que hay una edificación. Yo creo que es una ermita —dijo Gabino después de mirar con los prismáticos.

—Sí, ya veo —contestó Ramón observando con los prismáticos que Gabino le ofrecía—. Podría ser un buen lugar para pasar la noche. Tú quédate aquí. Voy a acercarme para echar un vistazo y ver si hay peligro. Enseguida vuelvo.

Ramón se apartó ocultándose entre los enebros y matorrales de poca altura que había por la zona. Al poco rato regresó y comentó con Gabino.

—No hay nadie. Tiene una puerta cerrada de madera bien sólida, pero en el lateral he visto, a poca altura, un pequeño ventanal abierto por el que podríamos entrar. No me he atrevido a llegar, pero seguro que el lugar está vacío; al menos, yo no he visto a nadie. Hay un cartel que pone: MARE DE DIOS DE IDOYA.

—Pues si pone eso, será este punto que aquí marca el mapa con una cruz —observó Gabino señalando con el índice el lugar en el mapa que les habían dado—. Debemos de estar por aquí y, entonces, ese pueblo que vemos es Isaba… ¿Lo ves?

—Sí, bien, pero primero vamos a bajar con *cuidao* al pueblo, por si vemos a alguno de los nuestros y nos explican lo que está pasando —sugirió impaciente

Ramón—. Después, si quieres, volvemos a la ermita… Y, ya sabes, si vemos soldados o guardias, pues a reptar como lagartos sin que nos vean…, y *to patras*.

—No, no… Ya es muy tarde, Ramón —respondió Gabino—. Si bajamos, puede que nos metamos en otro lío. No sabemos nada de cómo se las han arreglado los demás ni qué nos podemos encontrar. Estamos cansados. Vamos a ver si podemos entrar en la ermita para pasar la noche. Mañana, cuando amanezca, ya con la luz, bajaremos.

—Bueno, vale —contestó convencido Ramón.

Rodearon la ermita por todo su perímetro para estudiarla y, efectivamente, comprobaron que no había nadie. La maciza puerta estaba bien cerrada. Observaron el ventanuco de pequeñas dimensiones que, a poco más de dos metros de altura, parecía que daba a un anexo de posterior construcción. Entre las hierbas, tumbada y arrimada a la pared, encontraron una destartalada escalera de troncos que, seguramente, se utilizaba para entrar. Con precaución la usaron para subir. El lugar, de reducidas dimensiones, estaba vacío. Tenía una estrecha puerta cerrada con llave, que supusieron que daría al recinto eclesiástico. Después de inspeccionar el lugar, izaron la escalera y la introdujeron en la estancia para quedar aislados.

—Haremos guardia; primero yo y después tú —dijo Gabino—. Hay que estar atentos a cualquier ruido por si nos están buscando. Si llegan hasta aquí y no nos damos cuenta, no tendremos escapatoria.

Una cena frugal con los alimentos que traían en las mochilas los calmó del agitado día. Transcurrió la primera noche sin contratiempos. El suelo era duro, pero pudieron descansar.

Era muy temprano. Acababa de amanecer. Estaba despejado. El sol aún no calentaba con fuerza y las grandes montañas del este proyectaban su sombra sobre el valle. En otro momento de menor tensión, la sensación habría sido deliciosa. El olor, el trinar de los pájaros, el murmullo del chapotear del agua entre las piedras del cercano río. Todo hubiese sido idílico. Decidieron acercarse al pueblo. Bajaron por el barranco evitando la estrecha carretera que serpenteaba hasta el pueblo y se aproximaron con suma precaución.

—Escóndete, Gabino. ¡Chisssss...! ¡No hagas ruido ahora, cállate! —le advirtió Ramón llevándose el índice a la boca—. Ya estamos llegando al pueblo y me parece que hay alguien en el puente. Escucho voces… ¿No los oyes? Me parece

que están sentados tras el pretil. Avancemos despacio. Hay que comprobar si son de los nuestros.

Así lo hicieron. Ocultos entre los arbustos que crecían en la margen del río, se fueron acercando y vieron a dos hombres armados que, sentados en el suelo y agachados tras el pretil del puente, conversaban. El ruidoso riachuelo amortiguaba el sonido de sus movimientos y lograron llegar hasta el puente sin que los que vigilaban los viesen. Se situaron bajo sus arcos, donde no podían ser vistos desde arriba, y escucharon en silencio:

—*I tú, ¿per on vas entrar?* —preguntaba uno —como el otro lo miraba sin responder, el primero insistió—: ¡Que por dónde coño has entrado aquí, te estoy diciendo!

—¡Joder, pues por *ande* va a ser, por el paso ese estrecho de ahí arriba! —contestó—. *Maño*, es que yo soy aragonés y, si me hablas como se habla en tu pueblo, no me entero de *na* de lo que me estás diciendo.

—¡Pues que os podían haber *fotut* como a *conills* si os hubiesen esperado a la salida de la madriguera!

—*¡Quiá!* Ya estaba todo previsto. Teníamos el paso abierto y controlado por si había que salir echando leches. De todos modos, pierde *cuidao*. En *na* no habrá problemas. Cuanto nos hagamos con la situación, seremos libres de poder andar por *ande* nos dé la gana y no tendremos que irnos de nuestra tierra nunca más.

Gabino y Ramón, bajo el puente, escuchaban.

—¡Ya, ya…! Con que libres, ¿eh? —dijo Gabino dirigiéndose a Ramón con voz susurrante, y continuó—: Sí, creo que son de los nuestros. Hablan de haber entrado y uno parece que es de por aquí.

Tan ensimismados estaban los centinelas en su conversación que no se percataron de la cercanía de Ramón y Gabino.

—¡Chisss, chisss! ¡Eh...! ¡Eh! —les chistó Ramón desde debajo del puente.

Los vigilantes, al oírlo, alarmados, rápidamente interrumpieron su charla. Se incorporaron vigilantes empuñando sus fusiles y se parapetaron tras el sólido pretil del puente. Miraban y miraban, aunque a nadie veían, apuntaban sus armas hacia el río, que discurría entre piedras. Buscaban quién podía ser y de dónde provenían esos sonidos. Nada…, no vieron a nadie.

—¿Quién va? —preguntó inquieto uno de ellos.

—¡Eh, eh…, tranquilos! ¡Que somos de los vuestros! —respondieron inmediatamente los que estaban bajo el puente.

—¡Santo y seña! —gritó impaciente uno de ellos, aún sin ver quiénes los habían sorprendido.

Ramón miró a Gabino.

—¡Leches, que no me acuerdo! —dijo asustado.

Gabino se quedó pensando un momento.

—¡Ah, ya¡ !…Lobo! —dijo levantando la voz.

—¡Rata! —respondió el guerrillero.

La verificación de la contraseña los tranquilizó.

—¡Dónde estáis! ¡Salid que os veamos! —ordenaron.

Salieron Gabino y Ramón de debajo del puente. Al descubierto, con las armas colgadas al hombro y los brazos en alto, mirando a los centinelas que amenazantes los apuntaban con sus fusiles.

—¡Subid al puente! —ordenaron.

Salieron del río y subieron por su ladera hasta enfilar el puente.

—¡Joder, nos habéis dado un buen susto! —protestó uno de ellos cuando se acercaban despacio.

—¡Pues estad atentos, joder! ¡Menuda guardia estáis haciendo! —los increpó Ramón—. Podría haber entrado hasta un ejército por debajo del puente y no os habríais *enterao* de nada. Ya estaríais muertos… Y lo que es peor, también todos los que confían en vosotros... *¡Cagüenlá!*

—¿Dónde están los vuestros— ?preguntó Gabino.

Los dos guerrilleros se miraron indecisos.

—A *l'escola*; *organizant* no sé qué —respondió uno de ellos en catalán.

—Y vosotros ¿por qué estáis solos y no con vuestra unidad? —preguntó el otro centinela, desconfiando y apuntando de nuevo su fusil hacia ellos—. ¡A ver! ¿Quiénes sois vosotros?

—¿Con nuestra unidad? ¡Pero qué unidad ni qué leches estás diciendo! —dijo Ramón ofuscado—. Si no hay ni un puto plan claro y no sabemos a dónde han ido a parar todos los demás. Nuestra unidad está disgregada. Nos han *dejao* ahí arriba solos, *tiraos*…, y casi nos liquidan.

—Y en este pueblo, ¿no hay nadie¿ ?No hay policías o guardias civiles? —preguntó Gabino.

—¡*Ná*! Ocho o diez personas *asustás* que se han *encerrao* en sus casas. Guardias no hay —contestó el maño.

—Y vosotros dos ¿quiénes sois? ¿Qué órdenes tenéis? —preguntó Ramón ahora más distendido.

—Somos de la 54, que entramos ayer por la mañana por un paso de por ahí arriba, que no sé cuál es. Llegamos al camino del Roncal con la camioneta y allí nos juntamos con otros que bajaban por la carretera y que venían con el teniente Bonilla, que es el que nos comanda. Es el único oficial por ahora.

—Ah, sí… El teniente Bonilla. Ya lo conocemos. Es el que entró con nosotros —dijo Gabino y, después de un corto silencio, preguntó—: Y aquí, en el río, ¿solo estáis vosotros?

—Sí… Nos han puesto aquí de guardia. Los jefes y el resto del batallón están en la escuela del pueblo. Tenemos orden de vigilar la entrada al pueblo y que avisemos si viene gente por la carretera. Para entrar, tienen que hacerlo por este puente.

—¡Ya...! O cruzando el río por cualquier sitio, como hemos hecho nosotros…, no te jode —dijo Gabino.

—Y vosotros ¿de dónde habéis salido? —preguntó el otro centinela queriendo adoptar una posición dominante.

—¡Pues qué te voy a contar! —dijo Gabino—. Entramos, como vosotros, también ayer por la mañana. Nos llevaron a la muga con una camioneta desde Larrau, un pueblo de Francia. Luego continuamos andando. Nuestro grupo se dividió, como nos ordenaron, y tenemos orden de llegar a Roncal para reagruparnos.

—Pero a Roncal se va por aquí, por esta carretera que atraviesa el pueblo y luego tira hacia abajo —dijo uno de los guerrilleros incrédulo—. No por ahí arriba, por donde estabais vosotros.

—Bueno, sí… Nosotros íbamos por otro camino que nos pareció más seguro, no por la carretera —arguyó Gabino—, pero no hemos podido llegar a Vidángoz como pretendíamos. Nos estaban esperando…, a tiros. Como no hemos podido pasar, nos hemos tenido que desviar para salvar el culo y hemos aparecido aquí.

Por hacer más verosímil la explicación, Ramón intentó aclararles la situación de otra forma:

—Aunque nos habían dividido en parejas para que no nos localizasen, estábamos todos a la vista, pero en cuanto han oído tres tiros, porque los guardias civiles nos estaban esperando *escondíos*, todos se han *largao* y nos han *abandonao* —explicó—. Nos han *dejao* solos, los muy cobardes. No sabemos por dónde andarán ahora. Nosotros teníamos una mala posición; nos hemos

escapao de milagro. Hemos *bajao* ahora desde allí arriba —dijo señalando la montaña—, y aquí estamos… ¡Menuda paliza...! ¿Y vosotros?

Los dos centinelas los miraban silenciosos con expresión de admiración. Tenían que responder ensalzando también su valiente actitud bélica. No podían ser menos.

—Pues nosotros tenemos ya el culo *pelao* de darles a los nazis y ahora queremos darles a los fascistas de aquí dentro —dijo el que parecía catalán, al mismo tiempo que lanzaba una mirada a su compañero buscando su aprobación—. A eso hemos venido, ¿no...? ¡A recuperar nuestra *llibertat* y la del pueblo catalán!

—Sí, sí, claro… A eso hemos *venío*… ¡A liberar España— !reforzó el maño.

—Pero me parece a mí que no hay nada que hacer. Ya lo estáis viendo: los de aquí adentro *s'han conformat* ya y *tot* les da igual —aseveró el catalán—. Se suponía que iba a haber una sublevación popular…, o una insurrección decían…, y que nosotros veníamos para ayudarlos. Que los de aquí dentro estaban listos y *preparats* para darles una buena a los »nacionales« y echarlos de aquí… ¡Y una leche! Aquí nadie hace nada y están *tots cagats*.

—¿Una insurrección? ¡Sí...! ¡Eso *icían* que íbamos a provocar a nuestro paso! —expuso el maño ofuscado—. Y ya lo habéis visto. Cuando hemos llegado al pueblo, ¡ni un alma había por la calle! Todo el mundo *asustao*. Cerraban las puertas y ventanas a nuestro paso y nadie salía a saludarnos o a apoyarnos como esperábamos… Con pañuelos… ¡Ja, ja...! Saludándonos con pañuelos decían que nos iban a recibir… ¡Ja, ja...! *Acojonaos*… Eso es lo que están: *tos acojonaos*.

—No os impacientéis…, ya veremos qué es lo que pasa después —respondió Ramón más confiado en el plan y dando por buena la afirmación—. Esperad un poco…, ¡no os impacientéis, leche...! Todavía es muy precipitado. Aún no se han hecho a la idea de lo que pasa y tienen miedo. Es normal. Digo yo que la cosa cambiará cuando todos los de por aquí vean que vamos en serio y sepan que los aliados, los americanos, los ingleses y los que sean ya han *entrao* en Francia por Normandía, que les están dando a los nazis y que, en cuanto acaben con ellos, vendrán como nos prometieron, para ayudarnos a limpiar España de fascistas. Ten en cuenta que no pueden dejar a sus espaldas un gobierno amigo de Hitler. Sería un peligro. Entonces será cuando los buenos españoles republicanos, que no se han *resignao* a perder la guerra, se darán cuenta de que unirse a nosotros es su única oportunidad de volver a poner las cosas en su sitio. ¡Se nos unirán, ya lo veréis!

—¿Oportunidad? ¡Pues menuda oportunidad! —expresó Gabino, siempre reticente a dar por buena la acción emprendida—. ¿Pero tú crees que después de tres años de Guerra Civil en España y cuatro de hambre, en la que habrán muerto sus padres, sus hermanos o sus hijos, los que se hayan quedado aquí dentro tendrán ganas de más jaleo? ¡Lo único que quieren es sobrevivir; llevarse algún mendrugo a la boca y que los dejen tranquilos!

—La invasión es inminente. Volveremos a tomar las riendas democráticas de nuestro país —dijo ahora con euforia Ramón mirando uno a uno a sus tres compañeros, que callaban—. Yo creo que el general Riquelme sabe bien lo que hace.

—¿El general Riquelme? ¿Y ese quién es? —preguntaron los centinelas casi al unísono declarando su ignorancia.

—Es un general de división republicano con mucha experiencia, y él nos llevará a la victoria, ya lo veréis —contestó Ramón queriendo mostrar mayor conocimiento de la situación—. También está con él, para dirigir la operación, el coronel Vicente López Tovar, que además de luchar en España en nuestra guerra, también lo ha hecho contra los alemanes con los de la resistencia francesa. Tiene mucha experiencia guerrillera. ¡Son muy buenos!

—¿Pero no era el general Joan Blázquez el que mandaba en todo esto? —preguntó Gabino—. Sí, ese que estaba con Monzón en los grupos de la resistencia.

—¡Y yo qué sé...! —respondió Ramón—. Yo solo sé lo que hablan por ahí.

—¡Pues sí que estás enterado! —dijo Gabino dando un paso a un lado y desentendiéndose de la controversia.

—¡Estoy seguro de que *to* esto saldrá bien! ¡Yo conocí una vez a ese tal Jesús Monzón y confío mucho en él! ¡Es un tío cojonudo que los *tié* bien puestos! —dijo Ramón imponiéndose en la polémica—. Dirigía a los españoles de la resistencia. Yo estuve un tiempo con algunos de ellos y teníamos *acojonaos* a los nazis con un sabotaje tras de otro. Ataques »relámpago« que no esperaban. No pasaba ni un día que no les hiciésemos algún estropicio. Y nosotros, *emboscaos*, teníamos pocas bajas. Antes de que pudiesen reaccionar, salíamos echando leches… Claro que luego lo pagaban los civiles que *na* sabían, los pobres.

—Pues ya veis… Eso es lo que puede pasar aquí —replicó el catalán.

—Las cosas son así. Son daños colaterales, como los llaman. Ya se aclarará después la situación —volvió a intervenir Ramón—. También nosotros estamos dispuestos a morir para acabar con la dictadura de Franco y

normalizar la vida democrática en España. Monzón decía que nosotros, los que tenemos experiencia en la lucha clandestina, formaríamos una cabeza de puente en este lado de los Pirineos y que eso, posiblemente, incitaría a un levantamiento de la población civil, y que, aunque no fuera así, nosotros teníamos la obligación de formar a otros guerrilleros y crear una fuerte resistencia, como la francesa o la de los partisanos yugoslavos. Después ya nos ayudarían los aliados a *apañar* la situación. Eso es seguro. Les interesa *pa* no dejar mierda fascista a sus espaldas.

—Bueno, dejaos de disertaciones, *¡cagüenlá!* Y vosotros, id *pa* la escuela y presentaos al teniente —dijo el maño cortando la conversación—. Allí están todos… ¡Ale, vamos! Yo os acompaño hasta el puesto del pueblo *pa* que no os confundan y os peguen dos tiros. Luego regresaré otra vez.

Los tres, en silencio, salieron de la protección del puente y caminaron los pocos metros que los separaba de la población. Un cartel al borde de la carretera rezaba: ISABA. Al pasar por la primera casa, el maño levantó la mano y gritó:

—¡Eh, compañeros! ¡Son de los nuestros!

Un guerrillero armado con un subfusil ametrallador Sten se asomó a la estrecha puerta de lo que parecía una cuadra.

—¡Salud, camarada! —Se adelantó el centinela maño levantando el puño—. ¡Lleva a estos dos al teniente Bonilla y que él diga lo que hay que hacer!

Gabino y Ramón, acompañados por el guerrillero que los había recibido, se acercaron a la escuela. Otro guerrillero armado con un subfusil los recibió en la puerta para acompañarlos al interior. No había niños.

Encontraron un reducido grupo de hombres apiñados en torno a un viejo aparato de radio escuchando algo con sumo interés. Un soldado se afanaba en girar el dial para obtener una mejor sintonía. Entre algunas pausas y extraños ruidos, la emisora sintonizada, posiblemente Radio Pirineos o tal vez Radio Toulouse, emitía una proclama orientada a ilusionar a los españoles republicanos que permanecían exiliados en Francia. Los llamaba a que se uniesen a la operación iniciada o a que ayudasen a la invasión y pretendía convencerlos de que esta era la única forma de recuperar la democracia en España.

Era la esperanza de los perdedores. Les anunciaban una inminente y definitiva victoria sobre las tropas mal llamadas nacionales, vencedoras del

conflicto bélico que habían sufrido. Ellos también eran de la nación española. ¿Por qué ese ejército insurgente se atribuía la nacionalidad?

El programa radiofónico, en sus locuciones, aseguraba que, sin duda alguna, lograrían terminar con la dictadura de Franco. Se había iniciado la Operación Reconquista, así la habían llamado, y animaba a todo buen español a secundar esa acción salvadora.

Ramón lo creía a pies juntillas. Estaba convencido de que ahora, con el éxito del desembarco en Normandía de los aliados y el avance de la 2.ª División Blindada del general Leclerc por el territorio francés, las fuerzas aliadas no tendrían más remedio que mirar hacia el sur y librar a Europa del peligroso quiste fascista que crecía al otro lado de los Pirineos. París ya había sido liberada y también con la ayuda de los partisanos españoles. Se merecían su ayuda. Una gran parte de Francia ya estaba limpia de nazis. Ahora ya, no podían dejarlos solos.

—Mi teniente…—dijo el soldado cuando estuvieron dentro del aula—, estos dos son…

El teniente, atento a la escucha radiofónica y vuelto de espaldas a ellos, no les hizo mucho caso. Levantó su mano izquierda, sin distraer su atención al aparato, exigiendo silencio y espera.

Apartados unos metros del grupo, los tres esperaron a que el teniente se dirigiese a ellos.

Mientras esperaban, repasando visualmente la estancia, en la pizarra de la clase observaron cómo dos líneas de tiza blanca terminadas en punta de flecha partían de un círculo en el lado derecho del encerado, donde se leía «Roncal», y lo cruzaba hasta dos puntos marcados con sendos trazos en aspa al otro lado. En uno de ellos estaba escrito «Vidángoz». La otra línea trazada subía algo más hacia arriba y terminaba en unos trazos quebrados que interpretaron como montañas. Dedujeron que alguien había tratado de explicar alguna estrategia o una orden que ejecutar.

El oficial, terminada la emisión, se volvió hacia ellos.

—Mi teniente, a sus órdenes —se cuadró el soldado y volvió a dirigirse al oficial —: Estos dos dicen que son del grupo de los que entraron ayer por el puerto de Laza y que también son de los que después la tuvieron con los guardias en el cuartelillo. Dicen que han bajado por…

—¡Chst…! ¡Cállese! —interrumpió el teniente levantando la mano—. Ya me lo explicarán ellos.

Tomando la gorra de plato que tenía depositada sobre un pupitre y ajustándosela en la cabeza, los miró intrigado.

—¿De dónde aparecéis vosotros ahora...? ¡Y solos! —preguntó increpante dirigiéndose a los recién llegados—. Ayer llegaron aquí por lo menos veinte del grupo al que decís que pertenecéis. Vinieron con el sargento… esteee… ¿Cómo se llamaba? —preguntó mirando al guerrillero que tenía a su lado, que lucía un galón de cabo cosido al bolsillo de su camisa caqui.

—Dionisio, mi teniente; el sargento Dionisio se llama.

—Eso sí, Dionisio… Pues sí, llegaron ayer avanzada la mañana y, al poco de llegar, casi todos partieron hacia el sur con el sargento Dionisio, con el que vinieron… A ver, ¿por qué no estabais vosotros con ellos?

—¡Eh…, eh…! —saltó ofuscado el sargento Dionisio, que se encontraba cerca—. Mi teniente, que yo no me marché con ellos… Que yo me he quedado aquí, con usted. Pensé que sería más útil permaneciendo a sus órdenes…

—¡Ah…!, perdona… Es que estaba en otra cosa y no te había visto.

—¿Es que ya no se acuerda, mi teniente...? Ellos, los que se marcharon ayer, iban bien dirigidos por uno que nombró usted cabo, con mucha experiencia en la guerrilla… Las órdenes eran claras… Y, además, el cabo no me tragaba…, y yo a él tampoco. Por eso…

—¡Ah, sí…, vale, vale, Dionisio...! Gracias…, perdona… Bueno…—cortó imperante la explicación del sargento y, acto seguido, volvió a dirigirse a los que acababan de llegar—. A ver, decidme, ¿por qué no estabais vosotros con vuestros compañeros de partida? —preguntó dirigiéndose de nuevo a Gabino y Ramón, después de la interrupción del sargento.

—Como usted sabe, mi teniente, teníamos orden de dirigirnos hacia al sur. Nos dieron la opción de elegir por nuestra cuenta y a nuestro criterio el camino que creyésemos conveniente. Además, debíamos evitar que nos viesen —contestó Gabino—. Nosotros optamos por no seguir la carretera principal y bajamos por una cañada de las que por aquí se usan para el ganado. Nos pareció más segura porque estaba menos transitada y más oculta. A medio camino fuimos interceptados y nos dispararon… Bueno, oímos tiros y pensamos que era a nosotros a quienes disparaban, pero por la frecuencia de los disparos e, incluso, por el tipo de armas que utilizaban, dedujimos que tal vez se tratase de un enfrentamiento con un grupo más numeroso de los nuestros. Nos pareció que no éramos nosotros su objetivo. Estábamos solos y

no logramos ver a nadie. Como comprendimos que no podíamos pasar por el camino que tendríamos que seguir sin ser abatidos ni llegar a unirnos a los supuestos guerrilleros que se enfrentaban a quien fuese, cambiamos de rumbo con la esperanza de encontrar a alguno de los nuestros que nos aclarase la situación. No sabíamos qué estaba pasando. Nos desviamos por otra senda que encontramos y que salía hacia el este, un poco más arriba de donde estábamos. Por ella, siguiéndola primero durante un tramo hasta que se perdió, y después campo a través marchando siempre hacia el este, hemos llegado hasta aquí. Anoche, antes de entrar en el pueblo, como no sabíamos quién había aquí dentro y ya estaba oscuro, decidimos dormir en una ermita que hay por aquí cerca, en un cerro que hay al otro lado del río. Ahora nos presentamos a usted y no ponemos a su disposición para lo que desee ordenar, mi teniente.

El teniente se los quedó mirando pensativo.

—¿No sería que, cuando creyeron que les disparaban, se cagaron y no se atrevieron a ir en ayuda de los suyos...? ¡Que era lo que tendrían que haber hecho!

Ramón y Gabino, sorprendidos por la reacción del teniente, se miraron entre sí. No supieron qué responder.

—¡Eh…, no, no, mi teniente! Estooo…, nosotros no sabíamos…, ehhh… —contestó Ramón azorado—. Estuvimos tratando de averiguar de dónde procedían los disparos y dónde podría estar alguno de los compañeros que… para… No vimos a nadie.

—Bueno, vale, vale… —interrumpió el teniente levantando la mano—. ¿Cuántos eran? ¿Averiguaron algo?

—No, mi teniente. No llegamos a verlos. Solo oímos los disparos…, que fueron varios. Primero tiros sueltos, que parecían de Mauser, y después con una ametralladora. A sabiendas de que no podíamos hacerles frente, porque éramos solamente dos, para no llamar la atención y siguiendo las órdenes que teníamos de evitar enfrentamientos, decidimos alejarnos del lugar…, y aquí estamos a sus órdenes.

—¿Dicen que no pudieron ustedes comunicarse con los suyos? —preguntó de nuevo.

—No, mi teniente. No sabíamos si habría alguien más de los nuestros por los alrededores. Buscamos, pero no vimos a nadie. Solo escuchamos los disparos. Incluso alguna bala impactó cerca de nosotros —mintió Gabino—.

Estábamos solos. No hemos visto a ninguno de nuestra unidad, ni cuando estábamos allí ni cuando hemos venido hasta aquí

Ramón, en silencio, miraba. Dejaba hablar a Gabino. Pensaba que se expresaría mejor, para eso era maestro. No le cabía la menor duda.

—Vamos a ver…, acérquense —ordenó al tiempo que se situaba frente a un mapa que había desplegado sobre una mesa—. Indiquen ustedes el lugar de la acción.

Ahora fue Ramón el que, acercándose al mapa, fue siguiendo con el dedo el camino que, a su criterio, habían llevado.

—Aquí…, fue por aquí más o menos —dijo señalando un lugar—, por este barranco y estas sierras. Aquí pone «de Ferniando…«. No sé…, como no conozco la zona, pues…

—Será «Fernando», ¿no? —cortó el teniente.

—«Ferniando», mi teniente, »Ferniando… «Eso pone aquí, en el mapa: «Ferniando…«, mire *usté*. Está por aquí, ¿ve? Un poco más arriba del pueblo este…, Vidángoz se llama, Aquí lo pone —dijo Ramón volviendo a señalar el mapa con el dedo—. Nosotros íbamos para allá siguiendo la cañada esta «de los Roncaleses», que va hasta el pueblo pegada al arroyo.

—Vidángoz, ¿no...? Está bien. Quedan ustedes integrados a mi unidad. Ahora diríjanse a la plaza del pueblo. Allí los avituallarán. Coman algo. Dentro de una hora vendrá el camión y saldremos todos hacia el sur. ¡Estad todos atentos! —el teniente ordenó elevando la voz, al tiempo que salía del aula—. No quiero confidencias con los del pueblo, ¿entendido? Sargento, ocúpese usted de los nuevos y organice. Nos marchamos.

—A sus órdenes, mi teniente —contestaron al unísono Ramón, Gabino y el sargento Bonilla, que, después del teniente, también salieron de la escuela.

7

El ronroneo de los avejentados camiones Ford que subían, uno tras otro, por el Puerto de las Coronas en Burgui alertó a Braulio, el veterano guardia civil que llevaba ya cuatro años asentado en ese tranquilo pueblo. Desde donde estaba podía ver cómo por la carretera del Roncal, curva tras curva, los camiones iban dejando atrás la encajonada Foz del río Esca. Ahora sí podía ver, en algunos de los tramos más abiertos, quién se aproximaba al pueblo. Su compañero de servicio también se percató de la llegada del destacamento que esperaban de Zaragoza, que se aproximaba a su zona.

—Tenemos que avisar —le dijo a su compañero poniéndose en pie cansinamente para recorrer el escaso kilómetro que los separaba de su acuartelamiento—. ¡Vamos...! Ya están cerca del puente. Hay que llegar al cuartel antes de que entren en el pueblo.

Braulio era guardia civil desde que tenía conciencia de que de algo tenía que vivir. No le cabía en la cabeza otra actividad más que esa: ser guardia civil. Ya lo era su padre cuando él nació en las dependencias del cuartel de Calatayud, en el que trascurrió su infancia. Después, cuando menos se lo esperaba, a sus recién cumplidos dieciocho años, le dieron un fusil Mauser, le colocaron un acharolado tricornio en la cabeza y, aunque no entendía nada de lo que estaba pasando, tuvo que cumplir las órdenes recibidas e ir a la guerra. Un día, lo hicieron subir a la caja de un camión junto a sus compañeros y, después de recoger por el camino a otros de diferentes cuarteles, llegaron al río Ebro. Los llevaron cerca de Maquinenza. Allí, por ese tramo del río y, sobre todo, por la zona de Gandesa, se armó una buena en el verano de 1938.

Un día, de repente, sin esperarlo, se encontró en el frente de batalla pegando tiros sin saber a quién.

Sí, claro que era de esperar. Para hacer la guerra lo habían estado preparando durante el año anterior allí en Calatayud, su lugar de residencia del que nunca se había alejado demasiado. Pero nada tenía que ver esa formación

bélica con lo que allí se encontró. Su bautismo de fuego fue espantoso. Le pareció que nada de lo que le habían enseñado le servía. Bombas, cañonazos, los temidos e imprevistos morterazos, tener que »perder el culo« por aquellas peladas lomas, protegerse de los disparos de los que tenía enfrente, de esos que le decían que eran sus enemigos, pero que él no sabía por qué. Tener que disparar sin querer matar…, y posiblemente, matar…, o tal vez morir. Fue la vacuna definitiva contra su ya innata animadversión hacia la violencia de las armas.

Hasta ese momento, la instrucción, las prácticas de tiro con diferentes armas a aquellos inmóviles blancos, las tácticas trazadas con tiza blanca sobre la pizarra, la gimnasia y la preparación física… Todo era casi un divertido juego. Ahora era otra cosa. Había muertos, muchos muertos.

Por fin, unos días más tarde, cuando ya habían pasado los momentos más duros, los recogieron y los trasladaron a un pueblo en el que percibieron la crueldad de la batalla: ruinas aún humeantes, escombros esparcidos, profundos socavones, árboles desgarrados… Carencia de vida… Presencia de muerte. Quisieron trasmitirle la euforia de la victoria, pero él solo percibió la desolación por la pérdida de muchos de sus compañeros. Le pareció despertarse de un mal sueño. No sabía nada de lo que había pasado ni por qué. ¿Pero qué defendían? ¿Por qué tenían que matar?, se preguntaba. Solo sabía que él estaba vivo y, desde ese momento, ya solamente le interesó eso: sobrevivir.

—¡Mi cabo, ya llegan! —informó Braulio a su superior cuando agitados entraron al cuartel—. Estarán a punto de atravesar el puente. Son tres camiones. Por lo menos deben de venir sesenta hombres.

—¡A formar la dotación del puesto! ¡Venga, venga, deprisa! —ordenó nervioso el cabo al mando—. ¡Tú! ¡Ese correaje bien abrochado! —reprendió a un número—. Espero que tengan las armas limpias y bien engrasadas. Han tenido mucho tiempo para hacerlo.

Eran cinco y el cabo. Al poco de formar en la puerta del cuartel, los sonoros motores de los camiones que se acercaban rompieron el silencio del vacío pueblo. En la plaza, un perro ladraba incesante ante el insólito acontecimiento. Su dueña salió nerviosa y apresurada, lo asió del collar y lo arrastró dentro de la casa para que callase. Puertas cerradas. Solamente el visillo de alguna ventana ocultaba las curiosas miradas.

Los camiones se detuvieron en la plaza y, mientras de ellos descendía el destacamento recién llegado, un oficial se acercó al pelotón de guardias civiles formado a la puerta del cuartelillo. El cabo se cuadró.

—A sus órdenes, mi capitán —saludó subiendo la mano abierta a la sien, al mismo tiempo que daba un sonoro taconazo.

El capitán también saludó y, tras echar un vistazo a los números formados, dijo:

—Soy el capitán Estévez del Regimiento de Infantería América. ¿Estos son sus efectivos? —preguntó.

—Sí, mi capitán —contestó el cabo—. Somos dos más, pero ahora están de servicio por el valle de Roncal. Salieron esta mañana y tienen como misión observar los movimientos de maquis por la zona.

—Bien, ¡informe de la situación! —ordenó.

—¡A la orden, mi capitán— !replicó el cabo de la Guardia Civil—. Nos avisaron ayer de que grupos de hombres armados habían entrado a territorio español por las diferentes mugas próximas a esta zona. Hemos tenido ya alguna escaramuza con estos grupos que vienen de fuera. Ha habido un altercado en el alto de Laza y también en Izalzu, donde se han producido algunas bajas, de ellos y nuestras. Aún no sabemos cuántas. Es de suponer que pretendan venir hacia aquí, y nosotros desconocemos su objetivo. Seguramente cortar el acceso desde el sur a esta zona de los Pirineos. Los estábamos esperando a ustedes para recibir órdenes y ayuda para detener su avance. Nosotros somos pocos y no sabemos su número.

—¿Quién los avisó?

—Confidentes locales, mi capitán —contestó el cabo—: pastores, carboneros, almadieros… Buena gente que solo quiere vivir tranquila. Se asustaron al verlos. Lo han pasado muy mal cuando la guerra y no quieren que vuelva a repetirse.

—También habrá entre los de aquí gente de los suyos, ¿no...? De los rojos, digo. Salen como setas. Son de los que aguantan callados y escondidos esperando a que nos maten —replicó el capitán—. Que nos maten los otros, claro, porque ellos no se atreven a dar la cara.

—Sí, tal vez, mi capitán. Nosotros no tenemos constancia de ello. Esta es una zona tranquila.

—¿Que no tienen constancia? ¿Y los maquis de aquí, qué…? Esos que andan escondidos en los montes desde que acabó la guerra. ¿O es que no se

enteran?

El cabo no respondió. Le pareció más prudente.

—Recibimos una llamada del cabo que está al mando de un pequeño destacamento en el Portillo de Lazar diciendo que había hombres armados en torno a su cuartel. Después no supimos nada más. No volvieron a llamar y no sabemos realmente lo que pasó —dijo—. Lo de Izalzu parece que ha sido más gordo. Han llamado hace un rato pidiendo refuerzos y avisándonos para que estemos preparados. Ya les hemos dicho que ustedes estaban en camino y que esperábamos órdenes.

El capitán se quedó pensando un rato y respondió:

—Que sus guardias busquen alojamiento en las casas del pueblo para los hombres de mi compañía y dispongan para mí un puesto de mando con planos de la zona… ¡Y mucho ojo con los vecinos! Seguro que tienen algún confidente por aquí. Que no salga nadie del pueblo, ¿entendido ?A la más mínima sospecha de chivatazo o confidente, tiro en la nuca y se acabó. ¿Estamos?

—Sí, mi capitán.

—¿Hay más teléfonos en el pueblo desde los que puedan llamar?

—No, mi capitán. Solo el nuestro del cuartel, y tenemos controlada la centralita.

—No tienen que saber que hemos venido. En dos o tres días más estaremos aquí todos los que hemos salvado España y solucionaremos el asunto —el oficial ya se retiraba para organizar a los recién llegados y, volviéndose, preguntó—: ¿Conoce usted bien a los vecinos...? Si sospecha usted de alguno, me lo dice para interrogarlo, que ya me ocuparé yo de saber si nos podemos fiar de él o no.

—*¡Quiá!*, mi capitán. Ahora no quedan hombres por aquí. Todos andan por el monte con los animales, haciendo carbón o talando árboles para formar las almadías.

—¿Almadías? ¿Y eso qué es? —preguntó.

—¡Ah, sí…! Pues son como unas balsas grandes que se forman con los troncos de los árboles que cortan por ahí arriba. Se llaman así: almadías. Se atan todos los troncos juntos y se lanzan al río. Los almadieros se suben encima con unas largas pértigas y las dirigen aguas abajo hasta que llegan al río Ebro. Así es como bajan la madera.

—¿Y esos no están por aquí?

—No. Ahora aprovechan el buen tiempo para la tala. Después, en primavera, es cuando las bajan; cuando el río lleva más agua por los deshielos y no se atascan.

—Bueno, ahora vigile bien y ocúpese de mis hombres. Mañana saldremos hacia el norte, al encuentro de esos hijos de puta.

El capitán Estévez inició su recorrido militar siendo muy joven. Ya con dieciocho años se alistó en la Falange Española y en su seno desarrolló su actividad subversiva antes de la contienda civil. Después, iniciada esta, participó en acciones de violenta represión. Enseguida, siendo alférez provisional del ejército franquista, destacó por su exagerada radicalidad y su actitud despiadada. Era de gatillo fácil. Terminada la Guerra Civil, pasó tres años en la academia militar de Toledo, de donde salió como teniente. Ingresó, por elección propia, en el Batallón de Cazadores de Montaña América, y ahora se sentía satisfecho de sí mismo y dueño de la situación.

¡Se iban a enterar estos de quién era el capitán Estévez!

8

En Isaba, la mañana era soleada y el pueblo estaba silencioso tranquilo y apacible. No había casi actividad. Seguramente, la presencia de desconocidos hombres armados había hecho que sus habitantes, temerosos, restringiesen al máximo su quehacer diario.

Los dos amigos, después de su presentación al teniente Bonilla y adhesión a su destacamento, salieron a la plaza pensativos. Los preocupaba que sus compañeros, desconociendo lo que les había sucedido, los tachasen de cobardes o de desertores. Al pasar entre ellos, que en pequeños corros charlaban al tibio sol otoñal, les pareció que apartaban la vista y murmuraban… ¡En fin! Por ahora nada podían hacer. Cuando tuviesen oportunidad, ya se lo aclararían. No se consideraban cobardes, solo prudentes.

La placidez del lugar invitaba al sosiego. No se apreciaba movimiento en el pequeño pueblo. Solo el sonido de alguna puerta que se abría, el mugir de alguna vaca, el perdido ladrido de un perro, el trinar de los pájaros… Los dos amigos caminaron sin rumbo por lo que parecía la calle principal hasta desembocar en un verde prado. A partir de la última casa, una suave pendiente ascendía hasta un lejano macizo rocoso. Un poco más allá, después de un frondoso pinar, por el noreste, abruptamente emergían las impresionantes montañas que, a esa hora, aún proyectaban sombra sobre el valle. Desde donde ellos estaban, partía un estrecho camino que serpenteaba hacia el bosque; por él, a lo lejos, se perdía una recua de dos burros guiados por su arriero. Todo parecía normal en ese bucólico lugar.

Gabino y Ramon se sentaron al cálido sol, uno al lado del otro, en una piedra que el tiempo había suavizado. Contemplaban absortos el maravilloso paisaje pirenaico que se extendía hacia el norte. La envidiable paz y la tranquilidad que sentían en ese plácido momento los hizo relajarse. Rememoraban tiempos pasados. Se acordaban y comentaban momentos felices vividos con anterioridad a los tiempos convulsos pasados. A lo lejos se oía el cálido sonar de una jota navarra:

Que la nieve ardía…
En el alto Pirineo soñé
que la nieve ardía.
Y por soñar lo imposible, pensé
que tú me querías.

Gabino, de pronto, salió de la abstracción en que estaba sumido y preguntó:

—Y tú, Ramón, ¿por qué has venido? —Hizo la pregunta de sopetón y sin dejar de vagar su mirada en la distancia, como avergonzándose de haberla hecho.

Ramón se lo quedó mirando un momento y después, volviendo la vista nuevamente a las montañas, permaneció callado. No contestó a la pregunta de Gabino.

—¿No crees que ya eres muy mayor para vivir esta historia? —volvió a interpelar Gabino, ahora mirándolo—. ¿Cuántos años tienes?

Después de otro momento de silencio, sin apartar la mirada de la lejanía, Ramón contestó:

—Sesenta y uno.

—Y no te parece que a tu edad…, digo yo que, para ti, ¿no sería mejor quedarte en algún lugar bonito y tranquilo, aunque sea fuera de tu patria?

—La vida es lo que te toca vivir —respondió—, y no se puede vivir si no se hace de forma coherente con lo que uno piensa y con cómo uno cree que deben de hacerse las cosas. Y si para cambiar lo que no te gusta hay que luchar, pues se lucha…, aunque tengas cien años.

Gabino, sin mirarlo, se quedó un rato callado rumiando la respuesta. Después le contestó:

—Sí, claro, pero la vida por aquí en las montañas y la lucha es muy dura y…

—¡Claro *,jeder*, chaval! Claro que es dura…, y peligrosa —Ramón saltó como impulsado por un resorte—, pero es preferible morir intentándolo que vivir soportando las injusticias. Y por eso estoy yo aquí: para luchar por mis ideales y morir…, si es necesario.

Después de la enérgica contestación de Ramón, otro silencio se adueñó de la situación. Hizo una pausa y, sin mirar a Gabino, volviendo de nuevo la vista a la lejanía, retomó la conversación ahora de forma menos impetuosa.

—He vivido toda mi vida sirviendo al señorito. El que se reía de nuestro sudor y nuestro sacrificio —expuso Ramón compungido—. Si no le valías, porque ya estabas viejo o enfermo, te echaba a la calle para que te murieses de asco… Así se libraba de ti. Eso si no tenías una hija o una mujer que le apeteciese. Entonces, puede que te aguantara un poco más. Claro que, si la cogía, en cuanto se cansaba de ella, pues hala…, para la calle también. Tú y ella…, y allá te las apañes.

—¡Pero eso es inaceptable...! ¿Y si no tragabas?

—¿Si no tragabas...? ¡Ja, ja...! Pues a morirte de hambre, que era lo que tocaba. Todo eran injusticias y abusos.

—¿Y eso pasaba a la vista de todo el mundo?

—¡Anda, pues claro! Allí nadie abría la boca. Hasta el cura daba su beneplácito o hacía la vista gorda… Incluso lo ayudaba en sus pretensiones —dijo Ramón algo ofuscado—. Y ya ves, cuando pensábamos que las cosas podían arreglarse un poco, porque habían *ganao* las elecciones las izquierdas, viene un hijo de puta y nos mata o nos obliga a punta de pistola a seguir aguantando… No me digas que no es mejor hacer lo que sea para cambiar las cosas.

—Y ese nefasto lugar ¿dónde era? —preguntó Gabino.

—Da igual… Era por todas las partes de nuestra España. Lo que te digo fue por Andalucía, pero de un abuso de aquí, pasábamos a otro de allá. Todo era lo mismo. Por eso, en cuanto dijeron que podíamos tener un fusil para detener tanta injusticia, pues para allá que me fui yo. A lo que fuese.

—¿Y dónde pasaste la guerra?

—¿Pasar…? ¡La viví minuto a minuto! Todos mis amigos murieron… También un hijo que tenía, que se llevaron al frente con solo dieciocho años. Desde el día en que lo amontonaron junto a otros en un camión, nunca más supe de él. Todavía recuerdo su »adiós« cuando se alejaba… Y yo, pues de un lado para otro: primero por la zona de Teruel, y después me llevaron para el río Ebro. Allí casi les damos, pero no supimos hacerlo bien y tuvimos que salir corriendo cada uno hacia donde pudo. Yo me vine para Francia. Llevo ya aquí metido más de seis años.

—¿Y qué has estado haciendo en Francia? ¿Dónde te quedaste?

—¿Pero tú estás en Babia o qué? En Francia no nos querían, ¿o es que no lo sabes? Si no les eras útil para algo, pues muy mal: a trabajar como un esclavo en las fábricas de armamento, o te metían en los campos esos que llamaban de

refugiados…, para morirte allí de hambre y de frío. Yo, que quiero la libertad por encima de todo, me apunté con los partisanos para luchar contra los alemanes que ocupaban Francia, que eran otros hijos de puta. Era preferible morir si se daba el caso… Y ahora, pues aquí estoy: dispuesto a luchar por esa libertad que quiero.

Después de la aclaración, se hizo un prolongado silencio. Ahora Ramón, sumido en sus pensamientos, permanecía callado, y abstraído se entretenía en afilar el cuchillo que portaba, en la misma piedra donde se encontraban sentados.

Después de un rato de íntima reflexión, fue Ramón otra vez quien interrumpió el silencio. Se guardó el cuchillo en su funda, despacio, después de comprobar el filo con el pulgar de su mano derecha, y preguntó:

—Y tú, chaval, ¿cómo ha sido lo tuyo¿ ?Para qué has venido?

—Pues…, no sé… —contestó Gabino dudando si dar o no explicaciones —. Yo estaba terminando la mili en Madrid cuando comenzó la guerra y, como muchos de mis compañeros, no sabíamos nada de lo que estaba pasando. Estábamos a verlas venir. Como estaba en Madrid, pues me encontraba en la zona que permanecía fiel a la República, Ahí, las circunstancias me llevaron a hacer lo que los demás…, y me llevaron para el frente. —Ramón lo miraba expectante—. Fíjate… —continuó Gabino tras una pausa—. Podríamos haber estado tú y yo en lados opuestos pegándonos tiros. Así es la vida, somos marionetas del destino. En mi caso, como muchos otros, tendría que haber hecho lo que me hubiesen ordenado. En aquel momento no convenía decantarse, era mejor pasar desapercibido…, si eso era posible. Me tocó hacer lo que pude para salvar el pellejo. Había terminado la carrera de maestro en Toledo, pero todo se me vino abajo. Estaba asustado. Yo, como la mayoría, no quería la guerra. Tampoco la entendía. Solo quería que acabase todo cuanto antes. No comprendía cómo, cuando no se podía defender la lógica y la razón con la palabra, a alguien se le pudiese ocurrir imponerla por la fuerza y cargarse a quien pudiese tener otro enfoque de las cosas. A muchos maestros, como yo, se los cargaban solo por serlo. Tal vez porque defendíamos el diálogo y la comprensión. Allí, por Madrid, me salió la oportunidad de apuntarme a las »brigadas de la cultura,« que se ocupaban de dar clases y enseñar a leer y escribir en el frente a los soldados que no sabían, que eran muchos. Me pareció que, en mi situación y con mis conocimientos, era lo que me correspondía hacer, y además me convenía. Pensé que correría

menos riesgos. Para ello me tuve que apuntar al Partido Comunista. Yo creía que de esa forma me escaparía de ir al frente, pero no; me mandaron, fusil en mano, para Guadalajara y al frente del este. Las clases se impartían en las trincheras en los momentos de tranquilidad… Y después, al Ebro, donde fue la carnicería del verano del 38. ¡Menuda la que se armó allí !Menos mal que yo me quedé del otro lado del follón, en la margen de arriba del río, en la zona aún republicana… Y allí pasó poco, pero cuando los perdedores tuvieron que volver a cruzar el río con el rabo entre las patas, yo, como muchos hicieron, para que no me prendiesen los fascistas, puse pies en polvorosa y me vine a Francia.

—Entonces, ¿tú eres pacifista? —preguntó Ramón.

—De alguna forma, sí… Digamos que odio la violencia.

—¿Y eres comunista?

Gabino se quedó mirando a Ramón y, después de un momento de silencio, contestó:

—Mira, Ramón…, no lo sé. Reconozco que un sistema que promulgue un equitativo reparto de la riqueza, que evite los desequilibrios, es comprensiblemente el más justo. Pero eso es una utopía. La condición natural humana nos lleva al egoísmo. Queremos y buscamos lo mejor para nosotros mismos y para los nuestros…, y queremos conseguirlo a toda costa, aunque para ello tengamos que abusar de la situación…, si es que nos da alguna ventaja. Eso sucede hasta entre los animales; nosotros no vamos a ser de otra forma. El problema está en que ese idílico sistema también es impuesto por cojones, y entonces los comportamientos ya no son libres. La gente no se porta bien porque ese sea su deseo, sino porque los obligan a hacer lo que otros consideran que hay que hacer…, y ahí surge el problema: »lo mío es mío, y lo tuyo es de todos«. Mi razón es la buena y la impongo por la fuerza, que es la única forma que entendéis.

—Eso lo dices, Gabino, porque tú no has vivido en la miseria y el abuso como yo. Porque tu vida ha transcurrido sin problemas y no necesitas que las cosas cambien.

—Digamos que me gustaría que algunas cosas que evidentemente están mal cambiasen. Pero por pura lógica, convencidos todos de que debe ser así; no impuesto a base de tiros y de muertes.

—Te entiendo… Entonces, ¿qué haces ahora aquí?

—Bueno… Es largo de contar —Gabino, que hasta ese momento obraba y hablaba con precaución, se dispuso a confiar en su compañero. Se giró hacia él y empezó a relatar su historia—: Cuando empezó la guerra, yo tenía novia en el pueblo. Antes de que me llevaran para el frente, tuve la oportunidad de ir a despedirme de mis padres y de ella y…, pues ya sabes…, la dejé embarazada. Eso lo supe después, claro, cuando yo ya estaba por los campos aragoneses metido en las trincheras.

—Entonces tienes un hijo, ¿no?

—Sí, un niño. Nació en la primavera del 37, pero todavía no lo conozco. Ahora ya tiene siete años.

—¡Ah, claro...! Entonces estas aquí, en esta movida, para que tu hijo, cuando sea mayor, viva en un país mejor, próspero y justo. Sin la opresión de la dictadura franquista. ¿No es así? —expresó Ramón su comprensión.

A Gabino le costaba contestar. No sabía qué responderle para no herir sus sentimientos o, incluso, para no defraudar a su compañero. Pero se decidió; quería ser sincero con él.

—Pues no, Ramón, no… A mí no me interesa nada de todo eso… —contestó Gabino mirando a su compañero—. No es que me guste lo que está pasando en España, no…, pero sé que yo no lo puedo cambiar y mi interés es otro. Lo que realmente quiero es llegar hasta Madrid para ver a mi mujer, conocer a mi hijo, formar una familia, amarla y vivir tranquilo sin meterme con nadie. No creo que me dejen ser maestro de escuela, que es lo que yo quería y para ello me formé, pero se hará lo que se pueda para ganarme el pan.

—Pero para eso no necesitas embarcarte en esta acción que te puede costar la vida —expresó Ramón convencido.

—Sí, claro…, lo pensé, pero tenía que entrar en España lo antes posible y no encontraba otra forma. En cuanto intentase entrar por tren o por cualquier otro medio, la Policía española me engancharía. No tengo papeles y me tienen fichado como rojo…, y tú ya sabes lo que me pasaría: a la cárcel, si es que no me consideraban un peligro del régimen por ser maestro y me ponían en el paredón delante de un pelotón. Me pareció que esta forma de entrar en España, arropado por el grupo, era una oportunidad. Entrando con todos no me controlarían. Mira —dijo sacando una doblada carta que guardaba en el bolsillo de la camisa—, léela. La recibí hace cinco días, y es lo que me ha hecho tomar la decisión.

Pensó Gabino que, de esa forma, compartiendo con él su preocupación y dándole confianza, se ganaría mejor su respeto y su ayuda. Ramón, sorprendido, sin dejar de mirarlo a los ojos, tomó el doblado papel y se dispuso a leerlo. Era lo que su amigo le había pedido:

Madrid, 20 de septiembre de 1944

Querido Gabino, amor mío:

No hay un solo día que no piense en ti. Rezo para que pronto puedas regresar como me prometiste en tu anterior. Aquí la vida sigue igual; muy difícil. Pocas pesetas dan por la escasa cosecha que se ha hecho este año en el pueblo. Menos mal que la abuela aún tiene la pequeña huerta, alguna gallina y engorda un cochino para cuando llegue el invierno. En Madrid, ya lo sabes, la vida está muy difícil y todo escasea. De vez en cuando me manda con el cobrador del coche correo un paquetito con algo.

Te dije que había conseguido un trabajo de costurera en el teatro y a mí no me falta el trabajo de arreglos de ropa. En agosto, cuando tuve un permiso, fui a verla con el niño. No sabes cómo disfrutó. Lo dejé allí, con la abuela, hasta que empezara el colegio en octubre, pero ayer me lo mandó para acá, otra vez a Madrid, porque se ha puesto malito. Me puso una conferencia para decírmelo. Yo fui a recogerlo a la plaza del Dr. Drumen, ahí en Atocha, que es donde para el autobús.

Don Ángel, el médico de cabecera que tenemos aquí, ha venido a verlo y dice que ha debido de beber agua mala y que ha cogido las fiebres. Le arde la frente. Tengo que ponerle a cada rato un paño con agua fría, y también la cáscara de un pepino, y así se encuentra mejor. Dice don Ángel que hay una medicina que se llama penicilina o algo así y que eso le quitaría las fiebres muy rápido, pero aquí no la hay. Parece que se puede comprar de estraperlo, pero yo no sé dónde y tampoco sé si podría pagarlo. Si tú pudieses conseguirla por allí, por Francia, que hay más cosas, y me la puedes hacer llegar, pues fíjate qué alegría. El Juanín se curaría pronto.

Ya sabes que te queremos mucho y estamos deseando que, ahora que la guerra ha terminado, podamos estar juntos los tres y ser felices.

Recibe un beso muy fuerte de tu mujer y tu hijo que, aunque aún no te conoce, te quiere mucho. Todos los días le hablo de ti.

No te olvido y te quiero,

CARMEN

Ramón volvió a doblar la carta con parsimonia. Sin decir nada y abrazando a su amigo por los hombros, se la devolvió.

—Ahora te comprendo —dijo dándole una palmadita en la espalda—. Entiendo por qué a ti este asunto te tiene sin *cuidao*. Te da miedo que no salga bien y te parece inseguro.

Gabino callaba. No estaba seguro de si esa confidencia podría traerle algún problema en el futuro, pero prefirió sincerarse con su compañero.

—No te preocupes de nada, Gabino… Estamos juntos en esto. ¿Tienes la medicina para tu chaval?

—Sí —dijo mostrándole un vial que sacó de un bolsillo del macuto.

Ramón se puso en pie.

—¡Vamos! Nos estarán esperando.

Una hora más tarde, en la plaza de Isaba, ya estaba preparado el grupo al que debían unirse. Todos los guerrilleros, armados y equipados, se encontraban dispuestos en la plaza del pueblo. Entre los soportales de la casa grande, esperaban inquietos. Suponían que hoy se iniciaba su cometido, para lo que habían venido. Sabían que no se trataba de una guerra convencional como la que habían vivido hacía cinco años. No había un frente definido y los enfrentamientos con las fuerzas enemigas serían escaramuzas. No sabían cómo se desarrollaría la acción que pretendía ser libertadora de la opresión fascista.

Gabino y Ramón también se encontraban expectantes. Salvo los lógicos saludos, no entablaron conversación con el resto. Por prudencia, preferían ir conociendo a sus futuros compañeros de armas poco a poco.

—Tú no te apartes de mí y haz lo que yo te diga —le dijo Ramón a Gabino —. Tengo más experiencia que tú y cuidaré que no te pase nada. En esta guerra hay que ser valiente, lo justo. Ellos serán muchos más que nosotros. Nuestra misión será distraer al enemigo y, al final, me parece a mí que tendremos que salir por patas.

Gabino lo comprendió y aceptó el ofrecimiento de Ramón. No contestó.

9

Llegó a Isaba el camión que debía recogerlos y con él trajo un cargamento de malas noticias. Nada más parar en la plaza, el conductor, que venía acompañado de otro chico, bajó del camión y comenzó su relato en voz alta para ser oído por todos.

Los guerrilleros se arremolinaron a su alrededor, ansiosos por escuchar las noticias.

—A los que tomaron la carretera que va hacia Ezcároz y el valle de Salazar los estaban esperando y les han dado una buena por los montes de Izalzu —dijo nada más descender de la cabina—. Los pillaron por sorpresa y no han sabido reaccionar. —Un murmullo creciente se elevó entre los soldados—. Ha sido a los de la 54, que entraron ayer por Roncesvalles, y seguramente algunos más que se les unieron de vuestro grupo, de los que entraron ayer con vosotros —continuó informando—. El enfrentamiento ha sido con la Guardia Civil y dicen que también había de la Policía Armada…, o del Ejército…, no sé muy bien. Cada uno cuenta una cosa. Me han dicho que al principio todo iba bien. Nada más empezar la trifulca, se cargaron a dos polis y creen que al guía que llevaban con ellos, que era un guardia civil que debía conocer bien la zona, pero enseguida fueron llegando más polis y más guardias civiles; los superaron en número y han tenido que salir echando leches. Algunos han caído. No sé cuántos… Eso me han contado. Ahora andan *desparramaos*.

Los presentes allí, al pie del camión, se miraban los unos a los otros expresando su protesta. Según ellos, la reacción del enemigo no había sido bien calculada. Dieron por hecho que en la zona no habría tanta presencia militar. Pero se habían equivocado. Era evidente que no estaban bien informados y eso era fundamental.

El camionero siguió relatando.

—Me han dicho que, un poco más al este, en la zona que llaman la Azaltegia, también ha habido jaleo. Pero por ahí no sé lo que habrá pasado. No tengo información.

—Esos han debido de ser los tiros que hemos oído mi compañero y yo —comentó Ramón extendiendo la mirada a los presentes en el corro—. Estábamos por esa zona y hemos oído tiros, aunque nosotros no hemos visto a nadie.

Todos lo miraron intrigados.

Los guerrilleros que escuchaban se movían nerviosos y comentaban entre ellos. Las noticias que estaban recibiendo no eran precisamente las que esperaban escuchar. Les habían dicho que su incursión sería fácil. Ahora ya no lo veían así.

—¡Joder! ¿Y no se sabía que por allí había fuerzas enemigas organizadas? —gritó uno.

—*Cagüen* la leche, ¿pues dónde está la estrategia? —imprecó otro—. ¡En todas las guerras hace falta información del enemigo...! ¡Y alguien que piense!

—¿Y hacia dónde han ido después? —preguntó un tercero.

—Tampoco lo sé —contestó el chofer—. Me he encontrado a los que huían hacia el norte y me han dicho que el grupo se había desintegrado. Cada uno ha tirado para donde ha podido. Sin organización. Por lo que me han contado, parece que unos se han ido para arriba, hacia la Abaurrea Alta, que está cerca de la línea con Francia. Seguramente para pasarse y salvar el pellejo…, o tal vez para reorganizarse… No sé… Otros han tirado hacia el sur, hacia la zona de Vidángoz y el valle del Roncal, que es donde se espera que nos reagrupemos…, y puede que otros anden por ahí perdidos o escondidos. Eso fue lo que comentaron.

El relativo silencio que hasta ese momento había se rompió, y algunas palabras malsonantes e insultos se oyeron en un tono más elevado de lo normal.

El teniente Bonilla y el sargento Dionisio, que habían percibido el alboroto, llegaron a la explanada donde se encontraba parado el camión con la tropa amontonada alrededor y se plantaron frente al conductor que traía la información. Venían con cara de malas pulgas. Antes de escucharlo ya intuían malas noticias. Se los veía preocupados.

—¡A ver, compañero— !interrogó el teniente al conductor—. ¿Cuántos efectivos han intervenido? ¿Qué información tienes?

El sargento, plantado a su lado, no abría la boca, pero repasaba con la mirada las expresiones de los guerrilleros, que escuchaban sin emitir palabra.

Oía un incomprensible murmullo de fondo. Los hombres esperaban de nuevo las explicaciones del conductor y la decisión que debería tomar el teniente.

Al sargento no le gustó lo que veía. Si no se mantenía alta la moral, la situación podría tornarse incierta.

—¡Silencio! —ordenó el teniente—. A ver, compañero…, danos información más precisa

—Bueno…, información precisa, precisa…, no tengo ninguna, mi teniente —contestó—. Yo entré ayer por la muga con la camioneta. Iba para Ochagavia para llevar unos suministros que me habían ordenado, pero no he podido llegar ni siquiera a Izalzu. Me encontré con gente corriendo hacia arriba, oí tiros y me di la vuelta para no meterme en el lío. Solo sé lo que algunos de los que escapaban de la trifulca me han contado. Me aconsejaron que no siguiese hacia el sur por esa carretera, porque la zona estaba llena de guardias y policías. Suponían que no me dejarían pasar y que me requisarían el camión…, si es que no me pegaban un tiro. Salí echando leches de allí hasta que he llegado aquí. Todo es muy confuso. Me dijeron que ha habido bajas de los nuestros, pero que no sabían cuántas.

—Y ellos ¿adónde iban? Los que te has encontrado, digo.

—No lo sé. No se lo he preguntado. Pero, por el camino que llevaban, si no se querían topar otra vez con los guardias civiles o los militares, no tenían otra alternativa que subir al norte, hacia la frontera con Francia otra vez… Puede que para largarse.

—¡Cobardes! —gritó el sargento—. ¡Desertores!

Los demás le corearon. El cuchicheo fue en aumento.

—¡Silencio— !gritó el teniente, y preguntó—: Dime, ¿cuántos eran esos que te informaron?

—Cuatro, ellos solo eran cuatro…, pero me dijeron que había más que venían detrás. No sé cuántos. Yo no los vi a todos por la carretera, pero me pareció ver a unos cuantos corriendo por fuera. Me di la vuelta con el camión y vine para acá.

El teniente, en silencio, con los brazos cruzados y con la mano derecha sujetándose la barbilla, se quedó reflexionando un momento. No esperaba una respuesta tan rápida de las fuerzas armadas españolas. Pensaba que solamente habría pequeños destacamentos de la Guardia Civil que serían sometidos con facilidad.

—Tenga *cuidao*, mi teniente —interrumpió el chofer al verlo meditar—. También me han dicho que los guardias civiles y las tropas desplegadas por ahí, según calculan, son numerosas y se disponen a buscar por todo el valle y las sierras de alrededor. Se comenta que están esperando un contingente grande de guardias armados hasta los dientes y con más medios.

Había que pensar qué hacer y cómo afrontar la situación. El teniente tenía que tomar decisiones y se apartó del grupo.

El murmullo entre los hombres iba en aumento.

—¿Y qué iban a hacer? —dijo Gabino en voz baja, sin dirigirse a nadie en concreto, reflexionando sobre la situación en la que suponía que se habían encontrado sus compañeros—. Si se hubiesen quedado allí, se los habrían cargado. Tenían que largarse. —Ramón lo miró, pero no contestó—. Me parece que nos vamos a meter en la boca del lobo —volvió a comentar Gabino a Ramón en voz baja.

—A eso hemos venido, joder, Gabino…, ¡a luchar! —ahora sí contestó Ramón, airado—. Y estamos consiguiendo lo que queríamos, ¿no?, que todas las fuerzas de Franco: policías armados, guardias civiles, el Ejército entero y su puta madre vengan a por nosotros… Tenemos que hacerles creer que eso de la Operación Reconquista ha *empezao* por aquí. De esta manera, no nos esperarán por donde se hará de verdad y esa zona la dejarán desprotegida. Tenemos que hacerlo como lo hacíamos en Francia contra los nazis. Darles por un lado y por otro y después disgregarnos y escondernos. Vamos, tirar la piedra y esconder la mano, como se dice en mi pueblo. ¡Eso es lo que hay que hacer...! Así los tendremos *jodíos* y *entretenío*s.

—¡Sargento! —llamó el teniente, que consultaba un mapa de la zona, desplegado sobre un banco de piedra—. ¡Venga aquí!

—¡A sus órdenes, mi teniente! —se presentó solícito.

—A ver, ¿la gente de aquí cómo se ha tomado nuestra presencia?

—Pues mal…, se encierran en sus casas y no dicen nada.

—¿Tú no has visto hombres en el pueblo?

—Algunos hay. No sé cuántos, pero la mayoría viejos. Los más jóvenes están por el monte. Dicen que con la faena, aunque yo no he visto a nadie trabajando: ni taladores ni resineros ni carboneros ni *na* de *na*. Algún *ganao*, poco, por ahí suelto, que supongo que tendrá su pastor. Yo creo que algunos son maquis escondidos, pero que no se fían de nosotros y no dan la cara.

—¿Tú les has dicho que venimos a liberarlos del yugo fascista?

—Sí, claro que lo vamos diciendo… Formé un grupo de información y, donde veíamos gente, les contábamos que éramos de los suyos, que no les íbamos a hacer nada y que estábamos aquí para volver a traer la República y para ayudarlos a vivir mejor y más tranquilos.

—¿Y no ha habido ninguno que haya querido unirse a nosotros?

—Ni uno… Todos nos miraban fijamente, nos escuchaban y nada más. No se atrevían a moverse mientras les explicábamos, digo yo que por precaución… Y, en cuanto podían, se metían en sus casas sin abrir la boca. Y así todos.

—¿Y ayuda, alguien ofreció ayuda?

—¡*Na*...! Ni uno… Bueno, sí… Un hombre mayor y su hija sacaron unas ristras de chorizos y un par de quesos y, sin decir ni media palabra, nos los dieron y se largaron.

—Tal vez aún sea pronto —dijo el teniente.

—Sí…; yo creo que están asustados —respondió el sargento—. Tienen mucho miedo. Lo han pasado muy mal cuando la guerra y temen que se repita.

Volvió el teniente a concentrarse en el mapa que tenía desplegado. El sargento se mantuvo a su lado sin hacer comentario alguno. Observaba y esperaba.

—Bueno, vamos a ver… Entiendo que, si han tenido jaleo por Izalzu o cerca y por los montes de esa zona, el enemigo debe de estar por aquí… —dijo señalando con el dedo un lugar sobre el mapa desplegado—. La trifulca parece que ha sido contra los que han entrado por Roncesvalles, que habrán llegado por la carretera desde Ezcároz. También desde el norte han podido llegar a esa zona algunos de los que entraron con nosotros por el paso de Larrau, y si también se han unido algunos de los maquis locales o, incluso, los que se separaron de nosotros ayer, se habrá armado una buena. Supongo que los fascistas han subido desde el sur por Navascués y habrán llegado, posiblemente, desde Pamplona o, incluso, desde Zaragoza. Es el camino más fácil viniendo en camiones. Alguien les habrá dado el chivatazo de nuestra situación y se han presentado rápidamente. Antes de lo que esperábamos. Nosotros hemos entrado por diferentes pasos de la frontera y tenemos orden de reagruparnos en la zona que hay entre Roncal y Vidangoz. Ya veremos si podemos, porque lo más seguro es que el enemigo también haya llegado hasta ahí y nos lo pongan difícil.

El sargento seguía con interés el recorrido del dedo del oficial por el mapa desplegado.

—Justo aquí —dijo volviendo a señalar el lugar del mapa y golpeando con el índice repetidas veces.

—Mi teniente, ¿tenemos conocimiento de si en esa zona hay más de los nuestros que hayan accedido por otros pasos? —preguntó el sargento.

—No… No sabemos nada…, y tendríamos que averiguarlo. Y como no tenemos teléfonos de campaña, habrá que hacerlo con enlaces.

Se quedó el teniente callado, mirando otra vez el mapa y reflexionando.

—Es de suponer que los del Ejército, si han llegado a Ezcároz y a Izalzu porque han entrado por Navascués, también hayan llegado a Burgui, que está al sur de Vidangoz, y nos la estén preparando desde allí. Hay que tener cuidado.

Se incorporó y, doblando cuidadosamente el mapa para guardarlo en su bolsa, se acercó al grupo. Todos lo miraron esperando nuevas órdenes después de la información del camionero.

—¡Atención! ¡A formar! —ordenó el teniente—. Sargento, pase lista.

Los guerrilleros formaron.

—¿Cuántos somos?

—¡Veintitrés, mi teniente! —contestó el sargento.

—Bien… ¡Quiero cuatro voluntarios para una incursión en territorio enemigo! —pidió el teniente elevando la voz—. Necesito recabar información. Hay que saber si en Vidángoz tenemos libre acceso o si nos están esperando.

Se miraban los unos a los otros y parecía que todos estaban dispuestos a dar el paso y ofrecerse, pero el sargento, conocedor de sus hombres, los detuvo y, situándose frente a ellos, señaló:

—Tú, Pachi, tú, tú y tú —dijo señalando a cuatro de los guerrilleros—. Sois de la zona y conocéis mejor el terreno. Salid de la formación.

Lo hicieron y se cuadraron firmes ante el oficial, que se los quedó mirando fijamente.

—¡Nada de valentías! ¿Me habéis escuchado? —advirtió el teniente—. Vuestra misión es solo de observación. Tenéis que pasar desapercibidos. Solo necesitamos saber cuál es la situación: si hay tropas enemigas, si algunos de los nuestros están por ahí, si los maquis también están por la zona, si están unidos a nosotros o si actúan por su cuenta. Cualquier información puede ser válida e importante: la orografía, si hay por la zona bordas de animales donde podamos

refugiarnos, cuántas y si son suficientemente grandes; casonas, cuevas…, lo que sea. ¿Entendido...? ¡Pero sin que os descubran!, aunque sean de los nuestros.

—¡Sí, mi teniente! —gritaron los elegidos.

—La camioneta os llevará hasta Roncal —les dijo solicitando su atención—. ¡Escuchadme bien! Desde ese pueblo, a vuestra derecha, nada más pasarlo, sale un camino. Lo seguís. Tendréis que subir por un barranco que se llama de Arana. Está en el mapa. Echadle un vistazo. Y después, yendo hacia el oeste, encontrareis el cauce de un arroyo. Debéis seguirlo hacia el sur. Un poco más abajo, a no mucha distancia, sale una carretera estrecha recién hecha que va a Vidángoz. Siguiendo por ella, llegaréis a una ermita que se llama de San Sebastián. Seguro que allí lo pone. Está al norte del pueblo, en un alto y muy cerca. Podría ser un buen observatorio. El recorrido, aunque abrupto, no es muy largo: nueve o diez kilómetros. Dos o tres horas, como mucho. Puede que encontréis a alguno de los nuestros. Es posible que ya anden por allí… ¡Vosotros ni una palabra y mejor que no os vean! Que no sepan que estamos por aquí. Después de observar todo lo que nos pueda ser de interés, volvéis inmediatamente para informarme. La camioneta os recogerá en el punto donde os deje. —El teniente miró uno a uno a los cuatro hombres—. ¿Alguna pregunta?

—¡No, mi teniente!

—¿Lo tenéis claro?

—¡Sí, mi teniente! —gritaron al mismo tiempo.

—Pues marchando… Que os den prismáticos y una brújula. ¡Ah!, y algo de comer. No lo busquéis por allí, porque os delataríais. —El teniente ya se apartaba. A los pocos pasos se volvió—. ¡Y ni un tiro...! ¿Habéis oído...?, ¡ni un tiro...! Que a alguno de vosotros le gusta darle al gatillo —dijo mirándolos a los cuatro que aún seguían en formación—. Los demás podéis romper filas y no os apartéis mucho. ¡Ah...! Si hay alguna taberna en el pueblo, ¡prohibido entrar! ¿Está claro? ¡Atentos a las órdenes del sargento! Él se ocupará del avituallamiento.

Unas horas después, el grupo destacado regresó con la información requerida.

—Mi teniente, aquello parece tranquilo —informó el que había tomado el mando—. No hemos visto jaleo ninguno. Sin embargo, un pastor que

hemos…

—¡¿No os he dicho que no debíais dejaros ver!? —lo cortó el teniente bruscamente—. ¡Os dije que no tenían que saber que estábamos ya por aquí!

—Sí, mi teniente…, pero nos sorprendió él. Se acercó a nosotros porque su perro nos olfateó y vino a nosotros ladrando. Nos preguntó si éramos de los del Chispita. No íbamos a pegarle un tiro, ¿no? Nos pareció que, dada la confusión, lo mejor que podíamos hacer era seguirle la corriente y recabar toda la información que pudiésemos.

—¿Del Chispita...? ¿Y qué os contó?

—Pues parece ser que ese tal Chispita es el jefe de una partida, pero no supo decirnos de cuántos hombres. Sabía que estaba formada por maquis locales y guerrilleros que habían entrado desde Francia. Nos ha dicho que la partida está repartida por toda esa sierra que va desde Uztarroz hasta Vidángoz. La mayor concentración, según nos dijo, está por una zona que se llama la Azaltegia. Es un lugar que tiene unos barrancos profundos con muchas bordas, algunas grandes, y casas de laboreo, que les ofrecen mejor protección. Además, hay caminos para llegar a ellas, pero estrechos, por los que no se puede circular con vehículos grandes. Eso les facilita el aislamiento.

—¿Y ese tal Chispita quién es? —preguntó el teniente Bonilla.

—Pues ya le digo, mi teniente, parece que es el que organiza el asunto por aquí y dice adónde tienen que ir unos y otros. Por lo que nos ha contado el pastor, nos pareció que cae bien y tiene buena acogida entre las gentes del lugar.

—También nos dijo —interrumpió otro— que, según le contaron, había movimiento de tropas gubernamentales que llegaban por el sur y que se habían establecido en Burgui. De allí a Vidangoz hay pocos kilómetros y buena carretera. Vamos, que en poco rato pueden colocarse frente a nosotros.

—¿Os dijo si eran muchos?

—Se lo preguntamos también, pero nos dijo que él no los había visto. Por lo que le contaron eran tres o cuatro camiones, así que haga usted la cuenta.

El teniente se quedó un rato reflexionando y expresó en voz alta, sin dirigirse a nadie en concreto:

—Tendríamos que llegar nosotros a Vidangoz antes que ellos e intentar que los locales se pongan de nuestro lado y nos ayuden. ¡A ver¿ !…Tenemos octavillas de propaganda, sargento?

El sargento, Dionisio, que no perdía detalle de la conversación, preguntó:

—¿Se refiere usted, mi teniente, a ese paquete que nos dieron con papeles antes de entrar?

—¡Sí, joder! Abra usted el paquete y tráigame uno de esos papeles.

El sargento se desplazó hasta el pequeño almacén que habían improvisado en una habitación de la escuela y al poco se presentó con cuatro o cinco folios impresos.

El teniente leyó:

Españoles:

Ahora es el momento de salvar nuestra España. Recuperar la democracia que los fascistas nos han arrebatado. Ahora que el mundo nos apoya, que los nazis están siendo derrotados y expulsados, es cuando debemos hacer triunfar nuestra República e implantarla de nuevo en nuestro país. A vosotros no os pedimos sacrificio ni lucha, solamente apoyo y ayuda. Necesitamos infraestructura, comida y refugio. Levantaos contra la opresión. Estamos aquí para salvaros de la tiranía.

—Bueno, vamos a ver —dijo después de leerla—. Un grupo de vosotros mañana vais a volver al pueblo sin armas y repartiréis por todas las casas estos papeles. No quiero que los asustéis; al contrario, tenéis que ganaros su confianza. Les decís que los lean y que después los quemen para que no los comprometa. Necesitamos su ayuda y su silencio. Les conviene colaborar con nosotros. De eso tenéis que convencerlos. Si algún hombre se decide a luchar con nosotros, le decís que suba hacia la Azaltegia y allí podrá unirse a los nuestros. Pero lo más importante es que nos proporcionen avituallamiento. No sabemos los días que tendremos que permanecer en la zona. De todas formas, necesitaremos comida y agua, y espero que voluntariamente colaboren. Es importante que los pueblos de España se rebelen contra el fascismo y se unan a nosotros. Ahora, en especial, este de Vidángoz.

«El resto nos desplazaremos más tarde. Nos transportará la camioneta hasta Urzainqui y desde allí subiremos andando la sierra hacia el oeste. Bajaremos por el barranco, donde podrían estar el grueso de los nuestros y también los maquis de la zona. Ellos conocen bien estas montañas y nos servirán de ayuda. Desde allí tenemos Vidángoz a tiro de piedra.

—Sargento, seleccione a cinco o seis que parezcan los menos brutos, que se estudien la proclama y organicen la campaña de concienciación.

—¿Con… quién?

—¡Concienciación, coño…! ¡Vamos, que hay que convencerlos de que colaboren con nosotros; ya os lo he dicho! ¡Les va su futuro y el de sus hijos! ¡Joder, mira que sois burros!

—Y el nuestro también —le dijo Gabino a Ramón en voz baja—. Anda que, si no nos quieren ayudar y nos dejan muertos de hambre y a merced del Ejército, lo tenemos claro… ¡Ni uno sale de aquí vivo!

—Escucha, Gabino —lo cortó Ramón—, yo creo que nos conviene a nosotros ser de los primeros en ir a ese pueblo. Si nos destacamos del grupo, podemos establecer algún buen contacto con la gente local. Es muy importante. Nunca se sabe lo que podemos necesitar.

—Sí, claro… Si tú lo dices… Ya sabes que yo abogo por la comprensión y el diálogo en todo momento.

—Tú déjame a mí. Yo hablaré con el teniente.

Dicho esto, Ramón se apartó y fue en busca del teniente, que estaba comentando algo con el sargento y con otros dos hombres. Se aproximó.

—¡A sus órdenes, mi teniente! ¿Puedo hablar con usted un momento?

El teniente se lo quedó mirando cansinamente, preguntándose: ¿»Qué querrá ahora este?.«

—Dígame, soldado… ¿Quién es usted? —preguntó apartándose del grupo.

—Se presenta el soldado Ramón. Número 47 de la sección 1 de la 45 división. Veterano y siempre a sus órdenes. Me presenté a usted esta mañana, ¿no recuerda?

—Sí, sí… Dígame, Ramón, ¿qué desea?

—Perdone mi intromisión, mi teniente, pero puede que le dé alguna información que seguramente le interese. He oído que quiere usted formar un grupo que intente poner de nuestra parte a los civiles de la zona. ¿No es así, mi teniente?

—¡Sí, así es! —contestó airado.

—Pues pongo en su conocimiento, por si no estuviese al corriente de ello, que hay algún soldado »con estudios« que, por lógica, tendrá más capacidad para convencer a la gente sencilla de la zona.

—Sí, es cierto que no conozco a todos. ¿Quiénes son esos soldados?

—Pues tiene usted a uno, mi compañero, que es maestro, habla muy bien, cae también muy bien. Estoy seguro de que cumpliría a la perfección con la misión de informar y convencer, que es lo que usted ordena y nos interesa.

—Sí, muy bien, vale… —dijo sin perder más tiempo el teniente—. Dígale a ese maestro que se presente al sargento y que le diga que lo he seleccionado yo para que forme parte del grupo que se va a desplazar a Vidángoz.

—Mi teniente, por favor —le salió al paso Ramón cuando ya se retiraba—, si no le importa, me gustaría que contase también conmigo para poder acompañarlo. Estamos juntos desde el principio, me he prometido protegerlo y…

—Sí, sí …Muy bien, muy bien… —lo cortó el teniente—. Vaya usted también con él. Ya veo que a usted labia no le falta. Súmese usted también al grupo. Preséntense los dos al sargento y díganle que es una orden mía… ¡Ah…! Y desarmados —atajó el teniente volviéndose cuando ya se marchaba —. Saldrán ustedes de inmediato. Sin armas. Tienen que percibirlos amistosos.

—¡A la orden, mi teniente!

—Sargento, ¿ya tiene usted cerrado el grupo para ir a Vidángoz? —preguntó el teniente al cruzarse con el suboficial cuando ya se alejaba—. Ahí le envío a dos… Hay uno que dice que es maestro. Incorpórelos y en marcha, sin perder tiempo. Que repartan los panfletos y hablen con la gente. A ver qué impresión recogen.

10

El sargento Dionisio recogió el fajo de pasquines y se los entregó a los hombres comisionados para distribuirlos entre los habitantes de Vidángoz.

—¡Vamos, chicos! A Vidángoz —ordenó—. ¡Tenemos que asegurarnos la ayuda de los de allí! Hay que convencerlos de que estamos aquí para hacer que su vida sea mejor y más libre…, que no deben tener ningún miedo… ¡Ah!, y no llevéis ningún arma. Ya habéis oído al teniente. Si nos ven armados, provocaremos su desconfianza. No las vais a necesitar… ¡En marcha!

—Bueno, mi sargento, mejor las llevamos y las dejamos en la camioneta, por si acaso —dijo uno de los guerrilleros con preocupación—. ¿No le parece, mi sargento?

—¡Está bien! ¡Bueno, venga…! ¡Vamos!

El chófer, con cierto grado de temor, los esperaba en la camioneta.

—¿Adónde decís que os tengo que llevar¿ ?A Vidángoz? —preguntó asustado—. ¡Pero si eso está lleno de guardias civiles y de policías armados!

—¡No te preocupes! Todavía no están allí. Lo hemos comprobado —le informó el sargento—. Además, si viésemos, antes de llegar, que puede haber peligro, nos volvemos y listo. Vamos en misión de paz y confraternización. Solamente a saludar a la gente de por ahí y nada más… ¡Ale, vamos, arranca!

La renqueante camioneta se puso en marcha. Unos quince o dieciséis kilómetros los separaban de la población. No tardarían más de treinta minutos en llegar. Nada más pasar el Roncal, tomaron la nueva carretera construida por los prisioneros de Franco, y enseguida llegaron al pueblo. Parecía tranquilo.

—¡Estad atentos! No solo a lo que veáis, sino también a las expresiones y actitudes de los que os encontréis… Hay que saber interpretar una mirada, un comentario, una acción sospechosa. Cualquier cosa que os parezca que no encaja en la rutina tranquila de un pueblo de estas montañas puede ser la señal para salir corriendo —dijo el sargento—. No sé deciros cómo tenéis que abordar a la gente para que os escuchen. Es de suponer que, como no nos conocen, y teniendo en cuenta el momento, estarán temerosos y desconfiarán.

Tendrán ya información de nuestra entrada en España. Aquí las noticias corren como la pólvora. También tenéis que saber que la actitud de silencio se impone por aquí. La gente no habla y está recelosa. Tened en cuenta que muchos maquis y escapados de la represión franquista son de por aquí o se esconden por la zona y es posible que bajen al pueblo con frecuencia, así que… la gente calla. Si fuese posible, sería conveniente que nos pusieran en contacto con ellos. Podrían sernos de gran ayuda. Hemos oído hablar de un tal Chispita, que capitanea un grupo de esos maquis por estos montes… Bueno, al loro y ya me contaréis… Tenéis que saber en todo momento dónde estáis unos u otros para poder localizaros rápido. Podría ser que tuvieseis que salir con prisas.

—¿Y dónde nos esperará la camioneta? —preguntó Ramón preocupado por la logística.

—Allí lo decidiréis —respondió el sargento—. Llegaréis al pueblo por el norte y la camioneta puede esperaros a la entrada del pueblo. Los observadores que fueron antes dicen que a la entrada hay una explanada. Si os parece bien, ahí será donde os espere. A la derecha tendremos el río Biniés, que ahora casi no lleva agua. Si surgiese cualquier peligro, la camioneta regresará a Isaba. No podemos quedarnos sin ella. Si no la encontráis será porque se ha tenido que largar. Cruzáis el río y os perdéis. No tardaréis en encontrar a nuestra gente. Hoy mismo ya estaremos por allí todo el pelotón.

El camión llegó al pueblo antes de que se diesen cuenta. Durante el camino, los cinco hombres observaban con atención los lugares por los que pasaban, por si veían algo irregular. La tortuosa carretera y los profundos barrancos se sucedían, hasta que, como el sargento había anunciado, se situaron a la derecha en el pequeño terreno allanado frente a la primera casa que encontraron. Descendieron del vehículo.

—Tú y yo vamos por esta calle que sube hacia el pueblo —le propuso Ramón a Gabino—. Es probable que, por ahí, internándonos en él, encontremos a alguien que esté dispuesto a escucharnos.

Aunque era temprano, el tímido sol de otoño ya se alzaba calentando la fría villa. Nada más iniciar el ascenso por la inclinada calle, una mujer, aparentemente mayor por su vestimenta, conducía a una piara de tres cerdos. Sorprendida, y después de lanzarles una desconfiada mirada, apresuró su marcha instando a sus animales con una varita a que entrasen por un portón que, con dificultad, se esforzaba en abrir.

—¡Señora! —la llamó Gabino levantando la voz—. Por favor, no tema. Somos de confianza y amigos de la gente de este pueblo. Solamente queremos presentarnos y hacerle saber que…

—¡Mi marido está a punto de llegar y me tiene dicho que no hable con nadie! —cortó airada la mujer, que buscaba intimidar con su mentira a los intrusos.

—Sí, ya, ya…, no se preocupe… Nos vamos… ¿Sabe usted dónde vive el alcalde?

—¿El Justino? Sí, un poco más arriba. Por la calle San Miguel, cerca de la iglesia…, pero no creo que esté allí ahora. Se va a las vacas muy temprano.

El jaleo, la conversación en tono elevado y lo irregular del momento alertaron a una mujer joven, que salió al portón acompañada de un perrillo que no cesaba de ladrar.

—¿Qué pasa, madre? —preguntó.

—Nada…, estos señores, que le quieren decir no sé qué al Justino.

—No, no solo al alcalde, señora…, a todos. Queremos hablarles a todos los vecinos del pueblo —aprovechó Gabino—. Somos amigos. Sabemos que lo están pasando mal y que se sienten oprimidos… Obligados a hacer los que ellos quieren…

—¿Ellos…? —preguntó la chica.

—¡Sí! Los del Gobierno… Los de Franco que…

—¡Ah, claro, sí ,sí!… —cortó abrupta—. No pasa nada…Es que aquí unos y otros nos la dan por todos lados… Lo mejor es agachar las orejas, callar… y vivir como si no vieses nada.

Habían recogido ya los cerdos y la chica empujaba otra vez la gran puerta que cerraba el corral.

—¡Atranca la puerta! —gritó la madre desde el interior—, y deja ya de dar palique a la gente que no conoces.

—¡Espera un momento, por favor! —le pidió Gabino.

La joven se detuvo con la puerta entreabierta. No sabía Gabino cómo llamar su atención para no interrumpir la conversación.

—¿Tú cómo te llamas?

—Felisa —contestó con el portón a medio cerrar—, pero me llaman Lisa.

—¿Lisa?

—Sí, ¿es que no se nota? —dijo sarcásticamente.

Gabino se la quedó mirando mientras se acercaba a la puerta entornada que ella sujetaba.

—Pero si eres muy guapa…, y de lisa, nada.

La joven pareció ruborizarse y despacio continuó su acción de cerrar definitivamente la puerta.

Antes de que llegase a hacerlo, Gabino puso la mano suavemente sobre la avejentada madera y de forma dulce dijo:

—Espera un momento, por favor, no cierres… Escúchame.

—¿Qué quieres? —preguntó la joven, más por prolongar el encuentro que por el deseo de conocer el motivo que traía a Gabino hasta su pueblo.

—Mira…, me llamo Gabino. Y ese que está ahí, parado al otro lado de la calle, es mi amigo Ramón. —Ramón los observaba, pero consideró conveniente no acercarse—. No somos de por aquí, como ya te habrás dado cuenta, pero no tengas miedo. No temáis nada, ni tú ni todos los de este pueblo. No somos maquis… ni tampoco de los otros. No hemos venido a quitaros nada ni a haceros ningún daño. Todo lo contrario. Tú eres muy joven y…

—Bueno, ya tengo 20 años…, ¿y tú? —dijo casi ofendida saliéndose del tema.

—Estooo… Yo casi treinta…, pero… ¿qué tiene que ver eso? —contestó azorado—. Te estaba diciendo que, cuando la guerra, tú serías una niña y tal vez no hayas visto lo que pasó ni sepas nada.

—Sí, sí… Era más joven, pero aquí pasaron muchas cosas. A mi padre se lo llevaron unos que decían que eran »requetés«, de los que estaban con los nacionales…, y ya no volvió. Dicen que le pegaron un tiro…, y a otros del pueblo, también. No sabemos dónde ni por qué. Mi hermano, que tiene tres años más que yo, y también mi primo se fueron del pueblo, no hace mucho, porque les dijeron que iban a por ellos los guardias civiles; que los estaban buscando. Ellos no han hecho nada, así que…, bueno, que no sé por qué.

—¿Y adónde fueron?

—Pues al monte…, a esconderse. Están con unos amigos que también son de por aquí y de otros pueblos de la comarca. De vez en cuando se acercan a buscar algo para comer: alguna gallina o lo que queramos darles.

—¿Y si no queréis dárselo?

—Pues ya ves, lo cogen de donde pueden… No se van a morir de hambre. Pero casi siempre les damos algo: una hogaza, patatas y cosas de la huerta…, si

hay.

—¿Y los guardias no preguntan por ellos?

—¡Claro que preguntan! Siempre que vienen por el pueblo. Saben que son de la familia —contestó—, pero como ni mi madre ni yo sabemos nada, pues nada les podemos decir. Los guardias entran a la casa y miran por todas partes. Nosotras les preguntamos que por qué los buscan, que qué han hecho…, pero no nos dicen nada. Pasan, revuelven todo y después, cuando comprueban que estamos solas y que no hay nadie, se marchan como si nada… Y hasta la próxima.

—¡Ya! Entonces ellos están por las montañas, ¿no?

—Sí, por las de por ahí arriba.

—Estarán con el Chispita, ¿no? —preguntó Gabino dejando caer la escasa información que tenía sobre los maquis de la zona.

—No sé… Bueno, eso dicen —se le escapó.

—¿Tú lo conoces?

—¿Al Chispita...? Bueno, sí… Una vez vino por aquí.

—¿Y cómo es?

—Pues… dicen que es un buen tipo.

—Pero ¿es alto, bajo, moreno, rubio…?

—A mí me pareció un hombre como de 40 o 45 años… Guapo, pero sucio y desaliñado. No era muy alto. Era simpático. A la gente, aunque se habla poco de él, le cae bien. Los de por aquí no lo traicionan. No sabemos qué hace por el monte, pero no le tenemos miedo. A veces viene y paga lo que se lleva. Se porta bien…, aunque en el pueblo hay algunos con los que hay que hablar poco y tener cuidado. Son como los mosquitos del verano; los oyes, no los ves y de pronto ¡zas! Te enteras de que te han picado…, cuando ya no hay remedio.

—¿Tú te acuerdas de cómo se vivía antes de la guerra? —preguntó Gabino para entrar en materia.

—Sí, bueno…, yo era una niña. Tenía diez o doce años entonces.

—Bueno…, pero te acuerdas, ¿no?

—¡Ya lo creo…! ¡Claro que sí! Vivíamos todos en esta casa, que era del abuelo. Mi padre, mi madre, mi hermano y un tío, hermano de mi madre, que mataron. Mi abuelo, nada más empezar la guerra, se murió. Le quemaron la cosecha y se llevaron las dos vacas y la mula que tenía. No sé… Yo creo que le dio un patatús. A mi padre un día vinieron a buscarlo y dijeron que iban a dar

un paseo con él… No dijo ni pío, solo ¡»agur!,« y no volvimos a verlo. Otro tío, hermano de mi padre, se marchó con los carlistas y estuvo en la guerra con los nacionales. No sé por dónde estuvo luchando ni por dónde andará ahora. No sabemos nada de él. Siempre hemos creído que mi tío… —Lisa interrumpió su locución—. ¡Bueno, no sé! En fin, ya pasó y no queremos pensar en ello. Es mejor olvidarlo todo y tratar de vivir tranquilos…, sin meternos en líos.

—Pero es verdad que vivíais entonces mejor que ahora, ¿no? —insistió Gabino.

—Claro que sí… Antes de la guerra éramos felices —contestó convencida.

—Pues a eso hemos venido. A que las cosas cambien y vuelvan a ser como antes. A ser felices recuperando la vida que teníais y nuestros derechos. A que nos ayudemos y nos queramos los unos a los otros.

Lisa se lo quedó mirando incrédula y, pasados unos segundos en silencio, le advirtió:

—Oye, aquí no queremos más guerra, ¿eh? Estamos escarmentados… Y si lo que tenemos que hacer es aguantar alguna injusticia o las cacicadas de siempre, pues se aguantan y ya está .Al final los guardias vienen poco…, alguna vez. Semana sí, semana no. Nosotros, con no meternos en nada, pues tranquilos.

—Pero no es eso, Lisa; eso es estar en vilo… Cualquier día le da a un cabrón por liarla y hala…, ¡a tragar! Y a hacer lo que diga o lo que quiera.

Lisa se quedó pensando. Miró a un lado y al otro de la calle y sin decir nada más se dispuso a cerrar.

—¡Espera un momento, Lisa !Nosotros lo vamos a arreglar, ya lo verás. Vamos a instaurar otra vez la República en España y vamos a vivir como antes. ¿Digo como antes? ¡Mejor, mucho mejor!

—Pero para eso hay que hacer la guerra otra vez…, y eso es lo que no queremos.

—¡No, Lisa! Solo necesitamos que nos ayudéis un poquito. Efectivamente, somos guerrilleros y tenemos una gran experiencia. Hemos venido para liberaros. ¿No has oído que estamos echando a los nazis de Europa? Pues también vamos a echar a Franco y a los suyos de España, que son lo mismo. No queremos guerra, solo obligar a los fascistas a que se marchen y nos dejen a todos nosotros seguir con nuestra vida… La que nos gusta…; la que nunca debíamos haber perdido.

—¿Y qué tenemos que hacer? —preguntó Lisa.

—Ayudarnos; ya te lo he dicho. Necesitaremos algo de comida, cobijo… y, sobre todo, que estéis de nuestra parte. Somos buenos. No venimos a haceros daño.

Lisa miraba incrédula a Gabino. No sabía por qué, pero confiaba en él. ¿Qué estaba pasando? Se sorprendió abriendo un poco más la puerta y forzando la respiración… Quería olerlo. Sin darse cuenta, extendió la mano y tímidamente tocó su pecho con las yemas de dos dedos. Gabino se quedó paralizado. Ella también. Retiró su mano e hizo ademán de cerrar la puerta definitivamente. Gabino no sabía por qué, pero ansiaba continuar ahí, cerca de ella. Parecía como si hubiese olvidado la misión que tenía que cumplir… Lisa se iba a marchar adentro y él la detuvo otra vez.

—¡Un momento...! Espera un momento antes de que cierres —dijo entregándole unos cuantos pasquines—. Si me quieres ayudar, reparte estos papeles y explícales lo que te he contado: que venimos a ayudaros, a restablecer la democracia en España, que necesitamos vuestra confianza y, en la medida que podáis, vuestra ayuda. Pronto sabréis de nosotros. No nos falléis. —Los recogió sin decir nada. Ya cerraba Lisa la puerta—. Cuando leáis esos papeles, quemadlos —dijo Gabino mientras se retiraba—, para que, si vienen los civiles o los del Ejército, no los encuentren. Nunca se sabe cómo reaccionarían. Adviértelo.

Cerró. Gabino se quedó mirando la puerta, recreando la imagen que acababa de desaparecer.

11

En Burgui comenzaba a clarear el día. Un persistente viento de poniente hacía entrar por el sur del valle algunas nubes bajas que, más al norte, se abrazaban a las elevadas montañas. Allí se iban acumulando, dando una sensación de inestabilidad al ambiente. »Seguramente durante el día habrá niebla«, pensó el capitán Estévez, que, nervioso e inquieto, se había despertado antes del amanecer.

Abrió de par en par la ventana de la habitación del primer piso que el alcalde del pueblo se había visto obligado a cederle en su propia casa. De pie, plantado frente al alféizar, oteaba el horizonte. Intentaba presagiar cómo transcurriría el día. Un día que ya intuía tenso y peligroso. La fresca brisa lo despejó. En la misma habitación había una palangana de cerámica blanca y un jarro de agua que utilizó para lavarse la cara. Se calzó las botas, se ajustó el correaje, comprobó el cargador de su pistola Star y se dispuso a salir. La mujer del alcalde, temerosa, ya lo estaba esperando solícita al pie de la escalera.

—Buenos días, señor capitán —saludó atenta—. Ahora mismo le pongo un café y le preparo algo para desayunar; ¿quiere usted que se lo ponga en el comedor?

—No, no hace falta —contestó—, ahí mismo, en la cocina puedo tomar algo. Dígale usted a su marido que venga; tengo que hablar con él.

—Sí, ahora mismo lo llamo. Lleva ya un rato levantado. Todos los días lo hace muy temprano para ir a echar de comer a los animales.

—Pues hoy, antes de que se marche, que venga a verme.

Al poco, el alcalde se presentó en la cocina mientras que el capitán, sentado ante una rudimentaria mesa tocinera, daba buena cuenta del copioso desayuno que la buena mujer le había preparado.

—¡A sus órdenes, mi capitán!

Se presentó el alcalde cuadrándose casi militarmente. Era un hombre de unos cincuenta años de aspecto rudo, de tez curtida por el viento de las montañas y de semblante bonachón.

—Señor alcalde —dijo el oficial sin levantar los ojos del plato, mientras rompía con un pedazo de pan las jugosas yemas de los apetitosos huevos fritos que la señora le había servido—. Hoy va a ser un día importante. Vamos a terminar con los pocos rojos que quedan por aquí para que ustedes puedan dormir tranquilos. Mejor será que advierta a los del pueblo, para que no se alejen y se anden con cuidado. Si viesen por aquí a gente que no conocen, rápidamente me avisan. ¿Entendido? —dijo mirando fijamente al alcalde—. Nosotros subiremos para arriba, hacia Vidángoz.

El alcalde, asustado y de pie, no se atrevía a moverse. El militar apartó la vista hacia su plato de loza, que rebañaba con fruición mientras advertía:

—Si me entero de que prestan ayuda a cualquier forastero que llegue al pueblo, o que le cuentan a quien sea que hemos estado aquí y hacia dónde nos dirigimos, habrá represalias…; y ya sabe cómo nos las gastamos.

—No se preocupe, mi capitán. Nosotros, como una tumba. Somos pocos y ahora casi todos son chavales o mujeres. Tendré a mi sobrino dispuesto para que, si viésemos a alguien que no identificamos o notásemos algo extraño, salga pitando hacia arriba para buscarlo y avisarle. Pierda *cuidao*.

—¡Arriba España! —gritó el capitán sin levantarse de la mesa y dando por concluida la conversación—. Puedes marcharte…, y ten mucho ojo.

—¡Arriba! —contestó el alcalde levantando el brazo derecho con la mano extendida con aire marcial. Y, tomando su cayado, se marchó.

Terminado el desayuno, salió el capitán a la puerta de la casa. Ya en la plaza, se encontraban los soldados del destacamento. Parado bajo el dintel, insufló sus pulmones del fresco y reconfortante aire que le ofrecía la mañana.

—¡Teniente, que el *turuta* toque asamblea! —le ordenó el capitán al teniente Benito Alonso, único oficial bajo su mando que tenía la compañía.

—A sus órdenes, mi capitán. ¡Corneta, toque asamblea! —ordenó al soldado que portaba el cornetín.

El estridente instrumento hirió el silencio del tranquilo pueblo y toda la tropa, perfectamente equipada, formó solícita en la plaza.

Nada se movía en el pueblo. Algún lejano ladrido se escuchaba de vez en cuando, y en la formación, ni un carraspeo. Pareció oírse cómo alguna ventana se cerraba al fondo de la plaza, lo que denotaba que eran observados por algún habitante curioso. Nadie salió a la puerta de su casa.

El capitán, con parsimonia y las manos a la espalda, se paseó dos veces a lo largo de la formación, seguido por el teniente. Se paró en el centro mirando a

los soldados.

—¡Izquierda, ar! —gritó imperativo el sargento—. El movimiento de la tropa, al girar con el taconazo de rigor, situó a todos los soldados de frente al capitán. Después de un repaso visual de los formados, arengó—: ¡Soldados! España hoy, otra vez, os necesita. Parece que las hordas rojas que, de forma cobarde, huyeron a Francia intentan, a la desesperada, romper la tranquilidad que la paz de Franco nos proporciona. No podemos dejar manzanas podridas en nuestro cesto, porque corromperán a las demás. No puede quedar ni un rojo… ni un comunista entre nosotros. Los españoles de bien quieren tranquilidad y progreso y estamos aquí para garantizárselo. Algunos grupos armados, descontentos con su suerte, están entrando en nuestro país tratando de ocupar nuestros pueblos y romper así la obra de recuperación que nuestro generalísimo ha comenzado. No darán la cara… Actuarán cobardemente, escondidos. Hay que matarlos a todos… ¡Y también a quienes los ayuden! No podemos permitir que el comunismo empuñe su hoz contra nuestra sociedad. Cuando terminó nuestra cruzada, no pudimos salir de nuestras fronteras para acabar con ellos, pero ahora que su imprudencia los ha hecho regresar, lo aprovecharemos y acabaremos con ellos. Ahora sin cuartel… ¡Viva Franco! ¡Arriba España!

—¡Arriba! —gritaron todos al unísono.

—¡Somos el Batallón América! —continuó diciendo—. Cazadores de montaña nos llaman, y a eso venimos, a cazar a todos los rojos y comunistas que se nos escaparon hace unos años. ¡Soldados! ¡A por ellos!

La arenga hizo el efecto deseado. Los soldados, eufóricos, gritaban: ¡»Viva España¡ !A por ellos¡ !Acabemos con todos los rojos!.«

El pueblo ya había despertado, pero no mostraba actividad. Al contrario de lo que esperaba el capitán Estévez cuando llegaron el día anterior, nadie salió a vitorearlos. Todo el mundo se encerró en sus casas. Se palpaba el miedo. Solamente el lejano llanto de un niño probaba la presencia de habitantes. Parecía como si el pueblo estuviese vacío. Sin embargo, la información que tenía el capitán Estévez era que debía de haber, repartidos por esos municipios, unos trescientos o cuatrocientos habitantes, además de su censo habitual. El pueblo, como casi todos, a consecuencia de la guerra había mermado su población considerablemente; sin embargo, en los años de posguerra, debido a que el régimen había llevado a la zona un nutrido grupo de los denominados »esclavos del franquismo en el Pirineo« para construir una

carretera entre Igal, Vidángoz y Roncal, la población de la zona se vio aumentada. Se obligó a los que consideraron »desafectos al régimen« a trabajos forzados por ser, como decían, responsables de la destrucción del país, y ahora debían reconstruirlo. Los que allí llevaron como esclavos sufrieron todo tipo de vejaciones y privaciones. Tuvieron que »abrir la caja«; así es como definían la colosal obra, que no era otra cosa más que excavar a pico y pala el trazado de la carretera que uniría los tres pueblos. Algunos murieron y muchos de los que quedaron en pie, terminada la obra, se quedaron por la zona.

—¡Estad atentos! —advirtió el capitán—. Por aquí puede que haya muchos renegados y traidores, seguramente contactados con los maquis huidos a las montañas, y podrían jugarnos una mala pasada. Ya veis que no hemos sido muy bien recibidos… ¡A ver, sargento! ¿Por qué no hay gente del pueblo saludándonos? ¡Venga usted aquí...! Bueno, mejor que venga el cabo de la Guardia Civil.

El sargento se cuadró solícito. El cabo del destacamento se presentó.

—¡A sus órdenes, mi capitán!

—¡A ver! ¿Por qué no ha salido la gente a saludar al glorioso Ejército español?

El cabo de la Guardia Civil se mantuvo en silencio. Sabía de la represión de las fuerzas militares en la zona y conocía el miedo que provocaba cualquier presencia militar.

—¿No dice usted nada? —le recriminó el capitán—. Coja a sus hombres y ordéneles que entren en las casas y obliguen a los que en ellas viven a salir a la puerta cuando nos vean pasar. ¡Quiero verlos a todos saludando a la bandera! ¡A todos! ¡Hasta a los niños! ¿Ha entendido?

—¡Sí, mi capitán! ¡A sus órdenes!

—Por cierto, compruebe usted si en el balcón del Ayuntamiento ondean las tres banderas obligatorias: la española, la de la Falange y la Requeté; y si en el despacho del alcalde, en el salón de plenos del Ayuntamiento y en la escuela, tienen puesto el crucifijo y las fotos de Franco y José Antonio Primo de Rivera, el fundador de la Falange. Si ven a alguno reticente que no quiere saludar a nuestro paso, me lo traen a mí, que ya le daré yo su merecido. ¡Cabo! —volvió a llamarlo cuando ya se marchaba—. ¿Volvieron sus guardias?, los que fueron de servicio al norte.

—Sí, mi capitán, volvieron anoche.

—¿Y no vieron ninguna actividad? ¿Nada sospechoso?

—Nada, mi capitán. Todo parecía normal…, como todos los días.

—Es muy raro —dijo apesadumbrado—. No me gusta nada este silencio. Algo pueden estar tramando. Deje usted a dos guardias aquí, en la casa cuartel, y los demás que suban al último camión con nosotros. Usted venga conmigo en la cabina para que me guíe e informe. Supongo que conocerá bien su zona.

—A sus órdenes, mi capitán… ¡Braulio! —llamó en voz alta al guardia civil de su dotación que respondía a ese nombre y gozaba de su confianza—. Suba usted con los otros guardias al camión de cola. Que en el cuartelillo se queden dos. Lo dejo a usted al mando. Yo iré en el de delante con el capitán.

—A la orden, mi cabo, no se preocupe —contestó solícito el guardia.

Se cumplió lo ordenado por el capitán Estévez. Los soldados subieron al camión y se inició la marcha. Efectivamente, a su paso por las calles, obligados los habitantes del pueblo por la Guardia Civil y temerosos de la posible represalia, mujeres, niños y hombres, casi todos de edad avanzada, de mala gana, salieron a despedirlos haciendo el saludo fascista del brazo derecho en alto. Los »viva Franco« proliferaban en las bocas de todos los que, desde las puertas y balcones de las casas, salieron a despedirlos.

Los camiones, por orden del capitán, circulaban despacio por las calles del pueblo. El capitán Estévez se regodeaba de ello. Algunos sacaron o colgaron de sus balcones una bandera tricolor franquista, e incluso se atrevieron a entonar tímidamente alguna marcha como *Montañas nevadas, banderas al viento* o el *Cara al sol* falangista. El capitán, sentado en el lado derecho de la cabina, con el brazo fuera de la ventanilla, lo agitaba arriba y abajo animando a levantar la voz mientras pasaba la comitiva y cantaba siguiendo los compases que escuchaba.

—¡Vamos, vamos! ¡Cantad fuerte, cantad! ¡Saludad a las tropas de Franco! ¡Dadnos las gracias por haberos salvado de las hordas marxistas!

El cabo de la Guardia Civil de Burgui, sentado entre el capitán y el conductor, callaba. De vez en cuando, si se sentía observado, tímidamente se unía al coro: »…que tú bordaste en rojo ayer… Me hallará la muerte si me lleeeega…, y no te vuelvo a ver.«

Así, el Batallón América abandonó el pueblo en dirección a Vidángoz.

El capitán Estévez se sentía orgulloso.

La comitiva enfiló la carretera hacia Vidángoz. Los separaban escasos diez kilómetros. Estarían en el pueblo enseguida.

Poco antes de cruzar el río Biniés para llegar al pueblo por el sur, a la altura del puente, les salió al paso un hombre con una escopeta colgada al hombro. Su raída chaqueta caqui sobre unos viejos pantalones de pana y su gorra de plato le conferían el aspecto de »autoridad« que él mismo se atribuía. A escasos metros, se situó en el centro de la carretera y, levantando el brazo, hizo la señal de alto para que parasen. El capitán ordenó al conductor que se detuviese.

El guarda forestal, que esa era su función, se situó al lado derecho del camión, donde vio que se sentaba el oficial.

—A sus órdenes, mi capitán —dijo exagerando el saludo militar—. Estoy aquí porque es mi obligación, para informarle.

—¡Sí, diga, diga…! —exigió el capitán molesto por la osadía del intruso.

—Pues mire *vostè,* señor capitán, es que hoy han estado *per* el pueblo unos hombres que han repartido *papers*…, y yo creo que son de los que han entrado ayer desde Francia. Yo no he visto a todos, pero había uno que era ya mayor, y a otros dos o tres que hablaban con la gente. Pueden haber sido más. No lo sé.

—¿Tú no los conocías?

—No. Los he visto de lejos, pero no, no los conocía. No eran de por aquí y creo que tampoco eran de los que andan por el monte escondidos; que a esos, a algunos sí que los conozco. Estos no me sonaban de nada… No sé… Una cosa curiosa que me ha llamado la atención es que no llevaban fusil ni arma de ningún tipo. Muy raro me ha parecido a mí.

—A ver, deme uno de esos papeles

—Pues, no tengo ninguno, *meu capità*. No se los he *demandat, perquè*…

—¡Inútil, que eres un inútil! ¡Vienes a advertirme que han repartido octavillas y no me traes ninguna! —cortó el capitán la explicación—. ¡Eres un inútil...! ¿Y qué hablaban con la gente?

—Pues…, no sé… Como yo no estaba presente, no lo sé. Yo lo he visto de lejos.

—Podrías haberles preguntado, ¿no?

—Sí, bueno… ¡Ya...! Sí ,podría haberles preguntado; pero como suponía que vendrían ustedes a Vidángoz, pues, por no alertarlos. —Un silencio incómodo se impuso—. Yo ya tenía noticia de que estaban ustedes en Burgui y, como suponía que tendrían que venir por aquí, he preferido salir a esperarlos al camino y contárselo en persona. No quiero que sepan los del pueblo que los he visto y que piensen que se lo he contado a ustedes… Yo vivo en el pueblo, ¿sabe?

—¡Está bien, está bien...! —cortó al forestal y le ordenó al conductor—: ¡Adelante, vámonos! Ya nos lo contarán los del pueblo.

—¡Viva Franco! ¡Arriba España— !gritó el forestal echándose a un lado mientras los camiones arrancaban y reanudaban su marcha.

—¡Acuérdese de que yo los he ayudado, mi capitán…! ¡Yo siempre…! —su súplica se perdió entre el rugir de los motores cuando se alejaban.

Los camiones llegaron a Vidángoz por el sur y pararon ante las primeras casas. Los soldados, nerviosos, esperaban órdenes sin descender de los vehículos.

El capitán se apeó del suyo. También el cabo de la Guardia Civil, el teniente y el sargento, que venían en los otros camiones.

—¡Teniente, venga usted para acá…, y usted también, sargento!

El teniente Benito y el sargento se cuadraron ante él.

—¡A sus órdenes, mi capitán!

—¡Hagan una batida por todo el pueblo y tráiganme de inmediato a todo hombre que encuentren que tenga edad de afeitarse! Buscamos a todo el que pueda hacer uso de un arma… Quiero a todos controlados. Hay que averiguar quiénes son esos maquis que han estado por aquí y quién puede ayudarlos. Y usted, cabo —dijo dirigiéndose al guardia civil—, busque a algunos de los que hayan hablado con esos rojos hijos de puta y me los trae. Consiga alguno de esos papeles que les han entregado. A ver qué es lo que ponen.

Los tres se dispusieron a cumplir las órdenes.

Un pelotón de cinco o seis soldados y el sargento se perdieron por las calles del pueblo. Aproximadamente media hora después, estaban de regreso conduciendo un grupo de ocho hombres, a los que dispusieron enfilados junto a uno de los camiones.

—Estos son los hombres que hemos encontrado por el pueblo según nos ordenó usted, mi capitán —dijo el sargento.

—Tú, ¿cuántos años tienes, chaval? —le preguntó el capitán al que parecía más joven.

—Quince… —contestó temeroso.

—Anda, márchate con tu mamá. —El chico salió corriendo—. ¡He dicho hombres, sargento— !le recriminó—. ¿Y este abuelo?

—Nos dicen que los hombres no están ahora por el pueblo… No sé… —se excusó el sargento—. Algunos están con los animales, y otros… por el monte en otras faenas.

—Está bien. Que no se muevan de ahí.

Poco tiempo después, llegó el cabo de la Guardia Civil que, junto a otro guardia, traía a dos hombres.

—Mi capitán, este es uno que dice haber hablado con los guerrilleros y el otro es el alcalde —dijo el cabo de la Guardia Civil empujando a los hombres que conducían.

—Este ha dicho que… —empezó hablando atropelladamente el alcalde en cuanto llegó, señalando al paisano que venía asustado junto a ellos.

—¿Usted quién es? —lo cortó de forma imperativa el capitán dirigiéndose al que hablaba.

—Soy Justino Martínez, el alcalde de Vidángoz, nombrado por el generalísimo Franco y por la gracia de Dios. Arriba España. A sus órdenes.

—¡Vale, vale…! Usted ahora ¡a callar! ¿Entendido? —exigió el capitán. —El alcalde, amedrentado, bajó la mirada hacia el suelo—. A ver, tú… —dijo dirigiéndose al otro—. Cuéntanos qué fue lo que te dijeron los rojos y a qué han venido al pueblo.

El hombre, temblando, sin mediar palabra, echó mano al bolsillo de su raída chaqueta y sacó un doblado papel que le entregó al capitán mientras decía:

—Me dieron este papel, señor capitán. ¡No sé ni siquiera lo que pone! —Quiso hacer patente su inocencia—. No he querido leerlo. Decían que eran amigos, pero…

—¡Ya, ya, claro! ¡A ver! —dijo el capitán arrebatándole de un tirón el papel de las manos.

El alcalde estaba nervioso. Se frotaba las manos y repasaba con la mirada las caras de los militares. Temeroso por la situación y queriendo parecer útil, pretendía ampliar información y no pudo contenerse.

—Decían que eran muchos y que habían venido a hacer no sé qué con la República y que iban a echar a Franco para fuera y… —intervino el alcalde.

—¡Usted a callar! —saltó enérgico el capitán.

—Sí, mi capitán —respondió tímidamente el alcalde, en voz baja y sorprendido.

El capitán Estévez leyó detenidamente el panfleto. Los demás lo miraban en silencio sin perder detalle de sus expresiones y esperando sus reacciones. No movió ni un músculo. Terminó de leerlo y furioso lo rompió.

—¡*Jos* de puta…! ¿Hay más de estos papeles? —preguntó.

—Han sujetado con clavos o chinchetas unos cuantos de esos papeles en algunas puertas: la del Ayuntamiento, la de la iglesia y las de otras casas —intervino otra vez el alcalde asustado—, pero ya he ordenado que los quiten. La gente no ha tenido tiempo de leerlos.

—Bien —volvió a ordenar el capitán al alcalde y, mirándolo, preguntó—. ¿Y dónde están esos papeles?

—Los he quemado, para que no anduviesen por ahí…

—¡Otro inútil...! ¡Esas son pruebas! —contestó airado el capitán—. Mande usted pregonar por el pueblo que todo al que le hayan dado un papel de esos tiene la obligación de entregárselo, por propia voluntad, a los guardias o a los militares…; ¡y de inmediato! Antes de que se los encontremos nosotros. Desobedecer esta orden es un delito de traición y, si encontramos a alguien con alguno de esos papeles, serán acusados de colaborar con los enemigos del Estado… Y ya saben cómo nos las gastamos: serán conducidos a la pared del cementerio y pasados por las armas. Es la ley. ¿Y esos que le dieron el papel eran muchos? —volvió a dirigirse el capitán al que había hablado con los guerrilleros.

—Yo solo he visto a dos, pero seguro que eran más repartidos por todo el pueblo, pero no parecían soldados. No llevaban ningún arma ni fusil ni pistola ni nada. Decían que no venían a luchar, sino a convencer.

—¿Y dónde están ahora? ¿Los has visto?

—No, mi capitán. Llegaron, colocaron alguno de estos papeles por la iglesia y por donde pudieron, hablaron con algún vecino, no sé con quién, y después se marcharon a toda prisa… Yo creo que los han debido de avisar de que ustedes venían para acá y se han marchado.

—¿Cómo llegaron? —preguntó sin dirigirse a nadie en concreto.

—Dicen que vieron una camioneta que aparcaron en la explanada de la casona de arriba, así que lo más lógico es que entraran por la carretera que viene por el norte, por la nueva que viene desde Roncal.

—La que han hecho los presos rojos que mandó su excelencia el generalísimo, ¿no? —concretó el capitán.

—Sí, esa —contestó el alcalde.

—¡Teniente! —lo llamó enérgicamente—. Forme un pelotón que les pregunte a todas las personas que se encuentren por el pueblo. También a las mujeres. Hay que saber con quién han contactado y qué les han dicho. Si dan con los que han hablado con alguno de ellos y les encuentran alguno de los panfletos, los traen para acá para interrogarlos. También hay que controlar a

los maquis que hay por aquí o a los que puedan estar en contacto con ellos. Emplead cualquier método para convencerlos. Necesitamos saberlo todo… Sin miramientos, ¿entendido?

—Sí, mi capitán, a la orden —contestó solícito el teniente.

—Usted, señor alcalde, será responsable del comportamiento de la gente de aquí… ¿Ha entendido? —le dijo amenazante al alcalde, que temblaba asustado.

—¿Qué hacemos con los hombres que hemos detenido antes, mi capitán? —preguntó el teniente.

—Cachéenlos, miren si tienen alguno de esos papeles y suéltenlos. Retengan solo a quienes les parezcan sospechoso y me los traen. Los demás, suban a los camiones y sigan hasta el otro lado del pueblo. Si viene el enemigo, que vendrá, será por ahí —ordenó—. Usted, teniente, por ahora se hará cargo de la unidad. Que se apeen y tomen posiciones un poco más arriba, por encima del cruce de la carretera. Ocúltense para que no los vean y esperen órdenes. Llegarán seguramente en una camioneta, la misma con la que han estado antes por aquí. No creo que sean muchos. Si los ven llegar, no les den el alto; no hagan nada. Déjenlos entrar en el pueblo. Que se confíen. No disparen…, por ahora. Ya caerán. Cuando yo dé la orden, que no quede ni uno vivo. —El teniente asentía una y otra vez con la cabeza—. Usted, sargento, irá con ellos, pero antes elija a dos hombres y envíelos de enlace por la carretera que va a Igal. Es la que sale de aquí hacia el oeste y que llega al río Salazar. Se encontrarán más adelante con una sección de la Policía Armada que estará por esa zona. Los informarán de nuestra presencia en Vidángoz y de que tenemos orden de acabar con la incursión de guerrilleros republicanos que han entrado desde Francia y que están por aquí. Estarán repartidos en varios grupos, Deben de andar por la zona norte de sierra al norte de Vidángoz. Por ahí debe de haber muchos lugares donde se pueden esconder y refugiar. Solicitamos su adhesión a la operación para dar un golpe contundente y definitivo a la subversión. Necesitamos acabar con esto de inmediato.

Se hizo como el capitán había ordenado. Dos hombres partieron en dirección a Igal al encuentro de los de la Policía Armada. Los demás, después de apearse de los camiones, que aparcaron en una pequeña explanada a la salida del pueblo, subieron andando para para situarse estratégicamente al norte, próximos al cruce de carreteras.

12

En Isaba, los guerrilleros estaban inquietos. La indecisión que percibían por parte de sus superiores les producía inseguridad. Pensaban que no había un plan bien meditado. Ya eran muchas horas parados en ese pueblo y sentían que estaban solos y descoordinados. Las noticias recibidas tampoco los favorecían.

—¡Teniente, teniente, ya vienen los de Vidángoz! ¡La camioneta ya está aquí de vuelta! —gritó el vigía.

Efectivamente, la camioneta se detuvo y de ella bajaron apresuradamente los cinco viajeros. El sargento Dionisio acudió rápidamente a darle el informe al teniente, que esperaba ansioso por recibir noticias.

—¿Cómo ha ido? ¿Alguna novedad? ¿Os han visto? —preguntó.

—¡Claro que nos han visto! Si no, ¿cómo íbamos a entregar los pasquines?

—Bueno, ya, sí, claro… Quiero decir si ha habido algún incidente que destacar.

—No, mi teniente. Llegamos, hablamos con algunos vecinos del pueblo que nos encontramos por las calles, repartimos los panfletos que llevábamos, clavamos pasquines en algunas puertas: en la del ayuntamiento, en la iglesia y en algunas otras que nos ha parecido bien.

—¿Y cómo han reaccionado los del pueblo? —preguntó esperanzado el teniente.

—¡Ni fu ni fa…! —respondió el sargento—. No decían nada. La gente de por aquí tiene mucho miedo. Alguno se ha llevado el papel, pero otros no han querido ni cogerlo.

—¿Y lo de decirles que hemos venido a hacer que las cosas cambien y vivan mejor se lo habéis dicho?

—¡Toma, pues claro!

—¿Y qué han dicho?

—Nada, no han dicho nada. A mí me ha parecido que a alguno le cambiaba la expresión, como diciéndose: ¡»A ver si es verdad!«. Pero están *acojonaos*. Lo han pasado muy mal y parece que les están dando por los dos carrillos: por

uno, la Guardia Civil, que anda por allí con frecuencia haciendo preguntas y sin dejarlos vivir; y por otro, los maquis que están en el monte, a los que también tienen miedo. A veces bajan a buscar comida al pueblo y, si no se la dan, se la quitan y ya está… Vamos, un sinvivir.

—¿Y por qué habéis vuelto tan pronto? —preguntó el teniente—. No han pasado ni tres horas.

—¡Hemos tenido que salir echando leches de allí! —contestó el sargento—. Un chico, al que parece que le hemos caído bien, vino corriendo a avisarnos y nos dijo que estaban llegando tres camiones llenos de soldados por la carretera de Burgui.

El teniente se manifestó contrariado.

—¡*Cagüenlá*…! Entonces hay que cambiar los planes —dijo analizando la situación—. Ya no podemos entrar en el pueblo pidiendo el apoyo de la gente, como había pensado. Ahora tendremos que tomarlo… ¿Y cuántos dices que son los soldados?

—Pues no sé… —contestó el sargento—. Pero si han llegado tres camiones, a veinte por camión, que es lo normal, pues sesenta, más o menos. Una compañía completa.

El teniente Bonilla se quedó pensando. Volvió a extender el mapa de la zona y, mirándolo detenidamente, le comentó al sargento en voz alta:

—Vamos a ver… —reflexionó—. Si yo fuese el comandante de esa tropa que nos espera, sabiendo, como ya sabrán, que estamos en Isaba y teniendo en cuenta que, desde este pueblo, el acceso más corto para llegar a Vidángoz es la nueva carretera que sale de Roncal, yo esperaría al enemigo en el cruce que hay un poco más arriba del pueblo, donde se juntan los dos caminos. Uno el que llega desde Roncal por el este, y el otro el que llaman Cañada de los Roncaleses, que entra al pueblo por el norte. Yo tomaría posiciones por aquí —dijo golpeando con el dedo índice el mapa, que mantenía abierto, señalando el lugar que describía—. Donde está esta ermita, que, según dice aquí, se llama de San Sebastián. Ese es un buen lugar. Está en una posición elevada. Desde ahí controlaría los dos accesos y tendría cubierta la entrada al pueblo por el norte y noreste.

—Y nosotros ¿qué estrategia seguiremos, mi teniente? —preguntó el sargento.

El teniente se concentró de nuevo en el mapa estudiando la situación.

—No sé… —dijo el teniente—. Lo lógico es que, desde aquí, desde Isaba, bajemos hasta Roncal y allí tomemos con la camioneta la tortuosa carretera nueva que llega hasta Vidángoz. Entraríamos al pueblo por el noreste. Eso es lo que seguramente estará pensando el comandante enemigo. —El sargento miraba alternamente a su teniente y al mapa, sin interrumpir—. Otro movimiento podría ser apartarnos de la carretera a la altura de Urzainqui para acceder a pie hasta la Cañada de los Roncaleses y, después, bajar a lo largo del río Binies —dijo sin convencimiento—, pero sería una buena paliza, porque todo el acceso tendríamos que hacerlo andando. Unos 12 kilómetros por sendas estrechas y malos caminos… Y, además, si vamos por ahí tampoco los sorprenderemos. También nos estarían esperando —hizo otra pausa—. Bueno, de cualquier forma, es difícil que el factor sorpresa nos ayude… El problema es, como he dicho antes, que no tenemos fuerzas suficientes para enfrentarnos a un batallón numeroso. Somos pocos.

Los dos, teniente y sargento, se quedaron sopesando la situación. Callados. Sin levantar la mirada del mapa extendido.

Cerca, respetando la intimidad que había entre los dos mandos del grupo, que buscaban la estrategia para entrar en Vidángoz, Gabino había oído parte de la conversación. Entendía la situación. Algo se le ocurrió y se decidió a sugerirlo.

—¿Me permite hablar, mi teniente? —preguntó interrumpiendo la concentración de sus jefes.

—¡A ver, soldado…! —dijo el teniente algo airado, sopesando si lo que se le pudiese ocurrir a un soldado fuese de interés—. ¡Diga lo que sea!

—Mi teniente, sabemos que algo más al norte de Vidángoz, por la zona que llaman Azaltegia, están dispersos muchos de los nuestros… —intervino Gabino—. Algunos de los que han entrado desde Francia, no se sabe cuántos, y también los maquis que capitanea ese tal Chispita.

—¡Muy bien! ¿Y qué?

—Si usted lo ordena, podríamos llegar hasta allí, a donde están, y ponernos de acuerdo con ellos para agrupar fuerzas y presentar batalla —se atrevió a decir Gabino—. Antes de que el ejército franquista envíe más hombres.

—Sí, tal vez… Podría ser una solución —observó el teniente—. No sabemos cuántos serán, pero está claro que nosotros solos no podemos hacer nada. No somos suficientes y, además, el enemigo tendrá mejor armamento que nosotros. Puede que incluso armas pesadas.

—Por eso sugiero, mi teniente, un ataque coordinado con los que ahora están al norte del pueblo. Que ellos lo hagan por su flanco norte y, al mismo tiempo, nosotros lo haríamos por el sur —propuso Gabino—. Si están por los alrededores de la ermita de San Sebastián, como suponemos, los cogeremos entre dos fuegos.

—¿Y cómo haremos para contactar con ellos y coordinar la operación? —preguntó el sargento mirando a su teniente y al soldado que planteaba el ataque—. No tenemos radio. Tampoco sabemos cuántos son y ni siquiera si les parecerá bien el plan, mi teniente.

—Pues no hay muchas alternativas, sargento —contestó el teniente pensando en lo que su soldado le había sugerido.

—Si usted lo ordena —interrumpió Gabino—, mi compañero Ramón y yo, que conocemos el camino, ya que fue por el que llegamos hasta aquí, podemos ir en su búsqueda. Esa zona, la Azaltegia, es muy amplia, pero por lo que he visto en el mapa debe de estar, más o menos ,por el lugar donde nosotros nos apartamos de la cañada de ganado. Cuando lleguemos allí, nos verán y seguro que nos saldrán al paso. Denos usted instrucciones de lo que haya que transmitir y nosotros lo haremos.

—Está bien —dijo convencido el teniente Bonilla—. Acérquense los dos. —Gabino y Ramón, definitivamente, se integraron al grupo—. Vamos a ver… —dijo el teniente mostrándoles el mapa—. La carretera que llega a Vidángoz desde Roncal es tortuosa. Viene por la cresta de estas dos formaciones elevadas y atraviesa dos barrancos, ¿veis? En el segundo barranco, abajo, en lo más profundo, donde no podrán divisarnos, hay una curva muy pronunciada. Ahí nosotros nos podemos bajar de la camioneta, seguir el barranco y entrar en el pueblo a pie, por el este. No hay mucha distancia. Si nos apeamos en ese punto y el enemigo no se da cuenta de nuestra estrategia, no nos verán y podemos sorprenderlos… Claro, eso si están todos por arriba y no han dejado un retén en el pueblo que nos esté esperando por otro sitio. Una vez nos apeemos, la camioneta vacía seguirá por la carretera y se detendrá en lo alto de la loma, donde, desde lejos, puedan verla los que estén vigilando nuestra llegada… Será el señuelo. Tienen que pensar que nos hemos parado antes de llegar al pueblo, para analizar la situación y estudiar cómo atacaremos. Ellos estarán al acecho esperándonos.

—No es mal plan —dijo el sargento rascándose la mejilla mientras pensaba —. Está bien, mi teniente, pero el enemigo nos estará observando con

prismáticos atentos a todos nuestros movimientos. ¿No cree usted que cuando vean que la camioneta se para y que está vacía sospecharán algo?

—Es cierto —contestó el teniente meditando la situación—. No pueden darse cuenta de que hemos dejado la camioneta. Coja usted a algunos hombres y construyan unos espantapájaros con ropa vieja de civiles que puedan requisar por el pueblo. Que el camión circule con el toldo puesto y, en la parte de atrás, para que en la distancia parezcan hombres armados, sitúen a los muñecos con palos entre ellos como si fueran de fusiles. Ellos pensarán que vamos en la camioneta, pero nosotros nos habremos bajado en la curva del barranco anterior y la camioneta continuará hasta coronar la loma. Ahí se parará para que la vean. Se confundirán.

«Tenemos que estar bien coordinados con los maquis. El enemigo se enfrentará a los que los atacan por el norte, por el camino de los Roncaleses. Si entran al trapo, antes de que reaccionen, al mismo tiempo que los maquis los atacan por el norte, nosotros lo haremos por el sur. Los sorprenderemos antes del cruce saliendo desde el pueblo. Ahí es donde creo yo que nos estarán esperando. Los maquis tendrán que hacerlo con mucho ruido para ser el centro de su atención y que así no reparen en nosotros, que los atacaremos por el sur, pero somos menos. Dividiremos sus fuerzas. Puede salir bien.

—Soldado, ¿cómo se llama usted— ?preguntó el teniente Bonilla.

—Gabino, mi teniente. A sus órdenes.

—Usted es el maestro, ¿no?

—Sí, mi teniente, soy maestro, y este es mi compañero Ramón, que…

—¡Sí, ya, ya…! ¡Ya sé que son como uña y carne! —lo cortó el teniente—. Ahora escúchenme bien los dos. Ya que se han ofrecido porque conocen la zona, irán ustedes a encontrarse con los maquis. La coordinación es crucial en esta operación. Tienen ustedes que trasmitir la orden para que sigan el plan al pie de la letra y que después no haya fallos. No se la puedo dar escrita por si los cogiesen. Apréndansela.

—A la orden, mi teniente —contestaron los dos al unísono.

—Partirán ustedes ahora mismo por el camino que ya conocen y deben de encontrarse con los nuestros antes de que sea de noche. Tienen tres o cuatro horas de camino. Quien esté al mando allí, el Chispita ese, o quien sea, tendrá que coordinar grupos para ponerse en marcha a tiempo y atacar mañana al atardecer, ¿han oído¡ ?Mañana al atardecer! —redundó mirándolos a los ojos, primero a uno y luego al otro—. El sol estará bajo por el oeste y nos será más

fácil ocultar la marcha. Bajarán por el camino que sigue el cauce del río Biniés, y deben tener en cuenta que, cuando vean la ermita, tienen que tomar precauciones. Se supone que los estarán esperando. Si disponen de un par de buenos observadores, será conveniente que los envíe de avanzada sin delatarse para asegurar que el enemigo está apostado allí y que no nos estamos equivocando. El ataque debe iniciarse a las 18 horas en punto, ¿entendido? ¡A las 18:00 !Y tienen que armar un buen jaleo que llame su atención para que deduzcan que son muchos los que los atacan por el norte, pero que no se muevan del sitio de momento, que no intenten tomar el cerro de la ermita. Solo que los asusten, pero ocultos y sin avanzar ni enfrentarse. Que armen un buen jaleo. Nosotros, cuando oigamos el follón, a las 18 y poco, los sorprenderemos por su espalda y atacaremos por el sur que, suponemos, estará más desprotegido. Será en ese momento cuando nos oigan atacar a nosotros, cuando los del Chispita deberán iniciar el ataque con todo lo que tengan.

—¡Muy bien, mi teniente! —contestaron Gabino y Ramón—. Así lo transmitiremos. No sabemos cómo ponernos en contacto con usted si surgiese algún impedimento.

—No os preocupéis… Si algo pasara que no nos permitiese actuar como tenemos previsto, los del norte no atacarían y emprenderían vuelta a su campamento. Sabríamos nosotros que la operación habría fracasado. El lío sería entonces volver o escondernos… Esperemos que eso no suceda.

—¿Y cómo encontraremos nosotros a los nuestros? —observó Gabino—. Estarán bien escondidos.

—Sí, claro. Pónganse ustedes en el brazo izquierdo estos brazaletes rojos— les indicó ofreciéndoles sendos pañuelos, que previamente sacó de su mochila —. Es una señal que tenemos convenida para que mensajeros y enlaces sean identificados. Ellos saldrán a su encuentro por el camino.

13

Gabino y Ramón, inmediatamente, se pusieron en marcha.

Transitaban por una estrecha senda a lo largo de uno de los barrancos que terminaba en el cauce del río Biniés. No seguían un camino bien definido, pero sabían que, marchando hacia el oeste, se internarían en la zona donde se encontraban los maquis. Por el tiempo que llevaban andando, suponían que estarían ya cerca del río. Escrutaban su entorno buscando alguna señal de la presencia de los guerrilleros que andaban buscando. De pronto, oyeron una piedra rodar y precipitarse desde la inclinada pendiente que se levantaba a su derecha. El sobresalto los hizo ocultarse y protegerse entre unos pinos.

—¡Alto! —oyeron de inmediato—. ¡Salid al camino, dejad las armas en el suelo y levantad los brazos!

Ramón y Gabino se miraron sorprendidos.

—¡Somos republicanos! ¡De los vuestros! —dijo Ramón en voz alta aún escondido tras un tronco—. ¡No tiréis! ¡Venimos a vuestro encuentro por orden de nuestro jefe!

—¡Salid os he dicho! —gritó la anónima voz.

Ramón dejó su arma en el suelo a la vista de quien pudiese estar acechándolos y salió, con los brazos en alto, de detrás del troco del árbol donde se ocultaba.

—¡Vamos, vamos, el otro también! —insistió el maqui.

Gabino hizo lo propio saliendo de su escondrijo.

—¿Sois solamente dos? —preguntó de nuevo la voz de alguien que aún no daba la cara.

—¡Sí! Nos envía el teniente Bonilla, que manda una sección de los que entramos el día tres desde Francia y que estamos en Isaba. Tenemos orden de presentarnos a quien sea que comande a los patriotas republicanos que haya por esta zona.

—¡Aquí no nos comanda nadie de fuera! Nuestro jefe es Miguel, el Chispita.

—Pues a ese es al que tenemos que presentarnos y transmitirle una orden.

—¿Orden? Ya os he dicho que a nosotros nadie nos ordena nada.

De la inclinada ladera a su derecha salieron al camino dos hombres armados.

Plantado ante los dos amigos desarmados, un hombre de mediana edad, tocado de una chapela de las que se estilan en el país vasco, se situó frente a ellos. De rasgos duros, tez curtida y mirada escudriñadora, los apuntaba con un subfusil Sten. El otro hombre, más joven, pero más corpulento, se colocó situado a su altura abierto de piernas con un Mauser entre las manos, pero sin apuntarlos. No tenía actitud amenazante. Miraba a un lado y a otro del camino, dudoso de la veracidad de lo que contaban los intrusos. Otros tres hombres armados bajaron trotando entre las peñas, llegaron al rellano del camino y, con sus armas empuñadas, se quedaron cerca, expectantes de la situación.

—Os hemos identificado por esos trapos rojos que lleváis atados en el brazo —dijo el que parecía mandar—. Si no llega a ser por eso, ya estaríais muertos. ¿Qué queréis?

—Traemos un mensaje de nuestro jefe para dárselo a quien sea el que mande aquí.

—¡Julio, recoge las armas de estos dos! Y mira si llevan pistolas o machetes o lo que sea… —le ordenó el que mandaba a uno de los suyos—. Y vosotros, seguidnos.

Caminaron durante unos minutos por un estrecho sendero que subía a una loma serpenteando entre acebos y carrascales. Al coronar la cuesta, en un claro, algo más lejos, divisaron unas rústicas edificaciones. Habían llegado al escondido campamento de los maquis. De detrás de unas peñas surgieron otros dos maquis, también armados, que, al divisarlos, lanzaron un silbido. Un perro, atado a un enebro, alertó de la llegada de extraños. Siguieron avanzando por la senda, y unos diez o quince metros antes de llegar a una de las cabañas, la que parecía más grande, el que mandaba en el grupo levantó el brazo y detuvo la comitiva.

—¡Alto! —ordenó.

Todos se detuvieron inmediatamente. En la puerta de la muga apareció un hombre más bien enjuto que, con mirada penetrante, los observaba sin decir nada. Parecía como si nadie fuese a romper el silencio para iniciar la explicación del improvisado encuentro.

—Los hemos sorprendido en el camino —dijo el maqui dirigiéndose al hombre, que permanecía apoyado en el quicio de la puerta con los pulgares

colgados del cinturón—. Dicen que vienen buscándonos…, que traen no sé qué mensaje para ti.

—¿Mensaje? ¿De quién? —preguntó el que los observaba, que parecía ser el jefe.

—¿Tú eres el Chispita? —preguntó Ramón sin dar tiempo a la aclaración.

—Sí, para los amigos… Soy el comandante Miguel Sanz Clemente. Me llaman Chispita… ¿Qué tenéis que decirme?

—Pertenecemos a una unidad de la AGE, Agrupación Guerrillera Española, y entramos hace dos días desde Francia y que por ahora estamos en Isaba. El teniente Bonilla, que es quien nos manda, tiene orden de tomar Vidángoz.

—¿Tomar Vidángoz...? Ja, ja, ja. —Los presentes corearon sus risas—. ¡Silencio— !ordenó.

Todos callaron. Chispita se los quedó mirando en silencio. Parecía estar meditando sobre esa información. Estaba al tanto de la presencia, en Isaba y en otras localidades, de guerrilleros llegados desde Francia, pero desconocía sus objetivos.

—Nosotros solos no somos suficientes —explicó Gabino—. Nos envían a contactar con vosotros y a solicitar vuestra colaboración.

—Vaya, hombre… Con que nuestra colaboración, ¿eh...? Sí, ya sabíamos que unos cuantos locos habían entrado por diferentes pasos de la frontera, aunque no sé para qué ni qué pretenden… Así que vosotros sois de esos, ¿no...? Muy bien. Vamos, venid para acá —les dijo apartando la cortina de arpillera de la puerta y haciéndose a un lado para que entrasen mientras la sujetaba.

Gabino y Ramón lo siguieron por la angosta puerta. Viniendo de la luz, la oscuridad los cegaba. Nada verían del interior hasta que se habituasen a ella.

Era una estancia amplia de techo bajo soportado por troncos, sin más aberturas visibles que la puerta de entrada, de la que colgaba una remendada cortina confeccionada con sacos viejos. Al fondo se apreciaba un ventanuco con una descolgada contraventana de raída madera, que, como no encajaba, dejaba entrar algo de luz por la ranura. Del techo pendía un quinqué de aceite ahora apagado. A su izquierda les pareció ver dos camastros de rústica y artesanal fabricación. Un olor difícil de identificar impregnaba la estancia. Después supieron que se trataba de las pieles de los animales que cazaban para comer y que curtían. El suelo de tierra bien prensada aún mantenía incrustados, e incluso pulidos, los excrementos de los animales que antaño

debió de cobijar el lugar. Dos hombres ocultos en la penumbra los observaban, aunque se mantenían al margen.

Chispita arrimó tres taburetes y los invitó a sentarse alrededor de una mesa baja situada en el centro del espacio. Puso sobre la mesa tres vasos de grueso vidrio y sirvió vino mientras iniciaba la conversación.

—Tomar Vidángoz, tomar Vidángoz… ¿Esa es la orden que tiene vuestro jefe? ¡Claro, como si fuese fácil! —repitió Chispita—. Es como la lucha de David contra Goliat. Es evidente que, si lo lográsemos, dominaríamos desde el valle de Salazar hasta el de Roncal, pero ¿para qué?, ¿qué ganaríamos con eso?

—Entre Vidángoz y Roncal está la zona donde nos concentraremos todos los que hemos entrado en España por diferentes pasos fronterizos, para acabar con la dictadura de Franco —explicó Ramón—. Seremos muchos. Después no sé cómo continuará la Operación Reconquista, que así se llama, pero tenemos que reagruparnos allí. Por eso hay que despejar esa zona.

—¡Ja, ja, ja! ¿Acabar con Franco? ¡Ja, ja, ja! Estáis locos —y después de una pausa, añadió—: ¿Reconquista? ¿Pero reconquista de qué? ¿De un pueblo o dos? De todas formas, aunque lo lográsemos, no entiendo cuál puede ser el objetivo de esa locura ni cómo mantendríamos la plaza después. En menos de tres días tendríamos aquí hasta la legión de Franco y caeríamos como chinches…, y no solo nosotros. Las represalias contra la población serían espantosas, aunque en nada hubiesen colaborado. Además, no tenemos nada que hacer. Es imposible. Ya es tarde para eso. Toda la zona está infestada de guardias civiles y soldados. Han venido muchos y cada día llegan más. Ayer mismo tuvimos un tiroteo con ellos por aquí cerca. Nos sorprendieron y nos causaron algunas bajas. Nos escapamos de milagro. Es muy peligroso hacerles frente. Tarde o temprano acabarán con nosotros, y ahora que vosotros habéis venido a revolver el avispero, pues peor aún.

Gabino y Ramón se quedaron callados. No sabían cómo responder al planteamiento del comandante Chispita.

—¿Y qué propone vuestro jefe, el teniente…? ¿Cómo se llama? —preguntó el comandante despertada su curiosidad.

—Bonilla, el teniente Bonilla se llama —ahora Gabino tomó la palabra—. Nuestro oficial propone y somete a su consideración un plan que se basa en sorprender al enemigo por dos frentes.

—¿Sorprender? —lo cortó Chispita—. ¡Pero si nos triplicarán o cuadruplicarán en número! Tienen la infraestructura de transportes que

necesitan para desplazarse con rapidez, armas de todo tipo… y la moral por las nubes: son los vencedores de la Guerra Civil. Nosotros no podemos plantear una acción abierta. Solamente podemos escondernos para salvar el pellejo. Lo único que podemos hacer es asustarlos, cabrearlos un poco, de vez en cuando, y salir corriendo, como siempre hacemos. Ellos por estos barrancos no se atreven a meterse y eso nos salva; si no, ya no quedaríamos ninguno de nosotros. No pueden llegar hasta aquí con sus vehículos. Tienen que venir andando por caminos difíciles y no conocen estas montañas. Si se atreven a venir, les daríamos…, y ellos lo saben. Por eso se quedan por los pueblos o por donde haya carreteras y pueden moverse con facilidad. —Ramón y Gabino no se atrevían ni a mirarlo a la cara. Lo comprendían—. A ver…, contadme. ¿Qué se le ha ocurrido a vuestro jefe? —preguntó Chispita ahora más sosegado.

—Hemos sabido que un capitán del Ejército con una compañía, que dispone de tres camiones con los que se transporta, pernoctó ayer en Burgui y hoy se ha desplazado a Vidángoz. Creemos que dan por hecho que intentaremos entrar en el pueblo. Nuestro teniente supone que su estrategia será sorprendernos a nuestra llegada por la única carretera que hay desde Roncal. Suponemos que habrá emplazado a sus hombres en una zona elevada próxima al pueblo, desde donde se controlan todas las entradas, tanto la del este, que viene desde Roncal, como la del norte, por la Cañada de los Roncaleses, que es la que atraviesa esta región de norte a sur y termina en Vidángoz.

—Y qué quiere vuestro teniente, ¿qué les presentemos batalla justo ahí, donde ellos tienen todo bajo control?

—No… La idea es que les hagamos creer que vamos a llegar por la carretera, pero lo único que aparecería por allí sería nuestra camioneta… vacía. Nosotros nos habríamos apeado antes sin ser vistos, entraríamos en el pueblo y los atacaríamos desde el sur partiendo desde el pueblo, por donde no nos esperan. Y para que la acción sea eficaz, usted y los suyos lo tendrían que hacer al mismo tiempo por el norte, llegando por el río y la cañada. Los cogeríamos entre dos fuegos.

—Eso si no ha dispuesto un retén dentro del pueblo que impediría vuestra entrada.

—Creemos que, si ha dejado un retén, estará próximo a los vehículos que hayan llevado, donde tendrán su avituallamiento y municiones —dijo Ramón

—. En lógica se habrá hecho fuerte por donde nos esperan.

—O sea, que ustedes suponen que el capitán ese es tan tonto que va a poner a sus hombres todos *juntitos*, esperando a que vayamos nosotros a saludarlos en esa *fiestita* de bienvenida que dicen que nos están preparando. Yo, si fuese él, lo primero que haría es enterarme bien de cuáles son las intenciones de mi enemigo. Ellos saben que muchos de nosotros estamos por aquí, por esta zona intrincada que se llama Azaltequía, y que en cualquier momento nos puede dar por hacerles una visita. Podría ser también que reciban ayuda de otras unidades del Ejército o de la Policía Armada, que ya sabemos que andan por la zona, y entrarían también por el sur. Ni ustedes ni nosotros tendríamos nada que hacer… Y veo que se olvidan también de la Guardia Civil…, que muchas veces actúan como nosotros: escondidos. Y si no es para enfrentarse, sí lo es para tenernos controlados y saber cuándo y hacia dónde nos movemos.

—Bueno, comandante, no nos considere usted tan tontos. Si los sorprendemos, podemos causarles algunas bajas y después escabullirnos. Ustedes, que son más, cuando ellos se estén defendiéndose de nuestro ataque sorpresa y se lancen a buscarnos, les dan por la retaguardia. Hasta que no los ataquemos nosotros y nos oigan, ustedes no harían nada. Tenemos que hacerlo al mismo tiempo. Mañana a la 6 de la tarde. La noche, después, favorecerá nuestra huida. No se trata de presentar batalla y ganarla; lo que queremos es que se larguen y no se establezcan en Vidángoz.

—¿Y cuántos son ustedes?; los de Isaba, digo…, los que quieren zurrar a la compañía esa del Ejército.

—Veintiuno —contestó Gabino—. Bueno, diecinueve ahora, porque nosotros dos para venir a encontrarlos nos hemos separado del grupo.

—¡Ja, ja, ja! —rio el Chispita. Sus acólitos, que hasta ahora habían permanecido en silencio, lo imitaron—. ¡Ja, ja, ja…! ¡Pues menudo ejército para acabar con un regimiento bien pertrechado! ¡Ja, ja, ja! —Chispita, de pronto, interrumpió las carcajadas. Levantó la mano y todos callaron. Se los quedó mirando y después de un breve silencio, decidió—: Está bien; lo haremos. Un poco de jaleo y después de los fuegos artificiales, antes de que les dé tiempo a reaccionar, nos volvemos a casa. Ya veremos después qué hacen.

Gabino y Ramón se marcharon del encuentro, un poco apesadumbrados.

—No sé… Me ha parecido una decisión muy ambigua —manifestó Gabino.

—Es listo ese Chispita —dijo Ramón—. Se nota que está hecho a la guerrilla. Seguramente haya estado también con la resistencia francesa. Se las

sabe todas. Seguro que algo hará para joderlos…, ya lo verás. A nosotros no nos cuenta lo que piensa hacer ni su estrategia, solamente nos dice que sí, que podemos contar con él. Démosle un voto de confianza.

—No sé… Se puede armar una buena —dijo Gabino preocupado—. Ya veremos cómo salimos de esta.

—Tú ya sabes, siempre a mi lado, ¿de acuerdo? Cuando empiece el follón, tú el primero nunca. No te pongas al lado del Chispita ni de ninguno de sus *jefecillos*… ¡A mi lado! ¿Entendido?

—No soy un cobarde, Ramón.

—Lo importante no es no serlo, lo importante es no parecerlo. Recuerda: tu misión es otra. Tu hijo te está esperando. No te olvides.

Tras las órdenes oportunas, la actividad en el campamento pareció renacer. Antes de la entrevista con Chispita no parecía que hubiese en el entorno más de seis u ocho guerrilleros, pero ahora, al salir de la borda, aquello era un hervidero. Los hombres iban y venían. Un grupo de cinco maquis armados, que portaban una manta enrollada colgada en bandolera, salían por un camino hacia el suroeste. Dedujeron que eran enviados en destacamento y observación. Había que pasar la noche en el lugar, la acción estaba prevista para el día siguiente a las seis.

—¡Vosotros, venid para acá !Seguidme —los llamó un hombre armado con un subfusil naranjero.

Lo siguieron hasta otra rústica edificación de poca altura construida de piedras superpuestas y techada de ramas de algún arbusto de la zona. Al aproximarse, dos hombres que estaban en la puerta se levantaron de las piedras donde se sentaban e, instintivamente, cogieron sus fusiles, que se encontraban apoyados en la pared.

—Aquí pasaréis la noche —dijo el que los acompañaba—. Estos son Tomás y Raúl. El jefe les ha encomendado que os atiendan como merecéis —dicho esto, ya se marchaba y, volviéndose, dijo—: Bueno, más que os atiendan…, que os vigilen. No nos fiamos de nadie.

14

Aún no había amanecido en Vidángoz. La frenética actividad, que siempre se iniciaba con el primer canto del gallo, hoy parecía que no se producía con el ritmo de otros días. Los cencerros de las vacas, que a esas horas solían sonar pausadamente movidos por el cansino caminar de los animales, hoy lo hacían con prisa, y el »tolón, tolón« marcaba el ritmo acelerado que el vaquero les imponía.

—¡Vamos, vamos, deprisa! ¡Ale, ale…! —animaba el gañán.

A lo lejos se oían voces imprecisas, pero no saludando el día con el son de una jota navarra, como era frecuente, sino con sonidos nuevos que no eran los habituales. Gritos ininteligibles que alarmaban a los habitantes del pueblo. Hoy no era un día como los demás.

El capitán Estévez ordenó que una parte de sus soldados pernoctase en la explanada donde estaban aparcados los camiones a las afueras del norte del pueblo. El resto lo hicieron en las cercanías de la ermita de San Esteban. La orden era no disgregarse. Temían el ataque sorpresa que pudiese darse por la noche, y había que prevenirlo. Se ordenó montar guardia en diferentes puntos para alertar lo más rápido posible. El capitán, por su rango, también hoy, como en días anteriores, había sido alojado en la casa del alcalde. El ritmo habitual del tranquilo lugar se había roto.

—¡Toc, toc, toc! —La aldaba de la puerta de Justino, el alcalde, terminó de despertar a los moradores de la casa.

—¡Vaaaaa…!

—¡Rápido! —alguien voceó desde el exterior—. Necesito hablar con el capitán Estévez… ¡Es urgente!

La señora de la casa se apresuró en abrir, y un soldado, alarmado, irrumpió en el portal. El capitán Estévez, que lo había oído, en camisa y sujetándose los correajes, salió de su habitación, que estaba en la planta baja, próxima a la puerta de entrada.

—¿Qué pasa? —preguntó alarmado.

—En la ventana de la casa Diego han colgado una camisa con una manga anudada y, como usted advirtió, es la señal de…

—Sí, sí… ¿Tenía anudada una sola manga o las dos?

—Estoooo… Creo que una sola… Sí, sí, eso es. ¡Una sola!

—Eso significa que nuestro contacto quiere hablar conmigo, tiene algo que decirnos. ¡Vamos para allá! Si fuesen las dos, querría decir que hay un peligro inminente.

A no muchos metros entraron en otra casa y pasaron al fondo, hasta un patio donde había una puerta de carros que daba a la calle por la parte de atrás. Estaba entornada de forma que permitía hablar y escuchar, pero sin ver a los interlocutores.

—¡Arriba España! ¡Arriba España...! Soy… —gritó alguien con voz nerviosa.

—Sí, sí, ya sé quién eres —anticipó el capitán al reconocer la voz de su confidente—. Dime… ¿Qué sabes?

—Ayer llegaron al campamento del Chispita dos individuos y hablaron con él.

—¿Y de qué hablaron?

—Pues no conozco los detalles…, pero según alguien que los escuchó, aunque no supo precisar, planean un ataque en Vidángoz hoy a última hora de la tarde. Sería a las seis, le pareció escuchar. Dijeron que lo harían por dos frentes. Uno por arriba, por el norte, y otro por abajo. No sé desde dónde. No se enteró de nada más.

—¡Ya! Considerábamos que estábamos amenazados por el norte, por los que pudiesen llegar por la Cañada Real de los Roncaleses. También podría ser que llegasen desde Roncal por la carretera nueva, pero… ¿Por abajo? ¿Por el sur? Eso es raro.

—Yo no sé más ,mi capitán.

—¡Vale, vale, lárgate ya !Que pueden echarte de menos y sospechar.

—No… Yo, como otros días, he venido al pueblo para coger del horno unas hogazas de pan.

—O sea, ¿que el panadero os da pan...? Ya hablaré yo con él.

—Noooo, mi capitán. No haga usted nada, no me deje usted sin la excusa para bajar al pueblo. El pan algunas veces se lo pagamos. Él se calla, porque sabe que, si no nos lo da, se lo vamos a quitar de todas maneras…, y no de muy buenas formas, precisamente.

—¡Está bien! ¡Lárgate— !ordenó el capitán—. Si no es estrictamente necesario, no contactes conmigo hasta nueva orden. De momento, no bajes más al pueblo. Que baje otro. Ya sabes: si el cántaro va muchas veces a la fuente, algún día se rompe. Por cierto, esos que hablaron con el Chispita, ¿de dónde venían?

—Creo que de Isaba, según dijeron. Son de los que habían entrado desde Francia.

—¿Tenían galones o algún tipo de graduación?

—A mí me pareció que no, pero deben de ser de la plana mayor, porque, si no, ¿cómo iban a venir ellos a explicarle al Chispita lo que fuese que quieran hacer?

—¿Cómo se llamaban?

—Uno, que era el mayor, no lo sé. Pero el otro, el más joven, que era el que más hablaba, se llama Gabino… Lo sé porque el viejo lo llamó así en una ocasión. Ese parecía listo.

—¿Hay que tener cuidado con él?

—Puede que sí. Cuando hablaba, todos lo escuchaban.

—¡Vale, lo tendré en cuenta! Ya me gustaría a mí echarle el guante a ese tal Gabino.

El capitán Estévez se encaminó decidido hacia donde estaban los vehículos y se concentraba el grueso de su tropa. Allí ya estaban esperándolo el cabo de la Guardia Civil de Burgui, el segundo oficial al mando, el teniente Benito Alonso y el sargento.

Los apartó a un lado para explicarles el plan de defensa que había ideado mientras caminaba.

—¡A ver! ¡Escúchenme! He tenido información de que los rojos van a intentar sorprendernos esta tarde, pero vamos a ser nosotros los que los vamos a sorprender a ellos —dijo mirándolos a los ojos—. Parece ser que un grupo de los maquis que andan escondidos por estos montes de ahí arriba quieren atacarnos viniendo por la Cañada de los Roncaleses, que es esa que bordea el río y viene desde el norte. No sabemos cuántos serán… Y también otro grupo de los que han entrado desde Francia. Esos lo harán llegando por la carretera de Roncal, no hay otro camino si están en Isaba. Los que vendrán desde Roncal por la carretera nueva que ha mandado construir Franco pretenden entrar en Vidángoz. Hay que dejarlos que lleguen y se confíen… ¡Que entren...! ¡Aquí los estaremos esperando!

«Cabo, usted, sus guardias civiles y una sección de la compañía vayan con el sargento. Tomen posiciones bien protegidos en los alrededores de la ermita. Esa que hay un poco más arriba del pueblo. No se oculten; que los que quieren atacarnos sepan que están ahí. Estén atentos, pero no arriesguen, solamente defiendan si son atacados, pero quietos… No se muevan de su posición hasta nueva orden. Cuando vean que los que vienen del norte por la cañada nos atacan, disparen todo lo que puedan y hagan mucho ruido, pero solamente para que se detengan, que se queden ahí parados sin atreverse a atacar. Municiones nos sobran. Tenemos varias cajas en los camiones. Sitúen la ametralladora Alfa 55 orientada al norte, por donde esperamos a los maquis. En cuanto los vean, barran la carretera. Hay que estabilizar ese frente y detener su avance. Pero pongan atención a donde disparan, solo tiren a la cañada o a la derecha de la cañada. Mucho ojo con tirar al otro lado del río, a la margen izquierda. Por allí situaré un batallón de los nuestros… Yo estaré con ustedes, pero puede que me desplace en función de cómo se desarrolle la batalla… ¿Entendido?

—¡Sí, mi capitán! —respondió con dudas el cabo de la Guardia Civil—. Esos maquis que andan por las montañas se las saben todas y conocen sendas para llegar al pueblo sin venir por la cañada. Puede que las utilicen… ¿Y dice usted que por el río estarían los nuestros esperándolos?

—¡No me replique! Y haga solamente lo que le ordeno. Disparen y hagan ruido, pero solamente de la carretera para su derecha. Necesito que se detengan y que no se atrevan a atacar el cerro donde está la ermita, que será donde estaremos nosotros emplazados. ¿Está claro?

—¡Sí ,mi capitán¡ !A la orden, mi capitán! —respondieron todos.

—Y usted, sargento, ponga atención —dijo ahora dirigiéndose al suboficial —. Esperamos que los rojos que vienen desde Roncal intenten entrar en Vidángoz por el noreste. No hay otro camino. Seleccione a cinco o seis de los mejores tiradores que tengamos y emplácelos en la parte alta de unas cuantas casas del pueblo que den a ese lado. Pero no ahora, más tarde. Si lo hacemos ahora, corremos el riesgo de que se nos escape de aquí algún chivato y los ponga sobre aviso… Hágalo a las cinco de la tarde, más o menos. Que sepa cada uno cuál será su puesto de tiro, pero que no se sitúen hasta que empiece a caer la tarde. Seleccione usted a uno que será quien inicie la acción y nadie tirará hasta que él no dispare, ¿entendido? Supongo que no vendrán en pelotón, sino desperdigados. Por eso los tiradores tienen que ser muy

selectivos, y que no aprieten el gatillo hasta estar seguros de que liquidarán al que disparen. —El cabo de la Guardia Civil, el teniente Benito y el sargento afirmaban reiteradamente moviendo la cabeza de arriba abajo—. Usted, sargento, también tendrá otra misión —llamó nuevamente su atención—. Cuando ya haya dispuesto y explicado la acción a los francotiradores que seleccione, forme un pelotón de entre quince y veinte hombres que, con el teniente Benito al mando, cruzará el río Biniés hacia el otro lado, por su margen derecha, y subirá por su cauce hacia el norte. Busquen una senda o marchen campo a través, pero no utilicen la cañada que baja hasta el pueblo paralela al río por su lado izquierdo. No pueden verlos, así que a ver cómo se las apañan.

—Sí, mi capitán, así se hará —afirmó el sargento.

—Suban uno o dos kilómetros por encima del cruce y permanezcan escondidos donde encuentren una buena posición que domine un buen tramo de la cañada, pero no se muevan. No deben saber que se encuentran ahí —dijo ahora el capitán dirigiéndose al teniente Benito Alonso—. Cuando lleguen los maquis, que no los habrán visto, continuarán carretera abajo. Ustedes esperen quietos. No se muevan y déjenlos pasar…, y cuando oigan que ellos inician el ataque a nuestras posiciones en la ermita, será cuando sus soldados les saldrán por la espalda y les harán todo el daño que puedan. No reaccionarán y se dispersarán, como hacen siempre. Ustedes, bien situados en la ladera, al otro lado del río, no dejen de acosarlos. No intenten salir a la cañada. No se muevan de donde estén. Ustedes quietos en su posición. Desde la ermita esteremos batiendo la cañada con la ametralladora para impedir su avance y su retirada. No intenten el cuerpo a cuerpo. No será necesario. Estoy seguro de que ni siquiera reaccionarán atacándolos. Saldrán corriendo para atrás o por donde puedan. —El teniente y el sargento se miraron entre ellos sin mediar palabra—. ¿Lo han entendido? ¿Alguna pregunta?

—Lo hemos entendido. Ninguna, mi capitán —respondieron los dos.

—Pues marchando. Hagan lo que les he dicho y a esperar. A las cinco de la tarde, todos en sus puestos y dispuestos a acabar con ellos de una vez por todas.

15

En el campamento de los maquis, la actividad era intensa. Los hombres limpiaban y engrasaban sus armas. Algunos traían pesadas cajas de municiones y las repartían. Todos parecían prepararse para la acción.

El comandante Chispita convocó una reunión en la borda, que hacía de cuartel general. Gabino y Ramón se acercaron y pensaron que les correspondía estar presentes, ya que ellos habían sido los transmisores del plan, pero, al intentar entrar, les dieron el alto y no se lo permitieron. Fue evidente en sus caras un gesto de contrariedad. Chispita, que los vio, se percató de ello y, saliendo a la puerta, les dijo:

—No se ofendan, amigos. Nosotros tenemos nuestros modos. De todas formas, las órdenes que voy a dar a ustedes no los involucran. Sigan a mis hombres y hagan lo mismo que ellos. Si les tengo que encomendar algo especial, ya los contactaré. Ayer les asigné a dos hombres de mi confianza. Ellos les indicarán en cada momento qué es lo que hay que hacer. Hagan lo que les digan y todo saldrá bien.

Se sintieron desplazados y la situación los coartaba. Se miraron resignados. No entendían por qué querían que se quedasen al margen.

—Oye, Ramón —dijo Gabino sorprendido—. Por lo que yo sé, hay pocos kilómetros de aquí a Vidángoz. No debe haber más de cinco o seis por la cañada. A una marcha normal, se tardarían como mucho un par de horas; entonces…, ¿por qué nos apremian y quieren salir tan temprano? Llegarán a la zona prevista con mucha antelación.

—Sí, no lo entiendo… Algo sucede que no sabemos —dijo Ramón.

En ese momento, Tomás y Raúl, los maquis a los que les había encargado el comandante que se ocupasen de ellos, se acercaron.

—¡Eh, vosotros dos, venid con nosotros! —los apremiaron—. Vamos a coger otro camino que no es la cañada. Nos vamos en poco rato.

Chispita salió de la borda acompañado de dos de sus lugartenientes. Gabino, apartándose de su grupo, se le acercó y se colocó a su lado. El comandante no se paró. Siguió caminando, aunque lo escuchaba.

—¡Comandante, comandante! —quiso llamar su atención—. Mi compadre y yo, como ya hemos cumplido con nuestra misión, consideramos que, si usted

no nos precisa, tal vez a nuestro teniente le vendría bien que nos reintegrásemos a su grupo. Ellos son pocos. Nosotros no le sobraríamos y pensamos que…

—Es probable que ya no les diese tiempo —interrumpió el comandante—. Además, no sabemos qué es lo que se le habrá ocurrido al capitán fascista que está por el pueblo. Lo mejor es que sigan ustedes con nosotros y ya veremos después.

—Nos dicen que vamos a ir por otro camino. No entendemos —se expresó Gabino con un tono de protesta—. Si vamos por otro camino, nos apartamos del plan.

Ahora sí se paró el comandante y, volviéndose hacia él, le contestó:

—¡Pues claro que iremos por otro camino! Es lógico. No vamos a ir por el que nos estarán esperando, ¿verdad?

Arrancó a andar nuevamente. Ramón, a quien la respuesta lo dejó parado, lo seguía y escuchaba mientras el comandante Chispita continuaba hablando mientras caminaba.

—No os preocupéis, estaremos en hora. —Intentó sacarlo de su desconcierto—. Iremos hasta allí apartándonos de la cañada y dando un poco de vuelta. Por eso tenemos que partir un poco antes. El camino es más largo. Si están pensando que vamos a llegar hasta donde están ellos por la cañada, que es el camino más lógico, van *apañaos*. Nosotros daremos un rodeo. Iremos por donde ni se imaginan, porque ellos ni siquiera conocen el lugar. Vosotros no os apartéis de Tomás y Raúl. Si lo hacéis, podéis perderos; las sendas no son claras.

—¡Vamos, vamos! —los apremiaron sus nuevos compañeros, que esperaban —. ¡No podemos perder mucho tiempo!

—Mi comandante. —otra vez volvió Gabino a llamar la atención de Chispita—. La compañía del ejército que se ha establecido en el pueblo tiene una ventaja que tendríamos que considerar… Me parece que es importante.

A Chispita le picó la curiosidad por conocer esa ventaja que Gabino decía que tenían y, mirándolo fijamente, preguntó:

—¿Y cuál es..., si puede saberse?

—Pues la facilidad que tienen para desplazarse. Disponen de tres camiones, y con ellos pueden acceder a cualquier punto al que les convenga acudir con rapidez, escapar si se lo ponemos difícil o ir a buscar refuerzos… En fin, yo creo que estos camiones deberían ser un objetivo prioritario.

El comandante Chispita se paró en seco y se quedó pensando.

—Sí, puede que tenga usted razón… —dijo meditando la observación—. ¿Y qué podríamos hacer?

—Pues está muy claro, comandante; volarlos antes de nada. Hay que dejarlos sin ellos.

—Pero para eso habría que llegar hasta allí con explosivos…, y, además, sin que nos viesen. Es difícil.

—Pero no imposible —contestó Gabino—. ¿Tenemos ubicada la situación de los camiones?

—Sí, no hay problema —afirmó Chispita—. Podemos saber su situación. No le voy a explicar a usted cómo, pero tenemos contactos con gente del pueblo que nos informa. Están en la explanada de arriba, a la salida del pueblo. Es de suponer que estarán vigilados.

—Si dispone en su partida de alguien que sepa manejar la dinamita y una mula para transportarla, yo, bajo sus órdenes, podría ocuparme de esa acción.

Chispita se quedó un rato parado mirando al suelo. Luego a Gabino. Lo sorprendieron su agudeza y su atrevimiento. No lo conocía en absoluto y eso lo hacía dudar. Sin embargo, por alguna razón, le ofrecía confianza.

—Podría ser —dijo mirándolo a los ojos—, pero es una acción muy peligrosa. Qué le voy a decir, ya lo supondrá usted… Será difícil llevarla a cabo, pero mucho más será escapar si lo consigue.

—Sí, pero creo que es necesario intentarlo.

—Me parece bien —contestó el comandante Chispita—. Disponga usted de lo necesario y después me informa de su plan.

Gabino se retiró. Ramón, que algo había escuchado, le salió al paso.

—¡Estás loco! ¡Te prestas a llevar a cabo la acción más peligrosa de todas! ¡Y además la propones tú! No hay quien te entienda, de verdad. ¿Pero es que quieres que te maten? Si quieres salir de esta y llegar hasta donde están tu mujer y tu hijo, lo que tienes que hacer es pasar desapercibido… Así no lo lograrás.

—Escúchame, Ramón; ya estamos metidos en el berenjenal. Si queremos salir vivos de esta, tenemos que superarlos en imaginación, ya que ni en número ni en armas podemos. Tú déjame a mí —contestó Gabino. Se acercó a Raúl y a Tomás y les preguntó—: ¿Tenéis una mula o algún animal para transportar una carga pesada?

Se miraron entre ellos. No entendían lo de la carga pesada.

—¿Y a dónde quieres tú transportar una carga pesada?

—Bueno, ya lo veréis… Decidme, ¿la tenéis?

—Sí, con nosotros hay un arriero que tiene un par de mulas. Nos son muy útiles a diario.

—Pues decidle que venga. El comandante Chispita me ha encomendado una misión para la que las necesito.

Tomás, que desconfiaba, se acercó al comandante para corroborar esa demanda. Habló con él y regresó.

—Sí, me ha dicho el comandante que sí, que le hagamos caso… No sé para qué las querrá, pero me ha ordenado que se las consigamos.

Tomás fue a buscar al arriero, que se presentó al requerimiento, y, con cierta desconfianza, preguntó:

—¿Para qué quieres mis mulas?

—A las mulas y a ti, para transportar por las montañas, sin que nos vean, unas cajas pesadas.

—¿Pesadas¿ ?Y qué contendrán?

Gabino miró a un lado y al otro antes de responder:

—Municiones…

La cara del arriero denotaba extrañeza. Normalmente, en las acciones rápidas, cada hombre portaba municiones suficientes. Se quedó mirando fijamente a Gabino esperando una respuesta más precisa.

—Dinamita —concluyó al ver que no quedaba satisfecho con la explicación.

Los tres lo miraron sorprendidos. Ramón se acercaba. No quería quedarse al margen de la conversación. Lo preocupaba la iniciativa de su compañero.

—¿Dinamita? Pero ¿para qué?

—No puedo decírtelo ahora.

—¡Son mis mulas y no quiero que les pase nada!

—No te preocupes, solo necesitamos que la transporten a un lugar y después te marchas con ellas —dijo Gabino—. Me han dicho que con vosotros hay un dinamitero, ¿no?

—Sí, »el minero«. Se llama Senén —informó Raúl.

—Pues decidle a Senén que se ponga en contacto urgente conmigo.

Del campamento, un grupo formado por unos veinte hombres armados partió a media mañana por una estrecha senda hacia el oeste. Después de cruzar la cañada real y el río, primero coronaron un cerro y después se

introdujeron en un profundo barranco. Poco después, por lugares que solamente ellos conocían, cambiaron el rumbo hacia el sur. Abría la marcha de la columna la recua de mulas cargadas con las cajas de explosivos. Siempre en avanzada, dos o tres guerrilleros marchaban por delante algunos cientos de metros.

Eran ya pasadas las cuatro de la tarde, más bien cerca de las cinco, cuando uno de los avanzados vino corriendo, imponiendo silencio. Se acercó al que dirigía la expedición y le advirtió:

—¡Chsssst !No hagáis ruido. Ahí, un poco más delante, por el barranco de Zelaia, cerca de la carretera y el río, hemos visto apostados a unos soldados. No sé cuántos habrá.

—Esos están ahí para cazarnos —dijo Tomás—, aunque no nos esperan por aquí, sino por la carretera.

—Atended —dijo el que mandaba—, ya queda poco camino para llegar al pueblo. Las mulas con su carga que sigan por la senda que llevamos sin acercarse a la carretera, y que con ellas continúen los hombres que el comandante ha seleccionado para que lleven a cabo la operación. Los demás nos quedaremos aquí agazapados hasta que oigamos lo que tenemos que oír. Entonces, los atacaremos.

—¿La operación? ¿Lo que tengamos que oír? —se extrañó uno de los de la expedición—. ¿A qué operación te refieres?

—Sí…, ya es hora de que os lo diga —contestó Gabino—. Vamos a sabotear sus medios de desplazamiento. Vamos a volar sus camiones. Se quedarán sin vehículos, y después a ver cómo se las arreglan para escapar. Los vamos a cazar uno a uno como a conejos. Yo soy el responsable y voy con ellos.

Gabino miró a Ramón esperando su aprobación. Este le devolvió la mirada con un gesto aprobatorio, aunque estaba preocupado.

—Yo voy contigo —dijo Ramón.

—No… Tú te quedas con el resto de los hombres —contestó Gabino—. Es una misión arriesgada y no quiero sentirme culpable si te pasase algo. No te necesito. Además, una vez hecha la faena, habrá que esconderse, y será más fácil si voy solo.

—Ahora, ¡ni un ruido! —advirtió el que estaba al mando del grupo—. Tomad posiciones en silencio tras ellos y disponeos a hacer disparos precisos. No podemos acercarnos mucho porque los alertaríamos. Estamos situados en

una cota más alta y eso nos favorece. Cuando vayáis a disparar, si divisáis al jefe que los organiza, oficial o suboficial, ese será vuestro objetivo prioritario. Muerto el perro, se acabó la rabia.

Aproximadamente media hora después, tres explosiones retumbaron en las montañas.

Los soldados apostados más abajo, cerca de la carretera, se sobresaltaron al oírlas en la lejanía, y algunos, sorprendidos, descuidaron su protección y se levantaron.

—¡Ahora! —ordenó el guerrillero que dirigía la expedición—. Disparad y apuntad bien.

Habían localizado dónde se encontraba el teniente y, nada más iniciarse el tiroteo, fue el primero en caer abatido. Varias balas lo buscaron.

Los soldados, sorprendidos, se volvieron hacia atrás buscando a sus atacantes e iniciaron un fuego impreciso. Los maquis, camuflados entre los arbustos, no eran visibles con facilidad.

Su oficial había muerto y optaron por abandonar sus posiciones y echar a correr carretera abajo; se tenían que alejar del lugar.

La recua de dos mulas cargadas, el dinamitero y él, después de abandonar el grupo, continuaron por la senda apartada del río que ya traían. El arriero, conocedor del camino, los llevó hasta lo alto del monte que se elevaba sobre el pueblo por el oeste y después, apartándose de él, los condujo por otro estrecho sendero, que descendía hasta al cauce del río que bordeaba la población.

En un establo vacío, que encontraron en la margen derecha del río, descargaron las cajas de explosivos y ocultaron a los animales. En silencio, transportaron entre los tres las cajas de explosivos y se escondieron entre unas ruinas que había cerca de la explanada donde se encontraban aparcados los tres camiones.

Gabino tenía una mosca detrás de la oreja. Algo lo preocupaba. Era media tarde y no percibía ningún tipo de actividad en el pueblo. Parecía abandonado. No era normal. Suponía que la llegada de los militares habría puesto en alerta a los habitantes y estarían temiendo que algo podría pasar. Tenían miedo. Era lógico que procurasen salir de sus casas lo menos posible. Tampoco creía que hubiese mucha gente habitando ese pueblo perdido en medio de las montañas. Pero había algo incuestionable: casi todos vivían del ganado, y el ganado tenía que salir; había que llevarlos al pasto, a abrevar…, y volverlos a encerrar a la

caída de la tarde. Esa era la hora que les correspondería hacerlo. Seguramente, antes del amanecer habrían salido del pueblo a los prados próximos y habrían permanecido por el campo durante todo el día, pero ahora tendrían que regresar, y eso lo inquietaba. Tal vez hoy, por precaución, habían permanecido en los establos, pero ¿todos? Y lo de llevarlos al abrevadero ¿cómo lo solventaban? Nada podía hacer, solo capear los acontecimientos a medida que fuesen surgiendo.

Gabino le ordenó al arriero que regresara con las mulas al encuentro de sus compañeros. Se marchó, los dejó solos y ahí perdieron el contacto.

Senén »el minero,« experto en explosivos, y él se quedaron en silencio agachados tras el paredón en ruinas de la antigua edificación junto al río, donde se habían ocultado. Era un buen sitio que también les proporcionaría protección cuando se produjese la explosión. Unos frondosos arbustos que crecían cerca del cauce del río los ocultaban de la posible visión directa de los soldados que, suponían, estarían guardando los camiones. Sería el mejor lugar desde donde prender las mechas. Tenían a la vista los camiones, a no más de treinta metros. Estaban aparcados en la explanada que había después de la última casa del pueblo por su salida norte. Para llegar a ellos y colocar las cargas, tendrían que cruzar el guijarroso lecho del río, ahora por suerte con poca agua, y subir un pequeño talud que terminaba en un pretil, construido posiblemente para detener las impetuosas aguas de las crecidas por los deshielos en primavera. Observaron y escucharon. Había que acercarse sin ser vistos, colocar los cartuchos y encender las mechas para lograr una explosión sincronizada. No sería fácil.

Había tres hombres vigilando. Estaban de pie cerca del camión más alejado de donde ellos se encontraban. Charlaban. Su situación no era la mejor. Desde donde ellos estaban no podían controlar bien sus movimientos.

El dinamitero no perdía el tiempo. Mientras Gabino observaba, poniendo atención a lo que los soldados hablaban, y estudiaba la forma de acercarse a los vehículos, él preparaba los explosivos. Hizo tres manojos de cinco cartuchos, conectados cada uno a una mecha de la misma longitud, que se unían después a la mecha principal que debería extenderse hasta el lugar desde donde la prenderían. Después cruzarían otra vez el arroyo a su margen derecha para ocultarse y protegerse de la explosión.

—Ya está listo. Ahora hay que colocar las cargas bajo los camiones. Mejor cerca de los depósitos de combustible —dijo Senén.

—Sí, claro… Sin que nos oigan ni nos vean. ¿Al arder, las mechas hacen ruido? —preguntó Gabino.

—Pssssss…, no mucho, un ligero siseo. Pero si no cambia el viento, que viene del suroeste, podrían oler la pólvora.

—Y si las encendemos desde aquí, ¿cuánto tiempo tardarán en explotar? ¿Nosotros corremos peligro?

—Desde aquí no podemos, podrían mojarse. Hay que cruzar el río y prenderlas al otro lado. Por la distancia que nos separará de los explosivos, yo calculo que alrededor de medio minuto o quizá un poco más… No sé, depende del viento y de la calidad de la mecha, que a veces no es muy buena y puede apagarse… No es nueva.

El desconocimiento que Gabino tenía del uso de explosivos le hacía pensar que tal vez se había precipitado al hacer la propuesta. Era buena y le había servido para llamar la atención del Chispita, pero no se podían hacer las cosas así, sin haber considerado antes todas las circunstancias y los elementos que podrían hacerla fracasar. Si fracasaban, por lo que fuese, eran hombres muertos. Los matarían allí mismo, o los apresarían y los fusilarían después. ¡Él, que se había propuesto no arriesgar! En fin… A lo hecho, pecho, como decían por su pueblo. Ya no había marcha atrás.

—Están los tres charlando por la parte trasera del primer camión —dijo Gabino, en voz queda, después de observar detenidamente—. No oigo bien lo que hablan, aunque no parece que estén muy atentos. Para colocar los cartuchos, no será fácil acercarnos sin hacer ningún ruido ni llamar su atención. Tendremos que esperar una oportunidad que los distraiga.

—No podemos esperar mucho tiempo. Iré yo a colocar las cargas —dijo Senén—, tú estarás atento a sus movimientos, y cárgatelos si me descubren. Y después, a salir corriendo.

Gabino tragó saliva. Tenía miedo. ¡»Cómo se me ocurre a mí meterme en este follón!«, pensó.

—¿Tienes chisquero? —le preguntó a Senén.

—Claro, ¿cuándo has visto tú a un barrenero que no lo lleve encima?

Estaban maquinando cómo salir del escondite portando los cartuchos ya conectados a las mechas que después habría que encender, cuando, por la calle que desembocaba al otro lado de la explanada, llegaban, haciendo sonar sus cencerros, un grupo de vacas guiadas por un hombre mayor que portaba una larga vara. Los sorprendió ver que el vaquero también iba acompañado del

arriero y de sus dos mulas. Seguramente llevaban los animales a un abrevadero que parecía que había un poco más arriba o, tal vez, a alguna poza del río. Un cuarto soldado, hasta ahora no localizado, se acercaba corriendo por la carretera desde el norte con intención de interrumpir el trasiego del ganado.

—¡Eh, eh…! ¡Alto! ¡No se puede pasar por aquí ahora! —gritó.

—Pero… Es que tienen que beber —contestó el ganadero.

—¡Pues hoy no beben! O las llevas al otro lado del pueblo. Por allí también pasa el río. Date la vuelta… ¡Ahora!

Los soldados que custodiaban los camiones, para ayudar, salieron a su encuentro y fueron al otro lado de la explanada para impedir que los animales continuasen el camino que llevaban. No podían seguir por la salida del pueblo hacia el norte. Era una orden del capitán: nadie podía salir del pueblo por la carretera en esa dirección.

—¡Es nuestra oportunidad! —dijo Gabino—. ¡Ahora!

Salieron los dos rápidamente de sus escondites transportando las cargas para colocarlas en el lugar indicado por el barrenero. Los soldados aún seguían entretenidos con el vaquero empeñado en continuar. El mulero, que suponía lo que estaba pasando, quería ganar tiempo entreteniendo a los soldados.

—Hombreeee… Si solo es un minuto —quiso convencerlos—. Los animales están acostumbrados a beber todos los días a esta hora y siempre en el mismo sitio. No tardamos nada.

—¡He dicho que no! —voceó el soldado descolgando su fusil del hombro.

Y entre el sí, y el no, el márchense y el por favor…, Gabino y el barrenero pudieron colocar las cargas donde tenían previsto e, incluso, disimular las mechas entre la tierra de la plazoleta.

Las vacas y caballerías, el vaquero y el arriero, de mala gana, tuvieron que desistir y dar la vuelta por donde habían venido. Gabino y el experto barrenero volvieron a su escondite y se dispusieron a encender las mechas. Cuando iban a hacerlo, vieron que los soldados regresaban a los camiones y eso los detuvo. Uno de los tres llamó al otro, que había salido improvisadamente desde la carretera, y ahora regresaba a su puesto.

—¡Eh…, me voy contigo! —le gritó, y a continuación se unió a él para alejarse.

Los otros dos venían riéndose de la situación que habían provocado. Cuando llegaron a los vehículos, sin detenerse a inspeccionar nada, subieron al camión que había aparcado en el centro.

—¡Ahora…! —dijo Gabino—. Es el momento.

El barrenero aplicó el ascua de su chisquero encendido y prendió la mecha de la dinamita. Los dos cruzaron el pedregoso riachuelo y se agacharon tras el muro que los parapetaba esperando la detonación. Fueron segundos eternos, pero de pronto…

—¡Buuuuummmmm! —La explosión, enorme, espantosa.

La deflagración hizo volar por encima de ellos tozos de chapa de los camiones. Una rueda pasó por encima de sus cabezas cruzando el río. Piedras. Una enorme polvareda se levantó.

Gabino había logrado su objetivo.

—¡Ahora a correr, Gabino! —dijo el barrenero—. En pocos minutos tendremos aquí a todo el Ejército.

Corrieron por el cauce del río abajo, cada uno por su cuenta, buscando dónde esconderse.

—No vengas conmigo —dijo »el minero«—, yo sé dónde meterme. Tú búscate la vida como puedas.

A Gabino lo sorprendió esta desvinculación de su compañero, pero lo comprendió. El barrenero era de allí, sabría dónde esconderse y no quería arriesgarse. Tenía que pensar…, y rápido. Pronto estarían allí los soldados.

16

El capitán Estévez oyó las explosiones y enseguida se imaginó lo sucedido. Acto seguido también escuchó el tiroteo que provenía del norte desde la cañada, pero supuso que era debido a que sus soldados habían interceptado al grupo de guerrilleros que pretendía llegar a Vidángoz por ese lado. Se equivocaba.

Desde el cerro de la ermita, donde había establecido su puesto de mando, alarmado, bajó corriendo para hacerse cargo de la situación. Llegaron al cruce de las carreteras de entrada a Vidángoz. El sargento y algunos soldados lo siguieron y se agruparon a su alrededor.

—¡Sargento! —gritó el capitán—. ¡Suba por la cañada con un destacamento para reforzar al teniente Alonso! Debe de estar enfrentándose a los maquis un poco más arriba.

El sargento formó un grupo con algunos de los que estaban en la ermita y, a la carrera, fueron por la cañada al encuentro de los que luchaban. Poco habían subido cuando se encontraron con los suyos, que, descontrolados, escapaban hacia el sur, donde ellos estaban.

El sargento, dándose cuenta de la situación, regresó hasta donde estaba su capitán para informar.

—Mi capitán, vuelven. Son los que usted dispuso para interceptar a los maquis que pudiesen bajar por la cañada. Se ha hecho como usted ordenó. Estaban apostados al otro lado del río esperándolos, pero en una emboscada los han sorprendido por la espalda. Han matado al teniente Benito Alonso y herido a otros dos soldados. Ahora, con el batallón deshecho, se retiran.

—¡Joder! ¿Y ellos no han reaccionado?

—Sí —mintió—, pero los rojos disparaban desde la espesura en la ladera del monte. Ha sido un ataque relámpago. Parece que eran muchos y difíciles de localizar. Nada más disparar han desaparecido. Los nuestros no han tenido tiempo de reaccionar. El destacamento, sin el oficial que les mandaba, han

decidido venir a nuestro encuentro para unirse a nosotros y hacerles frente donde usted ordene.

—¡*Cagüen* la leche! ¿Pero es que van a ser más listos que nosotros? —dijo cabreado—. ¿Y a los rojos no les han causado ninguna baja?

—No lo sabemos. Aún no hemos inspeccionado la zona.

—A ver, sargento, ¿mandó usted aviso, como le ordené, a los de la Policía Armada que estaban por Igal? Los necesitamos aquí… ¡Rápido! Puede que nuestros enemigos sean muchos más que nosotros y no podamos con ellos. Es evidente que conocen bien la zona y eso los favorece. Ya lo está viendo.

—Sí, mi teniente. Envié a uno con una bici que requisamos, pero no sabemos nada de ellos.

—Mande rápidamente un par de hombres más a su encuentro para que se apremien. Si nos descuidamos, aquí nos pueden dar fuerte.

—Si tuviésemos algún camión disponible, saldríamos a su encuentro, pero se han cargado los tres que traíamos.

—¿Y no han visto por el pueblo algún vehículo que podamos requisar? —preguntó el capitán—. Alguno habrá, ¿no? No pueden estar los habitantes de este pueblo aislados del resto del mundo.

—Ni uno, mi capitán. Por aquí solo se transportan en carro o en burro.

—¡Pues con otra bici, joder! Seguro que hay alguna más por el pueblo… ¡No podemos perder más tiempo!

—¿Ha muerto alguien en la explosión? —preguntó apesadumbrado el capitán.

—Creemos que sí, mi capitán… Estaban vigilando los camiones un conductor y dos soldados. Aún no los hemos encontrado. La explosión ha sido muy grande. Además, han volado también las cajas de municiones que habíamos dejado en uno de ellos.

—¡Pues sí que lo hacían bien los que vigilaban! Si no han muerto, los mandaré yo fusilar, por inútiles —respondió ofuscado.

El capitán se movía inquieto. Paseaba entre sus hombres pensando. Ya sabía que un grupo de maquis estaba al norte del pueblo a poco más de un kilómetro y no sabía cuántos eran. También que algunos habían logrado entrar en él y saboteado sus camiones, por lo que deducía que podía haber enemigos ocultos en el pueblo. Como le habían informado, esperaba la llegada de otros guerrilleros desde el este. No sabía si le llegarían los refuerzos que había ordenado llamar, o

si llegarían a tiempo. Tenía que organizarse rápido. El tiempo acuciaba .Se encontraba en una situación desesperada.

—A ver, sargento, que todos los soldados se concentren a la entrada del pueblo, en la explanada donde estaban los camiones —ordenó en voz alta—. Hay que reestructurar la defensa. Ahora sin vehículos lo tenemos más difícil.

Nadie decía ni palabra. Tenían miedo al capitán Estévez. Era conocido por su mal humor cuando las cosas no le salían como quería. Nadie se atrevía a opinar, y mucho menos a contradecirlo.

—¿Sabemos quién manda y coordina este ataque de los rojos y los maquis? —preguntó elevando la voz y dirigiéndose al conjunto de soldados que habían llegado hasta el cruce.

—No lo sabemos —contestó el sargento—. Cuando estábamos en Burgui, preguntamos a algunos del pueblo y nos comentaron que por aquí manda un tal Chispita, que lleva ya tiempo al mando de los maquis que andan por estos alrededores. También se comentaba que se le han debido de unir algunos de los rojos que han entrado desde Francia estos días. Puede que hayan sido ellos los que nos han atacado.

—¿Y sabemos cuántos son? —preguntó el capitán.

—No —contestó el sargento—, pero seguramente serán numerosos… Por lo que nos ha informado, usted ya sabe quién, con el Chispita hay por lo menos 100… o más.

El capitán se quedó pensando.

—Si es así, serán más que nosotros. No tendremos fácil la defensa —dedujo el capitán—. A ver, sargento, usted es ahora mi segundo. Reagrupe usted a la compañía y hágase cargo de los heridos y del cadáver del teniente. ¿Sabemos algo de los otros, de los que intentan llegar desde Roncal? —le preguntó al sargento.

—No, mi capitán. Aún no se los ha visto llegar. He dejado dos secciones donde usted las emplazó, cerca de la ermita, para que los reciban si vienen por allí, por la carretera del Roncal, y, como usted ha ordenado, he dispuesto francotiradores por las casas del pueblo que dan al este.

—Forme usted otros tres grupos con los soldados restantes y distribúyalos por las casas que están situadas a lo largo de la carretera que va pegada al río. Desalójelas de sus habitantes y que se marchen al interior del pueblo —ordenó el capitán Estévez—. Tenemos que protegernos de los maquis que vienen por ese lado. Sitúe la ametralladora en el piso más elevado de una de las casas, la

más alta. Desde allí dominaremos mejor su avance. Los maquis que vienen por la cañada no entrarán por el norte. Supondrán que nosotros controlamos esa entrada y se quedarán al otro lado del río. Después intentarán cruzarlo a la altura del pueblo. Nosotros, desde las casas, los detendremos cuando lo hagan.

—Hay que tener cuidado con el sur, que tendremos más desprotegido. Por allí entra la carretera que viene de Burgui y la de Igal. No es previsible que nos llegue el enemigo por ahí, pero hay que estar atentos a cualquier cambio.

Como había ordenado el capitán, los soldados ocuparon las casas. Allí esperarían el ataque de los guerrilleros. El sargento envió unos vigías a la altura del puente, al sur, con la misión de dar aviso cuando por alguna de las carreteras, de Igal o de Burgui, viesen venir a alguien: enemigos o policías armados. Cualquiera de los dos casos podría darse.

La luz del día se extinguía ya en Vidángoz y los soldados del Batallón América del capitán Estévez, cumpliendo su orden, habían sido distribuidos por las casas altas que bordeaban la carretera y que, en paralelo al río Binéis, limitaban el pueblo. Enfrente, al otro lado del río, se alzaba la empinada ladera que lo encauzaba por su margen derecha. El capitán Estévez esperaba que los maquis intentasen entrar al pueblo por ahí.

En una de las edificaciones más altas, en el último piso, ordenó disponer la ametralladora Hotchkiss que antes, inútilmente, había emplazado en la colina de la ermita. Ahora pensaba que sería más eficaz en esa posición. Si a los maquis se les ocurría descender hacia el río por esa ladera, se encontrarían con ella.

Él se situó en el comedor de esa misma casa, en la primera planta, desde donde, a través de un amplio balcón ,podía divisar buena parte de la carretera que limitaba el pueblo por el oeste y la empinada ladera que descendía hasta el río.

Todo había sucedido muy deprisa. Las cosas no le habían salido como esperaba. Había perdido los vehículos que le habrían permitido un rápido desplazamiento y, aunque aún no había habido un enfrentamiento abierto con los guerrilleros, habían sido sorprendidos y habían perdido ya tres hombres, además del teniente Benito Alonso, su lugarteniente. Si ahora no se equivocaba, su mejor posición le permitiría detener el intento de los maquis de tomar el pueblo por el oeste. De todas formas, estaba intranquilo. Sabía que, aunque no serían muchos, podía haber algún enemigo no localizado dentro del pueblo. Dejaría una sección fuera de esos emplazamientos dominantes para que

registrasen las casas y estuviesen vigilantes a cualquier ataque que pudiese venirles por la retaguardia. Ya darían la cara y, entonces, vería qué hacer. La situación lo preocupaba.

Sobre la mesa extendió el plano de la zona e intentó intuir cómo actuaría su enemigo, su posibilidad de defensa y cómo podría escapar de allí si las cosas se ponían mal. No sabía cuántos guerrilleros podían haberse concentrado y, si fueran cercados, cuánto tiempo podrían resistir encerrados en esas casas.

Sudaba. Se desabotonó la camisa. Abrió el balcón y dejó la pistola sujetando el plano para que la corriente de aire que se generó no le volase.

El cabo que había asignado como ayudante y enlace permanecía siempre junto a él. Lo miraba temiendo sus reacciones y estaba atento a las órdenes que le diese, que tendría que transmitirles a los otros grupos.

Desde el interior de la estancia, en la penumbra, intentaba el capitán con sus prismáticos averiguar cuáles eran los esperados movimientos del enemigo por la ladera que tenía enfrente. No veía nada. El atardecer proporcionaba ya poca luz y la orientación hacia el este de la zona que quería controlar, que estaba a contraluz, se lo ponía difícil.

De pronto se oyeron disparos procedentes de la colina enfrentada. Una bala, que había entrado por el balcón abierto, impactó en el tabique de enfrente rompiendo el cristal que enmarcaba una fotografía familiar que pendía sobre un antiguo aparador. El capitán, sobresaltado, se hizo a un lado, apartándose de la línea de tiro. Inmediatamente, el ruido de la ametralladora situada en el piso superior retumbó en la estancia. Ahora sí parecía que la cosa iba en serio. Los soldados apostados en las ventanas y balcones empezaron a disparar. Un nutrido tiroteo se produjo desde uno y otro lado. Con el fin de improvisar un puesto de observación más seguro, el cabo volteó una pesada mesa de madera que había en la estancia y la situó frente al balcón; se parapetaron tras ella.

—Cabo, transmita que ahorren munición. Si no ven el blanco con claridad, que no disparen… Y estén atentos. Nos atacarán cruzando el río, por donde intentarán acceder al pueblo. Los de la primera casa, a la entrada, que estén vigilantes a los que pudiesen venir desde abajo por la carretera.

La espesura de la vegetación de la ladera y lo avanzado de la tarde no permitían ver bien los movimientos de los enemigos. Sin embargo, los huecos de balcones y ventanas donde ellos estaban situados sí eran fácilmente visibles desde las posiciones de los maquis. Esto complicaba el emplazamiento de los

defensores. Los impactos de las balas eran constantes en la fachada y entraban peligrosamente por las ventanas abiertas.

—¡No los dejéis acercarse! —gritaba instintivamente el capitán a sabiendas de que su orden no llegaba a todos sus soldados.

—Taca, taca, taca… Bang, bang…

Rotura de cristales, impactos en las paredes y muebles que habían dispuesto en balcones y ventanas para protegerse. Agazapados, esperaban el momento de defenderse, que sería cuando los maquis tuviesen que salir de sus escondites para cruzar el río y asaltar sus posiciones. Serían más vulnerables. Aún no los divisaban claramente y los disparos de los soldados se perdían inútilmente en la espesura de la vegetación.

El capitán Estévez, agachado tras la mesa y tras un colchón que había situado en el hueco del balcón, no las tenía todas consigo. Intentaba inútilmente localizar con sus prismáticos al enemigo, pero los impactos de las balas en la mesa que lo protegía y otros cerca de él lo obligaban a permanecer oculto. El cabo y un soldado que, por orden suya, permanecían con él en la estancia eran utilizados como enlaces con las otras casas cuando lo consideraba necesario. Los soldados se situaban a los lados de los balcones, fuera de la línea de tiro. Estaban muy expuestos. Los huecos, las ventanas y los balcones eran el objetivo de sus sitiadores. De vez en cuando hacían un impreciso disparo.

El capitán Estévez se temía lo peor. La frecuencia y la cantidad de disparos que recibían le hizo pensar que eran muchos los que los asediaban. De ser así, tarde o temprano, acabarían dominando la situación. Lo veía difícil. No disponía de radio de campaña que le permitiese contactar para pedir refuerzos, y la incomunicación con los suyos, repartidos en las tres o cuatro casas colindantes, aún complicaba más las cosas. No sabía qué hacer. También lo preocupaban, por no tenerlos controlados, los otros guerrilleros que suponía dentro del pueblo y, posiblemente, acechando. Si hubiese dispuesto de los camiones, ordenar la retirada hubiese sido lo conveniente. ¡Maldito el que lo había puesto en esa situación con la voladura de sus vehículos!, pensaba para sus adentros. Si alguna vez tenía la oportunidad, lo pagaría caro.

17

Eran algo más de las cinco de la tarde. La acción estaba prevista para las seis, y los hombres del teniente Bonilla, que habían partido desde Isaba, habían llegado a las cercanías de Vidángoz pasando por Roncal. Siguiendo el plan, se apearon de la camioneta en una cerrada curva ya próxima al pueblo.

Todos al pie del camión se agruparon en torno al teniente esperando órdenes. Cuando terminó de estudiar el mapa extendido sobre una alisada peña suficientemente grande, les dijo:

—¡Acercaos...! Ahora, con sumo cuidado y sin hacer ruido, seguiremos por este camino que va por la loma de este cerro —dijo señalando, con una varita que encontró, primero el mapa y, a continuación, el estrecho camino que partía desde donde ellos estaban—. Desde arriba ya se divisa Vidángoz. Descenderemos el cerro y, después, entre unas edificaciones aisladas que hay antes de llegar, sale otro camino por la derecha que llega hasta el pueblo. Por él iremos para seguir nuestro plan. Id abiertos, sin agruparos, para ser menos localizables. —Los guerrilleros prestaban atención a las explicaciones del teniente—. Enfrente de la senda por la que nos acercaremos a las primeras casas y poco antes de llegar, hay un pequeño prado o una huerta con una edificación que debe de ser una borda de ganado —continuó explicando el teniente Bonilla—. Si hubiese necesidad, puede proporcionarnos refugio o protección. Al otro lado de ese prado, hay unas casas que parecen importantes. Tienen dos plantas. Puede que estén habitadas.

«La camioneta continuará sin nosotros por la carretera. Colocad en su caja, de forma visible, los muñecos de palo que habéis construido para que, desde la distancia, parezcan hombres armados. No tardéis… No tienen que notar una pérdida de tiempo que los haría sospechar. Después parará donde pueda ser vista por el enemigo desde el cerro de la ermita, que es donde estarán esperándonos. Se detendrá para que la localicen y piensen que estamos organizando el plan de ataque. Seguramente, mientras baja al barranco por la

carretera, ya la habrán visto y estarán atentos. Cuando empiece la fiesta, dará la vuelta y se alejará de la zona. Después, a la noche, volverá a por nosotros.

Subieron a la loma del cerro y, ocultándose entre los árboles y arbustos que poblaban la zona, se fueron aproximando al pueblo. El camino descendía. Ya se divisaban las casas. Estaban a poco más de cien metros. No se veía a nadie. Los hombres, nerviosos, con sus armas preparadas, avanzaban a tramos cortos. Debían tener precaución. Podían ser vistos desde el pueblo. Hacían cortas y apresuradas carreras, agachados, buscando protección. Todo parecía tranquilo…, demasiado le hubiese parecido a un buen observador. Era la hora de la recogida del ganado, que durante el día habría estado suelto pastando en los prados cercanos y, sin embargo, ni el tintinear de los cencerros ni el ladrido de ningún perro se escuchaba. Después de las primeras sencillas edificaciones, las casas que se divisaban se erguían sólidas al otro lado de un huerto.

El sol, ya bajo, comenzaba a esconderse tras las elevaciones de poniente al otro lado del río y sumía a buena parte del pueblo en la sombra precursora del anochecer.

Al teniente Bonilla lo preocupaba la situación en desventaja de sus hombres. Ellos recibían de frente los últimos rayos de sol, que los cegaban. Sin embargo, los enemigos podrían estar situados a contraluz y sería difícil su localización.

Para iniciar la acción prevista, atacando desde el pueblo por la carretera que salía hacia el norte y que se dirigía al cerro de la ermita, tendrían que bajar la pendiente y entrar en el pueblo con mucho cuidado. Sin conocerlo bien, era demasiado arriesgado. No sabían si, además de los soldados que suponían en la ermita, habría en el pueblo más tropas enemigas. Tampoco sabían cuál sería la actitud de sus habitantes: si podrían contar con ellos como les habían pedido o si, por el contrario, serían más partidarios de ayudar a las tropas gubernamentales. Todo podría ser. Ningún contacto se había hecho con ellos para que los informase… Era un riesgo. Tenían claro su objetivo, pero no sabían a lo que se enfrentaban. Había que acercarse con suma precaución.

Agazapados, próximos a las primeras casas, enfilaron la calle que entraba al pueblo y, para acercarse más protegidos, se pegaron al muro de piedra que cercaba una huerta que estaba unida a una de las primeras casas. Se aproximaban vigilantes. Había un pozo rodeado de pilones de piedra tallados para abrevar animales y en torno a ellos se ocultaron algunos guerrilleros. El propio pretil del pozo protegía a dos de ellos. De pronto, oyeron un disparo y uno de los guerrilleros que se situaba junto al pozo cayó abatido.

Aquello hizo reaccionar al resto de los guerrilleros. No sabían de dónde procedía el tiro y era de suponer que habría más. Unos corrieron hasta llegar al primer muro cercano a las casas, donde pensaron que estarían mejor protegidos. Otros buscaron ocultarse entre los obstáculos que había por la zona: un desvencijado carro abandonado, un haz de leña preparada para el invierno, troncos apilados, una peña que sobresalía del terreno, algún árbol cercano y el muro de piedras que cercaba el corral de la borda… Pronto otros disparos se oyeron. Las balas impactaban cerca de ellos, en los improvisados parapetos.

—¡¿Desde dónde tiran!? —preguntó gritando el sargento Dionisio, situado tras el muro del corral.

—¡No lo sé! —contestó un guerrillero que tenía cerca, y señalando una de las casas dijo—: Parece que el tiro que ha herido al compañero ha sido desde esa casa con dos plantas que hay ahí enfrente. Seguramente desde la planta de arriba. Parece que hay un ventanuco abierto. Pero también tiran desde otros sitios. No parece que sea un solo tirador. Son varios francotiradores apostados en las casas y no se dejan ver.

—Ya nos esperaban por aquí —afirmó el teniente, que se encontraba en el mismo lugar—. O son muy listos o tenemos algún traidor que los ha informado de por dónde llegaríamos.

El sargento Dionisio se lo quedó mirando con expresión de sorpresa. No habían pensado en esa posibilidad, y la reflexión del teniente despertó la duda.

—Entonces… ¿Qué hacemos ahora, mi teniente? —preguntó el sargento, desconcertado.

—De momento, olvidarnos del ataque que teníamos previsto a la zona de la ermita. No nos saldría bien si ya nos han localizado. Ya se las arreglarán solos los que vienen desde el norte.

Iba a ordenar un ataque de limpieza de las casas que tenía enfrente, donde podrían estar los francotiradores, pero lo pensó mejor. Expondría mucho a sus hombres al obligarlos a atravesar al descubierto el vacío solar que los separaba de las casas. Además, no sabía cuántos francotiradores habría ni dónde estarían apostados disparando.

—Por la frecuencia de los disparos, no parece que sean muchos. Hay que tratar de ubicarlos, pero no podemos ir a buscarlos a pecho descubierto —reflexionó el teniente en voz alta—. Que la gente se concentre aquí, a este lado del muro. Pasa la voz… Estaremos protegidos de los disparos. Cuando alguno

de los nuestros intente llegar hasta aquí, que lo hagan por orden…, uno a uno. Primero los que se encuentran más alejados. Cuando uno decida salir para reagruparse, que diga: ¡»Voy!,« y los demás lo cubriremos disparando a las ventanas que veamos abiertas. Esperamos a que llegue y después saldrá el siguiente…, y así uno tras otro. Esos dos que están allí, pegados al muro de la primera casa, que se queden donde están. Ahí están a salvo. Si disparan desde las ventanas, no los verán. Solamente podrían acecharlos desde fuera y los que disparan no van a salir; eso seguro. Los demás que vengan para acá a protegerse en este muro de piedra que, como se alarga hacia el sur, nos permitirá desplazarnos ocultos tras él.

Así lo hicieron. Por suerte, no hubo más bajas.

Cuando estuvieron reunidos, explicó:

—Cinco de vosotros quedaos aquí —dijo señalando a los más alejados—. Buscaos un buen emplazamiento y disparad de vez en cuando a las ventanas, aunque parezca que no haya nadie en ellas. Si hay alguien dentro, en la oscuridad, no los veréis, pero ellos a vosotros sí. Tened cuidado. Si disparan, tratad de localizar al francotirador y acosadlo. Hay que entretenerlos…, si es que no podemos liquidarlos. Los demás que vengan conmigo. Daremos un rodeo e intentaremos entrar al pueblo por el sur, dando la vuelta a la iglesia y al cementerio. A ver si nos cargamos a esos hijos de puta de las casas.

«Usted, sargento, quédese también aquí. Cuando vea usted que los de ahí enfrente dejan de disparar, o si nos ve asomarnos a alguno de nosotros, que llegaríamos por la calle que está al otro lado de las casas, será porque el lugar está limpio. Ese será el momento de que abandonen ustedes estos puestos y nos reunamos. Después ya veremos qué hacemos. Averiguaremos cómo se ha resuelto la situación del cerro de la ermita y, si en ese momento es conveniente, volveremos al plan previsto.

Todos, agachados, afirmaron. El teniente inició la marcha reptando en cuclillas para no sobresalir del muro.

—Vosotros… ¡Aquí quietos y atentos! ¡Nada de valentonadas! Y cuidado al asomar la jeta; ellos estarán ojo avizor para volaros el coco en cuanto os descuidéis —los avisó—. Los demás, conmigo sin levantarse. Avanzad agachados protegidos por este muro. Después, cuando tengamos que salir de él, de uno en uno. No sabemos si ahí, más abajo, hay otros de estos jugando a cazarnos.

Así lo hicieron: el sargento Dionisio, los cinco que permanecían con él y los dos que se quedaron pegados como lapas al muro de la casa se mantuvieron en el sitio. Respondían al fuego de los francotiradores de vez en cuando, sin arriesgar mucho. Los otros diez hombres que acompañaban al teniente llegaron hasta la iglesia, que se encontraba algo más abajo. Escondiéndose como pudieron, subieron por la calle hacia la zona desde donde les disparaban. Pretendían sorprenderlos *in fraganti*, pero a medida que se acercaban, ya no oían disparos… ¿Se habrían marchado?

Al teniente Bonilla esto le hizo pensar que el abandono de sus puestos de tiro se debería a algún motivo que no llegaba a comprender. Lo preocupaba. Tal vez alguna orden recibida por un enlace… No imaginaba la razón. Había que averiguarlo. Llegaron hasta la esquina de la casa desde donde suponían que habían sido tiroteados y encontraron, esperándolos, a los dos hombres que se habían quedado junto al muro, al sargento Dionisio y a los otros que se aproximaban.

—¿Qué ha pasado? ¿Por qué se han marchado? —preguntó el teniente.

—No sabemos, solo sé que dejaron de disparar y…, pues eso, que se han *largao* —contestó el sargento.

—Pero alguna razón tiene que haber… No me gusta un pelo —dijo el teniente—. Vamos a subir como teníamos pensado a ver qué está pasando… ¿A quién se han cargado?

—A Fermín —contestó el sargento—. Un chaval de Burgos al que esto ni le iba ni le venía.

Todos los guerrilleros se reunieron en torno al teniente esperando recibir órdenes.

—Andaos con mucho ojo. No me gusta nada que esos que nos disparaban se hayan marchado. Algo pueden estar tramando.

—Yo creo que no —apuntó el sargento—. No eran muchos y sabían que, si se quedaban donde estaban, tarde o temprano los habríamos localizado y liquidado.

—Ya, pero ¿adónde han ido? ¿Dónde están todos esos que suponíamos que estarían esperándonos por la ermita y por la confluencia de las carreteras? ¿Y los otros, los del Chispita, que deberían venir por la cañada desde el norte? ¿Dónde están? No sabemos nada.

—Pues no sé, pero algo tiene que haber sucedido que ha trastocado todo —dijo un guerrillero que escuchaba—. Supongo que habréis oído una fuerte

explosión hace un rato… Todos la hemos oído, ¿no? Y también me ha parecido escuchar disparos por el norte.

—Puede que se haya entablado batalla entre los del Ejército y los maquis que venían por arriba —dijo otro—. Es posible que hasta con morteros… Esa puede haber sido la explosión.

—¡*Ná*…! —dijo el sargento—. Si fuesen morteros, habría habido una secuencia, no una sola explosión.

—¿Sabéis algo de esos dos que envié a contactar con el tal Chispita?

—No, aún no han dado señales de vida. Todavía es pronto.

—Está bien. Vamos a ver… Sargento Dionisio, seleccione a dos que suban por las calles. Que vayan escondidos y averigüen dónde están las fuerzas del Ejército, o los guardias civiles, o los que sean —ordenó el teniente—. Los demás esperaremos cerca de la iglesia, en el cementerio. Necesitamos información. Tenemos que averiguar qué ha pasado y qué está pasando ahora para saber qué hacer. Pero estad atentos, pueden sorprendernos.

18

Ramón, integrado en el grupo de los maquis, se sentía un mero espectador de lo que estaba sucediendo. Los hechos no estaban sucediendo como el teniente Bonilla había planeado ni como ellos habían transmitido. Todo le parecía que estaba sucediendo al revés: los del Ejército no estaban donde ellos pensaban que estarían, los maquis del Chispita habían actuado de forma diferente a como —según el plan del teniente— tendrían que haberlo hecho… La improvisada voladura de los camiones, que había provocado Gabino, habría hecho reaccionar al enemigo y se estarían reestructurando de otra forma. ¿Qué más podría pasar de forma imprevista? Y ahora, para colmo, no sabía nada de Gabino. Lo preocupaba. Se sentía culpable por no haberlo acompañado, aunque Gabino insistió en ello. ¿Estaría bien? La misión era peligrosa en sí misma, pero lograr escapar después de llevarla a cabo le parecía imposible.

Raúl, que tenía el cometido de no perderlo de vista, se le acercó:

—Hola, Ramón, te noto apesadumbrado —le dijo—, ¿estás preocupado por Gabino?

—Pues sí… Hace un rato hemos oído la explosión, pero de él no sé nada.

—Lo encontraremos, ya lo verás. Seguro que estará a salvo escondido en alguna parte. No te preocupes. —Quiso tranquilizarlo.

—Mira, Raúl, no me gusta sentirme al margen de lo que sucede. Así, sin saber nada, no puedo prever lo que nos conviene a mi compañero Gabino y a mí. Ahora estamos siguiendo un camino que, por lo que deduzco, no va derecho al pueblo, como habíamos planteado, sino más hacia el oeste. Del pueblo sale hacia ese lado una carretera estrecha que une Vidángoz con el valle de Salazar, y si esa zona no la tenemos controlada, por ahí, desde Igal, podrían venir más efectivos del Ejército. No sé dónde se encuentran ni los soldados fascistas ni los guerrilleros del teniente Bonilla que tenían que llegar al pueblo. Lo único que puedo hacer es seguir con vosotros y callar. Hay que esperar a ver cómo se desarrolla este lío para adoptar la postura más conveniente, y eso me intranquiliza.

El plan que tenían previsto y que habían comunicado no se estaba siguiendo. La estrategia ideada por el teniente Bonilla, que le habían transmitido a Chispita, era que los maquis entrasen al pueblo por la Cañada de los Roncaleses y atacasen al enemigo por el norte, mientras que los guerrilleros del teniente lo harían por el sur. Nada de eso podría suceder ahora. Se habían desviado, no sabía cuánto. Estaba desconcertado. Ahora, ordenado por el Chispita ,se acercaban al pueblo por otro lado no previsto y que, para él, era desconocido. Transitaban por una senda más al oeste que, según le dijeron y pudo comprobar en su mapa, bajaba por la ladera del monte y, a escasamente un kilómetro del pueblo, terminaba en la carretera de Igal. No le gustó esto a Ramón. Percibía que por la carretera de Igal, que llegaba al pueblo por el oeste, podía haber peligro. Al menos así lo suponía él. No sabía si el comandante Chispita lo tenía previsto y había decidido algo que él desconocía.

El camino que, desde el norte, seguía el grupo de los maquis que venía con el Chispita recortaba el cerro y hacía una cerrada curva desde donde, en lo alto, se dominaba el río Biniés a su paso por el pueblo y el valle de Vidángoz. El comandante Chispita mandó detener la comitiva. Desde ese lugar inspeccionó el pueblo con sus prismáticos y no le gustó. Hizo un gesto de preocupación. No sabía nada de los guerrilleros que debían llegar desde Isaba por la carretera de Roncal. Le chocó que no hubiese actividad alguna. No oía tiros y eso le hizo pensar que algo no había salido como esperaba.

—¿Qué ha pasado con los soldados que estaban alrededor de la ermita? —le preguntó intranquilo a su segundo—. No creo que continúen allí. No tendría sentido si ya no nos esperan por esa zona, y el oficial que tengan al mando no será tan tonto de dividir sus efectivos y debilitarlos —comentó Chispita—. Hemos oído una explosión y hace un rato hubo tiros en el pueblo por el norte. Ahora todo está en calma… Me da mala espina.

—No sé, Miguel —contestó el lugarteniente—. Un enlace nos ha traído noticias del grupo que destacamos para lo de los camiones. Sabemos que los que han salido esta mañana han sorprendido a unos cuantos soldados que estaban ocultos cerca de la cañada, seguramente esperándonos, y que han acabado con alguno. Después del ataque, los soldados salieron echando leches para abajo hacia el pueblo. Supongo que se habrán unido de nuevo a los suyos. Los nuestros no han tenido bajas y se encontrarán con nosotros más adelante, cuando estemos en la ladera del río, como tú ordenaste.

—Del valiente ese…, Gabino se llamaba, y del barrenero ¿sabemos algo?

—No, compañero. No sabemos nada. Hemos oído una explosión y parece que lo han conseguido, porque, por lo que hemos visto, de los camiones solo queda chatarra.

—Y de los fascistas ¿qué sabemos?

—Más que saber, suponemos… Desde aquí arriba hemos visto revuelo de soldados en la explanada donde estaban los camiones, pero ni nos imaginamos el plan que pueden tener ahora. Seguro que algo estarán tramando.

—Lógico… Después de la voladura de los camiones y de nuestro ataque sorpresa a su destacamento en la cañada, deben de estar esperando nuestra ofensiva por algún lugar. Sabrán por dónde andamos y puede que también sepan algo de los guerrilleros que tenían que llegar desde Roncal. Estarán buscando cómo defenderse. Lo normal es que lo hagan desde dentro del pueblo y que se hagan fuertes en las casas. Nosotros bajaremos por esta ladera y nos emplazaremos antes de llegar al río. Desde allí los asediaremos y esperaremos hasta que sepamos cómo se han distribuido y cómo se organizan. Después veremos cómo acabamos con ellos. Se defenderán como gatos panza arriba —expresó el Chispita. Los tres lugartenientes de su confianza asentían —. Distribuíos por toda la ladera —ordenó—. Desparramados, para que no nos ubiquen en un solo lugar.

—¡A sus órdenes, comandante! —contestaron los tres.

Un guerrillero subía esforzándose por la empinada senda hasta donde estaban situados.

—Mi comandante —dijo agitado—. Soy uno de los que hemos sorprendido a un destacamento enemigo y obligado a que se retirasen. Hemos matado al oficial que los mandaba y no sé si a alguno más. Estamos ahí abajo. Hemos venido río adelante y estamos ocultos cerca del cauce, frente al pueblo. Me he destacado para venir a informarle. Hemos visto movimiento de tropas que se distribuían por las casas que dan a la carretera, al otro lado del río. Desde ahí estarán enfrentados a nosotros. Dispondrán de una buena situación y no sabemos si disponen también de armamento pesado.

—Los desgastaremos y, cuando yo lo ordene, asaltaremos sus emplazamientos. Tomad posiciones a lo largo de la ladera que da al río, frente al pueblo. Hasta que yo lo ordene no disparéis, aunque los diviséis. Después, a mi orden, haced un nutrido fuego a los huecos, balcones y ventanas. Que no asomen la cabeza.

19

Gabino, después de la voladura de los camiones, bajó unos metros por el río tras Senén, su compañero de faena. Después, el experto en barrenos, cruzando el río a todo correr, desapareció sin decir nada por un callejón. No quiso seguirlo. Él continuó por el cauce saltando sobre los guijarros que emergían del ahora poco caudaloso río. Se quedó solo y no sabía adónde ir. No conocía el pueblo. Tenía que darse prisa en encontrar un lugar donde esconderse. Pronto llegarían allí los soldados que estaban más arriba y buscarían. Salió del río y, atravesando la carretera con precaución, se introdujo en el pueblo por una estrecha calleja que, curiosamente, según rezaba una chapa, se llamaba Salsipuedes. Cerca ya de la calle principal reconoció la puerta donde había tenido el encuentro con Lisa el día anterior. Sin pensarlo dio unos golpes. Un perro ladró y avisó a los moradores de la presencia de alguien desconocido. La calle estaba vacía. Gabino, intranquilo, miraba a un lado y al otro en alerta por si veía aparecer a los soldados. En cualquier momento podría suceder.

—Hola, ¿quién es?

—¿Eres Lisa? —preguntó susurrante—. Soy Gabino…, que estuvimos hablando ayer. ¿Te acuerdas?

—Márchate, por favor, no me comprometas —le rogó Lisa.

—Lisa, me persiguen y van a matarme —suplicó Gabino—. Por favor, escóndeme. Están a punto de llegar.

—No puedo…, nos matarían a nosotros también.

—Pues ¿qué hago? No conozco el pueblo ni a nadie. Me están buscando y de un momento a otro me encontrarán… Me matarán. ¿Qué hago? —repitió.

Gabino, después de un corto silencio, escuchó un ruido que identificó como la elevación de una tranca de las que se utilizan para asegurar las grandes puertas. Después, el chirriar de un cerrojo. La puerta se abrió dejando un hueco suficiente para el paso de una persona.

—Anda, pasa… Vamos, vamos… Date prisa… He escuchado una explosión muy grande, ¿qué ha pasado?

—Ya te contaré… —dejó la respuesta en suspenso.

Gabino, agitado, echó un vistazo a la calle para comprobar si lo buscaban y entró apresurado.

—Sígueme y no abras la boca —dijo Lisa cerrando la puerta tras él—. Si se entera mi madre, me mata… A los dos, nos mata a los dos. Y menos mal que mi hermano no está…, que si no…

—Gracias, muchas gracias… Yo no quiero… —balbuceó Gabino.

—¡Venga, venga, pasa y calla!

Lisa volvió a poner la tranca en la puerta.

Gabino, nervioso, cruzó el corral y se dirigió apresurado a la oscura puerta abierta que daba entrada a la casa. Lisa lo detuvo.

—¡No, ahí no! —dijo tirando de él para encaminarlo hacia otra estancia que, algo más alejada, había a su izquierda—. Aquí, pasa aquí. Entra y no hagas ruido. Espérame sin moverte. Luego vendré yo, cuando compruebe… Bueno, que luego vengo, ¿vale? ¡Cierra la puerta y no hagas ruido!

Gabino entró en la oscura habitación .No había ventana alguna. Ninguna luz ni exterior ni interior permitía ver dónde se había metido. Olía a humedad y a hierba seca. A su izquierda palpó unos correajes y otros aperos que dedujo serían de enjaezar o uncir caballerías. A oscuras tropezó con algo que le pareció una artesa, de las utilizadas para amasar el pan, o, tal vez, un pesebre donde comen los animales. A tientas lo bordeó y dio con unas balas de paja. Allí se acurrucó con miedo de que, en un momento u otro, llegasen los soldados a prenderlo. La espera le pareció angustiosa. El tiempo se le hacía eterno. En el exterior, pensó, estaría ya oscureciendo. La tarde estaba avanzada.

Escuchó un tiroteo…, después otro. Luego tiros sueltos más espaciados. No sabía, ni imaginaba, lo que podría estar pasando en el pueblo con los suyos. De pronto le vino a la cabeza su compañero Ramón y la infinidad de situaciones que podrían darse. ¿Habrían vencido los guerrilleros a los del Ejército? No era probable. Lo normal era que les hubiesen causado algún daño, pero no podían haber acabado con ellos. Eran muchos. Él nada podía hacer. Tenía que esperar. Pensaba en cómo escapar. Le pareció que el futuro se le presentaba muy incierto.

Se hizo la noche. La rendija de la puerta que antes veía desde el rincón donde se escondía ya no destacaba. No sabía qué hora podría ser. La difícil situación en la que se encontraba lo llevaba, irremediablemente, a presagiar un

mal final. Si lo buscaban, lo encontrarían…, y no podría escapar. ¿Viviría para conocer a su hijo?, se preguntaba. Él, que se había propuesto no meterse en líos para poder cumplir ese propósito, se había dejado llevar. No sabía por qué…, y ahí estaba, con miedo y con pocas esperanzas de salir airoso de la aventura.

Puede que fuese ya medianoche. Así lo pensó. No sabía cómo calcularlo y su estado de nervios se lo ponía aún más difícil. Intentaba conciliar el sueño, pero no podía. Su cabeza no paraba de darle vueltas a la difícil situación en que se encontraba. Inesperadamente, la puerta, con sus bisagras herrumbrosas y oxidadas, crujió al abrirse.

Se asustó y, esperando saber quién entraba, se hizo un ovillo acurrucándose tras una paca de hierba. No llevaba ningún arma con la que defenderse si fuese necesario.

—Gabino… Chsssst… Gabino… ¿Dónde estás? —dijo una voz que reconoció.

La silueta de la joven se recortó sobre la claridad de la puerta abierta. Se incorporó torpemente y salió a su encuentro.

—Hola, Lisa, ¿pasa algo? —preguntó alarmado.

—Tranquilo, Gabino, estoy yo sola… Sí, claro que pasa, pero no sé qué. Toda la tarde se han oído disparos por diferentes sitios. Los vecinos estamos asustados y permanecemos encerrados en nuestras casas. Primero hubo una explosión muy grande río arriba, después oímos tiros que venían de lejos y luego otros por el lado de la iglesia y el cementerio, me pareció. Todo empezó como a las seis de la tarde. Nadie se atreve a salir a la calle. Luego, ya casi de noche, echaron de sus casas a algunos vecinos y les han dicho que se metan en otras de por aquí, del interior del pueblo.

—¿Y de qué casas dices que los han echado?

—Pues exactamente no lo sé. A mí me lo ha dicho el vecino de al lado, que ha venido a preguntarnos si estábamos bien. Dice que, entre los que traían los soldados, le ha parecido reconocer a alguno de los que viven por el río… También, no hace mucho, se han oído tiros por allí.

—Tengo que ver qué está pasando.

—¡Tú no te mueves de aquí! Si lo haces, lo más seguro es que te cojan y además sabrán que te hemos ayudado y nos matarán a todos —impuso Lisa—. Ahora te daré algo para que cenes y, a medida que yo me vaya enterando, ya te

iré contando como está todo. Tú, tranquilo…, aquí, sin moverte, ¿me has oído? ¡Sin moverte!

—Pero no puedo estar aquí mucho tiempo. Tengo que regresar con los míos y ver…, bueno, no puedo contarte nada, porque…

—¡Tú te quedas aquí quieto el tiempo que sea necesario, no nos comprometas! Mi madre ya sabe que estás aquí.

—¿Y no te ha dicho nada?

—¿Qué no me ha dicho nada? Me ha dicho que si estoy loca, que si se enteran nos matarán a todos. A mi hermano también, que está por el monte, no sé dónde .La Guardia Civil lo anda buscando. Imagínate la que se lía si se llega a saber que hemos tenido escondido a uno de los que llaman »rojos«. No quiero ni pensarlo.

—No, Lisa… No quiero poneros en peligro. Mejor me marcho. Ahora es de noche y no me verán. Puedo esconderme en alguna borda o salir del pueblo sin que me vean. Tengo que reunirme con mi amigo Ramón. Estará muy preocupado por mí. Yo creo que podría intentarlo bajando por el río.

—¡Te he dicho que no! De aquí no sales hasta que no se marchen los soldados. Si te cogen, te harán hablar de todas formas. Ellos saben muy bien cómo hacerlo —dijo pensativa—, y yo también lo sé. He oído que han venido muchos más a por vosotros. Desde Igal y de los pueblos de ese lado del valle de Salazar. Los que han llegado ahora dicen que son de la Policía Armada. Ha habido una buena por el río. Dicen que los maquis que llegaron por el monte y estaban al otro lado del río pegando tiros han tenido que salir corriendo otra vez para arriba, por donde habían venido. Intentarán escapar metiéndose en las montañas que ellos conocen bien.

—¿Tú cómo sabes esto que me estás contando?

—Mi vecino de la casa de al lado, que tiene que salir al corral para echar de comer a sus animales, pase lo que pase, se entera de todo. Todos estamos asustados y tenemos miedo a los soldados, pero la vida del pueblo no se puede parar…, aunque tiren bombas.

Gabino recapacitaba sobre la situación poniéndose en el lugar de los sufridos locales.

—Gabino, tengo que decirte algo: tuve que contarle a mi vecino que te tengo escondido.

—¿Estás loca? ¡No tenía que saberlo nadie! ¿Por qué me has delatado?

—¡Gabino, yo no puedo ayudarte sola! ¿No te das cuenta? —le explicó Lisa asustada por su reacción—. Él es amigo de mi hermano y colabora con los de la montaña. No te van a delatar. Ellos te ayudarán a escapar, ya lo verás.

Gabino se calló. No tenía otra alternativa. Tenía que confiar en Lisa. Él no conocía ni la zona ni a sus gentes.

—Toma… Te traigo lo que he podido para que comas esta noche y una manta para que te abrigues. Mañana veremos cómo están las cosas. No te muevas de aquí ni hagas ruido. No te preocupes, yo estaré al tanto. Ahora trata de descansar. Si me entero de que te andan buscando, ya te aviso y vemos qué hacemos.

20

El teniente Bonilla, el sargento Dionisio y el resto de los guerrilleros se habían agrupado en el cementerio de Vidángoz, junto a la iglesia. Allí, atentos y vigilantes, aguardaban la información que tenían que aportarles los dos hombres que habían enviado a inspeccionar las calles. Acababan de regresar.

—Mal asunto, mi teniente —dijeron—. Los soldados que están en el pueblo ya no esperan a los maquis por la cañada que viene del norte ni tampoco a nosotros por el este… El plan que teníamos ya no nos vale. La explosión que hemos oído se ha producido por la voladura de los camiones que ayer los trajo hasta aquí. Están todos revueltos por la parte de arriba del pueblo.

—¿Y quién ha podido volarlos? ¿Los maquis? ¿Alguno desde dentro del pueblo? —se preguntaba el teniente.

—Pues no sé… —dijo el sargento—. Ahora no tendrán con qué largarse, y eso los hace más peligrosos.

—Nos ha parecido ver que están tomando posiciones a lo largo del río, en las casas que hay por allí —volvió a informar uno de los guerrilleros—. Será porque esperan que los maquis los ataquen por ese lado.

—Sí, claro… Están creando un frente para defenderse —concluyó el teniente—. Entonces por el sur serán más fuertes y el norte quedará desprotegido.

—Sí, mi teniente, ya no nos esperan por la carretera de Roncal, pero saben que estamos aquí, en el pueblo —fue la reflexión del sargento Dionisio—. No nos tienen ubicados, por ahora, y eso los tendrá en alerta. Tampoco sabrán cuántos somos. Solamente tendrán la información que hayan aportado los francotiradores. Si yo fuera el que manda en ese destacamento, no abandonaría del todo el puesto elevado de la ermita.

—¿Por qué? —le preguntó el teniente.

—Porque, en caso de que nosotros atacáramos desde dentro, podrían intervenir con rapidez —contestó el sargento—. Un problema tiene planteado el que comande esa unidad.

El teniente Bonilla pensaba de qué forma podrían intervenir ellos y ser útiles en la acción sin que sus hombres corriesen un riesgo elevado. No lo tenía fácil tampoco.

—Nosotros somos pocos y no nos podemos enfrentar a ellos abiertamente —dijo el teniente Bonilla—. Tampoco nos podemos marchar de aquí, porque nuestra camioneta se largó y no sabrá cómo encontrarnos… Nos hemos apartado del plan que traíamos. Creo que lo más conveniente será ocultarnos y esperar a ver qué es lo que sucede. Tenemos que estar atentos e intervenir en el momento oportuno a la vista de la situación.

Los hombres estaban nerviosos. No hay nada peor que el desconocimiento de la situación y la inseguridad. Algunos escuchaban lo que el teniente y el sargento decían. El teniente tenía que generar confianza entre ellos.

—Entonces…, vamos a ver, sargento —dijo alzando la voz para que todos lo oyesen—. No debemos iniciar nada si no sabemos cómo están las cosas. No podemos escondernos en el pueblo, porque el enemigo enviará un pelotón en nuestra búsqueda para localizarnos, y cuando nos encuentre, que nos encontrarían, lo tendríamos difícil. Lo mejor es que crean que nos hemos marchado.

—Pero… ¿Cómo lo haremos? —preguntó el sargento.

—Nos alejaremos del pueblo por aquí mismo —dijo señalando la inclinada y frondosa pendiente que se iniciaba cerca de ellos—. Justo aquí, detrás de nosotros, hay un barranco con mucha vegetación, y por él me ha parecido ver un camino que se interna entre los árboles. Seguramente llegará al pueblo por el sur. Nos ocultaremos entre la vegetación y esperaremos a ver cómo se desarrolla el enfrentamiento entre los soldados y los maquis. Cuando oigamos la música de esa fiesta y estén más entretenidos, saldremos nosotros por su espalda y los invitaremos a bailar… Se verán atacados por la retaguardia y, si los otros les estuviesen dando por el frente, lo tendrán difícil.

Todos asintieron. Un murmullo aprobatorio se escuchó entre los hombres.

—¡Hala, vamos! —dijo el teniente elevando el brazo y agitando su mano en señal de marcha.

Fue el primero en bajar el empinado barranco. Los demás lo siguieron. Arropados por la espesa vegetación, descendieron por la ladera y, ocultos, esperaron atentos las órdenes del teniente.

A pocos metros se oían las aguas bravas del río Biniés. Desde donde estaban, una estrecha senda parecía que, entre pinos y acebos, llegaba hasta al

pueblo. Muy cerca estaba la carretera que entraba a Vidángoz por el sur, y por el oeste la que venía de Igal.

El sargento Dionisio, conocedor de su oficio, envió a dos vigías para que, ocultos, observasen. Era imprescindible conocer el movimiento de unos y de otros para saber cómo actuar.

Poco tiempo tuvieron que esperar. Caía la tarde y oyeron un intenso tiroteo que se había iniciado en el pueblo. No sabían bien desde dónde se disparaban los unos a los otros, pero supusieron que los maquis estaban en la ladera que, frente al pueblo, daba al río, y los adversarios, los del Ejército, se defendían desde las casas que estaban pegadas a la carretera y bordeaban el cauce.

—¡Vamos, chicos! —gritó el teniente empuñando su subfusil y avanzando hacia el oeste en dirección al río—. Llevaos lo justo, armas y municiones, y dejad aquí lo demás, ya lo recogeréis. No vais a necesitar ahora otra cosa. Descargaos de peso. Seréis más ágiles de movimiento. Vamos a ver si podemos unirnos a la fiesta. Entraremos al pueblo y nos acercaremos a las últimas casas, que es desde donde están disparando. Tenemos que entrar en ellas y sorprenderlos. No hagáis notar vuestra presencia hasta que no estemos dentro del *fregao*… Estad atentos a mis órdenes. Usted, sargento, coja a tres hombres y cruce la carretera y escóndanse por allí. No intervengan si no es necesario, pero estén muy atentos y observen si hay desplazamientos de tropas o si llegan más enemigos por la carretera.

Así lo hicieron.

El sargento Dionisio, con tres guerrilleros, atravesó el río y se ocultó entre las dos carreteras que llegaban al pueblo. Los demás siguieron al teniente Bonilla y, con precaución, se situaron a espaldas de las primeras casas del pueblo, desde las que los soldados se estaban defendiendo del ataque de los maquis. Desde allí, esperando recibir órdenes, escuchaban el nutrido tiroteo de la refriega.

El teniente Bonilla evaluó la situación. Sería previsible un avance de los maquis atravesando el río para tomar las casas al asalto, pero la ventajosa posición de los soldados del Ejército, apostados en las ventanas, se lo pondría difícil. Seguramente, por ahora, tomarían posiciones a lo largo de la abrupta ladera de la margen derecha del río y desde allí los seguirían asediando. Pensó que este era el momento de atacar las posiciones enemigas desde dentro. Dividiría su concentración y favorecería el ataque de los maquis, que, suponía, serían más numerosos.

—¡Preparados! ¡Escuchad! ¡Esto es lo que haremos! Entraremos en las tres primeras casas que dan al río. Son desde las que se están enfrentando los fascistas a los maquis. Las tres tienen la puerta por detrás y nos será más fácil. No parece que las entradas estén vigiladas. Hay que cogerlos por sorpresa. Ellos estarán disparando desde las ventanas y no se esperarán nuestro ataque. Entráis a los lugares donde están apostados y, antes de que se percaten de vuestra presencia, disparáis dos o tres ráfagas y saldréis corriendo hacia la calle. A alguno os cargaréis. No os quedéis allí para comprobarlo. Os liquidarían. Cruzáis la calle y enfrente de las casas tomáis posiciones por si salen a buscaros, que lo harán. Los estaréis esperando y les disparáis cuando intenten salir.

—¡Teniente, teniente…! —interrumpió uno de los guerrilleros, que se había quedado con el sargento para vigilar—. ¡Por la carretera de Igal han llegado, hace un momento, dos camiones con tropas de la Policía Armada! Están subiendo por la ladera y van a por los maquis que están luchando frente al pueblo. Ahora los atacan por dos flancos.

—¡Pues la hemos jodido¿ !Cuántos son?

—Pues… no sé. Dos camiones con hombres… Podrán ser cuarenta o cincuenta. Se han bajado en la carretera y suben por un camino hacia el norte. Van atacando a los maquis que están allí por su flanco derecho.

—Pretenden tomar el cerro y hacer que los maquis retrocedan —dedujo el teniente—. ¿Y el sargento Dionisio y los otros dos dónde están?

—No se han movido. Están donde usted ordenó. Escondidos. Esperan sus órdenes.

El teniente reflexionó y ordenó:

—¡A ver, muchachos! ¡Cambio de planes! —elevó la voz para que todos lo oyesen—. Vamos a cruzar el río y la carretera por aquí mismo. Llegaremos hasta donde está el sargento Dionisio, ¿entendido? —les explicó el teniente Bonilla a sus hombres—. Enfrente tenemos el cerro desde donde los maquis están presentando batalla a los fascistas. Pero ahora están siendo atacados por una compañía de la Policía Armada que acaba de llegar por la carretera de Igal y se lo estarán poniendo muy mal. Parece que son muchos. No tendrán más remedio que abandonar y retirarse. Nosotros, si continuamos aquí, también tendremos una difícil situación. Estamos solos y aislados. El enemigo es numeroso y en cualquier momento puede venir a por nosotros. Además, ahora tienen camiones. No tendríamos nada que hacer. Nos cazarían. Nuestra única

salida para salvar el pellejo es unirnos a los maquis que se estarán retirando. Puede ser un momento peligroso. Subiremos cerro arriba lo más rápido que podamos para agruparnos con ellos y haremos lo mismo que ellos. La rapidez es nuestra única posibilidad. No tenemos otra. Nos esconderemos por la montaña. Después, cuando salgamos de esta, ya veremos qué es lo que nos conviene hacer.

Los hombres, que ya estaban dispuestos para el ataque a las casas, siguiendo el plan del teniente, frustrados, se miraban los unos a los otros. ¡Estaban desconcertados! Se daban cuenta del peligro que corrían. Parecía que todo les estaba saliendo mal.

—¡No os acerquéis al pueblo! Subid por donde os he indicado, uníos a los maquis y perdeos con ellos —les advirtió el teniente—. Pronto oscurecerá y eso nos facilitará las cosas. La camioneta que nos trajo no puede recogernos, como habíamos previsto. Así que no contéis con ella. Los soldados que están en el pueblo y la Policía Armada nos perseguirán, aunque no creo que por mucho tiempo. Ellos, sin infraestructura para desplazarse, no harán nada y por las sendas de montaña no pueden subir vehículos. No conocen estas montañas ni sus intrincados senderos. Además, son caminos estrechos y propensos a las emboscadas. En cuanto se haga de noche, depondrán la búsqueda. Mañana peinarán la montaña para dar con nosotros. Tened mucho cuidado. Es probable que alguno caiga herido…, y no podremos ayudarlo.

Los maquis a la orden del Chispita, reconociendo la difícil situación en la que se encontraban y viendo frustrado su objetivo, abandonaban sus posiciones y se alejaban del pueblo en desbandada, perdiéndose por el intrincado monte.

Los soldados el capitán Estévez, desde las casas que bordeaban el río, paqueaban a los guerrilleros, que, dispersos y desprotegidos, abandonaban sus puestos y subían por la ladera mientras que los policías armados los acosaban por el sur. Algunos fueron alcanzados.

El teniente Bonilla, aunque ya había explicado el plan a sus hombres, no lo tenía claro. No se atrevía a dar la orden de iniciar la acción. Los estaba poniendo en riesgo. Si los localizaban, estarían perdidos. No podían esperar más. Si pretendían unirse a los maquis, que a su parecer era la mejor solución para escapar, tendrían que hacerlo dirigiéndose hacia el norte, y solamente

podrían hacerlo yendo a su encuentro, arriesgándose a cruzar el río o, a la desesperada, subiendo por el interior del pueblo, sin saber dónde estaban las fuerzas del ejército de Franco. Otra opción podría ser huir volviendo por donde habían llegado, bordeando el pueblo por la parte de atrás, pero era previsible que los soldados les cortasen el camino por esa vía. Lo tenían difícil, muy difícil.

Iba a dar la orden de avanzar cuando sintió moverse los matorrales y, de pronto, apareció el sargento Dionisio junto con los dos soldados que estaban destacados en una posición avanzada. Habían abandonado sus puestos de vigilancia y venían agitados.

—¡Mi teniente, mi teniente¡ !Ni se le ocurra moverse, mi teniente…, y mucho menos entrar al pueblo! Está *infectao* de enemigos por todas partes. Hemos tenido que marcharnos de nuestro emplazamiento porque un grupo de soldados venía hacia nosotros.

—Pero entonces…, ¿qué hacemos? No podemos quedarnos aquí parados —dijo el teniente desconcertado dirigiéndose al sargento, en el que confiaba por su experiencia—. Si no podemos ayudar a los nuestros, que ahora han abandonado su emplazamiento y huyen, y tampoco podemos escapar con ellos porque nos van a interceptar, ¿qué podemos hacer?

—Si salimos al encuentro de los maquis que han abandonado sus posiciones y que ahora han salido corriendo monte arriba, nos cogerán a nosotros entre dos fuegos y no tendremos escapatoria —opinó el sargento, y continuó—: Los soldados del Ejército, al darse cuenta de la retirada de sus enemigos, también han salido a por ellos cruzando el río. Para mí está bien claro, mi teniente: una retirada a tiempo es una victoria…, y no hay otra solución que salir corriendo por el sur, por el camino de Burgui, que es una salida que no tienen vigilada. Por lo menos, por ahí no hemos visto nada. Y hay que hacerlo antes de que desistan de perseguir a los maquis, den por concluida la operación y vengan a buscarnos… Después lo que usted mande, mi teniente, pero si nos vamos por el sur, no debemos ir por la carretera. Tendremos que apartarnos por alguno de los barrancos que hay, no sea que les dé por bajar a por nosotros. Si nos buscan por la carretera hacia el sur, los harán con los vehículos que han traído a los de la Policía Armada.

El teniente Bonilla se quedó reflexionando. Le pareció que el sargento tenía razón en su planteamiento.

—¿Hemos tenido bajas? —le preguntó.

—Sí, mi teniente. El compañero Fermín.

—Era un buen tipo… ¿Alguna baja más?

—No, mi teniente, ninguna más. A Lucio, el carpintero, le pegaron un tiro en el hombro izquierdo. Un poco más abajo y lo dejan frito…, pero está mejor, no es grave. Le hemos limpiado la herida y le hemos hecho una cura de emergencia. Parece que está bien.

—Bueno, pues adelante. Sigamos el cauce del río hacia el sur por la carretera de Burgui. Sin hacer ruido. Si detectamos algún movimiento enemigo, escondeos de inmediato, que no nos vean. Y si nos descubren, pues… ya sabéis: defendeos como podáis y, si os toca, morid con orgullo y valentía.

La carretera en dirección a Burgui iba paralela al río por su lado izquierdo. Apartarse de ella para no ser vistos y marchar por el cauce era complicado. Menos mal que aún el río no llevaba mucha agua y, en algunos tramos, se podía transitar por su lecho.

Al principio tomaron un mal trazado sendero que les permitió marchar hacia el sur con facilidad sin necesidad de ir por la carretera, pero pronto, a poco más de un kilómetro, el camino se perdía junto al río, encajonado en angostos barrancos. Llegaron de nuevo a la carretera, que atravesaba hacia el otro lado del río por un puente de piedra. A partir de ahí, según observaron en el mapa que les habían dado, una sucesión de barrancos y desfiladeros dificultaría la marcha. No se indicaba ningún otro camino que se dirigiese al este para llegar al valle del Roncal, que sería su mejor vía de escape. Tenían que apartarse de la carretera y no quedarse a la vista, por si los buscaban.

Se encontraban ahora en un páramo desde el que podía divisarse, algo más lejos, un buen tramo de la carretera. Desde allí, a su izquierda, se iniciaba el barranco que complicaba el camino para seguir hacia el sur. El teniente detuvo la marcha y mandó ocultarse a sus hombres.

—Sargento, coja usted dos hombres y mire si por el barranco de ahí enfrente sale alguna senda que nos facilite continuar el camino hacia el sur.

—¡Un momento, mi capitán! Espere… —interrumpió el sargento—. ¿No oye usted el ruido de un motor...? Sí…, parece que viene desde abajo, por la carretera.

El oficial hizo un gesto instintivo con la mano hacia abajo, indicando a los suyos que se escondiesen, y se acercó hasta donde se encontraba el sargento, que intentaba descubrir qué era lo que se aproximaba. Por la carretera, a lo lejos, divisaron un vehículo que no podían identificar bien.

—¿Es un coche o una camioneta? —le preguntó el teniente al sargento, que miraba con sus prismáticos.

—Está aún muy lejos. Baja por aquel puerto —contestó mientras observaba —. Parece un vehículo algo mayor que un coche. Puede que sea el coche de línea o… no sé. Desaparece por las curvas. Como viene de frente no se distingue bien.

—Bueno, da igual… Hay que pararlo sea lo que sea —ordenó el teniente—. No tendremos otra oportunidad. Colocad a la entrada del puente un tronco o una piedra, o lo que sea que lo obligue a parar. Sitúe a cuatro hombres escondidos dos a cada lado. Los otros que se escondan donde puedan al lado de la carretera y, cuando pare, obliguen a bajar a todos los que vayan en el vehículo. Si son militares, les disparan sin más, que no tengan tiempo de reaccionar. Si alguien opone resistencia, también. No podemos andarnos con contemplaciones. Es su vida o la nuestra. Si son paisanos, no les hagáis nada. Los registráis por si llevan armas y les ordenáis que se metan debajo del puente. Subís todos los que podáis al vehículo, dais la vuelta al coche, o lo que sea, y tiráis para abajo. Os bajáis en un cruce que hay con la carretera que va a Roncal desde Burgui, como a cuatro o cinco kilómetros. Allí nos esperáis. Regresáis de nuevo aquí con el coche, a buscarnos a los que ahora no quepamos. Nosotros nos quedaremos aquí esperando y vigilando. Daos prisa.

Se pusieron a hacer lo que el teniente había ordenado. El vehículo se acercaba. Ya se divisaba a lo lejos. Todos se prepararon…

—¡Mi teniente, pero si es…! ¡Si es nuestra camioneta! —gritó alborozado el sargento.

21

De pronto, la frecuencia de los disparos se hizo menor. En la estancia donde se encontraba el capitán ya no entraban balas por el balcón abierto y escuchó un ruido de metralletas que procedía de algún punto lejano. Parecía oírse por el sur.

—Cabo, vaya usted a ver qué sucede en las otras posiciones y compruebe si ha habido bajas. Entérese de lo que está pasando por ahí afuera.

—¡A la orden, mi capitán!

Se disponía a salir cuando el sargento, que había permanecido hasta ese momento en la casa de al lado, entró atropelladamente en la estancia.

—¡Mi capitán, mi capitán! Parece que los maquis se están retirando monte arriba. No sé muy bien por qué, pero hemos oído tiros y supongo que han llegado los refuerzos que esperábamos. No sé cuántos serán, pero seguro que son los de la Policía Armada que estaban por Igal, a los que pedimos ayuda. Han llegado en el momento oportuno. Es precisamente lo que estábamos necesitando.

El capitán Estévez se incorporó animado y se puso a otear con sus prismáticos el campo que, al otro lado del río, se abría frente a él.

—Sí, efectivamente. Veo a varios hombres que avanzan haciendo fuego por la ladera de enfrente y a los maquis que se están replegando y huyendo hacia arriba. Hacia las montañas —afirmó sin apartarse los binoculares de los ojos.

—A ver, sargento —dijo después de analizar un momento la situación—. Salgamos en su ayuda. Nos incorporaremos a su avance. Disponga una sección que cruce el río y acose a los maquis desde abajo. Que suban por la ladera y limpien las posiciones que antes tenían ellos. Si pueden coger vivo a alguno de esos hijos de puta, mejor. Necesitamos saber dónde se refugian y cuántos son. Hay que acabar con ellos.

—¡A sus órdenes, mi capitán!

—Que otra sección atraviese el pueblo hacia arriba y suban por la cañada. Después del cruce, unos cuatrocientos o quinientos metros más arriba, salen

un par de caminos a la izquierda que se internan en el monte. Entren por ellos para cortarles la retirada a los que huyen y hagan una batida. ¡Me los cazan a todos! —dijo acercándose a la mesa, donde había extendido de nuevo el mapa de la zona—. Impidan que los maquis se escapen. No podemos perder tiempo. Si dejamos que se internen en las montañas, no los cogeremos.

El sargento se acercó al mapa para situarse de acuerdo con las indicaciones del capitán.

—Entendido, mi capitán, ya veo por dónde dice usted —dijo cuadrándose, dando un sonoro taconazo—. No dejaremos ni uno. Le traeremos prisioneros.

—Otra cosa, sargento —lo detuvo el capitán—, que una escuadra registre las casas y averigüen si hay maquis escondidos. Es probable que, al ver las cosas mal, alguno haya optado por esconderse en el pueblo. Muchos serán de por aquí y pueden tener familiares o amigos que los protejan. Entérese, como sea, de dónde están y de quién los puede estar ayudando. Es probable que los tengamos a nuestra espalda y no lo sepamos. Organice la búsqueda y no se ande con contemplaciones, ¿entendido? Alguien del pueblo los puede haber visto y sabrán más de lo que creemos. Si sospechan que alguien ha colaborado con ellos, me lo traen aquí. Sea quien sea… Y lo averiguaremos.

El sargento salió apresurado de la estancia impartiendo órdenes a los soldados.

—Todos abajo… A formar en la calle. ¡Deprisa!

Destacó un pelotón de siete hombres para que, casa por casa, buscasen en el pueblo.

—Registrad las casas, no os dejéis ni una. Traed a quien os parezca sospechoso y andaos con ojo. Si están escondidos y ven que los vais a detener, se defenderán. Les va la vida. Andaos con ojo.

Al grueso de sus efectivos los dividió en dos secciones para seguir las órdenes del capitán.

El sol ya se había puesto. La oscuridad favorecía la huida de los maquis, pero había que intentar eliminarlos.

El capitán Estévez recobró su arrogancia y se dispuso a mostrarse implacable con sus enemigos. No cesaría hasta terminar con ellos y dejar limpia la zona. Estableció allí mismo su cuartel general y se dispuso a pergeñar su plan. Pediría otros vehículos de transporte y un equipo de comunicaciones. Era imprescindible para el lugar donde lucharían. También necesitaría refuerzos. No sabía todavía cuántos soldados había perdido, pero necesitaba

más hombres. Se pondría en contacto con el comandante de las fuerzas de la Policía Armada que habían llegado en su ayuda, estudiarían la situación y buscarían la mejor estrategia.

Había constatado que el enemigo era numeroso, conocía el terreno mejor que ellos y no le faltaba criterio a la hora de planificar un ataque.

La batalla había terminado. Algún tiro lejano aún se escuchaba.

Poco antes de medianoche, un grupo de soldados traían, carretera abajo, maniatados a tres hombres del pueblo.

—¡Vamos, entrad aquí! —dijo el sargento al mismo tiempo que los empujaba hacia el portal.

Subieron a la primera planta, donde el capitán, que los había visto venir desde el balcón, ya los esperaba.

El cabo que lo acompañaba había cerrado las contraventanas del balcón para no ser vistos desde fuera.

—A sus órdenes, mi capitán —dijo cuadrándose el sargento, irrumpiendo en la estancia—. Traemos a tres maquis que hemos enganchado. Estaban escondidos en un cobertizo. Eran dos más, pero han intentado escapar cuando los hemos localizado y dado el alto. A uno nos lo hemos cargado y el otro ha logrado escabullirse… Ya lo cogeremos. Estaba muy oscuro —se excusó—. Estos no han ofrecido resistencia. Han salido con las manos en alto.

—¡Inútiles! ¡Traed a esos para acá!

Dispusieron en fila a los tres asustados prisioneros que permanecían en silencio, vigilados por los soldados armados.

Dos de ellos eran jóvenes. No parecían tener más de 30 o 35 años. Su vestuario, ajado. Unos raídos pantalones de pana y un blusón gris sobre unas sucias camisas, que debieron de ser blancas alguna vez, mostraban su aspecto de campesinos. El tercero, un hombre ya mayor con atuendo de guerrillero, miraba desafiante al capitán.

—¿Cuántos sois? —Fue la primera pregunta dirigiéndose a los tres, mirándolos alternativamente, mientras se paseaba por delante de ellos con las manos a la espalda. —El silencio fue la respuesta—. ¿¡Que cuántos sois...?! ¿¡Que quién es vuestro jefe?! —insistió el capitán acercándose a ellos agresivamente.

Tampoco obtuvo respuesta.

—Este se llama Ramón —dijo el sargento señalando al de mayor edad—. Cuando íbamos a prenderlos, así lo llamaron. Parece un veterano…, y era el que mandaba en el grupito. Seguro que es el que más sabe de lo que está pasando.

El capitán se lo quedó mirando fijamente, pero Ramón, impertérrito, ni pestañeaba.

—¿Llevaban alguna documentación? ¿Algún papel?

—Nada. Van limpios para que no los identifiquen y no pueda haber represalias contra sus familias. Muchos de ellos deben de ser de la zona.

—¡Ya! Llevadlos abajo y hacedlos hablar… ¡como sea...! ¿Entendido? —ordenó ofuscado el capitán, que no dejaba de despotricar ante el silencio de los prisioneros.

Los dos soldados, que permanecían vigilantes empuñando sus fusiles, empujaron a los cautivos haciéndolos salir del salón y, a empellones, bajaron trastabillando por la escalera.

—¡Sacadles información! ¿Quién los manda? ¿Cuántos son de por aquí y cuántos de los que han entrado desde Francia? ¿Qué órdenes tienen? ¿Dónde se esconden? Que os digan si tienen familiares por la zona… Nos vendrá bien saberlo —les gritó al tiempo que se alejaban—. ¡Ah…, y que os digan quién o quiénes fueron los que volaron los camiones y si estaban con ellos en el ataque! Tengo ganas de echarles el guante… ¡Se van a enterar!

El capitán mandó apagar las luces de su estancia. Volvió al balcón, que abrió de par en par, y con los binoculares trató de ver qué estaba pasando fuera. Escuchaba algunos tiros cada vez más lejanos, pero la oscuridad reinante no le permitía divisar nada.

Los gritos que provenían del piso inferior dibujaban en la cara del capitán Estévez una sonrisa malévola. Parecía que estuviese disfrutando con el sufrimiento de sus enemigos. Le entraban deseos de bajar y participar en la tortura, pero no quiso involucrarse directamente. Esperaba que sus subordinados fuesen lo suficientemente duros y obtuviesen la información que requería.

Al rato subió de nuevo el sargento. Venía sudoroso, con la camisa desabrochada y jadeante. Lo acompañaban dos soldados.

—¿Qué?, ¿les ha sacado algo? —preguntó impaciente el capitán.

—No mucho, mi capitán —contestó—. Los maquis más jóvenes parece que no sabían nada importante. No sé cómo han aguantado la paliza… Dicen que

ellos son de la partida de un tal Chispita y que no se conocen todos, porque no siempre son los mismos. Nos han contado que se dividen en varios grupos y están repartidos por diferentes zonas de la sierra que está entre Izalzu y Uztárroz. Que no están siempre en el mismo lugar para que no los controlen ni los sorprendan. Parece que los grupos no son cerrados y sus hombres se van incorporando, a uno u otro lugar, siguiendo las órdenes de su comandante. Ahora eran más numerosos, porque se habían juntado más que llegaban de otros puntos. No saben cuántos eran… Calculan que muchos; sin saber precisar.

—¿Y esos son de por aquí? —preguntó el capitán—. Hay que saber si tienen familiares por la zona: mujeres, hijos, padres… Quien sea que nos valga para presionarlos y hacerlos cantar.

—Bueno, no se sabe si dicen la verdad, pero estos dos han dicho que son de Ochagavia. Un pueblo que está por el valle de Salazar… Pero vaya usted a saber, seguro que tienen algún pariente aquí mismo, en Vidángoz.

—¿Y el otro, el viejo?

—Ese no nos ha contado nada. Por más que le damos, solamente dice: »Viva la República española.« No hay forma de sacarle nada. Dice que llegó el día tres desde Francia con otros guerrilleros.

—¡Hay que presionarlo más, joder...! ¡Sacadle los ojos si es necesario, pero necesito saber más cosas de su unidad!: cuántos son, dónde está el resto, quiénes son sus jefes, cuál es su misión, qué objetivo tienen y cuáles son sus planes.

El sargento y los dos soldados, asustados por la reacción violenta que mostró el capitán, dieron un respingo.

—Mi capitán, ¿permiso para hablar? —intervino con miedo uno de los soldados.

—¡Diga, diga rápido!

—Uno de los maquis ha cantado que el viejo y otro más joven, un tal Gabino, llegaron el día cinco al campamento del Chispita y que estuvieron hablando con el jefe. Nos ha dicho que se comenta que ha sido ese tal Gabino el que ha volado los camiones.

—Serían más —dijo mirando amenazadoramente a sus subordinados—. No ha podido un hombre solo llegar hasta los camiones, cargado con los explosivos, y hacerlos volar.

—Bueno, solo no estaría, mi capitán. Ha dicho que del campamento salieron él y el mulero con dos mulas. Que portaban unas cajas, que debían ser la dinamita, y que con ellos iba uno que llaman »el minero«, que sabe de voladuras. Han contado que antes de que empezase el tiroteo se apartaron del grupo… Después no volvieron a verlos. Dicen que oyeron la explosión, pero que no saben nada más y que no han vuelto a ver a ninguno.

—¡Busquen a ese tal Gabino! ¡Si no ha muerto, no puede estar lejos! —El capitán echaba pestes por la boca—. Agarren a ese hijo de puta y me lo traen para acá. También al minero que lo acompañó y al mulero. —Se disponían a marcharse y el capitán los detuvo—. Y al viejo, ¿le habéis preguntado al viejo? Si llegaron juntos al campamento de los maquis, seguro que son amigos y él sabrá mucho más.

—Sí, hemos intentado hacerlo hablar, pero…

—¡¿Pero qué...!? Qué pasa, ¿no sois capaces de hacer cantar a un viejo? —gritó ofuscado el capitán dirigiéndose ahora al sargento.

—Bueno, es que no ha abierto la boca por más que le hemos hecho. Solamente le hemos sacado su nombre. Dice que se llama Ramón y que pertenece a la brigada cuarenta y cinco. No dice más —respondió.

—¿Que no dice más? ¡Inútiles, que sois unos inútiles! ¡Ese es el que nos puede dar más información de todo! —voceó el capitán enfrentándose al sargento—. Os ha dicho el otro que llegaron al campamento maqui el día cinco, pero ¿de dónde venían? Si eran de los que habían entrado desde Francia, ¿cuántos eran? ¿Se han juntado o atacan de forma independiente cada grupo por su lado? Esa información es fundamental. Tenemos que saber a qué nos enfrentamos.

Los dos soldados que acompañaban al sargento oían el rapapolvo. Estaban también asustados. Sabían que esos estados incontrolados del capitán podían acabar mal para quien estuviese cerca.

—¡Traigan aquí al viejo ese! ¡Ya veremos si habla o no! —dijo sobresaltado el capitán.

—Está inconsciente, mi capitán. No ha aguantado los golpes.

—¿Inconsciente? Ya os he dicho que a un prisionero que puede saber cosas hay que torturarlo para que hable, pero mantenerlo siempre vivo y consciente. Si no, no sentirá el dolor y no conseguiremos sacarle nada. Reanímenlo y déjenlo atado a una silla. ¿Dónde lo tenéis?

—En una habitación de abajo, de donde no puede escapar —informó el sargento.

—Dadle agua y mantenedlo despierto. Yo bajaré ahora y ya veréis si habla… ¡Vamos si hablará!

—¿Y con los otros dos qué hacemos, mi capitán? — preguntó el sargento cuando ya se retiraban.

—¡Fusiladlos...! Bueno, no, esperad. ¿Hay más prisioneros? —preguntó el capitán.

—Sí, mi capitán. Los tenemos encerrados en una de las casas.

—Está bien, encerradlos con ellos. Tenemos orden de llevarlos a Zaragoza. Allí los juzgarán y ya los fusilarán.

—¿Y el viejo?

—El viejo primero que cante lo que sepa… Después, ya veremos.

El capitán Estévez se quedó rumiando su rencor. Salió al balcón respirando hondo para tranquilizarse. Le importaba lo que el viejo guerrillero pudiese contarle. Lo que más deseaba era encontrar a ese tal Gabino a quien, según la información, consideraban ejecutor del atentado. Si era su amigo, tendría que saber algo.

El fresco aire de la noche lo relajó. Cuando el capitán se sintió más tranquilo, bajó al piso de abajo, donde tenían prisionero a Ramón.

En la puerta cerrada de una habitación había un soldado armado que, al verlo, lo saludó. Entró violentamente dando un empujón. Encontró dentro al sargento y a dos sudorosos soldados en camisa. Un hombre mayor, hecho un guiñapo, sentado en una silla de enea con los brazos atados por detrás del respaldo con la cabeza descolgada sobre el pecho, parecía estar aún vivo. Jadeaba y balbuceaba algo incomprensible. »Viiiiv… la Rep… la República«, parecía decir. Estaba chorreando agua. En su camisa caqui con la botonadura arrancada violetamente se apreciaba un gran manchón de sangre que llegaba hasta su cintura. Toda su ropa estaba empapada. En el suelo, al pie de la silla, se apreciaba un gran charco de agua sucia mezclada con sangre.

El capitán se quedó observándolo, evaluando la capacidad que tendría para responder a sus preguntas.

—¡Echadle más agua para que despierte! —ordenó.

Lo hicieron. El prisionero no pareció enterarse.

Se acercó el capitán y, cogiéndolo del pelo por encima de la frente, echó hacia atrás su cabeza con violencia al mismo tiempo que le preguntaba:

—Tu amigo Gabino, el que estaba contigo, ¿dónde se esconde?

—Nooo… lo séééé. No sé dónde estáááá. —Pareció entenderse. Su boca rajada no le permitía modular las palabras.

—Tú eres uno de los guerrilleros que han entrado desde Francia, ¿dónde están los tuyos?

—Sección unaaaa… de la cuarenta y cinco… Viva la Repúblicaaaaa —dijo Ramón balbuceante con la cabeza vencida hacia un lado.

El capitán le propinó una sonora bofetada, que le hizo voltear la cabeza al otro lado. Un hilo de sangre brotó de su ceja partida. Tenía desfigurada la cara de los golpes recibidos.

—¿Cuántos sois? ¿A dónde tenéis que dirigiros?

—Viv… la Repu… úúública —se limitó a decir.

—A este no le vamos a sacar nada más —dijo el capitán al tiempo que sacaba de la funda su pistola Astra.

Apuntó a su cabeza y, a bocajarro, disparó. Casi no se movió. Solamente su cabeza, por el impacto, se volcó hacia atrás. ¡Bang! El disparo sobresaltó a los soldados presentes, que se mantuvieron callados.

—A ese Gabino… ¡hay que encontrarlo! —dijo después de un silencio mientras guardaba la pistola en su funda…, y se marchó.

22

No recordaba Gabino haber pasado una noche más inquieta que la de ahora. Debía de ser, según sus cálculos, una hora ya avanzada. ¿Las tres? Tal vez las cuatro de la madrugada. No había pegado ojo en toda la noche. Había sido imposible. Cualquier ruido, unas veces real y otras imaginado, lo había tenido en vilo. Los tiros que estuvo oyendo, sin poder precisar de dónde provenían, perturbaban más su inquieta cabeza… ¿Qué estaría pasando? Ahora los oía más lejanos, pero eso no lo tranquilizaba. Por el contrario, lo ponía nervioso y se temía lo peor… Lo más probable era que los suyos hubiesen sido derrotados y, si había sido así, tarde o temprano lo buscarían y lo encontrarían. Por más que pensaba, no intuía cómo podría salir de allí y escapar. Sería el final. No lograba centrar sus pensamientos. Pensaba en su mujer y en el hijo que ya nunca conocería. En su compañero Ramón, al que por su poco meditada decisión había fallado… Pensaba que ya, en su amada España, no había solución. Todo estaba perdido. La política no era su tema principal de preocupación. No auguraba un buen futuro para él ni para los suyos.

Lisa tampoco había podido conciliar el sueño. Trataba de imaginar lo que estaba sucediendo y tenía miedo de que la situación terminase en una represalia que acabase con la vida de muchos de los del pueblo. También con la suya y con la de su familia. Ya sabía lo que había sucedido en otros lugares. En su humilde habitación, situada en la primera planta, con las luces apagadas, sentada en la vieja silla de enea que había situado junto a la ventana abierta para oír mejor cualquier ruido procedente de la calle que pudiese inquietarla, se mantenía alerta arropada con un raído chal de su madre.

Ya no oía tantos tiros. El incesante ladrido de los perros la hizo pensar que en el pueblo había movimiento. Un escalofrío de intranquilidad recorrió su joven cuerpo e, instintivamente, se ajustó el chal.

Más abajo, por la calle, le pareció oír gritos y golpes en las puertas de las casas, que le hicieron presagiar lo peor.

—¡Pam, pam, pam!

Estaba claro: eran golpes, seguramente dados con las culatas de los fusiles en las casas próximas.

—¡Abran de inmediato! ¡Abran! —oyó decir a lo lejos.

Pronto llegarían a su casa, pensó.

Rápidamente bajó la corta escalera y salió al patio. Empujó la puerta del establo.

—¡Gabino, Gabino, vamos, vamos, ven inmediatamente! ¡Apresúrate¡ !Ya están aquí!

Salió Gabino nervioso del establo y Lisa, empujándolo, entró a la estancia para mover la paja del hueco donde había permanecido y que podría delatarlo. Con una horca desparramó por el suelo la mies aplastada y puso por encima otro haz que disimulase.

—¿Qué pasa? ¿Qué pasa? —preguntó Gabino asustado.

—¡Vamos! Ven conmigo adentro. Puede que vengan aquí y este será, seguro, el primer lugar donde busquen.

—¿Me buscan a mí?

—No lo sé… Lo que sí sé es que buscan y… —se calló—. No hagas ruido y sígueme.

—¿Qué pasa, hija? —salió la madre de su cuarto alarmada.

—¡Nada, madre, usted métase en su habitación y no se mueva de ahí! ¿Me ha oído? ¡No salga!

—¡Date prisa! ¡Vamos, a mi dormitorio! —dijo llevando a Gabino hacia la escalera—. ¡Métete en mi cama y guarda absoluto silencio!

Subió con él. Abrió la puerta y lo empujó hacia su cuarto.

—¡Pam, pam, pam…!

Ahora sí ,golpearon la puerta de la calle por la que se accedía al patio.

—¡Abran! ¡Abran al Ejército!

—¡Vooooy…! —gritó Lisa desde la ventana.

Bajó de inmediato, levantó la tranca y abrió la puerta.

—¿Qué pasa? ¿Qué quieren— ?se atrevió a preguntar.

Los soldados empujaron violentamente la puerta, haciéndola a un lado sin consideración. Rápidamente se distribuyeron por todas las estancias que había en la planta baja, incluido el establo donde había estado Gabino. Llevaban dos potentes linternas que les permitían escudriñar todos los rincones y lugares donde alguien se

pudiese esconder. Al no encontrar a nadie, el sargento se encaró a Lisa y amenazador preguntó:

—¿Quién hay contigo? ¿Cuántos vivís en esta casa?

—Solo mi madre y yo… Nadie más. Vivimos solas.

—¡Vamos, acompáñanos arriba y enséñanos las habitaciones! —exigió zarandeándola asida de un brazo.

La casa tenía la estructura característica de las edificaciones de alta montaña: tejado muy inclinado para evitar la acumulación de nieve con una buhardilla formada por gruesas vigas de madera que lo soportaban.

Subieron al piso superior, donde se encontraban las tres únicas habitaciones de la casa.

—¡Mirad todos los rincones! Revisad las cámaras, las cuadras de los animales, el sótano si lo hay, debajo de las camas, en los armarios, por todas las habitaciones… ¡Registradlo todo!

El suelo de tarima de madera incrementaba el ruido de los pasos de los soldados. La madre de Lisa salió asustada de su habitación. Uno la empujó y cayó al suelo. Se quedó sentada recostada en la pared. Lisa consiguió desasirse del sargento y acudió a socorrerla.

—¡Animales, que sois unos animales! ¿No veis que es una anciana¡ ?Aquí no hay nadie, ya os lo he dicho...! Solo estamos nosotras.

—¿Quién más hay en las habitaciones? —preguntó malencarado el sargento.

—¡Nadie…, no hay nadie más! Esa es la habitación de mi hermano, pero hace mucho que no está aquí…, y no sabemos nada de él. Y esa otra es la mía y no hay…

El sargento no le permitió continuar y se dirigió a la habitación. Temía Lisa lo irremediable: si entraban, lo encontrarían.

Quiso interponerse, la empujaron contra la pared y abrieron la puerta de par en par. Entraron iluminando toda la estancia con sus linternas.

Lisa, que se quedó fuera, temió lo peor. Tenía el corazón en un puño. Ya no había solución… Era el final. Esperaba un grito, un tiro o no sabía qué. Ojalá solamente lo prendiesen. Siempre habría esperanza, si no lo mataban.

—¿No habéis visto a nadie ?—le preguntó el sargento a uno de los soldados que habían registrado el cuarto—. ¿No hay más habitaciones?

—No, solo tres aquí arriba y abajo los cuartos que ya han visto ustedes.

Lisa no sabía qué pensar. Estaba sorprendida. Era imposible… Gabino no podía haber desaparecido.

—Nosotras estamos solas…, mi madre y yo —dijo lloriqueando.

Las palabras no le salían. Se esforzaba en adivinar qué era lo que había pasado. ¿Por qué no lo habían encontrado? No lo comprendía.

Registraron todas las habitaciones, los armarios y cualquier rincón o hueco donde pudiese haber alguien escondido.

—¡Vamos, no perdáis más tiempo! —apremió el sargento, convencido de que no había nadie más, dando por concluida la inspección—. Tenemos que peinar el pueblo entero antes de que amanezca. Si hay algún maqui escondido, lo encontraremos.

Los soldados se marcharon. Siguieron su búsqueda por otras casas.

Lisa estaba desconcertada. Se encaminó de nuevo hacia su dormitorio y encendió una vela que tenía en una palmatoria sobre la mesilla. Miró en su cama, debajo de ella, en un armario ropero que había sobre una pared… Nada. No sabía qué podía haber hecho Gabino. Tal vez habría subido al tejado saliendo por la ventana…, pero eso hubiese sido muy peligroso. Estaba alto y la inclinación del tejado no permitía buena estabilidad. Nada, no se imaginaba cómo.

—¡Chist, chist! —escuchó de pronto.

Se sorprendió. El sonido venía de arriba, del inclinado entramado de madera que soportaba el tejado. De una de las gruesas vigas que cruzaban la estancia y soportaban la estructura se descolgó Gabino.

—¡Oh! Pero… ¿Cómo? ¿De dónde sales? —Lisa lo miraba sin poder creérselo—. ¿Dónde te has escondido?

—Al oíros subir, no sabía qué hacer. Busqué dónde ocultarme. No encontraba cómo. Vi la gruesa viga que forma la estructura del tejado, subí con dificultad y me situé sobre ella, aunque no me cubría del todo… Menos mal que había poca luz y no se les ha ocurrido mirar hacia arriba. No me han visto. He tenido suerte.

—¿Cómo lo has hecho? Está muy alta esa viga.

—Pues… la necesidad. Primero subí por la cabecera de tu cama y lancé sobre la viga una de tus sábanas; la utilicé para trepar con ella. Después me tumbé encima.

—Ven… —le dijo abrazándolo—. Ahora tranquilízate y descansa. Ya no creo que vuelvan.

—¿Sabes algo de lo que ha pasado? —preguntó Gabino.

—No mucho… He oído decir a uno de los soldados que estaban persiguiendo a los maquis por el monte. Tengo miedo de que encuentren alguno en el pueblo y ordenen represalias. Hay muchos que son de por aquí…, incluso mi hermano está con ellos.

—Si los estaban persiguiendo, es que han perdido y huyen. Tengo que volver con ellos.

—¡Tú te quedas aquí! Mañana, o cuando se calme esto, ya veremos cómo te reintegras. Además, yo… bueno… —dijo con autoridad y cambiando de tema —. Estás muy sucio. Ahora te traeré un balde con agua. Te lavas y descansas. Aquí mismo, en mi cama. Yo me iré a la de mi hermano.

Bajó y al momento subió con una palangana y una jarra de agua para que se lavase y una toalla. Así lo hizo mientras Lisa lo contemplaba. Fue sin darse cuenta… Ella se acercó, tomó un paño, lo enjabonó y empezó a frotarle la desnuda espalda. Avergonzada por su espontaneidad, dejó el paño y el jabón sobre la jofaina y se dispuso a marcharse.

—Bueno… Tú ahora descansa… Y no te preocupes por nada —dijo, y salió de la habitación—. Apaga la vela y métete en la cama. Descansa. Yo velaré.

Gabino se quedó paralizado ante la espontánea y cariñosa muestra.

Lisa se fue a la habitación de su hermano, ahora vacía, y se tumbó en la cama. No conciliaba el sueño. Pasado un rato, inquieta, se levantó y volvió a la habitación donde Gabino ya descansaba. Quería ver si dormía. Empujó la puerta y miró para comprobarlo. La luz de la luna que entraba por la ventana iluminaba la estancia. Se acercó.

—¿Duermes? —preguntó en voz baja.

—Pienso… —contestó Gabino.

Sin decir más, Lisa abrió la cama y se introdujo bajo las sábanas…, a su lado. No hubo palabras. Solo la calidez del abrazo… y el instinto.

Estaba amaneciendo. Ya clareaba.

Hacía muchos años que Gabino no había sentido esa ternura, y podría decir, incluso, que nunca había experimentado esa sensación que sobrepasaba lo meramente sexual, elevando el deseo a algo más sublime que no sabía definir. Nunca había meditado sobre eso que bucólicamente podría llamarse »amor.« ¿Sería eso? ¿Esa sensación que ahora sentía y lo sorprendía?

Lo que quedaba de noche transcurrió plácidamente. Oía la respiración pausada de Lisa, que lo abrazaba por la espalda. Se sentía bien. Incluso

experimentó una sensación de protección que no comprendía. Estaba despierto, pero no quería moverse para no romper ese cálido y, para él, desconocido momento que estaba viviendo.

Recapacitó sobre lo que estaba sintiendo: ¿cómo era posible que hasta ahora no lo hubiera experimentado nunca? Bueno, sí… Cuando la guerra, había conocido en difíciles circunstancias a una mujer por la que ahora, para ir a su encuentro, se había metido en esa aventura. Pero no era lo mismo. El sentimiento que experimentaba era diferente. No lo entendía… ¿Qué le estaba pasando? ¿Por qué con Lisa? No era una mujer especial: ni guapa ni fea; ni gorda ni flaca; ni alta ni baja… Era, si así podía describirse, una chica normal. De una edad imprecisa, ¿entre 20 y 25 años ?Se preguntaba qué tenía esa chica que tiraba de él de esa forma. Olía a jabón y a heno recién cortado. Su tacto era agradable y le despertaba sensaciones que no sabía describir. No podía concebir que eso le estuviese pasando. Además, no se lo podía permitir… La madre de su hijo lo estaba esperando y tenía que cumplir como le corresponde a un hombre de bien.

Había sucedido sin pararse a pensar, sin recapacitar… Todo espontáneo. Quería justificarse, pero tenía una sensación de culpabilidad que oprimía su pecho. ¿Se estaría comportando bien? ¿Estaría perjudicando emocionalmente a esa cándida muchacha? Tenía remordimientos. No quería hacerle ningún daño. Estaba desconcertado. Se sentía tan bien que por la cabeza le pasaba la idea de abandonarlo todo, de borrar su pasado y su esperado futuro y empezar de cero…, ahí mismo, en ese preciso momento. Eso no era posible. Se daba cuenta de cómo las circunstancias habían condicionado su vida. Qué bonito sería si ahora, los dos, estuvieran totalmente libres y pudiesen tomar la decisión que sus corazones les dictasen.

Unas voces en la calle los hicieron incorporarse inquietos. Lisa se levantó y, tirando del cobertor y arropándose con él, se acercó a la ventana a indagar de dónde prevenían.

—Falsa alarma —dijo—. Creo que es mi vecino, que acarrea a sus animales. No se ven rastros de soldados…, por ahora.

—Pero deben de estar todavía por el pueblo. Debería salir a averiguar si… —dijo Gabino tratando de incorporarse de la cama.

—¡Tú quieto!, ¿eh...? ¡De aquí no te mueves hasta que yo te diga! Ya averiguaré yo y te tendré al corriente de todo.

Permanecía, aún desnudo, sentado al borde de la cama. Se quiso levantar para recoger su ropa y vestirse, pero Lisa se situó a su lado y, tirando de su brazo, lo obligó a volver a sentarse. Le echó los brazos al cuello y lo besó en la boca. Gabino se dejaba hacer. Aunque deseaba abrazarla y besarla apasionadamente, algo impedía que se abriese a ella.

—Lisa, yo… —no sabía cómo abordar la sinceridad que le debía—. Bueno, no sabes nada de mí y…

Se deshizo con suavidad de su abrazo mientras acariciaba la suave melena que caía sobre su desnuda espalda y, mirándola fijamente, se dispuso a hacerle la revelación de su presencia en aquel lugar: la verdadera razón de su viaje. Una confesión que temía, pero que consideraba necesaria. No quería hacerle daño.

Ella, sentada a su lado al borde de la cama, con el chal abierto que se deslizaba por sus hombros, lo miró a los ojos al mismo tiempo que le acariciaba la espalda. Guardó silencio. Simplemente lo miraba mientras esperaba una revelación que temía. Se preguntaba por qué en ese momento tan cálido que ambos deseaban, Gabino lo interrumpía para aclararle o explicarle algo de su vida. No sabía si quería escucharlo, no quería saber nada de él. Solamente quería sentirlo. Hacer el amor a ese hombre. Suavemente…, despacio. Saboreando, como si de un manjar se tratase, ese irrepetible momento. Un momento que ella no recordaba haber vivido antes.

La insegura situación y el peligro que aún corrían ambos hacía más deseable el momento. Lisa no quería nada más, solo disfrutar de la experiencia que de forma tan espontánea había surgido. Si lo hubiera meditado, tal vez el pudor, la falsa moralidad, la vergüenza o no sabía qué lo habrían evitado. Ahora que había sucedido, no quería que esa felicidad que sentía terminase. Le hubiese gustado poner el contador de su vida a cero y olvidarse de todo lo anterior. Ese hombre la atraía como un imán. No podía apartar sus manos de él. Deseaba besarlo, pegar su cuerpo al suyo, recibir su abrazo y su tacto… Sentía algo así como una presión en el pecho y le costaba trabajo respirar. Era una sensación nueva para ella. ¿Eso era lo que llamaban amor? Estaba segura de que así era. Lo amaba.

—Es que yo… debo… —balbuceó Gabino tratando de apartarse de ella con suavidad.

—¡Chist…! —lo cortó Lisa poniéndole el dedo índice sobre la boca—. Otro día…, en otro momento. No quiero saber nada. Ahora bésame.

23

El día había amanecido denso, con un cielo plomizo y un ambiente desagradable. La incertidumbre del momento no auguraba, ni mucho menos, un día relajado y tranquilo. Comenzaban a caer algunas gotas, que abrillantaban el enlosado patio de la casa de Lisa. Intermitentes ráfagas de viento movían violentamente las ramas de los altos árboles que se alzaban allá a lo lejos, fuera de los límites del pueblo.

Desde la ventana de la habitación, orientada al este, Gabino miraba los tejados que, en la inclinada fisonomía del paisaje, se perdían hasta mezclarse con la espesa vegetación que la enfrentada ladera montañosa tenía. Al fondo a la derecha, en lo más alto, la rústica iglesia medieval, que llamaban de San Pedro, parecía que indicase el final de la villa. Desde donde él estaba, después de la iglesia, que recortaba el paisaje, ya no se divisaban más casas.

Meditaba sobre su situación. No encontraba la forma de resolverla. Estaba solo, separado de los suyos y buscado por sus enemigos, que suponía que aún permanecerían en el pueblo. No conocía a nadie que lo pudiese ayudar. ¿Cómo podría escapar si no sabía nada del lugar ni de su entorno? Eso incrementaba su preocupación. Intentarlo solo sería una temeridad. Todo lo tenía en su contra. Lisa le pedía que se mantuviese tranquilo, que permaneciese en su casa escondido hasta que la situación se aclarase, pero ¿cuándo sucedería eso? No podía aguardar mucho. Cuanto más tiempo pasase, más distantes estarían sus compañeros y más difícil sería reunirse con ellos. Todo era muy peligroso para él, para Lisa y para su familia. En cualquier momento, un registro, un chivatazo de alguien o cualquier detalle que alterase la vida cotidiana podrían delatarlo.

Se daba cuenta de que amaba a Lisa. Nunca había sentido aquello. Pero quería alejar de su mente esa reflexión. Quería convencerse de que lo que pudiese sentir no era prioritario, que había que sacrificar ese sentimiento y que lo importante era salir de allí cuanto antes. Pero volvía, irremediablemente, a recordar lo que había sucedido y sentido en esa noche.

Le gustaría olvidarse de su vida anterior, llena de sufrimiento, y empezar una nueva vida sencilla, limpia…, como la que siempre había soñado. Sería como nacer de nuevo, pero eso no era posible. Tenía que volver a la realidad. Cualquiera de las dos opciones, irse o quedarse, podría ahora ser muy peligrosa y, además, tenía que considerar lo que era correcto en sus actos. Lo que le dictaba su sentido del honor y de la responsabilidad primaba. Ya no contaban solo sus sentimientos, sino también sus promesas, su lealtad… Era difícil.

Lisa se había levantado cuando él aún dormía y ahora entraba en la habitación portando una bandeja con un tazón de leche y un macizo trozo de pan blanco para que desayunara. Se había vestido con una camisa blanca con las mangas remangadas hasta el codo, una larga falda azul oscuro y un delantal que era una pieza de tela larga, que, cruzándose en el pecho, pendía por delante de su falda y se sujetaba a la cintura con un ajustado corpiño. Recogía su pelo en un moño con una cinta negra y de sus orejas colgaban unos zarcillos que enmarcaban su rostro dándole un aspecto más juvenil. Su cara limpia mostraba una luminosa sonrisa. Parecía feliz.

¡Qué extraña sensación experimentó! Aun con lo triste del día, al encontrarse con Gabino le pareció que, en esa oscura estancia, el sol entraba con todo su esplendor.

—Buenos días. ¿Has descansado bien? —preguntó sonriente.

—Sí… ¿Qué hora es?

—Más de las nueve.

El húmedo día parecía que había traído de nuevo la actividad a Vidángoz. Ya no se oían tiros. Se oían cencerros de los animales, ladridos de perros, jaleos de faena…

Ante la presencia de Lisa, Gabino reaccionó nervioso intentando recoger la ropa limpia que había sobre la silla. Se dio cuenta de que no era la suya. Las escasas pertenencias que llevaba en los bolsillos y la cartera con su documentación también estaban allí. No parecía que hubiese sido abierta, permanecía bien atada con la cinta negra de siempre. Se vistió y la guardó en su bolsillo.

—Sí, ya sé… Es de mi hermano —le dijo antes de que preguntase—. La tuya me la he llevado para lavarla. Espero que esta te valga. Más o menos sois de la misma talla.

Un simple pantalón de pana ajado y una camisa blanca eran toda la indumentaria dispuesta.

—Ten cuidado —le dijo al mismo tiempo que le entregaba una chapela—. Toma, con esto pareces más de por aquí. Tu chaqueta la tienes ahí, colgada de la percha. Y no te asomes a la ventana, que, aunque no da directamente a la calle, te podrían ver desde otra casa o desde algún lugar alto. No sabemos si aún hay soldados por aquí. Ayer se liaron a tiros contra los guerrilleros, que dicen habían entrado al pueblo por detrás de la iglesia y por el cementerio… ¿Eran esos los tuyos?

Después del primer encuentro que tuvo con Gabino, Lisa sabía que no se trataba de uno de los maquis que se refugiaban en las montañas, sino de un guerrillero, de los que se oía que habían llegado desde Francia.

—No sé…, yo los dejé en… —cortó la explicación. No quería ser explícito en su información—. Bueno, qué más da. Mejor que no sepas nada.

—Y luego, con los maquis que vinieron por arriba, por el río. Esa sí que ha sido gorda —continuó Lisa con su explicación. Gabino se la quedó mirando sin preguntar. Esperaba su información espontánea—. Dicen que llegaron muchos por el barranco de Zelaia y por el monte donde está la ermita de la Virgen de Arraco… Y se liaron a tiros desde el otro lado del río contra los militares que se habían metido en las casas de la carretera que dan a ese lado. —Lisa se quedó mirando a Gabino, que, sin apartar la vista, permanecía en silencio—. Después, a los soldados que estaban en el pueblo les llegaron refuerzos de la Policía Armada por la carretera de atrás, la que viene de Igal… Y entonces a los maquis los atacaron por la espalda. La cosa se les puso mal y, como pudieron, se largaron por el monte. Los soldados del Ejército fueron tras ellos.

—O sea, que los derrotaron… ¿Hubo muertos?

—Sí, en los dos bandos. Pero aún no sabemos cuántos ni nada. Los de aquí no nos atrevemos a salir aún. Alguno de los que han cogido podría ser conocido, de nuestra zona e, incluso, de aquí mismo, del pueblo…, y tememos las represalias. Ya nos ha pasado otras veces y pueden ser muy crueles.

—Y los maquis, cuando se retiraron, ¿sabes hacia dónde fueron?

—Yo no sé nada… Dicen que unos para un lado y otros para otro.

—Y a ti ¿quién te ha contado todo eso? ¿Cómo sabes con tanto detalle cómo fue?

—Al final, de una forma u otra, nos enteramos de todo. Los del Ejército primero estaban por arriba…, y no sé muy bien qué paso, pero, después de una explosión muy grande que hubo, bajaron al pueblo y, para meterse ellos,

sacaron de sus casas a todos los que vivían en las que dan al río. Desde ellas se estuvieron defendiendo de los maquis. ¡Menuda se armó! Ahora que ya se ha acabado el tiroteo y se han ido los soldados, los de aquí, cuando han vuelto a sus casas, se han encontrado todo patas arriba y destrozado por los tiros. Ellos son los que se han enterado de lo que pasó.

Gabino se quedó absorto sin dejar de mirarla, imaginándose cómo se pudo haber desarrollado la batalla y analizando en silencio su situación.

—Ya sabes: aquí todo se cuenta —continuó Lisa con el relato de los sucesos —. Dicen que por el pueblo se han quedado los guardias civiles de Burgui y que andan buscando por las casas. Hay que tener cuidado. A esos ya los conocemos. Debieron de llegar con los del Ejército y se han quedado por aquí, por si acaso… Los del Ejército, casi todos se han marchado. Unos están por el monte buscando a los maquis y otros, junto con los policías, también se han marchado en sus camiones.

—¿Sabes si de los míos han cogido alguno?

—Sí, sé que han cogido a alguno, pero no sé a cuántos. Yo creo que a los prisioneros se los han llevado los policías. Lo que sí sé es que anoche fusilaron a alguno. Esta mañana han encontrado cadáveres tirados en el cauce del río. Seguramente haya habido más muertos en el tiroteo, pero todavía no los hemos encontrado. No hemos subido por el monte… Los soldados también han tenido bajas, pero a esos se los habrán llevado en los camiones que trajeron los policías. También hay heridos.

—¿Podría yo ver esos cadáveres? Los del río…, por si conozco a alguno. — Gabino quería saber si su compañero Ramón estaba entre ellos.

—¡Nooo…! Es peligroso que te vea alguien si sales de aquí. Además, no sé dónde están esos cadáveres.

—Ya…, ¿y cómo son esos muertos? ¿Tú no conocías a ninguno?

—Yo no los he visto. No sé quiénes son. Dicen que algunos eran hombres jóvenes que no eran de por aquí. No los conocían… Pero que había uno que era mayor y que iba vestido diferente, como los soldados que van a la guerra.

A Gabino le dio un vuelco el corazón. Sabía que en la partida de maquis de Chispita no había ninguno mayor como el que describía Lisa. Temía que fuese Ramón.

—¿Sabes si llevaban alguna documentación? Algún carné, algo que los identificase… Me interesa saber quién era el viejo. Podría tratarse de… Bueno, de mi amigo.

Lisa se lo quedó mirando, queriendo descubrir en su reacción algo de su historia.

—No, no sé… Intentaré averiguarlo.

La madre de Lisa no se atrevía a entrar en la habitación de su hija, pero Gabino oyó cómo la recriminaba. Entendía la preocupación de la señora. No quería ocasionarles molestias ni crearles ningún problema, pero ¿qué podía hacer ahora?

Lisa volvió a entrar en la habitación. Gabino se encontraba sentado en la pequeña silla de enea que había cerca de la ventana. Reflexionaba abstraído. Ella se sentó próxima a él en el borde de la cama. Interrumpió sus pensamientos.

—¿Qué piensas? —le preguntó, aunque temía su respuesta.

—Pues… en mi vida. En lo difícil que se me ha puesto.

—No te preocupes, saldrás de aquí.

—No es eso en lo que pienso. Mi vida en este momento no vale nada. Pienso en ti… en… —interrumpió su confidencia— en la gente que me quiere.

—Yo te quiero.

—Y yo también a ti —dijo sin levantar la cabeza de sus manos, que mantenía entrelazadas sobre las rodillas—, pero mi vida ha sido compleja y… no soy tan libre como quisiera. —Lisa permanecía callada, mirándolo, expectante y temerosa al mismo tiempo de lo que pudiese escuchar—. Llevo fuera de mi patria cinco años y más de siete de mi pueblo. Allí, aún hay gente que me quiere… y me espera. Desde que me marché, mi vida ha sido muy dura: guerra y sufrimiento, pero siempre he mantenido la esperanza de regresar. Por eso estoy aquí, para regresar. ¿Tú crees que a mí me importa algo todo este asunto de la Operación Reconquista, como la llaman? A mí me da igual quién mande en España. Claro que no me gusta cómo están las cosas, pero eso ya no es prioritario para mí. Comprendo que nada o poco puedo hacer yo para cambiarlo. Todo esto que ahora pretenden, el sufrimiento que podemos ocasionar, las muertes sin sentido, la guerra otra vez… Todo esto no vale para nada. Nada vamos a lograr. Las cosas se cambian desde dentro, porque a los que estén ahí, en el poder, les interese cambiarlas. Los demás nada tenemos que hacer.

—Entonces… —preguntó Lisa extrañada—, ¿qué haces tú con los guerrilleros que han entrado desde Francia? Porque supongo que tú eres de

esos y que te habrás presentado voluntario.

—Sí, pero mi auténtica intención ha sido la de regresar a España…, y no encontraba otra forma. Me tienen fichado y regresar en tren o en otro transporte hubiese sido imposible para mí. No tengo documentación española. Me habrían cogido de cualquier forma. Podría haber buscado la manera de atravesar la frontera solo, o con alguna de esas expediciones que se forman acompañados por guías de montaña, pero no tengo dinero para pagarlo y me pareció más fácil apuntarme a esto. No conocía nada de lo que se trataba, pero sabía que entrábamos en España… Después, una vez dentro, ya vería… Esa es la situación en la que me encuentro ahora.

—Pero si esa era tu intención, te estás involucrando más de la cuenta…, ¿no crees?

—No tengo más remedio que pasar por bueno. Me apoyaba en un compañero, Ramón, que era un hombre mayor con experiencia, que me aconsejaba y protegía.

—¿Era? —preguntó Lisa.

—Sí…, no sé…, sospecho, por lo que te he oído, que lo han matado. Creo que puede ser uno de esos que han encontrado en el río…, tal vez fusilado.

Lisa se quedó pensando. No esperaba que Gabino le declarase esa falta de interés por la causa que lo había llevado hasta allí.

—Vaya… Entonces lo de el follón este que se está armando a ti te importa tres pitos.

—Hombreeee… No es que me importe tres pitos. Yo quisiera que se lograran los objetivos: que en España volviésemos a ser libres y felices, que se implantase un gobierno democrático… Pero vuelvo a repetirte que, para mí, por ahora, lo que realmente me interesa es regresar a mi tierra. ¿No te das cuenta ?Todo esto de la Operación Reconquista supone mi oportunidad, pero mi objetivo prioritario no es derrocar a Franco y a sus fascistas. Lo que yo quiero es…

Lisa se lo quedó mirando fijamente en silencio, esperando su aclaración. Permanecía sentada. No se movía. Se miraba las manos, que, nerviosamente, jugaban con la cinta que colgaba de su corpiño. Pensaba.

—Entonces…, ¿por qué regresas? —preguntó impaciente.

—Tengo un hijo —le lanzó de sopetón.

Lisa pegó un respingo estando sentada sobre la cama. Sorprendida, levantó la vista hacia Gabino e inmediatamente, silenciosa, volvió a bajar la mirada

hacia sus manos, que seguían jugando con la cinta. Seguía pensando.

—¿Y su madre? —preguntó al rato.

Gabino tardó en responder. No quería hacerle daño.

—Por eso vuelvo —dijo bajando la mirada—. La conocí al inicio de la guerra en España. Era el año 36. Fue una cosa impetuosa que no medité. Eran tiempos difíciles. Me marchaba a la guerra. Se quedó embarazada. Lo supe mucho después, cuando el niño nació en el otoño del 37. Me envió una carta. Ahora hace ya siete años. No he vuelto a verlos… Bueno, al niño nunca llegué a conocerlo.

—¿Estáis casados?

—No, entonces no se estilaba eso… No había cura ni juez ni registros ni nada de nada. Tampoco tiempo. Todo era deprisa.

Lisa no sabía qué decir. En silencio, sin levantar la vista, meditaba.

—Pero yo te quiero —dijo balbuceante, con lágrimas en los ojos.

Un silencio denso, impenetrable, se formó entre los dos. Gabino no sabía cómo atajar ese momento tan difícil.

—Lo sé…, y yo a ti también. Me has hecho sentir algo que nunca había vivido aquí…, aquí dentro —dijo mirándola fijamente y dándose dos golpes en el pecho con el puño—. Me he enamorado de ti. Te quiero. Para mí es algo incomprensible, pero es así.

—¿Entonces? —preguntó Lisa levantando la cabeza y depositando en Gabino una suplicante, y al mismo tiempo esperanzada, mirada.

—No lo sé, Lisa, ahora no puedo ni pensar. Las cosas no son como uno quiere que sean, sino como suceden, y condicionan. —Lisa permanecía en silencio mirándolo casi sin pestañear—. Ahora tengo que regresar… No tengo más remedio —afirmó Gabino.

—Pero ¿por qué...? Ella hace siete años que no sabe nada de ti. Podrías estar muerto. Quédate aquí, conmigo. Podemos empezar una nueva vida. Este es un lugar que puede ser tranquilo. Trabajaríamos juntos. Podríamos obtener papeles para ti. El cura, si estamos a bien con él, nos los conseguiría. Yo sé cómo …Nos casaríamos y seríamos felices.

—Lo sé, Lisa…, pero no puede ser.

—¿Pero… por qué?

Gabino, después de una pausa, sin responder, echó mano a su cartera y sacó la carta que su mujer le había escrito y, como hizo con Ramón, se la entregó. Antes de que empezase a leerla, le aclaró:

—Mi hijo ahora está enfermo. Tiene una fuerte infección. Me pide su madre que la ayude a conseguir penicilina para curar al niño. La conseguí y aquí se la llevo. —Le mostró un pequeño paquete que contenía el encargo—. Espero que aún esté a tiempo de curarse.

Lisa le devolvió la carta sin leerla.

—Pero cuando se la lleves, se curará y podrás regresar…, ¿no?

—No es tan fácil. Tampoco quiero herir sus sentimientos. Ella dice que me quiere.

—Pero… si hace siete años que no te ve. ¿Cómo es posible? ¿Tú crees que te habrá sido fiel?

—Lisa, por favor. No me lo pongas más difícil. Todo sucederá de forma natural, pero yo ahora tengo un deber…, una responsabilidad. Quién sabe… Tengo que cumplir primero y ver después. No puedo adivinar cómo han sido su vida y la de mi hijo.

—¿Dónde está?

—En Madrid.

—No va a ser fácil llegar hasta allí sin papeles. Tendrás que conseguirlos.

—Sí, no va a ser fácil. Ya veremos.

—Está bien, Gabino. Te ayudaré en lo que pueda. Te quiero. Tengo esperanza de que, cuando te des cuenta, regreses.

—Yo también te quiero, Lisa —le dijo mirándola a los ojos.

Después, no pudo evitarlo. La besó apasionadamente.

24

Era ya cerca del mediodía. Había caído un buen chaparrón y el día era algo más luminoso, aunque las oscuras nubes que aparecían por el sur presagiaban que volvería a llover.

En la puerta grande que daba a la calle se oyeron unos golpes. Lisa bajó apresuradamente y la abrió. Entraron tres hombres, que se dieron prisa en cerrarla después de mirar al exterior para comprobar si alguien podía haberlos visto.

Gabino observaba inquieto desde la ventana del cuarto de Lisa. No la percibió asustada, sino precavida. Se tranquilizó. No cruzó palabra con los recién llegados, solamente los apremió para que se diesen prisa.

—Vamos, vamos…, entrad sin hacer ruido —dijo mientras cruzaban el patio—. Está arriba.

Subió Lisa al piso superior mientras los tres visitantes esperaban en el portal.

—Son mi hermano y un amigo. El otro es mi vecino —le dijo a Gabino, que esperaba la explicación—. Ese que ya te dije que sabía que estabas aquí. Le pedí que contactara con mi hermano porque necesitaba hablar con él, y lo ha hecho. Ahora han venido. Ven, baja conmigo. Te los voy a presentar. Ellos te ayudarán.

Gabino, reticente a mostrarse, dudaba. No tenía otro remedio que fiarse de Lisa. Bajaron la estrecha escalera hasta el portal, donde estaban esperándolos. La madre de Lisa abrazaba al que debía de ser su hijo. Al verlos llegar, todos se volvieron hacia ellos.

—Este es Gabino —lo presentó Lisa—. Lo perseguían los del ejército fascista y yo lo dejé entrar en casa. —Se la quedaron mirando todos en silencio —. Madre, usted súbase a su habitación —le pidió Lisa—. Luego la llamo.

El silencio se prolongó mientras la madre se alejaba.

—Es el que os dije —comentó el vecino dirigiéndose a los otros dos—. Es el que había escondido Lisa.

Gabino callaba. Esperaba la reacción de los visitantes.

—¿Sabes la que te estás jugando? —dijo el hermano a Lisa después de mirar con descaro a Gabino, como sopesando el peligro que para ellos suponía su presencia.

—Sí, lo mismo que vosotros —les dijo Lisa mirándolos fijamente—, ¿o es que vosotros no os la jugáis?

—Me llamo Gabino y pertenezco a la 45.ª Brigada Guerrillera —salió al paso Gabino para presentarse y cortar la discusión—. Estaba refugiado en Francia, a donde escapé al terminar la Guerra Civil. Allí el Partido Comunista de España planeó una acción para derrocar a Franco. En una primera fase, unos grupos de guerrilleros entramos en España por diferentes pasos de la frontera pirenaica. Yo entré el día 3 por el paso de Laza, desde Larrau. El mío es un grupo pequeño… Hay otros más numerosos que habrán entrado por otros lugares. Pero no está siendo fácil… Parece que ya nos estaban esperando. Hemos tenido algunos encuentros con las tropas franquistas y con la Guardia Civil y hemos perdido hombres. No sé cuántos, pero me temo que muchos.

—Sí, más o menos todo eso ya lo sabemos. Pero tú ¿cómo has llegado aquí, a mi casa¿ ?Por qué no estas con los demás? —preguntó el hermano—. Por cierto, me llamo Daniel. Soy el hermano de Lisa y ando por el monte escondido. Unido a otros compañeros… Me tienen fichado y vienen a por mí.

—Mucho gusto, Daniel —contestó Gabino—. Bueno… Es largo de contar. Yo primero estaba por Izaba y me ordenaron contactar con un tal Chispita para coordinar una acción conjunta. Teníamos que ocupar este pueblo para juntarnos después en las cercanías de Roncal con el resto de los guerrilleros y…

—¡Anda, yo soy de su partida! —lo cortó Daniel—. Pero no te he visto nunca ni sabía nada de ti

—Estuve con Miguel el Chispita anteayer —dijo Gabino—. Nos unimos a los suyos y, por orden suya, un pequeño grupo nos adelantamos para preparar el camino. Detrás de nosotros salieron los demás hacia aquí, hacia Vidángoz. Todos juntos atacaríamos a los del Ejército, por un lado, mientras los guerrilleros, que llegarían desde Roncal, los atacaban por otro… Los cogeríamos entre dos fuegos. Estaba bien pensado. Ese era el plan, pero me parece que no ha salido como esperábamos.

—Sí, puede. Yo estaba cerca de Urzainqui y teníamos orden también de unirnos hoy a vosotros para apoyaros…, pero las cosas ya se habían complicado. Nos avisaron de que a los del Ejército les habían llegado refuerzos desde la zona de Salazar. Un montón de polis bien armados. Ya eran demasiados. Pensamos que no podíamos hacer nada…, y al ver el follón que se había liado ayer y que los nuestros ya estaban en retirada, nuestro jefe dio orden de no intervenir. Nada podíamos hacer ya. Ellos conocen bien las montañas y escaparían fácilmente —aclaró Daniel—. Pero no me has contestado a lo que te he preguntado: ¿qué haces aquí tú solo, con mi madre y mi hermana? ¿Por qué has venido?

—Sí, te explicaré… —A Gabino le costaba trabajo hablar de su acción, pero veía que no tenía más remedio que confiar en Lisa y en esos hombres, que podían ser su salvación—. Se me ocurrió que podría ser estratégicamente bueno para nosotros acabar con la infraestructura motorizada del enemigo, y le propuse al Chispita eliminarla. Le pareció bien. Me adelanté junto con un especialista en explosivos que había sido minero y dinamitamos los camiones que tenían los del ejército fascista. Tuvimos suerte y lo conseguimos. Estábamos solos y, una vez terminada la acción de sabotaje, cada uno buscamos donde escondernos. Era evidente que inmediatamente nos buscarían.

—¿Entonces eres tú ese al que buscan? ¡Jodeeeer! ¡Sí, claro! Se ha corrido la voz. ¡Tú eres ese al que llaman »el albino« y que andan buscando por todas partes! ¡Ja, ja, ja! Y no es albino, es Gabino. Ahora lo tengo claro. —Se lo quedó mirando callado y con cierta admiración—. Pues ya puedes tener cuidado, porque ese cabrón, el capitán ese de los fascistas, que no sé cómo se llama, no parará hasta que dé contigo.

Lisa instintivamente cogió de la mano a Gabino y, emocionada, acarició su brazo. Ahora, además, era un héroe. Los otros dos permanecían en silencio, mirando ora a Gabino, ora a Daniel, ansiosos por saber más de la aventura.

—Yo me llamo Álvaro. Soy el vecino de Lisa. Vivo ahí, en la casa de al lado. —Gabino extendió la mano para saludarlo. Antes de estrechársela, Álvaro señaló al tercer acompañante—. Y este es Juan, camarada de Daniel. Están juntos por ahí, por el monte.

—Bueno, no me extraña que esté cabreado —dijo Gabino—. Le hicimos una buena putada y, además, nos cargamos a dos o tres que estaban con los camiones. Y no sé si había más cosas en ellos: armas, municiones,

avituallamiento…, o yo qué sé. Lo que no sé es cómo se han enterado de quién ha sido ni de cómo me llamo yo.

—Pues es fácil de imaginar —contestó Daniel—. Habrán cogido a alguno y se habrá ido de la lengua. Suelen torturarnos para que hablemos.

Gabino meditó la respuesta, pensando en quién lo conocía y sabía de su intervención. Se temía lo peor.

—Anda, sigue contándonos cómo ocurrió —le pidió Álvaro, el vecino de Lisa.

—Habíamos llegado hasta el río con dos mulas que cargaban la dinamita —retomó el relato—. Cuando descargamos, el mulero y sus animales se largaron y se perdieron por el pueblo. Después, poco antes de la voladura de los vehículos, lo vimos con sus mulas. Iba junto a uno que parecía de aquí, que pretendía llevar el ganado a abrevar. Pero no los dejaron pasar y tuvieron que volverse. No sé más de él.

—¿Y el otro, el que sabía de dinamita, el barrenero?

—Sí… Senén se llamaba. Un buen tipo. Él fue el que dispuso los cartuchos y planificó la voladura. Yo solo lo acompañaba y seguía sus indicaciones.

—¿Senén? ¿No es ese el que se fue para Francia y se escondió con algunos compañeros maquis en las minas de Baburet, al otro lado de la muga? —preguntó el compañero de Daniel mirando a los otros dos.

—Sí, creo que sí… Contaban que estaba con los de la resistencia francesa contra los nazis alemanes —contestó Daniel.

—Bueno, ya sabéis. Yo creo que, como estaba muy cerca de la línea con España, pues seguramente andaba trapicheando de un lado para otro con lo que pudiese… Además, decían que era un buen guía, que se conocía las montañas y sus senderos como la palma de su mano… Dicen que ayudó a más de uno.

—¿Y qué ha sido de él después de…? —preguntó Lisa.

—No lo sé —contestó Gabino—. Después de la voladura, dijo que cada uno nos las apañásemos como pudiésemos y se largó… No sé a dónde fue. Tiró río abajo y se perdió. No volví a verlo. Yo salí del escondite desde donde habíamos prendido la mecha, son unas ruinas que hay en el río, y me metí por el pueblo antes de que llegaran los soldados… Justo después de la explosión. No sabía dónde meterme.

—¿Y por qué viniste aquí, a mi casa? —preguntó Daniel.

—Yo conocí a tu hermana dos días antes. Vine por aquí para ver cómo estaban las cosas. Me atendió desde la puerta de tu casa y… bueno, no conocía a nadie más y pensé que era buena persona y que tal vez quisiera ayudarme. Se lo supliqué. Menos mal que no me equivoqué; si no, no estaría aquí ahora hablando con vosotros. Me escondió y, aunque entraron a buscarme, no me encontraron.

—Pues ¿dónde te metiste? Porque esos registran todo… No dejan ni un rincón, y si sospechan, la lían a golpes con los que creen que saben algo…, o a tiros.

—En el techo, me escondí en el techo. En el forjado de madera, sobre una de las vigas que soportan el tejado, y como estaba oscuro, pues… La verdad es que no se les ocurrió mirar hacia arriba. Además, tenían prisa.

Los tres se quedaron mirando incrédulos a Gabino.

—¿Tú te das cuenta del riesgo que han corrido mi madre y mi hermana? ¿La situación que les habrías creado si llegan a verte o a enterarse de que has estado aquí escondido?

—Sí. Lo siento. No sabía qué hacer. Eso o entregarme… Lo siento —repitió.

—¡Basta ya de pláticas! —dijo Lisa, imponiéndose y poniendo fin a las explicaciones—. Ahora es el momento de ver qué hacéis y cómo lo sacáis de aquí. No perdáis tiempo. Los del Ejército, que han subido tras los maquis, lo más probable es que regresen por aquí de nuevo. Tendrán que recogerlos en algún lugar que haya carretera… Vendrán y, si lo hacen, puede que vuelvan a registrar las casas. Además, podríamos tener algún descuido y alguien podría ir con el cuento a los guardias civiles… Ya sabéis que todos no están con nosotros. Corremos mucho riesgo. Tenéis que marcharos ya.

Dicho esto, Lisa entró en el interior y al poco salió portando un hatillo, que le entregó a Gabino.

—Venid, comed algo y marchaos —dijo llamándolos desde la puerta de la cocina.

Una lumbre baja ardía y calentaba la estancia. Olía bien el guiso que, en un puchero de barro, hervía arrimado a las ascuas.

Se sentaron y comieron los cuencos que Lisa les había colocado sobre la mesa.

—Vámonos. Ahora es el momento —comentó el amigo de Daniel—. Ha comenzado a llover y será más fácil salir del pueblo. Creo que es mejor hacerlo

por el camino de abajo, hacia el sur, para juntarnos con los de Roncal.

—Sí, es buen momento —afirmó el vecino de Lisa—. Las vacas huelen el aire y levantan la cabeza. Eso quiere decir que va a llover… y que la lluvia durará unos días.

Se dispusieron a marcharse de la casa para iniciar la aventura. Cuando ya salían, Lisa llamó a Gabino desde el interior de la cocina; le proporcionó un capote que lo protegería mejor del agua. Le echó los brazos al cuello en un abrazo que trasmitía todo lo que sus labios no podían decir.

—Sabes que te quiero. Regresa.

Nunca Gabino se había sentido tan apesadumbrado. Le dio un beso cargado de sentimientos.

—Hija, ¿está ahí el Daniel? —dijo la madre desde sus aposentos—. ¡Ahora bajo!

—Ya se marchan, madre. Quédese quieta ahí arriba. No se mueva.

Salieron y Lisa cerró la puerta. Lloraba.

25

Parecía que no iba a parar nunca de llover. Había empezado justo el día de la estampida de los maquis y los guerrilleros después del enfrentamiento en Vidángoz con el Ejército y con la Policía. Tal vez esta circunstancia los favorecía.

La retirada de los guerrilleros acosados no fue precisa; cada uno huyó por donde pudo, en pequeños grupos o de forma individual. Unos optaron por alejarse lo más posible en cualquier dirección; otros, por esconderse donde pudieron. Algunos intentaron alcanzar la frontera y regresar al país vecino, y otros pocos fueron despiadadamente cazados. Tenían una ventaja: conocían bien esos montañosos parajes.

Los habitantes de Vidángoz, que, como consecuencia de la llegada de trabajadores de esos que llamaban »esclavos de Franco« para la construcción de carreteras, en aquel momento habían visto aumentar el censo, estaban asustados. No todos se conocían bien.

Desconfiaban los unos de los otros. Máxime cuando la política de adhesión al régimen de Franco obligaba a la delación y a avisar a la autoridad de cualquier avistamiento de »rojos«. Una situación difícil teniendo en cuenta que muchos de los que podrían ser denunciados eran familia o amigos. Otras circunstancias empeoraban la vida de los locales, como la imposición de importantes multas, a la ya paupérrima población, si se sabía, o simplemente se sospechaba, que habían tenido un encuentro con alguno de los maquis y no lo habían denunciado. Así le sucedió a un pobre pastor de la zona, que tuvo la mala fortuna de encontrarse con unos de los del monte y, como no informó de ello, le impusieron una multa de 500 pesetas —una exorbitada cantidad para su economía—.

Las tropas nacionales no tenían muy claro hacia dónde dirigirse en la búsqueda de los dispersos fugitivos.

Ya en la sierra de Ferniando y Azaltegia, cerca del pueblo, el Batallón América había tenido un enfrentamiento con los maquis. Las noticias eran

inciertas. Se hablaba en el pueblo de que habían sido capturados muchos maquis y otros abatidos a tiros. Algunos ajusticiados allí mismo, donde eran aprendidos. Muchos maquis habrían muerto y seguramente estarían insepultos por los montes.

Al pueblo habían regresado los soldados. Patrullaban, registraban y preguntaban. La gente temblaba nada más verlos. Temían ser interrogados y sabían que no admitían un silencio. Ahí no valía decir: »Yo no sé nada«. Siempre sospechaban que tendrían algún conocido dentro de esas partidas de maquis que había en la zona y que algo podrían saber. Hubo torturas. Se hablaba de ello aún sin tener certezas. Todo eran informaciones, a veces sin corroborar, pero que creaban inseguridad y miedo. La gente intentaba salir poco, solo lo necesario para mantener su quehacer cotidiano.

Ya habían pasado unos días desde que Gabino se marchó y Lisa no sabía nada de él ni de su hermano. Estaba preocupada. Las noticias que corrían por el pueblo, desde luego, no le proporcionaban tranquilidad.

—Hola, Lisa —la llamó el vecino desde el otro lado de la puerta pretendiendo que le abriese—. Tengo algunas noticias.

—¿Sabes algo de mi hermano y de Gabino? —preguntó apresurada desde dentro, al mismo tiempo que, precipitadamente, quitaba la tranca de la puerta para liberarla.

—Concretamente no, pero se comentan cosas que…, bueno, abre y te lo cuento.

Lisa, después de cerciorarse de que no había gente en los alrededores, abrió el portón. Álvaro echó un vistazo arriba y abajo de la calle para comprobar si lo observaban y, al no ver a nadie, entró.

—Menuda la que hay armada en toda la zona —comentó—. Desde Pamplona hasta Jaca…, y no sé por cuántos lugares más, hay tiroteos y batallas. Por ahí, por el valle de Baztán y alrededores, hay pelea cada rato. Franco ha debido de mandar para aquí arriba a todo su ejército. Bueno…, se cuenta que por Aburrea Alta, los maquis agarraron al alcalde, lo llevaron hasta el cuartelillo de la Guardia Civil y lo obligaron a llamar a la puerta. Ellos permanecían escondidos, y cuando los guardias reconocieron al alcalde y confiados abrieron la puerta, se liaron a tiros con todos los que había dentro. No sé a cuántos guardias mataron. ¡Ah!, y también dicen que había mujeres y

niños entre ellos… Un desastre. Luego, cuando se escapaban hacia el sur, los engancharon y ya sabes… No quedó ni uno.

«Lo peor ha sido en la borda de Zalba, ya sabes, camino de Navascués. Y también en el propio Navascués. Parece que ha habido una batalla hasta con morteros y ametralladoras de esas gordas. Allí ha habido muertos y muchos prisioneros de los nuestros.

—¿Tú crees que mi hermano y Gabino estarían por allí?

—No sé nada, Lisa… Sé que decidieron ir hacia el sur, pero no sé si llegaron a Burgui y si de allí tiraron hacia el oeste, que es por donde está Navascués. A lo mejor lo tuvieron claro y se escaparon para el otro lado, hacia Jaca. Me pareció que eso aconsejaba el amigo de Daniel.

—Pero ¿qué está pasando ,Álvaro? ¿Es que se han vuelto locos? ¿Es que quieren empezar otra guerra como la del 36? ¡Están locos¿ !No se acuerdan ya de lo que pasó, de la gente que murió y de las familias que se destrozaron?

—No…, es que no se resignan a perder. Quieren acabar con la represión que Franco impone.

—¡Que no se resignan, que no se resignan…! Si no tienen nada que hacer, pues joder, ¡que se resignen! Ya cambiarán las cosas. Si son cuatro muertos de hambre que no tienen nada: ni armas ni infraestructura ni nada de nada… ¡No pueden tener ninguna esperanza! Acabarán muertos o detenidos y después fusilados. Además, todo el mundo no está con ellos. Hay muchos que son más favorables a los nacionales y, si se enteran de algo, van y los denuncian… Incluso, aunque no sean partidarios de unos o de otros, solo por quedar bien y ganarse el favor de los que mandan, van con el cuento a la Guardia Civil. La gente solo quiere vivir tranquila.

—Me parece, Lisa, que tú sabes poco de lo que intentan. ¿Es que no te ha contado nada Gabino?

—No mucho… Solamente que había entrado junto con otros, que habían tenido un tiroteo y que lo perseguían… Dijo algo de una Operación Reconquista que no entendí muy bien. La verdad es que no hice mucho caso.

—Sí. Pensaban que como la guerra en Europa estaba llevando a la derrota a los alemanes, el final de esa espantosa guerra también sería el final de Franco, que también es fascista —continuó contándole el vecino—. Creyeron que, si invadían España y se creaba una cabeza de puente, serían ayudados por los aliados. —Álvaro miraba la expresión de asombro de Lisa—. Estaban equivocados —continuó diciendo Alvaro—. Creo que ha sido un grave error y

que los políticos que han pergeñado el plan no se han parado a recapacitar y han seguido con él. Se han basado en suposiciones, en lo que creían que iba a pasar y no en lo que pasaba realmente. No entiendo mucho de esto, pero a mí me parece que la información es crucial. Tendrían que haber conocido mejor las intenciones de los de fuera y los movimientos de tropas de los de dentro. Parece que todo son encerronas y un sálvese quien pueda.

—Creo que yo no estoy segura aquí —afirmó Lisa—. Me parece que saben que mi hermano está con los maquis y me deben de tener vigilada. No me extrañaría nada que sospechasen que, de vez en cuando, baje para ver a su madre…, y no sé si alguien puede haber dicho algo de Gabino, si han oído algo o sospechan… No sé.

—Tú estate quieta aquí. Mejor es que intentes pasar desapercibida.

—Antes de ayer, volvieron y me preguntaron si había visto a alguien desconocido. Entraron otra vez en la casa y registraron todo —afirmó Lisa—. Luego se marcharon sin decir nada. No sé, es posible que… Bueno, que me están vigilando. Eso está claro.

—¿Quiénes fueron, los militares o los guardias?

—Los guardias civiles. Yo creo que eran los de Burgui, que son los que vienen siempre por aquí.

—¡Ah! Ese tal Braulio, ¿no?

—Sí…, y el cabo.

—Esos son buenas personas, no te harán nada.

—Bueno, eso si no se enteran de nada, o si no cogen a mi hermano, o si no les dan un chivatazo —contestó Lisa haciendo aflorar su preocupación—. Tengo que marcharme. A mi madre no le harán nada. Es muy mayor. Si no lo he hecho ya, es por no dejarla sola. ¿Quién la cuidaría?

—No te preocupes por eso. Si tienes que marcharte, mi mujer estaría pendiente de ella y le echaría una mano… Pero ¿adónde vas a ir? Es muy peligroso.

—No sé, tengo que buscar a Gabino. Lo amo.

26

El capitán Estévez estaba nuevamente de regreso en el pueblo. Había permanecido con sus tropas peinando el monte, intentando cazar a los fugados. Como era consciente de que ellos no eran conocedores de esas montañas, se había hecho guiar por civiles de la zona y eso le había permitido acceder a lugares que, de haberlo hecho solos, no hubiesen llegado.

Había perdido seis hombres. Eso no habría pasado si hubiesen tenido los camiones, porque les habría permitido salir de la encerrona que los maquis les habían preparado. Estaba de un humor de perros.

En el monte, los encuentros con los maquis habían sido frecuentes y, aunque entre maquis y guerrilleros habían contabilizado doce muertos y habían hecho una treintena de prisioneros, este resultado no era suficiente. El balance, para él, había sido negativo. Su orgullo había sido herido.

Nuevos camiones habían acudido para suministrarles munición y avituallamiento, para llevarse a los heridos y prisioneros y para sustituir a los vehículos perdidos.

Había dado orden de congraciarse con los del pueblo y los sobornaba con alimentos. Les había prometido recompensas por delatar a los maquis, o hacía la vista gorda ante el trapicheo de productos de contrabando y estraperlo, fuente de ingresos muy común entre la población local en ese momento. Muchos campesinos vieron en ello una oportunidad de subsistencia y, para ser favorecidos, corrían a informar si se enteraban de algo.

La represión también estaba siendo dura. La gente del pueblo estaba asustada. Era auténtico pavor el que se vivía. Los que eran considerados favorables a los guerrilleros temían a los militares, y los que eran de derechas temían a los maquis que, en cualquier momento, podían bajar al pueblo y ajustarles las cuentas.

El alcalde, a quien, en su retirada, se habían llevado consigo los de la Policía Armada, también estaba de vuelta en el pueblo. Se especulaba sobre el motivo por el que se lo llevaron. Algunos creyeron que cayó preso por alguna razón o

por una sospecha de estar vinculado a los maquis, pero no, no debió de ser por eso… Ahora tenía una actitud colaboradora con los militares que ocupaban el pueblo. Podía, incluso, ordenar detener o citar para declarar a cualquiera que, a su criterio, pudiese dar alguna información o fuese sospechoso de ayudar a los »rojos«. Era una autoridad respetada y temida.

En la casa donde se había instalado el cuartel general, el capitán Estévez se encontraba sentado en una silla ante la mesa del comedor, que usaba como escritorio. Tenía frente a él, de pie, al alcalde y a otros dos ciudadanos locales. Dos hombres de mediana edad. Asustados y en silencio. Sin atreverse a levantar la vista del suelo. El alcalde vestía un raído traje gris oscuro que había tenido mejores momentos y un sombrero de ala corta, que ahora nerviosamente mantenía entre las manos. Los otros vestían un innegable atuendo campesino. Unos pantalones negros sujetos por debajo de la rodilla sobre unas espesas medias de lana, camisa blanca con botonadura negra y zapatillas de esparto atadas con largas cintas. Faja oscura y chaleco completaban su indumentaria. Uno de ellos se cubría la cabeza con el clásico cachirulo aragonés; el otro mantenía entre las manos una gran chapela de las que se usan por la zona y que nerviosamente retorcía. Enfrente, junto a la puerta, en actitud vigilante, estaban el sargento y dos soldados con sus armas.

El capitán, repasando a los presentes con una mirada que congelaba, se levantó bruscamente de la silla, dio la vuelta a la mesa y, acercándose a ellos, después de un amenazador silencio, preguntó:

—¡A ver…! ¿Dónde estabais vosotros el día de la batalla?

—Pues… en casa. Nos encerramos porque… —contestó el alcalde balbuceante— teníamos miedo.

—¿De nosotros? ¿De los que luchamos y defendemos nuestra patria del comunismo tenéis miedo?

Los otros dos, asustados, negaban con un impreciso movimiento de cabeza.

—No, no, de ustedes no… Era de los otros, de los bandoleros esos que… Esos sí que son muy peligrosos, porque…

—Aquel día fuimos atacados desde dentro del pueblo y desde fuera —lo cortó el capitán—. Vosotros, bien escondidos en vuestras casas, seguro que tuvisteis que ver algo: algún movimiento, gente que no conocíais porque no era de aquí… En fin, algo que no os cuadrase, ¿no es así? ¿Por qué no avisasteis?

—Nosotros no, no… —balbucearon los tres—, no sabíamos nada y nos encerramos con nuestras familias. Estábamos muy asustados.

—Yo, ya sabe usted, mi capitán, que estoy con Franco —dijo azorado el alcalde—. Sabe que soy de derechas, que fui puesto de alcalde aquí por ustedes… y que… ¡Viva Franco! ¡Arriba España!

No sabía qué más decir para congraciarse con el capitán Estévez.

—Ya, ya… Pero todavía no me han dado ustedes ninguna información sobre el paradero de los »rojos«. De los que aún quedan por aquí —dijo enérgicamente el capitán mirándolos fijamente a la cara—. Suponemos que tienen que conocer a muchos de los maquis, porque son de aquí o de los alrededores. ¡Necesito nombres! ¿Me han entendido? ¡Nombres! No solamente de los que son de por aquí, que pueden estar con ellos; también de sus familiares: sus mujeres, sus padres, sus hijos… Hay que presionarlos con ellos, con los familiares, para que bajen y se entreguen.

Se miraron entre ellos y, temerosos, bajaron la cabeza. El miedo se palpaba. La imprevista reacción del capitán podría ser espantosa. Tenía fama de impetuoso y violento.

—¡Y ustedes, que son de los que más tierras tienen, más vacas, más pastos y más madera en el monte! —dijo enfrentándose a los otros dos paisanos—. ¿Es que no quieren ustedes colaborar? ¿Es que no me van a decir nada? —Con la cabeza baja, permanecían en silencio—. Apoyando a los maquis se les va a acabar el chollo… ¡Nombres! ¡Tengo que saber quiénes son los enemigos de España! —continuó vociferante y mirándolos a la cara amenazadoramente—. ¿Acaso lo sois vosotros?

—Eh…, no, no... Nosotros no…, nosotros estamos con Franco, con el alzamiento nacional. No sabemos quiénes son los maquis del monte. Bueno, se dice de algunos que…, pero no estamos seguros de quiénes son… —contestó uno de los campesinos balbuceante y asustado.

—¡Pues con seguridad o sin ella! ¡Nombres, quiero nombres! ¡Cuando los tengamos y les hagamos cantar, porque cantarán, ya diré yo si son o no son! Si saben de alguien que pueda conocer a alguno, que alguien de su familia pueda estar escondido por el monte, también me lo dicen, aunque no lo sepan seguro… ¿Entendido?

No sabían cómo apaciguar al capitán para salir de esa situación. La delación era peligrosa, tanto si la hacían como si no.

—Se rumorea de algunos que… podrían estar con ellos, pero no sabemos… —dijo el alcalde nervioso.

—¿Quién? Venga, venga. ¿Quién? —los apremió el capitán mirando a los tres y asustándolos con la pregunta.

—Pues…, bueno…, es posible que… no sé… Hay unos cuantos que, cuando la guerra, se marcharon y no se sabe si han muerto o no, pero no han vuelto —continuó opinando nervioso el alcalde—. Alguno podría estar con ellos escondidos, pero nosotros no lo sabemos.

—¡Sí, esos! ¡Decidme quiénes son esos! ¡Nombres y familia a la que pertenecían! Todos, también los otros, los que entonces eran jóvenes aún y que no fueron a la guerra, pero que ya no están en el pueblo… ¿Quiénes son? ¿Quiénes son los *jefecillos* de esas partidas de maquis? ¿Quién los ayuda? Tendrán enlaces, ¿no? Gente que les vaya con el cuento…, que los informe. Alguien les suministrará alimentos. No van a vivir del aire, digo yo. Tengo que saberlo todo. ¡Entérense, joder! Si no me lo dicen ustedes, los del pueblo, que son los que pueden conocerlos, que saben de la gente del pueblo y escuchan lo que se comenta, nadie me podrá informar. Yo no tengo forma de saberlo. Os conviene estar vigilantes, hablar con la gente y contármelo todo. Si no acabo con esta subversión de inmediato, a ustedes les va a costar muy caro…, y a muchos de los de este valle también.

—Por aquí había un mulero, que sube y baja con frecuencia a la montaña… No sé *pa* qué —dijo balbuceante el alcalde—. Ya sabe, creemos que para lo del estraperlo, y si anda por ahí arriba, puede que él los haya visto…, y tal vez él sepa algo.

—También hay una familia de aquí, que el padre y el hijo han desaparecido —dijo otro de los presentes—. Dicen que el padre murió en la guerra, pero el hijo, que ya no está por aquí…, se comenta que podría andar por el monte.

—Sí, ese, el mulero… También a todos los de la familia esa que decís. Quiero interrogarlos.

—Ya le hemos dicho, mi capitán, que el mulero no está por el pueblo ahora. A ese hace mucho que no lo vemos, y la familia de los que están desaparecidos solo son dos mujeres que viven solas: la madre y una hermana.

—Pues a esas me las traéis. Si está el hijo por el monte, seguro que alguna vez baja y ellas tienen que saber algo. —Los tres se disponían a salir—. ¡Un momento— !…Los detuvo el capitán—. Tengo especial interés en saber quién fue el que hizo explotar mis camiones.

—Mi capitán —intervino el sargento que escuchaba—, los que enganchamos junto al viejo, ese que usted…, bueno, que murió cuando lo interrogaba, esos sí que cantaron. El viejo no dijo nada, pero los otros dijeron lo que sabían y más.

—¿Y qué contaron? —preguntó al sargento.

—Ya se lo dije a usted, mi capitán. Dijeron que habían llegado a su campamento, unos días antes, dos guerrilleros que no eran de la partida del Chispita, que eran de los que habían entrado desde Francia y que habían venido desde Isaba. Habían llegado a su grupo y enseguida se habían hecho amigos del jefe. Uno era el viejo que murió, y el otro dijeron que se llamaba Gabino y que parecía que era el que sabía y organizaba… Decían que fue el que organizó todo y se encargó de volar los camiones.

—Pero él no pudo hacerlo solo. Alguien lo ayudaría a transportar los explosivos, ¿no?

—Sí, claro. Dijeron que se habían apartado del grupo tres: uno con dos mulas, otro que había sido barrenero en una mina y ese tal Gabino.

—¡Pues búsquenlos, joder! Interroguen a los prisioneros que hemos cogido por ahí arriba. Esos tienen que conocerlos. Ese que es minero y un arriero con mulas no pasan desapercibidos. ¡Traédmelos aquí, vivos o muertos! Sobre todo al *cerebrito*. A ese tal Gabino… A ese me lo quiero cargar yo personalmente… Y, vosotros —dijo dirigiéndose a los del pueblo—, ¡tened los ojos y los oídos bien abiertos! Que no tenga que traeros aquí otra vez para preguntaros. En cuanto os enteréis de algo, venís sin perder un minuto y me lo contáis. ¿Entendido? ¡Ahora fuera de mi vista!

Los tres afirmaron moviendo la cabeza y, mirando al suelo, salieron acompañados de los soldados.

—¡Sargento! —llamó al suboficial cuando ya se disponía a marcharse—. Averigüe quién tiene mulas en el pueblo y quién es ese barrenero. Y a esas mujeres cuyos hombres se marcharon y que viven solas me las traen aquí. Indaguen más sobre los hombres que antes estaban en el pueblo y ahora faltan… Hable con el cabo de la Guardia Civil y hagan una batida por el pueblo. Estoy seguro de que, en la estampida del otro día, alguno habrá decidido esconderse entre los suyos.

«Otra cosa: esos maquis de los cojones tienen que bajar para proveerse de alimentos. Alguien los debe de estar ayudando. Entérese de quién se los proporciona. ¡Busquen, joder! Este no es un frente con trincheras como

cuando la guerra. Entonces se sabía dónde estaba el enemigo. Aquí el enemigo puede estar en cualquier parte: escondidos en las casas, en las bordas de animales, debajo de las piedras como los escorpiones… ¡Que me los traigan aquí!

27

—¡Lisa, Lisa! ¡Abre! —gritó Álvaro, el vecino, golpeando insistentemente la puerta grande de la calle—. ¡Prepara un hatillo con ropa y vente conmigo…! ¡Ya...! ¡Deprisa!

—¿Qué pasa? —contestó Lisa sobresaltada mientras corría a abrirla.

La aparente tranquilidad que nuevamente parecía imponerse en el pueblo se interrumpía inesperadamente otra vez.

—Están registrando otra vez las casas —contestó Álvaro atropelladamente —, y han oído decir a un soldado que están buscando a alguien. Les ha parecido oír que buscan a una mujer… Anda, date prisa. Vente conmigo que, por si acaso, te voy a sacar del pueblo ahora mismo, en el carro que tengo cargado con paja… No me gusta un pelo. Podrían referirse a ti… Lo sospecho.

En menos de tres minutos ya estaba Lisa en la puerta con una pequeña bolsa que contenía algo de ropa. El pequeño carro ya estaba dispuesto en la puerta. Aparentemente transportaba pacas de paja para el ganado y leña. Había dispuesto adecuadamente la carga para dejar un hueco donde Lisa pudiese esconderse. Rápidamente, Lisa, protegiéndose con una manta y siguiendo las indicaciones de Álvaro, se introdujo en él.

—Vamos… No hagas ruido.

El carro inició su camino hacia el sur, en dirección a Burgui. No sabía bien Álvaro a dónde dirigirse. Ya improvisaría. Lo importante era salir del pueblo. Iba sentado sobre una de las varas del carro sujetando el ramal de la caballería.

Llegando al puente, a la salida del pueblo, una pareja de soldados les dio el alto.

—¡Eh, tú! ¿Dónde vas?

—A llevar este forraje a mis vacas que, como hace mal tiempo, hoy no las he sacado de la borda.

No le hicieron más caso y siguieron con su conversación. El carro continuó su camino sin más incidente.

Un poco más adelante, cuando se sintieron más seguros, Lisa sacó la cabeza de su escondite y preguntó:

—¿Adónde vamos?

—No lo sé aún…, hacia el sur. Tenemos que bajar lo máximo que podamos. Por aquí arriba parece que está todo el ejército de Franco. Es muy peligroso. Pasaremos por Burgui y seguiremos hacia abajo, a Salvatierra. Después ya veremos.

—¿Y mi madre? Si van a mi casa buscándome, se va a llevar un buen susto.

—No te preocupes. A ella no le harán nada…, ya es muy mayor.

—Por eso, la pobre… Se asustará. No me ha dado tiempo ni a despedirme. No sabe nada de mí.

—Pierde cuidado. Mejor si no sabe nada. Ya le he dicho a mi mujer que se ocupe de ella. Incluso que se la lleve a casa.

—¿Y tú? —dijo inquieta Lisa—. Cuando se enteren de que no estás en tu casa y a mí no me encuentren, sospecharán.

—No sé… Contra mí no tienen nada. Puedo estar en mis faenas, con los animales… o haciendo leña. Ahora lo importante eres tú. En Burgui conozco a unos almadieros que pueden ayudarte. Yo, en cuanto te deje en buenas manos, regresaré. No sospecharán porque lo haré con las vacas, como hago muchos días.

—¿Y a mí…? ¿Por qué piensas que me buscan a mí? —preguntó Lisa.

—Saben de tu hermano y quizá alguien puede haberse ido de la lengua. La gente habla mucho y ahora…, bueno, que quieren estar a bien con ellos. Eso hace que el momento sea muy peligroso.

—Me gustaría encontrar a Gabino. ¿Por dónde crees que se habrán marchado?

—Yo creo que la idea de Gabino era salirse de la zona de conflicto. Puede haber tirado para cualquier sitio. Tal vez también para el sur, como nosotros, o para el este. Muchos se han vuelto a Francia. Ya nos darán alguna noticia. Ya lo verás.

Lisa se quedó pensando un rato.

—Él quiere llegar a Madrid. Te lo dije, ¿no?

Álvaro se volvió hacia ella, mirándola con cierta sorpresa.

—No, no sabía nada. Pensaba que lo que quería era reunirse con los suyos. Con sus compañeros.

—Sí, bueno, pero… es que tiene un hijo —dijo Lisa apartando la mirada— y una mujer. Un hijo que aún no conoce. Por eso quiere llegar a Madrid. Había recibido una carta de ella diciéndole que el niño estaba mal. No sé de qué, pero creo que le llevaba la penicilina esa que es tan difícil de conseguir por aquí.

—Pues entonces lo natural es que se acerque lo máximo posible al centro —dijo Álvaro reflexionando, sin querer comentar lo que Lisa le aclaraba—. Irá para abajo.

—Puede… —afirmó Lisa—, pero ten en cuenta que no puede viajar en transporte público, porque estará vigilado. No tiene documentación. En el tren o en los autobuses lo cogerían enseguida. Hay mucha policía controlando, sobre todo a los que salen de por aquí.

—Sí, le será difícil. No sé cómo se las apañará.

La información sobre Gabino que ahora Lisa le revelaba lo desconcertó. Había percibido el insistente interés que mostraba por el que, para él, era un incómodo intruso. Intuía que el desconocimiento de la situación de Gabino a Lisa la preocupaba. Algo había que él no entendía bien.

Habían conseguido escapar del cerco al que tenían sometido al pueblo de Vidángoz. Después de sobrepasar el control de vigilancia de la carretera, Lisa se sintió más segura y salió de su encierro de entre la paja que portaba el carro.

—¿Y ahora qué hacemos? ¿A dónde iremos? —preguntó.

—Yo no puedo ir contigo, Lisa —dijo Álvaro, que no supo qué responder, azuzando a la caballería—. Si no regreso pronto, después de que me han visto partir con el carro para llevar paja al *ganao*, sospecharán…, y ya sabes: me harían hablar a palos. Tú tienes que seguir hacia el sur. Una mujer sola no despertará recelo, aunque debes tener cuidado. No es normal encontrar sola a una mujer desconocida, y la curiosidad por saber de ti puede acarrearte problemas. Tú eres una chica lista y sabrás apañártelas. Yo creo que debes de subirte al coche de línea en el próximo pueblo y bajar por Aragón…, hasta donde sea… Camino de Madrid, que es a donde se dirige Gabino, ¿no es así?

—Sí, eso me dijo que haría —se quedó pensando—, pero no sé. Mi hermano es el que se lo llevó, seguramente para unirse a los suyos, y no creo que lo deje irse solo. No tiene documentación legal, de la de Franco…, esa que dan ahora. Y, además, si lo cogen, lo interrogarán y mi hermano y los suyos tendrán miedo de lo que pueda contar. No lo tiene fácil.

—¿Y tú tienes alguna documentación? —preguntó Álvaro aprovechando el tema—. Es por la Policía. A veces suben a los autobuses de línea y piden a los

pasajeros que se identifiquen.

—Sí, bueno…, por aquí tengo un papel —dijo mientras buscaba en su hatillo—. Es un documento personal de identificación que me hicieron los del ayuntamiento del pueblo. No sé si vale.

—¿A ver? —Lisa le mostró el documento—. Pero no tiene foto, y ahora las cédulas de identidad tienen que llevarla.

—No, no la tiene… Es que en ese momento no tenía ninguna. Me dijeron que, de momento, no era obligatorio, pero que me hiciese una para pegarla aquí, en este recuadro. No tiene foto, pero tiene la firma del secretario del ayuntamiento.

—Ya… Está bien, guárdalo. Algo es algo. Yo te dejaré en Burgui, por donde sueltan las almadías en el río. Creo que por allí sale un autobús que pasa por Sigues y llega hasta Huesca. De allí hasta Zaragoza te será fácil. No te metas en ningún lío…, y pasa desapercibida.

—Tengo miedo.

—Mézclate con la gente —le aconsejó Álvaro cogiéndola tiernamente de la mano—. Nunca vayas sola para no llamar la atención. ¿Llevas dinero?

—He cogido lo que tenía guardado en la lata. No sé cuánto…, algo así como sesenta pesetas.

—No es mucho. —Álvaro echó mano a su zurrón y extrajo una vieja cartera, que abrió—. Toma, cien pesetas más. Es todo lo que tengo ahorrado. Espero que te valga de momento.

—Pero yo no sé si podré…

—Tranquila, no pasa nada. Ya me las devolverás algún día.

Había llovido un poco durante el camino. El nido que Álvaro había preparado entre la paja para esconder a Lisa ahora era impracticable. La paja estaba mojada. Marchaban los dos cobijados bajo una lona, sentados sobre la rústica tabla situada en la parte delantera sobre las varas, que se usaba como asiento del carro. Ahora ya no llovía y parecía abrirse algún claro por el horizonte.

—Cuando lleguemos al pueblo, te dejaré un poco más arriba de la presa. Tú baja hasta el puente. Creo que es por allí por donde para el coche correo de Huesca. Pregunta… Siempre a alguna mujer, nunca a un hombre. Aunque no te pregunten adónde vas y qué haces, tú explícales que estás buscando a tu hermano, que está con los de la tala y quieres encontrarlo. Incluso descríbelo

para que no sospechen, y pregunta si lo han visto. Si ves algún guardia, tú sigue como si tal cosa. Ten; lleva esta cesta. En ella te he puesto un par de chorizos, un queso y una hogaza. —Llegaron al lugar donde Álvaro detuvo el carro y se disponía a dar la vuelta—. Baja aquí. Siento no poder seguir contigo. No sería prudente… Suerte, Lisa. No te preocupes por tu madre: nosotros cuidaremos de ella. —Bajó Lisa del carro—. ¡*Arreee*! —arreó Álvaro a sus mulas, sin volver la vista atrás para no delatar su congoja, y partió.

—Adiós, Álvaro. Muchas gracias. Nunca lo olvidaré —dijo Lisa mientras ya el carro iniciaba el regreso.

No había nadie alrededor. Lisa caminó carretera abajo hacia el puente, como Álvaro le había dicho.

De una bocacalle que se unía a la carretera más abajo, salió un carro grande tirado por dos mulas. Iba repleto de utensilios diversos, y, sobre dos colchones atados puestos en lo alto, se sentaba una mujer con un niño de corta edad. Un hombre de aspecto rudo tocado con una boina y un mozalbete de unos doce o trece años marchaban al lado. Un perro pequeño los seguía.

—¡Hola! —los saludó Lisa afable cuando llegaron a su altura.

—¡*Kaixo*! —contestó el hombre.

—¿Saben ustedes dónde para el coche de línea y a qué hora pasa por aquí?

Todos se la quedaron mirando.

—¡Uy, hija! —dijo la mujer subida al carro—. Hoy no hay ninguno. Pasa por aquí uno que viene de Roncal, pero solo los lunes y los jueves. Hoy es martes y hasta pasado mañana no viene otro.

—Eso si hace bueno…, porque a veces, si está mal el tiempo, ni sale —dijo el carretero.

—¡Uf…, vaya!

Se quedó indecisa sin saber qué decir.

—¿Y adónde quieres ir, hija? —preguntó la mujer, curiosa.

Lisa no sabía qué contestar.

—Pues… no sé muy bien…, para abajo. Mi hermano se marchó de casa este verano para lo de la tala, ¿saben? Me dijeron que lo habían visto por aquí con los almadieros y venía a buscarlo. Nuestra madre está muy mal y… Bueno, quiere verlo. Quiere despedirse de él, porque seguramente… —y cortó la explicación.

—Pobrecilla. Lo siento. ¿Y cómo es tu hermano?

—Es un hombre fuerte, de treinta años. Moreno… y guapo.

—¡Ya! —dijo el hombre encogiéndose de hombros—. Por aquí hay muchos así. Tú corre la voz de que lo andas buscando y, si se entera, él te buscará.

—Nosotros vamos hacia Sigues —dijo la mujer—. Queremos llegar a Jaca, que es donde vive mi hermana. Mi padre murió hace un mes y nos ha dejado una *tierruca* y unos animales que hay que cuidar. Por aquí la vida está muy mal. Si quieres acompañarnos, a nosotros no nos importa… Y así podemos ir charlando. Con los hombres no se puede hablar de *na*.

Lisa vio las puertas del cielo abiertas. Integrarse en esa familia como una más era una coartada perfecta. No llamaría la atención.

—Pues si a ustedes no les molesta, sí, me gustaría ir con ustedes.

—¿Te parece bien, Juan? —preguntó la mujer desde lo alto del carro al que parecía ser su marido y jefe de la familia.

—Bueno, está bien. ¿Qué llevas en esa talega? —preguntó cuando se percató—. Si tiene algo para compartir, mejor.

—Claro, lo que tenga lo repartiré con ustedes. Creo que un poco de chorizo y un queso.

—Bien. No estaría de más echar ahora un trago de esta bota —dijo descolgándola de una estaca del carro— y pegar un *bocao* a esas viandas que traes. ¡Vamos, sube! Pararemos ahí, un poco más adelante, en algún prado del río.

La mujer tomó la talega y el hatillo que Lisa le entregaba. Liberada de su carga, puso el pie en el estribo del carro y, ayudada por la mujer, que le tendió la mano desde arriba, subió a lo alto.

Como podían esperar, a la salida del pueblo encontraron a la pareja de la Guardia Civil, que marchaba, fusil al hombro, caminando a ambos lados de la carretera.

—¡Alto! —ordenó uno de ellos.

Detuvieron el carro y el guardia lo rodeó inspeccionando su contenido.

—¿Dónde van?

—Vamos a Jaca. Bueno, un poco más allá, cerca de Sabiñánigo —contestó Juan, el cabeza de familia, a la interpelación de los guardias—. Nos mudamos para trabajar unas suertes que nos ha *dejao* el padre de mi mujer, que ha fallecido y era de allí.

—¿Y esta es su familia?

—Sí, mi mujer y mis tres hijos —mintió.

—Sigan —dijo uno de los guardias apartándose a un lado.

No hubo más percances. Marcharon en buena armonía unos kilómetros.

—Mira —dijo el carretero—, estamos llegando a Sigués. Dicen que, para hacer un pantano, están construyendo una presa muy grande ahí, un poco más allá. Será una alegría para la gente de la zona, aunque ya sabes: nunca llueve a gusto de todos… Algún caserío quedará bajo el agua y *pué* que hasta algún pueblo entero. Las almadías que bajan por el río Esca pasan por aquí para llegar a Sangüesa. Aquí se juntan los almadieros, y, si tu hermano está con ellos, puede que sepan algo. Nosotros seguiremos después para Jaca. Si quieres, puedes continuar con nosotros.

Lisa se quedó pensando. No quería descubrir su verdadero deseo, que era acercarse lo más posible a Madrid.

—Bueno… Si vemos a alguien, preguntaré, pero, la verdad, no creo que si ha bajado con ellos se haya quedado por aquí. Él no es almadiero, solo talador, y va donde le ofrecen trabajo. Será más fácil que esté donde haya más bosque —dedujo Lisa—. Mejor, si no les importa, sigo con ustedes hasta Jaca.

28

El sargento, siguiendo las órdenes de su capitán Estevez, formó un pelotón de cinco hombres y junto con los guardias civiles, que conocían mejor el pueblo, y sus moradores, llegaron a la casa de Lisa. Llamaron insistentemente, pero nadie salió a abrir la puerta.

—¡Derribadla! —ordenó el sargento.

No hizo falta mucho esfuerzo. No tenía puesta la tranca habitual y con un par de fuertes empujones la vieja cerradura cedió. La madre de Lisa, sobresaltada, ya salía por el patio arropada con una simple pelerina.

—¡Vamos, vieja…, ven para acá...! Tu hija, ¿dónde está tu hija? ¡Dile que venga!

—No está; se marchó esta mañana —contestó azorada.

—¿Cómo que se marchó esta mañana¿ ?A dónde ha ido?

—No lo sé… Salió y no me dijo nada.

—Conque no te dijo a dónde iba, ¿no? Ya nos lo dirás luego. —El sargento la agarró de un brazo y bruscamente la sacó a la calle—. ¡Vamos...! ¡Y vosotros registrad la casa!

La condujeron en silencio hasta la casa elegida como cuartel. Una fina lluvia mojaba las resbaladizas piedras que enlosaban las calles del pueblo.

—¡Aquí! ¡Entra! —Al llegar, la empujaron y la subieron al despacho del capitán.

Entraron el sargento y el cabo de la Guardia Civil junto con la madre de Lisa.

—A sus órdenes, mi capitán —dijo el sargento, que conducía a la señora cogiéndola de un brazo—. Esta es la madre del rojo ese que dicen que anda por el monte. La hija no estaba. Dice que se marchó esta mañana.

—A ver, vieja, ¿dónde está tu hija— ?preguntó el capitán mientras se ponía de pie y se acercaba en actitud amenazante.

—No sé… —dijo asustada—. No me ha dicho nada.

—¿Que no te ha dicho nada? O sea, vamos a ver… ¿Te deja sola, se marcha y no te dice a dónde va?

—No. Ha venido a buscarla el vecino y se han ido… —contestó muy asustada—. Me dijo que ya me diría, pero no me ha dicho nada.

—¿Y tu hijo? ¿Dónde está tu hijo?

—No sé, hace mucho que no baja…, digo…, que no lo veo —corrigió cuando se dio cuenta.

—Claro… »Que no baja«, eso es lo que has dicho. Eso quiere decir que está arriba, en el monte con los maquis, ¿no?

—No sé, cuando viene no me cuenta nada. Dice que está con los de la tala.

—¿Y cuándo fue la última vez que bajó?

—Ya hace mucho tiempo —dijo bajando la vista hacia el suelo y con lágrimas en los ojos.

—¡Mentira! —respondió el capitán tomándola del mentón y haciéndole levantar bruscamente la cabeza. Rompió a llorar—. Bajadla y preguntadle… ¡Y que responda! ¡De cualquier manera! ¿Me habéis entendido...? De cualquier manera. ¿Quién es su hijo¿ ?Cómo se llama? ¿Dónde está? Y también su marido… ¿Adónde ha ido su hija¿ ?A quién conoce? ¿Quiénes son los que pueden estar con su hijo, sus amigos…? Tiene que saber de alguien más del pueblo. —Así se dispusieron a hacerlo—. Cerrad la puerta cuando salgáis. No quiero oír los gritos.

El capitán Estévez se encendió un cigarrillo. Se asomó al balcón abierto y se apoyó en la barandilla intentando tranquilizarse. Contemplaba el monte que tenía enfrente. La lluvia arreciaba y el río aumentaba su caudal. Miró las montañas, que a lo lejos ya se perdían entre el espeso aguacero y las nubes bajas. Quiso imaginarse la existencia en ellas de esos hombres rebeldes que se obstinaban en no aceptar su derrota. Estaba nervioso. Tiró, aún sin consumir, el cigarrillo a la calle con rabia contenida.

Había transcurrido poco más de una hora cuando escuchó unos golpes en la puerta de su improvisado despacho.

—¿Da usted su permiso, mi capitán? —solicitó el sargento, que iba acompañado de un soldado.

—Pase, pase, sargento. Dígame¿ ,ha hablado la vieja? —preguntó impaciente.

—Sí, claro que ha hablado…, más de lo que esperábamos —contestó al mismo tiempo que ambos entraban.

El capitán, que en ese momento se encontraba sentado, se levantó inquieto.

—¿Y qué ha dicho? ¡Cuente, cuente!

—Pues ha dicho que su hija se marchó esta mañana con su vecino, y que no sabía adónde ni por qué, pero, lo más importante, mi capitán, es que, a ese tal Gabino, al que usted busca, lo han tenido escondido en su casa dos o tres días y nosotros, aunque registramos, no lo encontramos.

El capitán, ofuscado, se situó frente a ellos.

—¡Inútiles, que sois unos inútiles! ¡Así que ha sido ahí donde se ha escondido! ¡En la casa de esa vieja y su hija! Pues entonces tiene que saber más cosas. Si ha salido de aquí tiene que haberlo ayudado alguien. Tenemos que averiguar quién y a dónde ha ido… Volved a interrogarla y que cante, ¡joder!

—No creo que pueda… —contestó el cabo de la Guardia Civil, que en ese momento también se personó en la puerta.

—¿Qué pasa? ¿Es que os la habéis cargado? —le preguntó el capitán.

—No, pero está mal… y sin conocimiento. Precisamente venía a preguntarle qué hacemos con ella. Es una mujer débil. Yo le sugiero, mi capitán, que ordene que la dejemos libre y que se marche a su casa. Aquí se nos puede morir y eso no nos conviene. Ella no puede responder ni por lo de su hijo, si está con los maquis, ni por lo que haga su hija. De todas formas, nos ha dicho todo lo que sabía. No creo que sepa mucho más. Nos ha contado que su marido está desaparecido desde la guerra y que lo dan por muerto. Que su hijo hace tiempo que está con los del monte, que se llama Daniel y que alguna vez, para verla, baja con un amigo que nunca supo cómo se llamaba. Que fueron su hijo y el amigo ese los que vinieron y que ese tal Gabino se marchó con ellos, pero que no sabe a dónde. Tampoco sabe de qué hablaron ni sabe de nadie del pueblo que esté con ellos en el monte.

—Y su hija ¿también se ha ido con ellos?

—No; ya le he dicho, mi capitán, que su hija se ha marchado esta mañana con el vecino. Ha dicho que le parece que se fueron en un carro, porque lo oyó en la puerta, pero que no está muy segura. Tampoco sabe hacia dónde han tirado.

—¿Con un carro? ¿Es que no se vigilan las salidas del pueblo?

—Sí, mi capitán, pero los centinelas no han informado de nada sospechoso.

—A ver… Peguntad a los que han estado de guardia esta mañana. Alguno ha tenido que ver salir un carro del pueblo. Así sabremos qué camino han cogido. Seguro que esa va en su busca… ¡Hay que encontrarlos!

—¿En busca de quién, mi capitán? —preguntó el sargento, que no entendía lo que el capitán quería decir.

—¡Idiota, pues de quién va a ser, de ese tal Gabino que han tenido en su casa!

—¿Y por qué iba a ir a…?

—¡Calla, joder! ¡No entiendes nada de nada! ¿Es que no conoces a las mujeres?

El sargento, en silencio, dio un paso atrás y, dando media vuelta, le hizo un gesto al soldado que lo acompañaba para hacerlo salir con él y, por precaución, los tres abandonaron la estancia cerrando la puerta tras ellos.

El capitán Estévez, ajeno a todo, se quedó pensando abstraído en sí mismo. Situado en silencio frente al balcón abierto de par en par, con las manos cogidas a la espalda y mirando a la lejanía, pensaba en qué hacer. De pronto se volvió bruscamente y, dando un golpe con el puño sobre la mesa, gritó:

—¡Sargento! ¡Venga usted aquí inmediatamente! —dijo al percatarse de que ya no estaba frente a él—. ¡Y no salga usted hasta que yo no se lo ordene! ¿Ha entendido?

El sargento, atropelladamente, abrió la puerta y volvió a entrar.

—Sí, mi capitán —dijo asustado.

—¡A ese Gabino hay que cogerlo! ¡Vivo! ¡Cogedlo de los huevos y me lo traéis aquí! —gritó.

—¡A sus órdenes, mi capitán! —dijo cuadrándose.

—¡Hay que cogerlo! ¡Buscadlo y traédmelo! ¡A ese me lo quiero cargar yo personalmente! ¿Me ha entendido?

—¡Sí, mi capitán! —contestó el sargento, temeroso del momento.

—Puede usted retirarse… ¡No…, espere un momento!

El sargento, que se disponía ya a abandonar la estancia, se quedó clavado.

—¿Sí, mi capitán? —dijo al tiempo que se volvía y daba un taconazo.

—¡La hija…, hay que encontrar a la hija! A esa ha tenido que contarle algo el tal Gabino que nos ha jodido —dedujo el capitán—. Hasta puede que sepa dónde está.

—No sé. La abuela no nos ha dicho nada más… ¡Bueno, sí! —dijo el sargento después de reflexionar un momento—. Nos ha dicho que su hija dijo que ese hombre quería ir a Madrid a no sé qué.

—¿A Madrid? —Se quedó el capitán intentando encontrar la razón—. Si aquí ha venido para lo de la invasión de los Pirineos y ahora resulta que lo que

quería es ir a Madrid… Eso es que la cosa es más compleja de lo que parece. Hay que averiguar… Haced que se recupere la vieja y que cante si sabe a qué iba a Madrid el hombre al que han tenido oculto.

Pasaron un par de horas. El capitán Estévez estaba nervioso. Pensaba que la cosa se le podía complicar más, porque podría ser que el asunto trascendiese… ¿Para qué tenía que ir a Madrid? A ver si ahora Gabino no era un simple *chalao* de esos que querían ganar la guerra de segundas; la que habían perdido ya… A ver si era alguno de los que introducían para planificar una subversión a mayor escala. Tal vez un comunista de alto nivel, o un espía de los que la guerra de Europa colocaba con alguna misión en España. Sabía que esas cosas estaban pasando. Tenía que encontrar a Gabino, averiguar su interés por ir a Madrid y aclarar la situación. Si, como suponía, era un espía o alguien al que le delegaban una acción política importante y él lo resolvía, podría favorecer su carrera.

—¿Da su permiso, mi capitán? —solicitó nuevamente el sargento, pasado un rato, cortando sus pensamientos.

—Pasa, pasa. ¿Qué, has averiguado algo más?

—Bueno, no sé… No creo que sea relevante. Ha dicho la vieja que el hombre que su hija había escondido en su casa no era de por aquí y que le había dicho a su hija que lo que quería era ver a un hijo que tenía y a su mujer, que vivían en Madrid. No sabía más.

—¿A su hijo¿ ?A su mujer ?Por lo menos ya sabemos hacia dónde se dirige: a Madrid. Tengo que echarle el guante. Se va a enterar. A mí no me jode nadie. Ahora sí que tenemos teléfono, ¿no, sargento? —preguntó.

—Sí, mi capitán. Nos han enganchado una línea.

—Puede que lo de la mujer y el hijo sea una tapadera. Ya lo averiguaremos —reflexionó el capitán—. De todas formas, hay que hablar con la comandancia. Si nos lo permiten, iremos hacia el sur… A Zaragoza. Hay que pedir permiso. Seguramente se habrá ido hacia allí y por allí puede que averigüemos algo.

—Pero, mi capitán —le hizo observar el sargento—, si lo que quiere es prender a ese Gabino, es de suponer que no se irá directo hacia Madrid. Los transportes públicos los tenemos bien vigilados y no le será fácil viajar sin un salvoconducto. Lo más seguro es que dé vueltas para llegar a donde quiere. Tendrá que apoyarse en las infraestructuras que tengan los guerrilleros y los maquis para que lo ayuden.

—Sí, claro… ¿Entonces qué crees tú que habrá hecho?

—Si yo fuera él, me uniría otra vez a los maquis, pero en otro sitio, porque por aquí les estamos dando y sus grupos se están deshaciendo.

—Tienes razón. ¿Y por dónde están las concentraciones de maquis más próximas?

—Según dicen, los grupos más fuertes y mejor estructurados están entre Castellón y Teruel. Hay una región que llaman el Maestrazgo… Pues por ahí.

—Muy bien. Tendremos que solicitarle al comandante, o al coronel, o a quien sea, que nos ordene continuar la lucha por esas montañas. Diremos que tenemos información y que queremos machacar a los que quedan de la maldita invasión por ahí, que es por donde muchos de los que han escapado de los Pirineos se refugian.

—Sí, mi capitán. Ahora mismo hablo…

—¡Espera! Voy contigo. Quiero hablar personalmente con el coronel para que no me pongan pegas.

Salieron los dos hacia la centralita para establecer conexión.

—Si nos autorizan, mañana mismo saldremos para esa zona.

Los ojos del capitán destilaban odio. Exigía venganza.

—Ah, por cierto, se me olvidaba. Ordene que estén atentos al vecino de la muchacha. A ver a dónde la ha llevado con el maldito carro y qué es lo que sabe. Seguro que más de lo que imaginamos. Necesito conocer todos los detalles de esa fuga, ¿entendido? Haced que cante todo lo que sepa… Ya sabéis cómo.

29

Daniel, su compañero y Gabino habían marchado en silencio hacia el sur apartándose de la carretera en los tramos de mayor visibilidad. Lo hicieron vigilantes y atentos a cualquier ruido, principalmente el de algún vehículo que pudiese aproximarse, que podría ser algún camión repleto de soldados. Había amainado, y aunque el cielo se mantenía nuboso, pudieron recorrer los escasos kilómetros con tranquilidad.

—¡Buuhu, buuhu! —Daniel imitó dos veces el canto del búho al acercarse al puente de Garde—. ¡Buuhu, buuhu— !repitió.

Era el canto del búho la señal convenida. Fuera del camino, ocultos en el follaje, aguardaron inquietos. Pasaron unos minutos.

—¡Buuhu, buuhu! —Por fin se escuchó la respuesta, que partía de detrás de unas rocas cercanas.

Y después de un expectante momento de silencio que la prudencia aconsejaba, contestaron:

—Amigos, somos amigos —dijo Daniel saliendo de donde estaba y exponiéndose a la vista de quien, oculto, le respondía.

Un guerrillero armado con un subfusil Sten apareció de detrás de unas rocas próximas y, apuntándolo, preguntó:

—¿Quiénes sois?

—Somos de los vuestros, de la partida del Chispita —contestó Daniel—. Venimos de la zona de Azaltegia para recibir órdenes.

A un gesto de Daniel, salieron también al camino Gabino y el otro compañero.

—Dejad vuestras armas en el suelo y avanzad diez pasos hacia mí, que yo os vea —ordenó el amenazante guerrillero.

Recelosos, otros tres guerrilleros armados salieron y se situaron frente a los recién llegados. Seguramente habría más ocultos entre la espesa vegetación.

Después de un momento de desconfianza, el que parecía mandar, haciendo el gesto con su subfusil de iniciar la marcha, ordenó:

—Vamos… Vosotros delante. Por este camino —dijo señalando la senda—. Ya os iré indicando yo —y, dirigiéndose a dos de sus compañeros, ordenó—: ¡Tú y tú, vosotros dos id por delante de ellos abriendo camino…!, ¡y estad al tanto! Por aquí pueden salirnos los del tricornio o los otros en cualquier momento y liarse a tiros. Y, tú— le dijo a otro—, recoge las armas de estos.

La comitiva se puso en marcha. Eran ocho o diez. En vez de marchar en dirección al pueblo, como podrían suponer, siguieron el curso del río hasta llegar a un barranco por el que, apartándose hacia el norte, discurría un estrecho sendero.

—¿Quién es vuestro jefe? —preguntó Daniel, y aclaró—: Es por si lo conozco. Yo llevo ya mucho tiempo por los montes y…

—¡Tú calla! Ya lo verás…, a su debido tiempo. De momento, calla y anda. Y tírate al suelo si oyes algún disparo. Nos pueden salir en cualquier momento. Esto está *plagao* de guardias y *soldaos*.

—Pero déjanos nuestras armas. ¿Cómo nos vamos a defender si nos atacan? —dijo ahora Gabino.

—¡Ni loco! No sabemos quiénes sois. Por aquí hay muchos que vienen *camuflaos* y se mezclan con los del pueblo. Así nos han *dao* ya en un par de ocasiones, y cuando hemos querido reaccionar, ya se habían cargado a dos o tres de los nuestros.

Marcharon por el sendero un buen rato y, coronando una loma que se apartaba del barranco, otros guerrilleros les dieron el alto saliendo a su encuentro.

—¿Dónde está Roberto? —preguntó el que parecía mandar el grupo.

—Ahí arriba, en la ermita —contestó el que los interceptó.

—Llévanos a él. Vamos, continuad hacia arriba —ordenó reanudando la marcha.

Llegaron a un pequeño conjunto de edificaciones, entre las que se encontraba una ermita.

—Y esta iglesia ¿*cuála* es? —preguntó el amigo de Daniel, que hasta ahora no había abierto la boca—. Yo conozco casi todas las de por aquí…, pero esta no.

—Se llama iglesia de la Virgen de la Zuberoa —contestó uno de los guerrilleros.

—¿Aquí, en mitad del campo? ¿Otra virgen? ¿*Pos* cuántas vírgenes hay por aquí, por Navarra?

Era una iglesia pequeña con un simple campanario adosado a uno de sus laterales, pero tenía al lado otra edificación sólida y grande, perfecta para fortificarse. Todo el perímetro parecía estar bien vigilado por hombres armados.

Ahora había aclarado y el día estaba soleado. Al acercarse, en la explanada que había frente a la iglesia y la edificación, vieron un corro con cuatro o cinco guerrilleros charlando o, más bien, discutiendo. Al ver acercarse al grupo, el corro se deshizo. Uno de ellos se adelantó a los que llegaban y, al ver en el grupo a alguno que no conocía, se presentó.

—Soy Roberto, y ahora llevo las riendas de los pocos que aún quedamos de los que entramos con el comandante Couto y que llegamos a Roncal. Y vosotros ¿quiénes sois?

—La verdad es que ya ni sabemos muy bien quiénes somos —contestó Daniel. Entre los dos se produjo un sorpresivo silencio, tal vez queriendo interpretar la afirmación—. Yo soy de la partida del Chispita, que andamos entre el valle de Salazar y el de Roncal —dijo Daniel rompiendo el silencio, y, después, señalando a Gabino, informó—: Este es uno de los que entraron el día tres por ahí arriba, por el puerto de Lazar o por Roncesvalles.

—Soy el número 52 de la sección 1 de la 45 División Guerrillera —intervino y aclaró Gabino—. Estaba en Isaba con la unidad del teniente Bonilla y, cumpliendo una orden suya, un compañero y yo nos unimos al grupo de Miguel el Chispita.

—Sí, ya he oído hablar del Chispita, aunque nunca hemos coincidido. ¿Un compañero y tú, dices? ¿Solo dos?

—Sí, solo dos. La orden era encontrarlo para transmitirle una estrategia que se le ocurrió a nuestro teniente para tomar el pueblo de Vidángoz, y convencerlo para llevarla a cabo.

—¡Ah, muy bien! ¿Y cuál era esa estrategia, si puede saberse?

—Consistía en un ataque coordinado para sorprender entre dos flancos a los del Ejército, que estaban en el pueblo.

—¿Y cómo os ha ido?

—¡Pues… mal! —ahora contestó Daniel—. El enemigo no actuó como esperaban estos —dijo señalando a Gabino, que guardaba silencio— y tuvieron que cambiar planes sobre la marcha. Además, les llegaron refuerzos

de una compañía de la Policía Armada, que acabaron con el plan…, y les dieron.

—¿Y a vosotros cómo os ha ido? —dijo ahora dirigiéndose a Daniel—. Porque no estabais juntos, ¿no?

—No. Pertenecemos a otro grupo —contestó Daniel—. ¡Pues mal...! También muy mal. Toda la zona está copada por esos fascistas de los cojones. No puedes moverte sin encontrártelos. Los del Ejército… ¡Que yo qué sé cuántos son los que ha mandado para acá el Franco ese! Los policías armados, que también hay muchos, y, por si fueran pocos, también la Guardia Civil; los que estaban antes y los que han llegado nuevos. Muchos.

«Los de mi grupo íbamos a unirnos a los del Chispita en Vidángoz, pero no llegamos a tiempo. En Vidángoz, a los del Chispita y a los que habían llegado desde Isaba les han dado una buena… Eran muchos y los atacaron por todas partes. Los cogieron entre dos fuegos. Por un lado, los del Ejército, que estaban parapetados en las casas, y por el otro, en su retaguardia, los de la Policía Armada, que llegaron en camiones por detrás justo en el momento que lo necesitaban. Los maquis tuvieron muchas bajas. No sé cuántas, pero muchas. Tuvieron que salir corriendo. Los grupos se han deshecho y cada uno ha *tirao* para donde ha podido. Algunos sé que se han dirigido otra vez de vuelta a la frontera con Francia… Bueno, creemos; porque en realidad no sabemos nada de cierto.

—Y vosotros tres os apartasteis de los vuestros y decidisteis venir para acá, ¿no? ¿Por qué? Un poco raro, ¿no?

—No, es que yo soy de Vidángoz y tuvimos noticia de que en mi casa se había refugiado un guerrillero, este… —dijo Daniel señalando a Gabino—, y nosotros dos nos quedamos en la zona solo para sacarlo de allí. Lo había escondido mi hermana y estábamos seguros de que lo encontrarían. No podíamos dejarlo allí. Eso suponía un riesgo muy grande para los míos. Por Vidángoz, a este lo deben de estar buscando. Parece que el capitán de los fascistas se la tiene jurada… Y si pasaba eso, si lo encontraban, pues ya sabes… A este, que estaba escondido, y a toda mi familia, que son mi madre y mi hermana, se los cargarían.

—Sí, claro. ¿Y por qué se la tiene jurada precisamente a este…?

—Gabino, me llamo Gabino —intervino el aludido—. Seguramente porque alguien le habrá dicho que fui yo quien organizó el atentado que los dejó sin los camiones.

—¡Ah! Joder, así que fuiste tú el que voló los tres camiones que tenían… Se habla de ello. Menuda putada les hiciste.

—Sí, pero no nos salió del todo bien. Si no los hubieran ayudado los policías, podríamos haberles dado una buena; no tenían cómo escapar, que era lo que pretendíamos.

A Roberto pareció interesarle el relato y, dándose la vuelta y haciendo un gesto con la mano, dijo:

—Vamos, sentémonos ahí arriba, en el poyete de la explanada, y seguid contándome —dijo al mismo tiempo que se daba la vuelta y echaba a andar.

Los demás lo siguieron.

—¿Y a vosotros? A los que dices que habéis entrado con el comandante Couto. ¿Cómo os ha ido — ?preguntó Gabino mientras caminaban.

—A nosotros tampoco nos han dejado en paz. Hemos tenido que dividirnos en grupos pequeños más difíciles de localizar y no presentar batalla abierta —contestó Roberto—. Vamos, venid aquí —dijo encaminándose al largo banco que había en la explanada—. Charlemos un rato sobre lo que está pasando… A ver si nos aclaramos. Aquí cada uno tiene su historia.

Se sentaron. Curiosos, se unieron a ellos otros que pululaban por la explanada.

—Entonces tú estabas con ese tal teniente Bonilla, que no conozco ni sé nada de él… ¿Y cuál era vuestro objetivo? —dijo nada más sentarse, volviendo a dirigirse a Gabino.

—El objetivo general era llegar a Roncal —respondió Gabino—, seguramente para unirnos a ustedes y, supongo, para continuar después hacia el valle de Arán, que, según dicen, tomarlo es el objetivo final.

—Ya, ya… Y de esa unidad del teniente Bonilla ¿qué ha sido?

—Pues no lo sé muy bien —contestó Gabino—. Cuando los dejamos mi compañero y yo, pretendían atacar por la retaguardia a una compañía del Ejército que estaba en Vidángoz. Como nos separamos de ellos para unirnos a los de la partida del Chispita, les perdimos la pista. Cuando estábamos con los maquis, a mí se me ocurrió que limitar la capacidad de desplazamiento del enemigo sería una buena estrategia, y que acabar con sus camiones, que estaban desprotegidos, sería fácil y nos daría una ventaja. Le pareció bien al comandante Chispita y nos destacamos tres de nosotros con dos mulas. Mi compañero se quedó con ellos, no vino conmigo. Salió bien. Volamos los camiones con algún soldado que había dentro. Después del sabotaje, que

perpetramos dentro de su campo, tuve que esconderme deprisa. La hermana de Daniel, aquí presente, me ayudó. El mulero se había marchado antes, en cuanto descargamos las cajas de dinamita, y el barrenero, nada más se produjo la voladura, salió corriendo por el cauce del río y no sé dónde se ocultó. Él conocía bien el lugar y me prohibió que lo siguiese. No sé a dónde fue ni qué hizo después.

—Sí, yo pertenecía a esa unidad del teniente Bonilla —intervino uno que se había acercado al grupo y escuchaba el relato.

—Hola —saludó Gabino—. Sí, te recuerdo.

—Hola —le devolvió el saludo—. Nosotros, con el teniente, intentamos entrar a Vidángoz por el este, bajando por la ladera del monte. Llegamos hasta la iglesia y el cementerio con la intención de entrarles por la espalda. Ellos estaban entretenidos con un tiroteo contra los maquis, que se habían situado al otro lado del río, pero cuando íbamos a entrar en las casas que dan a la carretera y al río, desde donde ellos disparaban, nos sorprendió la llegada de refuerzos de la Policía Armada, que hicieron huir a los maquis. Por lo menos eran dos compañías. Y comprendimos que no había nada que hacer. El teniente ordenó retirarnos y con suerte llegamos a Burgui. Allí nos unimos a otros de los que habían escapado de la encerrona de Vidangoz y nos refugiamos en una borda que llamaban de Zalba, camino de Navascués, pero allí nos pillaron por sorpresa los del Ejército, que no sé si eran los mismos de Vidángoz u otros, y aunque nos defendimos y liquidamos a un par de soldados, ellos se cargaron a cinco o seis de los nuestros y apresaron a muchos, por lo menos a veinte o treinta… No sé a cuántos. Algunos nos escapamos de allí como pudimos; cada uno tiró para donde le pareció bien. Unos cuantos se unieron a otros que estaban por Navascués, y he oído que poco después ahí se armó otra gorda. Cada uno de los que quedamos nos largamos para donde pudimos. El teniente Bonilla comentó que estábamos perdidos… Que el plan había fracasado y que lo mejor era regresar a Francia o bajar hacia el Maestrazgo y escabullirse. Había que escapar de la zona. Ya no teníamos nada que hacer.

—Ya veo… —respondió Roberto, y, dirigiéndose nuevamente a Gabino, preguntó—: ¿Y tu compañero? Dices que no estaba contigo en lo de los camiones y, entonces, ¿no se escondió contigo?

—No. Lo de los camiones lo hicimos el barrenero que estaba con los del Chispita y yo. No sé qué fue de mi amigo Ramón, que así se llamaba.

—¿Se llamaba?

—Sí, me han dicho que lo cogieron…, y creo que lo han torturado para sacarle lo que sabía. Y después lo habrán matado o lo habrán dejado allí mismo muerto de la paliza… No sé. Yo no he vuelto a verlo. Era un hombre íntegro y valiente, pero humano, al fin y al cabo. Es probable que no haya soportado la tortura y que haya contado todo lo que sabía. Si no, ¿cómo el capitán ese del Ejército sabe tanto de mí? Tampoco entiendo a qué viene esa obsesión personal que dicen que tiene por engancharme. Fue un acto de guerra y nada más.

El mes de octubre estaba avanzado. Eran casi finales. Por aquellos páramos ya el tiempo refrescaba y no hubiese estado mal sentir el calor de las llamas de una hoguera, pero prender fuego era algo que tenían prohibido. El humo podría delatar su presencia y, además, en la situación de alerta permanente que tenían, era probable que tuviesen que abandonar el lugar precipitadamente y sin que ni siquiera tuviesen tiempo de apagarla. Eso podría suponer un grave peligro en aquellas boscosas montañas.

Entre aquellos hombres, que deambulaban con aparente desgana de un lado al otro por la explanada del reducto donde se levantaba la ermita, se percibía un aire de inseguridad, o, con otra apreciación, se diría que de desconfianza entre ellos. No todos se conocían; se habían ido incorporando por un instinto de supervivencia que los obligaba a agruparse, pero las procedencias de diferentes grupos que habían sido deshechos después de algún encuentro con el Ejército o los guardias civiles no favorecían la cohesión. Se sabían en inferioridad numérica, logística y de organización. Carecían de mandos. Muchos de los oficiales y jefes, que podrían corregir la marcha de la operación, ya no estaban allí. Habían sido muertos, apresados o perdidos… Daba igual, lo importante era que, en aquel lugar, pocos eran los que podían volver a reorganizar ese enjambre de guerrilleros, que, por momentos, iba creciendo por la incorporación de minúsculos y desesperados grupos de tres o cuatro hombres cada vez. Hombres que llegaban cansados y desmoralizados. Desconfiando de todo y de todos. Sin esperanza y con miedo del incierto futuro que se les presentaba.

Se veían pequeños corros formados por hombres que, al cobijo de las paredes orientadas hacia el sur, caldeadas por un tímido sol de otoño, ofrecían protección del viento. Parecía como si todos esos hombres que se

habían ido agrupando allí, procedentes de distintos lugares donde habían sido acosados, no estuviesen integrados en una acción común ni motivados para llevarla a cabo. Comentarios sueltos de aquí y de allí que entre ellos se hacían demostraban esa inseguridad. No sabían qué hacer. Aunque si lo sabían, por miedo a la reacción de sus propios compañeros, no se atrevían a decirlo. La mayoría quería volver a la seguridad del país vecino. Regresar a la Francia, de donde salieron confundidos por la equívoca información y el entusiasmo de algunos que, desde fuera, los empujaba a la acción. ¡Qué ilusos habían sido! Ya no se percibía ese entusiasmo que los movía no hacía muchos días. Caras tristes. Sin las risas que en otros momentos surgían espontáneamente. Había tristeza. También sorpresa e incomprensión.

Sin un mando claro y eficaz que los aglutinase, cada uno tenía una idea diferente de lo que deberían hacer. No había unidad entre ellos y, seguramente, también tenían miedo a manifestar sus pensamientos. No se fiaban los unos de los otros; »que cada uno se las arregle como pueda« parecía la muda consigna que circulaba. Escabullirse entre la población rural, entregarse al Ejército esperando el perdón, esconderse en el monte como venían haciendo los maquis… »Pues yo me vuelvo a Francia«, se le escuchaba a alguno que se manifestaba a su compañero de confianza, tapándose la boca con la mano…, no fuese a ser que esa idea se interpretase como deserción y el resultado llegase a ser peor.

Tres nuevos guerrilleros recién llegados se arrimaron al grupo de Roberto, que charlaba. Su ánimo decaído, embarrados y sucios… eran la clara imagen del fracaso.

—¡Hola! —dijeron cansinamente, al mismo tiempo que dejaban en el suelo las pertenencias que arrastraban: las sucias mantas que traían enrolladas, sus mochilas, sus armas…, y sin fuerzas, junto a ellas, se tiraron al suelo agotados. No podían ni hablar del cansancio que traían.

Todos se quedaron mirándolos en silencio, deduciendo lo debían de haber estado pasando hasta llegar allí.

—Hola. ¿De dónde venís? —saludó y preguntó al mismo tiempo Roberto y, por decir algo, añadió—: Menos mal que hoy no llueve.

Los recién llegados miraron a Roberto y, aún sin responder, repasaron con la vista al resto de los integrantes del grupo.

—Tú eres Roberto, ¿verdad? —le preguntó uno de los recién llegados incorporándose un poco—. El que manda por aquí, me han dicho, ¿no?

—Bueno, sí…, por elección de mis propios compañeros —respondió—. Realmente en mi unidad era sargento, pero, en la última refriega, me quité los galones por si me cogían; ya sabes que, si te pillan con galones o estrellas, te pegan un tiro allí mismo. ¿Y vosotros?

—Yo me llamo Enric, y estos son Juancho y Martín. Pertenecemos a la 522.ª Brigada… Bueno, lo que queda de ella. Nos habíamos concentrado en Sainte Engrace y entramos el otro día por Isaba y el Roncal, a lo largo del río Belagua. —Todos los presentes se los quedaron mirando, esperando alguna noticia positiva, pero no—. ¡Vaya sorpresa nos llevamos! —continuó jadeante la explicación—. Creíamos que la gente saldría a abrazarnos contenta de vernos por venir a liberarlos del yugo opresor de Franco. Pensábamos que nos ayudarían, pero… ¡*quiá*...! Lo que hicieron fue salir corriendo en cuanto nos vieron y a denunciarnos a los militares…; que vinieron… ¡Ya lo creo que vinieron! Y nos dieron… ¡Vaya si nos dieron! No sé cuántos quedamos. En mi sección éramos catorce. Ahora ya no lo sé.

—Nosotros también pertenecemos a la 522 —dijo Roberto, y preguntó—: ¿Y el resto de la brigada? ¿Qué ha sido de los demás? Porque éramos por lo menos… ¡Yo qué sé! Muchos… Doscientos o trescientos, por lo menos.

—No lo sé muy bien. Nos disgregamos después de la primera refriega. Después hubo otra y después perdimos el contacto con los demás. Nos escapamos como pudimos. No sabemos nada de ellos —y señalando a uno de sus compañeros, que aún seguía tumbado en el suelo junto a sus bultos, dijo —: Este era conductor de uno de los camiones con los que entramos desde Francia. Después de entrar, unos se dirigieron hacia la zona de Pamplona y otros… Bueno, ahora él te contará.

—¡Un desastre! —dijo el aludido—. Me llamo Juancho. Yo era el conductor de uno de los camiones. Sí, éramos muchos, por lo menos ochocientos…, o quizá mil. Llegamos desde la zona de Pou, en Francia, y nos trasladamos a Sainte Engrace y Esterençuby. Nos habíamos concentrado todos en el área de Olorón, Mauleón y Ustaritz. Éramos gente de todas partes, españoles de verdad con ilusión y con ganas de limpiar España de fascistas. Pensábamos que iban a estar también por allí, para entrar con nosotros, los americanos, o yo qué sé, los aliados esos que intentaban derrotar a los alemanes. Suponíamos que Franco, que era fascista, también era su enemigo. Pero no, parece que

Franco no es su problema. Allí solo estábamos nosotros. Nos repartimos en varias unidades para entrar en España por diferentes mugas a lo largo de los Pirineos. Cuando entramos, sé que hubo escaramuzas por todas partes, de las que, me parece a mí, de ninguna hemos salido muy bien librados. Los de aquí ya estaban alertados y preparados para detener nuestra incursión. Bueno, supongo que vosotros ya sabéis de eso… También sois los que las habéis sufrido.

Los reunidos los miraban sin atreverse a hablar. Manifestar lo que estaban pensando podía resultar peligroso. Todos callaban.

—Un grupo grande de la brigada llegó hasta Aralar, un pueblo que hay al norte de Pamplona. Los dejamos por allí y los camiones regresamos de nuevo para transportar otros hombres —informó Juancho retomando el relato—. Y allí, nada más llegar, se liaron a tiros con los de la Guardia Civil, que los salieron al paso… No sé cómo acabó aquello, los camiones ya nos habíamos marchado. Creo que se cargaron a muchos de los nuestros. Otros se entregaron…; dieciséis o diecisiete, dicen. Los que quedaron vivos subieron hacia Lesaka. Eran como sesenta o setenta que pretendían regresar otra vez a Francia. Allí también ha habido otro encontronazo. Ha muerto gente de uno y de otro bando, tampoco sé cuántos. Otros quisieron largarse por Baztán y a muchos los detuvieron por allí. En fin…, un fracaso total. Esa Operación Reconquista ha sido un fracaso…, me parece a mí.

—No seas agorero, hombre —dijo Roberto—. Nos estaban esperando. Eso está claro. El factor sorpresa no nos ha favorecido. No estamos muy bien armados y la infraestructura es insuficiente, pero ya verás… Los alemanes ya están en retirada y pronto acabará la guerra en Europa. Ese también será el final de Franco. Cuando hayamos creado una cabeza de puente, seremos ayudados por los aliados. Si provocamos una situación de conflicto en España, los aliados intervendrán. Los americanos enviarán para acá dos o tres divisiones y los de aquí se acojonarán. Nos devolverán el esfuerzo que nosotros hemos hecho por ellos.

—Bueno…, ¿si tú lo dices…? No sé si quedaremos alguno para contarlo. Ahora tenemos que pensar qué haremos nosotros. Los que estamos aquí, perdidos en estas montañas sin saber nada de nada de lo que está pasando. Sin un objetivo claro ni nadie que nos lidere…, y contra un ejército organizado con medios suficientes para acabar con nosotros, que nos

persigue sin cuartel. ¿No te das cuenta de que nosotros, así aislados, no tenemos nada que hacer?

—Además entraremos en el helado invierno de estas montañas —dijo otro que hasta ahora solamente miraba y escuchaba—. Las inclemencias del tiempo no nos permitirán la lucha. Hoy parece que hay un respiro, pero la lluvia, la niebla, la nieve y el frío que se prevén limitarán nuestros movimientos. No podemos perder tiempo.

—Eso es una realidad que tenemos que considerar —intervino uno más—. Además, no tenemos recursos ni información. La gente de por aquí no nos acoge como esperábamos y, sin embargo, a los franquistas sí que los guían los locales, que conocen esto y, bien asesorados, nos esperan en vados, pasos y puentes para acabar con nosotros. Además, pasamos hambre.

—¡Sí, sí! Eso es… Tenemos hambre —corearon muchos de los presentes.

—No tenemos víveres ni quien nos los proporcione —retomó la disertación—. ¿Qué vamos a hacer, bajar al pueblo a robarlos? ¿Y crearnos también como enemigos a los locales? Si bajamos, nos estarán esperando los fascistas. Eso es seguro. Y son muy superiores a nosotros. Nos capturarán y nos matarán…, y si tardamos mucho en tomar una decisión, subirán a por nosotros.

Un murmullo se levantó entre los presentes y al escándalo que se formó acudieron otros de los guerrilleros que por allí estaban. El grupo se estaba haciendo peligrosamente numeroso y las opiniones enfrentadas podían provocar una revuelta.

—¡Sí! ¡Es lo que pasará! —gritó uno de los que se acababan de unir—. Yo me largo de aquí, será lo mejor. Aquí moriremos. No estamos muy lejos de la frontera. En un par de jornadas, como mucho, estaremos en Francia.

Se miraban los unos a los otros esperando que la voceada decisión de algunos de regresar a Francia fuese adoptada por la mayoría. Planteada de forma individual, podía ser malinterpretada e, incluso, peligrosa si se entendía como una deserción.

Gabino guardaba silencio. Miraba a los unos y a los otros esperando ver en qué terminaba esa improvisada asamblea. También él debía tomar una decisión. Daniel y su amigo estaban desconcertados. No tenían claro qué hacer ni a quien unirse.

—¡Alto¡ !Alto! ¡No toméis decisiones a la ligera! —se impuso Roberto—. Hace por lo menos una semana que estaba prevista la invasión del valle de

Arán. Los nuestros ya deben de haber tomado Viella y pronto vendrán a por nosotros y nos conducirán para que nos unamos a ellos. ¡España y la República nos necesitan!

—¿Que vendrán? ¡Y una leche van a venir! —objetó otro de los presentes —. Aquí nosotros estamos perdidos y atrapados como moscas en un plato de miel. Si no nos las arreglamos nosotros solos, estaremos perdidos y, seguramente, mañana muertos. ¡Yo me largo¿ !Quién quiere venirse conmigo para Francia? Si lo hacemos con cabeza, puede que mañana mismo estemos a salvo.

El rumor entre los presentes fue *in crescendo*. Algunos intentaban escabullirse del grupo, seguramente ya tomada su decisión, pero sin atreverse a anunciarla.

En ese momento, un joven guerrillero llegó corriendo y voceando:

—¡Atención, compañeros! ¡La Operación Reconquista ha sido abortada!

—¡¿Quién dice eso!? —preguntó Roberto poniéndose de pie.

—¡Uno que acaba de llegar de Jaca! Dice que el PCE ha ordenado retirada… ¡Que se acabó! Que a ese Jesús Monzón, que era el que dirigía la operación, lo han quitado de en medio y han puesto en su lugar a un tal Santiago Carrillo.

—Entonces, ¿ya no nos apoyarán? —le preguntó Santiago a Daniel.

—Pues ya ves, yo creo que no. Si se descarta la lucha armada, no nos apoyarán… ni el PCE ni los americanos ni nadie. Esto es un sálvese quien pueda. Aquí ya no hacemos nada ni manda nadie.

Se diría que la noticia fue, incluso, bien aceptada. Aquello podía suponer una liberación del compromiso que se habían creado al sumarse a esa acción que veían abocada al fracaso. Ahora el problema era cómo se desharían los grupos, cómo pasar desapercibidos diluyéndose por otros lugares o cómo regresar a Francia, el país donde pensaban que volverían a ser bien acogidos. Por algo ellos habían sido partícipes de la lucha antinazi. Pero ahora, desprotegidos políticamente, era de lógica que el ejército del gobierno franquista reforzara su presión. Ellos eran intrusos rebeldes y no pararían hasta acabar con ellos.

—¡Vámonos! —gritó uno que ya acarreaba sus bártulos e iniciaba el camino hacia el norte—. Mejor si nos disgregamos. Si vamos en grupos grandes, nos localizarán.

El desconcierto era enorme. Algunos se apresuraban a empaquetar sus pertenencias, incluso querían deshacerse de sus armas, pero no estaban seguros de ello. ¿Las necesitarían ahora que la lucha armada había terminado?

¿Sería peligroso llevarlas con ellos por si los apresaban? ¿Y qué podían hacer con ellas? ¿A quién se las entregaban?

—¡No os desprendáis de las armas! —gritó uno de los maquis de los que se ocultaban en el monte y que ahora estaban unidos a los otros guerrilleros que habían entrado formando parte del contingente.

—Veníos con nosotros. Las montañas nos protegen —dijo otro—. No es una buena vida, por ahora, pero dejaremos pasar el tiempo hasta que nos olviden. Tened en cuenta que, si os apresan, os fusilarán.

Algunos de los presentes, temerosos e indecisos, miraban a esos maquis, que ya identificaban por los días de convivencia. Había que tener cuidado. Si daban una negativa a su propuesta y se sentían inseguros, ¿cómo reaccionarían? Tampoco, en ese momento, se sabía quién podía ser amigo o enemigo.

Como le pasaba a Gabino, los intereses no eran comunes para todos. Cada uno tenía los suyos particulares y ahora afloraban y condicionaban las decisiones individuales.

—No, yo no me quedo. Me vuelvo a Francia —se oyó decir a uno que también se disponía a marcharse—. Aquí no podría vivir sin libertad. Prefiero morir. Quiero vivir mi vida, formar una familia y ser feliz…, si me dejan.

—Pues yo no me marcho —dijo otro—, pero tampoco me esconderé. Tengo que llegar al sur, a Jaén, que es mi hogar. Lo intentaré, y si me cogen, pues mala suerte.

—Pero sin documentación no irás a ningún sitio. Te engancharán —afirmó un tercero.

—Yo sé quién puede proporcionar documentación —informó otro con interés—. Bueno, vale algunas pesetas, pero no demasiadas. —Muchos de los presentes se lo quedaron mirando y se vio cómo alguno se le aproximaba interesado—. Ahora no —advirtió—. El que quiera, que hable conmigo luego.

Y después se escabulló entre los hombres.

Gabino, Daniel y su compañero no sabían qué estaba sucediendo. El desconcierto general del grupo también los incluía a ellos. No podían quedarse sin hacer nada; habría que sumarse a alguna de las propuestas que planteaban, pero ¿a cuál? Era difícil la elección, porque también lo era la situación. Se encontraban de pie frente a la puerta de la ermita. Se interrogaban en silencio con la mirada sin atreverse a decidir y ni siquiera a hablar o comentar.

—¿Y ahora qué coños hacemos? —preguntó Daniel mirando alternativamente a sus compañeros—. Yo creo que lo mejor será que volvamos con los nuestros. Al menos allí estaremos protegidos. Ellos saben qué hacer. Después ya veremos cómo se desarrollan los acontecimientos. Seguro que ellos ya tienen una solución. —Se quedó mirando a Gabino—. ¿Y tú? ¿Qué opinas de todo esto? —le preguntó Daniel.

—No sé —dijo Gabino dudando y sin atreverse a hablar.

—Vamos, no lo pienses más… ¡Tú te vienes con nosotros y ya está! Estarás más seguro si vienes con nosotros.

—Sí, sí, claro… Tal vez —afirmó con dudas Gabino.

—Ahora voy a ver si engancho algo de comer, que va a ser difícil —dijo Daniel apartándose y tirando del brazo de su compañero—. Si no, tendremos que buscar por algún caserío o en el pueblo. Tengo alguna peseta y puede que consiga algo.

Se separaron. Daniel y su amigo se dirigieron hacia donde se suponía que podrían encontrar alguna vitualla.

—Luego nos vemos —dijo.

Media hora más tarde, ya con lo poco que habían conseguido, regresaron al mismo lugar. Buscaron, pero no vieron a Gabino.

—¿Has visto a mi amigo Gabino por aquí? —le preguntaron a Roberto.

—No —contestó—, creía que estaba con vosotros.

—¿Es ese que llegó con vosotros? —preguntó uno que por allí pasaba y oyó la pregunta.

—¡Sí, ese!

—¡Ah! Pues se ha marchado con otro. Con uno que decía que era de Teruel. Creo que iban hacia el sur, porque se han marchado por el camino que va hacia Ansó.

—Esos se están escapando —aseguró Roberto—. Me parece a mí que ya no los volveremos a ver por aquí.

—Bueno…, ya has oído —le dijo Daniel a su amigo mientras se apartaban —. A ese ya no lo veremos más por aquí —repitió—. Le deseo suerte.

30

Caminaban ligero escapándose del lugar.

Gabino iba meditando en silencio, sin atreverse a iniciar la conversación que estaba deseando tener con su nuevo compañero de aventura. Por un lado, desconfiaba y, por otro, deseaba saber. No se conocían de nada. Eso lo detenía. No sabía nada de él y eso lo preocupaba. Hasta ahora nunca había reparado en ello.

No llegaba a comprender Gabino por qué, sin conocerlo y sin que se diese otra circunstancia u oportunidad, al pasar a su lado se había dirigido a él como si fuesen amigos de toda la vida. En silencio, mientras andaba, analizaba la situación. Era difícil en aquellos tiempos creer que alguien podía hacer algo de forma espontánea y desinteresada. La desconfianza era permanente en esos momentos y entre aquellas gentes.

Rememoraba Gabino cómo se había producido el encuentro. Tal vez su actitud indecisa y posiblemente su imagen bonachona al desconocido lo hicieron decidirse cuando, cargado con sus bultos y sin armas, al pasar a su lado, se paró un momento y le preguntó:

—Y tú ¿qué piensas hacer?

La pregunta, hecha por un desconocido, lo sorprendió. No la esperaba. Se lo quedó mirando mudo e indeciso. De primeras, no supo qué responder y su silencio indujo a su improvisado compañero a iniciar la conversación.

—Esto se ha *acabao*, amigo. Aquí ya no hacemos *na* —insistió el desconocido al ver que no respondía—. Yo me largo *pa* abajo.

—Yo…, estooo…, pues sí, bueno… No sé —contestó azorado Gabino—. Es que estoy con unos amigos que tal vez…, a lo mejor quieren…

—¿Y tú qué es lo que quieres? —lo atajó de nuevo el desconocido, preguntando de sopetón—. ¿Tú crees que vale la pena seguir luchando para nada? No te conozco, pero sé mirar y me he dado cuenta de que, de esos dos que han llegado contigo, por lo menos uno está en la lucha armada… Y estará en ella hasta que lo enganchen o se lo carguen, aunque ahora ese Santiago

Carrillo del PCE, que está por Francia, diga que esto se ha acabado. Algunos lo llevan en la sangre, ya sabes. Tú no eres de esos. No hay más que verte.

—¿Y tú adónde vas? —se atrevió a preguntar Gabino.

—Ya te lo he dicho: *pa* abajo; *pa* mi tierra. Soy de Teruel y todavía por el Maestrazgo podemos respirar. Allí, a los que nos llaman »rojos«, la gente en general aún nos quiere…, y no nos traiciona. Aunque hay que tener *cuidao*, porque ahora los que dicen que han *ganao* la guerra se han *envalentonao* y, si te saben del lado de los republicanos, como mínimo, te desprecian. Ten en cuenta que esa zona fue de las últimas en las que entraron los fascistas cuando la guerra. Hasta *mediaos* del 38 estuvo en el bando republicano y los que eran de otra forma de pensar eran los reprimidos. Ahora se han cambiado las tornas y ya sabes…, para qué te voy a contar.

Gabino no estaba al corriente de cómo había evolucionado la situación del sentimiento político en España y eso le producía inseguridad.

—Pero… ¿Por allí la Guardia Civil no os persigue? ¿Podéis conseguir salvoconductos o papeles de identidad de los de Franco? ¿Y la gente, cuando regresáis, os acepta bien?

—Bueno, la gente quiere vivir en paz. Muchos tienen familiares o amigos a los que la guerra los pilló en el lado de la República y ahora regresan con sus familias y a sus faenas de siempre. Los caseríos, y las gentes en sus casas, muchas veces te esconden y te ayudan. Saben que lo has pasado mal y se apiadan de ti. Por mi tierra es más fácil y no tienes que salir siempre corriendo perseguido por los montes, como aquí. En cuanto a los carnés, tiempo al tiempo. También se conseguirán. Aunque no lo creas, aún quedan buenas personas… Incluso entre los de las derechas, entre los que han *ganao* la guerra. Hay algún hijo de puta, pero no lo son todos. Muchos quieren, como nosotros, vivir tranquilos: con sus cosas, con su familia, sin meterse con nadie.

Gabino estaba indeciso.

—Entonces ¿qué? ¿Vienes o no? No podemos perder mucho tiempo —insistió al poco—. Anímate, ya te iré contando por el camino.

Gabino permanecía con sus bártulos en el suelo, metido en sí mismo. Después de un momento de reflexión, se decidió:

—Bueno, va, está bien. Me voy contigo.

Así fue como se había producido el encuentro e iniciado la relación.

Marchaban a buen ritmo el uno al lado del otro. El tiempo era frío, pero al menos no llovía. El silencio que guardaban mientras caminaban hacía

incómoda la situación. Ninguno de los dos, aun deseando saber más el uno del otro, se atrevía a preguntar abiertamente.

—Oye, llevamos ya casi dos horas caminando y ni siquiera nos hemos presentado —dijo el desconocido—. Yo me llamo Jesús, como mi tío, que mataron en el 39 por allí, por el frente de Teruel, ¿y tú?

—Gabino.

—¡Ah, sí, ya sé, Gabino, claro! Sí, hablaban de ti los de ahí arriba y decían que volaste no sé cuántos camiones de los militares de Franco. Que los dejaste con el culo al aire a los que andaban por Vidángoz.

—No fueron tantos. Tres, fueron tres solamente. Salió bien de casualidad y casi nos enganchan a mí y a otro que venía conmigo. Nos hubiesen matado.

—Bueno, pero ahora estás aquí.

—Sí, pero si no hubiese sido por la hermana de uno de los que me ayudaron y ahora por ir contigo, no te lo estaría contando. Por eso les estoy agradecido. No me siento bien habiéndoles dado la espalda sin decirles nada.

—No te hubieran dejado —afirmo Jesús—. Es mejor así. No te preocupes, no te echarán de menos.

Gabino continuó caminando en silencio, pensando en si su decisión había sido la correcta.

—¿Y qué piensas hacer? ¿Tienes alguna idea de lo que quieres? —preguntó Jesús.

—Pues no sé… Quiero lo que tú has dicho antes: vivir en paz y tranquilo.

Jesús se lo quedó mirando.

—¡Ya! Pero eso no es fácil, y menos para ti, que me han dicho que, por lo que les hiciste, te persigue el que mandaba a los militares.

—Eso me han dicho… Alguien les contó que fui yo el del estropicio y me dicen que el capitán que comandaba el batallón de Vidángoz tiene especial empeño en cogerme. Dicen que me anda buscando.

—¿Y qué vas a hacer?

—Pues nada. No sé cómo me las voy a apañar, pero necesito llegar a Madrid.

—¿A Madrid? ¿Es que quieres meterte en más líos? Dicen que por allí se están formando partidas de lucha urbana, de esas que llaman Comités de Resistencia.

—No. Yo no quiero más líos. Solo quiero retomar mi vida. La que dejé sin quererlo cuando empezó la guerra.

—¡Toma, y yo! ¿O tú crees que a mí me importa algo todo esto? —dijo Jesús—. No soy político ni me importa nada todo este asunto… ¡La política me importa tres carajos! —dijo ofuscado—. Claro que me joden las injusticias y los abusos, pero ahora que han ganado los de un lado, ¿cómo crees que se estarán portando con los del otro? Pues más injusticias y más abusos. Eso está claro …Y si hubiesen ganado los otros, pues igual. Harían lo mismo.

—Así es la vida. El que gana tiene siempre la razón e impone el orden que le conviene. A nosotros, que somos a los que nos ha tocado perder, no nos queda más que jodernos y aguantar lo que nos echen.

—Si te dejasen libre y en paz, ¿tú qué harías? —volvió a preguntar Jesús.

—Pues volver a mi pueblo para ver a mi familia…, o a lo que quede de ella —contestó Gabino—. Hace mucho que no sé nada de ellos. Y trabajar, claro…; y formar una familia.

—¿Trabajar? ¿En qué?

—Soy maestro, aunque ahora, por haber sido de los de la República, no creo que me dejen dar clases a los chavales… para que no les meta en la cabeza ideas de izquierdas, dirán.

—¡Ah! Sí, sí, claro. Yo soy contable. Estaba pendiente de montar una sala de cine con un amigo. Yo creo que es un negocio de futuro: la imagen filmada… Y las historias que hacen reír, que es lo que necesitamos en estos tiempos.

Siguieron caminando en silencio. De sopetón y casi sin venir a cuento, le soltó Gabino:

—Yo tengo un hijo, ¿sabes?

—¡Coño! ¿Dónde? ¿Y desde cuándo no lo ves?

—Aún no lo conozco. Nació por la primavera del 37. Fíjate que ya tiene siete años y no sé ni cómo es.

—Y su madre… ¿es tu mujer?

—Bueno, casados no estamos… aún, pero lo haremos en cuanto podamos. Es muy guapa.

—Y están en Madrid, claro.

—Sí.

—¿Y ella qué hace? ¿Cómo vive? ¿Trabaja en algo?

—Sí, tiene un trabajo en un teatro de Madrid. En un teatro donde cantan óperas y zarzuelas. Se llama Carmen. Creo que es sastra…, o algo así. Es la que arregla los trajes de los actores. No sé bien cómo viven ni dónde.

—Tendrás muchas ganas de verlos ¿no?

—Muchas… Precisamente tengo que llegar cuanto antes, porque el chaval ha cogido unas fiebres malas y le llevo penicilina, que compré en Francia, para que se cure bien. No sé si llegaré a tiempo. Han pasado ya muchos días desde que me enteré por una carta que me escribió. Precisamente para entrar en España y llevárselas me apunté a esto de la Operación Reconquista.

—Vamos, que a ti todo esto de la invasión y lo de derrocar a Franco te importa tres pitos y ha sido una excusa.

Gabino se arrepintió de haber sido tan abierto y elocuente con el nuevo amigo que hacía poco acababa de conocer. Sincerarse de esa forma podría traerle consecuencias.

—Bueno… Apuntarme a la invasión esta, tan cacareada, me ha ayudado a entrar en España, que es lo que realmente me importa por ahora. No tengo papeles y de otra forma no habría podido. Me habrían echado el guante…, y vaya usted a saber. Pero no creas, yo estoy por cambiar las cosas aquí dentro. Eso me gustaría. Puede que ahora no podamos, pero cuando acabe la guerra en Europa, si la pierden los alemanes, que son los que han ayudado a Franco, la cosa tal vez nos vaya bien a nosotros y podamos hacer algo… Yo estaré a lo que me manden. Todavía estoy afiliado al partido. Ya veremos cómo se presentan las cosas. A mí me gustaría que en España hubiese democracia.

Jesús se lo quedó mirando un rato sin emitir palabra y, pasado un momento, dijo:

—¿Cómo se llama eso que pasa cuando induces a creer a la gente que haces las cosas por un motivo, pero la realidad es que tu objetivo es otro?

—Trasfondo, se llama trasfondo —contestó Gabino—. Que quiere decir que tras la apariencia externa de una acción subyace otra. Pues eso es lo que me pasa a mí.

—Entonces… ¿Tú eres comunista, o socialista, o qué? —preguntó Jesús desconcertado.

—A mí la política con siglas no me interesa —le explicó Gabino para dejar patente su postura—. Lo que me gustaría, y lo quiero instintivamente, porque es lo lógico, es que haya justicia, que no continúen los abusos de quienes pueden ejercer el poder político, militar o económico y que se ayude a los más frágiles en la sociedad. A los que nada tienen porque todo lo acaparan unos pocos. Que la unidad familiar, que es la estructura más elemental, se proteja, sin que los poderes fácticos, como la Iglesia o el Ejército, puedan imponer sus normas de convivencia y estructura social. Me gustaría tener libertad para

pensar y decir lo que pienso sobre estos convencimientos que te expreso… y que me dejen libre de hacer y decidir en mi propio provecho, siempre, claro está, que no interfiera en la libertad de otros. Y que toda actividad política esté orientada a conseguir el bien social. En definitiva, me gustaría que en España se implantase una democracia sólida, donde la justicia y la honestidad marcasen el ritmo de la vida.

—¡Uf…! Todo eso está muy bien, pero yo creo que es una utopía. Es para escribir un libro, eso sí, pero que mejor si nadie lo lee, porque, si se convirtiese en un manual de »cómo convivir«, marcaría las pautas de las exigencias egoístas. Nunca sería al gusto de todos y estaría expuesto a las interpretaciones en función de lo que conviene a unos o a otros. Yo creo que los humanos no tenemos solución al egoísmo y al abuso de poder si podemos ejercerlo. La vida te va marcando el camino que, sin darte cuenta, vas a tener que seguir.

—Sí, seguramente… Lo estoy viendo —expresó Gabino—. De nada me han valido mis proyectos de vida ni mis intenciones de encauzarla. Todo me ha sobrevenido sin darme cuenta, impuesto por las circunstancias y, por ahora, solo me quedan la resignación y la esperanza de acertar en mis improvisadas acciones ¿Y tú…?

—Pues lo mismo —dijo Jesús—. Yo no tengo estudios como los que tú tienes, pero el sentido común me lleva a coincidir con tus deseos. ¡Ya me gustaría a mí que las cosas cambiasen a como tú las describes! Sería estupendo.

Se impuso un silencio. Siguieron caminando hacia el sur. Hasta ese momento no habían encontrado a nadie en la estrecha carretera.

—¿Y ahora, Jesús, qué haremos? —preguntó Gabino después de marchar un buen rato en silencio, cada uno imbuido en sus pensamientos.

—¡Ah, sí! —Se sobresaltó Jesús—. Pues vamos camino de Ansó. A ver si llegamos antes de que anochezca. Ahora no llueve, pero puede cogernos un chaparrón en cualquier momento. Encontraremos algún pajar o algún sitio donde refugiarnos. Por aquí las noches son frías. Desde allí ya veremos. Mi plan era bajar por puente de la Reina y después por Jaca y Sabiñánigo para llegar a Huesca. Tú, si quieres, desde puente de la Reina, o mejor desde Huesca, si es que lo crees conveniente, puedes tirar hacia Zaragoza. Ese sería el camino más lógico para llegar a Madrid lo antes posible, aunque lo que no sé es cómo lo vas a hacer sin documentación. Lo más difícil será llegar a Zaragoza. Ahora, después del fracaso de lo del valle de Arán, seguramente tendrán controlada toda esta zona del Pirineo aragonés. Luego ya, desde

Zaragoza, será más fácil. En cualquier tren de mercancías podrías esconderte y llegar a Madrid.

—Pero… ¿y tú cómo tenías pensado llegar a Teruel, a tu tierra?

—Pues no sé… Todo tendrá que ser un poco improvisado. Ya surgirá algo. Tampoco tengo la documentación en regla y podrían detenerme. —Se quedó pensando un rato sobre la pregunta que Gabino le había hecho—. Conocí, al acabar la guerra, a uno que es del Maestrazgo —contestó exponiendo su reflexión—. No sé exactamente de qué pueblo era. Creo que era de Cantavieja, en plena sierra, y por allí hay gente de los nuestros todavía… que tal vez quieran ayudarme. Ese que conozco se metió en el asunto del estraperlo, que ahora es un buen negocio.

—Sí, ya lo sé. Es un buen negocio. A mí me costó mucho conseguir la penicilina que ahora le llevo a mi chaval. —A Gabino se le entristeció el semblante—. Espero que aún pueda llegar a tiempo… O mejor, que ya no le haga falta porque se haya curado.

—El tipo ese que conocí se unió a un grupo organizado que manejaba una tal Teresa. Aunque a esa le atribuyen muchas cosas y no sé si todas son ciertas. Hacen contrabando de tabaco y nailon. Ya sabes, esas medias que ahora usan las mujeres… Las que tienen pasta, claro.

—¿Teresa? ¿Una mujer metida a contrabandista?

—Bueno…, a contrabandista, a guerrillera, a arregladora de cuentas…; a todo. Es un personaje con mucha influencia en la zona. Dicen que nada se le pasa por alto y que hay que andarse con mucho cuidado con ella. Claro, que está perseguida y buscada por la Guardia Civil, aunque es difícil de encontrar si ella no quiere. En muchos lugares está muy protegida por el pueblo.

—Pero… ¿una mujer tiene ese poderío? —preguntó sorprendido Gabino.

—Sí, aunque es una mujer con dos cojones. Bueno, la verdad es que ni ella sabe lo que es. No sabe si es hombre o mujer. Ahora se llama Florencio, pero antes era Teresa, la Pastora. La Teresot o la Teresona la llamaban.

—¿Y cómo es eso? —preguntó extrañado Gabino.

—No estoy muy bien enterado de la historia, pero lo que sí sé es que es alguien que deambula por el Maestrazgo y con mucha influencia en la zona. Es respetada y temida. Dicen que es una bandolera implacable, que ya ha matado a muchos. Incluso a un alcalde. Eso cuentan. Creo que nació siendo mujer, pero con atributos masculinos. Ya sabes…, se habla mucho. Dicen que su padre la inscribió como hembra en los libros para que se librara de hacer la

mili, que trabajó de pastora por Cataluña y que ahora es una maqui que está con su partida por los montes del Maestrazgo… O no se sabe por dónde estará escondido o escondida.

—Extraño personaje, ¿no?

—Pues sí. Ya no sé si es real o es una leyenda. Unos dicen que es un tipo violento, el que ahora se llama Florencio; otros dicen que no, que es un buen elemento y que, si le caes bien, te ayuda. Es del AGLA, o eso creo, la Agrupación Guerrillera de Levante y Aragón que se ha creado y que anda por ahí impartiendo su justicia.

—¿Y tú vas a recurrir a él...?, ¿o a ella?

—Pues mira, Gabino, no lo sé. Me acercaré a los suyos a través de ese conocido que tengo, si es que lo encuentro. Normalmente, los del contrabando siguen una ruta que sale de Andorra y bajan por Lérida, o Lleida, como ellos dicen. Luego, desde allí están organizados para llevar las cosas que pasan desde Francia para Cataluña o para el centro, a Madrid, que es donde más las demandan.

—Pues, en nuestro caso, si consiguiésemos unirnos a ellos, nos podría solucionar la vida —observó Gabino—. Ellos seguro que son clandestinos, como nosotros, pero tendrán su infraestructura.

—Seguramente —confirmó Jesús.

—Pues entonces seguiré contigo. Será lo mejor para mí —decidió Gabino —. A ver si los contactamos. Incluso podría ser que ellos le hagan llegar a mi mujer la penicilina antes que yo… Y así puede que aún estemos a tiempo de curar al chico.

—Podría ser.

—¡Pues vamos!

A Gabino le pareció que se le abría una puerta y se entusiasmó con la idea.

—Está bien, pero hay que tener mucho cuidado. No podemos ir preguntando abiertamente por la Pastora o por Florencio, que de las dos formas se le llama. Lo normal es que sean ellos los que se interesen por nosotros y nos busquen. Si vamos preguntando y se sienten en peligro, nos la jugamos…, o nunca los encontraremos.

—Sí, comprendo… —reconoció Gabino.

—El camino más corto para ti sería que desde Huesca bajases a Zaragoza, y desde allí te sería más rápido llegar a Madrid, que es tu destino. Pero posiblemente no nos encontraríamos con ellos, y sin documentación no

iríamos a ninguna parte… Y tú menos, si es que te están buscando —explicó Jesús—. Tenemos que ir por Lleida, y por esa zona hacernos notar para despertar su interés y que sean ellos los que nos busquen. Nosotros a ellos no los encontraremos por mucho que nos empeñemos.

—¿Y cómo hacemos para interesarlos? —preguntó Gabino.

—Pues no sé… Ya iremos improvisando —respondió Jesús reflexionando—. Nosotros venimos del follón, ¿no? Estoy seguro de que, a ellos, por su aislamiento, les llegarán las noticias por el boca a boca de la gente. Las de la radio y los periódicos, si es que aquí llega alguno, están amañadas, y tendrán interés en saber lo que de verdad pasa por aquí arriba. A ellos los afecta y los preocupa, eso es seguro. Nos buscarán si piensan que les podemos dar la información.

—Pero en realidad nosotros no sabemos nada de lo que está pasando y no tenemos ni idea de lo que pasará.

—Bueno, pero ellos no lo saben, y como venimos de los Pirineos navarros y aragoneses, pueden pensar que sí que sabemos… Claro, tenemos que buscarnos una historia creíble y que no se aleje demasiado de la realidad. Después del fracaso de lo del valle de Arán y Viella, muchos de los que entramos se habrán vuelto para Francia, pero también unos pocos se habrán venido o estarán viniendo para esta zona, donde aún el maqui puede darles protección. —Jesús detuvo su marcha y se quedó pensando—. ¡Mira! Yo creo que contigo tenemos una ventaja… —meditó parado, mirando fijamente a Gabino y rascándose la barbilla—. A ti no te conocen, pero sí han oído lo que hiciste con los camiones esos que volaste. Hay que aprovechar esa historia. Hay que convertirte en un héroe y, si es posible, en líder de algo.

—¿Yo líder? Pero si a mí no me interesa nada de…

—¡No te interesaba! —lo cortó Jesús—. Ahora puede ser nuestra historia y la llave que nos abra la puerta del camino que necesitamos seguir. Hay que difundir tu »extraordinaria personalidad«, tu arrojo y tu suspicacia a la hora de acometer alguna acción. Tienes que ser de su interés. Tenemos que crearles interés en conocerte e interés en aprovecharse de ti y de tu experiencia.

—Pero si yo no… —no sabía cómo responder Gabino ante la propuesta.

—¡Nada, nada! Tenemos que crear un plan para hacer conocer tu presencia en la zona: ¡»Está con nosotros la fiera de Vidángoz! —dijo elevando la voz—. El de los camiones que se cargó a una compañía entera de fascistas de Franco«.

—¡Eh, eh, que yo no me he cargado a nadie! Solo tres camiones y, sin pretenderlo, puede que a algún soldado que hubiera dentro.

—¡Pero los jodiste bien! Así se hace la historia, ¿no? —aseguró Jesús—. Da igual que fueran tres camiones o diez, y que fuera un pelotón o un batallón. Lo importante es que fuiste tú el que les desbarató el plan. Estas cosas, cuando van pasando de unos a otros, se van magnificando. Tú lo que tienes que hacer es no desmentirlas. Lo más que puedes llegar a decir es »no tiene importancia« y que la gente te crea capaz de esa gesta y de mucho más. »Cría fama y échate a dormir,« dice un refrán. Y ahora, céntrate en ti mismo. Y piensa que eres» muy malo«, vengativo y perverso. Un tipo de mucho cuidado. Esa es la imagen que tienes que dar y la que tenemos que difundir.

Gabino no sabía qué decir. »Otro lío en el que me estoy metiendo«, pensó.

31

Estaban en las cercanías de Lleida. No les fue sencillo llegar hasta allí. En Jaca habían convencido al conductor de un camión, que transportaba patatas hasta Huesca, para que les permitiese subir a la caja, y allí se acurrucaron entre los sacos. Después, para llegar a Lleida, fueron a la estación y lograron esconderse en un vagón de ganado de un tren de mercancías, que les pareció que partiría de inmediato. La locomotora ya silbaba anunciando su partida. Subieron al vagón, en el que había tres vacas y unas balas de paja, entre las que se escondieron. En una de las interminables paradas, el tren, como era de esperar, fue inspeccionado por la pareja de la Guardia Civil, pero tuvieron suerte: abrieron el vagón, pero los guardias no subieron. El apestoso olor les debió de echar para atrás.

Llevaban ya más de dos horas de camino y el tren tuvo que parar para repostar agua en la locomotora de vapor. Como pensaron que estarían ya próximos a la ciudad, consideraron prudente apearse y emprendieron camino por una vereda que suponían en dirección a Lleida.

Habían pasado la noche arrebujados en el maloliente vagón y ahora insuflaban sus pulmones con el aire puro de esas tierras de cielos infinitos. Había amanecido un buen día. Una ligera neblina les refrescaba la cara. Pronto despejaría y la marcha sería más agradable.

—¡Vamos, vamos, anda más deprisa! —lo apremió Gabino—. Tenemos que encontrar la forma de…

—No corras —le atajó Jesús—. Ya conozco tus prisas, pero no será fácil contactar con ellos si no te conocen. Desconfían de todo, como es natural. Yo creo que lo mejor será que lo intente yo solo. Si encuentro a mi conocido, él no me rechazará si voy solo. Después yo le hablaré.

—Perdona mi impaciencia, pero es que tengo que hacer llegar a mi mujer, lo antes posible, la medicina para mi hijo, y si tardamos mucho, pues… puede ser fatal.

—No hace falta que tú vengas. Ellos llevan la ruta del Segre y en algún momento los encontraremos, ya lo verás. Ahora vamos a buscarnos un refugio no demasiado lejos de la ciudad. Yo saldré para Lleida, preguntaré y lo buscaré. Tú te quedas por aquí, en el sitio que encontremos, y me esperas sin moverte y sin alertar. Yo volveré a por ti.

—Pero… mi chaval no puede esperar —dijo Gabino preocupado—. No sé cómo estará y cada hora que pasa puede ser decisiva.

—Ya, lo comprendo… No te preocupes, eso te lo soluciono yo. Tú me das la medicina y en un papelito apuntas el nombre de tu mujer y la dirección. Yo se lo doy a mi conocido para que se lo haga llegar a Madrid en cuanto lo vea. Ya verás, en un par de días lo tiene.

A lo lejos divisaron un pueblo que no les pareció pequeño. No a mucha distancia del camino que recorrían pasaba una carretera. Se acercaron a ella intentando situarse. Efectivamente. En un cruce cercano había un cartel donde se indicaba el nombre. Estaban cerca de Villanueva de Alpicat, en buena dirección hacia Lleida. No quisieron acercarse a la población y, siguiendo el sendero, encontraron una caseta sencilla que les pareció abandonada, pero que, al menos, podría ofrecerles algo de protección. Era una rústica edificación de poca altura. No había nadie, aunque se notaba que no estaba totalmente deshabitada, como habían llegado a suponer. Tenía anexo un mal cercado corral que denotaba que allí había habido, no hacía mucho, un rebaño de ovejas. Sus excrementos aún estaban frescos y el persistente olor así lo indicaba. La cabaña, levantada de piedras mal aglomeradas y cubierta por un techo de retama y jara sobre cuatro gruesos troncos someramente sujetos, podía parecerles, a primera vista, algo insegura, pero, aunque extremadamente rústica, las paredes de piedras superpuestas mostraban un grosor considerable, puede que más de dos pies mal medidos y, en muchos puntos, su base eran las propias peñas graníticas del terreno. El tejado era una acumulación de jaras y retamas superpuestas y sobre ellas, para sujetarlas, había algunas losas de pizarra negra u otras piedras planas de diversa índole, a veces solapadas unas sobre otras, que, con su peso, inmovilizaban la techumbre y le proporcionaba estanqueidad. Después de la larga caminata, les pareció un palacio. La construcción en sí levantaba poco más de dos metros en su parte más alta, y en su frontal, orientado al sur, unos escasos 1,60 o 1,70 metros. Contenía solamente una ventana angosta y una estrecha puerta que obligaba a agacharse para entrar. La carcomida madera de la que

estaban construidas y los postigos no cerraban bien los huecos y no permitirían aislarse bien del frío, que ya se sentía en esa época del año.

Con unas retamas y algunos leños mal apilados que encontraron en el interior, encendieron una hoguera en la elemental chimenea que había construida de piedra junto a la pared del fondo. Una losa con ceniza, los restos de la lumbre aún templados y la pared tiznada demostraban que en ese lugar era frecuente el fuego. Sobre unas trébedes de hierro que había dispuestas en la chimenea colocaron un pequeño caldero que encontraron entre los escasos utensilios que contenía el lugar. Un gazapo, que certeramente había cazado Jesús de una pedrada, y dos arrugadas patatas que encontraron dentro de una pequeña cesta de esparto en la alacena les proporcionaron una suculenta cena que los reconfortó. Allí pasaron la noche arrebujados en sus mantas y junto a la fogata que habían prendido.

Al despertar al día siguiente, que por suerte estaba soleado, Jesús recogió su mochila y se dispuso a partir.

—Bueno, Gabino, tú te quedas aquí y me esperas. No tardaré. En cuanto encuentre a mi amigo y le dé tu encargo, regreso a por ti. No te preocupes. Todo saldrá bien, ya lo verás.

—A mí me gustaría acompañarte. No me gusta quedarme solo.

—No te preocupes. Regresaré enseguida. Hoy mismo o mañana, a lo sumo. Es mejor que no vengas. Son muy suspicaces y no se fían de nadie. Me marcho —dijo mientras salía por la angosta puerta. —Se volvió al salir y dijo—: Por cierto, ¿tienes algo de dinero? Ya sabes: estos no dan puntada sin hilo. Si no hiciese falta, te lo devolveré a mi regreso.

Gabino se quedó pensando un momento. No contaba con ese gasto y su capital era escaso. Lo guardaba con mucho cuidado en una faltriquera de tela atada siempre a su cintura.

—Poco… Tengo un par de duros que guardaba para…

—Dámelos. Es más fácil convencer con alguna peseta en la mano.

—Espera un momento —dijo apartándose a un rincón y haciéndole creer que buscaba en su mochila. Sacó el dinero de su talega. Volviéndose, le entregó los dos billetes de cinco pesetas y Jesús partió en busca de su contacto.

Gabino se quedó dudando. ¿»Volvería?«, se preguntaba. Aún desconfiaba y el hecho de que le pidiese dinero despertó aún más esa sensación. Lo meditó fríamente y concluyó que no le interesaba tener en mente esa inseguridad ante la incipiente amistad de su compañero.

Casi había transcurrido la jornada desde que Jesús se marchó. Era ya media tarde cuando Gabino, que, para hacer tiempo, deambulaba por los alrededores de la cabaña, oyó a lo lejos el tintineo de las campanillas de un rebaño que se aproximaba y el ladrido de los perros que lo conducían. »Tal vez regresaban al aprisco«, pensó.

—¡Riaa… ca, ca, ca…! —oyó el grito del zagal.

Gabino no quiso ser sorprendido en lo que suponía el cobijo del pastor y salió a su encuentro.

—Buenos días —saludó.

Al pastor lo sorprendió encontrar a alguien por ese su lugar. A él nunca lo visitaba nadie y el encuentro lo extrañó. Se paró y agarró su cayado en actitud defensiva. No contestó, simplemente se quedó expectante.

Los perros, alertados, ladraban al intruso. Un largo silbido hizo que se calmaran y se arremolinasen a su alrededor.

—¡Hola! No se asuste —dijo Gabino con los brazos extendidos hacia abajo, mostrando las palmas de las manos abiertas y vueltas hacia delante en actitud de indefensión.

El rebaño no se detenía; seguía avanzando despacio hasta que las ovejas rodearon y sobrepasaron a Gabino, que permanecía parado. El pastor, rezagado en la parte de atrás del rebaño, seguía mudo, esperando a que el hombre inesperadamente aparecido le diese alguna explicación. Miró a su alrededor para ver si había alguien más. No vio a nadie.

—Mire, no pasa nada… —insistió Gabino intentando tranquilizar al pastor —. Es que vengo de muy lejos y estoy perdido. Hemos llegado hasta aquí mi compañero y yo de casualidad, y como estábamos cansados, pues…

Gabino no supo cómo continuar la explicación de su presencia. El pastor siguió a sus ovejas apartándose del intruso. Sin dejar de observarlo, continuó sin pararse ni preguntar nada.

—Boooorri… Toma, toma, toma… Riiiiina… Ale, ale —animaba el pastor a sus ovejas con sus sonoras onomatopeyas, pero seguía sin prestar atención al sorprendido visitante.

—Amigo, amigo, por favor, espere que le cuente… —dijo Gabino sin saber cómo continuar su explicación.

—¡*Torneu per on ha vingut*! ¡*I aparteu, collons, que m'espanta els animals*! *¿No veu que vaig a recollir les ovelles*? —gritó el pastor—. ¡*Si no marxa ja, vaig a buscar els guàrdies civils*!

—Somos gente de bien, no se preocupe. Mi compañero se ha tenido que marchar. Ha ido a Lleida para visitar un amigo, pero regresará aquí pronto —aclaró Gabino—. Tenemos algún dinero y queremos comprarle un cordero.

El pastor pareció interesarse y detuvo el paso, aunque respondió de lejos.

—*No sòn meus* —contestó inquieto.

—Sí, claro, pero tal vez… —dejó la sugerencia en suspenso.

—*Vosté no ès d'aquí, ¿no*?

—No, venimos de lejos, de los Pirineos. Yo soy de Madrid y mi compañero, que no tardará, es aragonés.

El pastor calló.

—¡Ca, ca, caaaaa… Riaaaaa… Ale, ale! —siguió empujando al rebaño hasta que logró refincarlo en el cercado.

Gabino se quedó parado donde estaba, sin moverse, esperando la reacción del pastor. Guardó silencio.

Cuando el ovejero terminó su trabajo, se aproximó despacio, sin hablar, a donde se encontraba inmóvil Gabino, y ya plantado a poco más de diez metros, indagó:

—*Amb què dels Pirineus, ¿eh*? *I que fas vostés por aquí… ¿Al fet que han vingut*?

—Perdone, pero es que no entiendo bien el catalán.

—¡*Collons, collons*! ¡Que a qué han venido y que qué coños hace *usté* en mi casa! —se expresó ahora en castellano.

—Ya le he dicho que mi compañero, que ahora no está aquí, ha ido a Lleida, pero que no tardará en regresar. Venimos desde los Pirineos Navarros porque… Bueno, porque no estábamos bien allí.

El pastor se quedó un buen rato en silencio, apoyado en su garrote y mirando a la lejanía. Gabino no se movió; simplemente lo miraba esperando su reacción. Después el pastor, sin hablar, se dio la vuelta y se encaminó hacia la entrada de su cabaña. Cuando llegó a la puerta, entró y vio la hoguera encendida. Salió. Gabino seguía parado sin saber qué hacer ni qué decir.

—¡Vamos, venga *usté p'acá*! —voceó desde el umbral—. ¡No se quede *usté parao* como un pasmarote! —Y volvió nuevamente al interior.

Gabino, despacio, se aproximó a la puerta y, cegado por la claridad exterior y la penumbra del interior, indeciso, se quedó en el quicio sin atreverse a entrar.

—Con permiso —dijo tímidamente.

—¡Coño, entra de una vez…, que no te voy a comer! ¡Antes no has *necessitat permis*!

Entró y encontró al pastor ya sentado en un serijo de esparto junto al rescoldo aún encendido de la chimenea. Levantaba una bota y bebía a galgo el chorro de vino. Gabino, de pie, esperó a que terminase su trago.

—Toma un trago, hombre… Ven *p'acá* y siéntate— dijo señalando otro serijo de esparto cubierto con la piel de un cordero—. Así que de los Pirineos, ¿no? Pues ya habréis oído la que *s'armao* por el sitio ese que llaman valle de Arán.

—Sí…, ya, ya. Claro que lo hemos oído. De allí venimos.

—Entonces, vosotros sois de esos maquis que han venido de Francia para volver a liarla, ¿no?

»Otra vez he metido la pata«, pensó Gabino.

—Bueno, pues por allí nos ha enganchado ese lío… Por eso nos hemos escapado de aquellos montes y ahora buscamos un sitio más tranquilo.

—¿Y por aquí lo están buscando? —dijo el pastor extrañado—. Este lugar no es de lo más tranquilo precisamente.

—¿Por qué?

—Ya lo verás. La Guardia Civil no nos deja en paz ni de día ni de noche. No paran de indagar… y preguntar… y registrar… y jodernos casi todos los días.

—¿Y qué buscan?

El pastor se quedó mirándolo y meditando sobre lo absurdo de su pregunta.

—Pues qué va a ser… ¡Qué sé yo! ¿A ti no se te ocurre nada? Pues buscan a gente como tú, creo yo. Buscan a los que vienen por aquí y que no conocemos de *ná*. Quieren saber quiénes son y *pa* que vienen. Ahora han *llegao* muchos que no son de la zona y, claro, los guardias se extrañan. Se preguntarán, como yo: ¿»Y estos a qué han *venío*?«. ¡»A *ná* bueno, seguro!«, se responderán. A romper la tranquilidad que *tos* queremos tener. —Gabino guardaba silencio. No sabía cómo responder a esa reflexión—. Hay gente que llega por aquí buscándose la vida como puede y trapichea con lo que sea, da igual: una pastilla de jabón, un cuarterón de tabaco, chocolate, café…, lo que sea. Y otros…, bueno, otros que no *tien* claro *pa* que vienen. Esos, esos son los peores y a esos son a los que buscan los civiles. ¿Vosotros sois de esos?

—Bueno, no. Nosotros estamos de paso. Yo me llamo Gabino —dijo cortando la conversación—, ¿y tú?

—Da igual, mejor si no sabes cómo me llamo. Llámame pastor y ya está.

—Como quieras —dijo un poco sorprendido por la desconfianza, y, aprovechando la connotación, preguntó como de forma desinteresada—: Por

cierto, se habla por aquí de una pastora que…

—¡Calla! ¡No mientes al diablo en el infierno! —lo interrumpió, y advirtió sobresaltado—: La Pastora. Eso es una leyenda…, o casi.

—Ah, no sabía que…

—¡Calla! —lo cortó—. La Pastora es un personaje extraño y peligroso. Tiene oídos en *toas* partes y nunca sabes cómo va a reaccionar ni por dónde te *pue* llegar. Unos dicen que es *mu* buena… y otros que *mu* mala. Pero lo que sí es seguro es que, si viene, no se va a ir de vacío. Mejor no preguntes.

—Ya, comprendo.

Le hubiese gustado seguir indagando sobre el personaje, pero consideró mejor no seguir por el momento.

—Ya veo que os habéis preparado algo en el fuego —dijo cambiando de conversación al mismo tiempo que se ponía en pie y sacaba del zurrón un pedazo de pan blanco y un trozo de queso.

Con una navajilla que abrió, cortó un pedazo de pan y un trozo de queso y se los dio a Gabino.

—Toma. Lo hago yo mismo con la leche de mis ovejas.

Lo probó.

—¡Muy bueno…, está exquisito!

—Seguro que sí. El queso bueno parte de una buena leche y del tiempo que tarda en hacerse. De eso yo tengo bastante por aquí. Los hago y los escondo en una cueva que solo yo conozco… *Pa* que cuando alguien venga a mi casa sin que lo invite, como tú, no los encuentre y se los coma. ¡Ja, ja, ja!

El ambiente se había distendido. Ahora el pastor se había convertido en dicharachero e, incluso, agradable de trato. Gabino se encontraba bien y tenía ganas de seguir hablando con él. No sabía por qué, pero tenía la sensación de que »el pastor sin nombre« sería una caja de sorpresas.

—¿Y siempre has sido pastor y has vivido en la sierra? —preguntó Gabino.

—Bueno…, siempre no. Antes de la guerra vivía mejor. Incluso bien. Mi padre… —se interrumpió—. Mira, no quiero contarte más de mi vida. ¿Está claro ?No te interesa y no creo que sea conveniente.

Gabino le daba vueltas a la cabeza intentando formar el rompecabezas que parecía que se estaba presentando. Le pareció interesante.

—Entonces dices que antes de la guerra vivías mejor. ¿Y qué fue de tu familia?

El pastor suspiró y, después de un silencio meditado, contestó:

—Mi familia… No sé si queda ya alguno de ella. Éramos tres hermanos: una chica y dos chicos. Yo era el mayor; después me seguía mi hermana. Mis padres murieron en el ataque aéreo que tuvo lugar en Lleida el 2 de noviembre de 1937. Mi hermano, el pequeño, desapareció. Nada he vuelto a saber de él. Se dice que después del bombardeo, del que salió ileso de milagro, se unió a una partida de republicanos que guerreaban a su aire por estos pueblos. Impartiendo justicia, decían… Ya sabes, eran de los que llevaban a »*dar el paseo*« a los curas y a todos los que decían que eran ricos y de derechas. Después creo que lo llevaron al frente del Ebro. Desde entonces, ya no sé nada. Seguramente allí lo mataron. Murió mucha gente en esa batalla del Ebro, y muchos desaparecieron ahogados en el río y arrastrados por la corriente.

«Y mi hermana…, no sé nada de mi hermana y, la verdad, no sé si quiero saberlo. Comentan que se enrolló con un falangista que vino por aquí con los de Franco y que se largó con él. No sé si porque lo quería o porque le convino… Vaya *usté* a saber. Ahora no sé por dónde puede andar. Yo me libré del bombardeo porque me había marchado a ver cómo estaba lo de la universidad. Porque yo quería estudiar, ¿sabes? En mi casa cayó una bomba de las gordas y mató a mis padres y a otra familia que vivía allí mismo, en la misma casa. A todos.

«Siempre quise estudiar Derecho y las clases se habían interrumpido cuando empezó la guerra. Cuando regresé a mi casa, me encontré con el desastre. No supe qué hacer. Tampoco quería ir a esa maldita guerra. No se me había perdido nada ni con unos ni con otros. De hecho, soy pacifista. Vamos, que no me gustan las guerras y opino que no se arregla nada con ellas. Todos salen perdiendo: los vencedores y los derrotados. Para librarme me fui con un amigo a su masía. Por ahí, más al norte… Bueno, qué más da, me libré y eso es lo que importa. La política con letras mayúsculas no me interesa. Al final todo es arrimar las ascuas a la sardina que más le interesa a cada uno. Nada de ideologías ni el bien de todos; solo conveniencias.

—Eso mismo opino yo —afirmó Gabino—. A mí la política, en sí misma, tampoco me interesa.

—Yo después de lo que veo y he visto estoy muy desengañado —continuó hablando el pastor—. Dijo Voltaire que »la política es el camino para que los hombres sin principios puedan dirigir a los hombres sin memoria«, y eso es verdad…, y así estamos. Lo que pasó se repetirá .Ojalá nosotros no tengamos que vivirlo.

Gabino estaba sorprendido. Se dio cuenta de que su interlocutor era un hombre de buen nivel cultural, con las ideas claras, y que se encontraba en esa situación porque era lo que él, desengañado, escarmentado o camuflado había elegido. Ofrecía una imagen rural e inculta, con un argot de campesino, pero no, no lo era. Hacerse el tonto era una opción, y como alguien dijo: »Hay que ser muy listo para hacerse pasar por tonto.«

Aunque no se había manifestado abiertamente, Gabino dedujo que era de los que algunos llamaban »progresistas.« Vamos; de izquierdas.

—Bueno, ya está bien de disimulos y preguntas escondidas. ¿A qué coños has venido? —le preguntó el pastor a bocajarro—. Vamos a llevarnos bien. De mí nada tienes que temer.

—Mira, pastor, para qué andarnos con tonterías. Mi amigo y yo venimos huyendo de los soldados. Me largué de España cuando la República perdió la guerra. Regresé hace unos días, el día 3 de octubre, para ser más exactos. Entramos desde Francia con el objetivo, fracasado ya, de restaurar la democrática República en España. Hemos sido permanentemente acosados por las fuerzas de Franco: el Ejército, la Policía y los civiles. Hemos sido aplastados como cucarachas. Pensábamos que nos iban a ayudar los de aquí dentro y también los de fuera, los que quieren eliminar a los nazis y a los fascistas, pero no ha sido así; nadie nos ha secundado. Y ahora, antes de que nos cacen, mi amigo y yo hemos salido corriendo. No ha sido una deserción como podría parecer, porque los de fuera, los que decían que ellos eran el gobierno en el exilio, que dirigían la acción desde Francia…, ellos bien calentitos y tranquilitos en sus casas, se han echado para atrás y nos han dejado solos. »Esto ha terminado. Sálvese quien pueda«, dijeron… Y aquí estamos, intentando salvarnos.

—Ya… ¿Y qué idea tenéis? ¿A dónde pensáis ir? —preguntó el pastor realmente curioso.

—Mi amigo pretende llegar a Teruel. Él es de allí. Y yo quisiera ir a Madrid, que es donde tengo a los míos. Quiero recuperar la vida que me arrebataron cuando tenía 21 años. Ahora ya tengo treinta. Tengo aún toda la vida por delante… Claro, si me la dejan vivir. Quiero vivir tranquilamente, sin meterme en ningún lío.

—Pero para ir a Madrid este no es el camino más directo. Deberías haber tirado para Zaragoza. Desde allí te sería más fácil.

—Sí, pero no puedo. No tengo papeles… —dijo apesadumbrado—, y sin papeles al único sitio donde podría llegar sería a la cárcel. Eso si llego. Me han dicho que hay un capitán del Ejército, que estaba por ahí arriba, que me busca y me la tiene jurada.

—¿Pues qué le has hecho?

—Pues nada que no sea normal en un acto de guerra: volé los camiones que los transportaban.

—¡Ah! Algo he oído. Algunos maquis que, como vosotros, han pasado por el pueblo han contado esa historia —dijo eufórico—. Chico, ¡eres una leyenda! Cargarte tú solito cinco o seis camiones y un montón de soldados que estaban dentro… Eso es una hazaña de cojones, y dicen que uno de ellos era el hijo del que mandaba el regimiento.

—¡No, no, no, eso no es cierto! —lo cortó Gabino—. Primero, que no fui yo solo, éramos dos y, además, solamente nos cargamos tres camiones que estaban vacíos. Eran los que habían transportado a la compañía, no al regimiento. En cuanto a los soldados que seguramente murieron porque estaban dentro, fueron solo dos, creo, que eran los que estaban de guardia y, casualmente, en ese momento se habían subido a uno de los camiones. Yo no sabía nada de que uno de ellos fuera su hijo. Es la primera vez que lo oigo.

—Sea como sea, la cosa fue buena. Estarían *acojonaos*. Estos no saben qué hacer si les cortas la retirada. No me extraña nada que el que mandaba la unidad te haya sentenciado, y tampoco me extrañaría que se hubiera inventado una historia de lo tuyo para justificarse si te engancha. Si lo hace, no te dará tiempo ni a abrir la boca. Ya sabes, la ley de fugas y ya está… Aunque es mejor que no le des tiempo a entretenerse contigo. Podría ser muy sádico y hacerte sufrir mucho. Debes tener cuidado. Lo mejor es que vigiles sus movimientos y que te mantengas lejos de él.

—Sí, claro, pero ¿cómo sabre yo por dónde anda y si me busca? ¿Cómo puedo yo ver de qué manera me escapo de él si no puedo moverme en libertad? No sé ni siquiera quién es… Y recuerda que no tengo papeles. Eso me lo pone más difícil.

—Ya, ya. Veremos cómo podría ayudarte si… —no pudo continuar, algo lo interrumpió.

Ya había anochecido. Estaban imbuidos en la conversación cuando los perros comenzaron a ladrar frenéticamente. El pastor se levantó, agarró su cayado y se acercó a la puerta para otear el motivo de los ladridos. A lo lejos

alguien le había prendido fuego a una retama que portaba en la mano para ahuyentar a los perros y caminaba con paso firme hacia la cabaña.

—¡Holaaa, holaaa, Gabino, soy yo! —dijo voceando desde lejos.

—Gabino, ven *pa acá*. Creo que es tu amigo, que regresa —lo llamó el pastor desde la puerta.

Gabino se levantó del serijo y se acercó a donde el pastor estaba. Los perros seguían ladrando.

—¿Eres tú, Jesús? —preguntó Gabino levantando la voz.

—Sí, ya estoy aquí de vuelta.

Gabino fue corriendo a su encuentro. El pastor salió a la calle y, con un agudo silbido, hizo callar a los canes. Cuando llegó hasta él, trató de explicarle.

—Mira, Jesús. Ha regresado el pastor que vive en la cabaña que ocupamos ayer —dijo abrazándolo—. Y sorpréndete, bueno, que tienes que conocerlo. Es una buena persona. Vamos, vamos, ven para acá que te lo presente.

—Sí, ya voy, ya voy —dijo, no sin falta de preocupación por el exceso de confianza que denotaba en su amigo Gabino.

Llegaron hasta la entrada de la cabaña. El interior estaba iluminado por un candil de carburo. Entraron los tres.

—Mira, este es… —dijo Gabino, y, sin dejarle continuar con la presentación, el pastor lo interrumpió:

—Soy »el pastor sin nombre,« y para vosotros soy simplemente »el pastor«. Por ahora prefiero no deciros cómo me llamo ni quién soy —dijo el interpelado.

Se quedaron un poco parados, mirándose. Cuando Gabino reaccionó, dijo:

—Y este es mi amigo Jesús; del que ya te había dicho que es de Teruel y que se había acercado a la ciudad.

—¡Gabino! ¿Es que no te puedes estar callado¿ ?Qué es lo que has contado? —preguntó Jesús asustado.

—¡Nada, hombre, nada…! ¡No te preocupes! Este hombre es buena gente y quiere ayudarnos.

Jesús pareció calmarse y caminó pensativo hacia el interior. En silencio se sentó en uno de los serijos que había junto al hogar. Los otros dos lo siguieron. El pastor arrimó una pequeña y desvencijada silla de enea y los tres se sentaron alrededor del fuego. El pastor tomó otro tronco de buen tamaño de un cesto que había cercano a la chimenea y lo colocó sobre el fuego.

Después descolgó el gacho de la lumbre, que permanecía pendiendo de un clavo en la pared, para atizar el fuego. Mientras lo hacía, preguntó sin mirarlos:

—A ver, ¿qué quieres saber? —dijo sin dirigir la mirada a ninguno de los dos en concreto, aunque, evidentemente, se estaba refiriendo a Jesús.

—Perdona —dijo Jesús—. No tenemos interés en conocer nada de ti. Solamente queremos ser prudentes y saber con quién nos relacionamos y qué es lo que le podemos contar de nosotros. Tú ya sabes cómo están las cosas y la situación nos obliga a todos a desconfiar de todos.

—Sí, lo comprendo… Y lo sé, lo he sufrido —contestó el pastor—. Todos tenemos mucho que callar y todos tenemos mucho que esperar. En los tiempos que corren nos necesitamos los unos a los otros, sobre todo los que pertenecemos a la misma camada. Claro que esa disposición tenemos que averiguarla y, además, sin preguntar. Yo no soy lo que a primera vista os puede parecer… Bueno, realmente no soy nadie, pero mi condición no ha sido siempre la de un rudo pastor sin otro contacto que el de las bestias a las que cuida. A mí las circunstancias, e incluso la cobardía y el miedo, me han traído hasta aquí. Pero eso no importa. Solo podéis estar seguros de que no os voy a delatar ni a hacer ningún mal. Tampoco dejaré que me utilicéis para obtener ningún beneficio. Mi consigna es no meterme en ningún lío que me haga perder mi tranquilidad. Después de que os marchéis, nada sabré de vosotros ni vosotros de mí.

La perorata los dejó boquiabiertos, principalmente a Gabino, que se dio cuenta de que la forma de hablar del pastor se había vuelto más refinada y no hablaba tanto con la jerga con la que antes se expresaba.

Permanecieron un buen rato en silencio abstraídos por el fuego. El pastor hurgaba la hoguera para avivarla, aunque no lo necesitaba. Era un acto reflejo mientras pensaba.

—¿Cómo te ha ido en tu gestión? —preguntó sin levantar la vista del fuego —. ¿Ese asunto por el que has tenido que ir a Lleida?

—Regular —contestó después de un momento de indecisión—. He encontrado a la persona que buscaba, pero no he resuelto nada. Nos hemos saludado, porque hacía tiempo que nos conocíamos, pero no ha querido ni escucharme. No ha respondido a ninguna de las preguntas que le hacía y todo han sido evasivas.

—¿Cómo se llama ese conocido tuyo? —preguntó el pastor sin más preámbulos.

—Raúl. ¿Es que lo puedes conocer?

—No sé… Tal vez me suene —dijo sin levantar la cabeza en actitud abstraída con el fuego—. ¿Y a qué se dedica? ¿Por qué lo buscas?

Jesús y Gabino se miraron indecisos. No respondían.

—Si no me decís nada, no sé si podría ayudaros. Yo no soy nadie, pero conozco a mucha gente.

—Ejemm… Bueno, nosotros lo que queremos es…

—Seguir nuestro viaje. Eso es lo que queremos: seguir nuestro viaje. Nada más —interrumpió Gabino.

—Pero no sabemos cómo —continuó Jesús—. No tenemos documentación, y sin ella no tenemos más remedio que continuar clandestinos…, y para continuar clandestinos tenemos que estar con los clandestinos. No hay otra.

—Os entiendo —dijo el falso pastor—. Lo tengo claro: venís de convivir con los maquis y necesitáis que sean los maquis los que os ayuden.

—Bueno, no exactamente, pero si no tenemos más remedio, pues… —expuso Gabino.

—A mí me habían dicho que por aquí había gente que se dedicaba al estraperlo y que de alguna forma se las apañaban para transitar sin ser descubiertos —dijo Jesús—. Y es lógico, están contrabandeando con cosas.

—Y hemos pensado que, si los convencíamos y de alguna forma les podíamos resultar útiles, tal vez nos permitiesen ir con ellos y así cumplir con nuestro objetivo —aclaró Gabino—. Pero no sabemos cómo y no conocemos a nadie. Solamente a este Raúl, que es el que conoce Jesús y que creemos que está involucrado en ese asunto. Pero ya ves, no quiere saber nada de nada.

—Es lógico —contesto el »pastor sin nombre«—. Su actividad no es para ir difundiéndola. Están muy vigilados, porque, además, la Policía sabe que, en muchos casos, se apoyan en la infraestructura de los maquis, que son más conocedores de las rutas de montaña y saben darles esquinazo. A ellos y a los guardias civiles que los buscan.

—Sí, eso nos habían dicho —aclaró Jesús—. Nos dijeron que había, no sé, uno o una a la que llaman la Pastora, y que por esta zona solamente se hace lo que ella autoriza…, y que controla todo eso del estraperlo.

—Puede… Pero solo el pequeño estraperlo, y no todo —aclaró el pastor—. Algo del tabaco que traen de Andorra, puede que azúcar o café en pequeñas cantidades, jabón de olor y algún cosmético…, y medicinas que aquí no se encuentran. Hay otro contrabando a mayor escala, pero ahí estos pobres

desgraciados no tienen nada que hacer. Los gordos, los que mandan son los que se forran. Esos sí que son corruptos y se mueven a otros niveles. Luego se reparten la pasta y todo les va bien. Nosotros, los pobres desgraciados, a sufrir y a morirnos de hambre.

El pastor se iba acalorando a medida que iba hablando. Estaba perdiendo la prudencia sin darse cuenta.

—A nosotros el contrabando no nos interesa, pero entrar en su infraestructura sí, por lo que te hemos dicho antes —explicó Jesús.

—Vamos a ver… Entrar en su infraestructura es muy difícil. Solo lo lograréis si ellos os buscan y os lo proponen, y eso no es previsible. Tenéis que ser de su interés.

—¿Y cómo podemos ser de su interés? —preguntó Gabino.

—Pues hay que estudiarlo. Pensad cómo podéis serles útiles y haced que lo sepan. Después… Bueno, después ya os daré yo el contacto y a ver si hay suerte.

—Parece que tú sabes mucho de todo esto, ¿no? —dijo Jesús convencido de que no se mostraba abiertamente el supuesto pastor.

—Para qué engañarnos —dijo resoplando el pastor, tal vez pensando que estaba hablando más de lo que debía—, también yo tengo que sobrevivir, ¿no? —Los dos visitantes se lo quedaron mirando, esperando una espontánea aclaración—. Tened en cuenta que yo llevo un rebaño que en invierno baja hacia el sur, a los pastos de Andalucía o Extremadura, pasando por Madrid, nada menos que por la Puerta de Alcalá. Y en verano, cuando allí los pastos se secan, subo otra vez para arriba, donde son más frescos y hace menos calor. Ese transitar de arriba a abajo y de abajo a arriba me permite viajar sin levantar sospechas, y claro…, puedo llevar cosas.

—Pero en tu zurrón no caben muchas cosas, ¿no? —observó Gabino.

—¡Ja, ja, ja…! También llevo una burra.

—Pero, aun así, no creo que…

—¡Ja, ja, ja…! En la burra no llevo nada —carcajeó el pastor—. Los guardias civiles me vigilan. Me registran el hatillo y la burra cada vez que me paran, que son muchas.

—¿Entonces? —preguntó Jesús extrañado—. ¿Dónde lo llevas?

—Os lo voy a contar porque os tengo que pedir que me ayudéis.

Los dos se quedaron mirando al pastor extrañados. ¿»Qué querrá pedirnos«?, se preguntaban.

—¿Y en qué podemos ayudarte? —preguntaron los dos atropellándose con los ojos abiertos como platos.

—Me tenéis que buscar dos paquetes que tengo en un lugar de Lleida y traérmelos aquí. Me ayudáis y después yo os ayudaré a vosotros.

—¡Ah, bueno! ¿Y por qué tú no puedes ir a por ellos? —preguntó Jesús.

—Son dos bultos bastante pesados. Pueden ser dos maletas, y si voy yo, que me tienen vigilado, seguro que me paran para preguntarme qué llevo en ellas. Vosotros podéis pasar desapercibidos. Incluso podéis hacer dos viajes… o tres.

—¿Y qué contendrán? —preguntó intrigado Gabino.

—Os lo diré, pero os voy a advertir: si lo difundís y os enganchan, os matarán, y si no son ellos los que os maten, lo haré yo, ¿entendido?

Los dos amigos se miraron indecisos, pero se decidieron. Su vida ya estaba en peligro, así que su situación solo podía mejorar.

—Sí, te hemos entendido…, y estamos de acuerdo en guardarte el secreto. Claro, si después nos vas a ayudar. Dinos qué tenemos que traer y qué tenemos que hacer.

—Cartillas de racionamiento. Eso es lo que tenéis que recoger y traérmelas aquí.

Se quedaron perplejos.

—Pero eso para ti no tiene tanto riesgo, ¿no? —dijo Gabino.

—¡Falsas, idiotas, son falsas! Si me las enganchan, se acabó mi negocio, y si no me matan los civiles, me matarán los de aquí. Así que ya sabéis lo que nos jugamos.

Se quedaron mirándose los dos amigos entre ellos.

—¡Cartillas de racionamiento! ¡Qué buena idea! En vez de traficar con los alimentos, que la gente está tan necesitada, lo haces con los permisos para que se los den… Es una idea estupenda. Entonces las llevas a Madrid, que es donde se distribuyen.

—Sí, pero no es tan fácil. No llevo ni carro ni nada que se le parezca, y la burra solo lleva unas alforjas con mis cosas y mis viandas que, cada dos por tres, inspeccionan los guardias civiles.

—¿Entonces? —preguntó Gabino extrañado.

—Las ovejas.

—¿Las ovejas? ¿Es que también les pones alforjas?

—Ja, ja, ja… No, las llevan entre la lana, por debajo de la tripa. Ahí se las sujeto con unas cintas que van ocultas por la borra. En invierno tienen mucha

lana y solamente las esquilamos cuando hace más calor, ya por el sur. Ese es el asunto.

Ninguno de los dos recordaba haber pasado una noche tan apacible como esa desde hacía mucho tiempo. El pastor había extendido en el suelo, cerca del hogar, las pieles de oveja y cordero que tenía curtidas y almacenadas en un rincón de la angosta cabaña y, después de cenar un poco de tocino y algo de queso con un pedazo de pan, que su anfitrión les volvió a ofrecer, y después de avivar el fuego, plácidamente se echaron a dormir. Estaban cansados y el sosiego del momento ayudó a que el sueño los acogiese rápidamente. El silencio y el chisporrotear de las ascuas terminaron por sumirlos en un dormir cálido y reconfortante. Descansaron.

Había amanecido ya cuando Jesús y Gabino abrieron los ojos. No estaban acostumbrados a esa tranquilidad y se despertaron sobresaltados e intranquilos. El pastor, que entraba en ese momento en la estancia, les dijo:

—Tranquilos…, aquí todo está bien hoy. Hace un día limpio y apacible.

Se desperezaron, ambos salieron a la calle y se enjuagaron la cara con el agua fresca que había en una pileta cercana. Al regresar a la estancia, percibieron el olor a café que salía de un puchero puesto al fuego.

—¡Café! —dijeron ambos sorprendidos.

—Hacía mucho tiempo que no sentía ese aroma —expresó con admiración Gabino.

—Sí, es una ventaja de estar cerca de los que estraperlean con él —afirmó el pastor—. Venid a probarlo…, y probad también esta leche de cabra que acabo de hervir.

En una rebanada de pan que les dio, extendieron la nata que se había formado, y con un poco de miel silvestre, que les ofreció de un recipiente que sacó de la rústica alacena, concluyeron un exquisito desayuno como hacía mucho tiempo no habían probado. Pensándolo bien, tal vez ellos nunca hubieran tenido la oportunidad de disfrutar de un refrigerio tan natural e improvisado como el que acababan de tomar.

El pastor disfrutaba observando su cara de satisfacción. Estaban sorprendidos. No emitían palabra.

—¿Todo bien? —les preguntó solicitando su admiración.

—¡Uf! —respondió Jesús por los dos con una sonrisa que denotaba la satisfacción que sentían.

—Muy bien. Ahora tomaos este trago de aguardiente y, hala, a lo vuestro. A lo que hemos acordado —dijo ofreciéndoles un poco del ardiente líquido en unas tazas de loza descascarilladas por sus bordes y con algún remiendo de estaño por el fondo.

Se lo tomaron y se levantaron.

—Está bien, pastor, pero dinos: ¿adónde tenemos que ir¿ ?Por quién preguntamos? ¿Qué tenemos que hacer? —preguntó Jesús.

—Tranquilos, todo será muy fácil. No se trata de trigo ni de aceite, que es lo que más se estraperlea en estos tiempos. Son simplemente cartillas de racionamiento, que abultan poco y se transportan bien. Hay que tener cuidado, eso sí. Hablad poco y preguntad menos, ¿entendido?

El pastor se fue al fondo de la estancia a buscar algo —pensaron—. Seguramente la dirección o algún papel que deberían portar para obtener la mercancía. Vieron cómo retiraba una piedra de la pared y del hueco sacaba una pequeña caja. Volvió con un envoltorio entre sus manos y, sentándose junto a ellos cerca del fuego que había avivado, les dijo:

—Por cierto, ¿sabéis por qué a este asunto se lo llama »estraperlo«...? No, ¿verdad?

Gabino y Jesús, callados, se lo quedaron mirando con curiosidad. Ahora se iban a meter en otra actividad nueva para ellos y todo los sorprendía.

—Pues se llama »estraperlo« porque lo inventaron dos sinvergüenzas que se llamaban Strauss y Perl. Eran dos tipos que, antes de la guerra, allá por las elecciones del 33, se dedicaron a sobornar a los políticos del Partido Radical para que los dejasen vender clandestinamente cualquier producto de su interés. Sin pagar ninguna tasa, claro está… Y así les fue después cuando el asunto salió a la luz. Pero la actividad ilegal cogió el calificativo *straussperl*… Dicho de otra forma: »estraperlo«. Así de sencillo.

Sorprendidos y admirados por el nivel de conocimiento que parecía que su anfitrión tenía, miraban y guardaban silencio. Vieron cómo desataba el envoltorio y sacaba algo. Era un trozo de badana que llevaba grabado al fuego un símbolo que parecía un clavo con alas en su cabeza y una serpiente enroscada en él.

—Tomad. —Les entregó el pedazo de piel y un papel con algo escrito—. Tenéis que ir a esta dirección que os doy en Lleida. Allí preguntáis por Germán y, cuando salga, le dais esto. Lo que veis aquí grabado es el símbolo de Esculapio, el dios del comercio. Es un bastón de caminante alado con

serpientes enroscadas. También es el de la medicina. El mío, este que os doy, tiene una característica personal que lo diferencia. Una diferencia que no os voy a decir, pero que lo identifica conmigo. También tiene una mancha: la huella de mi dedo índice, como veis. Cuando él lo vea, sabrá que os envío yo. Os dará lo que habéis ido a buscar y me lo traéis. Tenéis que devolverme otra vez este trozo de piel, que es lo que me hace fiable para ellos. Es mi identidad, ¿comprendéis?

—Sí, sí —afirmaron moviendo la cabeza repetidamente.

—Luego, ya arreglaré yo cuentas con ellos. No os preocupéis de nada más. Ojo que no os paren los guardias. Mejor no vayáis juntos, así llamaríais menos la atención y, si por mala suerte cogen a alguno, mejor si perdemos solo la mitad de la mercancía. Si eso sucediese, cosa improbable, no se os ocurra mencionarme, y mucho menos traer a los civiles aquí. Recordad que os jugáis la vida si habláis y nos delatáis. Cuando regreséis con el encargo, ya hablamos de lo vuestro.

—No te preocupes. Sabemos a lo que nos arriesgamos. Ya estamos hechos al riesgo —dijo Gabino, y aprovechó para exponer una idea que lo preocupaba —. Y digo yo que, si después vas para Madrid con las ovejas y lo demás, podríamos acompañarte como zagales y así no levantaríamos sospechas —dijo Gabino—. Bueno, por lo menos yo podría ir, porque Jesús quiere tirar para otro lado.

—¡Estás tonto! Los guardias me paran muchas veces. Ya me conocen. Y no solo me paran para registrarme, sino que, como voy también de un lado para otro, me preguntan si he visto a tal o a cual. Si tu estuvieses conmigo, también te interrogarían, y yo tengo papeles, pero tú no.

—Tienes razón —comprendió Gabino—. No te preocupes. Haremos bien el encargo…, pero ve pensando cómo nos ayudarás a nosotros después.

—Mejor hacedlo bien —dijo amenazadoramente señalándolos y agitando el dedo índice de arriba abajo—. Por cierto, sé quién es ese tal Raúl, ese al que tú fuiste a ver ayer… Ya hablaremos.

Jesús, que era el señalado, se quedó esperando su aclaración, y el pastor, para demostrar que lo conocía y para ganarse su confianza, le dijo mientras lo miraba expectante.

—¿No es un tipo bajito que se llama Luna de apellido?

—Sí, creo que sí —contestó Jesús—. Yo lo conocí en Francia como Raúl, a secas.

—Vale, sí, sí, sé quién es. Los catalanes lo llaman »el *mitja* luna«, pero por aquí todos lo llamamos »el mitad«, por lo bajito que es. Es un tipo interesante. Muy introducido en la estructura del trapicheo. Es uno de los que coordinan a los que trafican y se entiende con los que distribuyen. Un personaje de la zona sobre el que pivota el negocio del estraperlo.

—¿Y los maquis qué pintan en todo esto? —preguntó Gabino.

—¿Que qué pintan? Ellos se enteran de todo. Preparan las rutas y te permiten hacer el negocio, ¿te parece poco? Te informan de los movimientos de la Policía y de los guardias civiles. A veces te esconden o te protegen. Por esta ruta nada se podría hacer sin ellos. Lógicamente eso lleva un »porqué«, ¿me entendéis? Porque si no, ya sabes… —hizo un gesto indicando que se apropiarían de la mercancía—. Necesitan pasta y esa es una forma de conseguirla.

—¿Y tú? También formas parte de esa estructura, ¿no? —dedujo Jesús.

—Bueno, yo voy solo. Digamos que soy mi propio jefe. Elijo lo que quiero transportar y solo me las arreglo… Claro que ellos me proporcionan el género.

—Entonces, de lo tuyo, de lo que tú mueves, ¿ellos cuánto…?

—¡Eh, eh¿ !…Qué pasa? ¿Es que me quieres quitar el negocio? —lo cortó el pastor—. ¡Ya está bien de cháchara! ¡Vosotros a lo vuestro! ¡Ale, ale; ya os estáis largando! ¡Y a la tarde os quiero aquí de vuelta con la mercancía! ¿Está claro? No me falléis.

Comprendieron que no era el momento de preguntar más y decidieron marcharse. Era lo prudente.

—¡Ale, vámonos! —le dijo Jesús a Gabino al mismo tiempo que le daba un pequeño golpe en la espalda—. ¡Vamos!

Salían ya para emprender camino.

—¡Eh, escuchad! —Los paró el pastor—. Seguid todo el camino, que más adelante se juntará con la carretera. Cuando lleguéis a la ciudad, antes de atravesar el río Segre por el puente, veréis el mercado de Sant Lluís. Allí está esa dirección que os he dado en el papel. Es una antigua imprenta. El encargado se llama Pol. Es un hombre que no tendrá más de cuarenta años. Siempre anda por allí. Saldrá con una bata gris sucia. Cuando lo veáis, simplemente le dais esa badana que os he entregado y ya está. Él se ocupará de todo. No hace falta que le digáis nada, solamente esperáis a que os dé el paquete y me lo traéis para acá.

Partieron.

Aproximadamente una hora más tarde llegaron a la ciudad. No habían visto ninguna pareja de la Guardia Civil de las que suelen patrullar las carreteras. La ciudad bullía de actividad: recuas de mulas cargadas de mercancías, carros tirados por burros y otras caballerías, algún ruidoso coche que aún circulaba con gasógeno, pequeños camiones y un autobús de línea parado cerca de la plaza del mercado, donde un hombre, subido en la metálica escalera en la parte trasera, descargaba, de la baca superior, los equipajes de los pasajeros, que en aquel momento descendían del destartalado y precario vehículo… Y gente, mucha gente. Era un día de mercado. Eso los beneficiaba. Incrementaba sus posibilidades de pasar desapercibidos.

Encontraron rápidamente el lugar que el pastor les había indicado. Un chico de corta edad barría la puerta y amontonaba en un cajón los papelotes y recortes que habitualmente se producen en ese tipo de negocios.

—¡Eh, *noi*! ¿Puedes avisar a Pol, el encargado?

El chico primero se los quedó mirando. Detuvo su faena, apoyó la escoba en la pared y entró dentro de la imprenta. Al momento, salió y preguntó:

—Me dice Pol que si es que vienen ustedes a por el encargo del de las ovejas y que, si es a eso, que me den lo que él les ha entregado.

—Sí, pero se lo daremos a él nosotros mismos —dijo Gabino—. Si no, nos marchamos.

El chico volvió a entrar y poco después salió el tal Pol, que, más o menos, coincidía con la descripción que les dio el pastor, con una excepción que no conocían: era calvo. Salió limpiándose las manos con un trapo sucio de tinta que, llegando a ellos, se pasó por su reluciente cabeza.

—Perdonen, es que soy cajista y estaba muy liado componiendo una página del periódico. Bueno, díganme; pero pasen, pasen —dijo echándose a un lado —. No se queden ahí.

Los introdujo en una pequeña oficina: un habitáculo formado por sucios paneles acristalados que tenía un viejo escritorio de madera con un sillón de cuero gastado y arañado, también igual de viejo. Dos desvencijadas sillas completaban el mobiliario. La mesa estaba llena de papeles desordenados, un flexo, un tintero de sobremesa, un palillero con plumín sobre él y un secante en soporte de madera. En el suelo, una pila de papeles impresos y dos latas, que debían de contener tinta para la Heidelberg, con una espátula para extenderla dispuesta sobre una de ellas. Todo eso completaba el escenario.

También, esparcidos por el suelo, cinco o seis ejemplares del periódico local: *El diario de Lérida*, donde se podía leer en negrilla:

Se considera fracasado el intento ruso contra Budapest por el sudeste. La presión rusa, sin embargo, se mantiene o acentúa en los distintos sectores húngaros. En el Oeste han proseguido los avances aliados contra una mayor resistencia alemana.

—Ustedes dirán —solicitó Pol.

Jesús, sin decir palabra, le extendió el pequeño pedazo de cuero que el pastor les entregó para que los identificasen. El encargado lo recogió y lo analizó bajo la luz del flexo.

—Un momento, por favor —les pidió cuando comprobó su autenticidad.

Con el cuero en la mano, salió del despacho dejándolos solos. Unos minutos después, regresó acompañado de un hombre mayor corpulento y de buen porte, que se plantó frente a ellos y, forzando una sonrisa, les preguntó:

—¿Cómo está el viejo ovejero? —dijo como saludo al mismo tiempo que les extendía la mano.

—Bien, les manda saludos —dijo Gabino estrechándosela.

—Ya… Sí, sí… Bueno, hombre, bueno… ¿Y les ha dicho a ustedes qué era lo que tenían que recoger aquí?

—No, no sabemos nada de qué es lo que tenemos que recoger. Solamente nos ha dicho que les diésemos este pedazo de badana para que ustedes no desconfiasen de nosotros y…, bueno, pues que ustedes ya nos dirían lo que teníamos que llevarle. Dijo que era urgente.

Se miraron el encargado y el que parecía el dueño del negocio.

—Claro, claro, sí. Y no desconfiamos si son de su confianza; por eso les ha dado a ustedes ese pellejo, para demostrarlo. Pero antes, a mí me gustaría saber quiénes son ustedes; de qué los conoce el viejo pastor y por qué los envía aquí. Y, sobre todo, necesito saber qué es lo que ustedes saben de todo este asunto. No son momentos para confiar en cualquiera, ¿verdad? —Gabino y Jesús se lo quedaron mirando sin saber qué decir—. Yo soy don Cristóbal —prosiguió—, el Cristobalón me llaman algunos, porque soy grande; pero ustedes pueden llamarme simplemente »don«. Si no han oído hablar de mí, ya lo oirán… Y les dirán que no me ando con bromas y que, si algo no me gusta, corto por lo sano. ¿Me comprenden? ¡Y también que no me fío de nadie!

No sabían qué responder. »Nos estamos metiendo en otro lío« pensó Gabino.

—Sí, sí. Bueno, sabemos que es algún negocio que se traen ustedes entre manos, pero que a nosotros ni nos importa ni nos interesa involucrarnos —respondió Jesús—. No sabemos nada de nada sobre ello. Nosotros estamos de paso. Venimos del norte, de los Pirineos, y pretendemos llegar yo a Teruel, que soy de allí, y este, a Madrid, que es donde lo esperan los suyos. Nos hemos prestado a ayudarlo porque él nos lo ha pedido, pero nada más. Hecho el encargo, nos marcharemos.

—Muy bien, muy bien. Y si quieren ustedes ir a Teruel uno y a Madrid el otro, ¿para qué necesitan ustedes meterse en este lío que ni les va ni les viene? Podrían ustedes llegar con el coche de línea que sale todos los días, o en el tren, que es más fácil… ¿Qué es lo que les ha prometido el viejo? A ver si yo logro entenderlo: ¿dinero?

—No, es que no tenemos documentos y… —aclaró Gabino.

—¡Ah! Acabásemos… Vamos, que están ustedes ilegales, ¿no? Incluso los busca la *poli*, ¿no?

No podían ser demasiado abiertos en su información. No sabían cuál era la postura política de sus interlocutores. Podían ser franquistas y estar inmersos en una red de corrupción como, en muchas ocasiones, la situación permitía. No sabían cómo salir del atolladero. Prosiguieron intentando mostrarse inocentes y ajenos a los intereses de lo que parecía que se traían entre manos.

—Nosotros estábamos en Francia y queríamos regresar con nuestras familias y… —intentó otra vez explicar Gabino.

—O sea, que sois de los *rogelios*. De esos que tuvieron que salir corriendo para que no les apretasen el culo, ¿no? —No supieron qué decir—. No seréis de esos que dicen que han vuelto aquí para cargarse a Franco, ¿verdad?

—Nooo… A nosotros nos da igual…, no nos metemos en política. Si Franco trae la paz y el pan, pues qué bien, ¿no? Nosotros lo único que queremos es vivir tranquilos con los nuestros… y ya está. Sin líos —observó Jesús—. Pero necesitamos que alguien nos ayude, porque, si no, no iremos a ninguna parte. Tampoco tenemos un puto duro, y no nos vendría nada mal conseguir algún trabajito que nos permita llegar hasta nuestro objetivo.

Gabino miraba al uno y al otro, y a su alrededor, intentando encontrar algún detalle que le permitiese ubicarlos en su espacio político. Podría ser peligroso situarse ideológicamente en el lugar equivocado. Miraba cualquier detalle en su

entorno que le indicase el camino. A un lado del pequeño despacho, observó una foto enmarcada del generalísimo Franco y otra de José Antonio Primo de Rivera, el fundador de la Falange, y, entre las dos, un pequeño crucifijo de madera.

Don Cristóbal, a quien no se le pasaba ni una, vio cómo observaba Gabino los símbolos y aclaró:

—Ya sabéis… Es obligatorio tener esas fotos y el crucifijo —dijo—. Si no, mal asunto.

Eso le permitió a Jesús aventurarse e intentar ofrecer una postura, aunque también pensó que podría tratarse de una estrategia para descubrirlos.

—Mire usted, don Cristóbal: nosotros hemos llegado hasta usted porque conocí a uno de por aquí que es posible que usted también conozca.

Don Cristóbal se lo quedó mirando con curiosidad, esperando su aclaración.

—¡Vamos, vamos! ¿Quién es ese?

—Es uno que se llama Raúl, que no sé muy bien qué hace, pero que me dijo que lo buscara porque por esta zona conoce a gente muy importante. Puede que, incluso, también a usted, que me parece que sí que es importante —dijo de forma aduladora—. Es un tipo bajito que está…, bueno, yo qué sé, está en todo. Lo llaman »el mitad.«

—Ah, sí, »el *mitja* luna«, ¿no?

—Sí, ese. Se llama Luna de apellido —confirmó Jesús.

—¡A ver, buscadlo y traedlo para acá! —dijo, después de un corto lapso, dirigiéndose a los suyos, que miraban la escena sin perder detalle—. Comprobaremos si reconoce a estos y si nos aclara algo.

—¿Y dónde lo encontramos ahora? —preguntó Pol, el encargado.

—¡Joder, pues donde siempre! Estará en el casino, codeándose con los falangistas y los caciques. Ya sabéis que ese es su campo de operaciones… ¡Menudo es, el hijoputa! Estará untando a unos y a otros ¡Ese saca leche de una alcuza! Vosotros sentaos ahí —les dijo indicándoles las sillas— y esperad.

El tal Pol salió corriendo a cumplir el encargo. Pasada una media hora, se presentó junto a »el mitad«. Era un individuo que no debía de medir más de metro y medio, de pelo lacio, que vestía con un pantalón gris oscuro mal planchado, una chaqueta que no llegaba a abrocharle por su barriga prominente y una camisa aparentemente blanca, que tampoco le abrochaba en el cuello por su abultada papada, que sujetaba con una corbata a rayas rojas y

grises en diagonal. Al entrar, se quedó mirando a Jesús con una evidente expresión de fastidio. Después miró a Gabino.

—¿Los conoces? —preguntó don Cristóbal.

—A este sí —dijo señalando a Jesús—; al otro no lo he visto en mi vida. Lo conocí, no muy bien, en Francia, al otro lado de los Pirineos, cuando se estaba preparando lo de la invasión esa del valle de Arán y *to* el follón ese que han *armao*. Era del PCE, creo. El partido, que ahora está por ahí afuera, en el que mandan o mandaban el Jesús Monzón y un tal Santiago Carrillo. No sé qué hacía por allí ni de qué se ocupaba. Después, por lo visto, entró en España y yo ya no volví a saber más de él. Ayer me buscó y me vino a ver para pedirme si podía hacerle papeles y si podía llevar una medicina urgente a Madrid, para no sé qué niño que la necesitaba. Me dijo que había llegado con un compañero. Por lo que me contó, deduzco que se trataba de este otro, que no sé cómo se llama. Me ofreció diez pesetas, el muy iluso… ¡Diez pesetas! Fíjese, don Cristóbal.

—Sí —aclaró Gabino—, sé que es poco, pero no tenemos casi dinero y era lo único que podíamos ofrecer. El niño es mi hijo, que ha cogido unas fiebres que se pueden curar con penicilina. La conseguí en Francia, antes de entrar en España, pero no sé si podré llevársela a tiempo. Por eso, como Jesús me dijo que su amigo podía hacérsela llegar rápidamente a mi mujer, pues él vino a buscarlo para ver si podía ayudarnos. Era, más que nada, un favor lo que le pedíamos. Parece que no le interesó… por lo que fuera.

—¡Claro! ¡No tengo yo otra cosa en qué pensar más que en hacer de recadero…, por dos duros! —dijo ofuscado »el mitad.«

—¡Bueno, bueno…, tengamos la fiesta en paz! —intervino don Cristóbal—. Primero vamos a lo nuestro, y después ya veremos cómo solucionamos lo del hijo de este. A ver, Pol, trae aquí esos dos paquetes que te he dicho que hicieses.

Pol Salió y regreso poco después con dos paquetes envueltos y sujetos con unas cuerdas de pita. No abultaban demasiado. Aunque parecían de peso, suponían que serían fáciles de transportar.

—¿El pastor no os ha dado nada de dinero? —preguntó don Cristóbal.

—No —contestó Jesús.

—Vaya, qué listo el *jodío* pastor. Este se ha pensado que aquí se atan los perros con longanizas. Vamos a ver… Uno de vosotros dos que coja un paquete y se lo lleve al ovejero. El otro se quedará aquí esperando junto al

otro paquete. Como son pocos kilómetros, en un par de horas puede estar de vuelta…, y con el dinero de todo, claro está. Son seis mil pesetas las que tiene que traer. Si no las trae, no verá más género…, y puede que a su amigo tampoco.

Jesús y Gabino se miraron un poco desconcertados.

—Vale, voy yo primero —dijo Jesús—. Dadme uno de los paquetes.

—Sí, hombre, muy bien… ¿Y cómo piensas transportarlo, en un paquetito con una cintita de colores y un lacito como si fueran bombones? —dijo Cristobalón—. En cuanto te vean los guardias con un paquete bien envuelto, querrán saber qué es lo que llevas dentro.

—Sí, claro, no había caído —reconoció Jesús—. ¿Y cómo lo llevo entonces?

—A ver, Pol, que traigan una carretilla llena de hierba seca o de mies, o lo que sea que no pese mucho y que permita esconder debajo el paquete —dijo don Cristóbal enérgicamente—. Así, si te viesen los guardias, no despertarás mucho su atención. Comida para las gallinas, si te preguntasen, les dices que llevas…, y suerte.

Al poco, llevaron al taller una carretilla con hierba, donde pudo disimular oculto bajo ella uno de los paquetes con la »mercancía«.

Salió de inmediato, como habían acordado, para regresar lo antes posible.

—Bueno, hombre —dijo ahora don Cristóbal dirigiéndose a Gabino cuando se quedaron solos—, y tú ¿quién eres? Cuéntanos un poco de ti y de tu historia mientras viene tu amigo. Queremos saber algo más. No nos gustan las sorpresas.

—Pues mire usted, don Cristóbal. Yo estaba en Francia y, para poder volver a España, me apunté a los de la UNE, ya sabe, la Unión Nacional Española, la organización que crearon los del Partido Comunista en el exilio. Me metieron en la 45.ª Brigada Guerrillera y, en los primeros días del mes pasado, cruzamos la frontera por diferentes pasos de los Pirineos. Yo no sé muy bien qué objetivos teníamos, tampoco me interesaban demasiado. Lo único que a mí me interesaba era entrar en España sin necesidad de tener los papeles en regla. Pero los objetivos que pretendían fracasaron, me pareció a mí, porque en tres o cuatro días todo se desbarató. Pero aquí estábamos; en nuestra tierra —dijo con miedo de situarse en un lugar radicalmente opuesto al de su interrogador—. La verdad es que yo vine algo confundido. Ya le digo que yo lo único que pretendía era entrar. De otra forma, sin papeles, no podría. Pensé que, una vez dentro, nos

darían alguna documentación para pasar desapercibidos, pero lo único que nos dieron fue *pal pelo.* Aquí nadie se unió a nosotros, como decían que pasaría. Nos machacaron los del Ejército, los guardias civiles y la Policía. Algunos de los que entraron se volvieron por donde habían venido. A muchos los han matado, y unos pocos todavía seguimos por aquí perdidos…, sin papeles y perseguidos. Yo no me quise marchar y fui a esconderme en las montañas con el maqui de…, bueno, con esos que andan por este lado de los Pirineos.

—Así que con el maqui, ¿eh? —pareció interesarle a don Cristóbal—. ¿Y a quiénes has conocido de los maquis esos que dices?

—Pues a algunos… El más importante fue el Chispita, uno que anda con los suyos por el Pirineo navarro y aragonés.

—Sí, ya he oído hablar de él. ¿Y a nadie más? Alguien que te conozca y nos hable de ti.

—Bueno, sí…, alguno me conoce, pero no eran tan importantes o no pertenecían a los maquis, sino a los guerrilleros. Yo tenía un compañero con el que entré, pero se lo cargaron. Últimamente conocí a un tal Roberto, que coordinaba lo que quedaba del batallón del comandante Couto, de los que entraron por el valle de Roncal, y también a algunos de los maquis de aquí dentro que no tenían a nadie que los aglutinase y estaban con ellos.

—Vaya, vaya… Conque el Chispita, ¿no? Ese es el que dicen que dejó a un regimiento del Ejército aislado y sin poder escapar porque se cargó su infraestructura de transporte y los dejó sin suministros y con el culo al aire… Y dicen que, si no llega a reforzarlo la Policía Armada, allí habrían acabado con ellos.

—Un poco exagerado es como a usted se lo han contado —afirmó Gabino.

—¿Y tú cómo lo sabes? —preguntó impaciente don Cristóbal, mirándolo fijamente.

Gabino guardó silencio. Estaba indeciso sobre cómo mostrarse ante él. No sabía cuál era la postura política de ese »capo« del estraperlo. Podría ser que, incluso, fuese partidario del régimen de Franco y que lo único que aprovechase fuera el difícil momento económico que sufría el país y la impunidad que le daban las influencias de los que podrían ser »de los suyos«. Amigos bien situados seguro que tenía y, por lo que intuía, posiblemente interesados en mantener esa »buena amistad«. No podía meter la pata. Su vida y la de su amigo podían depender ahora de ese hombre.

—Yo creo que tú sabes más de lo que dices saber… Vas de mosquita muerta, pero a mí no me la das.

—Es que yo estaba allí —afirmó Gabino.

—¿Que tu estabas allí cuando paso eso?

Gabino pensó que se la tenía que jugar. Si hablaba más de la cuenta, podría ser peligroso. Si por congraciarse con la derecha de su zona o con la Guardia Civil lo denunciaban, estaban perdidos, pero si lo que conseguía era caerle bien por presentarse como radical revolucionario, o por despertar en él algún tipo de interés que lo beneficiase, también él se beneficiaría de esa relación. Decidió ser más profuso en detalles.

—Sí, de hecho, yo fui quien le propuso la acción al Chispita y quien, junto con otros dos compañeros, la llevó a cabo. Fue importante por el daño que les hicimos en su infraestructura y en su estrategia, pero no tanto como ha circulado por ahí. Tampoco fue tan importante en el desarrollo final del enfrentamiento. Al final tuvimos que salir corriendo.

—Entonces…, ¿tú eres ese que dicen que está en busca y captura del mandamás de ese regimiento?

—¿En busca y captura ?No sé…, tal vez. Aunque no comprendo tanta inquina.

—Sí, era el capitán Estévez del ejército que anda por los Pirineos… Me han dicho que así se llamaba —afirmó don Cristóbal—. Dicen que murió un hijo suyo en esa acción y que por eso te la tiene jurada.

—¿Un hijo suyo ?Es la primera noticia que tengo. No lo creo. Por lo que sé, es un hombre relativamente joven y no recuerdo ver imberbes entre sus soldados. De todas formas, fue un acto de guerra. Mi objetivo era los camiones, no pretendía matar a nadie.

—Bueno, sea como sea, deberás tener cuidado. Me han informado de que están desplazando un alto contingente de guardias civiles y del Ejército para que limpien toda esta zona. Si te están buscando, lo mejor es que te escondas. Veremos qué puedo hacer por ti. Ahora no salgas a la calle. No conviene que nadie se haga preguntas sobre ti. Quédate aquí hasta que venga tu amigo.

Gabino se lo quedó mirando, esperando su decisión o la explicación de eso que decía que podía hacer por él.

Permanecían encerrados en el despacho. Don Cristóbal se acercó a la puerta, la abrió y llamó a su empleado:

—¡Pol! —lo llamó levantando la voz, y después volvió a cerrar.

El empleado vino con premura. Entró.

—Diga usted, don Cristóbal, ¿qué desea? —preguntó.

—Mande a buscar al compañero Lucas. Que venga de inmediato. Tengo que hacerle un encargo.

—¿Lucas?

—Sí, el de la logística. El que distribuye el género por el centro.

—Sí, señor. Voy a buscarlo.

Habían pasado algo más de dos horas desde que Jesús partió. Regresó con el dinero, como le habían dicho. Arregló las cuentas con don Cristóbal. Todo parecía dentro de la normalidad.

El tal Lucas ya había llegado y charlaba con don Cristóbal, que le explicaba algo y le daba instrucciones. Los dos amigos esperaban fuera del despacho, y los llamó para que entrasen. Entró Pol tras ellos y cerró la puerta. Los cinco ahí reunidos, de pie, esperaban las instrucciones de don Cristóbal.

—A ver, Jesús, ¿tienes aún la nota, la medicina y el dinero que te dio Gabino para que le entregases a quien fuese? —le preguntó.

—Sí, aquí lo llevo. —Y se echó mano al bolsillo interior de su zamarra.

—Bueno, pues las diez pesetas devuélveselas a Gabino, que ya no te van a hacer falta. Y el papel con la dirección de la mujer de Gabino y la medicina dáselos a este hombre —dijo señalando a Lucas—. Él se ocupará de hacérsela llegar cuanto antes. En tres o cuatro días la tendrá. Él sabe cómo. Tú, Gabino, escribe otra nota para tu mujer explicándole por qué no se lo llevas tú en mano, y se la das también.

Así lo hicieron. Gabino, sobre el escritorio, se puso a redactar una escueta nota, que le entregó al emisario.

Querida Carmen:

Espero que, al recibo de esta, estéis bien tú y el hijo. Yo estoy intentando regresar a Madrid para estar con vosotros, pero no es fácil porque no tengo papeles en regla y tengo que ir sorteando a los guardias para que no me prendan, así que tardaré más de la cuenta. Pero tú queda tranquila, que al final llegaré y seremos felices. Llevaba la medicina para el chico, pero como estoy tardando mucho y no sé cuándo voy a poder llegar, se la he dado a un compañero para que se anticipe y te la dé. Espero que a tiempo. Aunque, a lo mejor, como han pasado muchos días, ya se ha curado el chaval y no te hace falta. Me alegraría mucho.

Estoy deseando veros. Os quiero mucho,

GABINO

Introdujo la esquela en un sobre que le había proporcionado don Cristóbal, rehízo el pequeño paquete atándolo con un bramante y puso la dirección en él.

Carmen Maestre Treviño
Teatro de la Zarzuela
Calle de Jovellanos, 4
Madrid

—Este es el compañero Lucas —les presentó don Cristóbal—. Es mi contacto de confianza con los que andan por el Maestrazgo y toda esta zona de montaña. Ya sabéis que uno de mis negocios es mercadear con las cosas que la gente necesita. Yo se las consigo y se las ofrezco. En España hay muchas cosas que escasean o que no hay en absoluto. Yo se las proporciono por poco dinero. Me están agradecidos por ello, por eso tengo buenos amigos en todas partes, aunque hay envidiosos que intentan quedarse con mi negocio…, o desbaratármelo. Podréis suponer que, para llevarlo a cabo, necesito estar muy vigilante, disponer de una infraestructura bien organizada y tener gente fiel.

Gabino, Jesús y Lucas escuchaban a don Cristóbal con mucha atención. Pol había vuelto a su faena en el taller.

—Tengo un plan que os voy a explicar: lo primero será que le llevéis al pastor el otro paquete para que siga con su trabajo. De ese asunto, a partir del momento en que se lo entreguemos, ya nos olvidamos. Ya no será cosa nuestra. Después, desde allí, sin volver a Lleida, partiréis, junto con Lucas, hacia el Maestrazgo, zona que él domina bien y conoce a sus gentes. El sabrá cómo y por dónde os tiene que llevar. Con vosotros llevaréis unas mercancías que defenderéis con vuestra propia vida. Necesitamos ese comercio para mantenernos a flote…, y para que vosotros sigáis vivos. Eso os proporcionará algo de dinero que luego yo, en su momento, os daré, y que vais a necesitar.

—¿Qué tipo de mercancía será? —preguntó Jesús.

—A vosotros eso no os importa —contestó don Cristóbal—, pero tenéis que saber que no siempre es legal, así que poned mucho ojo…, y la boca cerrada. La Guardia Civil no os la puede pillar. Os va la vida en ello.

«Allí entraréis en contacto con otras personas que se ocuparán de vosotros y de los productos que lleváis. A partir de ahí, os separaréis; Lucas seguirá con lo suyo; tú, Jesús, podrás seguir hacia el sur, a Teruel, que es adonde quieres ir; y tú, Gabino, te quedarás en la protección de Rubén o de Francisco, dos compañeros que andan con el maqui de esa zona. Ellos sabrán qué hacer y te dirán cuándo y cómo podrás partir hacia Madrid con menos riesgo, librándote de los que te buscan. Es la mejor forma. Tú solo, por tu cuenta, nunca llegarías; nosotros tenemos la estructura… Y no te preocupes: tu mujer en dos o tres días habrá recibido la medicina para tu hijo.

—Me quedo más tranquilo, don Cristóbal —le agradeció Gabino.

No tenían nada que objetar. Eran ajenos a los problemas que se les podían presentar en sus circunstancias. No les quedaba más remedio que aceptar y confiar.

—Solamente tenemos algo de difícil solución: la documentación —expuso don Cristóbal—. No podéis obtener una documentación legal, con vuestro nombre, así como así; para ello se necesitarían documentos de los que carecéis: partida de nacimiento, algún certificado de la parroquia o el registro en el ayuntamiento de vuestros respectivos lugares de nacimiento… En fin, papeles que no tenéis. Esos son, precisamente, los que nosotros podemos falsificar y proporcionaros para que después podáis conseguir el bueno.

—Pero con otro nombre, ¿no? —preguntó Gabino.

—Evidentemente —contestó don Cristóbal—. Ya os lo he dicho. Además, con el vuestro, es probable que la Guardia Civil ya os tenga fichados. Ya sabrán de vosotros más de lo que os imagináis; sobre todo de ti, Gabino. A estos no se les pasa ni una. La documentación que os podamos proporcionar tendrá que ser falsa. Normalmente aprovechamos la de algún muerto o el carné de alguna sociedad cultural o deportiva, también de algún fallecido. Eso todavía podría serviros, pero desde el mes de marzo pasado hay que hacerse un Documento Nacional de Identidad. El DNI lo llaman, y lleva foto y huella dactilar, aunque aún no todo el mundo lo tiene. Tendremos que conseguir alguna cédula personal de identificación con fecha anterior al decreto del gobierno de Franco, que aún es lo que la gente tiene, y provisionalmente podría valeros. Más adelante podremos haceros carnés de los nuevos, con foto y todo, aunque sean falsos. Eso os costará algo de dinero… y tiempo. Pero no os preocupéis, aquí estoy yo para ayudaros. Lógicamente, si vosotros me ayudáis a mí. Ya os iré diciendo cómo.

32

La invasión del valle de Arán y el objetivo de reinstaurar la República en España, esta vez la tercera, había fracasado.

Los núcleos de guerrilleros diseminados por diferentes puntos de los Pirineos, ya desintegrados por el ejército de Franco y acosados permanentemente por la Guardia Civil, deshechos y desmotivados sus integrantes, se esparcieron en pequeños grupos o de forma individual; unos por el Pirineo, con la intención de regresar nuevamente a su refugio francés; otros permanecieron ocultos en las montañas uniéndose a los inconformes republicanos perdedores de la Guerra Civil. »Fuerzas Armadas Españolas de Unión Nacional«, quisieron autodenominarse; »maquis« fueron conocidos por el pueblo; y »bandoleros« era como se los calificaba oficialmente.

Algunos grupos, que lograron penetrar hacia el interior, encontraron, principalmente en la muy rural y despoblada zona de las montañas turolenses del Maestrazgo, un especial arraigo.

Este conato revolucionario surgido fue, en algunos casos, bien aceptado por el pueblo, que vio en él la oportunidad de venganza ante la represión sufrida por las fuerzas ganadoras de la contienda que había dotado de poderes absolutos a los oligarcas locales. Por otra parte, la ordenada represión franquista empezó por la eliminación de los elementos considerados desafectos del régimen de Franco o del Glorioso Movimiento Nacional, como lo definían.

»Echarse al monte« para unirse a los guerrilleros fue la opción elegida por muchos de declarada filiación política izquierdista, que no encontraron otra salida para librarse del permanente acoso de la Guardia Civil. Así, la guerrilla espontáneamente surgida encontró también colaboradores, que los llamaron »guerrilleros del llano« y que, en muchos casos, eran parientes o amigos de los maquis escondidos en los abruptos montes.

La Guardia Civil no cesaba de indagar ni de someter a un permanente control a las gentes que habitaban las zonas que tenían bajo su vigilancia. Los

campesinos, masoveros o habitantes de las masías, por el mero hecho de estar aislados, ya eran considerados posibles colaboradores —«hordas marxistas«, como las definían— y eran sometidos permanentemente al control de las Juntas Locales de Libertad Vigilada: elementos de represión formados por los individuos de derechas más radicales.

El conocimiento, o la simple sospecha por parte de la Guardia Civil o de estas Juntas Locales, de colaboración con los guerrilleros podía llevar a ser acusado de cooperador y a ser encarcelado o sentenciado a morir. »Cómo no voy a dar comida a mi hijo, que está perdido en el monte«, contestaba una anciana madre acusada de colaboracionista con la guerrilla.

Las acciones de los guerrilleros, que se resumían en atentados a las infraestructuras, atracos que les proporcionaban avituallamiento o recursos de subsistencia o, en algunos casos, acciones llevadas a cabo contra los oligarcas o sus propiedades, eran respondidas por las fuerzas del orden con detenciones masivas e indiscriminadas de presuntos colaboradores que, en muchos casos, acababan con su muerte si se les aplicaba la conocida »ley de fugas«.

»Eres libre, márchate «era, muchas veces, la orden que recibían después de la aprensión. Un tiro por la espalda al marcharse acababa con la benevolencia.

Gabino y Jesús, bajo la dirección de Lucas, siguiendo lo ordenado por don Cristóbal, habían iniciado la marcha después de avituallarse y organizar lo que debían de transportar.

A lo lejos ya veían la vieja villa de Morella, majestuosa. Un racimo de casas y estrechas callejas envolviendo un cerro que se elevaba sobre el campo llano y que emergía encerrado en unas murallas aún inexpugnables. Habían transcurrido unos cuantos días desde que dejaron Lleida y la protección de Cristobalón, como llamaban a don Cristóbal. El camino no había sido fácil; siempre atentos a la discreción que precisaban para no despertar la atención de la Guardia Civil e, incluso, de los sencillos habitantes de las zonas que transitaban, no fuese que a alguno se le ocurriese dar aviso en el cuartel de su pueblo. Lucas conocía bien todo aquello y a la gente. Sabía a quién podía pedir ayuda y a quién no.

La mañana ya estaba avanzada y caminaban a buena marcha.

Se dirigían a una de esas *mas*, como por ahí llamaban a las casas labriegas. Casi siempre, como esta, eran dos o tres edificaciones que daban cobijo a una

o dos familias de labriegos, y era donde guardaban los aperos de labranza y los animales.

Cuando ya se acercaban a las edificaciones que se alzaban en una loma de un camino más estrecho, que se unía al que seguían, desde detrás de unas espesas matas oyeron una voz sin identificar:

—¡Hola, Lucas!

E inmediatamente después surgió un personaje alto con una escopeta al hombro.

Lógicamente se detuvieron y el hombre se acercó. Su porte no dejó de sorprenderlos. Era probable que, si lo hubiesen visto aparecer antes de oír su voz saludándolos, se hubieran asustado al verlo. Llevaba una gruesa zamarra de cuero que por su parte delantera estaba curtida, y por la espalda presentaba aún la borra del cordero al que perteneció la piel. Un grueso cinturón canana, repleto de cartuchos, le cerraba la prenda sobre el pecho. Llevaba cubierta la cabeza con un gorro también de piel de cordero, que le protegía las orejas y el cuello. Aparecían por debajo de la pelliza unos pantalones de gruesa pana que, de rodilla para abajo, se ajustaban atándose ceñidos a las piernas. Unas abarcas de cuero sobre unas gruesas y rústicas polainas de espesa lana completaban su indumentaria. Era difícil deducir su edad, pero no parecía tener menos de cincuenta o cincuenta y cinco años.

—Hola, Francisco —lo saludó Lucas, que salió a su encuentro y lo abrazó, lo que tranquilizó a los otros dos—. Hacía tiempo que no nos veíamos. ¿Cómo están las cosas por aquí?

—Unos días bien y otros mal… Ya sabes. Pero no os preocupéis, estamos alertados y todo controlado. Hoy, y estos días pasados, la cosa está tranquila. Ya teníamos noticia de vuestra llegada —dijo ahora mirando a Gabino y a Jesús—. Estos deben de ser los protegidos de Cristobalón, ¿no?

—Sí, bueno, también tienen su misión.

Cargaban unas voluminosas mochilas donde llevaban los paquetes de «*no se sabía qué*« que don Cristóbal les había encomendado transportar.

—Claro, estábamos esperando esas cosas que nos traéis.

—Por supuesto, pero todo no es para vosotros. Luego os explico.

—Vale. Ahora vamos a la casa. Eladia está preparando algo para comer… y un buen vino de por aquí, de las tierras altas, del que entona el cuerpo en esta fría zona. Aquí, como podréis estar comprobando, los inviernos son duros.

Llegaron a la casa. Un perro fue el primero en salir a saludar con sus ladridos. Inmediatamente salió a la puerta otro hombre, posiblemente de una edad parecida a la de Francisco, que, con su silbido, lo hizo callar.

—Sed bienvenidos —dijo al comprobar que venían acompañados de Francisco y de Lucas, y, de seguido, se introdujo en el oscuro interior.

Se acercaron a la estrecha puerta abierta en el grueso muro encalado que daba acceso a la edificación, y ya desde ella percibieron un gratificante olor a guiso que los hizo salivar.

—¡Adelante! Pasad y acercaos a la lumbre. Os estoy preparando unas gachas que os vais a chupar los dedos —dijo una voz femenina.

Entraron los cuatro.

—¡Salud, camaradas! Yo soy Rubén —saludó el hombre que los recibió en la puerta, ya sentado en una larga mesa hecha de rústicos tablones, rodeada por sus cuatro lados de unos bancos—. Y esta es la Eladia, la mejor cocinera de todo el Maestrazgo.

Se levantó y les tendió la mano, que los tres recién llegados estrecharon.

Eladia, que con una espumadera estaba moviendo el guiso que se cocinaba en la lumbre de leña en una gran sartén puesta sobre unas trébedes de hierro, se levantó del taburete desde el que, sentada, faenaba y los saludó dándoles un beso en la mejilla.

—Hola, pasad, pasad. Traeréis frío —dijo mientras volvía a su quehacer—. Hoy hace un día de perros… Y hambre; seguro que tendréis hambre. Pues ya veréis las gachas serranas que os estoy cocinando en la lumbre. No les falta de *na*: con su tocino, su chorizo… Hasta el hígado del cerdo les he puesto. No hay *na* mejor *pa* reponer fuerzas y entrar en calor.

Todos se sentaron en la mesa mientras Francisco, ya despojado de su ropa de abrigo, distribuía unos vasos de grueso vidrio sobre la mesa y servía el oscuro vino de una botella.

—Vais a ver qué vino; resucita a los muertos —dijo mientras consumía de un solo trago el de su vaso—. Ja, ja ja… Es de por ahí más arriba. De la zona de Matarraña.

Todos rieron y dieron un buen trago de sus respectivos vasos.

En ese momento entraron otros dos hombres. Estos parecían más jóvenes.

Al ver el alegre ambiente del interior, se quedaron parados en la puerta. Seguramente no esperaban encontrar esa animada tertulia.

—Vamos, vamos, pasad, que hace frío.

Animados, entraron.

Cada uno portaba un fusil Mauser, una manta enrollada y una mochila. Ambos venían abrigados con un grueso capote, que se despojaron al entrar. Todo lo depositaron en un lado. Los fusiles, a mano, en un improvisado armero cerca de la puerta. Primero se arrimaron a la lumbre frotándose las manos para entrar en calor; luego se sentaron en uno de los bancos y tomaron el vaso de vino que Rubén les ofrecía. El más alto de los dos, que parecía el más joven, vestía un grueso jersey verde oliva y un gorro también de lana que, al sentarse, se quitó, dejando a la vista un lacio pelo rubio que le colgaba hacia la frente. Era apuesto. El otro, seguramente de una edad parecida, no más de treinta años, mostraba una espesa y descuidada barba que casi ocultaba su rostro y embrutecía su semblante.

—Yo me llamo Juan —dijo presentándose a los nuevos—. Me llaman »el toledano« porque soy de por allí, y a este lo llamamos »el rubio.«

Se hizo un silencio que parecía pedir la aclaración de la visita. Lucas se levantó y, acercándose a uno de los macutos que habían traído, lo abrió y sacó un paquete envuelto en papel. Lo depositó en la mesa frente a Francisco.

—Esto es lo vuestro —dijo.

—Parece pequeño —observó Francisco sin tocarlo.

—No sé… Es lo que don Cristóbal nos ha dado para vosotros —contestó —. No, no es muy grande, pero parece que pesa.

Gabino y Jesús, curiosos, esperaban conocer el contenido.

—¿No lo compruebas? —dijo Gabino esperando satisfacer su curiosidad al ver que simplemente lo retiraba a un lado.

Francisco se le quedó mirando y le dijo:

—Después… A vosotros no os interesa. Ya veré yo después lo que hay dentro.

Se callaron. Francisco tomó el paquete y lo guardó en su zurrón, que permanecía a su lado. Comieron opíparamente. Las gachas estaban extraordinarias. Estaba siendo una comida reconfortante, aunque permanecían inquietos.

—Entonces decidme: las acciones que se os habían impuesto ¿las habéis llevado a cabo? —preguntó Lucas dirigiéndose a los masoveros.

—Todas no —contestó uno de los dos recién llegados—. Están llegando a la zona cada vez más picoletos con ganas de dar leña, y tenemos que andarnos con mucho ojo. El otro día nos cargamos las líneas del telégrafo, como

teníamos ordenado, y los dejamos sin comunicación entre ellos. Eso retrasó un poco su expansión, pero yo creo que ya las habrán reparado. No somos muchos y parece que ahora los de arriba están más en asuntos políticos que en acciones… Ya sabéis.

—¿Y ahora, como más inmediato, qué es lo que tenéis previsto?

Francisco y los otros tres compañeros se miraron entre ellos y ninguno emitió una palabra. Siguieron a lo suyo, centrados en la cuchara que, sin interrupción, acababa con las gachas contenidas en la cazuela común situada en el centro de la mesa. Lucas comprendió la desconfianza. No conocían a Jesús ni a Gabino y eso los detenía.

—Vosotros dos… —dijo Lucas dirigiéndose a ellos—. Acabad de comer y daos un paseo por ahí fuera. Nosotros tenemos que arreglar unos asuntos.

Los interpelados, pasado un momento, se miraron, dejaron su cuchara, tomaron su ropa de abrigo y salieron a la calle. Cuando lo hicieron, Lucas volvió a tomar la palabra de la reunión.

—Ya sabéis que yo estoy de enlace entre vosotros, las diferentes partidas guerrilleras y los jefes. Os traigo el dinero que necesitáis. En ese paquete que don Cristóbal me ha dado para vosotros va un buen pellizco para solventar vuestras necesidades. Con eso tendréis que pasar una buena temporada. Administradlo bien, y si os falta será un problema que tendréis que solucionar por vuestra cuenta… Ya sabéis cómo. También sabéis que tengo la obligación de informar de cómo van las cosas y de si se cumplen los objetivos previstos.

—Las cosas están cambiando muy deprisa, Lucas —dijo Francisco—. Hay nuevas circunstancias que nos inquietan. Aquí primero estábamos los de siempre, los que nos quedamos cuando acabó la guerra, pero ahora, después de lo del valle de Arán, esto se está llenando de muchos de los que han entrado de Francia, y lo peor es que vienen con ínfulas de que son ellos los que mandan y dirigen las cosas…, y solo porque ellos lo dicen. Antes estábamos más tranquilos, pero ahora, con el ruido que han armado, también han traído aquí a un buen contingente del Ejército que han desplazado para acabar con nosotros… Y cada día llegan más números de la Guardia Civil. Ya no hay por la zona ni un solo pueblo que no tenga ya su cuartel bien pertrechado, casi siempre mandado por un hijo de puta carnicero que no tiene ningún miramiento si te engancha. Por otra parte, los caciques locales y los de derechas de la zona ahora se sienten importantes y con derecho a la represión y la venganza. Los curas y los alcaldes en comandita pueden mandar ahora que

ejecuten a tal o a cual, sin más. Nadie les va a pedir explicaciones, y los falangistas y requetés visten sus camisas azules con orgullo, y ese simple hecho los infiere de una autoridad que ellos mismos se atribuyen. Luego está la gente, los que dicen que ellos no se meten en nada y que no quieren saber… ¡Mentira! Los que antes eran republicanos de puño en alto, ahora, por congraciarse con el nuevo régimen, a la primera te saludan levantando el brazo derecho con la mano abierta. ¡»Arriba España,«! dicen. Como si nosotros la quisiéramos abajo. Nada se les puede pedir. Ya no te ayudan. Si acaso, corren a denunciarte si se enteran de por dónde andas.

Cuando terminó Francisco de exponer la situación, todos en reflexión interior, mirándose las manos o jugueteando con cualquier objeto que hubiese sobre la mesa, abstraídos, permanecían en silencio.

—Luego está el hambre —expuso Rubén—. Aquí no llega nada y subsisten de lo poco que pueden sacar del campo, que ahora, como ya es invierno, es escaso. Y, además, mucho de lo que tienen se lo requisan. Por eso tienen que ponerse a bien con los de Franco y eso condiciona su comportamiento.

—¿Y estos dos que has traído? ¿Qué coños quieren…, nos aportan algo? —preguntó Francisco.

—No sé… A mí me ha encargado don Cristóbal que los ayude. Traen en sus mochilas paquetes que tenemos que entregar en dos o tres lugares diferentes que Cristobalón controla…, y ya sabéis: sin él, sin su infraestructura y sin su ayuda nada podemos hacer aquí.

—Tenemos que hablar con ellos detenidamente. Yo ya no me fío ni de mi madre —dijo Francisco.

—Ya, bueno… No parecen mala gente —observó Lucas—. Yo solo sé que uno, el tal Jesús, lo único que quiere es llegar a Teruel, que es su tierra y tiene allí a su familia. No creo que ese dé ningún problema. A ese solo le interesa llegar cuanto antes y olvidarse de todo. Me preocupa más el otro, el Gabino ese. Va de mosquita muerta: que si quiere llegar a Madrid, que si su hijo lo necesita… En fin, va contando una historia que pretende llevar a la compasión. A mí, por orden de don Cristóbal, me entregó un paquetito con una medicina y una carta para que se la hiciese llegar a su mujer en Madrid.

—¿Tienes por ahí esa carta? Puede que en ella aclare algo de quién es y cuánto de verdad dice.

—No. Como yo no voy a Madrid, por ahora, se la di a uno de nuestra estructura que llevaba para allá unas cosas traídas de Andorra y seguro que ya

se la ha entregado. Ha sido a uno que se llama Rogelio, que baja a Madrid cada mes por una u otra ruta. El paquetito con la carta no los tengo, pero anoté la dirección, por si acaso en algún momento tenía que localizarlo.

—Muy bien. Déjame que la anote —exigió Francisco—. Puede que sabiendo algo más de él le pueda sonsacar algo diciéndole que tenemos localizada a su mujer. Es posible que eso lo asuste.

—Conque »mosquita muerta,« ¿eh? —repitió Rubén—. Ya veremos qué dice »el maño,« que está a punto de llegar.

—Sí, sí, »mosquita muerta« —afirmó Lucas—. Sin embargo, está buscado por el Ejército. Dicen que él solo les armó una buena por ahí arriba, por los Pirineos navarros. No sé. Puede que haya gato encerrado, pero ese, dice don Cristóbal que se tiene que quedar por aquí. Yo no sé para qué… Además, me dijo que yo tengo que ayudarlo a llegar a Madrid, aunque aún no tiene papeles. Eso fue lo que me ordenó. Puede que haya algún asunto en todo esto que no me hayan contado. Habrá que averiguarlo.

—¿Ayudarlo a llegar a Madrid? ¿Sin documentación y sin dinero? Difícil será —dijo Francisco—. Déjalo que él mismo se apañe. Tú a lo tuyo, porque no parece tonto precisamente.

—Un poco de dinero para cada uno de los dos, me dejó en un sobre para que se lo diese. No sé cuánto ni por qué, pero me dijo que se lo diese cuando a mí me pareciese oportuno. Todavía no es el momento. Será cuando cumplamos con el encargo de repartir lo que llevan en las mochilas. Documentación dijo que nos proporcionaría. Tampoco sé cuándo ni cómo.

—Un poco extraño todo, ¿no te parece? —opinó Francisco

—No sé, le habrán caído bien. ¿Dices que está a punto de llegar »el maño«? —preguntó Lucas cambiando de conversación—. ¿No ha sido ese el que ha formado un grupo grande en Zaragoza y Huesca?

—Sí, ahora el AGLA lo está mandando para acá. Parece que aquí quieren dar la cara y organizar la guerrilla.

—¿El AGLA? —preguntó Lucas—. ¿Eso qué es?

—Ya sabes, el AGLA, la Agrupación Guerrillera de Levante y Aragón, que esas son las siglas.

—Siglas y más siglas… Organización, infraestructuras… ¡Mierda! —saltó »el toledano«, uno de los más jóvenes que hasta ese momento escuchaba en silencio—. Armas y pasta, eso es lo que necesitamos para acabar con tanto hijo de puta que hay por aquí.

—Bueno, no os soliviantéis —dijo Lucas—. Ahora, a estos que he traído por orden de don Cristóbal, aceptadlos como a unos compañeros más. No los hagáis desconfiar. Mostraos amistosos y averiguaremos más. Cuando regresen de ahí fuera, les explicaremos que nosotros teníamos que hablar de las acciones que no deberían ellos conocer por un tema de seguridad…, y todo tranquilo, ¿de acuerdo?

—Pues la cosa no está para confiar en nadie —dijo el otro guerrillero joven —. Ya sabéis lo que le ha pasado al grupo ese, el que subió desde Teruel y al que estaban esperando los civiles. Bien camuflados, emboscados en el camino por el que iban a pasar y que solamente ellos conocían, decían. Eran siete y se cargaron a tres. Alguien les fue con el cuento. Seguramente uno de ellos, porque después el grupo se desintegró. Cada uno se largó por su lado y nadie sabe nada de ellos ni hacia dónde fueron.

—¿Y no siguieron juntos después del encuentro con los guardias? —volvió a preguntar Lucas.

—Pues no… Y a mí me parece que está claro —dijo »el rubio«—. Es lo que está pasando ahora entre nosotros: no hay unidad porque hay desconfianza. Antes nos unía un objetivo: ganar la guerra. Ahora ya todo lo damos por perdido y solamente hay otros dos objetivos diferentes: uno, sobrevivir, y el otro, la venganza y el rencor que nos mueve a ella. En ese grupo que fue sorprendido por la Guardia Civil y del que se cargaron a tres, seguramente habría alguno o algunos de los que han quedado vivos cuya su intención era desertar de la guerrilla. Ya sabéis que en nuestro esquema eso se castiga con la muerte. Pero si querían desertar y salvar el pellejo, tenían que ponerse de parte de los picoletos, con los que ya se habrían puesto de acuerdo en cómo saber a quién matar y a quién no… Después, cada uno por su lado. Precisamente ahora, »el maño«, este que viene para acá, dicen que quiere unificar y controlar este desmadre.

—Desde luego que hay un desmadre de cojones —dijo ahora »el toledano«—. Muchas de las misiones que parece que llevamos a cabo, organizadas y ordenadas por yo qué sé quién, luego resulta que han sido motivadas por asuntos personales, entre alguno de los maquis y quien sea. Por un problema entre ellos que luego se viste de »acción guerrillera«, cuando es pura venganza o ajuste de cuentas. Incluso, a veces, ni hemos sido nosotros los que las hemos llevado a cabo. Se lían a tiros entre ellos, los propios campesinos o los masoveros, y nos echan la culpa a los maquis. Así de fácil.

—Bueno… Ahora decidles a los nuevos que pasen —dijo Francisco—. Hoy hace un día de perros y ahí fuera tiene que hacer frío. A ver si nos cuentan algo.

Salió Lucas y, al rato, regresó con ellos. Entraron.

—Menos mal que ya habéis terminado el cónclave —dijo Jesús mientras se acercaban al fuego para calentarse, frotándose las manos—. Nos estábamos quedando helados.

Gabino ni siquiera podía hablar. Tiritaba. El fuego los reanimó. Arrimaron sillas y serijos a la lumbre y todos se sentaron alrededor. Eladia, que hasta ese momento permanecía sentada junto a la hoguera, discretamente cogió su pequeña silla de enea y, para dejar a los hombres que hablasen solos, se retiró a otro lugar.

—Compañera —llamó Rubén—, tú sigue aquí con nosotros. Ven, acompáñanos; tienes todo el derecho. —La mujer volvió a colocar su silla junto a la pared, cerca del hogar, en el lugar que le pareció más discreto—. Ella está aquí con nosotros y tiene el mismo interés… o más —aclaró Rubén dirigiéndose a los recién llegados, que no la conocían—. Vivía en una masía, no lejos de aquí, con su familia: su marido, su padre y su hijo, un chaval de poco más de quince años, cuando un día irrumpieron en ella violentamente unos cuantos de los de los capotes verdes y la emprendieron a golpes con los hombres para hacerlos hablar. No sabían nada. Ni ella ni su gente eran de los maquis, pero simpatizaban con nosotros. A veces nos proporcionaban alimentos, hasta nos estaban engordando un cochino en su corral… Eran buena gente.

—¿Y qué pasó? —preguntó Gabino interesado.

—Pues que el marido, asustado, cuando llegaron los del tricornio, quiso escapar y salió corriendo por la puerta de atrás de la masía. Uno de los guardias salió tras él a la puerta y le disparó una ráfaga con su metralleta. Ley de fugas… Que se estaba escapando, dijeron, y allí lo dejó frito, tirado en el suelo a poca distancia de la casa. El abuelo, cuando se dio cuenta, instintivamente quiso detener al guardia para que no disparase y lo único que consiguió fue que otro guardia, desde atrás, le pegase un tiro en la cabeza, y se acabó su resistencia.

—¿Y el chico? —preguntó Jesús.

—Lo del chico fue peor. En la confusión que se armó, se escabulló y cogió una escopeta que tenía su abuelo bajo la cama. Salió por atrás y, desde la puerta

de la habitación que daba al salón, para defender a los suyos, disparó al grupo de guardias… Con un cartucho del 12 para matar conejos, posiblemente de recarga casera, y a la distancia desde donde disparó, poco podía hacer. Sí; los roció de plomos que nada les hicieron. Pero el cabo sacó su pistola y… ¡pum, pum! Ahí acabó todo.

Todos se quedaron mirando a Eladia que, con la cabeza agachada, se enjugaba las lágrimas con un pañuelo.

—¿Y ella? —volvió a preguntar Gabino.

—A ella se la llevaron al cuartel y a palos quisieron sacarle toda la información que no consiguieron antes de los hombres, pero nada sabía. ¡Qué va a saber de nosotros, si no les contábamos nada por precaución! El nombre de pila de alguno de nosotros y nada más.

—¿Y luego qué pasó?

—La noticia corrió y fuimos en su busca por ayudarla…, si podíamos. La encontramos destrozada cuando la soltaron y regresaba ya a su masía. No pudo llegar. Estaba malherida tirada en el suelo a un lado del camino. La trajimos aquí, la curamos y la consolamos… Y aquí se quedó con nosotros. Nos atiende y le estamos muy agradecidos.

Francisco atizó el fuego y colocó sobre él un par de leños de encina para avivarlo.

—Ahora contadnos algo de vosotros —planteó Francisco después de un silencio.

—Pues mirad, estos dos son… —empezó a hablar Lucas.

—Tú no, Lucas. Tú a callar —lo cortó Francisco—. Que sean ellos los que nos lo cuenten.

—Sí, sí, claro… —empezó Jesús—. Yo estuve al final de la guerra en la batalla del Ebro. Cuando salimos corriendo, me pasé a Francia por los Pirineos. El año pasado estaba con los partisanos franceses luchando contra los alemanes. No había otra: era eso o a los campos de concentración a morirte de hambre. Cuando me enteré por la radio que se estaba organizando no sé qué operación para derrocar a Franco y que los americanos estaban en ello, me apunté. Pensé dos cosas: la primera fue que quería sumarme a ese objetivo, y si los americanos nos iban a ayudar, me pareció seguro, y pensé que lo podríamos conseguir. Soy y siempre seré republicano, y quiero que mi país se integre en esa comunidad de países libres que se está montando. El futuro está ahí. Entré en España en octubre, como todos los que teníamos ese ideal, pero luego aquí las cosas no han

salido como esperábamos. Los americanos no han hecho nada por ayudarnos, como esperábamos y, por órdenes de arriba, la operación se ha deshecho. Y aquí nos han dejado colgados, sin saber qué hacer. Cuando todo se ha ido al garete, los que hemos quedado vivos nos hemos desparramado. Unos han querido regresar a Francia, donde antes estábamos; otros se han dispersado por donde han podido. Yo, en mi caso, ya estoy harto de vivir así, sin poder pensar únicamente en mi futuro, que es lo que quiero. Sin el calor de mi familia y la tranquilidad de mi hogar. Tengo aún familia en Teruel y unas *tierrecicas* en el pueblo. Me gustaría sentar cabeza y olvidarme de la vida que he llevado hasta ahora. Solo quiero tranquilidad. Claro que me gustaría que esa tranquilidad fuese general en España y volviésemos a ser una democracia estable y de progreso, pero a mí ya se me escapa y he llegado a la conclusión de que nada puedo hacer… No quiero meterme en más líos. Por eso estoy aquí. Quiero llegar hasta los míos, pero necesito ayuda. Vuestra ayuda para poder llegar. Luego, una vez allí, ya me buscaré yo la vida.

Todos escuchaban en silencio.

—Muy bien —dijo Francisco—. Entonces tú lo que quieres de nosotros es que te protejamos y te ayudemos a llegar a tu pueblo, ¿no? Y sin documentación, claro. Y cuando llegues, ¿es que quieres vivir como un topo, encerrado bajo tierra para que no te encuentren?

—Bueno, don Cristóbal nos prometió conseguirnos una documentación. Si no, cuando llegue a mi lugar ya me buscaré yo la forma. No creo que la Guardia Civil tenga referencias concretas mías. Nunca me han enganchado.

—Está bien —dijo Francisco—. Permanecerás con nosotros, si quieres, pero pocos días. Si en tres o cuatro días no tenemos noticias de don Cristóbal, te largas de aquí y llegas a donde quieras como puedas. Nosotros no podremos ayudarte. Te mantendrás al margen de nuestros asuntos, y una cosa: te tendremos muy vigilado. Ahora y luego, cuando nos dejes. A la más mínima sospecha de que puedes delatarnos, te descerrajamos un tiro sin pensarlo dos veces, ¿has entendido? Ya sabes, la boca bien cerrada. No nos has visto nunca ni nos conoces. No te olvides nunca de ello si quieres »vivir tranquilo,« como tú dices.

El resto del grupo permanecía en silencio. Parecían un poco preocupados. No les gustaba dejar cabos sueltos y desconfiaban. Los que no eran de los suyos estaban contra ellos. Esa era su experiencia. Jesús, si lo enganchaban, podría ser un peligro.

—Mejor si se larga ya —dijo Rubén—. Cuanto menos sepa de nosotros, mejor.

—Sí, sí, es mejor —dijeron los otros dos maquis jóvenes.

—Pero don Cristóbal ha ordenado que… —quiso aclarar Lucas.

—¡A callar! —cortó Francisco el debate, que empezaba a acalorarse—. Aquí soy yo el que manda. Ya he dicho que estará con nosotros hasta que yo diga. El tiempo suficiente para saber algo más del jefe o para que las circunstancias nos obliguen a otra cosa. Después, cuando yo lo diga, que se largue y se apañe. Con papeles o sin papeles.

Gabino maquinaba cómo »venderse«. Le parecía que la franqueza hacia su compañero podía traerle problemas. Se habían creado dos situaciones contradictorias: la de ser ayudados, depositando la confianza en alguien que no conocían, y la de deshacerse de la duda de forma drástica, que podría llegar, incluso, a… Miedo daba pensarlo.

—¿Y tú, Gabino, también quieres lo mismo? —le preguntó ahora Rubén— ¿Llegar a tu Toledo del alma?

—No, yo no tengo ni prisa ni necesidad por llegar a Toledo. Soy libre y nadie me espera —dijo sorprendentemente Gabino—. La tenía antes, para llegar a tiempo de curar con la penicilina que llevaba a un hijo que allí tengo y que aún no conozco, pero Lucas se la he entregado a alguien, que yo no sé quién es, para que la lleve y se la entregue a su madre cuanto antes.

—Sí, se la he dado a Rogelio antes de venir aquí. Ya lo conocéis porque viene alguna vez por aquí a por género. Es uno de los que está en la estructura de don Cristóbal llevando sus productos a Madrid y que controla todo: el comercio, los permisos, los »untes…« Ya sabéis: todo.

—Entonces, ¿qué es lo que quieres? —preguntó ahora Francisco centrándose otra vez en Gabino.

—¿Que qué quiero? Pues lo mismo que vosotros —respondió—. Quiero acabar con tanta injusticia. Quiero cortar los abusos y escarmentar a los abusadores. Quiero venganza por lo que me han hecho sufrir, justicia por los asesinatos y desmanes que han cometido. Quiero limpiar mi país de malas hierbas y, si es posible, reponer un sistema de gobierno democrático y justo. Soy del partido comunista y no me importa morir en mi empeño. Si me aceptáis con vosotros, conmigo no tendréis problema. Os seguiré adonde queráis y participaré, con vosotros, en las acciones que emprendáis.

—Bien; lo pensaremos —dijo Francisco—. Ya veremos. De momento, salid los dos afuera y que »el toledano« os dé un arma a cada uno. Poneos donde él os diga a vigilar por si alguien se acerca. Haced lo que él os diga. Y tú, Lucas, quédate aquí. Nosotros vamos a hablar y después os diremos lo que hemos decidido.

Salieron. Les dieron sendos fusiles Mauser y les indicaron dónde debían apostarse para controlar los accesos a la masía.

Cuando estuvieron solos, Jesús increpó a Gabino.

—Pero bueno, Gabino, ¿qué has dicho? ¡Eso no es lo que a mí me has contado!

—¿Y qué quieres, que nos peguen un tiro a cada uno? Si yo llego a decir lo que tú, nos habrían visto como un peligro, porque conocemos su refugio, sus nombres…, y pueden pensar que los vamos a delatar. Ya sabes que la Guardia Civil ha prometido premiar a los que denuncien a los maquis o los informen de dónde se encuentran. Vamos: a los chivatos. Cuando te he oído y he visto cómo nos miraban, he pensado que ahí mismo nos liquidaban.

Hacía frío. Estuvieron en el puesto que les habían indicado, en lo alto de unas grandes peñas que se alzaban en la cima de un montículo bajo al borde del camino. Nada divisaron. Un par de horas más tarde regresó »el toledano«.

—Muchachos, al refugio. En marcha —les dijo—, parece que esta noche helará. Vamos adentro.

—¿Y nadie vigila? —preguntó Jesús.

—La naturaleza vigila. Hay que aprender a interpretar los ruidos y los silencios en la noche. Además, los perros nos avisan. —Regresaron a la masía. Todo estaba en silencio—. Acurrucaos como podáis y a dormir. Dadme los fusiles; ahora no los vais a necesitar. Ya os los devolveré yo si fuese necesario.

A la mañana siguiente, temprano, ya había actividad en la masía. »El toledano« y »el rubio« hacía ya un buen rato que habían salido. Con la excusa de pastorear unas cuantas ovejas, transitaban las cercanías y vigilaban por si alguien se acercaba al *mas*. Eladia había vertido agua en unas palanganas viejas que hacían de bebederos y les había echado de comer a unas gallinas que picoteaban aquí y allá, y ahora faenaba el rescoldo de la chimenea baja preparando algo parecido al café.

—Buenos y frescos días —saludó—. Arrimaos a la mesa y servíos una taza de achicoria, que casi huele a café, y pan con un trozo de tocino que os he dejado ahí encima.

La amarga infusión, sin azúcar, les provocó un gesto de desagrado.

—Yo creía que vosotros erais los únicos que teníais café de verdad —comentó Gabino.

—¿Nosotros? Sí, claro que tenemos. Ahí hay un costal con café, pero ese no es nuestro y solamente es para el estraperlo. Es de Cristobalón. Nosotros solamente lo guardamos y el Rogelio viene a recoger mercancía de vez en cuando. Es una de nuestras pocas fuentes de ingresos.

—Y en estos campos, que a mí me parecen productivos, ¿no cultiváis nada?

—¿Cultivar? *¡Quiá!*, *¡pa qué!* —contestó Rubén—. ¿*Pa* que te lo estén controlando *to* y luego te lo quiten? Por estas tierras no se puede hacer *na* de *na*… Y por otras, en nuestra España de Franco, tampoco. Te lo quitan *to*. Se lo reparten entre ellos y a ti te dejan lo que quieren y te lo pagan como quieren, si es que te lo pagan. Eso del Servicio Nacional del Trigo, que *s'an inventao pa* quedarse con *to*, ya ha *terminao* con la gente del campo. Ahora los labriegos, si quieren tener algo, *tié* que ser poco y *escondío*. Y si no te lo quita el *estao* de Franco, te lo quitan los caciques compinchaos con la *autoridá*. Aquí *to* el que puede, chupa, y siempre pagan los de siempre; los que no *tien ande* caerse muertos. No hay trigo ni azúcar ni café ni leche ni aceite ni huevos ni tabaco ni jabón ni carne… No hay de *na*. Por eso funciona el estraperlo. Las familias se *tien* que apañar con lo poco que dan con la cartilla de racionamiento y no *puen*…, y por eso el *mercao negro* es de *ande* hay que tirar.

Gabino, Jesús y Lucas tomaron el escaso desayuno en silencio. Cuando se estaban levantando de la mesa, entró Francisco y los retuvo.

—A ver, esto es lo que hemos decidido —les interpeló—: Pronto llegará »el maño«, que es el que ahora toca que mande en la zona. Lucas y tú, Jesús, seguiréis vuestro camino hacia el sur y os lleváis la mercancía que portabais. Os conviene llegar a la masía donde está el grupo de Manuel »el petaca«, que anda más abajo, ya cerca de Teruel. Allí os encontraréis con Atanasio, cerca de Nogueruela. Y le daréis esta carta. Es un salvoconducto para que os reconozcan y os permitan proseguir, para que podáis llegar a donde sea, siempre por esta zona. Tú, Gabino, de momento, te quedas con nosotros.

Dicho esto, ya se marchaba dejándolos a todos sin palabras. Cuando salía ya por la puerta, se volvió y dijo:

—¡Ah! Y de toda esa mercancía que lleváis en las mochilas, aquí nos vamos a quedar con ese bulto que lleváis en una talega, atado con bramantes y que pesa mucho. Así andaréis más ligeros.

—Pero tenemos orden de entregarle a… —quiso explicar Lucas.

—¡A nadie¡ !Ya os he dicho que nos lo quedamos nosotros! —afirmó Francisco—. Ya sé que son cuatro pistolas Astra y un par de cajas de balas del 9. A nosotros nos vendrá muy bien para no andar con fusiles y escopetas, que son más trastos que otra cosa… Ahora tenemos que hacer algo de forma más discreta. Tenemos previstas un par de acciones en las que nos facilitarán las cosas.

Y salió.

Lucas y Jesús se dispusieron a obedecer. Recolocaron sus bultos. Gabino los miraba sin saber qué decir. Lo preocupaba la situación imprecisa en la que se quedaba.

—Bueno, chico, ahí te quedas —le dijo Lucas a Gabino sin ni siquiera mirarlo mientras acomodaba sus bártulos—. No te preocupes por nada. Estos te ayudarán, ya lo verás.

Gabino permanecía parado. Observando y sin hablar. Jesús, en silencio, se le acercó y lo abrazó. Tampoco sabía qué decir en esa situación.

—Suerte, compañero —le dijo—. Si alguna vez vas por Teruel y la cosa está más tranquila, pregunta por Jesús »el de la Josefa« y me encontrarás. Vivo cerca de las escuelas. Adiós.

Gabino siguió parado y mudo. Se marcharon. Suponía que no los volvería a ver.

34

Gabino no tenía claro cómo iba a ser su vida a partir de ese momento. Se había declarado activo dentro del movimiento revolucionario de los maquis, pero su actitud, por naturaleza, no era violenta, como entre ellos se imponía. Su estado de ánimo se vino abajo. Se sentía como abandonado en la espesura de un bosque y rodeado por cientos de fieras que lo acechaban. Se derrumbó en una de las sillas que había arrimadas a la mesa ahora vacía.

No sabía si la forma en la que se había manifestado había sido la más conveniente, ni tampoco a lo que lo comprometía. Él no deseaba esa vida de sobresaltos. Se preguntaba qué hacer, pero no encontraba respuesta. Su vida corría peligro por todas partes: si se quedaba, como le habían ordenado, se habría convertido definitivamente en un proscrito y además tendría que aceptar la subordinación y sumarse a sus acciones, las que fuesen que se les ocurriesen, sin poder poner objeción alguna. Si decidía marcharse, sería considerado un desertor y eso, entre los maquis, se pagaba con la muerte. Si lograba escapar, sería buscado tanto por los maquis como por los guardias y, al final, caería. ¿Qué vida lo esperaba? ¿Qué futuro tenía?

Estaba en esas reflexiones cuando regresó Francisco y, al verlo sentado y en actitud deprimida, se sentó en otra silla a su lado.

—¿Qué te pasa? —le preguntó poniéndole una mano en el hombro.

—Nada… Pensaba en Jesús y Lucas —mintió—. Me preocupa Jesús fundamentalmente. Él no es maqui ni revolucionario. Él solo quiere estar con los suyos, y me parece a mí que, estando con vosotros, en vuestra organización, lo va a tener difícil.

Gabino miraba a Francisco, que permanecía callado. Esperaba su comentario que, en definitiva, podría responder a su propio planteamiento.

—Luchar contra las fuerzas opresivas del Gobierno español es el objetivo que se marca nuestro movimiento revolucionario —dijo al fin Francisco mirando fijamente a Gabino—. Pero en los cinco años y pico que llevamos

desde que acabó la guerra, la forma y la actitud de la gente hacia nosotros ha cambiado mucho.

Francisco lo miraba insistente y callaba a momentos, analizando la actitud reflexiva de Gabino.

—¿Y qué estamos consiguiendo, Francisco? —preguntó Gabino—. Si no nos ayudan desde fuera, y parece que no lo van a hacer, todo seguirá igual… Nosotros solos nada conseguiremos. Ya no somos los republicanos que perdieron la guerra y que queremos recuperar el bienestar social que nos arrebataron. Ya no somos, ni siquiera, los inconformistas revolucionarios que quieren mover al pueblo, que, seguramente equivocados, pensábamos que estaría con nosotros… Ahora solo somos bandoleros, hombres desesperados que luchan por subsistir, sin un trabajo y que, para poder comer, tienen que atracar o robar. No podemos encontrar un punto final a esta actividad. Y si lo encontrásemos, ¿qué haríamos en la vida? ¿En qué íbamos a trabajar? ¿Cómo nos integraríamos en la nueva estructura social del régimen imperante que Franco ha establecido? Yo soy maestro de escuela, pero nunca me dejarán ejercer. Hemos perdido nuestros años jóvenes entre guerras y trifulcas. Ya no sabemos hacer nada que socialmente se considere honesto para ganarnos la vida. Solamente nos queda seguir matando o morir.

—¡Justicia! Eso es lo que buscamos, amigo Gabino: justicia —escapó Francisco de la reflexión—. Lo que dices es cierto. Es muy difícil, de momento, hacer retornar nuestra República y los logros que con ella habíamos conseguido. Pero algún día la democracia se restablecerá. Nosotros ahora lo que tenemos que hacer es ponérselo difícil a este gobierno totalitarista. Franco es un dictador y un asesino y, a la larga, no podrá salirse con la suya por mucha guerra que haya ganado. Si los alemanes pierden la suya, como parece que está sucediendo, España se imbuirá en una estructura de países que marcarán sus normas de convivencia. Nosotros no podremos permanecer al margen, aislados de todo y de todos. Dependemos de los demás países.

—Pero nosotros no tenemos fuerza ni estructura para cambiar nada en nuestro país —afirmó Gabino—. Además, ahora ya, políticamente, no tenemos ninguna capacidad, ni siguiera la tiene ese hipotético gobierno que el Partido Comunista de España ha pretendido establecer en la clandestinidad y del que, hasta hace pocos días, éramos su presencia aquí dentro. Ya todo se ha acabado. Como siempre nos ha sucedido a los españoles, nos nacen los líderes como setas. Líderes que no logran ponerse de acuerdo entre ellos, claro está…

Así nos ha ido y así nos va. Esto de la presuntuosa Operación Reconquista, que nos vendieron y con la que nos ilusionaron, ya se ha ido al garete. ¿A quién se le ocurre meterse en una acción de esa envergadura sin tener asegurado el apoyo internacional? ¿Están locos? Pues vaya políticos tenemos. Y ahora el tal Jesús Monzón, que era el que parecía que mandaba, ¡a la calle! Y el que ahora corta el bacalao es Santiago Carrillo. Y entre uno y otro, la casa sin barrer. Nosotros, como siempre, a verlas venir y a sufrir las consecuencias de la improvisación y la mala praxis.

—Sí, Gabino. Nuestra acción es a otra escala. Ya sabes que los españoles nos dividimos en dos grandes grupos: los juzgadores y los juzgados; jueces o reos, eso es lo que somos sin término medio. Los juzgadores ya sabes quiénes son… y son intocables. Nosotros somos los juzgados y sentenciados. Sentenciados a morir de hambre, a ser explotados, a que sean pisoteados nuestros derechos más elementales… Y a la más mínima, sin otra defensa y sin piedad, un tiro por la espalda y listo.

—Es cierto —reconoció Gabino—, pero a la larga todo cambiará. Una dictadura no se puede mantener eternamente.

—¿A la larga? —dijo Francisco levantando la voz—. ¿Y quién va a ponerle freno a tanto abuso y a tanta injusticia? ¿Quién va a dar escarmiento a los asesinos? ¿A los violadores? ¿Es que nadie va a salir en ayuda de los débiles? ¿De los que no tienen otra más que aguantar? Es a nosotros a quienes nos toca ahora ser jueces e impartir justicia, para que se anden con cuidado y sepan que, si la hacen, la pagan, y para que el pueblo sepa que alguien los defiende y que serán vengados si es necesario.

Los dos se estaban agitando con el acalorado debate cuando entraron Rubén y »el rubio.«

—Hola. —Los sorprendió la escena y, por alguna razón, percibieron algún tipo de desencuentro—. ¿Pasa algo?

—No. Discutíamos Gabino y yo sobre cómo obtener algunos recursos más. Los necesitamos. Ahora van a venir algunos de la partida del »maño« y andamos un poco escasos. Con lo que nos ha dado Cristobalón por lo del estraperlo no tenemos para mucho —dijo Francisco—. No sé si sabéis que Gabino es maestro de escuela y sabe de cuentas. Fijaos qué suerte hemos tenido. Así podrá llevarnos en un cuaderno los números y sabremos cómo andamos de parné, como dicen los gitanos.

Los dos que acababan de llegar entraron y, en silencio, expectantes, se acomodaron en el banco corrido junto a la mesa esperando la explicación.

—Creemos que estamos escasos de víveres y recursos, y más ahora si se nos unen algunos de los de Aragón —volvió a exponer Francisco—. Hemos estado hablando para planteároslo a vosotros. Pensamos que podríamos asaltar la oficina de las minas de Castell. Creemos que ahí no nos esperan y estará poco vigilada. Además, entre los mineros hay gente que nos puede informar de cuál es el mejor momento…, e incluso ayudarnos. Allí siempre hay pasta.

Todos se quedaron mirando a Francisco. Parecían ajenos a la explicación que daba. Callaron mientras explicaba, pero, cuando terminó, sin decir nada, »el toledano« salió a la calle, y después »el rubio« y Rubén lo siguieron. Francisco se quedó extrañado; se habían levantado y sin decir nada se habían marchado. Era raro. Pasado un momento, se levantó y salió a su encuentro. Gabino, prudentemente, se quedó dentro de la casa.

—¿Qué pasa? —preguntó Francisco cuando los encontró.

—Mira, Francisco… Es que no nos fiamos del Gabino ese. Eso es lo que pasa.

—¿Que no os fiais? ¿Por qué?

—No sabemos nada de él. Solo lo que nos ha querido contar.

—Pero parece un tipo que piensa y sabe lo que hace.

—Sí, sí, sabe lo que hace —dijo »el rubio«—. Ha llegado a nuestros oídos que los picoletos han instruido a algunos de los suyos para hacerse pasar por maquis e introducirse en las partidas que hay diseminadas por la zona, desde Teruel hasta Zaragoza y más arriba. Desde luego no buscarán para eso a los más tontos. Les crean una historia para que la cuenten y son gente preparada y lista. Este encaja perfectamente.

—¿Infiltrados entre nosotros dices?

—¡Sí, eso es, infiltrados! Este podría ser uno de ellos. ¿Quién nos dice a nosotros que todo eso que cuenta, o que nos ha contado Lucas, es verdad? O, si es verdad, ¿ha sido él el protagonista? Yo, hasta que no vea con mis propios ojos cómo actúa, no me fiaría de él.

—Sí, tal vez…, habrá que pensar en algo.

—Claro, claro, en algo…, pero en algo que no nos incluya a nosotros —aclaró Rubén—. Si dices que atraquemos la oficina de la mina y él viene, se limitará a amenazar a quien sea y ya está. No sabremos cómo actuará en un momento clave.

—Eso si antes no ha ido con el soplo y nos enganchan a todos —dijo »el rubio«—. Los maderos están aumentando sus batidas en las masías donde piensan que nos ayudan o en las que algunas veces estamos, y si te enganchan no te llevan preso, no. Allí mismo te descerrajan dos tiros y te tiran a una buitrera para que no queden de ti ni los huesos. También nos emboscan cuando nos desplazamos de un sitio a otro y nos están esperando para que pasemos. ¿Y vosotros creéis que es por casualidad? Pues no. Alguien los informa y solamente hay dos formas: que haya soplones desde dentro de nuestros grupos o que algún masovero, que nos conoce y observa nuestros movimientos, se vaya de la lengua.

No le faltaba razón al »rubio«. Tenían noticias de que algunos reductos donde los maquis se refugiaban, y que antes permanecían tranquilos, habían sido atacados por la Guardia Civil. Los contactos que aún tenían los habían informado de un aumento del movimiento guerrillero por su zona y, en contrapartida, de las fuerzas franquistas. Y eso era más inseguridad y descontrol. No podían precisar, con cierto grado de seguridad, ninguna acción. Temían que, cualquiera que fuese la que planteasen, de no hacerse de inmediato, los guardias podrían ser advertidos, y el atraco o la acción en cuestión a emprender, destinada al fracaso.

—Además, nosotros tendremos que buscar otro escondite —dijo Rubén—. Llevamos aquí ya muchos días y a los del tricornio no se les escapa ni una… Y si ahora vienen para acá esos de Aragón, pues con más razón.

—Encima eso…, los de Aragón —intervino ahora »el toledano«—. No me gusta nada lo de ser muchos. No les pasará desapercibido a los de la Guardia Civil y, además, vendrán con ínfulas de que son ellos los que querrán mandar, y no tienen ni puta idea de lo que pasa por aquí.

Gabino y Eladia salían ya por la puerta extrañados por esa improvisada charla que se desarrollaba fuera.

Al percatarse Francisco, dando por concluida esa reunión, les ordenó:

—¡Eh, vosotros quedaos dentro un rato! Estamos organizando un plan. Bueno, no, tú, Gabino, mejor coge tu manta y tira para abajo, hasta el cruce donde me encontrasteis a mí cuando llegasteis, y quédate allí un par de horas. Vigila por si se aproximase alguien y nos avisas.

Gabino hizo lo que le ordenaban. No le gustó la desconfianza que observó, pero lo comprendía. No lo conocían. Tendría que ganarse la confianza de aquellos hombres.

—Hasta luego —dijo cogiendo un arma, y se marchó camino abajo.

Volvieron a centrarse en el problema que se planteaban.

—De todas formas, no sé por qué ordenaste que este se quedase aquí y que los otros dos se largasen —observo Rubén.

—Pues muy sencillo: tenía que permitir que continuasen la misión que traían ordenada por Cristobalón. Tened en cuenta que, de alguna forma, son el enlace con quienes nos mantienen. Me dieron un buen fajo de billetes que nos permite, de momento, no tener la imperiosa necesidad de obtener recursos de otra forma. No me gusta que nos consideren bandoleros ni atracadores que roban a estas pobres gentes a quienes decimos que protegemos. Por otra parte, tenía que dejar aquí a uno de ellos como rehén y me pareció que lo más sensato era dejar marchar a ese Jesús, que es de la zona y la conoce mejor. Además, partirá junto con Lucas, que ya ha estado por aquí otras veces y es de nuestra confianza. Además, Gabino, según dijo, está buscado y no sabemos…

—Eso…, no sabemos —afirmó »el toledano«—. Yo creo que debíamos bajar uno de nosotros ahí abajo ahora, donde esté, y solucionar nuestras dudas con un poco de plomo en la cabeza…, y asunto resuelto.

—¡No! Se me ha ocurrido algo mejor —dijo Francisco—. Le vamos a ordenar que se cargue a alguien; a alguien relevante, y así sabremos cuál es su actitud y su arrojo. Baja tú, »rubio«, a por Gabino y le dices que suba, que tenemos una misión para él y, de paso, echas un vistazo y ves si todo está tranquilo. Nosotros, mientras tanto, oiremos en tu receptor de radio galena las noticias de La Pirenaica. A ver si nos enteramos de algo. Es justo la hora de la emisión.

—Bueno, lo oirás tú, porque tiene que ser con los auriculares —dijo »el rubio«, que era el que entendía un poco de esos aparatos de radioescucha—. Todavía no he conseguido la potencia suficiente para poder pasarlo a un altavoz, pero lo conseguiré. Ya sabes que tienes que encontrar la onda modulada para transformarla en ondas sonoras buscándola en la cuchilla de afeitar que he puesto como detector.

—Bueno, bueno, déjate de lecciones. Ya he visto cómo lo haces… Tú engancha el cable al alambre que instalaste en la fachada y al somier de hierro que pusiste en el tejado, y aquí dentro tensa bien el alambre de clavo a clavo. Lo que tienes que hacer es ver si consigues enganchar la radio de la Policía, que es lo que de verdad nos interesa.

—Claro. Tú escucha lo que puedas, si es que eres capaz de captar la señal, y luego se lo cuentas a estos.

La masía carecía de luz eléctrica. Sintonizaban con una rudimentaria radio galena que hábilmente había construido »el rubio«. Francisco se ajustó los sencillos cascos y empezó a manipular el rudimentario aparato.

—Aquí Radio España Independiente, estación Pirenaica, la única emisora sin la censura de Franco… — escuchó por fin.

Así se iniciaba la emisión que acababa de sintonizar Francisco. La otra, la de la Policía, aún no la habían conseguido. »Todo se andará«, le había dicho »el rubio«.

Hacía aproximadamente una hora que Gabino se había marchado y ya regresaba acompañado del »rubio.«

—Entra, anda… Tenemos que hablar —dijo Francisco mientras animaba con la mano a pasar a todos los del grupo—. Sentaos.

Cuando estuvieron todos sentados, comenzó a hablar.

—Mira, Gabino. Te vamos a poner un poco al corriente de lo que pasa por esta zona. Aquí, como sabes, hay un gran despliegue de guardias civiles, y ahora tenemos noticias de que también hay unidades del Ejército, y es seguro que llegarán más. Pero no son de ellos de los que nos es más difícil escapar, porque a esos se los ve de lejos; suelen venir como las jaurías de caza: haciendo ruido, ladrando para asustar. Los malos para nosotros son los que andan ocultos, los que directamente no hacen nada si no se ven impunes y a salvo. Son unos cobardes, pero son los que nos difaman y nos crean una imagen destructiva ante el pueblo. Los de la derecha franquista, que nos odia a muerte y busca cualquier oportunidad para jodernos como sea. ¡Y vamos si nos joden! ¡Nos joden y mucho! Nos sitúan en contra de los nuestros, de la pobre gente que solo puede ser sometida. Si no fuese porque nos tachan de bandoleros y de bandidos y les meten el miedo en el cuerpo, estarían de nuestro lado y nos ayudarían. No necesitaríamos robarles nada para poder comer. Los curas del régimen, los políticos de medio pelo: alcaldes, secretarios de los ayuntamientos, caciquillos y, sobre todo, esos que se han puesto una camisa azul porque dicen que son falangistas y visten permanentemente de esa guisa, que parece que les infiere alguna autoridad e impunidad de sus actos… Ellos son los que nos odian y nos juzgan. Son los que van inventando maldades y contando lo malos que somos, y son los que, cobardemente, si tienen la oportunidad, te sentencian a muerte o, directamente, te pegan un tiro. Esos son ahora nuestro

blanco. La venganza por lo que han hecho y el escarmiento es lo que queremos llevar a cabo. Que sea un aviso, para que se anden con ojo por lo que puedan hacer. Ese es ahora el objetivo de nuestra actividad revolucionaria. No podemos emprender grandes acciones guerrilleras contra las fuerzas que el gobierno de Franco ha desplegado; no tenemos capacidad ni medios, pero sí podemos volverlos locos en pequeñas y justas acciones, para que sepan que el que la hace la paga. Que se enteren de que a nosotros no se nos pasa ni una y de que, tarde o temprano, tendrán su merecido.

Gabino estaba un poco confundido ante ese despliegue de explicaciones. ¿»A dónde quiere ir a parar? —se preguntaba—. ¿Por qué parece que me lo cuenta únicamente a mí?.«

—Les he comentado a los compañeros lo que tú y yo hemos pergeñado hace un rato, y nos parece bien lo del atraco a la mina, pero antes creemos que tenemos que hacer una acción que escarmiente a algunos y que distraiga a otros. Y para lo que hemos decidido, tú nos pareces el ideal. A nosotros la gente de estos pueblos nos conoce, porque somos de la zona o llevamos mucho tiempo por aquí. Sin embargo, tú eres nuevo y pasarás más desapercibido.

—Pero yo… no… —Quiso escaparse Gabino del protagonismo que le estaban atribuyendo.

—Tú sí; para ti será fácil —reafirmó Francisco—. Y así pondrás en actividad tu ingenio y nos demostrarás tu entrega a la causa.

Gabino se quedó mudo esperando con miedo la explicación de la acción que pretendían que él llevase a cabo.

—El otro día, en una redada que hizo la Guardia Civil por la zona, mataron a dos de los nuestros e hicieron presos a otros seis. Los tenían en Valdrión del Monte y, cuando los condujeron en fila para subirlos al camión para llevárselos, seguramente a Zaragoza, de entre la gente que miraba, salió el alcalde vestido de falangista, agarró un fusil ametrallador de uno de los guardias y les disparó una ráfaga a bocajarro. Un cargador completo. Mató a tres en el acto y dejó heridos a los otros tres. Todo fue visto por los del pueblo, que salieron de sus casas a ver lo que pasaba. Asustados, callaron y nada hicieron por evitarlo, y eso que casi todos eran conocidos. Después sacó una pistola y los fue rematando uno a uno con un tiro en la cabeza. Su hijito, un mozalbete imberbe todavía, también con su camisita azul y su

boina roja, estaba a su lado riendo lo que su padre estaba haciendo… Ese, ese es nuestro objetivo.

—¿Y qué queréis que haga? —preguntó Gabino asustado y temiéndose lo peor.

Todos miraron a Francisco; no sabían qué era lo que se le había ocurrido.

—Pues tienes que raptarlo —respondió.

El encargo llamó la atención de todos los presentes. Se lo quedaron mirando.

—¿Raptarlo? Pero eso será muy difícil —dijo Gabino—. Seguro que estará vigilado.

—Sí, pero tú eres ingenioso. Algo se te ocurrirá —afirmó Francisco—. Tendrás que llegar hasta él y ganarte su confianza. Se me ocurre que, si te vestimos de falangista, no sospecharán.

—Sí, claro… Me visto de falangista, con camisa azul y boina roja, y entro en un pueblo pequeño en el que no me conoce nadie, con el brazo en alto y cantando el *Cara al sol*. Como si fuese un aparecido. Qué gracioso —dijo con sorna Gabino.

—Bueno, no exactamente así. ¿Sabes conducir un coche? —preguntó Francisco.

—Sí, bueno… Me enseñaron en la mili, pero desde entonces no he cogido un volante.

—Suficiente. Están a punto de llegar aquí los compañeros de Zaragoza y ellos traen un vehículo que nos podrá servir. Te presentas en el pueblo el domingo disfrazado de falangista y, cuando haya empezado la misa, tú entras en la iglesia como si tal cosa y que te vean. Pasas a los bancos de delante, te arrodillas y rezas…, y, si es necesario, tomas la comunión. A la misa de las doce irán todos los peces gordos: el alcalde, el cabo de la Guardia Civil, los caciquillos y todas las fuerzas vivas locales. A la salida de misa, en la puerta de la iglesia, donde siempre se paran un rato y charlan, te presentas como delegado de la Falange Española Tradicionalista y de las JONS de Aragón y les dices que estás allí, en una ruta que te han encomendado hacer por los pueblos de la zona, para recibir de primera mano impresiones y recomendaciones de las fuerzas vivas; para ver cómo consolidar el glorioso movimiento nacional y acabar con los focos de desafectos al régimen de Franco. Cuando se queden esperando tus explicaciones o tu identificación, les dices que lo tienes todo en el coche, aparcado allí cerca, y como el jovencito falangista estará allí con su

padre, tú te diriges a él delante de todos y le dices: »Vamos, camarada, acompáñame a mi coche, que te entregaré la orden que tengo y mi documentación para que se la traigas a tu padre«. No creo que se niegue, será importante para él sentirse útil y colaborador. Cuando lleguéis al coche, abres tu puerta y le dices que suba por la otra para recoger su encargo. Dentro del coche, en la parte de atrás, estará escondido »el rubio« para ayudarte. Lo amenazaréis con las pistolas que os daré y en ese momento arrancas deprisa y lo lleváis al *mas* del Germán. Si es necesario, le das un golpe que lo deje inconsciente… Ya os las apañaréis.

—Pero ¿y si no quiere venir conmigo al coche… o algún otro quiere acompañarlo?

—Pues si el plan no sale, tenéis de vuestra parte el factor sorpresa y un vehículo. Al coche sí que irán, aunque solo sea por curiosidad, y cuando estéis llegando a él, os liais a tiros con los que os acompañen y salís echando leches.

—¿Y qué haremos con el chaval si el plan sale bien, como tú lo piensas?

—Pues lo que se hace en los raptos: lo atáis, lo lleváis al *mas* del Germán, como te he dicho, y lo encerráis en una habitación de donde no pueda escaparse. Pediremos dinero.

—Lo buscarán todos los civiles de la zona.

—Claro que lo buscarán, pero no lo encontrarán de inmediato. El *mas* de German no es muy conocido. »El rubio« sabe dónde está. Él te llevará hasta allí. Seguramente pagarán lo que les pidamos. Su padre es rico y al régimen le será más fácil ocultar la extorsión que la ejecución a uno de uno de los suyos por no haber hecho nada.

—Y, cuando paguen, ¿lo liberaremos?

Francisco se lo quedó mirando detenidamente, observándolo como sorprendido.

—¿Tú estás tonto? Paguen o no, tú lo matas.

34

Al capitán Estévez le habían dado una orden contraria a la que él hubiese querido recibir. Tenía empeño en perseguir y capturar a ese Gabino, una obsesión que lo traía de cabeza, y eso lo malhumoraba.

Sus órdenes eran acabar definitivamente con la incursión de los guerrilleros republicanos y eliminar los focos de maquis que aún quedaban enquistados por las montañas de los Pirineos navarros. También tenía orden de colaborar con la Guardia Civil para interceptar el contrabando que se estaba produciendo a través de la frontera franco-española, actividad que se sabía relacionada con la presencia maqui y que les proporcionaba importantes recursos económicos. Él hubiese querido que le permitiesen desplazarse a la zona del Maestrazgo, que era donde sabía que se estaba incrementando el flujo de los maquis y que se había convertido en refugio de los huidos después del fracaso de la invasión por el Valle de Arán. Intuía que por allí podría estar Gabino. Pero las órdenes eran contrarias. Tendría que buscar otra forma de dar con él.

El sargento, su hombre de confianza, no comprendía muy bien el empeño que tenía el capitán por encontrar y vengarse de ese hombre. En la azorada vida que habían llevado en los últimos años, situaciones como la que habían vivido con el atentado de los camiones, si no frecuentes, no habían dejado de ser probables. La guerra tenía eso y, para su unidad, los Cazadores de Montaña del Batallón América, la guerra aún no había terminado.

Eran ya finales de octubre y el tiempo había refrescado. Habían abandonado la población de Vidángoz, como les ordenaron, y se movían en persecución de los guerrilleros y maquis que, derrotados y acosados, pretendían llegar a la frontera con Francia por la zona norte de Navarra. Cuando abandonaron Vidángoz, bajaron hacia Burgui y su intención era llegar a Pamplona.

Al amanecer del día 27 de octubre, en un lugar llamado Borda de Zalba, en el término de Navascués, que era de paso en dirección a Pamplona, habían acorralado a unos maquis que estaban pernoctando en el lugar. Se produjo un

fuerte enfrentamiento. El resultado fue la muerte de cinco maquis y de dos soldados y el apresamiento de treinta guerrilleros.

Los que consiguieron huir, desconocedores de esas montañas, obligaron a un pastor de la zona a que los condujese por los intrincados caminos para regresar a Francia. Había empezado a nevar y, en la desapacible noche, el pastor, oculto por la niebla y aprovechando un descuido de los maquis, se lanzó por el barranco del escarpado lugar donde se encontraban y consiguió liberarse, dejando a los guiados en una difícil situación. Seguramente perdidos y como consecuencia del frío, abocados a la muerte.

El capitán Estévez y su compañía llegaron a Navascués. Allí se establecieron en algunas casas particulares, como venían haciendo en otras poblaciones. En el comedor de una de esas casas, la que le pareció más adecuada y de más fácil vigilancia, instaló su centro de mando.

—Mi capitán, ¿da usted su permiso? —Le llamó la atención el sargento golpeando la puerta de la estancia—. Hemos sintonizado con Radio Pirenaica y anuncian que los mandos de los guerrilleros en Francia, los del Partido Comunista en el exilio, que son los que han montado este follón, han abortado la que llamaron Operación Reconquista y dejan a su suerte a todos estos rojos que se nos habían colado.

El capitán Estévez se quedó mirando al sargento en silencio sin apartar la mirada del suboficial. Eso lo ponía nervioso. El capitán lo notaba y le gustaba.

El sargento no sabía cómo el capitán Estévez reaccionaría ante la noticia. Podría suponer que la misión que tenían encomendada ahora ya careciese de sentido y que les ordenasen replegarse a sus acuartelamientos. Temía su reacción. El capitán no era un hombre que se encontrase tranquilo sin hacer nada en un cuartel y, además, la venganza lo tenía obsesionado.

—¿Qué día es hoy? —preguntó el capitán después de unos minutos, que al sargento le parecieron eternos.

—28 de octubre de 1944, mi capitán —contestó el sargento.

—Bien… Ya es la segunda derrota y no escarmientan. Ahora no les llegarán refuerzos y los iremos cazando como a conejos. Uno a uno. A ver si acabamos con todos de una puñetera vez.

—¿Y qué hacemos con los prisioneros, mi capitán, los que hemos hecho en la borda?

—Yo, por mí, me los cargaría a todos ahora mismo, pero no podemos hacer eso. Hay que llevarlos para que sean juzgados. Después los jueces

determinarán la sentencia —expuso el capitán—. ¿Cuántos tenemos?

—Unos treinta, y alguno más que iremos enganchando de los que andan escondidos por aquí.

—Ni una concesión a esos hijos de puta, ¿entendido? A la más mínima oportunidad, ya sabéis, se aplica la ley de fugas y listo: uno menos.

—¿Y si los dejásemos aquí encerrados en alguna casa con un destacamento que los vigile hasta que lleguen a buscarlos? No andamos muy sobrados de vehículos para transportarnos a todos.

—No me fío. Seguro que estos tienen amigos hasta en el infierno. No sé… Llamaré al coronel y le preguntaré. Seguramente tendremos que llevarlos con nosotros hasta Pamplona o Zaragoza. Nos enviarán algún camión más. Nosotros andamos justos. Ya veremos qué nos ordenan. —Ya se retiraba el sargento y el capitán lo detuvo—. ¡Eh !Un momento, sargento. Antes de que se los lleven y perdamos el contacto, averigüe si hay alguno que haya conocido al Gabino ese que quiero encontrar y vea si puede orientarme en lo que sea relacionado con él. Quiero saber qué es lo que hacía aquí y por qué tiene que ir a Madrid. En qué asunto anda metido… En fin, todo lo que pueda averiguar de ese elemento.

—A sus órdenes, mi capitán; los interrogaré —pasadas unas horas, el sargento regresó e informó al capitán Estévez—: Mi capitán, hay uno que dice que lo ha conocido; que ha estado con él por la parte de Ansó, que llegó con dos individuos y que se comentaba que su intención era llegar a Madrid. Dice que un día desapareció sin más y que se cree que él y otro, que era uno al que llamaban »el maño«, que era de Teruel, cogieron el camino a Huesca.

—Muy bien. Eso es que se quiere ir acercando a Zaragoza y tirar después para Madrid —dijo meditando mientras se pellizcaba la barbilla—. O tal vez, si iba con uno de Teruel, puede que vaya con él para esa zona, que es la que conoce y, lógicamente, habrá quien los ayude… Para después acercarse a la capital por el este, por Cuenca o por Guadalajara. Nosotros tenemos orden de coordinarnos con la Guardia Civil y acabar con la red de estraperlistas que traen productos desde Francia en colaboración con los maquis que permanecen ocultos en las montañas y, de momento, no podemos ir tras ellos.

—Tenemos que investigar más sobre ese tipo. A mí no me cuadra que uno que se presenta en España como guerrillero de oportunidad y al que le están dando bien, en vez de volver por donde ha venido y librarse regresando a Francia, pretenda ir a Madrid y meterse en la boca del lobo. ¿A qué va? Aquí hay

gato encerrado. No me gusta un pelo. Y más ahora que la intención de los comunistas que andan por ahí afuera es otra, que están cambiando de estrategia y que, además, la política internacional está revuelta… No sé, la cosa me huele mal. Puede que incluso sea un nazi camuflado que tenga alguna misión importante, ahora que a los alemanes los están empujando para su casa y que hasta es posible que pierdan la guerra.

—¿Y por qué no le plantea usted su sospecha al coronel o a quien haga falta? Puede que no se les haya ocurrido a ellos pensarlo. Además, no saben nada de ese Gabino ni de lo que hizo… Porque cojones sí que tiene, ¿no?

—¿Para qué voy a alertarlos de lo que es solo una sospecha? No me harían ni puto caso, y si me lo hicieran y resolviesen ellos el caso, los méritos no serían para mí… Eso desde luego. Nosotros lo que tenemos que hacer es echarle el guante y hacerlo hablar. Hay que seguir indagando hasta encontrarlo. De momento cumpliremos las órdenes que nos han dado con el asunto ese del contrabando y los maquis. Ya veré yo cómo actúo después. Necesito más información de ese individuo.

—Precisamente, el tipo este que ha hablado y ha dicho que supo de él asegura que él no es de los maquis; que estaba ahí en la borda con ellos de casualidad. Que pertenece a no sé qué partida de los del estraperlo y que su misión era llegar a Pamplona para contactar con unos tipos que meten productos de contrabando por Roncesvalles y por Irún. No ha hecho falta ni preguntarle. En cuanto nos ha visto, se ha puesto a gritar: ¡»Yo no soy de estos, yo no soy de estos!«, y a cantar todo lo que sabía.

—Está bien, traédmelo para acá, que quiero yo hablar con él.

—A la orden, mi capitán.

Poco después, el sargento y un soldado se presentaron con un hombre bajito, de mediana edad, que nada más entrar empezó a decir asustado:

—Mire *usté,* señor capitán, que yo no soy de los maquis estos, que yo estuve con los nacionales en…

—¡Cállese! —gritó el capitán—. ¿Y qué hacía usted con los rojos en la borda?

—Pues estaba allí de casualidad, señor capitán. Yo me tengo que buscar la vida como puedo y venía preguntando por uno que se llama Lucas, que es de mi negocio. Me metí con ellos allí para ver si alguien lo había visto.

—¿Y quién es ese tal Lucas? —preguntó el capitán.

—Pues es el segundo del don Cristóbal, que es el que coordina todo este asunto del estraperlo… También hay otro que se llama Rogelio, que es el que lleva las cosas a Madrid desde Andorra. Ese unas veces coge el camino de Jaca y Huesca para después tirar para Lérida si ve que la ruta es más fácil porque la de Zaragoza esté muy vigilada. Otras veces se viene por Pamplona y después baja camino de Soria y entra a Madrid por Guadalajara, que son carreteras de mala muerte, casi siempre más despejadas de guardias.

—Y cuando has preguntado por ese Rogelio, ¿lo conocía alguno de los que has preguntado?

—¡Pues claro que lo conocen! ¡Muchos lo conocen! Es el que, de vez en cuando, les trae tabaco y otras cosas *pa* que se apañen. Con ello les paga cuando los ayudan y los llevan por caminos del monte *pa* que no los cojan los civiles. No es el Rogelio solo. Siempre van tres o cuatro y algunas veces hasta llevan una recua de mulas cargadas hasta las orejas.

—Y tú, ¿cuál era tu cometido? ¿Por qué tenías que encontrar al Rogelio ese?

—Yo tenía que contactar con unos que llegaran de arriba, de por San Sebastián y esa zona, para ver si era mejor bajar al sur por Burgos. Y no los conozco, pero al Rogelio, sí, que seguro que está con ellos.

—¿Y tu negocio cuál era? ¿Qué tenías que venderle?

No se atrevía a declarar su asunto, pero vio que, si no lo hacía, podía empeorar las cosas.

—Tengo que organizar el transporte de unas partidas de café y azúcar, pero eso no se puede llevar en un simple zurrón. Son varios sacos. Se necesita una mayor infraestructura, y ellos pueden tenerla. También tienen los contactos apropiados.

—Ya…, ¿y cómo ibas a contactar?

El hombre bajito y destartalado empezó a sudar. Era invierno y el tiempo estaba frío, pero el miedo y el nerviosismo lo hacían sudar. Se sacó un sucio pañuelo del bolsillo del pantalón gris raído que llevaba puesto y con él se enjugó la frente. Permanecía callado. El capitán Estévez lo miraba en silencio disfrutando de la tensa situación en la que el contrabandista se encontraba.

—¿Cómo te llamas? —preguntó enérgicamente.

El hombre se sobresaltó.

—Felipe… Me llamo Felipe Ortiz —contestó balbuceante.

—Bien, Felipe… Ahora vas a trabajar para mí. ¿Me has entendido, Felipe?

—Sí, señor capitán, pero yo no sé…

—¡A callar, Felipe! Tú harás lo que yo te diga, ¿está claro?

—Sí, sí, sí —respondió con miedo mientras retorcía el pañuelo que aún tenía entre sus manos.

—Si quieres salvar la vida, reza, si sabes, para que la misión que te voy a encomendar salga bien. Lo primero, cuéntame cómo es la infraestructura a la que perteneces. ¿Quién es tu jefe?

—A uno sí lo conozco, que es el que nos paga, pero hay otros que no sé quiénes son…, y dicen que son peces gordos.

—Claro, claro. Peces gordos. Bueno, pues ese al que conoces, ¿quién es? ¿Cómo se llama¿ ?Dónde está?

Felipe empezó a tragar saliva. No sabía cómo responder. La delación podía ser su sentencia de muerte, pero no tenía más remedio o terminarían con él allí mismo.

—Don Cristóbal. El Cristobalón lo llaman —dijo agachando la cabeza.

—¿Cristóbal qué?

—No lo sé, señor capitán. Nunca lo he visto. Solamente sé que de él vienen las órdenes de lo que tenemos que hacer y a dónde tenemos que ir.

—¿Y dónde lo podemos encontrar?

—Tampoco lo sé, señor capitán. Solamente sé que vive en Lleida y que tiene un almacén… y muchos negocios… y mucha pasta.

El capitán Estévez permanecía en un inquietante silencio. Sin moverse. Al principio, con una mirada heladora que no apartaba del pobre hombre, que, aterrado, temblaba. Después dio media vuelta y, mientras pensaba, de espaldas a los presentes, que se mantenían sin moverse, miraba abstraído un viejo retrato de boda que había colgado en la pared.

El sargento, el soldado y el contrabandista esperaban impacientes y temerosos, sin apartar la vista del oficial, a que ordenase o dijese algo. De pronto el capitán se volvió y, señalando con el dedo al asustado Felipe, dijo:

—Tú seguirás con tu cometido, ¿has entendido? Esperarás y buscarás a tu contacto como si nada —le ordenó enérgicamente—. Quiero que trapichees como tenías previsto. Tú y tus contactos actuad como lo hacéis siempre. Yo te seguiré de cerca y os dejaremos hacer; pero si alguno de tu red sospechase y se interrumpiese nuestro negocio, eres hombre muerto… ¿Está claro? Así que cuídate de cómo te muestras, de lo que dices y de lo que haces. Me interesa el tal Gabino; ese que tú ya conoces. Entérate de si ha entrado en contacto con alguien de tu red. Es muy importante para mí ese hombre. Indaga. Necesito

saber quién es realmente y si tiene algo que ver con lo de vuestro contrabando y estraperlo, que no me extrañaría, o si tiene entre manos algún otro asunto, que eso me interesa más. No solamente tengo que saber quién es: también quién lo envía, a quién va a ver en Madrid y cuál es su misión… ¿Lo has entendido...? Lo que tú hagas y tus asuntos me traen al pairo. Si me vales para dar solución a los míos, que a ti ni te van ni te vienen, haré la vista gorda a tus negocios… ¿Está claro? —El pobre hombre, asustado, afirmó moviendo de arriba abajo la cabeza—. Indaga, ¿me has oído? Indaga. No contactes con nosotros de ninguna manera, ya lo haremos nosotros contigo. Te seguiremos y sabremos con quién te ves y qué haces en cada momento. Si tienes algo que decirnos, esa sucia bufanda que llevas te la pones por fuera de la chaqueta; si no, la llevas siempre por dentro, o ve sin ella. Sigue con tu actividad normal. Nosotros no te vamos a interrumpir, aunque hagas tratos o entregues alguna mercancía. Trapichea sin miedo para que los tuyos no sospechen. Si todo sale bien y nos informas adecuadamente para que enganchemos a ese Gabino, te dejaremos en libertad y podrás seguir tu vida como si nada, pero recuerda: a la menor sospecha de que no estás haciendo lo que te ordeno, de que los tuyos sospechasen de ti o de que algo no sale bien, estás muerto. ¿Está claro?

—Sí, señor capitán. ¿Y ahora qué hago? —contestó balbuceante.

—Ahora sigue tu camino como si no hubiese pasado nada. No le digas a nadie que estabas con los maquis en la borda Zalba ni que te hemos prendido, y mucho menos que has hablado conmigo… ¿Tú fumas?

—Sí —dijo echando mano a uno de los bolsillos de la chaqueta y sacando un paquete de Ideales de papel amarillo.

—Bien. En Pamplona, cuando yo considere oportuno, te encontrarás con alguien que se acercará a ti para pedirte fuego y te ofrecerá tabaco de una petaca y papel de liar marca Bambú. Tú infórmale de todo de lo que te enteres y él te dirá qué tienes que hacer. Si tienes que largarte de Pamplona, porque la marcha de tu asunto lo requiere, no importa, haz lo que tengas que hacer. Te marchas. Solamente tienes que informar y nosotros seguiremos tu ruta. Tú ahora encuentra a quien tengas que encontrar y entérate de quién ha estado en contacto con Gabino. Se lo conoce por el que se cargó los camiones en Vidángoz. Indaga si alguien sabe algo de él y entérate de quiénes son sus contactos. De la información que me des depende tu vida. Recuérdalo. De vez en cuando, nuestro hombre se acercará a ti discretamente. Aunque tú no lo

conozcas, se dirigirá a ti por tu nombre de pila y te pedirá fuego o te preguntará la hora. No siempre será el mismo, para que no sospechen. ¿Entendido?

—Sí, sí, sí…

—Ahora lárgate —ordenó cuando ya salían del improvisado despacho—. Sargento, usted espere —cuando se hubieron marchado, el capitán se dirigió al sargento—: Búsqueme a dos que sean listos y preséntese aquí con ellos…, de paisano. Pueden ser soldados o de esos que colaboran con nosotros. De esos que ahora llaman »maquis blancos« y que están infiltrados entre los hijos de puta…, aunque no me fío de nadie. Si son de esos, asegúrese de su fidelidad y, sobre todo, de que no sean conocidos.

—A sus órdenes, mi capitán. Ya sé lo que está buscando. Lo conseguiré.

35

Lisa y su familia de acogida estaban cansados después de una dura marcha con un tiempo inclemente. Estaban llegando a Jaca. Había empezado a nevar abundantemente y a Juan, el carretero, lo preocupaba. Hacía frío y el tiempo en esa zona podía complicarse.

—Parece que este año ha comenzado temprano a nevar. Tendremos que buscar una posada para refugiarnos hasta que pase la tormenta —dijo dirigiéndose a Lisa—. Queríamos llegar a Sabiñánigo, que está cerca, a unos diecisiete o dieciocho kilómetros, pero con la que está cayendo tardaremos mucho. Además, nos vendrá bien descansar un poco en algún lugar caliente, y mañana seguiremos. Hace mucho frío. ¿Te quieres quedar con nosotros? No podemos pagarte el hospedaje, pero…

—No te preocupes, Juan. Yo quiero buscar a una conocida que tengo en esta ciudad, por si me puede orientar y porque puede que haya visto a mi hermano —mintió Lisa—. Os estoy muy agradecida por vuestra ayuda. Os prometo buscaros si alguna vez paso por Sabiñánigo.

—Y nosotros te agradecemos la compañía —contestaron.

Lisa se despidió con afecto de todos y desapareció por los soportales de una de las calles protegiéndose de la nevada.

Su intención era ir a Madrid. Aún no sabía cómo, y decidió acercarse a la estación de ferrocarril pensando que podría comprar un billete y llegar a Zaragoza, que era el final del recorrido del tren que partía de Canfranc. No conocía los horarios de los trenes, pero, de una forma u otra, en la estación estaría a cubierto. La nevada dificultaba su marcha, pero ya estaba acostumbrada a estas inclemencias meteorológicas. Le sorprendió ver en las proximidades de la estación algunas unidades militares. La estación de Jaca era pequeña, pero cálida. Observó una actividad que no esperaba encontrar: gentes de diferentes aspectos charlaban y pululaban por el lugar; incluso le pareció que algunos de los que por allí andaban tenían rasgos norteuropeos: eran rubios. Alemanes, pensó que podían ser, o, al menos, no españoles.

Escabulléndose entre el gentío, que se apiñaba en torno a una estufa, y portando su hatillo, logró sentarse en un banco de madera intentando pasar desapercibida. A su lado se acomodaba un matrimonio mayor con un par de raídas maletas. Él, un hombre voluminoso de aspecto bonachón, viéndola sola, se dirigió a ella.

—¿Viajas sola?

—Bueno…, sí —se atrevió a decir buscado una explicación comprensible a su soledad—. Estoy esperando a mi hermano, que queremos ir a Zaragoza, pero con la nevada que está cayendo, no sé si llegará a tiempo. —Una mujer joven viajando sola no era algo habitual—. ¿Y ustedes también van a Zaragoza? —preguntó por decir algo.

—No, nosotros nos quedamos en Huesca. Allí vive nuestra hija y nos vamos con ella a pasar el invierno. Aquí es muy duro y además estamos solos.

—Hacen bien… Y ¿saben ustedes a qué hora pasa por aquí el tren?

—Pues si ha salido de Canfranc a la hora prevista y no lo detiene la nevada, debería pasar por aquí alrededor de las seis de la tarde. Aún falta una hora. Aunque, no sé… —dijo mirando hacia arriba, en un significativo gesto de inseguridad.

—Parece que hay mucha gente esperándolo, ¿no? —comentó Lisa extrañada del gentío que pululaba por la estación.

—Sí, tal vez —respondió—. Aunque aquí se junta mucha gente…, y no siempre es para viajar en el tren; vienen para hacer negocios.

—¿A hacer negocios?

—Sí. Hay gente que no viaja. Solo esperan a otros que llegan en el tren. Bajan, charlan un rato, de no sé qué, y después vuelven a subir al tren y se marchan. El tren a veces para aquí más de una hora. —Lisa reparó en la observación—. ¡Fíjate...! Parecen oficinistas. Todos van trajeados, con sombreros y todo. Algunos con abrigos de los caros o gabardinas. No van como labriegos o mineros, que es lo que somos los de por aquí.

—¡Hay boniatos calentitos! —boceaba un hombre que, en el arcén, había dispuesto un improvisado asador con carbón encendido, aparentemente ajeno a todo ese bullicio.

—¿Y por qué tanta actividad? —volvió Lisa a insistir.

—Hija, es por el momento de lo que está pasando por ahí afuera. Por la guerra de Europa. La de los americanos y los alemanes.

—¡Ah¿ !Pero qué tiene que ver Jaca con la guerra? Aquí ya no hay guerra. Se acabó hace cinco años.

—Ya veo que eres un poco ignorante de los tejemanejes que se traen por aquí —dijo, después de un pequeño lapso, sopesando el nivel de confianza que le ofrecía la persona de Lisa.

Lisa se dio cuenta de la desconfianza y atajó:

—No se preocupe por mí. A mí no me interesa nada la política y no me meto en nada.

—Perdona, hija. Es que hay que tener cuidado con quién se habla y qué es lo que se cuenta. Nunca se sabe.

—Sí, claro —respondió Lisa—. Me llaman la atención el gentío que hay y las pintas de algunos, que no parecen de por aquí.

—Y es que no son de por aquí. Lo mejor es no hacer ni caso y ni siquiera mirarlos… Hacer como si no estuvieran. Ya ves: ellos van a lo suyo y no les importas tú ni los guardias ni la Policía, que también estarán por aquí, aunque tú no los distingas.

—¿Por qué¿ ?Y qué hace aquí toda esta gente rara?

El hombre, sentado a su lado, miró despacio a Lisa.

—¿Es que tú no sabes lo de Canfranc?

—No. ¿Qué es lo que ha pasado en Canfranc?

—Ahora nada, o, por lo menos, pasa menos que antes. Pero Canfranc era una puerta de suministro de cosas a los alemanes…, para su Ejército. Por allí pasa de todo, incluso contrabando de muchas cosas que por España no tenemos. —Lisa se quedó mirando con curiosidad a su circunstancial compañero—. Sí, niña, ese es el paso de Francia a España y viceversa. Ahí el tren para mucho rato para hacer el cambio de vía, porque las vías tienen diferentes anchuras. A veces hacen cambio de tren. Hay mucho trasiego. Durante la Guerra Civil estuvo cerrado con un muro que mandó poner Franco para que los de afuera no entraran por ahí. Pero cuando empezó la otra guerra, la de los nazis, como España era aliada de los alemanes, por ahí se lograba burlar el bloqueo y les llegaban todo tipo de suministros.

—¡Ah! Ya comprendo el movimiento.

—Y lo más importante: por ahí pasan el wolframio que España está vendiendo a los alemanes para su industria bélica —aclaró—, y parece que ahora ese negocio se está viniendo abajo.

—¿Wolframio? ¿Y eso qué es?

—Pues es un mineral, según dicen muy resistente, que utilizan los alemanes para fabricar los tanques y las cabezas de los obuses.

—Y los otros países que están en la guerra contra los alemanes ¿no lo utilizan?

—También… Y ese es el problema que tenemos ahora, y por eso este jaleo de espías, contrabandistas, oportunistas que se mueven por aquí y por otros lugares que tienen algo que ver con este transporte y suministro.

—Yo estoy metida en mi mundo y a mí me parece que todo lo que pasa se limita a lo que me afecta en mi pueblo… Pero ya veo que no es así.

—Sí, eso es lo que suele suceder. Nos aislamos. He oído que hace unos meses a Franco lo pusieron en un aprieto y tuvo que firmar un acuerdo con los americanos y con los ingleses para que no le diese más wolframio a los alemanes, que parece que ahora llevan las de perder.

—Ah, por eso todo este lío. ¿Y la Guardia Civil y la Policía que andan por aquí?

—No te preocupes. Tú no eres aquí su objetivo.

Lisa observaba a la gente y, efectivamente, la mayoría eran hombres aparentemente bien vestidos, muchos con sombrero. La extrañó que muy pocos portaban maleta o bultos grandes, como era de esperar en los viajeros habituales. Parejas de guardias civiles, con su fusil al hombro, sin meterse con nadie, pululaban por el andén de la estación. Ella parecía pasar desapercibida.

Se acercó a la taquilla, adquirió un billete a Zaragoza. Nadie preguntó nada sobre su razón para viajar, como estaba temiendo.

—¿Tardará mucho el tren? —le preguntó al taquillero.

—Viene con algo de retraso, pero no tardará en llegar.

—Gracias. —Y se camufló entre los que se apiñaban entorno a la estufa.

El tren llegó con algo más de media hora de retraso según el horario previsto. Subió y se acomodó en el vagón que le correspondía. Pensó que, dada la cantidad de personas que había en la estación, el tren se llenaría hasta los topes, pero no, no fue así. Sí; hubo gente que subió y bajó. El tráfico fue alto, pero cuando el tren partió, los que quedaron sentados en los incómodos bancos de madera del vagón de tercera no fueron tantos. Para ella, esa actividad, que no era referente al viaje en sí mismo, no tenía explicación. Dejó de preocuparse por lo que no comprendía.

—Mejor —se dijo a sí misma—. Yo no soy de interés de nadie.

Una pareja de la Guardia Civil venía despacio por el pasillo, de vagón a vagón. Miraban a los pasajeros. A algunos les pedían la documentación. A ella no, menos mal. Cuando los vio acercarse inspeccionando a algunos pasajeros, el alma se le cerró en un puño. Al verlos llegar por el pasillo, no sabía qué hacer para pasar desapercibida. Primero los miró tratando de denotar indiferencia, no fuera a ser que el hecho de eludirlos les llamase la atención; después desvió la mirada hacia el paisaje nevado que se ofrecía a través de la ventanilla. Ya estaba oscuro. Casi no se veía nada del exterior. Había dejado de nevar. Frente a ella, en el banco opuesto, había un matrimonio mayor que, por el momento, no había cruzado palabra alguna.

El tren llegó a Huesca y un estridente pitido la sobresaltó. El traqueteo del tren y el lento discurrir la habían sumido en un dulce letargo. Casi habían tardado tres horas.

El andén cubierto de la estación de Huesca sí que estaba repleto de viajeros con equipaje que parecía que subirían. El jefe de la estación hacía sonar insistentemente su silbato pretendiendo que la gente se apartase y que no intentasen subir antes de que el tren se detuviera.

Para Lisa, todo este bullicio y ajetreo eran nuevos. Desde su ventanilla veía cómo la gente se esforzaba en subir con premura para poder acomodar sus abultadas pertenencias. Se empujaban. Discutían y no sabía de qué ni por qué. Distraída como estaba, no se percató, hasta que no sintió un golpe. Un hombre, más bien obeso, se había encaramado al banco justo a su lado, y puesto de pie sobre él, pretendía subir una pesada maleta al portaequipajes que había sobre los asientos.

—*Usté* perdone, señorita. No quería molestarla, pero es que mi maleta pesa mucho y casi me caigo.

—Ya, sí, sí…; ya veo. Bueno, no se preocupe. No ha sido nada.

Entre su voluminosa humanidad y una bolsa que depositó a su lado, casi no le dejaba sitio en el banco y la empujaba contra la ventanilla.

El vagón se llenó por completo. Los equipajes que no habían sido puestos en los lugares destinados a ello se apilaban en los pasillos impidiendo el libre tránsito de los pasajeros. Hasta una jaula de madera con dos gallinas habían dejado allí.

No era precisamente agradable el olor que emanaba del fornido pasajero que le había tocado a Lisa al lado. »Qué se le va a hacer«, se dijo.

El tren arrancó de nuevo, pero al poco volvió a parar.

—Pues estamos *arreglaos* —dijo el nuevo pasajero—. Ahora tendremos que esperar al tren que viene de Zaragoza, que por aquí se cruzan. Es el único sitio con vía doble, y con la nevada que ha caído y la que parece que va a caer, puede que nos tengan aquí un buen rato.

—Pero, entonces, ¿a qué hora cree usted que llegaremos a Zaragoza? —preguntó Lisa.

—¡Uf! Vaya *usté* a saber. Puede que nos toque pasar la noche aquí *paraos* y que no lleguemos a Zaragoza hasta por la mañana.

El matrimonio mayor, de poco hablar, y ella misma se limitaron a callar con resignación. Por el contrario, el hombre obeso no paraba de hablar.

—Si lo sabré yo, que hago este viaje casi todas las semanas. Con el buen tiempo y en hora, ya estaríamos en Zaragoza, pero ahora… Bueno, mejor busquen una buena postura y traten de echar un sueñecito. —Inquieto, el buen señor se movía de un lado a otro. Pasado un rato, asió su talega y sacó de ella una tartera y una bota de vino—. Con el permiso de ustedes, voy a cenar un poquito. ¿Ustedes gustan?

Se lo quedaron mirando sin contestar. Lisa realmente tenía hambre, pero no quiso reconocerlo.

El hombre abrió su tartera y de ella extrajo una tortilla de patatas y, poniéndola sobre la tapa como si fuese un plato, la troceó con su navajilla.

—Tomen, tomen, cojan un pedazo —dijo ofreciéndoles al mismo tiempo una rebanada de pan blanco que había partido de una hogaza.

Los tres aceptaron. Se incorporaron un poco para comer el trozo de tortilla y el pan que les ofrecía. El matrimonio mayor se animó y sí participaron ahora, pero seguían sin emitir palabra. Un escueto »gracias« se le oyó decir a la señora.

—Parece que viene usted bien avituallado —dijo Lisa por decir algo.

—Sí… Hago este vieje con frecuencia y ya sé lo que pasa. Hay que venir bien *preparao* por si las moscas.

Ninguno se atrevió a preguntar nada a pesar de que la situación despertaba la curiosidad. Como callaban, el hombre, después de mirar a un lado y al otro del pasillo como si esperase ser sorprendido por alguien, continuó:

—Es que yo me dedico a los negocios…, ¿saben ustedes? —dijo bajando la voz de forma confidencial—. Aquí en Jaca recojo muchas cosas que me pasan desde Francia y que luego llevo a Zaragoza: medias de mujer de esas transparentes, jabones de olor, algún perfume de los caros, tabaco del bueno a

veces americano, café…, y alguna cosilla más que me sale por el camino. Si quieren ustedes algo, no tienen más que decírmelo.

Lisa, que andaba escasa de recursos, pensó que podría darse la oportunidad de obtener alguno y se decidió a proponérselo.

—Oiga, señor… Después yo voy a Madrid —le dijo de forma confidencial —. ¿Le interesaría a usted que le lleve algo? Yo podría ayudarlo a…, bueno…, a colocar alguna de esas cosas que usted negocia.

El hombre obeso se la quedó mirando mientras pensaba.

—¿A Madrid...? Pues no diría yo que no. Habría que ver cómo puede usted ayudarme. ¿Y a qué va usted a Madrid? Si puede saberse.

—Voy a encontrarme con mi novio, pero necesito ganar algún dinero, y si usted quiere…, podríamos llegar a un acuerdo —le dijo en voz baja para que los otros pasajeros no la oyesen.

—Bueno…, tal vez. Pero yo solo no lo puedo decidir. En Zaragoza contacto normalmente con uno que viene de la parte de Lleida y que después tira *pa* Madrid con *to* el género. Él maneja la infraestructura y es él quien tiene que decidir. Le hacen encargos y *pa* Madrid lleva y trae cosas. Allí distribuye a los estraperlistas estas cosas, que otros cuelan por la frontera, y después, por el camino, va comprando de *to*: harina, carne…; de *to*. En Madrid no hay *na* de *na* y *to* hace falta. Lo pagan bien.

—Pues, si a usted le parece, yo estaría dispuesta a… —se ofreció Lisa, dejando su propuesta en el aire.

—Bueno, bueno, ya veremos. Se lo propondré al Rogelio, que es con quien contacto y el que lleva el negocio. *Pué* que sí. Cuando lleguemos a Zaragoza, en la estación, hablaré con él y ya decidirá…, siempre que yo me lleve algo también, claro.

—Por supuesto —contestó Lisa.

El tiempo pasaba y el tren seguía parado. Y en un duermevela transcurrió el tiempo. Un continuo golpeteo metálico en las ruedas del tren la despertó. El obeso compañero, con un carraspeo, también se despertó.

—¿Qué hora es? —le preguntó Lisa

—No se… *Pué* que las dos o las tres.

Intentó mirar a través de la ventana, pero los empañados cristales no dejaban ver nada. Estaba oscuro.

—¿Y esos golpes qué son?

—Ah, sí, es el visitador, que golpea las ruedas del tren con un martillo de hierro cuando los trenes paran.

—¿Y para qué hace eso?

—Pues con esos golpes descubren, a través del sonido, si las ruedas tienen roturas o fisuras.

—Curioso.

Lisa volvió a sumirse en el dormir incómodo. El tren reanudó su camino, no supo cuándo. Un agudo pitido la despertó. Ya la luz anunciaba el amanecer. Todos los viajeros comenzaron a desperezarse.

—Estamos llegando a Zaragoza —dijo el obeso compañero de viaje, al mismo tiempo que intentaba bajar del portaequipajes su voluminosa maleta—. Ahora, si quieres, tú me sigues. A ver si encontramos a Rogelio y hablo con él.

Bajar del tren no fue tarea fácil. La multitud apremiada empujaba a los pasajeros que descendían, y, sobre todo, la cantidad exagerada de maletas y bultos que transportaban lo complicaba.

A pesar de la temprana hora, el andén se ocupó rápidamente por algunos carromatos en los que se cargaban pesados bultos que algunos pasajeros portaban, o cajones y sacos, de vaya usted a saber qué, que bajaban de los dos o tres vagones de mercancías que el tren traía enganchados en cola.

—Bueno, muchacha, ya estamos en Zaragoza. Vamos a ver si mi amigo está en la cantina.

El obeso señor llamó a un maletero, que rápidamente acudió a prestar su servicio.

—Vamos, sígueme —le dijo a Lisa después de cargar su abultado equipaje en la carretilla del maletero.

Cuando llegaban al *hall* de la estación, un hombre con un mono azul, al que el viajero pareció reconocer, se les acercó.

—Hola. Rogelio no ha podido venir y me ha mandado a mí —informó—. Nos espera en el almacén. ¿Eso es todo lo que traes hoy? Poco parece. Otras veces traes más. Tengo ahí afuera un carro… Vamos.

Fue todo lo que dijo como saludo.

—¿Puede venir esta chica con nosotros? —preguntó el viajero obeso sin dejar de caminar.

—Ya sabes que a Rogelio no le gustan los desconocidos.

—Sí, ya, pero es que esta chica puede serle de ayuda, porque… —cortó la explicación.

El hombre del mono azul se encogió de hombros y se la quedó mirando.

—¿De ayuda...? Está bien, pero que se quede en la puerta. Entras tú solo. Ella que espere afuera. Ya dirá Rogelio lo que sea.

Acompañaron al carro ya cargado hasta un almacén que no estaba lejos de la estación.

El lugar era una especie de nave grande en cuya desconchada fachada aún podía leerse: TRANSPORTES LA HUERTA. Una puerta metálica de grandes dimensiones de chapa corrugada, pintada de azul y en parte oxidada, cerraba el almacén. En la fachada, a la izquierda de la puerta, podían intuirse, más que leerse, unas letras en negro, primero tachadas y después sobrepintadas con cal, que no las tapaba del todo: U.G.T. parecía que ponía. Sobre ellas habían pintado burdamente el símbolo falangista del yugo y las flechas.

Al llegar, el hombre del mono azul entró por otra puerta más pequeña que había en una de las hojas y, ya desde dentro, las abrió de par en par e introdujo el carro.

—Tú espera aquí —dijo el obeso compañero de viaje a Lisa. Él entró dejando a Lisa en la puerta. Al poco rato salió. —Anda, pasa. Ya he hablado con Rogelio y quiere conocerte.

Lisa entró. La luz exterior y la casi nula iluminación interior la cegaban.

El espacio oscuro estaba repleto de cajones de diferentes tamaños y de algunos sacos que parecían de patatas u otras cosas. Un olor espeso e indefinido emanaba del lugar.

Por detrás de unos grandes cajones que tapaban su visión, alguien le salió al paso a poca distancia.

—Así que tú vas a Madrid, ¿no? —dijo una voz desde la penumbra mientras se acercaba.

—Sí, quiero ir lo antes posible —respondió Lisa sobresaltada, no sabía a quién.

Ya era visible la figura de un hombre de mediana edad y de estatura normal, que preguntaba. Con las manos en los bolsillos de su bata azul, se paró a poca distancia de Lisa, mirándola fijamente. Su pelo, canoso ya y bien peinado hacia atrás, destacaba en el oscuro ambiente. Portaba en el bolsillo superior dos o tres lapiceros y una estilográfica, lo que le daba un aspecto de ser el jefe o el encargado del almacén.

—Y ¿a qué vas a Madrid, si puede saberse? —preguntó.

—Me ha mandado a llamar mi novio, que está allí —mintió Lisa—. Nos vamos a casar y a formar una familia.

El obeso compañero de viaje, situado un paso por detrás, no perdía detalle.

—¿Y de dónde vienes?

—De Jaca.

—¿Eres de allí?

—No, soy de Vidángoz, en los Pirineos navarros.

—¿No ha sido por ahí todo ese follón que se ha armado con los maquis?

—Sí, algo he oído. No es un sitio tranquilo, por eso nos marchamos.

—¡Ya! ¿Y tu novio a qué se dedica?

Lisa se quedó en silencio. No sabía qué responder y no deseaba que le preguntasen por Gabino.

—Pues la verdad es que no lo sé. Tampoco sé dónde vive en Madrid —se sinceró antes de que le preguntasen—. Él se marchó antes .Me pidió que llegase a Madrid y me dijo que allí ya nos encontraríamos. Quiero llegar y buscarme la vida como pueda, tal vez sirviendo en alguna casa… Por eso necesito algún dinero para unos días mientras encuentro trabajo. Y al contactar en el tren con este señor, que todavía no sé cómo se llama, pensé que me podría ayudar.

—Pues no sé cómo… Ya me ha dicho que vas a Madrid y que te has ofrecido a llevar algo, si es que lo necesitásemos, pero yo no necesito a nadie. Mis transportes son legales y todo lo tengo bien organizado.

Lisa se quedó en silencio. No quiso revelar lo que el compañero de viaje le había contado ni sugerir que podría distribuir los productos que estraperleaban. Mejor era denotar ignorancia.

—Sí, claro. Ya lo supongo —expresó Lisa—. Es que necesito un trabajo, y pensé que…

—Mira, muchacha, lo mejor es que sigas tu camino y te olvides de nosotros.

—Sí, será mejor —respondió—. Perdonen ustedes las molestias.

Lisa se dio la vuelta y se dispuso a salir del almacén.

—Oye, espera… Mira, te voy a hacer un encargo. Te voy a dar dos duros si me haces un recado en Madrid que a mí no me viene bien. Es algo sencillo —le dijo mientras se acercaba a un viejo escritorio y sacaba un envoltorio de uno de los cajones—. Mira, se trata de entregarle este paquetito a una tal Carmen, que trabaja, no sé de qué, en un teatro que se llama de la Zarzuela. Ahí tienes la dirección:

Carmen Maestre Treviño
Teatro de la Zarzuela
Calle de Jovellanos, 4
Madrid

—¿Y qué contiene el paquetito? —preguntó Lisa—. Yo no me quiero meter en ningún lío.

—¿A ti qué te importa...? Bueno…, comprendo tu desconfianza…. Mira, no estoy seguro, pero creo que es una medicina para alguien que la necesita con urgencia. A ti no te va a comprometer ni aunque te la requise la Policía.

—Vale… Está bien, Acepto… ¿Y los duros?

—¡Ya...! Sí, claro… Te los daré ahora…, pero si el paquete no llega, te los voy a sacar de las costillas… ¿Lo has entendido?

Lisa afirmó moviendo repetidamente la cabeza de arriba abajo.

36

En la masía sabían que en cualquier momento podrían llegar los enviados del AGLA, la nueva Agrupación Guerrillera de Levante y Aragón.

Cerca de Alcorisa, en los alrededores de la ermita de San Bernabé, los habían esperado los maquis de la zona, y ahora, acompañados por quien sería su guía, se dirigían hacia Villarluengo y Fontanete, la zona más abrupta del Maestrazgo. Su contacto local, conocedor de la ubicación de los diferentes grupos guerrilleros y de sus escondites, los orientaba por aquellas perdidas tierras y les iba proporcionando refugios seguros. Así llegaron a la aislada masía que Francisco y los suyos ocupaban.

Era muy temprano, casi al amanecer de un frío domingo, cuando el ladrido de los perros y el ruido del motor de un coche alertaron al grupo de Francisco, que aún dormía. Gabino, intranquilo, se apresuró a vestirse. Se calzó las botas, se abrigó y salió para ver quién llegaba. Todos lo hicieron.

No era solo un automóvil; eran dos: un viejo Ford y un más actual Peugeot 402. Pararon en la puerta y de ellos bajaron siete hombres.

—¿Quién es Francisco? —preguntó uno que se destacó del grupo. Esa fue toda su presentación. Llevaba una pelliza de cuero ajustada a la cintura por un cinturón del que pendía en su funda una voluminosa pistola. Era un hombre de unos cincuenta años. Su porte y su actitud eran retadores y altivos. Se plantó frente al grupo con los pulgares en el cinto y, sin esperar a que se presentase el requerido, después de un pequeño lapsus, continuó—: Soy José Agüero. Me llaman »el maño« y estoy aquí para tomar las riendas de los grupos que andan diseminados por estas tierras.

—Vale, compañero —contestó Francisco, que, saliendo de la casa, ya se acercaba para recibirlos—. Te escucharemos y te informaremos de nuestra actividad. La que hemos llevado y la que tenemos prevista, que someteremos a tu consideración.

—Bien. Ahora dad asilo a mis hombres. Hemos viajado de noche y tienen que descansar un poco. Tú ven conmigo y hablemos —le dijo a Francisco con

un tono imperativo que resultaba incómodo.

Todos se diseminaron. Los hombres del »maño« entraron en la casa, mientras que los demás deambularon y se distribuyeron por la zona. Todos atentos por si los recién llegados hubiesen sido vistos, hubiesen alertado a la Guardia Civil y los hubiesen seguido.

Gabino estaba preocupado. Ya se inquietó con la misión que le habían encomendado, y ahora, con la llegada del grupo del AGLA, aún se preocupó más. No sabía qué pasaría después de la anunciada visita. Le cabía la esperanza de que »el maño« tuviese otra forma de ver las cosas y le ordenase otras actividades en las que no se requiriese su exclusividad. En fin, ya se vería. Lo inquietaba no poder planificar su futuro inmediato. Tendría que esperar a ver cómo se desarrollaban las cosas.

Francisco y José se apartaron charlando por el camino.

—Mira, José, las cosas por aquí están empeorando —empezó a decir Francisco, forzando un tono cordial para romper esos primeros minutos de tensión—. La afluencia de las tropas de los nacionales es cada vez mayor y las de la Guardia Civil están cada vez mejor dotadas y son más numerosas. Es evidente que han decidido acabar con nosotros y, lo que es peor, antes estábamos mejor aceptados por las gentes de la zona, pero ahora, dada la presión de estas fuerzas, están todos acojonados y no nos ayudan para nada. Es más: a la más mínima nos denuncian a los picoletos. Parece que se han pasado descaradamente a la derecha fascista. Lo manifiestan a las claras, para que se les note y así obtener un mejor trato. Y qué te voy a contar de los *caciquillos*, que muchos se han convertido en pequeños líderes de grupos de civiles a los que han llegado incluso a armar, para que acaben con nosotros. No tenemos recursos económicos y eso nos crea la necesidad de tener que llevar a cabo algún atraco o robo. Eso nos ha dado mala fama, además del peligro que representa. No podemos ni acercarnos a los pueblos. El riesgo de delación es muy grande.

—Sí, Francisco, sé que lo tenéis muy difícil, pero ahora estamos aquí para establecer una coordinación de las diferentes partidas guerrilleras. Nuestra agrupación ahora es más compleja y fuerte. Está mejor estructurada. Posee unos estatutos y una organización. Se compone de un Estado Mayor y de varios sectores subdivididos en brigadas y batallones. Incluso dispondremos de una escuela de capacitación guerrillera que estará cerca de Tormón, en los montes Universales. Estamos estableciendo puntos de abastecimiento y una

red de buenos colaboradores que llamamos »los guerrilleros del llano,« porque sabemos que la guerrilla sin apoyos no puede vivir. Además, haremos que los traidores, los que se someten y se venden al régimen de Franco, solo por sentirse menos acosados, nos teman, y que quien nos la haga la pague.

—Por supuesto que es eso lo que tenemos que hacer —respondió Francisco —. No podemos quedarnos de brazos cruzados cuando estos de las Juntas Locales de Libertad Vigilada, como las llaman, que están formadas por los alcaldes, los secretarios de los ayuntamientos, el cura y los falangistas locales, se tomen la justicia por su mano. Tenemos que acabar con esa facción y hacer que se mantengan calladitos si no quieren acabar en el camposanto criando malvas. Nosotros teníamos un plan para llevar a cabo hoy domingo, en represalia a un asesinato que el alcalde de un pueblo de aquí cerca perpetró hace unos días. Luego te lo cuento.

—Uno de los objetivos que tenemos es el de hacer que las hermanas, las mujeres y las madres de los que están con nosotros se pongan abiertamente de nuestra parte —prosiguió »el maño«—. A una madre no se le puede exigir que no se ponga de parte de su hijo…, aunque su vida con ello corra peligro. Al final estas mujeres pueden participar activamente en la ayuda a la guerrilla, porque para ellas no supone un acto político. Ellas no pueden entender su culpabilidad si son apresadas. «Cómo no voy a ayudarlo, si es mi hijo«, es lo que responderían.

—Eso está bien —expresó Francisco—. Hay mujeres que, de la forma discreta, pueden hacernos grandes servicios. Nosotros aquí en la masía tenemos a una que fue maltratada por los guardias y que ahora nos atiende. Estoy seguro de que, si le pidiésemos cualquier acción, la llevaría a cabo sin pensarlo dos veces.

—¿Y ese plan que teníais previsto para hoy cuál era? —preguntó José «el maño», más que por curiosidad, por imponer su autoridad. Desde ahora, nada debería hacerse sin su consentimiento.

—Queríamos tomar represalia por el asesinato que cometió el alcalde de un pueblo de esta zona —expuso Francisco—. En una emboscada, la Guardia Civil mató a tres de los nuestros y tomó cinco prisioneros. Ya creían que estaban a salvo de morir, porque iban a ser transportados a Zaragoza, pero cuando subían al camión, este individuo, el alcalde, los acribilló con una metralleta y después les pegó un tiro en la cabeza a cada uno. Los siete murieron.

—¡Joder...! ¿Y cómo lo pensabais hacer?

—Pues uno de los nuestros, que no es conocido de por aquí, se iba a presentar hoy entre ellos vestido de falangista y e iba a raptar al hijo del alcalde; un jovencito que también es falangista, para pedir un rescate… y, después, acabar con él.

—Pero eso es muy difícil y arriesgado —afirmó José »el maño«—. No creo que salga bien…, y más si tiene que hacerlo solo.

—Puede… Pero te advierto que ese al que se lo habíamos encomendado tiene un par de cojones, y además es muy ingenioso. Se llama Gabino. Él solo se cargó por ahí, por los Pirineos, la infraestructura de transportes de un batallón del Ejército. Además, precisamente porque es una acción difícil, pretendíamos asegurarnos de su fidelidad y su adhesión a nuestra causa. Llegó hace pocos días y no lo conocemos lo suficiente.

—¿Y cuándo lo pensabais hacer?

—¿Qué hora es? —preguntó Francisco.

—Las nueve.

—Pues ahora; hoy domingo, a las doce, mientras se celebra la misa en la iglesia del pueblo, donde se juntan todos. Ya tenemos diseñado el plan…, claro, si tú estás de acuerdo.

Francisco le describió detalladamente el plan a José.

—No está mal. Si sale bien, sería un buen golpe que pondrá en advertencia a toda esa gentuza. Y si sale mal, el riesgo solamente se limita a uno de nosotros. Está bien pensado.

—A dos —aclaró Francisco—, porque uno de nosotros lo acompañará escondido en el coche para controlar al rehén. Pero para la acción tienes que dejarnos un vehículo, el más discreto. Nosotros no tenemos ninguno.

—Bueno, si sale bien, valdrá la pena —consintió José después de pensarlo —, pero salga o no salga bien, a primera hora de la tarde quiero aquí el coche de vuelta.

—Pues vamos para allá —concluyó satisfecho Francisco.

Tal y como habían previsto, hicieron vestirse a Gabino con los atuendos de falangista que, para alguna ocasión que pudiese surgir, tenían guardados: un pantalón bombacho gris con botas a mediacaña, sujeto con un ancho cinturón de cuero negro con una hebilla metálica que llevaba en bajorrelieve el yugo y las cinco flechas, símbolo de la Falange Española. Una camisa azul, también

con el yugo y las flechas bordadas en rojo sobre el bolsillo izquierdo superior, y una boina roja ladeada a la derecha.

—Ja, ja, ja… —Rieron todos al verlo aparecer junto a Rubén en la estancia donde el recién llegado José »el maño«, Francisco y »el rubio« estaban reunidos.

—Ja, ja, ja… No sé si darte un beso o si pegarte un tiro. Ja, ja, ja… —saltó Francisco intentando quitarle tensión al momento. Gabino callaba. Nada podía hacer salvo seguirles el juego—. Está bien. Son las diez menos cinco —intervino Francisco de nuevo, ahora serio—. Ya sabes lo que tienes que hacer. Tú conducirás el coche que el compañero José nos va a dejar para la acción. »El rubio« te acompañará oculto en la parte de atrás para ayudarte a controlar al chaval o para cubrirte si algo saliese mal. Tú irás desarmado. Tardarás aproximadamente media hora en llegar al pueblo. Paras el coche frente a la iglesia, pero al otro lado de la plaza, orientado hacia la salida para no perder tiempo en maniobras. Hay una distancia suficiente como para que te dé tiempo a escapar con el rehén: como ochenta o cien metros. Tienes que llegar con la misa ya empezada. Cuando todos estén dentro, entras por el pasillo del centro y que te vean. Con paso firme y decidido. Te vas a los bancos de delante, si es posible, en los que están los gerifaltes, o cerca de ellos. Cuando el cura diga eso de *ite missa est*, tú sales el primero y, en la puerta, esperas a que salgan de la iglesia los peces gordos, que, llenos de curiosidad, se acercarán a ti. Te presentas y ya sabes: convences al chaval para que te acompañe al coche para recoger tus documentos y las órdenes que traes. »El rubio« te ayudará a someter al »flecha« y lo lleváis al *mas* de Germán. Ya te dirá» el rubio« dónde es. Allí lo encerráis en una habitación y que »el rubio« regrese aquí con el coche de inmediato. Lo demás es cosa nuestra. Después iremos nosotros.

—Pero ¿qué hago yo con el muchacho? —preguntó Gabino—. ¿Hay cosas para comer allí? ¿Cuándo iréis vosotros a por él?

—¿A por él? —dijo Francisco—. Nunca. Tú, si en un día no tienes noticias nuestras, ya sabes lo que tienes que hacer: acabas con el crío y después te vuelves para acá andando. »El rubio« te indicará el camino que tienes que seguir para volver. No está muy lejos. No creo que se presente la Guardia Civil de inmediato. Si vieses peligro, le pegas un tiro en cuanto barruntes peligro y listo. Tú, después, puedes hacer lo que quieras. Mejor te pegas tú otro. —Se marchaban ya dejando a un Gabino boquiabierto que no sabía qué decir—. ¡Ah…, ten! —dijo Francisco cuando ya salía entregándole un sobre—.

Recibimos tu documentación. No te la hemos querido dar hasta ahora para que no cayeses en la tentación de largarte. No es la moderna, esta es una cédula personal de 1942, cuando todavía no hacía falta que llevasen foto, pero de momento te puede servir si te la piden. Lógicamente es falsa. Pertenecía a un muerto. A él ya no le hace falta. Ahora te llamas Julián Gutiérrez Pino. Que no se te olvide.

El plan salió como tenían previsto. Su sorpresiva presencia en la iglesia provocó el cuchicheo de todo el mundo, y en especial de las fuerzas vivas del pueblo.

La misa terminó y Gabino, para ser visible, altivamente se expuso a la vista de todos. Salió de la iglesia y se situó a pocos metros de la puerta. Cuando vio salir al cabo de la Guardia Civil uniformado y acompañado de otras personalidades, que dedujo que serían el alcalde y algún gerifalte del pueblo, se cuadró y, levantando el brazo derecho, hizo el saludo falangista.

—¡Arriba España! —saludó enérgicamente.

Uno de ellos vestía la camisa azul con los símbolos bordados en rojo. Gabino, por lo que le había contado Francisco, dedujo que debería de ser el alcalde, y otros dos, paisanos bien vestidos, seguramente serían el secretario y algún ciudadano relevante.

Los tres se le acercaron. El cabo de la Guardia Civil, que los acompañaba, le hizo el saludo militar, y los otros tres devolvieron el saludo levantando el brazo derecho con la palma de la mano extendida.

—¡Arriba! —contestaron.

Con un rápido vistazo, observó cómo una pareja de guardias se había situado, fusil al hombro, unos metros por detrás, junto a la puerta de la iglesia, por la que en ese momento salían los asistentes a la misa. No vio en el grupo al mozalbete que era su objetivo y se suponía que debería estar allí. Esa contrariedad le hizo pensar a Gabino que el plan se le había ido al garete. Pensó rápidamente en cómo podría salir de esa situación. No sabía qué hacer. Indeciso, se acercó al grupo con la mano extendida para saludar y presentarse, cuando, en ese momento, vio salir al jovencito vestido de »flecha falangista«, que apresuradamente se acercaba. Gabino respiró.

—¡Hola, papá! Estuve ayudando en misa al padre Justino. Por eso me he entretenido —cuando reparó en el desconocido personaje vestido de

falangista, se encaró a él y saludó, brazo en alto—: ¡Arriba España— !dijo el mozalbete alzando la voz.

—¡Arriba! —contestó Gabino—. Hola, camaradas —se expresó Gabino dirigiéndose a los presentes—. Soy el camarada Julián Gutiérrez Pino —se presentó dando el nombre de la falsa documentación que Francisco le había entregado— y pertenezco a la delegación de Zaragoza de la Falange Española Tradicionalista y de las JONS. Centuria Brunete, tercera falange de Aragón. Me envía mi jefe regional del movimiento, el camarada Hernández Sargado, para que entre en contacto con las autoridades de los pueblos del Maestrazgo y traslade a su conocimiento, de primera mano, las opiniones, sugerencias o comunicaciones que para él quieran ustedes darme.

—¿Hernández Sargado, dices? —lo interpeló el que parecía ser el alcalde—. Yo también soy de la Falange; luché con Franco en primera línea y no recuerdo a ningún destacado falangista con ese nombre.

A Gabino se le hizo un nudo en la garganta. Tal vez se había precipitado dando un nombre.

—No es de extrañar, camarada —contestó Gabino—. El camarada Hernández ha sido destacado recientemente desde la dirección general y tiene como misión recabar información de interés y estructurar un plan para limpiar las zonas más afectadas por la afluencia de guerrilleros provenientes de la fracasada invasión del valle de Arán.

—Sí, ya comprendo. Está haciendo falta acabar de una vez con esa gentuza —dijo el alcalde falangista—. Nosotros aquí hacemos lo que podemos y no les damos cuartel cuando les echamos el guante, pero tal vez nos falten más medios… y estrategia. Hay que crear un plan bien estructurado para liquidarlos de una vez por todas. Si quiere, nos podemos acercar al ayuntamiento y le explicamos a usted sobre el mapa dónde hemos detectado focos activos y las acciones que teníamos previstas.

—Eso es precisamente lo que les requiero —dijo mostrando satisfacción.

Los otros integrantes de la reunión callaban y atendían con curiosidad.

—¿Me puede mostrar su identificación? —intervino el cabo de la Guardia Civil, creyendo cumplir con su obligación.

—Por supuesto —dijo Gabino al tiempo que se echaba mano al bolsillo izquierdo de su camisa azul, bordada con el yugo y las flechas, y le entregaba al cabo la falsa documentación que le habían proporcionado.

—Pero está cédula personal no es actual —comprobó el cabo—. No tiene foto y es de la excelentísima Diputación Provincial de Cáceres, no de Zaragoza.

—Efectivamente, mi cabo, pero como ve es de la Falange —le hizo observar Gabino—. De allí soy yo, pero vine a estas tierras desplazado en julio de 1938 e intervine en la victoria del Ebro y, cuando vencimos en noviembre, aquí me quedé, ocupando diferentes puestos de nuestra organización. Los nuevos documentos de identidad, que se aprobaron en marzo de este año, están en proceso para todos los integrantes de mi unidad. Ya saben: las cosas de palacio van despacio. Además, nosotros no los necesitamos. Es la primera vez que un miembro de la Benemérita me solicita identificación.

—Bueno…, está bien —dijo el cabo devolviéndosela.

—Tengo otros documentos oficiales y la orden escrita de mi superior para mostrársela.

—A ver, ¿me la muestra? —le pidió el cabo.

—La tengo en el coche, que está aparcado allí enfrente, al otro lado de la plaza.

—Bueno, vaya usted a por ella —dijo el alcalde—. Nosotros vamos al ayuntamiento y allí lo esperamos.

—Bien, ya voy. —Vio Gabino la oportunidad de escaparse de la situación. Si llegaba solo al coche, podría marcharse rápidamente antes de que reaccionaran, y así se libraría del engorroso asunto.

—Juancho, hijo —le dijo el alcalde a su joven hijo vestido de falangista—, acompaña tú al camarada Julián hasta su coche para que recoja los documentos y después lo acompañas hasta el ayuntamiento; que él no sabe dónde es.

Ahora parecía que las cosas le iban a salir bien.

El grupo se deshizo. El alcalde, el secretario y el cabo de la Guardia Civil se marcharon por una calle que salía de la plaza a la izquierda de la iglesia. Gabino, acompañado del chico, bajó las escalinatas de la iglesia y cruzó la plaza camino del coche.

—Muy bien, chaval —le dijo Gabino mientras, con parsimonia, se dirigían al coche—. Entonces tú eres del Frente de Juventudes, ¿no?

—Sí, camarada. Juancho, me llamo Juancho —contestó el chico animoso—, y este año, cuando vaya al campamento, ya seré jefe de escuadra.

—Estupendo, Juancho. Necesitamos jóvenes como tú: arrojados y valientes. —Llegaron al coche, que Gabino abrió desde la portezuela izquierda—. Anda, ve tú por el otro lado y abre la puerta de la derecha, que yo quitaré el seguro desde dentro. Tengo ahí la cartera con los papeles.

El chico, sin prestar mucha atención, abrió la puerta. En ese momento, »el rubio« salió del coche por la puerta trasera derecha y empujó al muchacho al interior, al mismo tiempo que lo encañonaba con una pistola. El joven se quedó mudo. No comprendía bien qué estaba pasando.

—¡Sube y calla! —dijo amenazándolo—. ¡Calladito si no quieres que te pegue un tiro! ¡Siéntate y cruza las manos por detrás de tu cabeza! —El chico, asustado, obedeció—. ¡Siéntate y agáchate sobre tus rodillas con las manos en la nuca— !ordenó.

»El rubio« subió al mismo tiempo y, con una soga que ya tenía preparada con un nudo corredizo, le ató las manos por detrás.

—¡Y tú arranca ya, joder! —le ordenó a Gabino—. Sal del pueblo echando leches y, cuando llegues a la carretera, tira para la izquierda. Ya te iré yo diciendo.

La incómoda postura que le obligó a adoptar al muchacho lo inmovilizaba y le permitía al »rubio« sujetarlo desde atrás por las muñecas.

Gabino arrancó y, sin gran escándalo, tomó la calle que, a su derecha, salía del pueblo. Nadie se percató de la acción. Salió bien. Mejor de lo que esperaban.

Primero circularon por una carretera mal asfaltada plagada de baches, y después por un camino de tierra. Gabino iba nervioso y circulaba a buena marcha. Iban levantando una gran polvareda.

—No vayas tan deprisa, levantas mucho polvo y eso se ve de lejos —le advirtió »el rubio«—. No vamos a apagar ningún incendio y ellos tardarán en darse cuenta y seguirnos.

Marcharon por el terroso camino un buen rato.

—Ahora a la izquierda —indicó »el rubio«—. Entraremos a un barranco. Sigues por él y, después, ya te diré yo, tiras a la derecha por un camino estrecho que sube casi arriba del monte. Allí está la masía a donde vamos.

El asustado »flecha« no se atrevía ni a abrir la boca. Miraba, con los ojos como platos, los caminos que iban dejando atrás, intentando reconocer los parajes que atravesaban.

—¡Mi padre os va a matar! —dijo con miedo.

—¡Tú ten la boquita cerrada o te descerrajo un tiro! ¡A callar! —lo amenazó »el rubio.«

—Deberíamos haberle tapado los ojos para que no vea por dónde vamos —dijo Gabino.

—Para lo que le va a servir… —contestó »el rubio.«

Había transcurrido aproximadamente media hora. El vehículo ahora ascendía por un camino muy malo, bacheado e irregular, que discurría entre chaparros y encinas. Ya en lo alto de la colina, divisaron un caserío medio derruido que en algún momento debió de estar encalado.

—Ahí es —señaló »el rubio.«

—¡Pero si está en ruinas! —observó Gabino.

—No todo. Quedan algunas estancias que nos podrán servir.

Llegaron. Gabino detuvo el coche y bajó. Obligaron al chico a descender y a entrar en la vetusta masía. Amenazándolo con la pistola, lo obligaron a entrar por una estrecha puerta y lo empujaron a una habitación sin luz. Solamente entraba en la estancia la que se colaba por un alto hueco que, carente de tejas, se abría en el tejado.

Por todo mobiliario había un rústico catre con un sucio y viejo jergón de paja.

—Tú quietecito, ¿eh? Túmbate ahí bocabajo en ese catre —le ordenó »el rubio«. El chico lo hizo. Estaba temblando—. ¡Y quédate ahí tumbado sin moverte o acabamos contigo aquí mismo!

Salió de la habitación dejando al joven falangista asustado y lloriqueando.

La puerta se atrancaba con un grueso madero que la cruzaba y se encajaba entre unos salientes de la pared.

—Bueno, Gabino. Por mi parte, esto está hecho —afirmó «el rubio»—. Toma, ahí te dejo la pistola. A mí ya no me hace falta. Ya sabes lo que tienes que hacer.

—Pero esta puerta de la habitación es muy insegura y se puede escapar —advirtió Gabino.

—Ya te ocuparás tú de que eso no suceda. Ahí tienes tu ropa de paisano. Cámbiate. La de falangista me la llevo yo.

Gabino estaba preocupado e inseguro. La situación no le gustaba nada y la misión que le habían encomendado llevar a cabo le producía inquietud… ¡Tenía que asesinar a sangre fría a un jovencito que nada le había hecho! Eso no entraba en su cabeza.

—Ahora lo obligaremos a escribirle una nota a su padre —dijo »el rubio« explicándole el plan—. Después yo me marcharé con ella, y tú aquí te quedas… Lo que tienes que hacer, te aconsejo que lo hagas cuanto antes. Espera un poco a que yo me haya ido para que el disparo no nos delate. Cuando lo liquides, lo dejas ahí mismo y, sin perder tiempo, te vienes de regreso a la *mas*. Allí te estaremos esperando. No vayas por el camino que hemos tomado por si nos siguen. Aquí, bajando unos cien metros, cruza otro sendero por el que no cabe un coche. Así no podrán interceptarte, porque, si te buscan, lo harán con coche. Si tiras a la izquierda te llevará, un poco más adelante, a otro algo más ancho. Si después lo sigues hacia el oeste, te reunirás con nosotros. ¡Que no te vean! Escóndete si ves que alguien se acerca, y no hables con nadie. —Rebuscó »el rubio« en su zurrón y sacó de él un cuaderno a rayas y un lápiz—. Agarra ese cajón y vamos adentro para que escriba la nota.

Entraron. El chico, asustado, no se movió del catre. Le pusieron el cuaderno y el lápiz sobre el cajón. Gabino lo apuntaba con la pistola.

—¡Vamos, escribe lo que te voy a dictar! —dijo »el rubio.« El muchacho, asustado, se dispuso a obedecer—. Escribe: »Padre, haz lo que te digan estos señores. Me tienen encerrado, no sé dónde, y dicen que me van a matar si no lo haces…«, y firmas.

El muchacho obedeció y escribió la nota, que »el rubio« recogió. Después volvió a atarlo al catre bocarriba con una mano a cada lado.

—Bueno, Gabino, ahí te quedas —dijo cuando lo dejó inmovilizado—. Y… ya sabes.

—Pero… ¿y dónde hay agua? ¿Y comida? —balbuceó Gabino cuando comprendió que lo dejaba solo.

—No te hará mucha falta. Tú solo ya te apañarás. —Dicho esto, sin mediar palabra, salió por la puerta—. Te dejo una cantimplora con agua. Es todo lo que tenemos.

Gabino se quedó contemplando cómo se marchaba dejándolo con un mar de dudas en su cabeza. Oyó cómo arrancaba el coche y cómo el ruido del motor se atenuaba al tiempo que se alejaba por el mismo camino por el que habían llegado.

¿»Y ahora qué hago?«, se preguntaba Gabino.

—¡Sacadme de aquí! —gritaba el muchacho—. ¡Si me soltáis, mi padre no os hará nada!

Gabino tenía que pensar deprisa. Ya, sin duda alguna, se habría montado un operativo para encontrar al joven falangista, y tarde o temprano darían con él. Suponía que Francisco y los otros pedirían un rescate y para eso se verían obligados a volver a contactar con los del pueblo. Eso los podía poner en peligro. No imaginaba cómo pretenderían hacerlo. Por eso le habían dicho que liquidase al chico y así tendrían mayor libertad de movimiento. Llegó a la conclusión de que a ese lugar nunca vendrían. De una forma u otra, él se encontraba perdido. Si no cumplía la orden, lo encontrarían y acabarían con él… Pero él no quería asesinar al chico.

Podría marcharse y dejarlo ahí, en la derruida masía; ya lo encontrarían. Pero si lo dejaba ahí, atado y sin víveres, si tardaban en encontrarlo, la situación para el crío no sería muy buena. Si lo desataba y lo dejaba en libertad, era muy probable que diesen con él rápidamente y ahí acabarían sus aventuras. No sabía dónde se encontraba ni qué camino seguir. Por supuesto, no podía ir en busca de los suyos, que no le perdonarían la traición… Casi estaba abocado a seguir con el plan previsto. Pero eso ¿a dónde lo conduciría? ¿Cuál sería su futuro siendo un prófugo toda la vida?

No sabía cómo evolucionaría su situación, pero una cosa tenía clara: no quería matar.

Casi sin darse cuenta, se encaminó al lugar donde tenían encerrado al chico. Quitó la tranca y abrió. Parado en el umbral de la puerta, se quedó mirando a su prisionero, que permanecía atado tumbado bocarriba con una mano en cada costado de la cama.

Al muchacho, al verlo entrar, el miedo y el nerviosismo lo hicieron agitarse en su posición tratando de zafarse de las ataduras.

—¡Suéltame! ¡Desátame! —vociferaba asustado—. ¿Qué me vais a hacer?

—Cállate, por favor… —respondió Gabino adoptando un tono más amigable y sentándose en el cajón que estaba situado junto a la puerta.

El cambio de forma de dirigirse a él sorprendió al chico, que se quedó en silencio esperando que la situación se aclararse.

—Mira, chaval, no me temas —le dijo Gabino—. Yo no voy a hacerte nada.

—Entonces, ¿por qué me tenéis atado aquí? Soltadme y dejad que me vaya.

—No puedo —dijo mientras meditaba en silencio—, pero…

El chico, algo más relajado, permanecía quieto en la cama. No dejaba de mirar a Gabino esperando no sabía qué. Alguna explicación, tal vez.

—Tienes que ayudarme —le dijo por fin Gabino sin dejar de mirarlo fijamente.

El chico no comprendía nada. Lo tenían encerrado y maniatado. ¿»En qué quería que lo ayudase?,« se preguntaba.

—Tengo un serio problema que no podré resolver si tú no colaboras.

Gabino, sentado a una distancia de tres o cuatro metros de su prisionero, jugueteaba con la pistola entre sus manos como si se tratase de cualquier cosa menos de un arma.

—Te soltaré —le dijo—, pero primero tienes que escucharme y prometerme que no me vas a poner en una situación peor de la que estoy.

El muchacho se lo quedó mirando, esperando impaciente lo que tuviese que contarle.

—Mira, yo estoy con los maquis porque no tengo más remedio —le dijo—. Me busca la Guardia Civil porque he entrado en España ilegal y porque me atribuyen cosas que no he hecho… Bueno, o no como lo cuentan. Tengo que escapar de aquí como sea para llegar a mi casa con los míos.

El chico no decía nada. Solo lo miraba. Se produjo un silencio denso.

—Me han ordenado que te mate —le dijo al fin—, pero yo no quiero hacerlo… Y no lo voy a hacer, aunque en ello me vaya la vida. Cuando vean que no he hecho lo que me han ordenado, me buscarán para acabar conmigo. Y si me cogen los tuyos, también lo harán. Tu padre y los guardias que están con él lo más seguro es que me peguen un tiro en cuanto me vean.

El chico se movió nervioso. Esa confesión lo trastocó.

—Tengo que huir, pero no sé cómo —le dijo sin dejar de mirarlo a los ojos —. No sé dónde estoy. No conozco nada ni a nadie de este lugar. Si te libero ahora y me delatas, tardarán poco en encontrarme y liquidarme; y, si no me ayudas, no sabré cómo salir de aquí.

La declaración, que no esperaba, sorprendió a Juancho.

—Mi familia está en Madrid. Yo no soy un hombre malo. Las circunstancias de la vida me han ido colocando en un lugar u otro. Casi siempre a cuál peor…, y ya ves: aquí estoy ahora, pidiéndote a ti, mi prisionero, que eres un chaval que no ha vivido todavía en carne propia la maldad de los hombres y que te han enseñado a odiarme, que me ayudes a escapar.

El chaval seguía mirándolo en silencio. No sabía qué decir.

—Ahora te voy a desatar —le dijo Gabino después de un silencio, mirándolo a los ojos—. Puedes hacer dos cosas: marcharte ahora mismo si

quieres o ayudarme… No sé cómo, pero seguro que sabes de este lugar y por dónde estamos mejor que yo. Pero ándate con ojo. Mira que, si te encuentran los maquis, o nos encuentran a los dos, pues a los dos nos matarán, y si te marchas y me dejas aquí solo por estas tierras que yo no conozco, no tardarán en dar conmigo y me matarán. Por eso te estoy pidiendo que me ayudes.

Gabino se lo quedó mirando fijamente tratando de adivinar cuál sería su reacción. Después de un pequeño lapso de indecisión, Gabino le desató la mano derecha de la cama.

—Ahora desátate tú mismo la otra mano. No me obligues a…, bueno…, que no me obligues, ya sabes.

Y se apartó hasta la puerta con la pistola aún en la mano, esperando a que el chaval se desatase, pero sin apuntarlo. Juancho lo hizo en silencio. Se puso en pie frotándose las muñecas y después, mirando fijamente a Gabino, le preguntó:

—¿Y qué quieres que haga?

—Pues no sé. Tengo que salir de aquí y encontrar la manera de llegar a Madrid.

—A ver… —dijo el chico después de pensarlo un poco—. Me ha parecido que hemos venido por el barranco de Villarluengo. Creo recordar el paisaje. Debemos de estar por ahí cerca. El verano pasado vinimos a ver a un tío mío a un pueblo que se llama Cantavieja y, si no me confundo, creo que estaba por aquí. Y luego fuimos a Peñíscola, a la playa. Si tú quieres, podemos tirar para el sur y, cuando lleguemos a un pueblo, yo puedo llamar por teléfono a mi padre para que vengan a buscarme, y tú… Bueno, tú puedes seguir. Si vas para un lado, llegarás a la costa, y si vas para el otro, un poco más abajo está Teruel.

Gabino se quedó pensando.

—No tengo más remedio que fiarme de ti. ¿Puedo fiarme? —le preguntó.

—Sí. Ya he visto que no eres malo… Y los dos tenemos que salir de aquí antes de que vengan los bandidos. No te preocupes, no diré nada. Le diré a mi padre que me he escapado y tú te has marchado en otra dirección.

—Pues, entonces, en marcha antes de que se haga más tarde —dijo Gabino sin mucha convicción, pero resignado a su suerte.

Gabino y Juancho, ahora mejor avenidos, salieron de la ruinosa masía. La tarde había avanzado y la temperatura había bajado considerablemente.

—Debemos de estar cerca de un pueblo, me parece a mí —dijo el chaval—. Ahí podemos encontrar algún sitio que…

—Lo siento, Juancho. No puedo arriesgarme a que me encuentren. No puedo ir a un pueblo. Seguiremos esta senda hacia el sur. Nos las tendremos que arreglar para descansar en algún hueco resguardado o alguna ruina…, y mañana ya veremos. Tenemos un par de mantas que he cogido antes de salir. Nos apañaremos con ellas.

—Mira —observó Juancho señalando el lugar—, ahí más abajo se ve una carretera.

—Sí, y un poco más allá de aquella casa, que parece una ermita, hay un pueblo que no sé cuál será. ¿Tú lo conoces? —preguntó Gabino.

—No, pero si quieres nos podemos acercar a la ermita y ver si está abierta.

Se acercaron. La puerta estaba desencajada y parecía que la ermita había sido saqueada e incendiada. El interior estaba lleno de escombros, aunque parecía que, en algún momento, el lugar había dado cobijo a alguien; había restos de una hoguera. Entraron y echaron un vistazo. El retablo, de madera, había sido quemado y no había rastro de ninguna imagen.

—No es un lugar muy agradable —dijo Gabino—, pero podemos pasar la noche aquí, e incluso encender una lumbre para calentarnos, con estas maderas medio calcinadas. Mañana tiraremos cada uno para un lado.

—Tengo hambre —dijo Juancho.

—Ya lo imagino, pero no tenemos nada. Mañana tú solucionarás tu problema, pero yo…, yo no sé qué va a ser de mí —dijo al tiempo que lo agarraba de una muñeca—. Anda, ven. Tengo que atarte a una de estas columnas.

—¿Que me vas a atar? ¿No te fías de mí?

—No puedo fiarme. No descansaría bien si no me aseguro de que no me la vas a jugar.

Juancho, que se había sentado en una piedra, se levantó bruscamente.

—¡Escúchame bien, camarada! ¡Soy falangista y mi honor y mi palabra está por encima de todo! ¡Si te he dicho que no te voy a traicionar, es que no te voy a traicionar!

—Vale, vale…, está bien. Te creo.

Descansaron. A los primeros albores despertaron. La carretera empedrada discurría poco más abajo. Era el momento de separarse.

—Bueno, Juancho, aquí nos separamos. Si tú tiras para el este, encontrarás algún pueblo desde donde podrás llamar a tu padre. Yo me iré para el otro lado. Espero que me perdones por lo que te he hecho y que no me delates.

—Te lo prometo. Te he dado mi palabra de caballero —dijo muy ufano el joven falangista—; diré que me he escapado y que no sé nada de vosotros.

—Gracias —dijo Gabino dándole una cariñosa palmada en la espalda.

—Oye, Gabino… Tú no eres rojo, ¿verdad? —dijo el chaval convencido.

—¡Yo qué sé lo que soy...! Nada… Yo no soy nada. Solo una persona que quiere tranquilidad y que sueña con un mundo en el que la gente se quiera y viva en paz —contestó.

37

Las fuerzas operativas que Franco había desplegado a lo largo de la frontera con Francia se habían enfrentado inmediatamente a los guerrilleros que integraban la pretendida Operación Reconquista.

La orden que habían recibido los capitanes generales de Cataluña, Aragón y Burgos —los generales Moscardó, Monasterio y Yagüe— era combatir, hasta su total aniquilamiento, a las partidas de los guerrilleros y maquis que habían logrado entrar en territorio español por Navarra, Aragón y Cataluña y neutralizar todo intento de subversión o sabotaje. Debían cortar el paso de más rebeldes por la frontera e impedir el regreso a Francia de los individuos o partidas que, derrotadas, pretendían abandonar España.

Esta dificultad de los fracasados para regresar nuevamente a Francia los estaba forzando a disgregarse y a ocultarse por el país como podían, y fue en el Maestrazgo donde se estaba desarrollando una mayor y mejor organizada actividad guerrillera. Para hacerles frente, el Gobierno había designado al general de la Guardia Civil D. Manuel Pizarro con poderes totales para intervenir, y este, para llevar a cabo su misión, había pedido ayuda al Ejército. Se ordenó el despliegue por aquella zona de algunos batallones de Infantería y de Unidades específicas de Transmisiones.

El oficial delegado en Teruel para la persecución de los maquis fue el teniente coronel Manuel Lostaló Vidal. Era en Teruel donde se centralizaba todo el servicio de información antiguerrillera.

Las gentes del lugar estaban viviendo permanentemente amedrentadas. Los lugareños temían dar cualquier información por temor a las represalias de los maquis, pero, por otra parte, también temían las consecuencias de no decir nada si eran interrogados por las fuerzas nacionales o las autoridades locales. Las multas, las penas de cárcel y las palizas a los que consideraban allegados o sospechosos de colaboración con la guerrilla estaban a la orden del día. Por otra parte, los maquis, en más de una ocasión, ajusticiaron a gente al ser

acusados de delatar sus posiciones o de informar de su actividad. El miedo imperaba en toda la comarca.

Las misiones típicas de los miembros del Ejército fueron las de controlar y vigilar, siempre en colaboración con la Guardia Civil, y cooperar en las maniobras de cerco que se organizaban cuando se asaltaban los refugios guerrilleros.

El Maestrazgo hervía de actividad militar. La Guardia Civil, ahora reforzada por diversas unidades del Ejército, había convertido la región en una especie de finca de caza, donde las piezas a cazar eran los maquis, permanentemente perseguidos y acosados allí donde se escondiesen.

La situación precaria de estos grupos guerrilleros los obligaba a proporcionarse enseres y alimentos que no siempre eran cedidos de buena voluntad, y en muchas ocasiones tenían que llevar a cabo asaltos a las dispersas casas de labranza para obtenerlos. Esto los hacía vulnerables, y las persecuciones y los tiroteos se hacían frecuentes.

Para la población civil de la comarca era un sinvivir. Los maquis, en un primer momento comprendidos e, incluso, ayudados, se habían convertido en un peligro real. Si se los admitía, se situaban por encubridores, fuera de la ley, con lo que la simple sospecha podría acarrearles castigos ejemplares. Si se situaban en contra, se convertían en enemigos de estas partidas guerrilleras y podían ser objeto de sus venganzas. En fin, una situación difícil para los locales desde cualquier lado desde donde se mirase. El miedo se sentía en el ambiente.

Por su parte, los maquis, cuando no estaban huyendo perseguidos, no cesaban en sus ataques a los pequeños núcleos urbanos para conseguir suministros. Esporádicamente alguna emboscada a pequeños destacamentos de la Guardia Civil, atentados en las vías férreas, en centrales eléctricas, postes de conducción eléctrica o telefónica, etc. También algún asesinato a personas afines al régimen o como escarmiento a las delaciones. Pero lo suyo era, fundamentalmente, correr, escapar, esconderse y mal defenderse si eran atacados.

Una situación así de tensa tenía que saltar, y obligaba a los ciudadanos a situarse al lado de la facción más fuerte; es decir, de la gubernamental. Surgieron grupos de civiles, los »somatenes« los llamaban, que, debidamente armados y controlados, actuaban como protectores, y a veces instigadores, en contra de las partidas de maquis diseminadas por la zona.

Muchos de estos maquis, por ser gente del lugar, eran conocidos, aunque la gente callaba para no ser relacionados con ellos.

Con cierta frecuencia podían verse, transportados a lomos de alguna caballería o en algún carro, los cadáveres de algunos de estos guerrilleros huidos, abatidos en alguna reyerta, que eran trasladados por la Guardia Civil y mostrados al pueblo para que sirviese de advertencia.

—Es el fulanito, o el hijo de la tal, o de la cual…, que lo han matado en… —se podía oír cuchicheando en voz baja entre los civiles, que se apelotonaban curiosos para reconocer a las víctimas.

—Se lo tenía bien merecido, por…, en fin, por eso… —se podía escuchar.

—Pobrecillo, con lo majo que era. No sé quién le manda meterse en ese lío.

—Sí, es el hijo de la… Anda que… pobrecilla. Al otro hijo también se lo mataron en la guerra. Una pena.

Como las acciones que llevaban a cabo los guerrilleros se producían en zonas rurales, en muchos casos aisladas, y las comunicaciones eran escasas, casi siempre la respuesta de las tropas gubernamentales y de la Guardia Civil era tardía y, en consecuencia, inútil.

Los maquis a veces eran alertados del movimiento de las tropas o de la Guardia Civil y, apremiados, les daba tiempo a huir. Casi siempre dejaban rastros de su presencia al abandonar sus refugios. Se incautaban de abundante armamento y de material que, en muchos casos, servía para obtener información que les iba estrechando el cerco.

El capitán Estévez y su compañía habían regresado a su acuartelamiento en Pamplona y ahora les ordenaban desplazarse a la zona del Maestrazgo y ponerse a la orden del general Pizarro de la Guardia Civil.

Ya estaba por la zona. Se habían establecido en torno a Teruel y acudían raudos a la demanda de intervención que la Guardia Civil, en apoyo, con frecuencia les solicitaba.

La orden recibida contrariaba al capitán Estévez. Dificultaba su intención de perseguir y capturar a ese Gabino, que lo tenía obsesionado. Siguiendo su intuición, lo situaba camino de Madrid por la ruta más corta: Zaragoza, y todo su esfuerzo tendría que centrarse en averiguar qué estaría haciendo para llegar a su destino. ¿Qué intenciones serían las suyas y cuál era su necesidad? ¿Dispondría de documentación para viajar con libertad¿ ?A dónde pretendería ir en Madrid¿ ?A quién tendría que ver? Tenía que averiguarlo.

Antes de desplazarse a su nueva misión, al capitán Estévez le interesó conocer las gestiones e indagaciones que habían encargado al contrabandista. No podía perder la pista que creía tener.

—Sargento, ¿qué sabe del elemento ese que hemos soltado en Zaragoza para que indague? —le preguntó un día antes de partir.

—No mucho, mi capitán —contestó el sargento, temeroso del carácter impulsivo del oficial—. Ayer nos indicó, colocándose la bufanda por fuera, como le habíamos ordenado, que sabía algo que podía interesarnos.

—¿Y qué sabía? —preguntó el capitán ansioso por conocer.

—Pues de él nada, pero parece que hay una mujer que lo busca.

—¿Una mujer que lo busca? Entonces, ¿es que tiene una cómplice?

—No, mi capitán. No creo que sea una cómplice. Más bien parece que fuese su novia…, o algo así.

—A ver, sargento, ¡que a nosotros quien nos interesa es ese cabrón y no su novia!

—Sí, mi capitán, pero puede que esa mujer esté mejor orientada que nosotros, y si la seguimos, pues…

—¡A ver, a ver, cuénteme lo que sabe!

—Pues dice nuestro informador que, por esa zona, todos los elementos que se ocupan de pasar productos de contrabando para el estraperlo contactan con un tal Rogelio, que dispone de unos almacenes donde los guarda y después los distribuye.

—Bien, pero de Gabino qué, ¿de qué se ha enterado?

—Ha contado que uno de sus secuaces, que anda por Zaragoza, el Rogelio ese, ha incorporado en su infraestructura a esa mujer y que le lleva cosas a Madrid.

—¿Y…? —preguntó el capitán Estévez inquieto.

—Pues que le encargó entregarle a alguien en Madrid un paquete de un tal Gabino en una dirección que venía escrita en el paquete… Dice que ponía el nombre de una mujer.

—Y ¿cómo sabe que era de Gabino?

—Pues porque se lo dieron por el Maestrazgo, cerca de Morella, para que ellos lo llevaran a Madrid. Parece que había prisa.

—A ver, a ver, a ver… Entonces Gabino estaba por el Maestrazgo y le entregó el paquete a él para que lo llevase a Madrid y, lógicamente, en el paquete ponía la dirección y el nombre de a quien había que entregárselo.

—Bueno, sí, claro…, algo así. Pero Gabino no fue el que le entregó el paquete; fue uno de la partida de un tal Francisco, un maqui que anda por esa zona. Pero que él cree que estaba con ellos.

—Vaya lío… ¿Y no se acuerda de cuál era esa dirección?

—No. Ya se lo he preguntado, pero dice que no se fijó. Que él lo único que hizo fue guardar el paquete y entregárselo después al Rogelio.

—Entonces, vamos a ver… —dijo el capitán maquinando qué hacer—. Lo que tenemos que hacer es llegar hasta ese tal Rogelio en Zaragoza, o enganchar a la chica que tiene el encargo, o buscar a Gabino por el Maestrazgo, si es que está por allí.

—Mi capitán, si me lo permite —dijo el sargento atreviéndose a cortar su reflexión—, yo creo que no nos conviene levantar la liebre. En mi opinión, lo que tendríamos que hacer sería, por un lado, encontrar a esa chica y seguirla de cerca. A ver adónde nos lleva. Seguro que el Gabino que buscamos se pone en contacto con ella. Y, por otro lado, como ahora nos destinan al Maestrazgo, podremos indagar por allí su paradero.

—Qué listo es usted —contestó el capitán Estévez pensando en las conclusiones de su sargento—. Por ahora deje hacer a ese tal Felipe Ortiz, que siga con sus trapicheos. Que los dos soldados que ha puesto usted para que lo sigan vistan de paisano y que no lo pierdan de vista. Si llegan a Zaragoza, que averigüen quién es ese Rogelio y dónde está su almacén, pero que no hagan nada. Que me informen, pero que no hagan nada. Ya les indicará usted cómo contactar con nosotros.

38

Aunque el joven falangista, ya liberado, se había puesto en contacto con su padre y se encontraba a salvo, el asunto del secuestro había levantado un gran revuelo. Temían los ciudadanos de la comarca que esa nueva modalidad de extorsión se extendiese. Hasta ahora, los maquis podrían atracarte, llevarse para su manutención lo que tuvieses por la casa y algún dinero si encontraban, pero nunca

hasta ahora habían secuestrado para exigir un rescate. Eso preocupaba a los caciquillos y a los terratenientes de mejor economía: que raptasen a sus hijos.

Los somatenes, encolerizados, se propusieron acabar por su cuenta con esas partidas de maquis que los incomodaban más de la cuenta. Exigían a la Guardia Civil local una mayor actividad y proponían una acción conjunta en contra de esos maquis que, suponían, no tardarían en localizar.

Las autoridades de la Guardia Civil de la zona, ya informadas de la presencia de algunas unidades del Ejército que habían llegado para solventar el problema maqui, solicitaron ayuda a los militares para organizar batidas más contundentes.

»El rubio«, después del secuestro, había regresado a la masía con la nota escrita del joven falangista. Había que hacerle llegar cuanto antes a su padre la solicitud de recompensa.

—¿Cuánto vamos a pedir— ?preguntó Francisco dirigiéndose a todos que estaban alrededor de la mesa.

También estaba José, »el maño«, que miraba a unos y otros atento a sus reacciones.

—Yo creo que diez mil pesetas estaría bien —propuso Rubén.

—No será tan fácil —expuso »el maño«—. Lo primero, hay que desplazarse hasta ese pueblo y encontrar la forma de darle la nota con la exigencia de rescate. Después, en caso de que decidan aceptar, tenemos que encontrar la forma de que hagan la entrega sin exponernos nosotros. También es posible que no tengan ese dinero y quieran ganar tiempo. La situación es propensa a que nos preparen una celada. Ellos lo tienen fácil: no tienen más que esperar y decidir sobre la marcha. Estarán sobre aviso y atentos a cualquiera que no conozcan o a cualquier indicio que los haga sospechar. Además, es seguro que ya habrán salido en busca del chaval y, si Gabino ha cumplido con su cometido, encontrarán el cadáver del chico y ahí habrán terminado nuestras expectativas de obtener dinero.

—Esta misma noche podríamos hacerle llegar a su padre la nota del rescate —replicó Rubén— atada a una piedra y lanzada a su ventana, podría ser. Luego les exigimos que dejen la pasta en algún lugar que ya recogeremos nosotros.

—No seas iluso —dijo José »el maño«—. ¿No crees que precisamente estarán esperando que de alguna forma entremos en contacto? Un secuestro

lleva implícito eso: el entrar en contacto para pedir una recompensa. Esa será su oportunidad de engancharnos. Y si no es ahora, cuando les pidamos el dinero, será después, cuando vayamos a recogerlo.

—¿Y si lo que pedimos no es dinero? —apuntó »el toledano.«

—¡Bah! ¿Y qué vamos a pedir? ¿Que liberen a alguno de los nuestros? Y si lo hicieran, ¿qué conseguiríamos? Nada. Que le peguen después un tiro por la espalda —dijo Francisco.

—Bueno, bueno, bueno… Ya está bien —cortó José »el maño«—. Lo que pretendíais ya está conseguido. ¿No era la venganza el móvil? Pues ya está. Tema concluido. Ahora lo que tenemos que hacer es largarnos de aquí. Es probable que hayan salido en busca del chaval y que nos hayan seguido el rastro. Esperaremos hasta mañana a que llegue Gabino. Después, nos marcharemos. Ahora descansad y recoged vuestros bártulos.

No eran aún las diez de la mañana de un frío día del invierno turolense cuando uno de los guerrilleros que habían llegado con José »el maño« se presentó acalorado.

—¡Los verdes! ¡Están subiendo por el monte! ¡Por lo menos veinte civiles…, y he visto llegar abajo un camión del Ejército lleno de soldados!

Todos se revolvieron sin orden. Cogieron sus armas y salieron de la casa sin saber qué hacer. Algunos quisieron subirse a los vehículos que tenían allí, en un chamizo, camuflados con unas ramas de encina.

—¡Salid de los coches! ¡No podemos usarlos porque tendríamos que bajar por el mismo camino que ellos suben! —gritó José—. Tenemos que detenerlos y escapar por atrás… Por arriba, sin entrar en el barranco, que nos cazarían como alimañas.

Los hombres iban de un lado para el otro sin orden.

—¿Gabino ha regresado? —preguntó Francisco.

—¡No! —contestó Rubén—. Yo creo que nos la ha jugado… Y no me extrañaría mucho que esta movida fuera culpa suya.

—¿Tú crees que nos ha traicionado? —volvió a preguntarle Francisco al »rubio,« que había sido el último en estar con él.

—No sé, pero era muy reacio a liquidar al chaval. Puede que no se haya atrevido —contestó—, o podría ser que lo hayan descubierto y los ha traído hasta aquí. Es muy raro. Aunque llevamos aquí tiempo, este escondite era

seguro. Si ha hecho lo que le hemos ordenado, debería estar aquí ya. Le explique cómo regresar y le advertí que le convenía que fuese de noche.

—¡Bueno, menos cháchara— !los reprendió José—. ¡A ver! Nosotros somos once, ¿no? Pues tú, Francisco, coge a los tuyos y baja hasta la bifurcación del camino, donde están esas rocas grandes que forman un callejón. Llévate los cartuchos de trilita y los dispones para volarlas. A la masía solo se sube por la senda de poniente o por el barranco de las rocas. Los otros, los que habéis venido conmigo, apostaos en la ladera del cerro, cerca de la casa. Como tendremos el sol a nuestra espalda, no podrán vernos bien. Cuando veáis que inician la subida, disparadles para que cambien su rumbo y lo intenten por el barranco, que es estrecho. Si lo hacen, vosotros voláis las rocas, que taponarán el callejón; creará desconcierto y a alguno nos cargaremos. Subís de inmediato y todos huiremos por la cresta del cerro hacia el sur. Luego ya veremos… Depende de lo que hagan los de ahí abajo.

—¿Y los coches? ¿Qué hacemos con ellos? —preguntó uno de los hombres de José.

—Nada. Tenemos que abandonarlos. Podemos prenderles fuego para que no los aprovechen.

Las tropas del Ejército que atacaban eran las del capitán Estévez. Habían llegado veintitrés hombres en un camión y se habían puesto a la orden del comandante de la Guardia Civil de la zona.

En total unos cuarenta hombres intervenían ahora en ese asalto al reducto, que ya hacía tiempo daba cobijo a la partida de Francisco, que ahora se había incrementado con los siete del grupo de José, »el maño«. No comprendían muy bien qué había inducido ese ataque. Tal vez el secuestro del joven había promovido una mayor actividad, o tal vez alguna información de alguien local al comprobar que había una mayor afluencia de hombres en la masía.

Eladia, la mujer que atendía a los guerrilleros, había cogido un fusil Mauser y se disponía a situarse junto a los guerrilleros, que tomaban posiciones.

—¡Tú adentro! —le gritó Francisco—. ¡Esto es cosa de hombres! ¡Cuando vayamos a marcharnos, te avisaremos! Coge un morral y mete en él algunas viandas; las vamos a necesitar.

—Yo soy tan válida como cualquiera de vosotros —contestó Eladia—. Además, necesito vengarme. Mataron a mi marido y a mi hijo… ¡A todos los míos!

—¡Te he dicho que adentro! Te necesito más organizando lo que tenemos que llevarnos.

Los soldados y los guardias ya subían por la empinada ladera. Trataban de evitar el camino que suponían estaría más vigilado. Desde arriba, los guerrilleros empezaron a disparar. Hirieron a un guardia y eso, momentáneamente, los detuvo. Como habían supuesto, a la orden de quien parecía dirigir el asalto, se encaminaron hacia el barranco que les permitiría avanzar por el costado sin estar expuestos directamente al fuego de los de arriba. Siguiendo las órdenes de José, Francisco y los suyos, que habían dispuesto los explosivos, prendieron la mecha de una de las cargas. Habían colocado dos en diferentes sitios. La primera estalló y volaron piedras sobre los asaltantes. No supieron qué efecto produjo, pero provocó un tiroteo en dirección a donde suponían que se encontraban los guerrilleros. La segunda carga no estallaba y era necesaria para cerrar el paso al grupo de soldados que intentaba entrar en el angosto desfiladero. »El toledano«, viendo que posiblemente la mecha se había apagado, salió de su escondite y volvió a encender la mecha. Su posición ahora era muy vulnerable y, al retirarse, un certero disparo lo derribó sobre las rocas. La carga reactivada detonó violentamente y las piedras cegaron el paso del estrecho desfiladero. »El toledano« quedó allí, muerto y posiblemente sepultado por la lluvia de piedras que provocó la explosión.

Francisco, Rubén y »el rubio« subieron hacia la casa y, llegando ya al altiplano, se encontraron al resto del grupo apremiándolos. Se percataron de que los que los esperaban ya no eran siete hombres, sino cinco.

—¡Vamos, vamos, deprisa! —les gritaba José—. Ya están arriba y no se quedarán ahí.

—Prendedles fuego a los coches. Ahí al lado tenéis una lata de gasolina —dijo Francisco.

Lo hicieron. Al poco, una violenta explosión de los vehículos prendió también el chamizo que los protegía y ocultaba. Las llamas se elevaron.

Se lanzaron campo a través por la loma del cerro que discurría hacia el sur y que suponían de difícil acceso para sus enemigos. Al mirar hacia la casa, vieron el cadáver acribillado de uno de los guerrilleros. El otro seguramente quedó en el puesto desde el que se defendía.

—¿Y Eladia? —preguntó Rubén.

—Dice que no viene, que se queda ahí. Piensa que no le harán nada —contestó José.

Huyeron y se dispersaron por los intrincados caminos del monte.

Los soldados de la compañía del capitán Estévez y algunos guardias civiles llegaron a la casa. El primero en intentar entrar por la angosta puerta fue el cabo de la Guardia Civil. Un disparo desde el interior a bocajarro lo hizo saltar de espaldas hacia atrás. Eladia salió por la puerta esgrimiendo el humeante fusil aún en la mano. Una descarga de fusilería acabó con ella. Cayó de bruces sobre el inerte cuerpo del cabo, que yacía ensangrentado bocarriba sobre los escalones de la entrada a la casa. Su venganza se había cumplido, aunque hubiese sido a costa de su propia vida.

El capitán Estévez, pistola en mano, había llegado al rellano.

—¡Apagad esas llamas para que no se extiendan por el monte! —ordenó al hacerse cargo de la situación—. ¡Y, con mucho cuidado, adentro, no sea que quede alguno por ahí! Si veis a alguno…, ¡sin cuartel! ¡Que no quede ni uno!

Entraron en la masía.

—Mi capitán, todo despejado —informó el sargento.

—¡Registrad todo! —ordenó—. Sacad aquí fuera todo lo que encontréis y que haya podido pertenecer a los maquis que había aquí: ropa, objetos personales, armas…; todo.

—Esto es lo que hemos encontrado, mi capitán —dijo el sargento señalando un montón de objetos que habían sacado a la calle y habían esparcido por el suelo—: una boina, un par de alpargatas, una chaqueta vieja de pana, un brazalete de guerrillero, unos prismáticos viejos, además de los enseres de uso cotidiano de una casa…, y esto, que me ha parecido de interés: es un zurrón de piel de cordero que tiene una documentación de la República, una bufanda, una navaja y un cuaderno con anotaciones.

—A ver, trae eso para acá. Vamos a ver qué dice.

—Tome, mi capitán. La documentación es un carné de la UGT de cuando la guerra de un tal Francisco »no sé qué,« y lo otro…

—Trae, coño, que ya lo miro yo —dijo el capitán impaciente.

El capitán vació el rústico zurrón y enseguida tomó el cuaderno. Se sentó en un banco de piedra que había junto a la puerta y, ávido, se dispuso a husmear su contenido. Había anotaciones diversas que aparentemente no tenían sentido. Eran principalmente cuentas. Todas ellas precedidas de una fecha o de un nombre. Por ejemplo: »Andrés chico, 50 pesetas. Justino, 16 pesetas,« y

otras parecidas de diferentes cantidades. Después, una suma sin precisar conceptos que subía a 216 pesetas. Tres números de teléfono. Al lado de uno de ellos ponía »don Cristóbal;« en otro ponía »Rogelio, Zaragoza«. Y un trozo de papel doblado, intercalado entre las hojas, en el que ponía: »Gabino. Su mujer, Carmen. Calle Jovellanos, 4. Madrid«.

El capitán pegó un salto.

—¡Sargento, ya lo tenemos! ¡Ya sé dónde podemos encontrar a Gabino! ¿No dijo que iría a ver a su mujer? Pues tenemos la dirección.

39

Lisa salió desilusionada de la entrevista con el tal Rogelio en Zaragoza, si es que ese era su nombre. Se encontraba en una ciudad desconocida para ella, pero, desandando el camino que habían hecho, supo regresar a la estación de ferrocarril.

Se sorprendía de lo que ella pudo entender como un exceso de confianza o, al menos, más de la que en aquellos tiempos se podía esperar: el almacenista de bata azul le había encargado entregar un simple paquetito. Nada más. Y antes de hacerlo, ya le había pagado diez pesetas. Era raro. Mucho dinero le pareció por un encargo tan simple. Solamente tenía que entregarle a una persona, en una dirección de Madrid, un pequeño paquete, que según le había dicho, no contenía nada importante. Era raro. »Tal vez no fuese tan sencillo«, pensó. Dudaba. ¿»Estaré corriendo algún peligro aceptando este encargo...? No sé… Iré al sitio que pone en la dirección y veré si todo es tan simple como dárselo a esa tal Carmen. ¿Y qué contendrá? ¿Una simple medicina como me habían dicho? —se preguntaba—. Es pequeño, pero… Yo qué sé; debe de ser importante… ¿Por qué se lo ha quitado de encima en vez de traerlo él...? Así, sin más. Sin darme ninguna explicación… Se veía que al tal Rogelio le incordiaba el encargo. Bueno, no es cuestión ahora de volver para pedir más explicaciones o a poner pegas… ¡Haré el encargo y ya está! Espero que no me traiga consecuencias«.

Ahora, con dos duros, se sentía rica…; ¡dos duros, nada menos! Sacó su taleguilla y contó su pecunio: ¡sesenta y una pesetas con quince céntimos! ¡Madre mía, qué capital!

Llegó a la estación y obtuvo un billete para el rápido que venía de Barcelona. Tenía su entrada a la estación de Zaragoza a la una y diez de la tarde y salía para Madrid a la una y media. Mientras esperaba observó el ajetreo de la estación. Vio cómo una ruidosa y antigua locomotora a vapor movía vagones de mercancías de una vía a otra y cómo los añadía a otro convoy. Vio cómo, en un tren que debería tener otro destino, unos soldados

hacían subir unas caballerías a un vagón de mercancías, y cómo un grupo de vociferantes reclutas, jóvenes muchachos seguramente del último remplazo, subían entre risas y cánticos a los vagones.

»Pobrecillos, ¿cuál será su destino? —pensó—. Puede que los lleven a morir, quién sabe a dónde. Míralos: confiados y contentos sin saber nada«.

Se sentó en un banco. No fue mucho lo que tuvo que esperar. A la hora prevista, ya entraba el tren procedente de Barcelona haciendo sonar su silbato y soltando vapor.

¡Qué lujoso era ese tren! No era como el de Jaca. Parecía más grande. Traía, por lo menos, diez vagones.

El tren paró rebufando como un toro. Rápidamente el andén tomó vida. Viajeros que bajaban. Otros que se arremolinaban, con sus abultados equipajes, impacientes por subir. Carretillas, maleteros, vendedores que transitaban el andén ofreciendo limonada, y unos guardias de la Policía Armada, que, parados y con mirada desafiante, escrutaban a todos los viajeros que salían o entraban en el tren. A veces paraban a alguno y le pedían la documentación. Por si acaso, Lisa rebuscó en su faltriquera la suya para tenerla a mano. Sabía que no era la que era legal en ese momento por imposición de Franco, pero algo era algo. Cogió su hatillo y, despacio, para no llamar la atención, se dirigió al tren. »Vagón 4, clase 2, zona 7«, ponía en su billete. No le preguntaron nada. Subió.

Llegó al lugar que le habían asignado. Era un banco corrido de dos plazas. En él solamente había un hombre, que le pareció muy elegante. Estaba sentado en la parte que daba al pasillo y, abstraído con la lectura de un libro, no se percató de su llegada. Para poder ocupar asiento de al lado, tuvo que llamar su atención.

—¿Me permite pasar? —dijo forzando el tono de su voz para que pareciese más amable.

—Oh, sí, sí… Perdone. Estaba tan enganchado con este libro que no me había dado cuenta de que quería ocupar su asiento. Pase, pase, por favor. ¿No le importa que ocupe yo este del interior?

—No, no me importa —respondió Lisa sin entender su preferencia.

El caballero se levantó e intentó cogerle el hatillo que portaba.

—¿No lleva usted maleta? —preguntó con el ánimo de ayudarla.

—No. Solo este hatillo. Voy ligera. Allí, en Madrid, donde voy, tengo… —se quiso disculpar por no llevar más equipaje, mientras miraba su billete

buscando el número de su asiento.

El elegante viajero le explicó:

—No son asientos numerados, solo indica el compartimento. Ocupe este de la ventanilla; irá más entretenida.

Lisa se sentó en el lugar que le habían ofrecido. El caballero, atento, extendió su mano para saludarla.

—Julio Gamarra, para servirle.

—Lisa… Me llamo Felisa, pero me lo abrevian y me llaman Lisa —le estrechó la mano con suavidad.

Lisa no quiso entablar conversación y se entretuvo mirando por la ventanilla. Aún faltaban algunos minutos para que el tren saliese. Le extrañaba el porte de su compañero. »Es curioso —pensaba—, va trajeado y elegante en un tren, donde la mayoría de la gente viste más informal, incluso desaliñada. Este señor tan elegante no encaja aquí. ¿No debería ir en primera? —se preguntaba—. ¿A qué se dedicará?.«

Ciertamente, el aspecto del atento viajero era elegante. Debía de tener unos cuarenta y cinco o cincuenta años. Llevaba el negro pelo engominado peinado hacia atrás. Vestía un traje gris oscuro de rayas, de solapa ancha y cruzado. Una impoluta camisa blanca y una corbata gris claro con unas finas líneas rojas cruzándola en diagonal. Se fijó en los zapatos: lustrados, negros, con cordones, calcetines también grises. Vamos, que no se le escapaba un solo detalle. Un estrecho bigotito adornaba su labio. Realmente era apuesto.

Julio Gamarra se sintió observado. Comprendió que su aspecto desentonaba con el de la mayoría de los viajeros y, por romper el hielo, cerrando el libro que mantenía en sus manos y dejándolo sobre sus rodillas, preguntó:

—¿A usted le gusta leer?

—No mucho —contestó Lisa—. Antes, cuando era niña, en el colegio nos hacían leer. Algo del *Quijote*, pero nos cansábamos, porque hablaban muy raro y no lo entendíamos muy bien. También llegan por mi pueblo unos con dibujos que se llaman *Clarín*, que es un »flecha« de los de Franco… ¿Y usted qué está leyendo?

—¡Ah, sí! Este… —dijo cubriendo con la mano el título de la publicación —. *La Regenta*, se titula. Es un libro de un escritor muy bueno del siglo pasado que se llamaba Leopoldo Alas »Clarín.« Lo han prohibido porque describe un lío amoroso de un cura… Y eso lo hace más interesante.

—¿Prohibido?

—Sí, ya sabe, la censura del régimen de Franco. Este me lo han dejado, porque aquí no lo venden; está publicado en Argentina. Yo tengo amigos allí y me lo han enviado.

—¡Ah! Entonces, ¿a usted no le gusta Franco?

—Yo no he dicho eso. Yo en esas cosas no me meto. Simplemente vivo y dejo vivir. Pero háblame de ti… —No quiso entrar en el terreno de lo político —. Entonces vas a Madrid, ¿no? ¿Es que vives allí?

—No, voy a buscarme la vida —confesó de sopetón Lisa—. En mi pueblo, por ahí arriba, por los Pirineos, no hay futuro…, y yo quiero labrarme uno. Más libre. Donde encuentre más oportunidades. A eso voy.

—Pero ¿tú tienes alguna profesión? ¿De qué quieres trabajar?

—Pues no, no tengo ninguna concreta. En mi pueblo he trabajado solo en mi casa, pero se me da bien cualquier cosa que me digan que haga. Pongo mucho interés y aprendo muy rápido.

—Entonces, ¿tú puedes dar cualquier servicio?

—Eso, cualquier servicio, sí. Pero cualquiera, cualquiera no —se corrigió—. Solo si es decente.

—¡Ah, bien! ¿Y qué estarías dispuesta a hacer?

—No lo sé. Cuando me propongan algo, ya veré si puedo o no puedo hacerlo.

El elegante Julio Gamarra se quedó pensando un rato. Veía que podía utilizar a esa chica para sus fines. Era sencilla y podía pasar desapercibida. Parecía despierta, no tenía relación con nadie…, pero no sabía cómo explicarle en lo que podía serle útil.

—¿Tú sabes guardar secretos? —le preguntó de sopetón, casi sin venir a cuento.

—¿A qué se refiere, señor? No sé qué secretos tengo que guardar.

—Mira, Lisa, yo me dedico a hacer favores. Después, cuando todo sale bien, me hacen algún regalo —le explicó—, pero claro, estas personas exigen discreción. No quieren que se sepa que han conseguido algo porque les han hecho un favor, ¿comprendes? Ese es el secreto que tengo que guardar. Tú, si quieres, me podrías ayudar y repartiría contigo algo de lo que me regalan. ¿Qué te parece?

Lisa se quedó pensando. Necesitaba el dinero, pero no se atrevía a tomar una decisión a la ligera. Intentaba entender en qué podía consistir la propuesta que le estaba haciendo. No se fiaba mucho del engominado personaje.

—No lo conozco de nada a usted... Y yo no sé cómo podría ayudarlo.

—Lo que te estoy proponiendo no es un trabajo estable y continuado. Solo de vez en cuando, de forma esporádica. Yo tengo negocios de muy diferentes tipos. Algunas veces tengo que llevarle algún papel a alguien o entregar algún encargo que me han hecho y que no me conviene hacer a mí personalmente. Me conocen en todas partes y es mejor que lo haga alguien que pase desapercibido. ¿Tú estarías dispuesta a ser »mi ayudante«? —le preguntó mirándola fijamente—. Te pagaría bien.

A Lisa le sonaba la propuesta. Parecía ser algo parecido al encargo que le habían hecho en Zaragoza. Aparentemente no entrañaba riesgo. Mejor escuchaba y ya vería.

—No sé… —dijo mirándose abstraída las manos—; si no tiene ningún peligro, puede que sí… No serán cosas ilegales, ¿verdad?

—¿Ilegales? ¡Qué va! Solo son documentos y papeles que tengo que hacer llegar a mis clientes, nada más. Irán metidos en carpetas o en sobres de los que tú nada sabrás. Ellos los estarán esperando. Los entregas y listo: a cobrar.

—Ya, entonces el trabajo es como de chica de los recados, ¿no?

—Eso es, sí; chica de los recados… Claro que una chica de los recados discreta… Muy discreta. No puedes decirle a nadie a dónde vas ni a quién le entregas lo que llevas. Eso es muy importante.

—Eso se me puede dar bien. Soy ordenada, bien dispuesta y no hablo con nadie. El único problema es que no conozco bien Madrid.

—Ese no es un gran problema. Aquí con el metro y los tranvías vas a todas partes y eso lo aprenderías pronto. Ya lo verás.

Lisa se quedó dubitativa sin tomar una decisión.

—Pues si estás dispuesta, a lo mejor puedo ayudarte a ganar algún dinero, que seguro que te hará falta —le dijo para animarla.

—¿Y cuánto me pagaría?

—Unas veces más y otras menos…, depende. Te lo diré en cada momento.

—Bueno, no sé. Cuando me diga lo que quiere que haga, ya le diré si me interesa.

—Está bien —dijo al tiempo que sacaba una estilográfica de su chaqueta y escribía algo en una tarjeta de visita que sacó de su cartera—. Mira, ¿ves a esta dirección? Es una pensión que hay en la calle Atocha, cerca de la estación. La dueña es amiga mía. Se llama doña Justina. La pensión también se llama así: pensión Justina. Ve a verla ahora, cuando lleguemos. Si te gusta el sitio y te

hospedas allí, significará que aceptas mi ofrecimiento. Después ya te diré cómo contactamos para que empieces el trabajo. Te atenderá muy bien, y no te preocupes por el pago. Si vas a trabajar para mí, yo me ocuparé de pagarle.

Lisa tomó la tarjeta. Le pareció extraña. Era de un tamaño normal, pero en la esquina superior izquierda había una franja inclinada con los colores rojo, amarillo y rojo, característicos de la bandera nacional. Después ponía:

Julio Gamarra Ruiz
Profesor

En ella había escrito:

Querida amiga:
La portadora de mi tarjeta es una chica que tengo interés en que atiendas bien. Puede sernos de utilidad.

El tren llegó a Madrid con puntualidad. El viaje había resultado agradable, aunque a Lisa la inquietaba la propuesta de su elegante compañero.

De vez en cuando, de forma insistente, su vecino de asiento había estado intentando iniciar una nueva conversación con ella. Le preguntaba: ¿de dónde eres?, ¿qué hacías en tu pueblo?, ¿qué sabes de esto o de lo otro?, ¿tienes novio?, ¿a quién conoces en Madrid? Preguntas y más preguntas que llegaron a incomodar a Lisa. Parecía un interrogatorio. Ella respondía de forma imprecisa. Eran tantas las preguntas que la hacían dudar de sus intenciones.

Pero por fin ya estaban en Madrid, ya se vería en qué acababa todo eso. Ahora lo importante era localizar a Gabino. Para eso había venido. No parecía fácil. Solamente sabía que él tenía la intención de encontrarse con su hijo y con la madre de su hijo en algún lugar, pero ¿dónde? Madrid era muy grande y no sabía ni cómo ni por dónde empezar. Si pudiese contactar con él de alguna forma… En fin, algo se le ocurriría.

—Bueno, señor Gamarra, ya estamos en Madrid. Ha sido un placer conocerlo —dijo Lisa, cuando el tren se detuvo, tratando apresuradamente de despedirse—. Muchas gracias por su ofrecimiento.

—Volveremos a vernos, ¿verdad? — afirmó el elegante Julio Gamarra.

Lisa ya esperaba la pregunta.

—No lo sé, señor —contestó amablemente—, todavía no sé muy bien qué es lo que voy a hacer ni cómo será mi vida a partir de ahora. Iré a la pensión que me recomienda y después, cuando sepa algo más, tomaré una decisión.

—Sí, claro, claro, disculpa —le respondió el hombre—. Bueno, ahí, en la tarjeta que te he dado, tienes mi teléfono. Llámame desde una cabina para cualquier cosa que necesites. Estaré encantado de ayudarte. Ya me pondré yo en contacto con doña Justina, si es que decides quedarte y aceptar mi propuesta.

Estaban en la estación de Atocha. Se despidieron. Lisa estaba desconcertada, sin saber hacia dónde dirigirse ni qué hacer. Tiró hacia el lado contrario del que tomó su acicalado compañero de viaje, tal vez por alejarse de él. La intranquilizaba su presencia. No conocía la ciudad. Preguntó y le indicaron dónde estaba la calle Atocha. Cruzó la plaza donde estaba la estación y comenzó a subir por la calle que discurría en suave pendiente hacia el centro de la ciudad. Todo la impresionaba. ¡Cuánto comercio! ¡Cuántos coches circulaban! Ese ajetreo nada tenía que ver con su mundo conocido… ¿Y gente...? ¡Uf!, ¡cuánta gente había! Al pasar cerca de un bar que tenía sus puertas abiertas, el olor a fritura estremeció sus tripas. Tenía hambre. Entró. El ambiente era bullicioso. Tímidamente se aproximó a la barra atiborrada de gente.

—¡Marchando bocata de calamares! —oyó gritar a un camarero que atendía dentro de la barra.

—¡Oído cocina! ¡Bocata de calamares! —contestó otro desde dentro.

—¿Qué desea, señorita? —preguntó improvisadamente el camarero de la barra.

Se sorprendió.

—¡Ah, sí, bueno, pues uno de esos bocadillos, por favor! —contestó señalando el que acababa de servirle a otro cliente.

Le supo a gloria. Nunca había comido esa exquisitez. Le pareció un manjar.

Era ya tarde. La ciudad la asustaba. Decidió buscarse una pensión sin muchas pretensiones. Tendría que ser precavida para administrar su peculio, que no era muy elevado. Tenía entendido que Madrid era caro.

Subía por la calle Atocha mirando los anuncios de fondas y pensiones. Por la zona parecía que había muchas. En las puertas y en algunos balcones, a lo largo de la calle, podía leerse: »pensión tal o cual» ,«habitaciones para viajeros,« »huéspedes…«. Vio la que le había indicado el señor Gamarra: PENSIÓN

JUSTINA, PRIMERO IZQUIERDA leyó en la entrada de un portal. Se quedó un momento pensando si subir o no. Al final subió la angosta escalera. La curiosidad la empujó. En el descansillo, mal iluminado, encontró la puerta con el rótulo en una chapa que, con el esmalte blanco descascarillado, la anunciaba. Al lado derecho del cerco de la puerta, había una cadena que colgaba y por arriba se perdía en el interior por un simple agujero. Empuñó el tirador de madera, que pendía en su extremo, y lo accionó con timidez. Escuchó el sonido tenue de una campanilla. Nadie abría. Repitió otra vez con más energía. Ahora sí.

—¡Vaaaa! —oyó decir desde dentro.

La puerta se abrió. Apareció en ella una mujer más bien gruesa que, para iluminar al visitante, accionó un interruptor eléctrico que tenía a su derecha en el interior, y un foco con una potente bombilla se encendió iluminándola. Sin más preámbulos, la señora preguntó:

—¿Desea usted una habitación?

—Sí, claro… Me envía el señor Julio Gamarra. Supongo que es usted doña Justina, ¿no? El señor Gamarra dice que es amigo suyo.

Doña Justina, sin hablar, le hizo un detenido repaso visual.

Lisa entregó la tarjeta. La señora, sin moverse del umbral, la leyó. Volvió a mirarla detenidamente.

—Si se quiere quedar, vale cinco pesetas la noche —informó—, y dos por las sábanas limpias y las toallas. Se cambian cada tres noches, o cada semana, según usted vea —dijo la señora de carrerilla.

—Está bien —dijo Lisa apabullada—, pero me dijo el señor Gamarra que, si me quedaba, él ya hablaría con usted de lo del dinero.

—Sí, muy bien, muy bien…, pero usted primero pague si es que se queda. Después, cuando hable yo con el señor Gamarra, ya veremos qué dice. ¿Trabaja usted con él?

—Todavía no, pero tal vez… Me ha hecho una propuesta, pero no sé… No conozco aún cómo es el trabajo que me ofrece.

La señora Justina, plantada con la puerta entreabierta, aún no le permitía la entrada. Se la percibía desconfiada y a Lisa le pareció una situación incómoda.

—¿Y su marido? —le preguntó—. Esta es una pensión decente.

—No, yo no tengo marido, vengo sola. Es que vengo de… —quiso explicar.

—¿Sola ?Aquí de hombres nada, ¿eh? —dijo la anfitriona sorprendida, aún sin dejar entrar a Lisa—. En España, las mujeres decentes no van solas a

ninguna parte. Bueno, da igual. ¿Cuántos días te vas a quedar?

—Pues aún no lo sé —contestó con temor—. Cuando sepa cómo es el trabajo que me ha ofrecido el señor Gamarra, lo tendré más claro. Por ahora, puede que dos o tres, o a lo mejor una semana. Depende.

—¿Es que no sabes a qué se dedica don Julio?

—Pues no.

Se hizo un corto silencio primero. La oronda señora, después de mirarla de arriba abajo, se hizo a un lado.

—Anda, pasa, pasa… Aquí se paga por adelantado, ¿eh ?—dijo contundente —. Si te quieres quedar, serán siete pesetas por la habitación y la ropa, y cincuenta céntimos si quieres desayunar en el comedor. Después, también por delante, cinco pesetas por cada día más que te quieras quedar, más los extras. Si la coges por meses es más barato. Si luego lo paga don Julio, ya te lo devolveré.

—Bueno, bueno, está bien. Acabo de llegar a Madrid y todavía no sé.

—¿Y tu equipaje? —preguntó extrañada.

—Solo traigo este hatillo —afirmó Lisa temiendo que el somero equipaje condicionase su admisión.

—Anda, pasa, hija —repitió, y la invitó a entrar ahora de forma más afable —. Pareces buena persona. Perdona, pero es que no sabes tú la gente rara con la que a veces tengo que bregar… Y prefiero dejar las cosas bien claras antes. Si no me gusta, pues nada: a la calle y ya está. Digo que la fonda está completa.

Lisa entró y se quedó parada en el recibidor. Abrió la taleguilla donde guardaba el dinero y separó las siete pesetas con cincuenta céntimos que le pedía. Se las dio.

—Sígueme —dijo la señora, y echó a andar por un estrecho pasillo.

Lisa la siguió. Las tablas desiguales que formaban el entarimado crujían a cada paso. Llegaron a una puerta ciega pintada de gris con una cristalera sobre ella, que llegaba hasta el techo y permitía dar luz al pasillo. La señora la abrió y entró derecha hacia la ventana, también pintada de gris, que estaba enfrente. Tenía unas contraventanas, que abrió. Daba a un amplio patio de manzana.

—Ahora porque ya es de noche y no hay luz, pero es una habitación muy alegre —dijo mientras se acercaba a la cama y le daba unos golpecitos al colchón.

—De lana bien cardada es. Ya verás qué bien duermes.

—Sí, buena falta me hace.

—¡Ah!, por cierto, ¿cómo te llamas? —preguntó la dueña de la fonda.

—Lisa… Bueno, Felisa es mi nombre.

—Yo Justina —se presentó, y se dispuso a salir—. Si tienes algún documento, me lo enseñas. Tengo que apuntar quién se aloja en mi casa. A veces vienen los guardias a preguntar por los huéspedes.

Lisa sacó su única documentación y se la mostró. Doña Justina sacó un cuaderno del cajón de un aparador que tenía en la entrada y, chupando la mina de un lápiz de tinta, escribió el nombre de su nueva huésped.

—Mañana a las nueve puedes desayunar en el comedor un café con leche y tostadas. Algunos días tengo magdalenas. Hay otros cuatro huéspedes fijos. Todos son buena gente, ya verás. De vez en cuando entra algún viajero suelto, como tú, que se queda uno o dos días. El aseo está ahí, al final del pasillo a la derecha. Cuando lo uses, tira de la cadena y limpia con la escobilla que hay en el cubo con agua.

Y se marchó cerrando la puerta.

Había dormido bien. La habitación, aunque pequeña y sencilla, era cómoda. Le gustó el olor a jabón de las ropas de cama. Al fondo había un armario de dos cuerpos sin puertas. En él, simplemente dos baldas en uno de ellos y una barra de madera con dos perchas en el otro podían dar cabida al equipaje del viajero. A su lado, un rústico lavabo de hierro forjado, que soportaba una palangana de latón esmaltado en blanco, y debajo una jarra con agua, también blanca. Del lateral del lavabo colgaba una toalla blanca que olía bien. A Lisa le gustó acercársela a la cara y aspirar su aroma. Después de lavarse la cara, dispuso su hatillo sobre la cama y seleccionó de él una blusa limpia, una falda gris y una pelerina. En Madrid hacía frío. Tenía que salir, pero a ella no le importaban las bajas temperaturas. Ya estaba acostumbrada. Volvió a ordenar y a anudar su hatillo, estiró la cama y lo dejó sobre ella. Salió de la habitación para ir al comedor.

Percibió un agradable olor a café recién hecho al salir al pasillo.

—Buenos días, hija —la saludó la anfitriona, que, en ese momento, salía de la cocina, que estaba enfrente de su habitación, con una fuente de tostadas de pan recién fritas.

»Qué bien huele, ¡mmmmm!, ¡qué buenas deben de estar!«, pensó Lisa.

—Anda, acompáñame al comedor. Ven a desayunar. Te presentaré a tus compañeros —le dijo—. ¿Qué tal has pasado la noche?

—Hola, buenos días —contestó Lisa—. Muy bien, señora. Todo estaba perfecto y muy limpio. He descansado mejor que en mi propia casa.

La siguió. Al fondo del pasillo estaba el comedor. Entraron. Por los dos grandes balcones que daban a la calle, con las hojas de madera abiertas al máximo y las espesas cortinas descorridas, se colaba a través de sus cristales una luz que cegaba al entrar desde el oscuro pasillo. En el centro había una amplia mesa ya dispuesta con cinco grandes tazones y con todo lo necesario para ofrecer un buen desayuno que acogía ahora, ya sentados, a tres huéspedes de muy diverso porte.

—Buenos días —dijo la señora Justina saludando a los presentes al mismo tiempo que depositaba la olorosa fuente de tostadas—. Señores, les presento a esta jovencita que llegó anoche. Se llama Lisa y ha venido a Madrid para establecerse y ganarse la vida aquí. Espero que no se confundan y la traten con el respeto que se merece.

Los tres huéspedes presentes se quedaron mirando a la recién llegada. Permanecieron sentados. Todos menos un señor de mediana edad, que raudo se levantó y saludó a la nueva residente.

—Hola, señorita Lisa, me llamo Manuel —dijo apartando una silla que estaba próxima a él y ofreciéndole asiento—. Soy representante de… bueno, pues de todo un poco, ya sabe usted. Pero siéntese, siéntese. Ya tendremos tiempo de conocernos mejor.

Los otros dos comensales la saludaron con una sonrisa y un simple »buenos días«.

—Este es Juanito —dijo la señora señalando a un joven que no debía de tener más de veinte años—. Es un estudiante de música del conservatorio que hay ahí un poco más abajo. Lo llamamos »el flauta«. No por el instrumento que estudia, no, que creo que es el oboe, sino por lo delgado que está. ¿No lo ves? Yo creo que es como uno de esos cochinitos de mala clase que, por más que comen, no engordan… Porque ¡no veas lo que come el chaval! Si me descuido, me arruina.

—Ya será menos, señora Justina —contestó el aludido—. Ya le paga bien mi padre, ya. Mas de lo que vale, diría yo. Hola, Lisa. Bienvenida —dijo ahora el joven dirigiéndose a ella.

—Y este es don Julián —dijo la señora señalando a un hombre de edad avanzada que, desprendiéndose una servilleta que tenía sujeta al cuello de su

camisa, intentaba ponerse de pie para saludar—. No se mueva, don Julián, quédese sentado, que usted ya no está para estos trotes.

Lisa los saludó a todos con un movimiento de cabeza y una sonrisa.

—Don Julián es un antiguo funcionario de ferrocarriles —aclaró doña Justina mientras todos la miraban—, de los de antes de la guerra. Ya es mayor y no trabaja. Dice que está elaborando un plan para los trenes del futuro, que ya no tendrán que ir a vapor. Bueno, él sabrá. No sé de dónde le entrará el dinero, porque de aquí sale poco. Siempre está encerrado en su habitación con sus cuadernos y sus libros. Claro que, a mí, mientras me pague su hijo, que lo hace religiosamente todos los meses, me da igual.

—Mucho gusto en conocerlos a todos —dijo Lisa mientras se sentaba en la silla que le ofrecían y se disponía a desayunar.

—Falta uno: Ramirito Manzano —dijo doña Justina enfatizando el nombre —, que dice que es representante de artistas. Ese se levanta tarde, porque todos los días anda por ahí hasta las tantas. Es muy simpático, eso sí, pero… ojo con él —le dijo ahora en voz baja a Lisa, aprovechando el momento en que, acercándose, la daba una servilleta.

Lisa no entendió la advertencia.

Después del agradable desayuno, el afable don Manuel, el representante de »de todo un poco«, quiso curiosear sobre la nueva compañera de pensión.

—Entonces, señorita, ¿usted no conoce Madrid? —preguntó para iniciar el acercamiento—. Venga, venga usted aquí y siéntese un momento y pregunte. Yo le explicaré todo lo que necesite saber.

Lisa accedió. No tenía prisa y realmente necesitaba todo tipo de información. Estaba desorientada.

—Está bien, muchas gracias. Realmente necesito…

—Pregunte, pregunte.

—Lo primero que tengo que hacer es un encargo que me hicieron en Zaragoza. Es entregar un paquetito a una persona que trabaja en el Teatro de la Zarzuela —explicó Lisa.

—¡Ah, sí, el Teatro de la Zarzuela! No está lejos. Es subiendo hasta la plaza de Neptuno, donde está esa fuente tan bonita del dios griego… Bueno, si quiere yo puedo acompañarla. Tengo que ir por esa zona a ver si coloco algo de lo mío.

—Pues con mucho gusto —afirmó Lisa—. Yo no conozco nada de Madrid.

Lisa recogió el pequeño paquete que le habían entregado en Zaragoza y salió de la pensión acompañada de don Manuel, el representante.

—Así que no sabes en qué quieres trabajar ni por dónde empezar a buscar.

—Pues no —afirmó Lisa—. No tengo una profesión concreta, solamente mi buena disposición… Algo surgirá.

—Sí, claro —respondió don Manuel pensando cómo podría ayudarla.

—Aunque parece que, por aquí, para eso de hacer recados se puede encontrar trabajo —afirmó Lisa.

—¿Por qué dices eso? —preguntó don Manuel interesado.

—Pues mire usted, por este recadito que voy a hacer ahora, que solo es entregar un paquetito, ya me han pagado en Zaragoza diez pesetas. Ayer, en el tren, conocí a un señor con muy buena planta que me ofreció un trabajo de »chica de los recados« para llevar papeles a ciertas personas, y hoy, antes de salir, doña Justina me ha dado un sobre con papeles para que lo lleve a una dirección del centro. Dice que se lo dejó esta mañana muy temprano don Julio, el señor que conocí en el tren. Me ha dado cincuenta pesetas y dice que no tengo que pagar nada de la pensión. Bien fácil, ¿no le parece?

—¿Papeles? —preguntó don Manuel sorprendido—. ¿Y qué tipo de papeles?

—No lo sé. Documentos…, tal vez. Pero me pareció que todo es como muy en secreto. Me dijo que la discreción y el silencio eran muy importantes. Que no tengo que decir a nadie a quién llevo algo y a dónde lo llevo.

—Ay, niña…, ten cuidado con quién tratas y en dónde te metes —le advirtió don Manuel—. ¿Y cómo era el tipo ese que conociste?

—Muy elegante. Vestía muy bien y me dio una tarjeta para que se la entregase a doña Justina.

—¿A doña Justina...? Que anda implicada en todos los asuntos que le salen sin mirar nada de lo que se trata. Desde estraperlo a… yo qué sé…, cualquier cosa. No me gusta un pelo lo que me cuentas. Ten cuidado —le advirtió don Manuel—. ¿Y qué llevaba con él?

—Pues maleta no. Solo uno de esos portafolios, me pareció. Me llamó la atención su tarjeta, que llevaba impresa en una esquina la bandera de España.

—Pudiera ser del Gobierno, o que se quisiera hacer pasar por alguien del Gobierno.

—No sé; dijo que era profesor.

—Ya, algo tenía que decir —afirmó temeroso don Manuel—. Mira, ten cuidado. Ahora hay muchos negocios muy raros, porque las carencias ofrecen muchas oportunidades, pero los que se llevan la pasta no suelen ser los que dan la cara y buscan gente ingenua, como tú, para que les resuelvan las papeletas y corran los riesgos.

—Me dijo que solo consistía en llevar unos sobres o unas carpetas a donde él me dijese. Así de fácil.

—Ya, ya, claro… ¿Y qué contendrían? Ahí está el problema. Si lo que contienen es ilegal y te coge la Policía, ellos se lavan las manos y no quieren saber nada.

—¿Ilegal? ¿Y qué podrían contener que me complicase la vida a mí?

—Por ejemplo, documentos falsificados.

Lisa se quedó pensando. Ella no había reparado en nada de eso. Estaba despertando a otro mundo desconocido y se daba cuenta de los peligros que la acechaban. Se quedó pensando.

—¿Tú has oído hablar de las *ratlines*? —atajó ahora don Manuel, sorprendiendo a Lisa para ponerla en situación—. No, claro… Cómo vas a oír tú hablar de eso allí por tu pueblo.

—No, no sé lo que es eso.

—Pues significa »ruta de ratas« —le explicó don Manuel—. En la jerga náutica, así se llama a las cuerdas horizontales que sirven como peldaños de las escaleras que se usan para subir a lo más alto del mástil de un barco. Cuando este se hunde, se piensa que las ratas, para intentar salvarse de morir ahogadas, trepan por ellas. Las rutas de ratas o *ratlines*, que es su nombre en inglés, es el nombre que les han dado a los sistemas de escape para nazis y otros fascistas que intentan abandonar Europa para salvar el pellejo; ahora que parece que los alemanes reculan y están perdiendo la guerra que iniciaron.

—¡Ah! Comprendo.

—Intentan largarse a Sudamérica: Argentina, México, Brasil…, principalmente. Y lo hacen desde países donde encuentran mayor facilidad. España es uno de ellos. Cruzar el Atlántico en barco suele ser la forma más usada.

—¿Y usted cree que el señor que conocí se dedica a ayudarlos a escapar?

—Pues no me extrañaría nada. Tal y como me lo describes, o es eso o algo parecido. Para moverse en ese asunto tienen que conseguir documentos y, lógicamente, serán falsos, y tienen que crear la infraestructura necesaria para

hacer posible su fuga. También requerirá de papeleo y gestiones. ¿Te das cuenta del enorme negocio que es poner a salvo a esos nazis a quienes, si los apresan, los matarán?

—Sí, claro. —Se quedó Lisa reflexionando.

—Ahora entenderás lo de la discreción, y también que, si tú eres el correo y te descubren, pues estás muerta. No pueden dejar cabos sueltos —le advirtió don Manuel—. No te metas en esos líos, es mi consejo. Encuentra un trabajo sencillo, como dependienta de una tienda o lo que sea. Algo que tú puedas controlar y que esté claro. Ten mucho ojo. Aquí, por Madrid, hay mucho farfullero que habla y habla solo para liarte.

—Muchas gracias por la aclaración y por su consejo. Puede que tenga usted razón. Trataré de no involucrarme, pero, de momento, tengo que obtener algún dinero. Tengo poco y necesito subsistir. Este encargo ya no puedo rechazarlo. Tengo que hacerlo, pero después buscaré otro trabajo más sencillo y que esté más claro, como usted me aconseja… Sin riesgos.

—¿Y adónde tienes que llevar ese sobre? —preguntó don Manuel curioso.

—No puedo decírselo. Ya sabe usted la condición.

Habían llegado a las puertas del Teatro de la Zarzuela de Madrid. Don Manuel se despidió y Lisa se dispuso a entrar para terminar con su encargo.

40

El capitán Estévez, desde que conoció la dirección a la que, supuestamente, Gabino quería llegar para ver a su mujer, ansiaba ir a Madrid y organizar un plan para capturar a su codiciada presa. Su empecinamiento parecía enfermizo.

Las duras actuaciones militares en la zona del Maestrazgo habían disminuido. La »limpieza de maquis« había sido efectiva y parecía que la vida en la región estaba volviendo a la calma. Las encerronas, los tiroteos, las capturas y las trifulcas habían sido numerosas. Ahora, en Teruel y con base en esa misma capital, le sería difícil tomar alguna decisión personal que le permitiese salir para desplazarse a Madrid. Tendría que encontrar alguna fórmula para conseguirlo. Recapacitando sobre la encomienda, que también tenían, de desbaratar las estructuras del contrabando asociado al movimiento maqui, pensó en inducir a su superior para que tomase la decisión de actuar con ese objetivo, y tal vez así le permitiese moverse con mayor libertad de acción.

—Mi teniente coronel, ¿da usted su permiso? —dijo el capitán llamando con los nudillos a la puerta de su despacho.

—Pase.

—¡A sus órdenes, mi teniente coronel! —dijo al entrar, cuadrándose y haciendo el saludo militar al mismo tiempo que daba un sonoro taconazo—. Vengo a informarle de lo encontrado en el registro de la masía que atacamos hace unos días, donde se refugiaba una numerosa partida de maquis.

—¿Hubo muertos? —preguntó mostrando más interés por el resultado de la refriega que por lo que encontraron.

—Sí, mi teniente coronel. Tres de los suyos y dos de los nuestros: un sargento de la Guardia Civil y un soldado de mi regimiento.

—¿Y prisioneros?

—Se escaparon, mi teniente coronel. Pero dejamos un pelotón de cazadores de montaña para que los siguieran y acabasen con ellos como fuera.

—Ya… Infórmeme del resultado de esa persecución. Tenemos que terminar con todos esos insurrectos —ordenó—. ¿Y qué es lo que ha encontrado de

interés en ese registro?

—Pues mire usted, mi teniente coronel, encontramos este cuaderno —contestó mostrándolo—. Yo creo que son cuentas, nombres y teléfonos de gente de la infraestructura del contrabando. Ya sabe que también tenemos orden de destruirla, porque desestabiliza la economía de nuestro país.

—Bien. Investigaremos e intervendremos en su momento —dijo el jefe superior queriendo concluir—. Déjeme aquí ese cuaderno, que ya lo revisaré yo despacio.

—Tengo algo más que contarle, mi teniente coronel —expuso el capitán viendo que no lograba su objetivo e intentando reforzar su plan.

El militar dejó sobre el escritorio los papeles que tenía en las manos y el cuaderno que el capitán le había entregado y, curioso, se lo quedó mirando cansinamente.

—A ver, capitán, suelte ya lo que sea. No me haga perder más tiempo.

—Sí, mi teniente coronel —prosiguió—. En el asalto que mi batallón hizo a una borda, allá por los Pirineos navarros, cerca de Navascués, refugiado con los maquis había un hombre que pertenecía a la organización de los contrabandistas y que tenía como objeto contactar con los que pasaban los productos por la frontera, con los agentes que los distribuían y con los que mercadeaban. Era el enlace que coordinaba todo y que después informaba al pope de todo el asunto. Lo prendimos y pensé que nos podría ser útil si lo inducíamos a colaborar con nosotros.

—Un infiltrado… —observó ahora, más interesado, levantando la cabeza y mirando al capitán—. Bien pensado. ¿Y cuál ha sido el resultado?

—Pues aceptó, con la promesa de que le daríamos libertad de acción y, como supuse, nos ha revelado la estructura de su red por esa zona. Tenemos ubicados a sus contactos y ahora estamos en disposición, siempre ateniéndonos a sus órdenes, claro, de acabar con ella.

—Muy bien…; ¿y qué es lo que usted propone?

—Mi teniente coronel, los agentes que transportan productos por esa zona terminan concentrándose por Lleida o Pamplona y llevan los productos ilegales a un almacén que hay en Zaragoza. Allí los guardan y después los distribuyen por diferentes lugares, principalmente en Madrid. Es una empresa de transportes que gestiona y dirige un tal Rogelio. Desconozco su apellido. Propongo arrestar a ese Rogelio, eliminar su estructura y requisar los productos destinados a ser distribuidos.

—Ya, sí, sí…, claro… —se quedó dubitativo moviendo la cabeza de arriba abajo y, después de un corto silencio, para hacer reflexionar al capitán, le preguntó—: Vamos a ver, capitán, si intervenimos como usted propone, ¿qué conseguiríamos?

—Pues desbaratar su red de distribución y se acabó el negocio, mi teniente coronel.

—Sí, sí…, eso está muy bien. Es evidente que la desbarataríamos —contestó reflexionando y acariciándose el mentón sin dejar de mirar a su interlocutor—. Y… ¿a quién haríamos daño, capitán?

—Pues no sé, mi teniente coronel, a los dueños de esos negocios, digo yo.

—Efectivamente, a los dueños de esos negocios. Ahora piense un poco, capitán —dijo el superior—. ¿Y quién en este país puede estar interesado en que ese tráfico no se interrumpa y deje los lucrativos beneficios que parece dejar?

El capitán Estévez se quedó parado. Comprendió. No sabía qué contestar.

—Pero es que nosotros tenemos orden de… —se interrumpió pensando ahora que había podido meter la pata.

—Claro, claro, capitán. Sí, nuestra orden es evitar el estraperlo y requisar esos productos que no están proporcionando ningún ingreso a las arcas estatales, pero ¿dónde se produce el trato? —dijo mirando fijamente al capitán —. Pues entre esos buhoneros que menudean y los compradores del producto en la calle; no entre el contrabandista, que pasa las cosas sin permisos, y sus distribuidores. Nosotros lo que tenemos que hacer es evitar que al pueblo se le suministren esos artículos o, mejor, impedir que el público los demande y que busque el estraperlo. Es ahí donde tenemos que intervenir: para que la gente se asuste y no les compre nada a los estraperlistas.

El capitán se quedó callado sin apartar la vista. No sabía qué decir. Ahora parecía que su castillo de naipes se venía abajo.

El teniente coronel miraba al capitán y se ponía en su lugar.

—Está bien, capitán. Supongo que me ha comprendido. Si actuamos en la cabeza, puede que las primeras en rodar sean las nuestras, ¿lo entiende?

—Sí, mi teniente coronel —dijo compungido—. Yo creía que…

—Nada, nada, capitán. Pero usted lo está haciendo bien —afirmó el teniente coronel ahora intentando quitarle hierro al asunto—. Usted siga con su red de espías y consiga datos, nombres y lugares. Siempre nos valdrán. Anote citas y encuentros, todos los datos que pueda, pero no intervenga.

Solamente obtenga información y guárdela. Controle a sus hombres y a ese individuo que tiene infiltrado. Sígale los pasos y no levante la liebre.

—A la orden, mi teniente coronel —contestó el capitán con el ánimo decaído.

Iba a salir del despacho cuando su superior lo detuvo.

—Un momento, capitán. Por esta zona tenemos ya todo casi controlado. Nos basta con que quede aquí un retén del Ejército por si fuese necesario, aunque no lo creo. La Guardia Civil ya nos las apañamos sin mucha ayuda. Ahora me pondré en contacto con la comandancia de su regimiento para liberarlo de este servicio y pediré que lo destinen a Zaragoza… ¿No es ahí donde dice usted que será más efectivo?

—Sí, mi teniente coronel —contestó el capitán—, si es que pretendemos conocer los entresijos de la estructura del estraperlo.

—Pues adelante, capitán. Ahora será usted más policía que soldado —afirmó el teniente coronel—. Hombres inteligentes como usted es lo que España ahora está necesitando.

El capitán Estévez y su unidad destacada en el Maestrazgo fueron relegados.

Ya en Zaragoza, sus soldados disfrutaban de un merecido descanso, pero él, ahora con el beneplácito de sus jefes, se encontraba deseoso de seguir con sus indagaciones. Si en un principio su obsesión era solamente la de capturar a ese tal Gabino, responsable de su fracaso en Vidángoz, ahora, a medida que llegaban a él nuevas informaciones, se iba formando en su cabeza un complejo esquema de actividades ilegales, contrabando a gran escala, espionaje, confabulaciones o vaya usted a saber qué otras cosas se le ocurrían como posibles. Hoy se imaginaba una trama, mañana otra, y estaba ansioso de recabar datos que le hiciesen componer el rompecabezas que, estaba seguro, terminaría descubriendo y que pondría una buena nota en su hoja de servicios. Si lograba resolver el enigma que se imaginaba, con seguridad lo ascenderían.

Su nueva actividad policial y de investigación lo apasionaban.

—¡Sargento! —llamó en voz alta sin levantarse del sillón de su escritorio.

—¡A la orden, mi capitán! —contestó solícito desde el exterior presentándose de inmediato en el despacho.

—¿Qué sabemos de nuevo de Felipe Ortiz, el contrabandista que tenemos enganchado y que nos hace de topo en esa organización? —preguntó el capitán—. ¿Nos informa de cosas?

—Sí, mi capitán —afirmó cuadrándose ante el oficial al mismo tiempo que contestaba—. Nos va dando algún dato de vez en cuando y yo los voy apuntando para pasárselos a usted, mi capitán: fechas de entregas, algún nombre…, pero siempre cosas pequeñas.

—Está bien, páseme esas notas. Ya veré yo si son pequeñas o grandes —dijo imponiendo autoridad—. ¿Está Felipe Ortiz en Zaragoza?

—Sí, mi capitán. Ayer mismo nos informó de un sospechoso exceso de movimiento por la zona. Dice haber visto, entrando y saliendo del almacén de transportes, a hombres que no conocía antes, que le parecía que no eran de aquí. Él diría que son alemanes o de por ahí, que no parecen españoles. Y lo que le pareció más le extrañó fue que no llevaban nada cuando entraban al almacén ni nada cuando salían… Ningún bulto de mercancía, que era lo habitual.

—¡Date…! ¡Lo que yo sospechaba! ¡Alguna actividad gorda se lleva entre manos detrás del inocente estraperlo! ¿Y dices que los alemanes frecuentan el almacén? —se sorprendió—. Pues eso no me gusta un pelo.

—Puede que vayan a hablar de negocios, mi capitán.

—O que ellos mismos sean el negocio —pensó en voz alta—. Se habla de que hay un trasiego de nazis por nuestro país por lo del wolframio, o porque muchos están intentando ponerse a salvo desde aquí y largarse antes de que termine la guerra, que ya dan por perdida. Franco, que es muy listo, tiene controlados a los nazis y conoce sus intenciones; aunque les da sedal para que crean que está con ellos. Tenemos un gran caudillo. Convoque usted para esta tarde a las cinco una reunión aquí, en mi despacho, para darles instrucciones más concretas a ese Felipe Ortiz y a los hombres que usted ha dispuesto para el seguimiento. De paisano.

—A sus órdenes, mi capitán.

No eran aún las cinco de la tarde y ya estaban en el edificio de oficiales del cuartel esperando a ser llamados los dos soldados destacados y el contrabandista Felipe Ortiz. Junto con el sargento se reunieron en el despacho del capitán.

Todos esperaban a que el capitán les indicase el motivo de la convocatoria. Los informó:

—Necesito una información más detallada de todo lo que ocurre en ese almacén de transportes… Sin que ellos se enteren, claro. Todas las actividades que consideren que se salen de lo habitual quiero que las investiguen. Gente sospechosa que entre y salga. Me interesa conocer mejor ese trasiego de gente que no parece que sean estraperlistas. ¿A qué van? ¿Qué llevan o qué recogen? Y, sobre todo, ¿adónde lo llevan después y con quién contactan? Si es necesario desplazarse a otra localidad, se lo comentan al sargento y él les dará instrucciones. Usted —dijo ahora dirigiéndose a Felipe Ortiz—, encuentre la forma de acercarse más a ese dueño o encargado del almacén. Me interesa conocer mejor todo ese movimiento de gente.

—Sí, capitán. Sé que hay individuos que no parecen los clásicos estraperlistas que frecuentan el almacén —afirmó Felipe Ortiz—. Me ha informado uno de mis contactos de que son »correos« que distribuyen por otras ciudades. Generalmente a Madrid…, y no son objetos o artículos de contrabando, como siempre, lo que transportan. Que son papeles normalmente. Desde Zaragoza parten en diferentes medios de transporte.

—Es lo que me temía —aseguró el capitán—. Espías, son espías.

—No sé si serán espías, pero que no son de los del estraperlo, eso seguro —explicó el infiltrado—. Incluso el otro día, me han dicho, contactó con una mujer y le hizo un encargo para entregar algo en Madrid.

—¿Una mujer? ¿Y qué sabes de ella?

—Aún nada, pero pronto me informarán. Tengo allí a un tipo que apunta todo: nombres, destinos de las entregas, contenidos si puede enterarse… Todo.

—Bien. Siga indagando. Consideraré su servicio. Mañana lo espero por aquí a esta misma hora y me da toda la información que recabe, ¿entendido?

—Sí, señor capitán.

Cuando se marchó Felipe Ortiz, el capitán volvió a llamar al sargento.

—¿Da su permiso, mi capitán?

—Pase, pase… A ver, sargento, ¿cómo son esos dos que usted ha seleccionado para el seguimiento del individuo este que se acaba de marchar? ¿Son listos?

—Sí, mi capitán, son muy *espabilaos*. Uno de ellos dice que ha trabajado de detective privado, y el otro, antes de la mili, trabajaba en no sé qué ministerio y ahora pensaba reengancharse de cabo primera para hacer carrera en el Ejército.

—Bien. Disponga todo para que puedan desplazarse a Madrid, por si tienen que seguir a alguien. Documentación y una orden de comandancia que puedan mostrar si se lo requieren. Obténgales un permiso de arma ligera. Tráigame a mí la solicitud para que la firme. Cada día póngase usted de acuerdo con ellos: que lo informen a usted telefónicamente de la actividad y, si lo considera usted interesante, me pasa la comunicación. Que vistan siempre de paisano, sin llamar la atención. Si no tienen ropa, se la proporciona usted. Alguna gabardina habrá por ahí… Y lo que necesiten.

Al día siguiente, a la hora acordada, ya estaba allí Felipe Ortiz con la información requerida.

—A ver, cuénteme usted qué ha averiguado —le exigió el capitán Estévez.

—Pues me he enterado de que la mayoría se lleva unos documentos que antes lleva allí un tipo que los hace en su casa. Un falsificador se dice que es, pero aún no sé quién es ni dónde vive.

—Bien. A ese, de momento, dejadlo tranquilo. Solo me interesa saber quién es y dónde está su casa, o dónde hace esas falsificaciones. No hay que asustarlo. Ya le haremos una visita cuando corresponda. Me interesa más saber quiénes son esos que se llevan los documentos y a dónde los llevan. Averígüelo. Si su contacto toma nota de nombres y direcciones, eso es lo que me interesa.

—Sí, claro. La mujer de la que le hablé ayer dice que es una que venía del norte, de Jaca o de por ahí, y que el jefe le entregó un paquete pequeño para que lo llevase a Madrid. Que no saben qué contenía, pero que era para una tal Carmen, que vive en la calle Jovellanos de Madrid. Le extrañó, porque ponía que era un teatro.

—¿Y esa mujer cómo se llamaba? —preguntó ansioso de información.

—No lo saben, pero creyeron escuchar que dijo que se llamaba Felisa, o Lisa…, o algo así.

—¿Del norte? ¿Lisa? —intervino el sargento—. ¿No será esa que se nos escapó de Vidángoz y que dice usted que iría a buscar a ese Gabino que a usted le interesa?

—Podría ser… Esa dirección coincide con la que encontramos en la masía de los maquis. Sigan ustedes investigando —les ordenó a los dos, entusiasmado—. Necesito conocer los movimientos de esa mujer. Usted, sargento, desplace a sus hombres a Madrid y empiecen siguiendo su pista desde el sitio donde tiene que entregar el paquete. No tenemos otro contacto ni otro punto de partida. Entérense de todo sin que ella lo perciba: quién es, dónde vive en Madrid, a quién ve, con quién habla y a dónde va en cada momento. Seguro que, tirando del hilo, desenredamos la madeja.

41

Lisa se encontraba en la puerta del Teatro de la Zarzuela. Ella había oído hablar de esas obras de teatro cantadas que no eran óperas y que llamaban zarzuelas. Recordaba haberlas oído en la radio.

El edificio la impresionó. Era monumental. Estaba situado en un ensanchamiento de la calle a modo de plazoleta. Tenía cinco puertas, ni más ni menos. Entró al enorme vestíbulo por la única que estaba abierta. Estaban limpiando. Una vez dentro, había otras puertas que daban al interior, donde supuso que se situarían los espectadores. Permanecían abiertas mientras el equipo de limpieza faenaba en el interior y, aunque no todo estaba iluminado, se dio cuenta de la espectacularidad del recinto. Se asomó a una de ellas. ¡»Dios mío ,si es enorme!,« exclamó para sí. Miró hacia arriba y se impresionó por la dimensión del espacioso lugar. Además de la parte de abajo, plagada de butacas rojas, había otras tres plantas acabadas en semicírculo, como si fueran balcones, y en el centro, una cúpula con una enorme lámpara, que ahora estaba apagada, pero que debía de ser impresionante cuando todo se iluminase.

—Señorita, ¿qué desea? —alguien le preguntó acercándose por su espalda mientras permanecía extasiada, parada en la puerta que daba al interior.

—¡Ah, sí! Perdone, estaba distraída. Es que nunca había visto un teatro así y… Bueno, mire usted, busco a una señora que se llama Carmen Maestre, que me han dicho que trabaja aquí, y traigo un paquetito para ella.

—Bien, pues déjemelo a mí, que yo se lo entregaré.

—No, perdone, pero tengo que entregarlo en mano. ¿Puede usted indicarme cómo la encuentro?

—Sí, es la sastra —respondió dubitativo el empleado—. La que se encarga del vestuario de los actores. Ahora la llamo.

Unos minutos después, estaba Lisa distraída observando las fotografías de una de las funciones cuando a su espalda alguien la chistó.

—Hola, ¿quería usted verme?

Lisa se volvió.

—¡Ah, sí! ¿Es usted Carmen Maestre?

Carmen era una mujer hecha, de unos treinta o treinta y cinco años. Atractiva. Con una belleza natural sin aditamentos ni retoques, pero de un aspecto agradable. Llevaba puesto un vestido gris sobre cubierto de un delantal blanco. Sobre él, a la altura del pecho, en el lado izquierdo, llevaba un acerico con agujas y alfileres y, sobresaliendo de un amplio bolsillo delantero, se apreciaban unas tijeras sujetas con una cinta roja. Calzaba unos sencillos zapatos planos también grises.

—Sí, yo soy Carmen Maestre. ¿Qué desea?

—Traigo un paquetito para usted. Me lo dieron hace unos días en Zaragoza para que se lo entregara en mano, y eso hago —dijo Lisa al tiempo que le ofrecía el envoltorio con su nombre y dirección.

—Gracias —contestó al tiempo que tomaba el pequeño paquete. Lo miraba y remiraba volteándolo entre sus manos sin emitir palabra ni moverse del sitio.

A Lisa la extraña reacción la sorprendió.

Carmen, apartándose despacio a un lado, con demasiada calma, lo abrió.

A Lisa, que la observaba, su reacción la intrigó. No sabía qué pensar ¿Qué contendría el paquete? ¿Lo esperaba? La curiosidad la paralizaba, no podía marcharse; quería saber qué era lo que había transportado y qué había causado esa extraña reacción en su receptora.

Carmen sacó de él un pequeño envase de vidrio, que le pareció un vial para inyectar, y la nota que Gabino le escribió. Inmediatamente, tras leerla, irrumpió en un amargo llanto. Sin decir palabra, primero se apoyó en un mueble y, después, compungida, se sentó en una silla que había por allí. Con el rostro entre las manos, no dejaba de llorar.

Lisa la miraba y no sabía qué hacer. No comprendía nada. Tenía curiosidad por saber qué contenía el paquete que le había entregado y qué le había provocado ese desasosiego. Se acercó a ella, que lloraba desconsolada, y le ofreció un pañuelo que llevaba en un bolsillo de su falda. Puso la mano en su espalda e intentó consolarla, aunque no le salían las palabras. No sabía por qué lloraba.

Carmen, de pronto, gimiendo, levantó la cabeza y le preguntó mirándola a la cara:

—¿Usted conoce a Gabino? ¿Esto se lo ha dado él?

—¿A… a Gabino? —respondió Lisa balbuceante sin comprender nada—. Bueno, yo no… A mí me lo dio un señor en Zaragoza y… ¿Por qué me

pregunta si conozco a Gabino? Conozco a un Gabino, pero no creo que sea… Bueno, no sé.

Carmen no paraba de sollozar.

—Sí… En este paquetito Gabino me mandaba una medicina para curar a nuestro niñito, que había cogido las fiebres. ¿Fue él quien se lo dio? ¡Tenía que estar por allí! ¿Lo ha visto usted? ¿Cómo está?

—Le repito que a mí me lo entregó un señor en Zaragoza para que se lo trajese a usted y me dio dos duros… No sé nada más.

Ahora Lisa empezaba a caer en la cuenta. No sabía cómo se había desarrollado todo ni cómo el paquete acabó en sus manos, pero recordó la declaración que, en Vidángoz, le hizo Gabino sobre su relación con una mujer y su paternidad. Esa debía de ser la mujer con la que Gabino había tenido un hijo y a la que ahora buscaba. Seguro… ¡Era ella! La mujer que su amado Gabino quería encontrar era esa: Carmen Maestre, a la que acababa de entregarle el encargo que le hizo el hombre de Zaragoza. ¿»Y cómo había llegado el paquete de Gabino a Zaragoza,«? se preguntaba. Un cúmulo de coincidencias había hecho que ella fuese la portadora y el enlace entre su amado y su rival.

No sabía cómo reaccionar. Le daba pena y, al mismo tiempo, surgieron los celos. La congoja le invadió el pecho. Recordó que era precisamente a ella, a esa mujer, a quien Gabino venía a ver para rehacer su vida, para crear una familia y olvidarse definitivamente de ella. Odio. Ahora sentía odio…, o tal vez envidia. Pero, por otra parte, un sentimiento de ternura aparecía en ella. ¿Podría ser compasión...? Tal vez. No sabía cómo comportarse ni cómo analizar lo que estaba sintiendo.

—No, yo no he visto a ese Gabino…, al que usted se refiere —mintió cuando pudo reaccionar—. En Zaragoza me dieron el paquete para que se lo entregase a usted…, y nada más.

Carmen, sentada, con la carta y el pequeño envase del medicamento en las rodillas y la cara entre las manos, lloraba y lloraba. Balbuceante dijo:

—Pobrecillo Gabino… Me envía esta medicina para curar a nuestro Juanillo, pero llega tarde —dijo entre sollozos—. Mi niño cogió esas fiebres que llaman tifoideas y no pudo con ellas. Me ha dejado sola. Siete años tenía.

Lisa quería consolarla, pero no sabía cómo. Cogió su cabeza y la apoyó en su pecho. Tampoco sabía qué decir.

—En esta nota que me escribe dice que vendrá y que lo tiene difícil —dijo Carmen mostrando el papel entre sus dedos.

—No sé qué decirle, doña Carmen. Lamento mucho lo de su niño. No sé qué puedo hacer por usted… Ahora tengo que marcharme. Vendré a verla en otro momento si usted quiere.

Carmen, entre sollozos, volvió a preguntarle.

—¿De verdad que usted no ha visto a mi Gabino? ¿Y cómo le llegó este paquete a ese señor de Zaragoza que dice usted que se lo dio? A él se lo tuvo que entregar Gabino.

—Pues no lo sé… No, no he visto a Gabino —afirmó sin darse cuenta de que ya hablaba de él con la familiaridad de ser de conocimiento común.

Realmente Lisa estaba compungida. De repente su situación se había tornado incierta, sin sentido, difícil…, o tal vez imposible. No sabía cómo proceder ahora. Había partido de su pueblo buscando a Gabino por un impulso que ella quería definir como amor. Pero ahora, después de conocer a Carmen y sus circunstancias, se preguntaba: ¿»Estaré comportándome bien? ¿Tengo derecho a irrumpir en la vida de esta mujer y del hombre que amo cuando ellos ya tenían diseñado su futuro? Según me dijo —reflexionaba—, Gabino estaba actuando con responsabilidad, por eso venía a buscar a esta mujer… ¿La quería?.« La duda la atormentaba. »Pero —se decía para autoconvencerse— al no tener ya en común el hijo que los unía, ese lazo ya está roto y entonces….« En fin, menudo lío tenía. Tendría que haber previsto que ese encuentro podría ser inevitable. Dos mujeres amando al mismo hombre no se conjugan bien. Tal vez lo mejor tendría que haber sido que el propio Gabino hubiese tomado su decisión cuando conociese la realidad. Entonces pudiera ser que comprendiese que el amor que creía que lo unía a Carmen no era amor, sino simplemente el compromiso que se había creado por su paternidad, y que el verdadero amor era el que había nacido entre ellos. Pero la situación podía complicarse; Gabino, en cualquier momento, podría presentarse allí.

Gabino de ella nada sabía. No sabía de su decisión de encontrarlo ni de su viaje a Madrid. ¿Cómo reaccionaría entonces, cuando se enfrentase a las dos mujeres pugnando por su amor? ¿Debería ella poner al corriente a Carmen de la situación que estaba provocando?

Salió nuevamente a la calle y echó a andar sin rumbo. Pareció que el mundo se le venía encima. Ahora tenía dudas de si se estaba comportando bien o no.

Intentaba no pensar. Le hubiese gustado poder poner la mente en blanco y dejar que las cosas fluyesen espontáneamente. También se le pasó por la cabeza volver nuevamente a su pueblo. ¿»Cómo se encontraría su madre«?, se preguntaba. Cuando la dejó, la situación tampoco estaba segura… Andaban por allí los militares revolviéndolo todo. Lo único que, a su criterio, la protegía era su ancianidad. Esperaba que esa circunstancia hiciese que el trato hubiese sido más piadoso.

Y ahora, para más inri, se había comprometido a entregar el enigmático sobre que doña Justina le había dado al salir. Lo haría y después se olvidaría de ese trabajo. No se centraba en qué era lo que debía hacer. Todo se estaba sucediendo tan deprisa que no le daba tiempo de asimilarlo. Anduvo despacio, abstraída, analizando su situación.

Entonces —pensaba—, ¿Gabino llegaría pronto? ¿Qué debía hacer ella cuando eso sucediese? ¿Irrumpiría en la escena de la pareja esgrimiendo el derecho que le daba el haberse enamorado de un hombre que no sabía claramente si la correspondía? ¿Cómo reaccionaría él cuando se encontrase con la comprometida situación en la que lo iba a colocar?. ¡Uf…! Vaya panorama se le presentaba. Qué tonta había sido. Debería haber sido menos impulsiva y haber pensado más despacio todo esto que ahora se le venía a la cabeza. Hubiese sido mejor no haberse movido de su pueblo y haber esperado a los acontecimientos. No sabía qué hacer ni qué pensar.

Siguió andando sin rumbo. Le preguntó a un transeúnte por la dirección donde debía entregar el sobre que le había dado doña Justina. Estaba cerca. No tenía la seguridad, pero sí la sensación de que la seguían. A aquel hombre de la gabardina creía haberlo visto desde hacía un buen rato. Le pareció haberlo visto también en la plazoleta del teatro… »No sé —se dijo—, tal vez me esté equivocando. ¡Bah! Será una casualidad«.

El sargento estaba seguro de estar desempeñando bien el trabajo que le habían encomendado. Se presentó en el despacho del capitán y, después de solicitar permiso para entrar, y con el debido respeto, le informó:

—Aquí hay un lío raro, mi capitán —afirmó el Sargento—. Parece que la chica esa, la tal Lisa o Felisa, es un correo entre los nazis que andan por España y los espías o las gentes que les proporcionan cosas: papeles y otros documentos. Los hombres que he puesto en el operativo, como usted ordenó, se desplazaron hasta Madrid y me han informado que la interfecta estuvo en contacto con esa tal Carmen, la de la dirección que obtuvimos, que trabaja en un teatro. Que, de allí, después de contactar con ella, se desplazó a otra dirección y vio a un hombre que parecía alemán, al que seguramente le entregó lo que llevaba. Creemos que eran documentos de los que ahora se mueven para que los nazis importantes se larguen a la Argentina, que es uno de los países que los acogen. Cuando después se marchó, uno de mis hombres la siguió, y el otro, que se quedó por allí, comprobó que, al poco rato, otros tres hombres llegaron en un coche oficial de los de matrícula PMM, ya sabe, Parque Móvil del Ministerio… ¡Vamos, un lío de los gordos!

—Ya me daba a mí en la nariz… ¿Y adónde fue después la mujer? —preguntó el capitán.

—Pues bajó andando hasta una pensión que hay en la calle Atocha, que parece que es donde está alojada. Mientras la fuimos siguiendo, un poco antes de entrar en la pensión, la abordó un tío raro; uno muy bien vestido y engominado que llevaba una cartera. Discutieron. No supimos de qué ni por qué, pero la cogió del brazo sin mucha delicadeza y entró al portal con ella. Suponemos que subieron a la fonda. Pensión Justina, se llama. No sabemos qué líos se traían entre manos.

—Pensión Justina, ¿no? Supongo que así se llamará la dueña. Investiguen también a esa Justina. Seguro que no es trigo limpio —sospechó el capitán—. Tampoco perdáis de vista a ese tipo »bien vestido« que la abordó antes de entrar. A ver quién es y qué tiene que ver con la chica.

Habían transcurrido unos días. La labor investigadora de los dos hombres dispuestos por el sargento parecía estar llevándolos a algunas conclusiones.

Lo primero que hicieron fue interrogar a la señora Justina para intentar averiguar quién era el elegante caballero con quien se relacionaba.

—Buenos días, señora. —Irrumpieron una mañana mostrando unas placas policiales, evidentemente falsas, que paralizaron a la interpelada—. Somos de la social y queremos hacerle unas preguntas. No tema nada, solamente queremos información.

—¡Uy! Sí, sí, pasen, pasen —dijo doña Justina asustada.

—Usted trata habitualmente con un señor que viste muy elegante, ¿no?

Doña Justina quedó desconcertada con la pregunta. No esperaba de ningún modo que su relación con el distinguido don Julio pudiese acarrearle ningún problema. Ahora lo dudaba y lo temía. Realmente siempre sospechó que se ocupaba de algo sucio, pero nunca quiso indagar… Tampoco preocuparse por ello. La relación con él resultaba beneficiosa y eso bastaba.

—Bueno, sí. Supongo que se refieren ustedes a don Julio Gamarra, que es profesor de no sé qué…

—Sí, ese »profesor« —afirmó el supuesto policía que parecía llevar el mando—. ¿Cuál es su relación con él?

—¡No, ninguna¡ !Nada importante! —contestó asustada—. Él me deja aquí algún paquetito o algunos sobres de vez en cuando y luego alguien viene a recogerlos o yo se los entrego a quien él me dice…, y ya está.

—Ya. ¿Y esos paquetitos o sobres qué contienen?

—Pues miren ustedes, yo no lo sé. Me los da bien cerrados y yo no los abro. Tampoco es de mi interés. Simplemente los recojo, los entrego cuando vienen a por ellos y me paga algo por ello. Nada más.

—Muy bien, muy bien... Y la chica esa que viene por aquí o que vive aquí y que también está relacionada con él, ¿quién es? ¿Qué hace aquí?

—Ah, bueno, sí… Lisa, se llama Felisa Pascual, o Pasquel, o algo así. Por aquí tengo el libro del registro. ¿Lo quieren ustedes ver?

—No, no hace falta. ¿Y a qué se dedica esa Lisa?

—A nada…, que yo sepa. Esta aquí alojada. Ha venido, dice, a encontrarse con su novio, que no sabe por dónde anda, y a buscarse un trabajo para quedarse a vivir en Madrid.

—Y con el tipo elegante ¿qué tiene que ver?

—Creo que no mucho. Me dijo que lo conoció en el tren de Zaragoza a Madrid y que le ha hecho un par de trabajos puntuales. *Na* más.

—¿Qué trabajos?

—Pues cuáles van a ser: llevar algún sobre de estos que don Julio deja aquí a donde él le dice y ya está; le paga algunos duros por ello y a mí me paga la

habitación de la chica.

—Muy bien, claro..., ya comprendo… ¿Y tiene usted ahora por aquí alguno de esos sobres?

—Noooo… Bueno, sí, pero no puedo… No sé si… —balbuceó asustada.

—Sí, claro que puede… A ver, traiga usted aquí ese sobre.

Rápidamente doña Justina salió corriendo por el pasillo hasta su habitación y, al momento, trajo con ella un sobre de papel beige de tamaño grande, como de un folio. Se lo entregó a los »policías.«

—Por favor, no lo abran. Si lo hacen, no sé qué me harán a mí.

—No se preocupe. No nos interesa que se enteren. Solo queremos saber qué contiene. Ponga usted al fuego una tetera o una cacerola con agua. ¿Dónde está la cocina?

—Ahí dentro. Síganme —dijo echando a andar por delante.

Abrieron el sobre con el vapor y sacaron los documentos. Efectivamente, eran un pasaporte especial extendido por el Gobierno español a nombre de Otto Schneider con fecha de 1943 y algún otro documento, seguramente falsificado, como certificados de empadronamiento de la familia y hasta una cartilla de racionamiento, que intentaba demostrar haberse usado en España en años anteriores a la ocupación nazi de Europa. Volvieron a cerrar el sobre advirtiéndole a doña Justina su obligación de guardar silencio.

—Si se difunde esto, le cerramos el negocio, ¿entendido? Y ya veremos dónde acaba usted —le advirtieron.

—No se preocupen. No diré nada.

—Y del novio de esa Felisa, ¿sabe usted algo? ¿Quién es? ¿En qué y dónde trabaja?

—No sé nada. Nunca lo he visto. Tampoco me ha contado nada de él, ni a qué se dedica ni nada de nada… Ella dice que ha venido a Madrid a encontrarse con él, pero si se han encontrado o no, yo no lo sé. Tampoco le he notado nada a ella. Yo creo que no se han visto todavía… Eso se nota.

Los dos supuestos policías, para pasar más desapercibidos, habían alquilado un piso en el popular barrio de Lavapiés de Madrid. Una vez instalados allí, idearon un plan para averiguar quién era el enigmático »señor elegante« que coordinaba las entregas de documentos. Más tarde tratarían de saber su procedencia, quiénes eran sus contactos o dónde se realizaban las falsificaciones.

Lo primero que descubrieron fue que ese tal Julio Gamarra no era español, aunque todo el mundo así lo identificaba, sino que era italiano y su apellido era Agostini, y que estaba tratando de estructurar, gracias a sus contactos en el Gobierno español, una red de evasión para todos aquellos que tuviesen la capacidad económica para pagarse los documentos que él podía proporcionar. Ese era su negocio, y para ello necesitaba utilizar correos y enlaces anónimos de difícil identificación, como era el caso de Lisa.

Deberían indagar algo más sobre esa chica. Sabían del interés del capitán Estévez por apresar a ese Gabino, que lo venía atormentando desde su fracaso en los Pirineos navarros y al quien se lo atribuía. Además, ahora lo involucraba en una trama oscura que no sabía dónde podía terminar, y esperaba que, de descubrirla, le reportase un reconocido éxito en su carrera. Sabían que esa chica tendría que entrar en contacto con él, para eso había venido, y suponían que tarde o temprano así lo haría. Por lo que les habían contado, el tal Gabino pretendía encontrarse con una tal Carmen, que era la madre de su hijo. Ese sería el momento de prenderlo.

Lisa había decidido no volver a hacer los trabajos que don Julio Gamarra le encargaba. Sabía que algo raro había en todo eso y tuvo miedo; miedo a involucrarse en lo que no conocía, pero que intuía peligroso. Ya se lo advirtió don Manuel y, siguiendo su consejo, tomó la decisión de cortar con esa actividad.

—No voy a seguir con lo de sus encargos —le dijo al encontrarse con él en el portal de la pensión.

—¡De eso nada, niña !Tú ya estás involucrada y no puedes dejarlo ahora… Sabes demasiado.

—¡Yo no sé nada de nada! Solamente he llevado dos sobres a donde usted me ha dicho y nada más.

—Sí, pero has visto los nombres y las direcciones.

Lisa se echó a llorar impotente. No supo cómo reaccionar. Entró en la pensión y se fue derecha a su habitación. Se tumbó en la cama llorando, pero, rápidamente, decidida, se incorporó y se dispuso a hacer su equipaje. Cuando terminó, le echó un vistazo al pasillo. No vio ni a doña Justina ni a ninguno de los huéspedes y se marchó tratando de no hacer ruido. No se cruzó con nadie. Salía de la pensión con su bolsa, furiosa, sin despedirse de nadie. No sabía a dónde ir.

Al salir precipitadamente, casi se da de frente con don Manuel, el afable hombre que la había acompañado hasta el teatro cuando buscaba a Carmen.

—¡Eh, eh…! ¿Dónde vas tan deprisa? —la increpó.

—Ah, perdone, don Manuel. Me marcho de la pensión.

—¿Te marchas? Pero ¿ha pasado algo?

—No, no, nada —dijo sin detenerse.

Salió a la calle y tiró para abajo, hacia la plaza de Atocha. Don Manuel la siguió preguntando insistente.

—Pero, chica, cuéntame… ¿Por qué te marchas así?

Lisa continuaba caminando sin hablar. Don Manuel la aferró cariñosamente de un brazo queriendo conducirla a un bar que había allí mismo, pocos metros más abajo.

—Vamos, espera un momento. Te invito a una gaseosa y me lo cuentas.

—Mire, don Manuel, no puedo seguir aquí. El señor ese que le dije del tren se empeña en que tengo que trabajar para él y yo no quiero. Ya me dijo usted que era peligroso…, y por eso me voy. Tendré que buscarme un trabajo, porque mis recursos son escasos, pero uno decente. Que yo entienda y vea claro.

—¿Y qué piensas hacer? ¿En qué vas a trabajar?

—No sé… Tal vez de mucama. Es lo único que sé hacer. Ya veré. Algo encontraré.

—Ya, bueno… —dijo pensativo—. Si quieres, yo sé de unos señores que buscan servicio del hogar. Es en una de esas casas señoriales del barrio de Salamanca. Puedo darte la dirección, y tal vez…

—Se lo agradezco.

Don Manuel sacó una libreta de su cartera y escribió una nota y una dirección.

—Toma. Diles que vas de mi parte. De Manuel Prado, que es como me llamo. Ahí lo pongo en la nota. Ellos me conocen. El señor es del mismo pueblo que yo, por Extremadura.

—Muchas gracias, don Manuel. Iré y preguntaré.

Subió por el paseo del Prado. Era un día fresco, pero soleado. En un banco del paseo se sentó a pensar. Estaba nerviosa. Tenía que relajarse. Llegó a la dirección que le había indicado don Manuel y sacó la nota que tenía guardada en su taleguilla. El portal era impresionante. Se quedó parada en la puerta y llamó la atención del portero, que salió y le preguntó:

—¿Buscas algo o a alguien aquí?

—Sí —dijo leyendo la nota—. Vengo a casa de los señores Rodríguez.

—¡Ah, sí, doña Mónica es la señora! ¿Y qué deseas?

—Un amigo me ha dicho que estaban buscando servicio y me ha dado esta nota, que él ha escrito con su recomendación, para que se la muestre —y se la ofreció al conserje para que lo comprobase. No la cogió.

—Espere un momento, por favor —dijo entrando a su garita para usar el interfono. Al ratito salió.

—Dice la señora que suba usted. La esperan en el descansillo de la escalera.

Subió la escalera y un gracioso perrito vino a saludarla.

—¡Uy! Perdone, perdone, es que es muy cariñoso —le dijo doña Mónica—. Pero pase, por favor. Así que la envía aquí el bueno de Manuel Prado, ¿no?

—Sí. Buenos días, perdone mi atrevimiento…, don Manuel es quien me ha sugerido que venga a verlos —. Le entregó la nota y, aún con la puerta abierta sin atreverse a entrar, esperó mientras doña Mónica la leía.

—Pase, pase, no se quede ahí parada. —Entraron al amplio recibidor y la señora cerró la puerta—. Pues sí, estamos buscando una chica que sea bien dispuesta para atender esta casa. Ya hay una extraordinaria chica trabajando aquí, pero es una casa muy grande y necesitaremos dos. ¿Usted tiene alguna referencia? —preguntó.

—No, señora. Nunca he trabajado en ningún sitio. Hace pocos días que llegué de mi pueblo y estoy buscando una casa para servir. Allí, por mi tierra, somos muy pobres, y ahora más. Por eso he decidido venir a Madrid a trabajar —informó—, pero sé hacer de todo: limpiar, lavar, planchar y cocinar… Claro, cocina sencilla, como la que se hace por los Pirineos navarros.

—Seguro que será muy buena y natural. Bueno, mire, mi primera impresión es buena, así que le daré un voto de confianza y, si le parece bien, la someteré a una prueba de una semana. Después ya veremos.

—¡Ah, muy bien! Muchas gracias. ¿Y cuándo quiere usted que venga? —preguntó—. Ahora estoy en una pensión y me queda poco dinero. No tengo a dónde ir.

—Pues el señor está fuera un par de días. Tengo que consultarlo con él, aunque no creo que ponga ninguna pega. Pásese usted por aquí pasado mañana; le presentaré a mi marido y, si lo aprueba, podrá empezar de inmediato.

—Qué bien, muchas gracias. ¿Tendré días libres, señora? —preguntó. Necesitaba tener tiempo para averiguar el paradero de Gabino.

—Sí, por supuesto. Lo estipulado para el servicio doméstico interno: jueves por la tarde y domingos, siempre que no la necesitemos, claro, porque algunas veces podemos tener invitados y requeriremos de su servicio. Después se lo compensaría.

—Sí, no se preocupe. No tendré ningún problema —afirmó—. ¿Y cuál sería mi salario? No es que sea importante, pero…

—Claro, claro. Ya se me olvidaba. Tu paga será la habitual: ciento veinte pesetas cada mes. Compartirías habitación con la otra chica que ya trabaja aquí. Es importante que os llevéis bien. Se llama Petra y ahora la he enviado a la compra. Ya te la presentaré el próximo día que vengas.

—Gracias. No tendrá usted que arrepentirse. Se lo aseguro.

Salió Lisa a la calle, contenta por haber encontrado un trabajo digno, pero desconcertada. No sabía qué hacer ni dónde dormiría esa noche. Revisó su escaso peculio y pensó que tal vez podría alquilar una habitación en alguna otra pensión. Conocía poco de Madrid y, por supuesto, estaba segura de que no podría permitirse una habitación en la lujosa zona en la que se encontraba. Echó a andar sin rumbo y, casi sin darse cuenta, se encontró cerca del teatro en el que Carmen trabajaba. Debió de ser instintivo. No conocía a ninguna otra persona en Madrid que le pareciese de confianza. Estaba ya avanzada la tarde y vio cómo las luces del monumental teatro se encendían. Observó que había gente muy bien vestida arremolinada en la entrada, seguramente dispuesta a entrar para ver el espectáculo. Estaba embelesada, entretenida con el trajín, cuando alguien le tocó en la espalda.

—Hola —escuchó—. ¿Qué haces por aquí?

—¡Ah, hola! —Se volvió. Era Carmen. Sin saber por qué, se abrazó a ella soltando toda la angustia que la oprimía—. Hola, perdona, no sé cómo he llegado hasta aquí… Pero ¿tú cómo estás?

—¿Y cómo quieres que esté? Triste, sola y sin ganas de nada —contestó Carmen sin dejar de mirarla a los ojos—. Lisa, me dijiste que así te llamabas, ¿no?

—Sí, así me llamo —dijo bajando la mirada hacia el suelo en un evidente gesto de desconcierto.

—¿Te pasa algo? —le preguntó Carmen percibiendo su azoramiento.

—No… Bueno, sí. Esta ciudad es demasiado para mí. No encuentro mi sitio. Intentan engañarme y he estado a punto de meterme en un buen lío. Ahora me he escapado de la encerrona y estoy en la calle sin saber qué hacer. He dejado la pensión donde estaba, porque no me convenía, y ahora no sé adónde ir. ¿Tú conoces alguna fonda baratita que me pueda permitir? Tengo muy poco dinero, pero he encontrado un trabajo de interna en una casa. Claro, si el señor de la casa me admite. No empezaría hasta pasado mañana.

Carmen se quedó pensando un rato. No sabía si era prudente confiar en una desconocida, pero había algo en Lisa que le parecía que mostraba su buena calidad como persona.

—Mira, si quieres puedes venirte conmigo a mi casa. Vivo por aquí cerca y me vendrá bien tu compañía. Acabo de salir del trabajo y… Bueno, anímate —dijo cogiéndose de su brazo y tirando de ella para salir del tumulto—. Vamos.

Salieron de la concurrida plazoleta donde estaba ubicado el Teatro de la Zarzuela y se encaminaron hacia la casa de Carmen. Anduvieron despacio, cogidas del brazo, hacia un barrio cercano de calles estrechas escasamente iluminado, aunque se percibía ambientado. Había muchos establecimientos pequeños que aún permanecían abiertos. Tabernas y alguna tienda de ultramarinos.

Las dos mujeres iban charlando animadamente.

—Entonces, tú, Lisa, eres de por ahí arriba; de por los Pirineos, ¿no?

—Sí, soy de un pueblo muy pequeñito que se llama Vidángoz. Es un pueblo que antes no conocía casi nadie.

—¿Y ahora sí lo conocen?

—No lo sé, pero supongo que sí, que ahora será más conocido. Ha habido un buen follón por ahí arriba… Es porque han entrado soldados desde Francia y no sé qué pretendían, pero se ha armado una buena. El caso es que hay una guerra por aquellos pueblos.

—¡Ah! ¿Que han entrado los nazis a España, dices?

—No, los nazis no. Son los republicanos españoles que estaban en Francia, los que perdieron la guerra y se marcharon, que ahora han vuelto, dicen que para reconquistar España.

—¡Dios mío! ¡Ahora lo entiendo todo! —dijo Carmen deteniendo la marcha y mirando a Lisa mientras la cogió de las manos—. Mi Gabino debe de ser uno de esos que han entrado. Por eso tiene dificultades para venir aquí.

Lisa se quedó parada, en silencio, sin saber qué responderle a Carmen y con dudas de cómo afrontar la verdad y de cómo aclarar la situación.

—Gabino y yo somos del mismo pueblo. Un pueblo de Toledo —continuó explicando Carmen—. Allí, antes de la guerra, nos hicimos novios.

Lisa se quedó callada y en silencio. Siguieron caminando.

—Bueno…, novios, novios del todo no… Tonteábamos, eso sí. No habíamos hablado de casarnos ni nada de eso, pero…

Lisa seguía callada. Quería incitar a Carmen a que continuase con la conversación, pero se quedó sin palabras. Carmen la miró un momento a la cara, indecisa sobre si continuar con su confidencia.

—Yo lo quería, ¿sabes? No se lo había dicho, pero lo quería. Estaba haciendo la mili y había vuelto unos días con un permiso. Un día, en las fiestas de primavera de mi pueblo, al salir del baile quiso acompañarme a casa. Me dijo que las cosas se estaban poniendo difíciles por Madrid, que no sabía cuándo se licenciaría ni cómo iba a acabar el lío que había por toda España… Me dio pena —le explicó Carmen la situación—. Bueno, estábamos en el patio de mi casa y mi madre ya estaba acostada. La cosa acabó…, pues ya sabes. Fue casi sin darme cuenta, aunque tengo que decirte que emocionalmente me sentí más mujer. Sentí que me entregaba a él porque realmente quería ser suya, y así me creé ese compromiso. Sería suya. No volvimos a vernos. Al día siguiente se marchó para reincorporarse al Ejército de la República.

Lisa seguía en silencio sin querer interrumpir la confidencia.

—Me quedé embarazada. Cuando supe que estaba preñada, no sabría explicarte qué fue lo que sentí. Yo no sabía qué era eso, qué era lo que tenía que hacer, cómo debía comportarme, a quién se lo diría. Por un lado, sentía una emoción que me invadía el cuerpo. El deseo de ser madre me empujaba a pensar que de todo lo demás nada me importaba. Pero, por otro lado, me entró pánico. Ya había empezado la guerra. Gabino me escribió diciéndome que lo llevaban al frente…, y me dio miedo. Miedo de perder al único hombre que había conocido. Miedo al futuro que podía esperarnos a mi hijo y a mí. Todo era inseguridad. Ansiaba conocer dónde estaba Gabino. Quería escribirle, pero supuse que muy difícilmente le llegarían las cartas que le escribía. Su dirección no era fija: unos días estaba aquí y los otros allí. Sé que recibió alguna, porque algunas de las que él me escribía, yo sí las recibía. Tarde, pero las recibía. En ellas me contaba sus vicisitudes y sus apuros. Bueno, algunas cosas que podía contar, no muchas. Había una gran censura, así que

poco transigían. Todo eran ambigüedades e imprecisiones. Yo no le dije que estaba embarazada hasta que el niño nació. Entonces sí se lo dije. Para que tuviese cuidado y no arriesgase su vida. Para que supiese que aquí lo esperábamos los dos… Para que, cuando volviese, pudiésemos formar una familia.

Llegaron al estrecho portal de una vieja casa. Carmen sacó de su bolso una llave con la que, ruidosamente, abrió la cerradura.

—Es aquí. Vamos, entra.

Ambas entraron y Carmen accionó el interruptor, que encendió una solitaria bombilla que pendía del techo del angosto portal. Al fondo, una estrecha escalera de dos tramos por planta ascendía. Subieron hasta el segundo piso. En el estrecho descansillo, también iluminado con una sola bombilla en el techo, había dos puertas avejentadas. No eran uniformes. La de Carmen, que era la de la derecha, tenía una rejilla redonda de las que se accionan desde dentro para comprobar quién es el visitante, y a la derecha del cerco un voluminoso timbre con un botón blanco que sobresalía. Abrió Carmen, ahora con un llavín pequeño, y entraron directamente a una habitación comedor, sin ventilación exterior, que tenía en el centro una mesa camilla con un hule de flores impresas, dos sencillas sillas de enea y un viejo sillón de mimbre con un cojín de lana apelmazada. A la izquierda había un mueble-cama, de esos que encierran un pequeño colchón doblado, sujeto con unas simples cintas al metálico somier de flejes con muelles. Sobre él había un viejo aparato receptor de radio y dos portarretratos con diversas fotografías que se veían ya antiguas: uno con unos rústicos personajes de trasnochadas vestimentas, otro con dos niños, uno soportando un aro y el otro una pelota de goma, posando junto a uno de esos caballitos de cartón que los fotógrafos rurales transportaban para ambientar la escenografía del retrato, y un tercero, que se veía más nuevo, con una fotografía más actual de un niño vestido con un pantaloncito corto y una chaquetilla con su corbatita bien anudada. Seguramente —pensó Lisa— sería el niño de Carmen.

—Aquí dormía mi Juanillo, pobrecillo —dijo enjugándose las lágrimas que, sin poder evitarlo, corrían por sus mejillas—. Hoy la ocuparás tú, si no te importa. Nadie la ha usado desde que él se fue. Ahora te daré sábanas limpias y una almohada que tengo en el armario de la habitación.

Al fondo había dos puertas entreabiertas pintadas, ya hacía tiempo, de un azul pálido. La de la izquierda daba a una pequeña cocina con un sencillo

aparador, y en la pared de enfrente, un poyete de obra con la superficie embaldosada con desiguales y agrietados azulejos. Sobre él, un viejo hornillo de petróleo, una cestilla de mimbre con los escasos cubiertos y algún cuchillo de cocina. También sobre la encimera, un pedazo de tabla para cortar. Por encima del poyete, una ventana se abría a un patio interior, que proporcionaba ventilación a la estancia y la necesaria salida de humos. La zona baja estaba tapada por una cortinilla de una tela con pequeños cuadros blancos y azules. Una alacena de cocina en la pared de la derecha, también pintada del mismo azul pálido que las puertas, completaba el mobiliario de la estancia. La otra puerta era la de la habitación. En ella había una cama de medio tamaño con cabecero y piecero metálico y, al fondo, una pared con una ventana que también daba al angosto patio interior del viejo edificio. Un armario ropero de dos puertas en la pared de la derecha y nada más. Sobre la cama, un crucifijo de madera colgaba de la pared, y junto a la ventana, en la pared, un antiguo marco con varias fotografías dispuestas en extraño orden, algunas de ellas solapadas. Todo muy sencillo, pero se veía y se sentía limpio. Todo muy simple, pero a Lisa le produjo una sensación de hogar acogedor.

Carmen entró en la habitación a por la ropa de cama que le había ofrecido a Lisa, y esta aprovechó para ver si entre las fotografías que había en los portarretratos había alguna de Gabino. No encontró ninguna.

—Acomódate, Lisa. Acomódate en el sillón de mimbre, que, aunque suene al sentarte, es seguro. No te preocupes, no se va a romper.

Lisa así lo hizo y Carmen, portando sendos vasos de gaseosa, se sentó en una de las sillas a su lado. Retomó la conversación que interrumpió al entrar en el piso.

Lisa escuchaba y permanecía callada. Temía que llegase el momento en que le tocase a ella…, y sabía que tenía que llegar.

—Cuando terminó la guerra, mi niño ya tenía dos añitos. Nació en el invierno del 37. Pero en mi pueblo, y más con Franco mandando, una madre, sin estar casada y sin marido, estaba mal vista. Tuve que marcharme y me vine a Madrid. Se me dan bien la aguja y el hilo y enseguida encontré trabajo de ayudante de la que les arreglaba la ropa de los artistas del teatro. Después a esa señora se le murió el marido, o lo mataron…, o yo qué sé .El caso es que se tuvo que volver a su pueblo, dijo que para cuidar a sus padres, que ya eran muy mayores. Yo me quedé sola en el taller del teatro…, ¡y mira que hay trabajo! Estos artistas de la zarzuela son muy exigentes: que si esto me está largo, que si

me hace gorda… Y luego, como cambian de artistas, para la misma obra hay que adaptar el vestuario. Ahora algunas veces vienen dos chicas a ayudarme, sobre todo si es algún estreno y no hay ropa hecha ya de antes, que si no… ¡Uf! Sería imposible. Gano poco, pero por lo menos gasto el tiempo y no me paro a pensar en mis desgracias. ¿Y tú? ¿Cómo es tu vida? —le preguntó.

—Bueno, también complicada. Mi madre ya es mayor y está un poco trastornada. Mi padre desapareció cuando la guerra. No sabemos si lo mataron o si aún está vivo por algún sitio. Pero no sabemos nada de él. Mi hermano… Bueno, mi hermano va poco por casa, porque… No ha hecho nada, claro está, pero es amigo de algunos que están buscados por la Guardia Civil, y si lo cogen… Vamos, que también lo buscan a él y, precisamente por eso, a mi madre y a mí nos tienen acosadas a interrogatorios, preguntas y presiones, y nosotras no sabemos nada. Por eso he decidido marcharme de allí.

Lisa no quiso decir nada de la auténtica razón por la que se marchó de su pueblo y había llegado a Madrid.

Carmen tomó su mano, que mantenía sobre la mesa, y la acarició.

—Me alegro de que hayas aceptado acompañarme a mi casa —le dijo a Lisa mirándole a los ojos—. Me encuentro muy sola. Cuando mi niño se puso malito con las fiebres tifoideas, que así dicen que se llaman, me asusté mucho. Los médicos me dijeron que el único remedio eficaz para curarlas era la penicilina. La busqué por todas partes, pero aquí no había. ¿Qué podía hacer yo? Con suerte podría conseguirse de estraperlo, pero era muy difícil. Por eso escribí a Gabino, para ver si por Francia podía comprarla y me la enviaba de alguna manera. Yo sabía su dirección en Toulouse. Pues ya ves, la consiguió, pero no llegó a tiempo. No sé qué periplo llevó para acabar en tus manos.

Lisa no quiso dar ninguna opinión ni explicación. Carmen prosiguió con el monólogo.

—Estoy esperando a Gabino. Me dijo que regresaría. Seguro que, en cualquier momento, lo veré aquí. Es muy listo y no se mete en jaleos. Cuando llegue, ya veremos cómo ha evolucionado aquel sentimiento que pareció nacer entre nosotros. Hace ya más de ocho años que no nos vemos y… no sé cómo habrá sido su vida ni si continuará queriéndome. Yo estoy deseando verlo. Y creo que sí, que aún lo quiero.

Toda esa manifestación de amor y cariño que mostraba hacia Gabino a Lisa la estaba carcomiendo por dentro. Los celos afloraron y le costaba trabajo no expresarle a Carmen abiertamente cuáles eran sus sentimientos y qué era lo

que pretendía. La verdad es que ni siquiera ella lo sabía. Había actuado por inercia. Antes no había estado enamorada de ningún hombre y parecía como si en su interior una extraña fuerza la empujase al deseo de estar con él. De encontrarlo, de ser suya, no en el sentido de la propiedad, sino en el de la exclusividad… De la inseparable exclusividad.

—¿Te pasa algo, Lisa? —preguntó Carmen observándola fijamente—. Parece que estás pálida y te siento nerviosa. No hablas, pero te agitas.

—No, no es nada. Estoy nerviosa por lo que me ha pasado hoy. Tengo miedo de ese hombre del traje a rayas. No quisiera encontrarme con él nunca más, pero no sé… Me dijo que yo sabía muchas cosas, y la verdad es que no sé nada. No apunté nombres ni direcciones, que es lo que dice que yo sé.

—Bueno, no te preocupes demasiado. No te va a encontrar si no te mueves por sus círculos. Ya verás como se olvida de ti. Estate tranquila. Tú quédate aquí, en casa, y no salgas. Escuchas la radio y te entretienes. Mañana o pasado mañana, cuando quieras ir a la casa de esos señores donde vas a trabajar, yo te acompañaré y, estando allí, ya verás como no se atreve a incordiarte. Además, seguro que el señor de esa casa donde vas a servir es influyente y te protegerá.

Lisa había pensado aprovechar la inercia de la conversación con Carmen y sincerarse. Tendría que hacerlo en algún momento, pero le pareció que ese momento no era ahora. Tal vez cuando ya no estuviese alojada en su casa.

Estaba preocupada. Se preguntaba si el hecho de estrechar la relación con la mujer que sería su rival en obtener el amor de Gabino sería conveniente, pero, por otra parte, se sentía bien en su compañía. La comprendía, la compadecía… Trataba de imaginarse su vida y su angustia. Había perdido al único hijo que tenía, que, además, era el lazo que la unía al que parecía ser, o haber sido, el hombre de su vida, con el que esperaba formar su futuro. A ella esa reflexión le dolía. Se negaba a aceptarla.

Ahora Carmen parecía más animada. Había nacido una amistad, aunque a Lisa le pareció que sería difícil de mantener. Pronto saldría a relucir su rivalidad. Lisa no quiso pensar en eso. ¿Debería confesarse?, se preguntaba. No quería hacerle daño y estaba segura de que, si fuera franca y sincera con Carmen, le haría daño. Se ponía en su lugar… Y no quería eso. No quería hacerle daño. No sabía cómo comportarse. Tal vez fuese mejor que todo ocurriese como tuviese que ocurrir. Sería Gabino el que se definiría y aclararía la situación. A ella solo le quedaba aceptar lo que las circunstancias y el destino la obligasen.

43

Gabino y el joven falangista se separaron en la bifurcación de caminos. El chico emprendió camino hacia el este. Seguramente a pocos kilómetros hallaría un pueblo desde donde poder comunicarse con su padre. Gabino optó por seguir la carretera hacia el oeste, en dirección a Teruel. Allí buscaría a su amigo Jesús. Él se ofreció a ayudarlo si lo necesitaba.

No sabía bien a qué distancia estaría, pero supuso que no sería fácil llegar y que la distancia sería considerable; al menos necesitaría dos o tres jornadas si no lograba un medio de transporte, que sería difícil por esos lugares. Hacía frío y tenía hambre. Tenía que encontrar algún sitio donde comer algo y no conocía nada de por dónde iba. Marchaba con precaución. No le convenía dejarse ver en la carretera. Un hombre solo podría resultar sospechoso. La Guardia Civil y algunas unidades del Ejército suponía que podían estar deambulando por la zona, y no podía correr el riesgo de ser descubierto. Tampoco podía fiarse de quien pudiese encontrar por esos caminos. La delación estaba al orden del día.

A lo lejos se divisaba un pueblo. Acercándose a él había un cartel donde se indicaban el nombre y la distancia kilométrica: 55 KILÓMETROS A TERUEL, pudo leer. Mucha distancia para hacerla andando, pensó, y más en la situación que estaba. Entró en la población y, a unos metros bajando por la carretera, encontró un camión repleto de cerdos parado en la puerta de una taberna. Seguramente los transportarían a Teruel. Se decidió a entrar en la taberna. El hambre lo acuciaba y necesitaba comer algo.

Además del tabernero, en el establecimiento había dos hombres de mediana edad, ambos vestidos con unos sucios monos azules. Debían de ser los conductores del camión. Se lo quedaron mirando extrañados.

—Buenos días —dijo adoptando la postura más afable y natural que pudo —. He venido con el coche de línea siguiendo su ruta por estos pueblos. Soy representante de piensos y abonos. Quisiera comer algo, si es posible.

—Puedo ofrecerle un par de huevos fritos y un trozo de chorizo de la orza —contestó el tabernero—. Serán cuatro pesetas.

—Está bien. Muchas gracias.

Por dar credibilidad a su explicación, apoyando su codo en el mostrador y por acercarse a los dos presentes, mirándolos, saludó:

—Hola, amigos, que ya veo que transportan ustedes cochinos al matadero, ¿no?

—Sí ,trabajamos para una empresa de chacinería. Jamones y todo eso… Ya sabe.

—Sirva usted a estos amigos un chatito de vino —le pidió al tabernero, y dirigiéndose a los trabajadores de la chacinera, preguntó—: ¿Tienen ustedes por aquí los cochinos estabulados o sueltos por el campo?

—Depende de la época del año —respondió uno de ellos—. En invierno están en las cochiqueras hasta que se sacrifican.

—Entonces su patrón necesitará piensos y otras cosas para los cochinos, ¿no?

—No es nuestro patrón. A nosotros solamente nos contrata para el porte. Y lo del pienso, pues no sé. Nosotros no sabemos nada de eso. Solo somos los del camión que lleva los cerdos.

—Ah, claro —reconoció Gabino y continuó—. Ya habrá pasado el coche de línea de vuelta a Teruel. ¿Conocen ustedes alguna fonda baratita en este pueblo?

—Aquí mismo no, pero en un pueblo que hay un poco más allá, camino a Teruel, sí hay una. Si usted quiere, nosotros vamos para Teruel y lo podemos dejar más abajo, en el pueblo. En la cabina cabemos los tres.

—Ah, pues se lo agradezco.

—Ahí en la mesa le dejo los huevos y la comida —informó el tabernero.

—Muchas gracias. ¿Quieren ustedes acompañarme? —preguntó por educación a los presentes.

—No, nosotros ya traemos nuestros bocadillos.

Cuando terminaron de comer, se subieron los tres al camión y partieron.

—Entonces —preguntaron curiosos—, usted hace una ruta por los pueblos ofreciendo… lo que sea.

—Sí. Tomo el autobús de una ruta y me voy bajando en los diferentes pueblos a ver si vendo algo. La cosa está muy dura. En muchos ya tengo clientes fijos, pero en otros hay que buscarlos. Por eso les preguntaba. Unos

días cojo una ruta y otros, pues otra. Casi siempre desde Teruel, pero otras veces desde Castellón.

—¿Y no lleva usted equipaje? —le preguntaron sorprendidos.

—No, no lo necesito. Casi nunca es más de dos días. Con lo puesto y un pequeño bloc con un lápiz que siempre llevo en el bolsillo para anotar los encargos, tengo suficiente. Luego ya otros se encargan del reparto y el transporte de lo que sea.

—Bueno, ya estamos llegando —le informaron al poco tiempo de iniciar el viaje—. Si quiere usted, lo dejamos en la plaza. Ahí mismo está la fonda.

—Muchas gracias —contestó agradecido—. ¿Y dicen ustedes que siguen hasta Teruel?

—Sí ,allí vamos.

—Pues si no les importase, ¿podría ir con ustedes? Ya he hecho lo que tenía que hacer por la zona y… bueno, pues me ahorraría lo del coche de línea.

Los dos del camión se miraron, se encogieron de hombros y accedieron. Llegaron a Teruel sin ningún contratiempo.

—¿Por dónde quieres que te dejemos?

Gabino no conocía Teruel, pero no quería que se percatasen de ello. Les había mentido.

—Da igual. Cerca de las escuelas, si os viene bien, que es por donde vivo —dijo acordándose de la indicación que su compañero Jesús le había dado.

—Ah, vale, pues te dejaremos por el parque. Pasamos por ahí.

—Me viene bien, gracias.

Efectivamente, el camión se detuvo cerca del parque y Gabino descendió agradecido.

Tenía que encontrar a Jesús. Estaba seguro de que lo ayudaría. No tenía más referencia que la que, al despedirse, le había dado. Le dijo que su madre se llamaba Josefa y que vivía cerca de las escuelas.

Preguntando había logrado encontrar a su amigo y compañero de periplo Jesús, que, según le informó, no había tenido ningún contratiempo desde que se separaron. Le contó que la documentación falsa que le había proporcionado don Cristóbal no le había hecho falta, porque nunca se la habían pedido. Se integró en silencio en su entorno familiar y no despertó el interés de nadie. Tuvo suerte: pasó desapercibido. Simplemente dejaba pasar el tiempo hasta que todo se calmase.

—Suerte —le había dicho al separarse de nuevo, con el convencimiento de que, posiblemente, nunca más volverían a verse.

—Toma, cien pesetas —le dijo al despedirse—. Son las que don Cristóbal había dispuesto para cada uno por la ayuda prestada. Me las entregó Lucas para que te las diese cuando te volviese a ver, como tenía ordenado.

—Gracias por tu honestidad, compañero —respondió Gabino emocionado mientras lo abrazaba—. Me vendrán bien. Ahora quiero ir a Madrid y culminar mi viaje. Mi mujer y mi hijo, que ya se habrá curado, me estarán esperando.

Suponía Gabino que ahora le resultaría más fácil llegar a Madrid. Disponía de una nueva identidad. Ahora se llamaría Julián Gutiérrez Pino y esperaba poder acceder a algún transporte público para llegar a la capital, sin mucha dificultad y con mayor confianza.

Jesús le dio ropa para que tuviese una presencia más digna. Sencilla, pero limpia. Una pequeña maleta donde guardó una muda, un suéter azul oscuro y la inevitable camisa azul falangista con su boina roja, por si tenía que conjugarla con la falsa documentación que portaba. No hubo necesidad.

Era muy temprano, casi aún de noche. Cerca de la conocida plaza del Torico de Teruel paraba el coche de línea. Se aproximó al punto de partida y vio cómo en torno a un destartalado autobús se arremolinaba la gente con sus bultos y pertenencias que, entre el conductor y el cobrador, uno en la escalerilla y otro sobre el coche, se esforzaban por subir a la enorme baca superior. Inmóviles e indagadores entre los viajeros que pugnaban por subir estaban, fusil al hombro, la pareja de la Guardia Civil. Observó cómo, de vez en cuando, a algún hombre le pedían la documentación. Temió que se la pidiesen a él. Sí, llevaba la del falso falangista, pero era precisamente esa condición la que lo preocupaba. Sabía que si se la solicitaban lo obligarían a actuar teatralmente y no se consideraba tan buen actor. Se inquietó.

Habían empezado a caer unas gotas y se presagiaba lluvia. El día estaba frío y, desde luego, no apetecía permanecer a la intemperie. La gente se apresuraba en subir al coche de viajeros y se veía cómo los guardias, arrebujados en sus capotes, apremiaban a la gente. La situación podría favorecerlo. Parado en los soportales como estaba, vio llegar a una mujer mayor de escasa presencia que, además de un esportillo de esparto bajo el brazo, arrastraba una maleta que casi no podía levantar del suelo. La arrastraba.

—¿La ayudo, señora?

—¡Uy, sí, hijo! No sabes cómo te lo agradezco. Yo no sé si podría llegar hasta el coche de línea. Este maletón pesa mucho.

Gabino aferró la pesada maleta con la mano derecha y, con la izquierda, tomó a la anciana mujer del brazo para ayudarla a cruzar la plaza y subir al vehículo. Parecían una madre y un hijo que se disponían a viajar juntos.

Los guardias civiles simplemente apremiaban a los pasajeros a subir. La escena debió de parecerles de lo más natural.

—¡Vamos, vamos, que es para hoy! —animaban los dos empleados de la compañía.

—Vamos, madre —se atrevió a decir Gabino en voz suficientemente alta como para que la oyesen los guardias—. Suba usted despacio, no se caiga, que ya sabe usted que a su edad las caídas son muy malas.

Los guardias civiles, cubiertos hasta el tricornio con sus capotes verdes, simplemente animaban a los pasajeros a subir rápido. Deseaban terminar cuanto antes su servicio.

Subieron y se sentaron juntos. A Gabino le interesaba entablar conversación con la anciana y que pareciese que eran familia. Por si acaso.

—Me has llamado madre, ¿no, hijo?

—Sí, me recuerda usted mucho a mi madre, que en paz descanse…, y me ha salido así sin darme cuenta.

—Muy bien, hijo. Me gusta. Por desgracia, al mío me lo mataron en la guerra. Ahora voy a casa de mi hija, que vive en Madrid. Está casada con un funcionario de Correos y está muy bien. Tengo dos nietos. Voy a vivir con ellos, ¿sabes? ¿Y tú?

—Yo voy a encontrarme con mi novia y a casarme.

—Ah, muy bien, hijo mío.

Y así transcurrió el viaje hasta Madrid, sin contratiempos. Algo más de cuatro horas duró el viaje. Tenía paradas en diferentes poblaciones. La señora a la que había adoptado como madre era una charlatana que no paraba de hablar. A Gabino le hubiese gustado echar una cabezadita, pero no pudo. La insistente conversación de la señora no se lo permitía. No importaba; la familiaridad con la que lo trataba lo favoreció.

44

Los dos hombres desplazados a Madrid por el capitán Estévez estaban llevando a cabo su labor investigadora como dos expertos profesionales. Sin levantar sospechas hacían seguimientos, intentaban informarse de nombres y contactos. No interceptaban los contenidos de las entregas, pero sabían que tenían que ver con los papeleos necesarios para la »fuga de ratas« que la ya casi perdida contienda nazi estaba provocando. Supieron que ese tal Agostini, el hombre elegante que contactó con Lisa, tenía como tapadera una heladería en el centro de Madrid y que estaba considerado como uno de los fascistas más destacados de la comunidad italiana que, tras la guerra española, se habían establecido en Madrid. Su actividad parecía doble: por una parte, reorganizaba esta comunidad y creaba negocios con ellos; y por otra, organizaba una red de evasión nazi gracias a sus contactos con el Gobierno español de aquel momento.

Supieron que Lisa no era relevante en la infraestructura, pero su seguimiento para las entregas que había hecho los había llevado a descubrir los nombres de algunos implicados en ella, como un tal Mario Roatta, que había sido jefe de los servicios secretos de Mussolini y ahora en España era el director de la Sociedad Comercial Hispano Italiana; o con otros alemanes, como un tal Bernhardt, que organizaba una ruta de escape y que tenía buena relación con el gobierno de Franco.

También supieron que Lisa había vuelto a entrar en contacto con la tal Carmen Maestre y que había estado algún día con ella en su casa.

El capitán Estévez había conseguido un permiso para desplazarse a Madrid. Había creado en su imaginación, y expuesto a sus superiores, una intrincada red que comprendía desde espías, contrabandistas, falsificadores, sobornos y negocios oscuros hasta enemigos del régimen que había que descubrir y controlar y, esgrimiendo los pocos datos ciertos que conocía, había conseguido intrigar a sus superiores que, como querían conocer más, lo autorizaron a continuar con su labor investigadora, posiblemente, no para eliminar la

infraestructura que podía haberse creado, sino, tal vez, para involucrarse y aprovechar la oportunidad del momento para llenarse los bolsillos.

Se presentó en Madrid con su inseparable sargento y se alojó, junto con sus hombres, en el piso franco que habían alquilado en el popular barrio de Lavapiés.

Seguía obsesionado por capturar a Gabino. No sabía por qué, pero era algo que lo inquietaba desde que se sintió derrotado por él en Vidángoz. Era para él una venganza que tenía que cumplir. Tendría que pensar en cómo prenderlo. Hasta ahora había sido como una escurridiza anguila que no había forma de aferrar, pero ahora sabía que vendría a Madrid a encontrarse con su amada Carmen, a la que tenía localizada, y sería ahí donde no tendría escapatoria. Pero había que pergeñar la trampa. No podía dejarlo al azar y tenía que evitar que esa Carmen, en algún momento, pudiese ponerlo sobre aviso. Lo primero que tenía que hacer era visitar a Carmen y asustarla para saber qué información tenía de su amado y hacer que se mantuviese en silencio para no alertarlo.

Así lo hizo. Al día siguiente, junto con el sargento y los dos soldados, ahora de uniforme, se presentó en el teatro. Sin más preámbulos, subió a la sastrería y, dando una patada a la puerta y pisoteándolo todo como si del caballo de Atila se tratase, entró junto con sus hombres en el taller de costura del teatro.

—¡Carmen Maestre! ¿Eres tú? —dijo dirigiéndose a la mujer, que encontró cosiendo sentada junto a una gran mesa con varios trajes y vestidos sobre ella. Estaba sola.

—¡Eh… sí, sí! Soy yo —dijo cuando pudo reaccionar y ponerse de pie—. ¿Qué es lo que des…?

No pudo terminar la pregunta. El capitán Estévez le dio un empujón tal que si no se hubiese apoyado en una barra de perchas de donde colgaban los trajes, se hubiese caído al suelo.

—¿Dónde está Gabino? —preguntó a bocajarro.

—Ga… Ga… bino… No… No sé. No está aquí —respondió balbuceante.

—¿Que no está aquí? Dijo que vendría a por ti. No lo tendrás escondido, ¿verdad?

—No, no, ya le he dicho que no está aquí. No sé si vendrá…, pero aún no lo ha hecho, se lo juro.

La sastrería del teatro se encontraba en la primera planta del edificio, en una zona apartada donde se ubicaban los camerinos, los vestuarios y otras dependencias de servicio de los actores. Un pasillo largo terminaba en la puerta acristalada con vidrios traslúcidos que daba paso al taller. Era un espacio amplio, con dos ventanales grandes que daban a la calle y permitían el paso de la luz del día. A la izquierda había unos profundos armarios donde se almacenaban las ropas de la acción teatral; después, tres probadores abiertos con sendas cortinas; y, al fondo, ocupando una esquina, un pequeño despacho con un escritorio y dos sillas. También un viejo sofá arrimado a la pared de la izquierda en el que, por su estado, se veía claro que hacía mucho tiempo habría ofrecido descanso a quien lo hubiese necesitado. Varios retales y unas revistas de moda, alguna abierta, estaban sobre él. En el amplio taller, media docena de maniquíes de medio cuerpo sobre sofisticados pies de madera repartidos sin un orden aparente. En el centro de la estancia, una mesa amplia formada por gruesos tableros sobre unas sólidas borriquetas, que disponían sobre ella algunos pedazos de paño cortados, unas plantillas de papel, una cinta métrica flexible desenrollada, un jaboncillo, una regla larga, un cartabón de madera, acericos con alfileres, una caja de cartón abierta con imperdibles y unas grandes tijeras. Dos largos bancos de madera flanqueaban la mesa, y a la derecha, bajo unas luminarias grandes, un par de máquinas de coser con sus sillas correspondientes completaban el contenido profesional del lugar.

El capitán Estévez echó un vistazo rápido de todo el taller. Abrió los cajones del escritorio y alguno más del interior de los armarios. Buscaba algo que pudiese comprometer, o tal vez correspondencia de Carmen, o cualquier cosa que le aportase mayor conocimiento de lo que fuese que pudiese interesarle.

Carmen estaba asustada. De pie, arrimada a la pared, se recompuso el vestido, que, cuando fue empujada violentamente por el capitán, se había descosido y se habían desabrochado alguno de sus botones, ofreciendo a la vista de los intrusos un generoso pecho, que rápidamente quiso ocultar. No le pasó desapercibida al oficial su espléndida figura. La violenta acción y la visión lo excitaron.

—¡Fuera! ¡Esperadme fuera! —les gritó al sargento y a los dos soldados—. ¡Que no entre nadie aquí! ¿Entendido? ¡Cerrad la puerta al salir!

—Sí, mi capitán.

Los tres hombres salieron apresuradamente. El capitán aferró a Carmen por un brazo y, violentamente, la arrastró hasta el despacho. Una vez dentro, empujó a Carmen al viejo sofá y le ordenó:

—¡Desnúdate!

La orden paralizó a Carmen. Esperaba maltrato, abuso de autoridad y desprecio, pero nunca pensó en lo que parecía que ahora el militar se proponía hacer.

—¡Desnúdate y colabora! —repitió al tiempo que se quitaba la guerrera y se situaba de pie junto al sofá, con las piernas abiertas y los brazos en jarra—. Mira, zorra, tú y yo vamos a hacer un trato. Verás… Escúchame bien y con atención: sabemos que »tu Gabino« viene hacia aquí a casarse contigo y a salvarte de la asquerosa vida que llevas. Él es un prófugo, un asesino que ha matado a muchos hombres. Un comunista y bandolero opuesto a nuestro glorioso Movimiento Nacional. Enemigo de Franco…, y merece la muerte. Lo cogeremos y lo fusilaremos, que no te quepa la menor duda. Solamente tú puedes salvarlo con la única moneda de cambio que tienes, si sabes comprar bien, claro. Me gustas como mujer y te deseo, ¿lo vas entendiendo? Este será el trato: tú accede a mis deseos cuando te lo pida, y yo, a cambio, dejaré a tu hombre tranquilo y en libertad. Le proporcionaré documentación y permitiré que se marche. Incluso lo ayudaré a que regrese a Francia, que es de donde ha venido y donde podrá vivir tranquilo. Después, si tú quieres, te conseguiré un pasaporte y podrás reunirte con él y ser feliz… ¿Lo has entendido?

Carmen no podía creer lo que estaba escuchando. Ese degenerado le estaba proponiendo que fuese su sumisa amante a cambio de salvar la vida de Gabino. ¿Qué podía hacer? Nada, nada podía hacer. La tenía totalmente sometida y a su merced. No tenía fuerzas para luchar. Tendría que dejarse hacer y esperar la posibilidad de que cumpliese su palabra. No dijo nada. Tumbada en el sofá como estaba, echó la cabeza hacia un lado y se desmoronó sin ofrecer resistencia mientras las lágrimas inundaban sus ojos y corrían por sus mejillas. El capitán, ante su silencio, quiso entender que se prestaba al juego sexual y se echó sobre ella. Fue desbotonando su vestido y lo abrió dejando su cuerpo al desnudo. La besó el cuello y, tirando del sujetador, liberó sus generosos pechos, mientras recorría con sus manos cada rincón de su voluptuoso cuerpo. Desgarró su ropa íntima y, sin más preámbulos, concluyó su felonía.

Ese día, cuando Carmen regresó a su casa, donde Lisa la esperaba, no podía con su alma. No tenía fuerzas ni siquiera para subir las escaleras. A duras penas pudo entrar en la vivienda, y fue directa hasta su habitación dejando la puerta abierta. Se despojó del raído abrigo de paño que llevaba y se tumbó bocabajo sobre la cama sollozando. Lisa, que estaba sentada a la mesa escuchando la radio, se levantó rauda y llegó a su lado en la habitación.

—¿Qué te pasa? —preguntó asustada—. ¿Por qué lloras? —al ver el abrigo tirado en el suelo y su ropa desaliñada y desabrochada, volvió a preguntar—: ¿Qué te ha pasado¿ ?Qué te han hecho?

Carmen se incorporó y, abrazándose a Lisa, que se había sentado en la cama junto a ella, dijo sollozando:

—Me han violado —dijo arrancando un profundo quejido—. Un militar que buscaba a Gabino ha entrado preguntando por él…, y me ha violado.

—Pero, pero… ¿te ha forzado? ¿Te ha maltratado? ¿Cómo ha sido?

Carmen no paraba de llorar.

—Me ha dicho que, si no me dejaba hacer lo que quisiera, mataría a Gabino, y que, si consentía, le perdonaría la vida y lo dejaría en libertad.

Lisa se hizo cargo de la situación.

—Y tú, claro, por salvarle la vida has accedido.

—¿Y qué podía hacer? Me iba a violar de todas formas —confirmó sollozando.

—Entonces…, ¿es que han cogido a Gabino? —preguntó Lisa, ahora más preocupada por el hombre al que amaba.

—No, pero lo están esperando. Saben que vendrá a verme y lo esperan. Nosotras no tenemos forma de avisarlo. No sabemos dónde está. Ellos están vigilantes y no se les escapará.

—¿Y qué podemos hacer?

—Nada, no podemos hacer nada. Han puesto vigilancia en el teatro y estoy segura de que también la tendremos aquí. Seguro que me habrán seguido y saben dónde vivo.

Esa deducción también puso en alerta a Lisa. Ella, como Gabino, también era una prófuga. Si la descubrían y la identificaban, tendría problemas.

—Y lo malo es que me ha dicho que volvería… Y querrá violarme cada vez que venga —aseguró Carmen—. Además, tiene hombres en el teatro que me vigilan y controlan a todo el mundo.

—Mañana iré yo contigo al trabajo —dijo Lisa—. No creo que se atreva a meterse contigo si somos dos.

—Pero eso es peligroso. Te pueden hacer algo a ti también.

—Iré contigo antes de que lleguen los soldados y me esconderé en tu taller. Si intenta violarte, saldré y ya veremos qué pasa. Armaré un escándalo para…

—¡Nooo! Si haces eso nos pueden matar a las dos…, y a Gabino también —respondió asustada Carmen.

—Algo tendremos que hacer. No nos podemos quedar de brazos cruzados dejando que te violen y esperando que llegue Gabino y que el sinvergüenza ese cumpla su palabra.

—No, lo mejor será que tú te quedes aquí. Cuando yo me marche, ellos abandonarán la vigilancia de mi casa, si es que la vigilan, y tú podrás salir. Así, si te acercas hasta el teatro, cuando veas venir a Gabino puedes advertirle y… ¡Uy, perdona! No había caído en que tú no lo conoces.

—Sí, Carmen, sí que lo conozco —respondió Lisa agachando la cabeza.

Estaban sentadas la una al lado de la otra, las dos en la cama. Carmen dio un respingo y se quedó mirando fijamente a Lisa.

—¿Qué tú lo conoces? Me habías dicho que no sabías quién era —dijo Carmen sorprendida.

—Te mentí, Carmen. Efectivamente, el paquetito que te entregué no me lo dio Gabino, yo no sabía quién lo enviaba, pero sí, a Gabino sí que lo conozco —aclaró Lisa—. Yo sabía de ti antes de lo del paquete. Él me lo explicó. Supe de ti, de vuestro hijo en común. No sabía quién eras, pero lo deduje por tus explicaciones.

—¿Cuándo y cómo lo conociste? —preguntó Carmen intrigada.

—Fueron circunstancias de la guerra que se montó por el Pirineo navarro. Gabino, como tú ya has deducido, entró a España para lo de la invasión del valle de Arán. Esa »reconquista« que ha sido un fracaso. En el fondo a él eso le importaba tres pitos. Se apuntó solo para poder entrar en España sin documentación, para después venir a encontrarse contigo y con tu hijo. Ese era su único interés. Se sentía muy responsable de vosotros. Te traía la medicina para el crío. Las cosas no le salieron como hubiese querido y lo perseguían. Llegó a mi casa buscando protección y yo lo escondí. No lo encontraron y, por lo que parece, debió de iniciar un difícil periplo que aún no ha terminado. No sé por dónde andará ahora, solo sé que su intención es encontrarte y regularizar vuestra situación.

—Y tú ¿qué haces aquí? ¿A qué has venido? ¿Es que acaso también quieres encontrarte con él de nuevo?

—Mira, Carmen, las cosas suceden y ya está… Han sucedido, como ha sido este caso. A ti te sucedió sin premeditarlo. Pasó y te quedaste preñada. ¿Eso fue fruto del amor o de las circunstancias del momento? Gabino llegó a mi casa asustado, con necesidad de afecto y cariño. Estuvimos juntos durante tres o cuatro días. Yo me enamoré de él…, y pasó lo que tenía que pasar. Él es un hombre normal que llevaba mucho tiempo de abstinencia. Para mí era el primer varón que trataba… Tenía que ocurrir.

—Pero nosotros nos queremos. ¿Es que no lo comprendes? —dijo Carmen compungida—. Me dejó embarazada, tuve un hijo y tenía que cumplir.

—Y a eso viene: a cumplir contigo. Pero mi pregunta es: ¿con amor? Ocho años sin veros apaga el fuego más vivo que te puedas imaginar, y solamente ese deseo de ser responsable puede obligaros a tomar una decisión equivocada. Sin embargo, yo lo amo y creo que él a mí también. Cada vez que pienso en él es como si una garra me aferrase el pecho. No puedo explicar ese agobio que me oprime. ¿Tú sientes lo mismo?

—Estoy segura de que, cuando lo vea, lo sentiré.

—Puede… Yo lo quiero y por eso he venido a buscarlo. Tengo que ser sincera contigo —afirmó Lisa—. Quiero estar presente cuando recapacitéis, y no os dejéis llevar por ese sentido social de la responsabilidad, sino por el verdadero amor, si es eso lo que los dos sentís. Además, por desgracia, el lazo común que os obligaba ya no existe. No quiero ser dura contigo, pero te pido a ti, y le pediré a él después, que analicéis bien el sentimiento que os mueve. Sabré perder si vuestra decisión de uniros es firme y meditada. Mi dolor me matará, pero seré valiente si vuestra felicidad está en uniros para siempre.

45

Gabino ya estaba en Madrid. Ahora debía encontrar algún lugar sencillo donde alojarse y adoptar una imagen que no despertase dudas ni curiosidad. Continuar con la identidad del representante comercial que había adoptado por

aquellos pueblos turolenses le pareció lo más adecuado. Eso le permitiría ausencias, desplazamientos y una actividad desigual. Encontró una fonda baratita por el centro y se dispuso a contactar con Carmen. No quería precipitarse. Se acercaría al teatro y vigilaría primero. Vería cómo era. Después de casi nueve años, seguro que habría cambiado mucho, y más ahora que ya no estaba en el pueblo. También quería conocer su entorno, saber cuál era su vida y, si era posible, observar cómo era su hijo. No actuar precipitadamente y ser prudente era el mejor consejo que le convenía seguir. Esperaría a mañana para iniciar sus pesquisas.

Así lo hizo. Esa tarde dio una vuelta por los alrededores para ambientarse. La Gran Vía y la Puerta del Sol. Todo aquello le pareció otro mundo. El bullicio de las gentes, la actividad de la gran ciudad… Todo era nuevo para él. Le pareció que todo aquel movimiento le podría permitir escabullirse. Se acercó al teatro donde sabía que Carmen trabajaba .Hoy no había función, pero a su entrada había gente que se arremolinaba ante las taquillas, que estaban abiertas para comprar las localidades. Mañana habría estreno. Un enorme cartel pintado anunciaba la obra que se iba a representar: *La Revoltosa*, leyó.

Pensó que no era el mejor momento para el encuentro con Carmen. Esperaría al día siguiente para observarla primero y para presentarse después. Habría una mayor afluencia de público y podría pasar más desapercibido. Estaba impaciente, pero nervioso al mismo tiempo. Cuando la viese, no sabría cómo abordarla¿ :con efusión¿ ,ʔamoroso¿ ,ʔdistanteʔ Ya vería cómo ella se manifestaba y actuaría en consecuencia. La dejaría tomar la iniciativa. Realmente no la conocía lo suficiente como para intuir su reacción. Realmente Carmen era para él una desconocida. Tampoco sabía qué sería lo que él sentiría en ese primer momento del reencuentro.

Llevaba todos estos años, desde que supo de su paternidad, sintiéndose en la obligación de responder conforme a la responsabilidad que eso suponía.

—Yo soy un hombre decente. Tengo que casarme con ella y ser un buen padre —se decía.

Quería que su sentimiento fuese el de ese amor que, durante todos estos años, se había esforzado en atribuirse, pero no podía evitar su inseguridad. No lo podía comprender, pero cuando pensaba en Carmen, a su cabeza llegaba nítida la imagen de Lisa y algo dentro de él se removía. Se preguntaba por qué. Recordaba que Carmen era entonces, cuando él la conoció, una chica atractiva.

Ahora, sin duda alguna, debía de ser una espléndida mujer, guapa, con una bonita figura. Así la intuía. Lisa, sin embargo, era »poquita cosa«, pero su dulzura la hacía entrañable y la situaba en un lugar muy elevado en su estima. ¿Las amaba a las dos? No sabía la respuesta.

Mejor sería alejar ahora de su cabeza esos pensamientos y esperar a que las circunstancias del momento dictasen su reacción y su comportamiento.

Al día siguiente se puso un decente pantalón gris, la camisa limpia y una gabardina que su amigo Jesús le había regalado. Salió de la fonda temprano y, deambulando por la zona, encontró una barbería. Entró y solicitó que lo acicalasen. Lo afeitaron y le cortaron el pelo. Le pusieron brillantina y, con el pelo engominado a lo Gardel, se vio en disposición de ir al encuentro de su Carmen del alma. Al pasar por una floristería, encargó un ramito de rosas rojas para que se las llevasen a Carmen al teatro ahora por la mañana, que, suponía, estaría menos ocupada. Quería avisarla de alguna forma y que no fuese una sorpresa.

Era sábado. Por la tarde se esperaba en el teatro una función con una gran afluencia de público. Además, parecía que el palco principal acogería la visita de algún personaje relevante de la política. No sabían quién, pero, por los adornos que estaban disponiendo, seguro que sería importante. Lisa se empeñó en acompañar a Carmen a su trabajo. Pensó que de esa forma la protegería. Si llegaba el militar con sus pretensiones, no se atrevería. En el taller, Carmen tenía faena. Había que repasar la ropa de los actores que trabajarían ese día.

Llegaron al teatro temprano. Todo parecía normal. Subieron al taller y Carmen, nerviosa, no paraba de mirar por la ventana por ver si Gabino se acercaba y para comprobar si estaba vigilada.

—No parece que por aquí haya soldados —dijo Carmen—. Aunque estoy segura de que estarán al acecho. Yo soy el cebo que están utilizando para prender a Gabino. Seguro que están camuflados y no los vemos. Puede que no suban aquí arriba, pero estarán esperando para enganchar a cualquiera que pretenda verme.

—¿Tú crees que me habrán visto a mí contigo? —preguntó Lisa.

—No lo sé… ¿Saben cómo eres? ¿Te conocen?

—No creo. El capitán nunca me ha visto, y los otros soldados supongo que tampoco me reconocerán.

—Entonces no habrá ningún problema. Si te han visto conmigo, pensarán que eres una compañera del trabajo. Me preocupa que reconozcan a Gabino cuando llegue —dijo Carmen—. Tal vez tampoco lo conozcan. Seguro que saben de él, pero a lo mejor no lo han visto nunca y no saben cómo es. Estarán esperando a que se dirija a mí para identificarlo.

—Entonces, como yo sí lo conozco, lo mejor será que yo esté por los alrededores y por la puerta; así podré ponerlo sobre aviso cuando lo vea llegar —propuso Lisa.

—Sí, puede que sea lo mejor. Es buena idea. No te preocupes por dejarme sola, y baja. Si la intención de los militares es identificar a Gabino para prenderlo, no creo que vengan aquí. Estarán esperando a que alguien suba a verme… Ese sería su hombre.

Así lo hicieron. Lisa, sin quedarse parada en el mismo sitio, moviéndose entre la calle, la plazoleta y la entrada del teatro, se dispuso a controlar disimuladamente a cualquier hombre que se aproximase al edificio.

El capitán Estévez era perro viejo. No sabía cuál sería el momento en que Gabino decidiría ir a encontrarse con su amada Carmen, pero había obligado al responsable de la limpieza a que, sin decírselo a nadie y de la forma más natural, presentase como empleados a sus dos soldados colaboradores. Sus hombres, vestidos de paisano, estaban camuflados y al acecho en el vestíbulo del teatro. Se adaptaron al lugar y al trabajo que parecían desempeñar. Unas veces con un trapo de limpieza en la mano, abrillantando las barandillas metálicas; otras, con un cepillo de barrer, simulando ser simples trabajadores que se afanaban en su cotidiana función. Y todo sin perder de vista a la gente que llegaba al teatro. Si era por la tarde y había función, se mostraban como si fuesen empleados del teatro. Ellos no conocían a Gabino, pero, cuando llegase, como suponían que no conocería la ubicación de Carmen, estaban seguros de que a alguien tendría que preguntarle por ella. Ellos se mostraban bien a la vista por si ese caso se daba. El capitán permaneció uniformado para mostrar su autoridad cuando llegase. Adaptaron un camerino vacío como eventual despacho. En él esperaría a ser avisado de la presencia del intruso, que suponían no tardaría mucho. Como tampoco lo conocían, tendrían que dejar que subiese al encuentro con Carmen y, llegado el momento, esperarían a que entrase en el taller de sastrería. Ese sería el momento de prender a Gabino, con la certeza inequívoca de que sería él.

Observar la actitud de Carmen entendía el capitán que sería crucial para saber o intuir cuándo sería el momento del encuentro. Podría ser que hubiese tenido algún contacto con Gabino u obtenido alguna información que la tuviese alerta.

Cuando llegó el mozo de la floristería portando el ramo de flores para entregarlo, uno de sus soldados subió para avisarlo.

No era precisamente la paciencia una de las virtudes del capitán, y la espera lo ponía nervioso.

—¿Un ramo de flores? ¿Y quién lo manda? Seguro que Gabino —observó el capitán—. Vamos a ver, puede que sea una señal que tengan convenida para avisarla de que ya está aquí… ¡Hay que estar más atentos, joder!

Los soldados y el sargento estaban nerviosos. Temían al capitán y, además, lo veían inseguro. Ninguno conocía a Gabino y no sabrían cómo identificarlo.

—Quedaos los tres por el vestíbulo y deambulad por la puerta. Usted también, sargento, pero de paisano —ordenó el capitán—. Fijaos en cualquier hombre que intente entrar al espectáculo y venga solo. Ahora, con mayor afluencia de público, puede que sea cuando lo intente. Sobre todo, estad al tanto del que pregunte a alguien del teatro. Podría preguntaros incluso a vosotros si os mostráis como empleados del teatro. Tendrá que averiguar dónde está la mujer que busca. No lo abordéis. Dejadlo pasar. Solo seguidlo sin que se entere. Yo esperaré dentro del taller y, cuando entre, lo engancharé.

De un salto, se levantó del sillón donde esperaba y llegó al taller, que estaba unos metros más allá, en el mismo pasillo. Abrió la puerta enérgicamente y sorprendió a Carmen intentando poner el ramo de flores en un jarrón de cristal con agua. Al irrumpir violentamente en el lugar, Carmen se asustó y el jarrón se le cayó de las manos rompiéndose en mil pedazos. El agua que contenía el jarrón roto encharcó el piso y las flores se desparramaron por el suelo. Ante la abrupta entrada, a Carmen no le dio tiempo a reaccionar. El capitán la tomó de un brazo bruscamente y la zarandeó.

—¿Quién te envía esas flores? ¿Es Gabino? ¿Qué sabes de él?

—No… No… Nada, no sé nada… El ramo… No sé… No traía ninguna…

—¡Ven para acá, que voy a hacer que sepas lo que es bueno! ¡Ven para acá! —dijo sin dejarla terminar y empujándola hacia el pequeño despacho.

Intentó Carmen defenderse y forcejeó para desasirse del militar, que, sujetándola por uno de los brazos, la llevaba casi en volandas. Al pasar junto a la gran mesa, Carmen aferró unas tijeras y, empuñándolas con la mano

cerrada, volviéndose, quiso atacar al capitán. Este sujetó su brazo armado por la muñeca, le propinó una bofetada y retorció su mano hasta que las soltó.

Ya en el despacho, desgarró su vestido, la empujó al sofá y, mientras se regodeaba en su violencia, se fue despojando con parsimonia de la guerrera y de sus correajes con la pistola en su funda, y los fue depositando en el respaldo de la silla que había junto al escritorio.

Carmen, tirada en el sofá, gimoteaba asustada. Sabía lo que la esperaba. Medio desnuda, con el vestido desgarrado, quiso protegerse con un cojín. El capitán se lo quitó de un tirón.

—No te asustes, preciosa… ¡Ven para acá, que te voy a mostrar cómo es un hombre de verdad, no como el gilipollas ese al que estás esperando!

—No, por favor… No me pegues. Haré lo que quieras. Me prometiste que no le harías nada a mi marido.

—¿A tu marido? Ja, ja, ja… No; si te portas bien y me das lo que quiero, lo perdonaré. Tú sabrás… Ahora disponte a gozar.

Lisa, a lo lejos, vio aparecer a Gabino por la esquina de la plazoleta. Enseguida lo reconoció, aunque su aspecto era más presentable que cuando ella lo conoció. Su corazón dio un vuelco. Comprobó que se dirigía al teatro con suma precaución, mirando a su alrededor. Era comprensible, desconfiaba de todo. Iba como descuidado y aparentemente entretenido con todo: con las fotografías de algunas escenas teatrales, con la elegante vestimenta de la gente… Miraba a un lado y al otro como buscando a alguien.

Gabino se acercó a la taquilla y obtuvo una localidad de anfiteatro para poder entrar. Era de la parte más alta, que le permitiría subir por las escaleras y perderse por las dependencias interiores para encontrar el lugar donde Carmen podía estar trabajando. Debía indagar o descubrir dónde estaban las zonas de los empleados o trabajadores del teatro. Los camerinos y otras dependencias auxiliares. Era donde suponía que podría encontrar a Carmen. Estaba inquieto. No quería preguntarle a nadie. Podía suponer que entre la tumultuosa afluencia de público hubiese policías para controlar el orden. No quería llamar la atención y pensó que sería mejor mezclarse con algún grupo.

Antes de entrar, vio cómo a un grupo de diez o doce personas, casi todos hombres, otro les daba indicaciones. Se acercó a escuchar.

—Ya sabéis: hay un jefe de grupo en cada zona, uno en la platea y otros dos en los anfiteatros. Ya sabéis quiénes son. Estad atentos a él. Cuando aplauda, vosotros aplaudís; cuando se levante, vosotros os levantáis. Haced lo mismo que él, ¿entendido?

Estaban dispuestos ya en la cola para entrar al local. Gabino se situó junto a ellos como si fuese uno más del grupo.

—¿Tú también eres del clac? —preguntó el que lo precedía.

—No; ¿qué es eso?

—¡Ah! ¿No lo sabes? —se sorprendió su interlocutor—. Pues somos un grupo que entra al teatro »gratis« con la única condición de que aplaudamos o animemos cuando nos lo digan. Un chollo. Nos juntamos antes de la función en la puerta o en algún bar. Solemos ser muchos, pero ellos seleccionan a unos cuantos…, y entramos. Vamos todos juntos, como si fuésemos un grupo, y después nos distribuyen por diferentes zonas.

Gabino encontró la oportunidad de entrar al teatro pasando más desapercibido. Entró con su entrada y, una vez dentro, se sumó al grupo como si fuese uno más. Cuando se distribuyeron, se unió a los que debían subir a los anfiteatros y entre ellos inició su subida a las zonas donde esperaba encontrar a su amada Carmen.

Lisa tenía que avisar a Carmen. Había visto a Gabino y no sabía qué hacer. Cuando fue a entrar al teatro, el portero quiso impedírselo.

—Soy la ayudante de Carmen —dijo Lisa—. He salido hace un ratito a por unas cintas que me ha encargado y ahora regreso. Antes he entrado con ella, ¿no me recuerdas? —El empleado se la quedó mirando con dudas—. Vamos, hombre, que Carmen me está esperando —lo apremió.

La repetición del nombre de Carmen y la insistencia lo convencieron.

—Anda, pasa. Sube al taller sin detenerte, ¿entendido?

Lisa entró al vestíbulo y reparó en que unos hombres plantados de pie en el centro, entre el gentío, parecían repasar con la mirada a todos y, sobre todo, a los hombres que pretendían subir por la escalera. Supuso que eran vigilantes y se arrimó a una familia con dos niños, que parecía que subirían al entresuelo. Uno de los niños, que llevaba su madre de la mano, tropezó en el primer escalón y dio un traspié. Lisa se apresuró a sujetarlo y aprovechó el momento para integrarse disimuladamente en el grupo familiar. Subió a la planta donde estaban las oficinas y las habitaciones de servicio de empleados y enfiló el pasillo, que ya conocía, donde se encontraba el taller de sastrería. Se apresuró.

La puerta estaba entornada y, al entrar, escuchó gritos y lloros procedentes del interior, seguramente del pequeño despacho que había al fondo del taller. Se dirigió allí.

—¡Por favor, no me hagas daño, haré lo que quieras! —Ahora oía con más nitidez.

Entró decidida.

El capitán, con los pantalones bajados, estaba sobre Carmen y se esforzaba en perpetrar su abuso. Carmen, con los puños, lo golpeaba y lo empujaba para liberarse de su presión.

—Ja, ja, ja… ¡Estate quieta, zorra! ¿Es que no quieres salvar la vida de tu cabrón? ¡Pues folla, y folla bien, joder!

La escena era espantosa.

Lisa, de pie junto a la puerta, empezó a gritar.

—¡Asesino, hijo de puta, déjala en paz!

El capitán, sorprendido, se incorporó y se dirigió raudo a su ropa, donde tenía la pistola, pero cuando quitó el seguro y fue a sacarla de su funda, sus pantalones caídos por las rodillas lo hicieron trastabillar y cayó al suelo, haciendo que el arma se le escapara de las manos. Lisa se apresuró y la recogió del suelo y, sin pensarlo dos veces, disparó.

Nunca había tenido un arma en sus manos. Quería intimidarlo y salir de la situación. El disparo la sorprendió. Fue un acto impulsivo, sin pensar. Al capitán le entró el tiro por la axila izquierda. Cayó redondo, casi sin gemir. Muerto.

Gabino, que transitaba por las dependencias de la primera planta buscando, escuchó el disparo y rápidamente se dirigió al lugar desde donde supuso que procedía. Estaba cerca. La escena que encontró fue dantesca: Carmen, a la que enseguida reconoció, estaba sentada medio desnuda en el sofá y lloraba con las dos manos sobre la cara. Lisa, de espaldas y apoyada en la mesa, sollozaba. Había una pistola sobre ella y un hombre, también a medio vestir, tirado en el suelo con un charco de sangre bajo él, que seguía extendiéndose sobre el entarimado del taller.

—¿Tú aquí? ¿Qué ha pasado? —preguntó Gabino sorprendido al verla.

No comprendía nada. Lisa era la última persona que hubiese supuesto encontrar allí, y lo que estaba viendo aún lo hacía menos comprensible. Rápidamente se hizo una idea de lo que pudo haber sucedido. Era evidente que

había habido un asesinato y que las dos, o una de las mujeres, estaban implicadas. Por su atuendo, el hombre que yacía en el suelo parecía ser un militar al que no conocía.

Las dos mujeres se incorporaron. Carmen rápidamente se recompuso la ropa y, sin dejar de llorar desconsoladas, las dos fueron hacia él y lo abrazaron al mismo tiempo.

Gabino estaba desconcertado. Entendió que la situación requería una reacción rápida. En un minuto estaría la estancia repleta de policías; no había tiempo para explicaciones. Recogió la pistola de la mesa y empujó a las mujeres hacia la puerta.

—¡Vamos, vamos, marchaos de inmediato! ¡Yo arreglo esto!

Cuando las empujaba para que saliesen del lugar del crimen, ya llegaban el sargento, pistola en mano, y los otros dos secuaces, también armados. Gabino pensó que sería la Policía, ya alertada por el disparo, y dio unos pasos hacia atrás, dejó la pistola en el suelo a la vista, se puso de rodillas con los brazos en alto y los recibió gritando:

—¡He sido yo! ¡He sido yo! ¡Se lo merecía!

Los soldados lo inmovilizaron y le sujetaron las manos a la espalda. Gabino no opuso resistencia. Llegaron hasta el capitán Estévez, que estaba tumbado boca abajo sobre un charco de sangre y comprobaron que estaba sin vida. Comprendieron lo que pudo haber sucedido. Pensaron que ambos se habrían encontrado y, de alguna forma que aún no sabían, se enfrentaron, y como resultado del forcejeo, ocurrió. Ya se enterarían de cómo fue. Poco después llegó un numeroso grupo de policías armados, que alguien debió de llamar, y se hizo cargo de la situación.

Gabino, mientras lo esposaban, vio en un fugaz momento cómo sacaban de la escena a las dos mujeres…, y pudo gritarles:

—¡Adiós! —dijo en una despedida llena de sentimiento. Lloroso, mirándolas a ellas, que también lo miraban desconsoladas mientras se las llevaban.

Comprendió que sería la última vez que se despediría de las dos únicas mujeres que había amado en su vida.

Su alma se llenó de congoja.

A Gabino lo fusilaron unos meses más tarde, al principio de la primavera de 1945. Cuando parecía que, en España, poco a poco todo empezaba a renacer de nuevo.

FIN

Los acontecimientos que se describen en esta novela, la ubicación exacta, los enfrentamientos e incluso las fechas, aunque intentan situar al lector en el lugar y en el momento histórico, no se ajustan con exactitud a lo realmente sucedido y se basan en la interpretación libre del autor, de lo descrito por algunos articulistas y de los comentarios de testigos, muchas veces indirectos, de los sucesos que acaecieron en los Pirineos navarros en los últimos meses de 1944.

Los personajes que protagonizan la trama, paralela a los acontecimientos históricos, también son fruto de la imaginación del autor.

La trama de esta novela se desarrolla durante la pretendida invasión republicana del valle de Arán, para el establecimiento en su capital, Viella, de un gobierno alternativo al dictatorial régimen impuesto por Francisco Franco en España después de la guerra civil española de 1936 a 1939.

Ni el apoyo de las fuerzas internacionales, que ya estaban liberando Europa del yugo nazi-fascista, ni la insurrección que esperaban de la población civil se produjeron, como esperaban. Esto, unido a la fuerte y numerosa intervención militar de las fuerzas franquistas y la escasa infraestructura de los guerrilleros republicanos, más preocupados por salvarse que por avanzar y lograr su objetivo, acabó con la Operación Reconquista, que, a finales de octubre de 1944, se vio abocada al fracaso.

Las cosas suceden de repente, improvisadamente, sin esperarlas…, y condicionan la vida de las personas que, como a Gabino, solo les interesa vivir una vida sencilla y sosegada.